RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL

Tiempo de Adviento

Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales.

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

ADVIENTO CICLO A:

- Domingo I de Adviento (A)
- Domingo II de Adviento (A)
- Domingo III de Adviento (A)
- Domingo IV de Adviento (A)

ADVIENTO CICLO B:

- Domingo I de Adviento (B)
- Domingo II de Adviento (B)
- Domingo III de Adviento (B)
- Domingo IV de Adviento (B)

ADVIENTO CICLO C:

- Domingo I de Adviento (C)
- Domingo II de Adviento (C)
- Domingo III de Adviento (C)
- Domingo IV de Adviento (C)

ADVIENTO CICLO A

Domingo I de Adviento (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISTÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013, 2016 y 2019**
- **BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus 2007 – Ángelus 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**

– **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**

– **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**

– **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**

- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Mons. José Ignacio ALEMANY Grau, Obispo Emérito (Chachapoyas, Perú) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (**www.lacompañiademaria.com**), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/DR9boDTzR2L5g6uevTmLMP

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

UNA LLEGADA REPENTINA

Is 2, 1-5; Rom 13, 11-14; Mt 24, 37-44

Los cristianos de la primera generación vivían con la certidumbre de la inminente llegada de la parusía, es decir, de la venida o, mejor dicho, de la aparición gloriosa del Señor Jesucristo. Esa esperanza era compartida por el mismo Jesús. La advertencia reiterada era no dar crédito a los avisos sobre el momento preciso de aquel acontecimiento. Una segunda advertencia mucho más decisiva invitaba a no distraerse en los asuntos mundanos, desentendiéndose de vivir conforme a la voluntad del Padre. Mantenerse en vela equivale a vivir el día a día cumpliendo los valores del Evangelio. Por su parte el profeta Isaías nos describe una entusiasta peregrinación de pueblos que suben animosos a Jerusalén para dejarse instruir por la palabra del Señor. El mundo esperanzador que describe Isaías se destaca sobre todo por la eliminación de los mecanismos violentos. Ya no será la guerra ni la confrontación la única salida entre las naciones. La educación para la paz será la mejor alternativa.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 24, 1-3**

A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado, que no triunfen de mí mis enemigos; pues los que esperan en ti no quedan defraudados.

ORACIÓN COLECTA

Concede a tus fieles, Dios todopoderoso, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene a nosotros, para que, mediante la práctica de las buenas obras, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El Señor reúne a todos los pueblos en la paz eterna de su Reino.

Del libro del profeta Isaías: 2, 1-5

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y Jerusalén: En días futuros, el monte de la casa del Señor será elevado en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas, y hacia él confluirán todas las naciones.

Acudirán pueblos numerosos, que dirán: "Vengan, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos instruya en sus caminos y podamos marchar por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la Palabra del Señor".

Él será el árbitro de las naciones y el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados y de las lanzas, podaderas; ya no alzará la espada pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra. ¡Casa de Jacob, en marcha! Caminemos a la luz del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 121, 1-2. 4-5. 6-7. 8-9.

***R/.* Vayamos con alegría al encuentro del Señor.**

¡Qué alegría sentí, cuando me dijeron: "Vayamos a la casa del Señor"! Y hoy estamos aquí, Jerusalén, jubilosos, delante de tus puertas. ***R/.***

A ti, Jerusalén, suben las tribus, las tribus del Señor, según lo que a Israel se le ha ordenado, para alabar el nombre del Señor. En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David. ***R/.***

Digan de todo corazón: "Jerusalén, que haya paz entre aquellos que te aman, que haya paz dentro de tus murallas y que reine la paz en cada casa". ***R/.***

Por el amor que tengo a mis hermanos, voy a decir: "La paz esté contigo". Y por la casa del Señor, mi Dios, pediré para ti todos los bienes. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Ya está cerca nuestra salvación.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 13, 11-14

Hermanos: Tomen en cuenta el momento en que vivimos. Ya es hora de que se despierten del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz.

Comportémonos honestamente, como se hace en pleno día Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujurias ni desenfrenos, nada de pleitos ni envidias. Revístanse más bien, de nuestro Señor Jesucristo y que el cuidado de su cuerpo no dé ocasión a los malos deseos.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Sal 84, 8

R/. Aleluya, aleluya.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. ***R/.***

EVANGELIO

Velen y estén preparados.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 24, 37-44

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Así como sucedió en tiempos de Noé, así también sucederá cuando venga el Hijo del hombre. Antes del diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca. Y cuando menos lo esperaban, sobrevino el diluvio y se llevó a todos. Lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre. Entonces, de dos hombres que estén en el campo, uno será llevado y el otro será dejado; de dos mujeres que estén juntas moliendo trigo, una será tomada y la otra dejada.

Velen, pues, y estén preparados, porque no saben qué día va a venir su Señor. Tengan por cierto que si un padre de familia supiera a qué hora va a venir el ladrón, estaría vigilando y no dejaría que se le metiera por un boquete en su casa. También ustedes estén preparados, porque a la hora que menos lo piensen, vendrá el Hijo del hombre".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, estos dones que te ofrecemos, tomados de los mismos bienes que nos has dado, y haz que lo que nos das en el tiempo presente para aumento de nuestra fe, se convierta para nosotros en prenda de tu redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 84, 13

El Señor nos mostrará su misericordia y nuestra tierra producirá su fruto.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que nos aprovechen los misterios en que hemos participado, mediante los cuales, mientras caminamos en medio de las cosas pasajeras, nos inclinas ya desde ahora a anhelar las realidades celestiales y a poner nuestro corazón en las que han de durar para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

De sus espadas forjarán azadas (Is 2,1-5)

Primera lectura

A pesar de los pecados del pueblo y de la calamitosa situación de Judá que se está describiendo en la primera parte del libro de Isaías, se abre ya desde el comienzo un resquicio a la esperanza con esta visión de restauración mesiánica y escatológica, en la que se subraya la centralidad universal de Sión, «el monte del Señor», es decir, Jerusalén.

Todos los pueblos acudirán entonces a la ciudad santa no con ánimo belicoso para despojarla de sus riquezas, sino en son de paz, para escuchar la palabra del Señor y ser

instruidos en su Ley. Con esa esperanza a la que se apunta ya desde el principio se culminará el libro (cfr 66,18-24), y queda así rubricado al comienzo y al final del escrito uno de los mensajes más importantes que se contienen en él.

El poema (vv. 2-5), que con ligeras variantes aparece también en el libro de Miqueas (4,1-3), pone en relación la Ley con el Templo, centro espiritual de la Jerusalén renovada tras el regreso del destierro de Babilonia.

En contraste con la violencia y desolación que acompaña al pecado (cfr 1,2-9), la reverencia a Dios y el afán de vivir de acuerdo con sus disposiciones, la práctica de la justicia y el amor al prójimo conducen a la paz. La indumentaria bélica se transforma en aparejo de labranza y desarrollo: «En la medida en que los hombres son pecadores —dice el Concilio Vaticano II—, les amenaza, y les amenazará hasta la venida de Cristo, el peligro de guerra; en la medida en que, unidos por la caridad, superan el pecado, se superan también las violencias hasta que se cumpla la palabra: "De sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas, podaderas. Ninguna nación levantará ya más la espada contra otra y no se adiestran más para el combate" (Is 2,4)» (*Gaudium et spes*, n. 78).

Estas palabras de Isaías que anuncian la intervención salvífica de Dios al final de los tiempos alcanzan su plenitud en el nacimiento de Cristo. Con Él se inaugura una época de perfecta paz y reconciliación. La Iglesia utiliza este texto en la liturgia del primer domingo de Adviento, dirigiendo nuestra atención hacia la espera de la segunda venida de Cristo, mientras se prepara a recordar su primera venida en la Navidad.

El día está cerca (Rm 13,11-14)

Segunda lectura

San Pablo invita a mantenerse vigilantes, siendo «conscientes del momento presente» (v. 11), es decir, sabedores de que Cristo ya ha obrado la salvación y que vendrá al final de los tiempos para llevar todo a plenitud. Jesucristo, que vino al mundo por la Encarnación, viene también a cada hombre por la gracia y vendrá al final de los tiempos como Juez. Alzándose como el sol, ahuyentó las tinieblas del error, y va disipando los restos de oscuridad que quedan en las almas a medida que impregna más los corazones. Por eso, comenta Teodoreto de Ciro, «se llama "noche" a la época de la ignorancia y "día" al tiempo después de la llegada del Señor» (*Interpretatio in Romanos*, *ad loc.*). La Iglesia utiliza este texto paulino en la liturgia de Adviento para prepararnos a la venida definitiva de Cristo, al tiempo que cada año celebra su Nacimiento.

Estad preparados (Mt 24,37-44)

Evangelio

Las palabras de Jesús a los discípulos son claras: no se revelará el día ni la hora de la Parusía. Jesús se abstiene de revelar el día del juicio para que nos mantengamos vigilantes.

Vigilar ante el advenimiento de Cristo no es buscar de continuo señales de su venida, sino comportarse y trabajar en todo momento cristianamente. Un medio indispensable para ello es el examen de conciencia: «Tienes un tribunal a tu disposición (...). Haz sentar a tu conciencia como juez y que tu razón presente allí todas tus culpas. Examina los pecados de tu alma y exígele que rinda cuentas con exactitud: ¿por qué has hecho esto o lo otro? Y si el alma no quiere considerar sus propias culpas y, por el contrario, busca las ajenas, dile: No te juzgo por los pecados de otro. (...) Si eres constante en hacer esto todos los días, comparecerás con confianza ante el tribunal que hará temblar a todos» (S. Juan Crisóstomo, *In Matthaeum* 42,2-4).

SAN JUAN CRISTÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

El ejemplo del Diluvio

Y porque más cumplidamente advirtáis, por otro lado, cómo el callar el día no nació de ignorancia, considerad juntamente con lo dicho la otra señal que les pone: Como en *los días* de *Noé las gentes comían y bebían, los hombres tomaban mujer y las mujeres marido, hasta el día en que entró Noé* en *el arca, y no cayeron en la cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos; así será el advenimiento del Hijo del hombre*. Al decir esto, puso de manifiesto que vendrá repentinamente y sin que se le espere y cuando la mayor parte de las gentes se entregarán a sus placeres. Lo mismo dice Pablo cuando escribe: Cuando *digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos la ruina*. Y para expresar lo inesperado, dice: Como *sobreviene el dolor de parto a la mujer encinta*.

¿Cómo, pues, dice el Señor: *Después de la tribulación de aquellos días?* Porque si entonces ha de haber placer, y paz, y seguridad, como Pablo dice, ¿cómo dice el Señor: *Después de la tribulación de aquellos días?* Si hay placer, ¿cómo tribulación? —Habrá placer y paz para los estúpidos. Por eso no dijo: "Cuando haya paz", sino: *Cuando digan: Paz* y *seguridad*. Lo que demuestra su estupidez, como la de quienes, en tiempo de Noé, se entregaban a sus placeres entre tamaños males. No así los justos, que vivían en tribulación y tristeza. Por aquí da el Señor a entender que, a la venida del anticristo, los inicuos y desesperados de su salvación se entregarán con más furor a sus torpes placeres. Allí será de la gula, de las francachelas y borracheras. De ahí lo maravillosamente que el ejemplo conviene a la situación. Porque así como, al construirse el arca, no creían en el diluvio —dice—, sino que allí estaba ella a la vista de todos, pregonando anticipadamente los males por venir, y la gente, no obstante estarla viendo, se entregaban a sus placeres, como si nada hubiera de pasar, así ahora aparecerá, sí, el anticristo, tras el cual vendrá la consumación y los castigos que la habrán de acompañar y los tormentos insoportables; mas ellos, poseídos de la borrachera de su maldad, ni temor sentirán de lo que ha de suceder. De ahí que diga también Pablo: Como *el dolor a la mujer en cinta,* así

sobrevendrán sobre ellos aquellos terribles e irremediables males. ¿Y por qué no habló de los males de Sodoma? —Es, que quería el Señor poner un ejemplo universal, y que, después de ser predicho, no fue creído. De ahí justamente que, como el vulgo no suele dar fe a lo porvenir, el Señor confirma por lo pasado sus palabras, a fin de sacudir el espíritu de sus discípulos. Juntamente con esto, por ahí se demuestra también haber sido Él también quien envió los anteriores castigos. Seguidamente pone otra señal, y por ella y por todas las otras, queda absolutamente patente que no desconoce el día del juicio. — ¿Qué señal es ésa? — *Entonces estarán dos hombres en el campo*. Y uno *será tomado* otro *será dejado; y dos mujeres darán vueltas a la piedra de moler,* y *una será tomada y otra será dejada, Vigilad, pues, porque no sabéis el momento* en que *vendrá vuestro Señor*. Todo esto son pruebas de que el Señor sabía perfectamente el día, pero no queda que sus discípulos le preguntaran sobre él. Por eso citó los días de Noé; por eso habló de los dos que están en el campo, dando a entender que así de improvisamente, así de despreocupados, cogerá aquel día a los hombres. Lo mismo indica el otro ejemplo de las dos mujeres que están moliendo bien ajenas a lo que va a suceder. Y juntamente nos declara que así se toman o se dejan los que son señores como los esclavos, los que descansan como los que trabajan, los de una dignidad como los de otra. Como se dice también en el Antiguo Testamento: Desde *el que está sentado en el trono hasta la esclava que da vueltas a la muela,* Como había dicho antes que los ricos se salvan con dificultad, ahora nos hace ver que ni todos los ricos se pierden absolutamente, ni todos los pobres absolutamente se salvan, sino que, de entre pobres y ricos, unos se salvan y otros se pierden. Y a mi parecer, también nos indica que su venida será por la noche. Esto lo dice expresamente Lucas. Mirad cuán puntualmente lo sabe todo. Luego, otra vez, porque no le preguntaran, añadió: *Vigilad, pues, porque* no *sabéis en qué momento ha de llegar vuestro Señor*. No dijo: "Porque no sé", sino: *Porque no sabéis*. Cuando ya casi los había llevado a la hora misma y puesto tocando a ella, nuevamente los aparta de toda pregunta, pues quiere que estén en todo momento alerta. De ahí que les diga: *Vigilad,* dándoles a entender que por eso no les había dicho el día. Por eso les dice: Comprended que, *si el amo de casa hubiera sabido a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, hubiera estado alerta y no hubiera dejado que le perforaran la casa. Por* eso, *estad también vosotros preparados, pues en el momento que no pensáis vendrá el Hijo del hombre*. Si les dice, pues, que vigilen y estén preparados es porque, a la hora que menos lo piensen, se presentará Él. Así quiere que estén siempre dispuestos al combate y que en todo momento practiquen la virtud. Es como si dijera: Si el vulgo de las gentes supieran cuándo habían de morir, para aquel día absolutamente reservarían su fervor.

LA IGNORANCIA DEL DÍA NOS HA DE HACER MÁS VIGILANTES

Así, pues, porque no limitaran su fervor a ese día, el Señor no revela ni el común ni el propio de cada uno, pues quiere que lo estén siempre esperando y sean siempre fervorosos. De ahí que también dejó en la incertidumbre el fin de cada uno. Luego, sin velo alguno, se llama a sí mismo Señor, cosa que nunca dijo con tanta claridad. Mas aquí paréceme a mí que intenta también confundir a los perezosos, pues no ponen por su propia alma tanto empeño como ponen por sus riquezas los que temen el asalto de los ladrones, Porque, cuando éstos se esperan, la gente está despierta y no consiente que se lleven nada de lo que hay en casa. Vosotros, empero, les dice, no obstante saber que vuestro Señor ha de venir infaliblemente, no vigiláis ni estáis preparados, a fin de que no se os lleven desapercibidos de este mundo. Por eso aquel día vendrá para ruina de los que duermen. Porque así como el amo, de haber sabido la venida del ladrón, lo hubiera evitado, así vosotros, si estáis preparados, lo evitaréis igualmente.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (II), Homilía 77, 2-3,* BAC Madrid 1956, 534-37)

FRANCISCO – Ángelus 2013, 2016 y 2019

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

2013

El tiempo de Adviento nos devuelve el horizonte de la esperanza

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Comenzamos hoy, primer domingo de Adviento, un nuevo año litúrgico, es decir *un nuevo camino del Pueblo de Dios* con Jesucristo, nuestro Pastor, que nos guía en la historia hacia la realización del Reino de Dios. Por ello este día tiene un atractivo especial, nos hace experimentar un sentimiento profundo del sentido de la historia. Redescubrimos la belleza de estar todos en camino: la Iglesia, con su vocación y misión, y toda la humanidad, los pueblos, las civilizaciones, las culturas, todos en camino a través de los senderos del tiempo.

¿En camino hacia dónde? ¿Hay una meta común? ¿Y cuál es esta meta? El Señor nos responde a través del profeta Isaías, y dice así: «En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas"» (2, 2-3). Esto es lo que dice Isaías acerca de la meta hacia la que nos dirigimos. Es *una peregrinación universal hacia una meta común*, que en el Antiguo Testamento es Jerusalén, donde surge el templo del Señor, porque desde allí, de Jerusalén, ha venido la revelación del rostro de Dios y de su ley. La revelación ha encontrado su realización en *Jesucristo*, y Él mismo, el Verbo hecho carne, se ha convertido en el «templo del Señor»: es Él la guía y al mismo tiempo la meta de nuestra

peregrinación, de la peregrinación de todo el Pueblo de Dios; y bajo su luz también los demás pueblos pueden caminar hacia el Reino de la justicia, hacia el Reino de la paz. Dice de nuevo el profeta: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (2, 4).

Me permito repetir esto que dice el profeta, escuchad bien: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra». ¿Pero cuándo sucederá esto? Qué hermoso día será ese en el que las armas sean desmontadas, para transformarse en instrumentos de trabajo. ¡Qué hermoso día será ése! ¡Y esto es posible! Apostemos por la esperanza, la esperanza de la paz. Y será posible.

Este camino no se acaba nunca. Así como en la vida de cada uno de nosotros siempre hay necesidad de comenzar de nuevo, de volver a levantarse, de volver a encontrar el sentido de la meta de la propia existencia, de la misma manera para la gran familia humana es necesario renovar siempre el horizonte común hacia el cual estamos encaminados. *¡El horizonte de la esperanza!* Es ese el horizonte para hacer un buen camino. El tiempo de Adviento, que hoy de nuevo comenzamos, nos devuelve el horizonte de la esperanza, una esperanza que no decepciona porque está fundada en la Palabra de Dios. Una esperanza que no decepciona, sencillamente porque el Señor no decepciona jamás. ¡Él es fiel!, ¡Él no decepciona! ¡Pensemos y sintamos esta belleza!

El modelo de esta actitud espiritual, de este modo de ser y de caminar en la vida, es la Virgen María. Una sencilla muchacha de pueblo, que lleva en el corazón toda la esperanza de Dios. En su seno, la esperanza de Dios se hizo carne, se hizo hombre, se hizo historia: Jesucristo. Su *Magníficat* es el cántico del Pueblo de Dios en camino, y de todos los hombres y mujeres que esperan en Dios, en el poder de su misericordia. Dejémonos guiar por Ella, que es madre, es mamá, y sabe cómo guiarnos. Dejémonos guiar por Ella en este tiempo de espera y de vigilancia activa.

***

2016

Aprender a no depender de nuestras seguridades

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy en la Iglesia inicia un nuevo año litúrgico, es decir, un nuevo camino de fe del pueblo de Dios. Y como siempre iniciamos con el Adviento. La página del Evangelio (cf. *Mt* 24, 37-44) nos presenta uno de los temas más sugestivos del tiempo de Adviento: la visita del Señor a la humanidad. La primera visita —lo sabemos todos— se produjo con la Encarnación, el nacimiento de Jesús en la gruta de Belén; la segunda sucede en el presente: el Señor nos visita continuamente cada día, camina a nuestro lado y es una presencia de consolación; y para concluir estará la tercera y última visita, que profesamos cada vez que recitamos el Credo: «De nuevo vendrá en la gloria para juzgar a vivos y a

muertos». El Señor hoy nos habla de esta última visita suya, la que sucederá al final de los tiempos y nos dice dónde llegará nuestro camino.

La palabra de Dios hace resaltar el contraste entre el desarrollarse normal de las cosas, la rutina cotidiana y la venida repentina del Señor. Dice Jesús: «Como en los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en el que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrasó a todos» (vv. 38-39): así dice Jesús. Siempre nos impresiona pensar en las horas que preceden a una gran calamidad: todos están tranquilos, hacen las cosas de siempre sin darse cuenta que su vida está a punto de ser alterada. El Evangelio, ciertamente no quiere darnos miedo, sino abrir nuestro horizonte a la dimensión ulterior, más grande, que por una parte relativiza las cosas de cada día pero al mismo tiempo las hace preciosas, decisivas. La relación con el Dios que viene a visitarnos da a cada gesto, a cada cosa una luz diversa, una profundidad, un valor simbólico.

Desde esta perspectiva llega también una invitación a la sobriedad, a no ser dominados por las cosas de este mundo, por las realidades materiales, sino más bien a gobernarlas. Si por el contrario nos dejamos condicionar y dominar por ellas, no podemos percibir que hay algo mucho más importante: nuestro encuentro final con el Señor, y esto es importante. Ese, ese encuentro. Y las cosas de cada día deben tener ese horizonte, deben ser dirigidas a ese horizonte. Este encuentro con el Señor que viene por nosotros. En aquel momento, como dice el Evangelio, «estarán dos en el campo: uno es tomado, el otro dejado» (v. 40). Es una invitación a la vigilancia, porque no sabiendo cuando Él vendrá, es necesario estar preparados siempre para partir.

En este tiempo de Adviento estamos llamados a ensanchar los horizontes de nuestro corazón, a dejarnos sorprender por la vida que se presenta cada día con sus novedades. Para hacer esto es necesario aprender a no depender de nuestras seguridades, de nuestros esquemas consolidados, porque el Señor viene a la hora que no nos imaginamos. Viene para presentarnos una dimensión más hermosa y más grande.

Que Nuestra Señora, Virgen del Adviento, nos ayude a no considerarnos propietarios de nuestra vida, a no oponer resistencia cuando el Señor viene para cambiarla, sino a estar preparados para dejarnos visitar por Él, huésped esperado y grato, aunque desarme nuestros planes.

***

2019

Corazón libre y vigilante

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, primer domingo de Adviento, comienza un nuevo año litúrgico. En estas cuatro semanas de Adviento, la liturgia nos lleva a celebrar el nacimiento de Jesús, mientras nos recuerda que Él viene todos los días en nuestras vidas, y que regresará gloriosamente al

final de los tiempos. Esta certeza nos lleva a mirar al futuro con confianza, como nos invita el profeta Isaías, que con su voz inspirada acompaña todo el camino del Adviento.

En la primera lectura de hoy, Isaías profetiza que «sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones» (*Isaías* 2, 2). El templo del Señor en Jerusalén se presenta como el punto de encuentro y de convergencia de todos los pueblos. Después de la Encarnación del Hijo de Dios, Jesús mismo se reveló como el verdadero templo. Por lo tanto, la maravillosa visión de Isaías es una promesa divina y nos impulsa a asumir una actitud de peregrinación, de camino hacia Cristo, sentido y fin de toda la historia. Los que tienen hambre y sed de justicia sólo pueden encontrarla a través de los caminos del Señor, mientras que el mal y el pecado provienen del hecho de que los individuos y los grupos sociales prefieren seguir caminos dictados por intereses egoístas, que causan conflictos y guerras. El Adviento es el tiempo para acoger la venida de Jesús, que viene como mensajero de paz para mostrarnos los caminos de Dios.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos exhorta a estar preparados para su venida: «Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor» (*Mateo* 24, 42). Velar no significa tener los ojos materialmente abiertos, sino tener el corazón libre y orientado en la dirección correcta, es decir, dispuesto a dar y servir. ¡Eso es velar! El sueño del que debemos despertar está constituido por la indiferencia, por la vanidad, por la incapacidad de establecer relaciones verdaderamente humanas, por la incapacidad de hacerse cargo de nuestro hermano aislado, abandonado o enfermo. La espera de la venida de Jesús debe traducirse, por tanto, en un compromiso de vigilancia. Se trata sobre todo de maravillarse de la acción de Dios, de sus sorpresas y de darle primacía. Vigilancia significa también, concretamente, estar atento al prójimo en dificultades, dejarse interpelar por sus necesidades, sin esperar a que nos pida ayuda, sino aprendiendo a prevenir, a anticipar, como Dios siempre hace con nosotros.

Que María, Virgen vigilante y Madre de la esperanza, nos guía en este camino, ayudándonos a dirigir la mirada hacia el "monte del Señor", imagen de Jesucristo, que atrae a todos los hombres y todos los pueblos.

BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus 2007 – Ángelus 2010

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

Homilía 2007

Dios nos ama y espera que volvamos a él

Queridos hermanos y hermanas:

El Adviento es, por excelencia, el tiempo de la esperanza. Cada año, esta actitud fundamental del espíritu se renueva en el corazón de los cristianos que, mientras se

preparan para celebrar la gran fiesta del nacimiento de Cristo Salvador, reavivan la esperanza de su vuelta gloriosa al final de los tiempos. La primera parte del Adviento insiste precisamente en la parusía, la última venida del Señor.

Al tema de la esperanza he dedicado mi segunda encíclica. En efecto, la esperanza cristiana está inseparablemente unida al conocimiento del rostro de Dios, el rostro que Jesús, el Hijo unigénito, nos reveló con su encarnación, con su vida terrena y su predicación, y sobre todo con su muerte y resurrección.

La esperanza verdadera y segura está fundamentada en la fe en Dios Amor, Padre misericordioso, que «tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito» (Jn 3, 16), para que los hombres, y con ellos todas las criaturas, puedan tener vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Por tanto, el Adviento es tiempo favorable para redescubrir una esperanza no vaga e ilusoria, sino cierta y fiable, por estar «anclada» en Cristo, Dios hecho hombre, roca de nuestra salvación.

Como se puede apreciar en el Nuevo Testamento y en especial en las cartas de los Apóstoles, desde el inicio una nueva esperanza distinguió a los cristianos de las personas que vivían la religiosidad pagana. San Pablo, en su carta a los Efesios, les recuerda que, antes de abrazar la fe en Cristo, estaban «sin esperanza y sin Dios en este mundo» (Ef 2, 12). Esta expresión resulta sumamente actual para el paganismo de nuestros días: podemos referirla en particular al nihilismo contemporáneo, que corroe la esperanza en el corazón del hombre, induciéndolo a pensar que dentro de él y en torno a él reina la nada: nada antes del nacimiento y nada después de la muerte.

En realidad, si falta Dios, falla la esperanza. Todo pierde sentido. Es como si faltara la dimensión de profundidad y todas las cosas se oscurecieran, privadas de su valor simbólico; como si no «destacaran» de la mera materialidad. Está en juego la relación entre la existencia aquí y ahora y lo que llamamos el «más allá». El más allá no es un lugar donde acabaremos después de la muerte, sino la realidad de Dios, la plenitud de vida a la que todo ser humano, por decirlo así, tiende. A esta espera del hombre Dios ha respondido en Cristo con el don de la esperanza.

El hombre es la única criatura libre de decir sí o no a la eternidad, o sea, a Dios. El ser humano puede apagar en sí mismo la esperanza eliminando a Dios de su vida. ¿Cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede acontecer que la criatura «hecha para Dios», íntimamente orientada a él, la más cercana al Eterno, pueda privarse de esta riqueza?

Dios conoce el corazón del hombre. Sabe que quien lo rechaza no ha conocido su verdadero rostro; por eso no cesa de llamar a nuestra puerta, como humilde peregrino en busca de acogida. El Señor concede un nuevo tiempo a la humanidad precisamente para que todos puedan llegar a conocerlo. Este es también el sentido de un nuevo año litúrgico que comienza: es un don de Dios, el cual quiere revelarse de nuevo en el misterio de Cristo, mediante la Palabra y los sacramentos.

Mediante la Iglesia quiere hablar a la humanidad y salvar a los hombres de hoy. Y lo hace saliendo a su encuentro, para «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Desde esta perspectiva, la celebración del Adviento es la respuesta de la Iglesia Esposa a la iniciativa continua de Dios Esposo, «que es, que era y que viene» (Ap 1, 8). A la humanidad, que ya no tiene tiempo para él, Dios le ofrece otro tiempo, un nuevo espacio para volver a entrar en sí misma, para ponerse de nuevo en camino, para volver a encontrar el sentido de la esperanza.

He aquí el descubrimiento sorprendente: mi esperanza, nuestra esperanza, está precedida por la espera que Dios cultiva con respecto a nosotros. Sí, Dios nos ama y precisamente por eso espera que volvamos a él, que abramos nuestro corazón a su amor, que pongamos nuestra mano en la suya y recordemos que somos sus hijos.

Esta espera de Dios precede siempre a nuestra esperanza, exactamente como su amor nos abraza siempre primero (cf. 1 Jn 4, 10). En este sentido, la esperanza cristiana se llama «teologal»: Dios es su fuente, su apoyo y su término. ¡Qué gran consuelo nos da este misterio! Mi Creador ha puesto en mi espíritu un reflejo de su deseo de vida para todos. Cada hombre está llamado a esperar correspondiendo a lo que Dios espera de él. Por lo demás, la experiencia nos demuestra que eso es precisamente así. ¿Qué es lo que impulsa al mundo sino la confianza que Dios tiene en el hombre? Es una confianza que se refleja en el corazón de los pequeños, de los humildes, cuando a través de las dificultades y las pruebas se esfuerzan cada día por obrar de la mejor forma posible, por realizar un bien que parece pequeño, pero que a los ojos de Dios es muy grande: en la familia, en el lugar de trabajo, en la escuela, en los diversos ámbitos de la sociedad. La esperanza está indeleblemente escrita en el corazón del hombre, porque Dios nuestro Padre es vida, y estamos hechos para la vida eterna y bienaventurada.

Todo niño que nace es signo de la confianza de Dios en el hombre y es una confirmación, al menos implícita, de la esperanza que el hombre alberga en un futuro abierto a la eternidad de Dios. A esta esperanza del hombre respondió Dios naciendo en el tiempo como un ser humano pequeño. San Agustín escribió: «De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgarlo apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros» (*Confesiones* X, 43, 69, citado en *Spe salvi*, 29).

Dejémonos guiar ahora por Aquella que llevó en su corazón y en su seno al Verbo encarnado. ¡Oh María, Virgen de la espera y Madre de la esperanza, reaviva en toda la Iglesia el espíritu del Adviento, para que la humanidad entera se vuelva a poner en camino hacia Belén, donde vino y de nuevo vendrá a visitarnos el Sol que nace de lo alto (cf. Lc 1, 78), Cristo nuestro Dios! Amén.

***

Ángelus 2007

El hombre es redimido por el amor

Queridos hermanos y hermanas:

Con este primer domingo de Adviento comienza un nuevo año litúrgico: el pueblo de Dios vuelve a ponerse en camino para vivir el misterio de Cristo en la historia. Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre (cf. *Hb* 13, 8); en cambio, la historia cambia y necesita ser evangelizada constantemente; necesita renovarse desde dentro, y la única verdadera novedad es Cristo: él es su realización plena, el futuro luminoso del hombre y del mundo. Jesús, resucitado de entre los muertos, es el Señor al que Dios someterá todos sus enemigos, incluida la misma muerte (cf. *1 Co* 15, 25-28).

Por tanto, el Adviento es el tiempo propicio para reavivar en nuestro corazón la espera de Aquel «que es, que era y que va a venir» (*Ap* 1, 8). El Hijo de Dios ya vino en Belén hace veinte siglos, viene en cada momento al alma y a la comunidad dispuestas a recibirlo, y de nuevo vendrá al final de los tiempos para «juzgar a vivos y muertos». Por eso, el creyente está siempre vigilante, animado por la íntima esperanza de encontrar al Señor, como dice el Salmo: «Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela a la aurora» (*Sal* 130, 5-6).

Por consiguiente, este domingo es un día muy adecuado para ofrecer a la Iglesia entera y a todos los hombres de buena voluntad mi segunda encíclica, que quise dedicar precisamente al tema de la esperanza cristiana. Se titula *Spe salvi*, porque comienza con la expresión de san Pablo: «*Spe salvi factum sumus*», «en esperanza fuimos salvados» (*Rm* 8, 24). En este, como en otros pasajes del Nuevo Testamento, la palabra «esperanza» está íntimamente relacionada con la palabra «fe». Es un don que cambia la vida de quien lo recibe, como lo muestra la experiencia de tantos santos y santas.

¿En qué consiste esta esperanza, tan grande y tan «fiable» que nos hace decir que *en ella* encontramos la «salvación»? Esencialmente, consiste en el conocimiento de Dios, en el descubrimiento de su corazón de Padre bueno y misericordioso. Jesús, con su muerte en la cruz y su resurrección, nos reveló su rostro, el rostro de un Dios con un amor tan grande que comunica una esperanza inquebrantable, que ni siquiera la muerte puede destruir, porque la vida de quien se pone en manos de este Padre se abre a la perspectiva de la bienaventuranza eterna.

El desarrollo de la ciencia moderna ha marginado cada vez más la fe y la esperanza en la esfera privada y personal, hasta el punto de que hoy se percibe de modo evidente, y a veces dramático, que el hombre y el mundo necesitan a Dios —¡al verdadero Dios!—; de lo contrario, no tienen esperanza.

No cabe duda de que la ciencia contribuye en gran medida al bien de la humanidad, pero no es capaz de redimirla. El hombre es redimido por el amor, que hace buena y hermosa la vida personal y social. Por eso la gran esperanza, la esperanza plena y definitiva, es garantizada por Dios que es amor, por Dios que en Jesús nos visitó y nos dio la vida, y en él volverá al final de los tiempos.

En Cristo esperamos; es a él a quien aguardamos. Con María, su Madre, la Iglesia va al encuentro del Esposo: lo hace con las obras de caridad, porque la esperanza, como la fe, se manifiesta en el amor. ¡Buen Adviento a todos!

***

Ángelus 2010

El hombre está vivo mientras en su corazón está viva la esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, primer domingo de Adviento, la Iglesia inicia un nuevo Año litúrgico, un nuevo camino de fe que, por una parte, conmemora el acontecimiento de Jesucristo, y por otra, se abre a su cumplimiento final. Precisamente de esta doble perspectiva vive el tiempo de Adviento, mirando tanto a la primera venida del Hijo de Dios, cuando nació de la Virgen María, como a su vuelta gloriosa, cuando vendrá a «juzgar a vivos y muertos», como decimos en el Credo. Sobre este sugestivo tema de la «espera» quiero detenerme ahora brevemente, porque se trata de un aspecto profundamente humano, en el que la fe se convierte, por decirlo así, en un todo con nuestra carne y nuestro corazón.

La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y al hombre se lo reconoce por sus esperas: nuestra «estatura» moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos.

Cada uno de nosotros, por tanto, especialmente en este tiempo que nos prepara a la Navidad, puede preguntarse: ¿yo qué espero? En este momento de mi vida, ¿a qué tiende mi corazón? Y esta misma pregunta se puede formular a nivel de familia, de comunidad, de nación. ¿Qué es lo que esperamos juntos? ¿Qué une nuestras aspiraciones?, ¿qué tienen en común? En el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, era muy fuerte en Israel la espera del Mesías, es decir, de un Consagrado, descendiente del rey David, que finalmente liberaría al pueblo de toda esclavitud moral y política e instauraría el reino de Dios. Pero nadie habría imaginado nunca que el Mesías pudiese nacer de una joven humilde como era María, prometida del justo José. Ni siquiera ella lo habría pensado nunca, pero en su corazón la espera del Salvador era tan grande, su fe y su esperanza eran tan ardientes, que él pudo encontrar en ella una madre digna. Por lo demás, Dios mismo la había preparado, antes de los siglos. Hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, la criatura «llena de gracia», totalmente transparente al

designio de amor del Altísimo. Aprendamos de ella, Mujer del Adviento, a vivir los gestos cotidianos con un espíritu nuevo, con el sentimiento de una espera profunda, que sólo la venida de Dios puede colmar.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

LOS DOMINGOS DE ADVIENTO

77. «Las lecturas del Evangelio tienen una característica propia: se refieren a la venida del Señor al final de los tiempos (I domingo), a Juan Bautista (II y III domingo), a los acontecimientos que prepararon de cerca el nacimiento del Señor (IV domingo). Las lecturas del Antiguo Testamento son profecías sobre el Mesías y el tiempo mesiánico, tomadas principalmente del libro de Isaías. Las lecturas del Apóstol contienen exhortaciones y amonestaciones conformes a las diversas características de este tiempo» (OLM 93). El Adviento es el tiempo que prepara a los cristianos a las gracias que serán dadas, una vez más en este año, en la celebración de la gran Solemnidad de la Navidad. Ya desde el I domingo de Adviento, el homileta exhorta al pueblo para que emprenda su preparación caracterizada por distintas facetas, cada una de ellas sugerida por la rica selección de pasajes bíblicos del Leccionario de este tiempo. La primera fase del Adviento nos invita a preparar la Navidad animándonos no sólo a dirigir la mirada al tiempo de la primera Venida del nuestro Señor, cuando, como dice el prefacio I de Adviento, Él asume «la humildad de nuestra carne», sino también, a esperar vigilantes su Venida «en la majestad de su gloria», cuando «podamos recibir los bienes prometidos».

79. Por tanto, existe un doble significado de ***Adviento***, un doble significado de la ***Venida*** del Señor. Este tiempo nos prepara para su Venida en la gracia de la fiesta de la Navidad y a su retorno para el juicio al final de los tiempos. Los textos bíblicos deberían ser explicados considerando este doble significado. Según el texto, se puede evidenciar una u otra Venida, aunque, con frecuencia, el mismo pasaje presenta palabras e imágenes relativas a ambas. Existe, además, otra Venida: escuchamos estas lecturas en la asamblea eucarística, donde Cristo está verdaderamente presente. Al comienzo del tiempo de Adviento la Iglesia recuerda la enseñanza de san Bernardo, es decir, que entre las dos Venidas visibles de Cristo, en la historia y al final de los tiempos, existe una venida invisible, aquí y ahora (cf. ***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***), así como hace suyas las palabras de san Carlos Borromeo:

«Este tiempo (…) nos enseña que la venida de Cristo no solo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si

ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos (***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***)».

I domingo de Adviento

80. El evangelio del I domingo de Adviento, en los tres ciclos, es una narración sinóptica que anuncia la venida inminente del Hijo del Hombre en gloria, un día y una hora desconocidos. Nos exhorta a estar vigilantes y en alerta, a esperar signos espaventosos en el cielo y en la tierra, a no dejarnos sorprender. Siempre nos da una cierta impresión empezar de este modo el Adviento, ya que, de modo inevitable, este tiempo nos trae a la mente la Navidad y, en muchos lugares, el sentir común está ya sumergido con las dulces representaciones del Nacimiento de Jesús en Belén. No obstante, la Liturgia nos presenta estas imágenes a la luz de otras que nos recuerdan cómo el mismo Señor nacido en Belén «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos», como dice el Credo. En este domingo, es responsabilidad del homileta recordar a los cristianos que siempre deben preparase para esta venida y para el juicio. Realmente, el Adviento constituye tal preparación: la Venida de Jesús en la Navidad está conectada íntimamente con su Venida en el último día.

81. Durante los tres años, la lectura del Profeta puede interpretarse ya sea como indicativa del glorioso advenimiento final del Señor como de su primer advenimiento «en la humildad de nuestra carne», de la que nos habla la Navidad. Tanto Isaías (en el año A) como Jeremías (en el año C), anuncian que «llegan días». En el contexto de esta Liturgia, las palabras que siguen apuntan claramente al tiempo final; pero se refieren, también, a la inminente Solemnidad de la Navidad.

82. ¿Qué sucederá al final de los días? Isaías dice (en el año A): «Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles». El homileta tiene varias posibilidades de interpretación que se pueden desarrollar en consecuencia. «El monte de la casa del Señor» podría ser correctamente explicado como una imagen de la Iglesia, llamada a reunir a todas las gentes. También podría hacer de primer anuncio de la Fiesta inminente de la Navidad. «Confluirán los gentiles» hacia el Niño en el pesebre es un texto que se cumplirá, en particular, en Epifanía, cuando los Magos vengan a adorarlo. El homileta tendría que recordar a los fieles que también ellos pertenecen a los gentiles que caminan hacia Cristo, un viaje que se inicia con intensidad renovada en el I domingo de Adviento. Las mismas palabras, ricamente inspiradas, son también aplicables a la Venida en el final de los tiempos, citada explícitamente por el Evangelio. El profeta prosigue: «Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos». Las palabras conclusivas del pasaje profético son, al mismo tiempo, una maravillosa llamada a la celebración de la Navidad y a la espera del adviento del Hijo del Hombre en la gloria: «Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor».

83. La Iglesia, en este I domingo de Adviento, fija además la mirada en el Retorno de Jesús en gloria y majestad. «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!» Los Evangelios, con este mismo tono, describen la Venida final. Y ¿estamos preparados? No, no lo estamos, y por ello tenemos necesidad de un tiempo de preparación. La oración del profeta continúa: «Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos». Una cosa muy parecida se invoca en la oración colecta de este domingo: «Dios todopoderoso, aviva en tus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras…».

86. Naturalmente la Eucaristía que nos disponemos a celebrar es la preparación más intensa de la comunidad para la Venida del Señor, ya que ella misma señala dicha Venida. En el prefacio que abre la plegaria eucarística en este domingo, la comunidad se presenta a Dios «en vigilante espera». Nosotros, que damos gracias, pedimos hoy ya poder cantar con todos los ángeles: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios del universo». Aclamando el «Misterio de la fe» expresamos el mismo espíritu de vigilante espera: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas». En la plegaria eucarística los cielos se abren y Dios desciende. Hoy recibimos el Cuerpo y la Sangre del Hijo del Hombre que llegará sobre las nubes con gran poder y gloria. Con su gracia, dada en la Sagrada Comunión, esperamos que cada uno de nosotros pueda exclamar: «Me levantaré y alzaré la cabeza; se acerca mi liberación».

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tribulación final y la venida de Cristo en gloria

“DESDE ALLI HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS”

I. VOLVERÁ EN GLORIA

Cristo reina ya mediante la Iglesia…

668. “Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: Posee todo poder en los cielos y en la tierra. El está “por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación” porque el Padre “bajo sus pies sometió todas las cosas” (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento transcendente.

669. Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). “La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio”, “constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (LG 3;5).

670. Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la "última hora" (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). "El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

… esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf.1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672. Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel

673. Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos "toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad" (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén "retenidos" en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

674. La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinad o de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la

consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

La última prueba de la Iglesia

675. Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1Te 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

676. Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, "Divini Redemptoris" que condena el "falso misticismo" de esta "falsificación de la redención de los humildes"; GS 20-21).

677. La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13).

La Iglesia, consumada en la gloria

769. La Iglesia "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (San Agustín, civ. 18, 51; cf. LG 8). Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor (cf. 2Co 5, 6; LG 6), y aspira al advenimiento pleno del Reino, "y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria" (LG 5). La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, "todos los justos desde

Adán, `desde el justo Abel hasta el último de los elegidos' se reunirán con el Padre en la Iglesia universal" (LG 2).

"¡Ven, Señor Jesús!"

451. La oración cristiana está marcada por el título "Señor", ya sea en la invitación a la oración "el Señor esté con vosotros", o en su conclusión "por Jesucristo nuestro Señor" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "Maran atha" ("¡el Señor viene!") o "Maran atha" ("¡Ven, Señor!") (1 Co 16, 22): "¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

V. LOS SACRAMENTOS DE LA VIDA ETERNA

1130. La Iglesia celebra el Misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11,26; 15,28). Desde la era apostólica, la Liturgia es atraída hacia su término por el gemido del Espíritu en la Iglesia: "¡Marana tha!" (1 Co 16,22). La liturgia participa así en el deseo de Jesús: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22,15-16). En los sacramentos de Cristo, la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tt 2,13). "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!...¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,17.20).

Santo Tomás resume así las diferentes dimensiones del signo sacramental: "Unde sacramentum est signum rememorativum eius quod praecessit, scilicet passionis Christi; et desmonstrativum eius quod in nobis efficitur per Christi passionem, scilicet gratiae; et prognosticum, id est, praenuntiativum futurae gloriae" ("Por eso el sacramento es un signo que rememora lo que sucedió, es decir, la pasión de Cristo; es un signo que demuestra lo que sucedió entre nosotros en virtud de la pasión de Cristo, es decir, la gracia; y es un signo que anticipa, es decir, que preanuncia la gloria venidera", STh III, 60,3).)

1403. En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10,6).

2817. Esta petición es el "Marana Tha", el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús":

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con

grandes gritos: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?' (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

La vigilancia humilde del corazón

II. NECESIDAD DE UNA HUMILDE VIGILANCIA

Frente a las dificultades de la oración

2729. La dificultad habitual de la oración es la distracción. En la oración vocal, la distracción puede referirse a las palabras y al sentido de éstas. La distracción, de un modo más profundo, puede referirse a Aquel al que oramos, tanto en la oración vocal (litúrgica o personal), como en la meditación y en la oración contemplativa. Salir a la caza de la distracción es caer en sus redes; basta volver a concentrarse en la oración: la distracción descubre al que ora aquello a lo que su corazón está apegado. Esta toma de conciencia debe empujar al orante a ofrecerse al Señor para ser purificado. El combate se decide cuando se elige a quién se desea servir (cf Mt 6,21.24).

2730. Mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la vigilancia. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a Él, a su Venida, al último día y al "hoy". El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: "Dice de ti mi corazón: busca su rostro" (Sal 27, 8).

2731. Otra dificultad, especialmente para los que quieren sinceramente orar, es la sequedad. Forma parte de la contemplación en la que el corazón está seco, sin gusto por los pensamientos, recuerdos y sentimientos, incluso espirituales. Es el momento en que la fe es más pura, la fe que se mantiene firme junto a Jesús en su agonía y en el sepulcro. "El grano de trigo, si muere, da mucho fruto" (Jn 12, 24). Si la sequedad se debe a falta de raíz, porque la Palabra ha caído sobre roca, no hay éxito en el combate sin una mayor conversión (cf Lc 8, 6. 13).

Frente a las tentaciones en la oración

2732. La tentación más frecuente, la más oculta, es nuestra falta de fe. Esta se expresa menos en una incredulidad declarada que en unas preferencias de hecho. Se empieza a orar y se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes.

2733. Otra tentación a la que abre la puerta la presunción es la acedia. Los Padres espirituales entienden por ella una forma de aspereza o de desabrimiento debidos al relajamiento de la ascesis, al descuido de la vigilancia, a la negligencia del corazón. "El espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Mt 26, 41). El desaliento, doloroso, es el reverso de la presunción. Quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a una mayor confianza, a mantenerse firme en la constancia.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

¡Vigilad!

Comienza hoy el primer año del ciclo litúrgico trienal. En él nos acompaña el Evangelio de Mateo. Según una tradición antiquísima (hoy, sin embargo, puesta en discusión) Mateo habría escrito su Evangelio en arameo, a pesar de que a nosotros nos ha llegado sólo la versión griega. Es el Evangelio más completo y esto explica el puesto de privilegio, que ha ocupado siempre en el uso de la Iglesia. Algunas características de este Evangelio son: la amplitud con que se aportan las enseñanzas de Jesús (los famosos discursos, como el de la montaña) y la atención a la relación Ley-Evangelio (el Evangelio es la «nueva Ley»). Es considerado el Evangelio más «eclesiástico» por la narración del primado de Pedro y por el uso del término *Ecclesia,* Iglesia, que no se encuentra en los otros tres Evangelios. La palabra, que destaca sobre todas en el Evangelio de hoy, es:

«Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor».

Si el año litúrgico está en sus inicios, el año civil llega a su término. Otro círculo se cierra. En el tronco de un árbol cada año que pasa deja un signo: un círculo bien visible en la sección horizontal de la planta. Así sucede en el hombre. En otoño, la misma naturaleza nos invita a reflexionar sobre el tiempo que pasa. Lo que el poeta G. Ungaretti decía de los soldados durante la primera guerra mundial en la trinchera sobre el Carso vale para todos los hombres:

«Se está, como en otoño, las hojas, en los árboles».

Esto es, en proceso de caer de un momento a otro. En esta estación, si sabemos escucharla, la misma naturaleza nos predica silenciosamente. Miremos qué sucede en los árboles. A cada ráfaga de viento, son las hojas las que caen. Un minuto antes nadie sabe a cuál de ellas le tocará. Se arrancan, durante algo de tiempo dan unas vueltas por el aire y terminan en tierra para siempre. Dentro de algunos días ya no quedará ni una más.

«¡Que se vaya el tiempo, decía nuestro Dante Alghieri, y el hombre ni se da cuenta!» Un filósofo antiguo, Heráclito, ha expresado esta fundamental experiencia con una frase griega, que ha permanecido célebre: *panta rei,* esto es, todo fluye o pasa. Sucede en la vida como en la pantalla televisiva: los programas, así llamados documentales, se suceden rápidamente y cada uno elimina al precedente. La pantalla permanece la misma; pero, las imágenes cambian.

Así ocurre con nosotros: el mundo permanece, pero nosotros nos vamos yendo uno tras otro. ¿De todos los nombres, los rostros, las noticias, que llenan los periódicos y las telenoticias de hoy, de mí, de ti, de todos nosotros, qué quedará de aquí a algún año o decenio? Nada de nada. El hombre no es más que «un proyecto o diseño, creado sobre las olas en la playa del mar, que la ola sucesiva suprime».

Con el intento de no pasar ni de morir del todo, nos agarramos bien sea a la juventud, bien al amor, bien a los hijos, bien a la fama. «No moriré del todo, exclama el poeta Horacio; he erigido (con mis poesías) un monumento más duradero que el bronce». Sí; pero, ¿para qué le sirve este «monumento» ahora a él? Nos sirve a nosotros; pero, no a él. «El ser humano no es más que un soplo… mera sombra el humano que pasa» (*Salmo* 39,6-7.12), afirma la Biblia y creo que, al menos, sobre este punto todos estamos dispuestos a darle la razón.

En el mismo momento del nacimiento se inicia para cada uno de nosotros una cuenta al revés, que no se detiene ni un solo instante, ni de día ni de noche. Una vez en nuestros conventos teníamos grandes relojes de péndulo en los que estaba escrito, en latín, como para avisarnos: *Vulnerant omnes, ultima necat;* esto es, «todas (se entiende) las horas hieren, la última mata».

Ante esta experiencia de que todo pasa se pueden tomar distintos planes. Uno, muy antiguo y recordado en la misma Biblia, es aquel que dice: «Comamos y bebamos que mañana moriremos» (*Isaías* 22,13). Jesús en el Evangelio de hoy hablando de los días, que precedieron al diluvio, dice: «La gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos».

Un proyecto, ciertamente mejor, es aquel del que san Pablo dice: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos» (*Gálatas* 6,10). Hay personas honestas y de buena voluntad, que no tienen fe; pero, buscan ajustarse a este programa de aprovechar la vida para hacer el bien. Merecen admiración y respeto, porque para ellas es aún más difícil.

A propósito de este dato, veamos qué tiene que decirnos la fe del hecho de que todo pasa.

«El mundo y sus concupiscencias pasan; pero, quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 *Juan* 2.17).

Sin embargo, hay alguien que no pasa, Dios, y hay un modo de no pasar del todo ni siquiera nosotros: hacer la voluntad de Dios, esto es, creer, adherimos a Dios. Una de las imágenes más frecuentes con las que la Biblia nos habla de Dios es la de la roca. «Él es la Roca, su obra es consumada» (*Deuteronomio* 32,4). Yo intuí qué quiere decimos la Palabra de Dios con esto el día que por vez primera observé de cerca el monte Cervino.

Por lo tanto, he aquí la propuesta de la fe: ¡pasar al que no pasa! Pasar *del* mundo para no pasar *con* el mundo. Si Dios es la roca, nosotros debemos ser «picapedreros o canteros». ¡Cuántas cosas podríamos aprender de los canteros! Cuando sobreviene una tempestad, ellos se aferran o agarran todavía más a la roca… Entre ellos y la roca se establece como una especie de entendimiento secreto, una connivencia, una amistad. Los canteros tienen mucha confianza en la roca; pero, le tienen también un saludable respeto y temor reverencial. Así debiera ser entre nosotros y Dios.

En esta vida nosotros somos como personas sobre una balsa transportada por la corriente de un río lleno hacia el mar abierto, del que no hay retorno. En un cierto punto, la balsa viene a encontrarse ya cercana a la orilla. El náufrago dice: «¡O ahora o nunca más!» y salta sobre la tierra firme. ¡Qué respiro de alivio cuando siente la roca bajo sus pies! Es la sensación que tiene frecuentemente quien alcanza la fe. Quisiera recordar algunas palabras famosas, que nos dejó escritas santa Teresa de Ávila: «Nada te turbe, nada te espante. Todo pasa, sólo Dios queda».

Pero, no todo acaba aquí con una reflexión sapiencial, estéril en todo su conjunto. Hay un imperativo, que surge de todo ello. El formulado precisamente en el Evangelio de hoy:

«Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor... estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

A veces se nos pregunta: ¿por qué Dios nos esconde una cosa tan importante como es la hora de su venida, esto es, de nuestra muerte? La respuesta tradicional es: «Para que estemos vigilantes, creyendo cada uno que el hecho puede suceder en sus días» (san Efrén Siro). Pero, el motivo principal es que Dios nos conoce; sabe qué terrible angustia habría sido para nosotros conocer la hora exacta con anticipación y asistir al lento e inexorable aproximarse. En ciertas enfermedades es lo que más nos asusta. Cada día son más numerosos los que mueren por enfermedades inesperadas del corazón que los que mueren por los así llamados «males feos». Y, sin embargo, ¡cuánto mayor miedo provocan estas enfermedades!

¿Por qué? Precisamente porque nos parece que impiden la inseguridad, que nos consiente esperar.

La advertencia de «todo pasa» está dirigida más a los jóvenes que a los ancianos. A este propósito, hay una palabra en la Biblia que no puedo dejar de formular a los jóvenes. Dice:

«La juventud y los cabellos negros son un soplo. Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, antes de que lleguen los días malos y se echen encima años en que dirás: "No me agradan"» (*Qohelet* 12,1).

Llegados a este punto, la vejez es recordada con toda una serie de imágenes simpáticas: los ruidos, que se debilitan a causa de la sordera; los colores, que se amortiguan; el paso, que se hace incierto; el miedo a la calle y a las subidas. Y, después, la imagen final del carrillo o garrucha y el cubo: después de tanto subir y bajar el cubo en el pozo, llega un día en que la cadena se rompe y el cubo se precipita al fondo y ya no vuelve a subir más. El almendro vuelve a florecer en la primavera; pero, el hombre ya no se levanta más una vez caído. El fragmento termina con la bien conocida frase:

«Vanidad de vanidades Y todo es vanidad» (*Qohelet* 11, 10-12, 8).

Durante un tiempo esta palabra venía repetida de este modo demasiado frecuentemente, ahora ya no se la escucha más. Y, sin embargo, no es malo que también nuestra generación tenga algún pensamiento sobre ello. No para dejar de amar la vida, sino para vivir mejor, con más serenidad y menos agitación, con menos *estrés,* como se dice hoy. Tomar conciencia de que todo pasa: ello podría ser también un remedio «contra el desgaste de la vida moderna».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

Permanecer alerta

Permanezcan alerta. Es lo que nos pide Dios. Es la advertencia del Hijo de Dios, que hace a los hombres que en su cruz redimió, para que, cuando Él vuelva, lo estén esperando.

Significa estar preparados para un evento inesperado, con la seguridad de que en cualquier momento sucederá.

Es creer en la Palabra del Hijo de Dios y en sus promesas, porque todo lo que ha dicho se cumplirá, y volverá para darnos los bienes eternos que, con su muerte y resurrección, nos ha merecido.

Significa mantener bien preparada y dispuesta la morada del alma, despierta, renunciando constantemente a todas aquellas cosas del mundo que nos provocan una pereza espiritual, que nos conduce a la indiferencia de lo sagrado, y nos induce a un sueño y un sopor insoportable, en medio de la abundancia de bienes materiales, de tentaciones causadas por la ambición, el orgullo, la soberbia, el egoísmo, con lo que traicionan la confianza y el amor de Cristo.

Es mantener la esperanza en el Salvador, acudir a Él, y no querer hacer todo con nuestras propias fuerzas.

Permanece tú alerta y bien preparado, limpiando constantemente la morada del Señor, que es tu alma, manteniendo tu corazón encendido en el fuego del amor de Cristo, invocando la presencia del Espíritu Santo, alimentando la fe y la esperanza con tus obras de caridad, contemplando la cruz, y adorando el Cuerpo y la Sangre, la presencia viva de Jesús, que baja cada día del cielo por el poder del sacerdote, y descansa en sus manos, que han sido ungidas para que siempre tenga una morada bien dispuesta, bien preparada.

Permanece atento en la alegría y en la esperanza de que un día, de la misma manera, el Señor vendrá a ti y te ungirá para que seas digno de entrar con Él a la Patria Celestial».

Vigilar en paz

¡Qué cierto es que la muerte nos puede sorprender! Aunque en muchas ocasiones no sucede así y hasta es posible que los médicos se aventuren a pronosticar cuánto tiempo de vida le queda a un enfermo y lo más frecuente en nuestros días es que la muerte sobrevenga a partir de una edad ya avanzada. A nadie le admira, sin embargo, la noticia del fallecimiento inesperado de personas jóvenes o de mediana edad, por accidente, por ejemplo, y también por enfermedad. Quizá sea ésta una de las manifestaciones más claras e innegables de que no somos señores de nuestra existencia.

Jesús parte de esta realidad, que es evidente para todos, y estimula a la vigilancia. Ese momento –el de la muerte– debe encontrarnos preparados, pues es para cada uno el momento de encuentro con el Señor como Juez de nuestros actos. No es la vida del hombre tan sólo una ocasión, más o menos larga y más o menos grata, de desarrollo de las propias capacidades. Ni se trata de un tiempo nuestro, de nuestra propiedad, como si a nadie debiéramos dar cuenta de su aprovechamiento. Las palabras de Jesús indican, por el contrario, que al terminar esta vida habremos de responder de ella y que ese momento se puede presentar de improviso.

Velad, aconseja el Señor. Así hacemos cuando queremos asegurar la buena marcha de cualquier negocio. Lo hacemos todos para garantizar la eficacia de lo que nos traemos entre manos: en el trabajo, en la vida familiar y social, en la diversión...; sí, hasta en nuestros juegos. Nos interesa evaluar esfuerzos, tiempo empleado, gastos... Luego, a la vista del resultado obtenido, quizá advertimos que todo va bien o, por el contrario, que es preciso modificar de algún modo nuestra pauta. Y así hacernos, entonces, como consecuencia. Si actuamos de este modo en casi todas nuestras ocupaciones, aunque sean de poca importancia, con mayor razón haremos en las importantes y, sobre todo, en lo que se refiere al sentido y razón de ser de nuestra existencia. Querremos vivir permanentemente vigilantes, calibrando si nuestro quehacer contribuye al desarrollo de la vida en Dios a la que Él nos llama. Será preciso, pues –al igual que para lo menos importante, y como aconseja la experiencia–, dedicar algunos tiempos a ese examen vigilante.

El interés por vivir la vida según Dios –la única que vale la pena para el hombre–, que descubrimos más y más en la oración, impulsa a un examen sobre la realidad sobrenatural de lo concreto de nuestra vida; y, más en particular, acerca de los medios que de hecho ponemos en práctica para que nuestras jornadas sean como Dios espera. Sabremos así lo que tendremos que rectificar con la ayuda del Señor, ya que sólo eso está al alcance de la voluntad humana; no propiamente la santidad misma que es efecto de la Gracia, obra del Espíritu Santo en nosotros. Dios no niega su auxilio a sus hijos: nos quiere

santos y espera poder otorgarnos sus dones según vamos configurando la vida nuestra con su querer, que descubrimos en un diligente examen de conciencia.

¿Cómo ha sido mi trato con los que me rodean, cuánto recé por ellos? ¿Agradecí al Señor lo que soy, lo que me ha concedido por encima de otros seres? ¿Respondo a esos talentos: a mis condiciones humanas, a los medios materiales de que dispongo, a la ayuda que se me ofrece? ¿Soy conscientes de que son dones de Dios para que los haga fructificar? ¿Medito en oración sobre la realidad sobrenatural de mi vida, me considero ante todo hijo de Dios?

Preguntas como estas deberían ser quizá habituales en nuestra conciencia, sobre todo si por sus respuestas no nos queda claro que procuramos vivir para Dios. Y mientras examinamos la conducta, tratando de descubrir en qué mejorar, convendrá no olvidar el apoyo suave y fuerte que Dios mismo, Nuestro Padre, nos ofrece para que sepamos concretar de día en día el amor con obras que espera de nosotros para hacernos santos. Porque no es la vigilancia que hoy consideramos tarea que deba ser impulsada por el miedo, ni a duras penas porque nos sentimos sin las fuerzas necesarias. Nos resultaría ciertamente imposible si contásemos tan sólo con nuestras personales posibilidades, pero no olvidemos que la santidad se forma en los hijos de Dios por las Gracia, tan sencillamente como el fruto dulce, maduro en un sarmiento, cuando permanece unido a la vid. Con la misma naturalidad se siente el gozo en la virtud y la mayor intimidad con el Creador que es Padre.

La obra de nuestra santificación, siendo natural, será empresa siempre ardua, pero proporcionada a nuestras fuerzas con la ayuda de Dios y, por eso, cosa ordinaria. Vigilemos, pues, para descubrir cómo contar más con el Señor a lo largo de la jornada, cómo vivir para Él cada uno de nuestros momentos. No debemos abandonar la actitud de niños e hijos muy queridos que el Señor tanto nos aconseja. Es precisamente comportándonos así como resulta fácil la santidad e imposible, en cambio, de otro modo.

La Virgen Santísima, nuestra Madre, si procuramos tratarla asiduamente como hijos pequeños, nos facilita el camino de infancia hasta Nuestro Padre Dios, ayudándonos a concretar los pasos que cada jornada van conduciéndonos a la casa del Cielo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

“Al encuentro del Señor”

En las lecturas de este primer domingo del año litúrgico, predominan dos temas: la venida del Señor y la atención. Sin embargo, más que de dos temas, se trata de dos “movimientos”: el Señor viene, vayamos a su encuentro; Dios viene hacia el hombre, pero no lo encuentra sino quien se hace hallar en camino hacia él, quien “está preparado”. Son los dos movimientos también descriptos en forma tan eficaz en la parábola de las diez

vírgenes, que es la parábola por excelencia del tiempo de Adviento: *"Ya viene el esposo, salgan a su encuentro"* (Mt. 25, 6).

El primer movimiento es siempre de Dios: él es por definición "Aquel que viene". No sólo en este caso, sino siempre. La historia de la salvación, que la liturgia hoy comienza a volver a recorrer, es esencialmente historia de una iniciativa de Dios, memoria de tantas de sus "venidas" hacia el hombre que, reunidas, forman el gran Adviento que se extiende desde la creación hasta la parusía.

Hoy, sin embargo, más que el recuerdo de las venidas pasadas de Dios, predomina la idea de su venida futura. De una futura, extraordinaria, intervención de Dios, habla Isaías en la primera lectura. Él parece casi querer distraer la atención de sus contemporáneos de los grandes hechos del pasado (Abraham, el éxodo, la alianza), para dirigirla hacia adelante: *Sucederá al fin de los tiempos, que la montaña de la Casa del Señor* (es decir, el conocimiento y el culto del verdadero Dios), *será afianzada sobre la cumbre de las montañas y se elevará por encima de las colinas* (es decir, triunfará sobre todos los falsos ídolos)... Con *sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas* (es decir, habrá una era de justicia y de paz). Era la forma en que se representaba el tiempo mesiánico.

Nosotros no volvemos a evocar esta espera del Antiguo Testamento sólo por un motivo apologético (para mostrar que ella ha encontrado su cumplimiento con la venida de Cristo), sino también por un motivo espiritual. En efecto, ella es un "signo para nosotros": nos habla de fidelidad de Dios a las promesas y, sobre todo, nos enseña a saber permanecer a la espera. De las palabras de Dios escuchadas en el Evangelio, hemos aprendido, en efecto, que nosotros somos hombres que esperan algo.

Jesús, verdaderamente, no insiste tanto en el hecho de que habrá una venida del Hijo hacia el hombre, cuanto en el "cómo" será esa venida: Así (es decir, imprevista como la del ladrón, terrible como el diluvio) *será la venida del Hijo del hombre*. Casi todas las parábolas del Señor tienen como objetivo ubicar al oyen te frente a esta perspectiva escatológica, después de haberle cerrado todos los pasos y todas las falsas seguridades a los que se recurre habitualmente cuando se desea huir de la urgencia de una decisión. En este momento, para nosotros tienen poca importancia las discusiones de los exégetas acerca de si Jesús pensaba en un regreso suyo a la brevedad —todavía viva su generación— o, por el contrario, en un regreso lejano; si se engañó con respecto al tiempo, o si no se interesó en absoluto por el tiempo, como parece más justo pensar. La decisión que él le pide al hombre —motivándola con su regreso— es una decisión "personal"; tiene que ver con él, no con el mundo o la historia en abstracto; por eso, es siempre actual e inminente para cualquiera que —como nosotros ahora— se encuentra en actitud de escuchar su palabra. En todo dicho de las Escrituras resuena, para quien lo sabe percibir, aquella advertencia que el profeta dirigió a David: *¡Ese hombre eres tú!* (2 Sam. 12, 7): es de ti de quien se habla. Lo que será de mí con la venida del Señor se decide ahora, en la respuesta

que dé a su palabra que me dice que esté atento, preparado, que haga de cuenta que él ya está ante la puerta: porque, en realidad, ¡él ya está ante la puerta!

Y henos aquí introducidos, de esta manera, en el segundo "movimiento": nuestro ir hacia el Esposo que viene. En formas distintas, este pensamiento llena de sí mismo toda la liturgia de este domingo. Isaías dice: *¡Vengan, subamos a la montaña del Señor... Él nos instruirá en sus caminos y caminaremos por sus sendas!* Y en el salmo responsorial hemos repetido juntos: *¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa del Señor!* A Pablo (segunda lectura) se le confía la tarea de traducir este impulso en concretas indicaciones de vida, y esto es así porque la idea escatológica de la Biblia no se agota (como tiende a inculcar cierta corriente teológica radical) en una pura y abstracta "invitación a la decisión", sino que dice también qué dirección debe tomar tal decisión, qué contenidos asumir, qué forma adoptar.

Primera cosa recomendada por Pablo: "despertarse del sueño": otro modo, y muy sugestivo, de decir: ¡convertirse! San Agustín compara su estado en la vigilia de la conversión con una somnolencia en la cual una mitad de su voluntad, ya despierta y transferida a Dios, ordenaba a la otra mitad que se despertara y se decidiera. Sueño o somnolencia no es solamente el estado de quien está en pecado o vive en el olvido de Dios, sino también la tibieza, el no compromiso, la indecisión: ese cristianismo "implícito" que sería mejor llamar cristianismo apagado. A quien se encuentra en ese estado, el Apóstol dirige, en otro lugar, su dolorida apelación: *Despiértate tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará* (Ef. 5, 14). Estar despiertos, en plena posesión de sí mismos, con los ojos abiertos con el objeto de recibir (y dar) la luz, como se está de día: no hay mejor comentario para la palabra dé Jesús leída en el Evangelio de hoy: "¡Estén atentos!"

La metáfora que sigue, en el texto de Pablo, es, aparentemente, muy extraña: *llevar las armas de la luz*. Pero tiene explicación un poco más adelante, cuando dice: *Revístanse con el Señor Jesucristo y no sigan a la carne*. El arma de la luz por excelencia es el Espíritu de Jesús resucitado, el Único que puede ayudar a vencer las obras tenebrosas de la carne allí enumeradas: orgías, borracheras, impuridades, desenfrenos, disputas y celos. *Si ustedes viven según la carne, morirán. Al contrario, si hacen morir las obras de la carne por medio del Espíritu, entonces morirán* (Rom. 8, 13).

Fueron justamente las palabras de Pablo escuchadas hoy por nosotros las que hicieron dar el último paso a Agustín hacia la conversión. Fue en un jardín de Milán, en el punto culminante de aquella lucha entre las" dos voluntades", cuando escuchó una voz misteriosa que cantaba: "*Tolle*, *lege*": toma y lee. Tomó la Biblia, la abrió, leyó aquellas palabras de Pablo que impulsaban a despertarse del sueño, y encontró en ellas la luz y la paz del corazón. Finalmente, había realizado su decisión frente a Dios.

Hemos hablado de nuestra espera. Sin embargo, no debemos engañamos acerca de su significado: la nuestra ya no es más una "espera" como la de los hombres del Antiguo

Testamento; no es sólo espera, sino también *memoria* y *presencia*. Memoria, porque aquel a quien esperamos ya ha venido (como nos aprestamos a recordar en la fiesta de Navidad); presencia, porque él está desde ahora con nosotros; su Eucaristía que ahora celebramos es él con nosotros. El Adviento cristiano es un ir con alegría hacia uno que camina con nosotros, a nuestro lado.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de S. Felipe de Neri (27-XI-1983)

– Abrir las puertas al Redentor

"Damos cuenta del momento en que vivís; ya es hora de espabilarse" (Rom 13,11).

Con estas palabras se dirige a cada uno de vosotros la liturgia de hoy invitándoos a acoger el llamamiento que nos viene del comienzo del Adviento.

"Espabilarse" quiere decir abrir el corazón a la realidad divina que se insertó en el tiempo humano. Por ello se dice: "La salvación está más cerca".

El Adviento es como una primera dimensión de este vincularse la realidad divina al tiempo humano. Esta vinculación se refleja en el año litúrgico, ya que el primer domingo de Adviento es al mismo tiempo comienzo del año litúrgico.

El carácter específico de "adviento", la Iglesia debe vivirlos con los mismos sentimientos con los que la Virgen María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana. Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la redención, así la precede hoy mientras este Jubileo se prepara hacia el nuevo milenio de la redención" (*Aperite portas Redemptori*, 9).

"Dándonos cuenta del momento": ¿Qué quiere decir? "Vayamos con gozo al encuentro del Señor".

– Salir al encuentro del Señor

El Adviento es prospectiva gozosa de "ir a la casa del Señor" (cfr. Sal 121,1), de llegar al término de esta gran "peregrinación" en que debe consistir la vida terrena. El hombre está llamado a vivir "en la casa del Señor". Allí está su "casa" verdadera. La peregrinación del Año Santo es figura de nuestro camino hacia la casa del Padre y el Adviento nos estimula a apresurar el paso con esperanza.

El Adviento es la espera del día en que "el Señor será juez de las gentes y árbitro de muchos pueblos" (Is 2,4). Esta plenitud de verdad será el principio y fundamento de la

paz definitiva y universal que es el objeto de la esperanza de todos los hombres de buena voluntad.

El Adviento es una reafirmación del camino eterno del hombre hacia Dios; cada año marca un nuevo comienzo de este camino: ¡La vida del hombre no es un camino impracticable, sino vía que lleva al encuentro con el Señor!

Además, en esta invocación del primer domingo de Adviento hay como un preanuncio de los senderos que llevarán la noche de Belén a los pastores y a los Reyes Magos de Oriente hacia Jesús recién nacido.

– Transformación del hombre

"Dándonos cuenta del momento": ¿Qué quiere decir vestíos del Señor Jesucristo" (Rom 13,14):

– el camino del hombre introduce en el interior del hombre que de diversos modos experimenta el gravamen del pecado, como lo atestigua la segunda lectura;

– el encuentro a que aludimos no se realiza sólo "fuera", sino también "dentro" y consiste en una transformación tal del interior del hombre que lo aproxima a la santidad de Aquel con quien nos encontramos, y en esto consiste el "vestirse del Señor Jesucristo";

– el significado "histórico" del Adviento está impregnado de sentido "espiritual". En efecto, el Adviento no quiere ser sólo rememoración del período histórico que precedió al nacimiento del Salvador si bien entendido de esta manera, tiene también de por sí un significado espiritual muy elevado. Sin embargo, por encima de esto y con más profundidad, el Adviento quiere recordarnos que toda la historia del hombre y de cada uno de nosotros se ha de considerar como un gran "adviento", una espera de la venida del Señor un momento tras otro, para que nos encuentre prontos y en vela, y lo podamos recibir dignamente.

"Dándonos cuenta del momento" significa: "Velad porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor" (Mt 24,42).

– La vinculación de Dios, de la realidad divina, con el tiempo humano reafirma por una parte lo limitado de este tiempo que tiene un término, y por otra abre este mismo tiempo a la eternidad de Dios y a las "realidades últimas" vinculadas a ésta.

– El Adviento tiene un significado "escatológico", puesto que atrae nuestro pensamiento y propósitos hacia las realidades futuras. Nos recuerda la meta última de nuestro camino y nos estimula a ocuparnos de las realidades terrenas sin dejarnos anegar en ellas, sino enderezándolas hacia las celestiales. Nos exhorta a prepararnos bien a estas últimas, de modo que la llegada del Señor no nos encuentre desprevenidos y mal dispuestos.

– "Velad": El espíritu del hombre "despierto" a la realidad divina y atraído por lo mismo hacia su destino eterno en Dios, debe animar toda la temporalidad con una nueva conciencia.

El mundo tiene necesidad absoluta de Jesús crucificado y resucitado. La potencia de su gracia puede y debe permear y animar evangélicamente a todos los ambientes seculares de la familia, el trabajo, la sociedad y la cultura, sobre todo a través del carisma de los laicos cristianos.

Deseo de corazón que esta visita sirva para abrirnos aún más los ojos del alma a la realidad divina y, por así decir, despertarnos de nuevo a ésta.

Y nos ayude también a transformarnos interiormente y a que nuestra humanidad se revista del Señor Jesucristo con creciente madurez.

Con nueva alegría vayamos al encuentro del Señor que va a venir, como todos los años, en la solemnidad de Navidad, hacia el Señor con quien nos vamos a encontrar también al final de nuestra vida terrena. En efecto, el Adviento nos recuerda cada año que la vida humana no es un sendero impracticable hacia Dios, sino un verdadero camino hecho propio por el Verbo Divino.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Comienza el Adviento en el que la Iglesia nos invita a considerar el misterio de Cristo que ilumina ese otro misterio que es también el hombre. Nos preparamos para la Navidad que llega y la Navidad eterna: el encuentro con Dios al término de esta vida. Para ello tendremos a excelentes maestros: Isaías, Juan Bautista, José y María, la Madre del Señor.

Toda nuestra vida es un adviento, una espera gozosa y esforzada hacia una vida sin fin. Nuestro corazón no está hecho para la destrucción sino para la existencia, para lo verdadero, lo bello, lo amable, lo justo... Pero si Cristo no hubiera venido al mundo no habría esperanza de que esto pudiera ser una realidad, ya que la experiencia diaria convence al hombre –a veces de forma macabra– que el mal, la

mentira, la violencia, la enfermedad y la muerte adquieren un protagonismo abusivo. Por eso no hay mentira mayor que buscar un paraíso en la tierra. No hay engaño mayor que el de quien trabaja por una justicia, una paz, un orden que no esté basado en Cristo.

Con todo, no podemos olvidar que hay en nosotros una tendencia a absolutizar las cosas de esta vida olvidando nuestro destino eterno. "Vigilad", nos dice Jesús, porque el peligro de deslizarse hacia la sensualidad, no valorando sino lo que se puede tocar, lo que hace más placentera la vida, así como el narcisismo que nos repliega sobre nosotros mismos desplazando de nuestro horizonte vital a Dios, es algo constante.

¡En cuántas ocasiones, absorbidos por los problemas diarios vivimos instalados en un profundo sopor que olvida el sentido trascendente de la vida! Se vive como drogado y se muere convenientemente sedado en un hospital para no enterarse tampoco de la importancia de ese trance. Un cristiano no debe conducirse por miedo a su Padre Dios, pero sí de un modo responsable, de forma que los cantos de sirena que a lo largo de la travesía de la vida intentan seducirlo, no le desvíen del trayecto que le conduce al puerto de la salvación. Preguntémonos: ¿Qué orientación estoy dando a mi vida? ¿Busco en medio de mis ocupaciones habituales al Dios de todas las cosas, o son esas cosas las que me alejan de Dios? Es en medio del trabajo, de la vida familiar y social, de la colaboración por una sociedad más humana y solidaria, donde cada uno decide su felicidad para siempre. Estas cosas desempeñadas como Dios quiere, son las que nos preparan para la segunda venida del Dios de todas las cosas.

Adviento, tiempo de preparación para recibir al Señor que llega en Navidad, y para imprimir a nuestra vida un valor de eternidad, porque la segunda venida de Cristo sorprenderá a los hombres en lo que estén haciendo, bueno o malo.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Esperar al que viene a hacer nuevas todas las cosas es empezar a sentirse renovado

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 2,1-15: El Señor reúne a todos los pueblos en la paz eterna del Reino de Dios

Sal 121,1-2.3-4a (4b-5.6-7).8-9: Vamos a la casa del Señor

Rm 13,11-14: Nuestra salvación está cerca

Mt 24,37-44: Estad en vela para estar preparados

II. APUNTE BIBLICO-LITÚRGICO

Isaías contempla desde Sión la ciudad santa abriendo una nueva esperanza por la próxima intervención salvadora de Yavé.

Dios ser el centro de atención de todos los pueblos, centro de instrucción sobre la Ley.

Yavé inaugura una nueva etapa de salvación.

Lo viejo está pasado; lo nuevo se nos echa encima. La vigilancia cristiana – actitud tan destacada en la lectura evangélica– no es mirar en todas direcciones adivinando dónde pueda estar el enemigo, sino mantenerse alerta para descubrir los signos del Reino de Dios en el mundo.

III. SITUACION HUMANA

Lo cristiano no es esperar a que nos den hecha la historia. Cuando el creyente se compromete con ella está haciendo presente la salvación de Dios, no la que él fabrique. Lo alienante es quedarse quieto; lo evangélico es trabajar por el Reino de Dios. Cuando alguien sabe que el Reino de Dios viene de Él no está afirmando lo obvio: está dando muestras de no inventarse el Reino de Dios. No nos faltan ocasiones para tomar el pulso a la realidad circundante. Pero el reto cristiano es que ahí precisamente se hace la salvación por Dios y su Reino.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La esperanza de los cielos nuevos y de la tierra nueva: Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegar a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo ser renovado (1042). En este «universo nuevo» (Ap 21,5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. «Y enjugará toda lágrima de su ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21,4) (1044; cf 1045).

– El juicio suceder cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar, sólo Él decidirá su advenimiento. Entonces, Él pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia (1040; cf 1038. 1039. 1040).

La respuesta

– La vigilancia ante el Reino de Dios: Mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la vigilancia. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a Él, a su Venida, al último día y al «hoy». El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: «Dice de ti mi corazón: busca su rostro» (Sal 27,8) (2730; cf 1001).

El testimonio cristiano

– La espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello,

aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios (GS 39) (1049).

Vivir el Adviento es vivir de y para la esperanza. De ella en cuanto apoyo; para ella en cuanto preparación de los caminos del Señor.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

En la espera del Señor

– Vigilantes ante la llegada del Mesías.

I. *Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro con Cristo, acompañados por las buenas obras.*

Quizá hayamos tenido la experiencia –decía R. Knox en un sermón sobre el Adviento– de lo que es caminar en la noche y arrastrar los pies durante kilómetros, alargando ávidamente la vista hacia una luz en la lejanía que representa de alguna forma el hogar. ¡Qué difícil resulta apreciar en plena oscuridad las distancias! Lo mismo puede haber un par de kilómetros hasta el lugar de nuestro destino, que unos pocos cientos de metros. En esa situación se encontraban los profetas cuando miraban hacia adelante, en espera de la redención de su pueblo. No podían decir, con una aproximación de cien años ni de quinientos, cuándo habría de venir el Mesías. Sólo sabían que en algún momento la estirpe de David retoñaría de nuevo, que en alguna época se encontraría una llave que abriría las puertas de la cárcel; que la luz que sólo se divisaba entonces como un punto débil en el horizonte se ensancharía al fin, hasta ser un día perfecto. El pueblo de Dios debía estar a la espera.

Esta misma actitud de expectación desea la Iglesia que tengamos sus hijos en todos los momentos de nuestra vida. Considera como una parte esencial de su misión hacer que sigamos mirando al futuro, aunque ya pronto va a cumplirse el segundo milenio de aquella primera Navidad, que la liturgia nos presenta inminente. Nos alienta a que caminemos con los pastores, en plena noche, vigilantes, dirigiendo nuestra mirada hacia aquella luz que sale de la gruta de Belén.

Cuando el Mesías llegó, pocos le esperaban realmente. *Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron*. Muchos de aquellos hombres se habían dormido para lo más esencial de sus vidas y de la vida del mundo.

Estad vigilantes, nos dice el Señor en el Evangelio de la Misa. *Despertad*, nos repetirá San Pablo. Porque también nosotros podemos olvidarnos de lo más fundamental de nuestra existencia.

Convocad a todo el mundo, anunciadlo a las naciones y decid: Mirada Dios nuestro Salvador, que llega. Anunciadlo y que se oiga; proclamadlo con fuerte voz. La Iglesia nos alerta con cuatro semanas de antelación para que nos preparemos a celebrar de nuevo la Navidad y, a la vez, para que, con el recuerdo de la primera venida de Dios hecho hombre al mundo, estemos atentos a esas otras venidas de Dios, al final de la vida de cada uno y al final de los tiempos. Por eso, el Adviento es tiempo de preparación y de esperanza.

"Ven, Señor, y no tardes". Preparemos el camino para el Señor que llegará pronto; y si advertimos que nuestra visión está nublada y no vemos con claridad esa luz que procede de Belén, de Jesús, es el momento de apartar los obstáculos. Es tiempo de hacer con especial finura el examen de conciencia y de mejorar en nuestra pureza interior para recibir a Dios. Es el momento de discernir qué cosas nos separan del Señor, y tirarlas lejos de nosotros. Para ello, este examen debe ir a las raíces mismas de nuestros actos, a los motivos que inspiran nuestras acciones.

– Principales enemigos de nuestra santidad: las tres concupiscencias. La Confesión, medio para preparar la Navidad.

II. Como en este tiempo queremos de verdad acercarnos más a Dios, examinaremos a fondo nuestra alma. Allí encontraremos los verdaderos enemigos que luchan sin tregua para mantenernos alejados del Señor. De una forma u otra, allí están los principales obstáculos para nuestra vida cristiana: *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida*.

"La concupiscencia de la carne no es sólo la tendencia desordenada de los sentidos en general (...), no se reduce exclusivamente al desorden de la sensualidad, sino también a la comodidad, a la falta de vibración, que empuja a buscar lo más fácil, lo más placentero, el camino en apariencia más corto, aun a costa de ceder en la fidelidad a Dios (...).

"El otro enemigo (...) es la concupiscencia de los ojos, una avaricia de fondo, que lleva a no valorar sino lo que se puede tocar (...).

"Los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que Nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el *seréis como dioses* (Gen 3, 5) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios.

La existencia nuestra puede, de este modo, entregarse sin condiciones en manos del tercer enemigo, de la superbia vitae. *No se trata sólo de pensamientos efímeros de vanidad o de amor propio: es un engreimiento general. No nos engañemos, porque éste es el peor de los males, la raíz de todos los descaminos*.

Puesto que el Señor viene a nosotros, hemos de prepararnos. Cuando llegue la Navidad, el Señor debe encontrarnos atentos y con el alma dispuesta; así debe hallarnos también en nuestro encuentro definitivo con Él. Necesitamos enderezar los caminos de nuestra vida, volvernos hacia ese Dios que viene a nosotros. Toda la existencia del hombre es una constante preparación para ver al Señor, que cada vez está más cerca; pero en el Adviento la Iglesia nos ayuda a pedir de una manera especial; *Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad: enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador*.

Prepararemos este encuentro en el sacramento de la Penitencia. Cercana ya la Navidad de 1980, el Papa Juan Pablo II estuvo con más de dos mil niños en una parroquia romana. Y comenzó la catequesis: *¿Cómo os preparáis para la Navidad? Con la oración*, responden los chicos gritando. *Bien, con la oración*, les dice el Papa, *pero también con la Confesión. Tenéis que confesaros para acudir después a la Comunión. ¿Lo haréis?* Y los millares de chicos, más fuerte todavía, responden: *¡Lo haremos! Sí, debéis hacerlo*, les dice Juan Pablo II. Y en voz más baja: *El Papa también se confesará para recibir dignamente al Niño Dios*.

Así lo haremos también nosotros en las semanas que faltan para la Nochebuena, con más amor, con más contrición cada vez. Porque siempre podemos recibir con mejores disposiciones este sacramento de la misericordia divina, como consecuencia de examinar más a fondo nuestra alma.

– Vigilantes mediante la oración, la mortificación y el examen de conciencia.

III. *En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Estad sobre aviso, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo (...). Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si a la tarde, o a medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo a todos digo, velad*.

Para mantener este estado de vigilia es necesario luchar, porque la tendencia de todo hombre es vivir con los ojos puestos en las cosas de la tierra. Especialmente en este tiempo de Adviento, no vamos a dejar que *se ofusquen nuestros corazones con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida*, y perder de vista así la dimensión sobrenatural que deben tener todos nuestros actos. San Pablo compara esta vigilia sobre nosotros a la guardia que hace el *soldado bien armado que no se deja sorprender*. "Este adversario enemigo nuestro por dondequiera que pueda procura dañar; y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotros".

Estaremos alerta si cuidamos con esmero la oración personal, que evita la tibieza y, con ella, la muerte de los deseos de santidad; estaremos vigilantes si no descuidamos las mortificaciones pequeñas, que nos mantienen despiertos para las cosas de Dios.

Estaremos atentos mediante un delicado examen de conciencia, que nos haga ver los puntos en que nos estamos separando, casi sin darnos cuenta, de nuestro camino.

"Hermanos –nos dice San Bernardo–, a vosotros, como a los niños, Dios revela lo que ha ocultado a los sabios y entendidos: los auténticos caminos de la salvación. Meditad en ellos con suma atención. Profundizad en el sentido de este Adviento. Y, sobre todo, fijaos quién es el que viene, de dónde viene y a dónde viene; para qué, cuándo y por dónde viene. Tal curiosidad es buena. La Iglesia universal no celebraría con tanta devoción este Adviento si no contuviera algún gran misterio".

Salgamos con corazón limpio a recibir al Rey supremo, porque está para venir y no tardará, leemos en las antífonas de la liturgia.

Santa María, Esperanza nuestra, nos ayudará a mejorar en este tiempo de Adviento. Ella espera con gran recogimiento el nacimiento de su Hijo, que es el Mesías. Todos sus pensamientos se dirigen a Jesús, que nacerá en Belén. Junto a Ella nos será fácil disponer nuestra alma para que la llegada del Señor no nos encuentre dispersos en otras cosas, que tienen poca o ninguna importancia ante Jesús.

Mons. José Ignacio ALEMANY Grau, Obispo Emérito (Chachapoyas, Perú) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

Velad (...) porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor

Hoy, «como en los días de Noé», la gente come, bebe, toma marido o mujer con el agravante de que el hombre toma hombre, y la mujer, mujer (cf. Mt 24,37-38). Pero hay también, como entonces el patriarca Noé, santos en la misma oficina y en el mismo escritorio que los otros. Uno de ellos será tomado y el otro dejado porque vendrá el Justo Juez.

Se impone vigilar porque «sólo quien está despierto no será tomado por sorpresa» (Benedicto XVI). Debemos estar preparados con el amor encendido en el corazón, como la antorcha de las vírgenes prudentes. Se trata precisamente de eso: llegará el momento en que se oirá: «¡Ya está aquí el esposo!» (Mt 25,6), ¡Jesucristo!

Su llegada es siempre motivo de gozo para quien lleva la antorcha prendida en el corazón. Su venida es algo así como la del padre de familia que vive en un país lejano y escribe a los suyos: —Cuando menos lo esperen, les caigo. Desde aquel día todo es alegría en el hogar: ¡Papá viene! Nuestro modelo, los Santos, vivieron así, "en la espera del Señor".

El Adviento es para aprender a esperar con paz y con amor, al Señor que viene. Nada de la desesperación o impaciencia que caracteriza al hombre de este tiempo. San Agustín

da una buena receta para esperar: «Como sea tu vida, así será tu muerte». Si esperamos con amor, Dios colmará nuestro corazón y nuestra esperanza.

Vigilen porque no saben qué día vendrá el Señor (cf. Mt 24,42). Casa limpia, corazón puro, pensamientos y afectos al estilo de Jesús. Benedicto XVI explica: «Vigilar significa seguir al Señor, elegir lo que Cristo eligió, amar lo que Él amó, conformar la propia vida a la suya». Entonces vendrá el Hijo del hombre… y el Padre nos acogerá entre sus brazos por parecernos a su Hijo.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO A

La misión del sacerdote

«Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento» (Mc 13, 33).

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, y también te dice que tienes una gran responsabilidad.

Tú has sido llamado y elegido, y has sido enviado con una misión compartida con tu Señor: preparar a los hombres para cuando Él venga; para que tengan fe, y ese día sea de alegría y de paz, y no un día terrible.

Tu Señor te asegura que su misericordia estará presente en ese día, porque Él es la misericordia misma que quiere derramar a los hombres a través de tu ministerio sacerdotal. Es así, a través de ti, como se hace presente, resucitado y vivo, para ser Él mismo quien prepara a los hombres.

Tu Señor anuncia que va a venir por segunda vez, ya no para hacer un sacrificio, sino para recoger sus frutos. Y es a través de ti, sacerdote, que Él prepara a los hombres, ofreciendo su único y eterno sacrificio, como ofrenda agradable al Padre.

Tú eres, sacerdote, un don, un regalo, para que el hombre pueda llegar a Dios.

Y tú, sacerdote, ¿te das cuenta de la grandeza de tu misión?

¿Reconoces que tú eres Cristo vivo y resucitado, pero también signo de contradicción?

Que el rechazo, la persecución, el desprecio y la soledad no te hagan perder de vista esa gran responsabilidad, porque la indiferencia del mundo ante la grandeza de Dios destruye al sacerdote, y si el sacerdote no se alimenta de la Palabra, no la vive, y así el mismo sacerdote es el que permite esa indiferencia.

¿Eres consciente de para qué fuiste llamado?, ¿cuándo fuiste llamado?, ¿cómo fuiste llamado?

Reflexiona, sacerdote, y dale sentido a tu vida. Date cuenta de que eres responsable de los actos de las almas que se te han encomendado, y de que tienes el poder y las armas para dirigir esos actos hacia Dios. Esa es tu misión, sacerdote.

Pídele a tu Señor, que te ayude a predicar su palabra, y que puedas cumplirla también, que la pongas por obra, para ser ejemplo, para no ser causa de tu propia destrucción.

Que tengas verdaderamente fe, esperanza y amor; que contagies, sostengas, guíes, convenzas y enseñes a su pueblo.

Que seas consciente de que tienes en ti mismo la capacidad para hacer llegar a todos los hombres las catorce obras de misericordia, pero no te das cuenta. Y esa es tu misión: llevar a todos los rincones del mundo la misericordia de tu Señor derramada en la cruz.

Que tengas fe suficiente para expulsar a todos los demonios y para construir el Reino de los Cielos en la tierra, porque esa es tu misión.

Haz oración, sacerdote, y medita todas estas cosas en tu corazón, porque cuando entiendas bien cuál es tu misión, le darás una gran satisfacción a tu Señor, porque amarás la cruz y lo dejarás todo cada día, para seguirlo, porque esa es tu misión.

Acude al auxilio de tu Madre, sacerdote, y pídele que te ayude a creer, para poder cumplir con tu misión, construyendo y preparando el Reino de los Cielos, para que, cuando su Hijo venga, no encuentre su morada como en su nacimiento, en un pesebre pobre y escondido, sino un Reino rico en fe, en esperanza y en amor, esperando al Rey que vendrá con toda su majestad y esplendor.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 1)

Domingo II de Adviento (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISOSTÓMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2016**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Pbro. Walter Hugo PERELLÓ (Rafaela, Argentina) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (**www.lacompañiademaria.com**), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/DR9boDTzR2L5g6uevTmLMP

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

UNA CONVERSIÓN EXIGENTE

Is 11, 1-10; Rom 15, 4-9; Mt 3, 1-12

La predicación profética de Juan Bautista caló hondo en la vida de Israel. El pueblo llevaba cerca de un siglo viviendo bajo la ocupación romana. El sumo sacerdote y el perfecto romano mantenían una estrecha cooperación que terminaba por perjudicar a la gente común. Ese arreglo perverso equivalía a negar la soberanía de Dios en medio de Israel. Si los hijos de Israel pretendían ser hijos de Dios eso imponía cumplir unas exigencias éticas. No basta con subir al templo, para entonar himnos y presentar ofrendas, es indispensable darle a cada israelita el trato respetuoso que amerita una relación fraternal. Quienes acogieran el mensaje del profeta, confesarían sus pecados al momento de recibir el bautismo, como un compromiso libre y voluntario de conversión. La simulación y el engaño no tenían cabida. Juan les exige vivir ese ritual de conversión de forma transparente.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 30, 19. 30

Pueblo de Sión, mira que el Señor va a venir para salvar a todas las naciones y dejará oír la majestad de su voz para alegría de tu corazón.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, haz que ninguna ocupación terrena sirva de obstáculo a quienes van presurosos al encuentro de tu Hijo, antes bien, que el aprendizaje de la sabiduría celestial, nos lleve a gozar de su presencia. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Les hará justicia a los pobres.

Del libro del profeta Isaías: 11, 1-10

En aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz. Sobre él se posará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de piedad y temor de Dios.

No juzgará por apariencias, ni sentenciará de oídas; defenderá con justicia al desamparado y con equidad dará sentencia al pobre; herirá al violento con el látigo de su

boca, con el soplo de sus labios matará al impío. Será la justicia su ceñidor, la fidelidad apretará su cintura.

Habitará el lobo con el cordero, la pantera se echará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos y un muchachito los apacentará. La vaca pastará con la osa y sus crías vivirán juntas. El león comerá paja con el buey.

El niño jugará sobre el agujero de la víbora; la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo, porque así como las aguas colman el mar, así está lleno el país de la ciencia del Señor. Aquel día la raíz de Jesé se alzará como bandera de los pueblos, la buscarán todas las naciones y será gloriosa su morada.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 71, 1-2. 7-8.12-13.17.

R/. Ven, Señor, rey de justicia y de paz.

Comunica, Señor, al rey tu juicio, y tu justicia al que es hijo de reyes; así tu siervo saldrá en defensa de tus pobres y regirá a tu pueblo justamente. ***R/.***

Florecerá en sus días la justicia y reinará la paz, era tras era. De mar a mar se extenderá su reino y de un extremo al otro de la tierra. ***R/.***

Al débil librará del poderoso y ayudará al que reencuentra sin amparo; se apiadará del desvalido y pobre y salvará la vida al desdichado. ***R/.***

Que bendigan al Señor eternamente, y tanto como el sol, viva su nombre. Que él sea la bendición del mundo entero y lo aclamen dichoso las naciones. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Cristo salvó a todos los hombres.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 15, 4-9

Hermanos: Todo lo que en el pasado ha sido escrito en los libros santos, se escribió para instrucción nuestra, a fin de que, por la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras, mantengamos la esperanza.

Que Dios, fuente de toda paciencia y consuelo, les conceda a ustedes vivir en perfecta armonía unos con otros, conforme al espíritu de Cristo Jesús, para que, con un solo corazón y una sola voz alaben a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Por lo tanto, acójanse los unos a los otros como Cristo los acogió a ustedes, para gloria de Dios. Quiero decir con esto, que Cristo se puso al servicio del pueblo judío, para demostrar la fidelidad de Dios, cumpliendo las promesas hechas a los patriarcas y que por su misericordia los paganos alaban a Dios, según aquello que dice la Escritura: Por eso te alabaré y cantaré himnos a tu nombre.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Le 3, 4. 6

R/. Aleluya, aleluya.

Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos, y todos los hombres verán al Salvador. ***R/.***

EVANGELIO

Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 3, 1-12

En aquel tiempo, comenzó Juan el Bautista a predicar en el desierto de Judea, diciendo: "Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos". Juan es aquel de quien el profeta Isaías hablaba, cuando dijo: *Una voz clama en el desierto: Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos.*

Juan usaba una túnica de pelo de camello, ceñida con un cinturón de cuero, y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. Acudían a oírlo los habitantes de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región cercana al Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el río.

Al ver que muchos fariseos y saduceos iban a que los bautizara, les dijo: "Raza de víboras, ¿quién les ha dicho que podrán escapar al castigo que les aguarda? Hagan ver con obras su conversión y no se hagan ilusiones pensando que tienen por padre a Abraham, porque yo les aseguro que hasta de estas piedras puede Dios sacar hijos de Abraham. Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto, será cortado y arrojado al fuego.

Yo los bautizo con agua, en señal de que ustedes se han convertido; pero el que viene después de mí, es más fuerte que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias. El los bautizará en el Espíritu Santo y su fuego. Él tiene el bieldo en su mano para separar el trigo de la paja. Guardará el trigo en su granero y quemará la paja en un fuego que no se extingue".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que te sean agradables, Señor, nuestras humildes súplicas y ofrendas, y puesto que no tenemos merecimientos en qué apoyarnos, socórranos el poderoso auxilio de tu benevolencia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 5, 5; 4, 36

Levántate, Jerusalén, sube a lo alto, para que contemples la alegría que te viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados por el alimento que nutre nuestro espíritu, te rogamos, Señor, que, por nuestra participación en estos misterios, nos enseñes a valorar sabiamente las cosas de la tierra y a poner nuestro corazón en las del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

El vástago de la cepa de Jesé (Is 11,1-10)

Primera lectura

Este pasaje es considerado el tercer oráculo del Enmanuel. Tiene dos secciones. La primera (vv. 1-5) anuncia al vástago que saldrá de la cepa de Jesé, el padre de David, en un futuro. La segunda (vv. 6-9) presenta los frutos de su reinado con las imágenes de la paz mesiánica, esto es, la restauración del estado de justicia original de la creación.

En la primera parte se anuncia con solemnidad la llegada al trono de un nuevo rey, nacido de la misma estirpe de David; humilde como indica la imagen del tronco talado, pero con la vitalidad de un retoño tierno. Se refiere al rey venidero («saldrá») y no al monarca reinante. El nuevo rey gozará de cualidades excepcionales para gobernar gracias al Espíritu del Señor que vendrá sobre él. El Espíritu divino es una fuerza interior, un don concedido por Dios a los personajes más notables de la historia de la salvación para cumplir una misión arriesgada y difícil: a Moisés (cfr Nm 11,17), a los jueces (cfr Jc 3,10; 6,34), a David (1 S 16,13). El nuevo descendiente de David regirá al pueblo no con el despotismo de los monarcas de la época sino con el dinamismo carismático que le viene de Dios. Las cualidades o dones del Espíritu son seis, enumerados de dos en dos: la sabiduría e inteligencia se refieren a la destreza y prudencia para no errar en el juicio, a ejemplo de Salomón (cfr 1 R 5,26); el consejo y fortaleza son propias del buen estratega como David; el conocimiento y el temor de Dios son de orden religioso para que el rey no olvide que representa a Dios en el pueblo.

La segunda parte describe, de manera bella y expresiva, la paz mesiánica que conseguirá este nuevo «vástago». El panorama que se presenta es la restauración del paraíso en la armonía de que gozaba al inicio de la creación, y que fue rota por el pecado. La violencia desaparecerá incluso entre los animales irracionales. En contraste con el intento soberbio de los hombres de querer «ser como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gn 3,5), entonces recibirán como un don divino el llenarse del «conocimiento del Señor» (v. 9). El «niño» que por dos veces se menciona (vv. 6.8) no tiene que ver directamente con el rey-niño del oráculo recogido en el cap. 9 (9,5) ni con el Enmanuel (7,14). Sin embargo, en lo íntimo del profeta probablemente tenían muchos puntos de contacto, como queda de manifiesto por la referencia a la función de gobierno, que se refleja en la misión de guiar (v. 6).

La imagen del «vástago» de estirpe real que hará posible la paz en la tierra ha sido interpretada en la tradición cristiana como cumplida en Jesucristo. Santo Tomás de Aquino, que entiende que aquí se habla de Cristo como el que lleva a cabo la restauración del género humano, señala: «Primero se habla del "restaurador", Cristo, en cuanto a su nacimiento (v. 1); luego en cuanto a su santidad (vv. 2-9) y finalmente en cuanto a su dignidad (v. 10)» (*Expositio super Isaiam* 11). Y Juan Pablo II comenta: «Aludiendo a la venida de un personaje misterioso, que la revelación neotestamentaria identificará con Jesús, Isaías relaciona la persona y su misión con una acción especial del Espíritu de Dios, Espíritu del Señor. Dice así el Profeta: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé / y un retoño de sus raíces brotará. / Reposará sobre él el espíritu del Señor: / espíritu de sabiduría e inteligencia, / espíritu de consejo y fortaleza, / espíritu de ciencia y de temor del Señor. / Y le inspirará en el temor del Señor" (Is 11,1-3). Este texto es importante para toda la pneumatología del Antiguo Testamento, porque constituye como un puente entre el antiguo concepto bíblico de "espíritu", entendido ante todo como "aliento carismático" y el "Espíritu" como persona y como don, don para la persona. El Mesías de la estirpe de David ("del tronco de Jesé") es precisamente aquella persona sobre la que "se posará" el Espíritu del Señor. Es obvio que en este caso todavía no se puede hablar de la revelación del Paráclito; sin embargo, con aquella alusión velada a la figura del futuro Mesías se abre, por decirlo de algún modo, la vía sobre la que se prepara la plena revelación del Espíritu Santo en la unidad del misterio trinitario, que se manifestará finalmente en la Nueva Alianza» (Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, n. 15).

En el contexto de lectura cristiana que descubre en estas palabras una alusión a la actuación del Espíritu Santo en las almas, se entiende que se haya prestado especial atención a los «espíritus» que reposan de modo estable sobre el Mesías, y que son «dones» estables a través de los cuales actúa el Espíritu Santo. Éstos son seis según el texto hebreo, al que sigue la Neovulgata. La traducción griega de los Setenta y la Vulgata desdoblaron el don de temor en dos: «el don de piedad» y el de temor de Dios. Por eso, la catequesis y la teología hablan de siete: «Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (cfr Is 11,1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1831).

La paciencia y consolación de las Escrituras (Rm 15,4-9)

Segunda lectura

La enseñanza es clara: se trata de vivir la caridad con los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cfr Flp 2,5-8), hasta amar a los demás como los ama Él (cfr Jn 13,34-35; 15,12-13; 1 Jn 3,15; 4,11; Ef 5,1-2), sin excluir a nadie: *Mirad constantemente a Jesús que, sin dejar de ser Dios, se humilló tomando forma de siervo para poder servirnos, porque sólo en esa misma dirección se abren los afanes que merecen la pena. El amor busca la unión, identificarse con la persona amada: y, al unirnos a Cristo, nos atraerá el ansia*

de secundar su vida de entrega, de amor inmensurable, de sacrificio hasta la muerte. Cristo nos sitúa ante el dilema definitivo: o consumir la propia existencia de una forma egoísta y solitaria, o dedicarse con todas las fuerzas a una tarea de servicio (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 236).

Predicación de Juan el Bautista (Mt 3,1-12)

Evangelio

Juan el Bautista está en la línea de algunos profetas del Antiguo Testamento; de modo especial, recuerda a Elías (cfr 2 R 1,8; 2,8-13ss.). La cita de Is 40,3 señala cuál es la misión profética de Juan: primero, preparar al pueblo judío para recibir el Reino de Dios; segundo, dar testimonio de que Jesús es el Mesías que trae dicho Reino. En la enseñanza del Bautista (vv. 8-12), el evangelista subraya sutilmente que el mensaje de Juan es idéntico al de Jesús: en la inminencia de la venida del reino (v. 2; cfr 4,17), y en la denuncia de la actitud de los fariseos y saduceos (v. 7; cfr 12,34; 23,33), que son como un árbol estéril (v. 10; cfr 7,19). Éste es el primer ejemplo de la catequesis cristiana, que trasmite la verdad que vino a enseñarnos Jesucristo.

El Bautista proclama la inminente llegada del Reino de los Cielos (v. 1), que es una manera de referirse al Reino de Dios. La fórmula «Reino de Dios» expresa la intervención soberana y misericordiosa de Dios en la vida de su pueblo. El plan primitivo de la creación fue quebrantado por la rebelión del pecado del hombre. Para su restablecimiento fue necesaria una nueva intervención de Dios que se realiza por la obra redentora de Jesucristo, Mesías e Hijo de Dios. Esta intervención fue precedida por una serie de etapas preliminares que constituyen la historia salvífica del Antiguo Testamento. Jesucristo hace presente el Reino de Dios cuya inminencia anuncia Juan el Bautista. Pero Jesús instaura un Reino de Dios de dimensión espiritual, sin los coloridos nacionalistas que los judíos de su tiempo habían concebido. La salvación no está asegurada por ser descendientes de Abrahán según la carne, sino que requiere una conversión personal que se traduzca en obras de una vida santa de cara a Dios: «Convertíos» (v. 2), «dad, por tanto, un fruto digno de penitencia» (v. 8), un «buen fruto» (v. 10). La etapa nueva del reino de Dios que trae consigo la obra redentora de Cristo exige un cambio radical en la conducta humana (cfr 9,17; Mc 2,22; Lc 5,37-39).

SAN JUAN CRISOSTÓMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

En aquellos días vino Juan, el Bautista, predicando en el desierto de Judea y diciendo: Arrepentíos, porque está cerca el reino de Dios (Mt 3, 1ss).

QUÉ SIGNIFICA LA EXPRESIÓN "EN AQUELLOS DÍAS"

1. ¿En qué días aquellos? Porque Juan no aparece cuando Jesús era niño y volvió a Nazaret, sino después de treinta años, como atestigua Lucas. ¿Cómo dice, pues, Mateo: En aquellos días? —Es costumbre constante de la Escritura usar este giro no sólo cuando cuenta lo que acontece en tiempos sucesivos, sino lo que está separado por intervalo de muchos años. Así por ejemplo, estando Jesús sentado sobre el monte de los olivos, se le acercaron sus discípulos a preguntarle sobre el tiempo de su advenimiento y la ruina de Jerusalén. Bien sabéis el intervalo que hay entre uno y otro acontecimiento. Pues bien, habiéndoles hablado de la ruina de la ciudad y no teniendo más que decirles sobre ello, pasa al tema de la consumación del mundo con esta expresión: Entonces sucederá también esto. La palabra "entonces" no une un tiempo con otro, sino aquí indica sólo aquel en que había de suceder lo que Cristo predijo. Lo mismo hace aquí el evangelista al decir: En aquellos días. No quiere con ello indicar los días que siguieron a lo ya narrado, sino aquellos sencillamente en que iba a suceder lo que ahora se dispone a contarnos.

POR QUÉ JESÚS SE BAUTIZA A LOS TREINTA AÑOS

—Más ¿por qué razón —me diréis— fue Jesús a bautizarse a los treinta años? —La razón es porque después de este bautismo quería derogar la Ley. Por eso espera hasta esta edad, en que caben todos los pecados, y la cumple íntegra hasta entonces, no fuera que dijera alguno que la derogaba por no ser capaz de cumplirla. Y es que no todas las pasiones nos atacan a la misma edad. En la primera predomina la imprudencia, y la timidez, en la siguiente nos acomete el ansia del placer, luego la codicia de las riquezas. Cuando Jesús, pues, hubo pasado por toda aquella edad con la más estricta observancia de la Ley, se presentó a ser bautizado, poniendo así la corona al cumplimiento de los otros preceptos legales. Porque que éste fuera un acto de cumplimiento legal, oye cómo lo dice Él mismo: Así nos conviene a nosotros cumplir toda justicia. Que es como si dijera: "Hemos cumplido todas las prescripciones legales, no hemos traspasado mandato alguno. Sólo nos falta este del bautismo, añadámoslo a los otros y habremos así cumplido toda la justicia. "Justicia" llama aquí al cumplimiento de todos los preceptos legales. De aquí resulta evidente que tal es la razón por que fue Cristo a bautizarse.

POR QUÉ INSTITUYÓ JUAN SU BAUTISMO

Mas ¿por qué motivo se le ocurrió a Juan este bautismo? Porque que el hijo de Zacarías no fue a bautizar por su propio impulso, sino porque Dios le movió a ello, Lucas nos lo pone de manifiesto cuando dice: Palabra del Señor vino sobre él. Es decir, mandamiento. Y el mismo Juan dice: El que me envió a bautizar en agua, Él me dijo: Sobre quien vieres que baja el Espíritu en forma de paloma, ése es el que bautiza en Espíritu Santo. ¿Por qué razón, pues, fue Juan enviado a bautizar? Nuevamente es el mismo Juan Bautista quien nos lo pone de manifiesto, diciendo: Yo no le conocía: más para que Él fuera manifestado a Israel, he venido yo a bautizar en agua. Más, si ésta fue la única causa, ¿cómo dice Lucas: Vino a la región del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados? Sin embargo, el bautismo de Juan no perdonaba los pecados. Éste era privilegio del bautismo que después había de darse,

porque sólo en éste fuimos sepultados juntamente con Cristo, sólo en éste fue concrucificado nuestro hombre viejo. En ninguna parte aparece remisión de los pecados antes de la cruz; a su sangre se atribuye siempre esta gracia. Así, Pablo dice: Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, no por el bautismo de Juan, sino en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. Y en otra parte dice: Juan predicó el bautismo de penitencia. No dice de perdón, para que creyeran en el que venía después de él. Cuando aún no se había ofrecido el sacrificio, ni había descendido el Espíritu Santo, ni se había destruido el pecado, ni quitado la enemistad, ni anulado la maldición, ¿cómo podía darse remisión de los pecados?

QUÉ SIGNIFICA "PARA LA REMISIÓN DE LOS PECADOS"

2. ¿Qué quiere, pues, decir: Para la remisión de los pecados? Los judíos eran unos insensatos y jamás se daban cuenta de sus pecados, sino que, siendo reos de los más graves crímenes, se justificaban en todo a sí mismos. Que fue lo que señaladamente los perdió y apartó de la fe. Esto les echaba Pablo en cara cuando decía: Ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios. Y antes había dicho: ¿Qué decir, pues? Que las naciones que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia; Israel, empero, que seguía la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia. ¿Por qué? porque no la siguió por la fe, sino por las obras. Ahora bien, como ésta era la causa de todos los males, viene Juan, y su misión no es otra que obligarlos a pensar en sus propios pecados. Por lo menos, eso indicaba su figura misma, que era toda de arrepentimiento y confesión; eso también su predicación. Ninguna otra cosa, en efecto, decía sino: Haced frutos dignos del arrepentimiento. Como quiera, pues, que el no condenar sus propios pecados, como bien claro lo dijo Pablo, los hizo alejarse de Cristo, y el reconocerlos lleva al hombre al deseo de buscar al Redentor y a desear el perdón; a prepararlos para eso vino Juan, a persuadirlos al arrepentimiento vino; no para que fueran castigados, sino que, hechos más humildes por el arrepentimiento y condenándose a sí mismos, corrieran a alcanzar el perdón. Mira, si no, con qué precisión lo dice el evangelista. Habiendo dicho: Vino Juan predicando el bautismo en el desierto de la Judea, añadió: Para la remisión de los pecados. Como si Juan mismo nos dijera: "Yo los exhortaba a confesar y arrepentirse de sus pecados, no para que fueran condenados, sino para que, confesados y arrepentidos, alcanzaran más fácilmente el perdón. Porque, si no se hubieran condenado a sí mismos, no hubieran ni pedido siquiera la gracia del perdón, y, no buscando el perdón, tampoco lo hubieran alcanzado". En conclusión: este bautismo era una preparación del camino hacia Cristo. De ahí las palabras de Pablo: para que todos creyeran en el que venía después de él; palabras en que, aparte la dicha, se da otra razón del bautismo de Juan.

EL BAUTISMO DE JUAN LLEVABA A CRISTO

No era efectivamente lo mismo andar de casa en casa llevando a Cristo de la mano y decir: "Creed en éste", que levantar aquella bienaventurada voz en presencia y a la vista de toda la muchedumbre y cumplir todo lo demás que Juan hizo por Él. Ésta es la causa

por que Cristo acude al bautismo de Juan. Y era así que la reputación del Bautista y el motivo del rito arrastraba y llamaba a la ciudad entera hacia las orillas del Jordán, y allí se formaba teatro inmenso. Por eso, cuando allá se presentan, Juan los reprende, les exhorta a no forjarse altas ilusiones sobre sí mismos; pues, de no arrepentirse, eran reos de los más graves crímenes; que dejen en paz a sus antepasados y no blasonen tanto de ellos, y reciban, en cambio, al que venía. A la verdad, la vida de Cristo estaba por entonces como en la penumbra y hasta muchos se imaginaban que había muerto entre la matanza general de Belén. Porque, si es cierto que a los doce años tuvo una aparición, fue para quedar otra vez rápidamente en la sombra. Por eso necesitaba ahora de una brillante introducción en escena, de un comienzo más alto que el de su infancia. De ahí que Juan predica ahora por vez primera lo que jamás habían oído los judíos ni de boca de sus profetas ni de otro alguno. Juan pregona con voz clara el reino de los cielos, y ya no se habla para nada de la tierra. Por reino de los cielos hay que entender el advenimiento de Cristo, tanto el primero como el segundo. — ¿A qué le vas con eso a los judíos, que ni te entienden lo que dices? Podría objetarle alguno. —Justamente les hablo así —contesta Juan—porque la misma obscuridad de mis palabras los despierte y vayan a buscar a quien yo les predico. Lo cierto es que de tal modo levantó las esperanzas de sus oyentes, que hasta los soldados y alcabaleros le iban a preguntar qué tenían que hacer y cómo tenían que gobernar su vida. Señal de que se desprendían ya de las cosas mundanas, de que miraban otras más altas y que presentían lo que iba a venir. Todo, en efecto, lo que veían y oían, era para levantarlos a pensar altamente.

JUAN BAUTISTA Y LA PROFECÍA DE ISAÍAS

3. Considerad, si no, la impresión que había de producir contemplar a un hombre de treinta años que venía del desierto, hijo que era de un sumo sacerdote, que jamás necesitó de nada humano, que en todo su porte infundía respeto y que llevaba consigo al profeta Isaías. El profeta, en efecto, estaba también allí pregonando a voces: “Éste es el que yo dije que había de venir gritando, y que con clara voz había de predicarlo todo por el desierto”. Y es así que era tal el empeño de los profetas por las cosas de nuestra salvación, que no se contentaron con anunciar con mucha anticipación al Señor que nos venía a salvar, sino al mismo que le había de servir; y no sólo le nombran a él, sino que señalan el lugar en que había de morar, la manera cómo al venir había de predicar y enseñar y el bien que de su predicación resultaría. Mirad, si no, cómo el profeta y el Bautista vienen a parar a los mismos pensamientos, aunque se valen de distintas palabras. El profeta había dicho que Juan vendría diciendo:

Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas. Y Juan, de hecho, venido, dijo: Haced frutos dignos del arrepentimiento. Lo que vale tanto como: Preparad el camino del Señor. ¿Veis cómo por lo que había dicho el profeta y por lo que él mismo predicó, resultaba evidente que Juan sólo vino para ir delante preparando el camino, pero

no para dar la gracia, es decir, el perdón de los pecados? No, su misión era preparar de antemano las almas para que recibieran al Dios del universo. Lucas es aún más explícito, pues no se contentó con citar el comienzo de la profecía, sino que la transcribió íntegra: Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado. Y lo torcido será camino recto, y lo áspero senda llana. Y verá toda carne la salvación de Dios. Ya veis cómo el profeta lo dijo todo anticipadamente: el concurso del pueblo, el mejoramiento de las cosas, la facilidad de la predicación, la causa de todos esos acontecimientos, si bien todo lo puso figuradamente, pues ése es el estilo de la profecía. En efecto, cuando dice: Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado, y los caminos ásperos serán senda llana, nos da a entender que los humildes serán exaltados, y los soberbios humillados, y la dificultad de la ley se cambiará en la facilidad de la fe. "Basta ya —viene a decir— de sudores y trabajos; gracia más bien y perdón de los pecados, que nos dará grande facilidad para nuestra salvación". Luego nos da la causa de todo esto, diciendo: Y verá toda carne la salvación de Dios. No ya no sólo los judíos y sus prosélitos, sino toda la tierra y el mar y toda la humana naturaleza. Porque por "lo torcido" el profeta quiso significar toda vida humana corrompida: alcabaleros, rameras, ladrones, magos; todos los cuales, extraviados antes, entraron luego por la senda derecha. El Señor mismo lo dijo: Los alcabaleros y rameras se os adelantan en el reino de Dios, porque creyeron. Lo mismo indicó el profeta por otras palabras, diciendo: Entonces pacerán juntos lobos y corderos. Y, efectivamente, como en un pasaje por los barrancos y collados significa la diferencia de costumbres que había de fundirse en la igualdad de una sola filosofía; así, en éste, por estos contrarios animales, indica igualmente los varios caracteres de los hombres que habían de unirse en la armonía única de la religión. Y también aquí da la razón: porque habrá –dice– quien se levante a imperar sobre las naciones y en El esperarán los pueblos. Lo mismo que había dicho antes: Y verá toda carne la salvación de Dios. Y en uno y otro pasaje se nos manifiesta que la virtud y conocimiento del Evangelio se extendería hasta los últimos confines de la tierra, cambiando la fiereza y dureza de las costumbres del género humano en la mayor mansedumbre y blandura.

LA FIGURA DE JUAN BAUTISTA, COMPARADA CON LOS ANTIGUOS FILÓSOFOS

Ahora bien, Juan llevaba un vestido de pelos de camello, y un cinturón de piel sobre sus lomos.

Ya veis cómo unas cosas las predijeron los profetas; pero otras las dejaron que las contaran los evangelistas. Así, Mateo, por una parte, cita las profecías, y por otra añade lo suyo por su cuenta. Y aquí no tuvo por cosa secundaria decirnos cómo vestía este santo.

4. Realmente, tenía que ser maravilloso y sorprendente lo que más atraía a los judíos. Ellos veían en Juan al gran Elías, y lo que tenían entonces ante sus ojos les traía a la memoria a aquel santo de tiempos pretéritos y hasta les admiraba más éste que el otro. Porque Elías al cabo vivía en las ciudades bajo techo; pero Juan desde la cuna se había pasado la vida entera en el desierto. Y es que, como precursor de quien tantas cosas antiguas venía a destruir: el trabajo, la maldición, la tristeza, el sudor, tenía que llevar en sí mismo algunas señales de este don divino y estar por encima de la maldición primera del paraíso. Así, Juan, ni aró la tierra, ni abrió surcos en ella, ni comió el pan con el sudor de su frente. La mesa la tenía siempre puesta; aún era más fácil que su mesa su vestido, y más que su vestido su casa, y es que no necesitaba ni de techo, ni de lecho, ni de mesa, ni de nada semejante, sino que llevaba, en carne humana, una especie de vida de ángel. Por ello llevaba también un manto de pelos, enseñando por sola su figura a apartarse de las cosas humanas y a no tener nada de común con la tierra, sino volver a aquella primera nobleza en que se hallara Adán antes de que necesitara de mantos y vestidos. De esta manera, la figura misma de Juan era un símbolo del reino de Dios y de la penitencia. Y no me digas: ¿De dónde le vino a un morador del desierto aquel manto y ceñidor? Porque, si eso te ofrece dificultad, muchas otras cosas pueden igualmente ofrecértela: ¿Cómo pudo vivir en el desierto durante los inviernos y en la canícula, sobre todo con un cuerpo delicado y en tan temprana edad? ¿Cómo pudo resistir la carne de un niño tamaña variedad de temperaturas y un cambio tan absoluto de mesa y todas las otras molestias de la vida del desierto? ¿Dónde están ahora los filósofos griegos, que sin razón ni motivo profesaron la desvergüenza cínica? ¿Qué razón, en efecto, había para encerrarse primero en un tonel y entregarse luego a las mayores impudencias? ¿Dónde los otros que se rodeaban de anillos, copas, criados y criadas y de todo otro linaje de fausto, pasando de un extremo a otro? No así Juan. el habitaba el desierto como si estuviera en el cielo, dando muestra de la más alta filosofía; y del desierto bajó, como un ángel del cielo, a las ciudades, atleta de la piedad, campeón de toda la tierra, filósofo de una filosofía digna del cielo. Y todo esto sucedía cuando aún no se había destruido el pecado, ni abolido la ley, ni encadenado la muerte, ni quebrantado las puertas de bronce, sino cuando aún vigía la antigua manera de vida. Tal es un alma generosa y vigilante. Esa alma salta siempre delante y pasa más allá de la meta que se le señala. Tal hará Pablo ya en la nueva alianza.

POR QUÉ VA CEÑIDO JUAN

—Mas ¿por qué —me diréis— usaba Juan de ceñidor del vestido? —Esa era la costumbre de los antiguos antes de introducirse la moda blanda y afeminada actual. Así por lo menos aparece ceñido Pedro, e igualmente Pablo: Al hombre —dice el texto sagrado— cuyo es este ceñidor... Así vestía Elías, así cada uno de aquellos antiguos santos, no sólo porque estaban en actividad continua, ora de camino, ora en otra cualquiera obra necesaria; sino también porque pisoteaban todo ornato de sus personas y se abrazaban con todo género de asperezas. Éste fue uno de los mayores motivos de la alabanza que Cristo tributó a Juan cuando dijo: ¿Qué salisteis a ver en el desierto: A un hombre vestido de ropas delicadas? Los que llevan ropas delicadas moran en los palacios de los reyes.

5. Pues si tan áspera vida llevaba Juan Bautista —él tan puro, más brillante que el cielo, el más grande de los profetas, el mayor de los nacidos de mujer—; si él, que tan grande confianza podía tener, hasta tal extremo despreciaba toda molicie y se abrazaba con una vida tan dura, ¿qué excusa tendremos nosotros, que, después de recibir tan grande beneficio, cargados como vamos de incontables pecados, no imitamos ni una mínima parte de su penitencia? ¡Nosotros, que andamos borrachos y ahítos y oliendo a perfumes; que apenas si nos diferenciamos en cosa de esas mujeres perdidas del teatro; que por todas partes nos enmollecemos, y nos hacemos así presa fácil del demonio!

LA PREDICACIÓN DE JUAN BAUTISTA

Entonces salió hacia él toda la Judea y Jerusalén y toda la región del Jordán, y se hacían bautizar por él en el río, confesando sus pecados. ¿Ves la fuerza que tuvo el advenimiento del profeta, cómo levantó en vilo al pueblo entero, cómo les hizo pensar en sus pecados? A la verdad, cosa de maravilla era ver a un simple hombre que tales muestras daba de sí, con qué libertad y gracia, en fin, irradiaba de su mismo rostro. Hubo también de contribuir a la impresión que apareciera un profeta después de tanto tiempo. Faltaba, en efecto, entre ellos el carisma profético, y volvía ahora después de siglos. La forma misma de su predicación era nueva y sorprendente. No oían de Juan lo que estaban acostumbrados a oír de los profetas: guerras, y batallas y victorias de acá abajo, hambres y pestes, babilonios y persas, toma de la ciudad y cosas por el estilo. Juan hablaba sólo de los cielos, y del reino de los cielos, y de los castigos del infierno. Por eso, no obstante hacer tan poco que habían sido pasados a cuchillo todos los que se habían retirado al desierto a las órdenes de Judas y Teudas, no es la gente menos diligente en acudir allí a la llamada de Juan. Bien es cierto que tampoco los llamaba con los mismos fines: la tiranía, la sedición y la revolución. Él quería sólo guiarlos hacia el reino de arriba. De ahí que tampoco los retenía consigo en el desierto: los bautizaba, les daba las enseñanzas de una divina filosofía y los despedía. Y cifra de su enseñanza era siempre despreciar las cosas de la tierra y levantarse y apresurarse en cada momento por las venideras.

EXHORTACIÓN A LA PENITENCIA. EL JUICIO ESTÁ CERCA

Imitemos también nosotros a Juan, apartémonos de la disolución y la embriaguez, convirtámonos a una vida recogida. He aquí venido el tiempo de la confesión o penitencia

tanto para los catecúmenos como para los bautizados; para los unos, a fin de que por la penitencia se hagan dignos de los divinos misterios; para los otros, a fin de que, lavadas las manchas contraídas después del bautismo, se acerquen con limpia conciencia, a la mesa sagrada. Apartémonos, pues, de esa vida muelle y disoluta: Porque no, no son compatibles la confesión y la disolución. Bien nos lo puede enseñar Juan con su vestido, con su alimento, con su vivienda: —Pues qué —me diréis—. ¿Es que nos mandas ese rigor de vida? —No os lo mando, sólo os lo aconsejo, sólo os exhorto a ello. Y si ello es para vosotros imposible, haced penitencia aun siguiendo en las ciudades. El último juicio está llamando a las puertas. Y, si está aún lejos, no por ello puede nadie estar confiado. El fin de la vida de cada uno equivale al fin del mundo para quien es llamado a dar cuenta a Dios. Más que está realmente llamando a la puerta, oye a Pablo, que dice: La noche ha pasado y el día está cercano. Y otra vez: El que ha de venir vendrá, y no tardara. Realmente los signos que han de llamar, como quien dice, a este día ya se han cumplido: Se predicará —dice el Señor— este Evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

6. Atended con cuidado a lo que dijo el Señor. No dijo: Cuando el Evangelio haya sido creído por todos los hombres, sino: Cuando haya sido predicado en todo el mundo. Por eso dijo también: Para testimonio de las naciones, con lo que nos da a entender que no ha de esperar, para venir, a que todos abracen la fe, para testimonio, en efecto, vale tanto como para acusación, para prueba, para condenación de los que no hubieren creído.

DESPERTEMOS DEL SUEÑO DEL PECADO: CUÁL ES LA VERDADERA PENITENCIA

Mas nosotros, no obstante oír y ver estas cosas, seguimos durmiendo y viendo sueños, como cargados de embriaguez en la noche más profunda. Y es así que las cosas presentes, buenas o malas, no se diferencian nada de los sueños. Por eso, yo os exhorto a que os despertéis ya y levantéis los ojos al sol de justicia. Nadie que duerma puede contemplar al sol ni recrear sus ojos con la belleza de sus rayos. Todo lo que ve lo ve como entre sueños. Necesitamos, pues, de mucha penitencia y de muchas lágrimas, primero porque pecamos sin remordimiento; segundo, porque nuestros pecados son tan grandes, que no merecerían perdón. Y que no miento, testigos muchos de los que me están oyendo. Sin embargo, aunque no merecerían perdón, arrepintámonos y seremos coronados. Y notad que llamo arrepentirse, no sólo al apartarse del mal pasado, sino —lo que es mejor— practicar en adelante el bien. Haced —dice Juan— frutos dignos del arrepentimiento. ¿Cómo los haremos? Practicando acciones contrarias a las del pecado. ¿Has robado lo ajeno? Da ahora hasta lo tuyo. ¿Has vivido largo tiempo deshonestamente? Abstente ahora, en determinados días, hasta de tu propia mujer. Practica la continencia. ¿Has insultado, has tal vez herido o golpeado a los que pasaban a tu lado? Bendice ahora a los que te insulten a ti, haz bien a los que te hieran. No basta para nuestra salud que nos arranquemos el dardo; hay que aplicar también a la herida los convenientes remedios. ¿Te has dado a la gula y a la embriaguez el tiempo pasado? Ayuna y bebe ahora agua.

Atiende a extirpar el daño que de ahí te ha venido. ¿Miraste con ojos intemperantes la belleza ajena? No mires ya en absoluto a mujer alguna, y así estarás más seguro. Apártate de lo malo—dice el profeta—y haz el bien. Y otra vez: Cese tu lengua en el mal y tus labios no pronuncien engaño. Pues dinos qué bien es ése: Busca la paz y persíguela; la paz, digo, no sólo con los hombres, sino con Dios. Y dijo bien el salmista: Persíguela. Porque la paz ha sido arrojada, ha sido desterrada, y, dejando la tierra, se ha marchado al cielo. De allí, sin embargo, podemos, si queremos, hacerla volver nuevamente. Basta que echemos de nosotros la soberbia y arrogancia y cuanto a la paz se opone y nos abracemos con la vida sobria y humilde. Nada hay peor que la ira y la audacia. Ésta es la que hace a los hombres a par soberbios y viles; por lo uno nos convierte en seres ridículos; por lo otro, en hombres odiosos. Son dos contrarios males los que lleva consigo: la altanería y la adulación. Más, si nosotros cortamos todo exceso de la pasión, seremos humildes con perfección y elevados con seguridad. En nuestros cuerpos, de los excesos se originan las destemplanzas, y, cuando los elementos traspasan sus propios términos y llegan a la desmesura, vienen las enfermedades sin número y las Muertes desastradas. Lo mismo es fácil ver que acontece en nuestras almas.

EXHORTACIÓN A LA ORACIÓN; PROVECHO DE LA TENTACIÓN

7. Cortemos, pues, toda desmesura y, bebiendo el saludable remedio de la moderación, permanezcamos en la conveniente templanza y démonos con todo fervor a la oración. Si no recibimos lo que pedimos, perseveremos hasta recibir; y, si recibimos, no nos apartemos después de recibir. No es que Dios quiera diferir sus dones, sino con la propia dilación nos enseña a perseverar a su lado. Si dilata oírnos y hasta permite muchas veces que seamos tentados, es porque quiere que nos refugiemos en él y, después de refugiados, no le abandonemos. Así hacen padres y madres, todo amor y ternura que son para con sus hijos: cuando los ven que se apartan de su lado para irse a jugar con los de su edad, hacen que sus esclavos les representen cosas de espanto, y así les obligan por el miedo a que se refugien en el seno materno. Así Dios nos amenaza muchas veces, no para cumplir sus amenazas, sino para atraernos a sí. Y luego, apenas hemos vuelto a al, disipa todo nuestro miedo. Si fuéramos los mismos en las tentaciones que en tiempo de calma, ni necesidad había de tentación. Mas ¿qué digo nosotros? Los santos mismos sacaron de ellas grandes enseñanzas. De ahí que dijera el profeta: Bueno es para mí que me hayas humillado. Y el Señor mismo decía a los apóstoles: En el mundo tendréis tribulación. Y Pablo da a entender lo mismo cuando dice: Me fue dado un aguijón para mi carne, un ángel de Satanás, a fin de que me abofetee. De ahí que, aunque se lo suplicó el Señor, no logró verse libre de la tentación por el mucho provecho que de ella le venía. Si repasamos la vida entera de David, hallaremos que fue en los peligros donde más brilló él y todos los a él semejantes. Así, Job en la prueba fue donde más resplandeció; así José, así Jacob, así el padre de Jacob y su abuelo; y todos, en fin, cuantos alguna vez brillaron y se ciñeron espléndidas coronas, a la tribulación, a las tentaciones, se las debieron y en ellas fueron proclamados vencedores.

EXHORTACIÓN FINAL: ACEPTEMOS LO QUE DIOS NOS ENVÍA

Sabiendo muy bien todo esto, conforme a la palabra del Sabio: No nos apresuremos en el tiempo de invasión, atengámonos a esta sola enseñanza: sufrirlo todo generosamente y no preocuparnos ni curiosamente inquirir sobre lo que nos acontece. Porque saber cuándo hayan de terminar nuestras tribulaciones, cosa es que pertenece a Dios, que permite que nos vengan; pero soportarlas con todo hacimiento de gracias, toca ya a nuestro reconocimiento. Si así lo hacemos, se nos seguirán toda suerte de bienes, pues porque esos bienes se sigan y aumentemos acá nuestros merecimientos y sea allá más espléndida nuestra gloria, aceptemos cuanto el Señor nos envíe, dándole por todo gracias, pues Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y Él nos ama más ardientemente que nuestros padres. Repitiéndonos como una canción estos dos pensamientos en cada una de nuestras tribulaciones, reprimamos la tristeza y demos gloria a Aquel que todo lo hace y todo lo ordena para nuestro bien. De esta manera desharemos todas las asechanzas del enemigo y alcanzaremos las coronas inmarcesibles, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con el cual, en unión del Espíritu Santo, sea al Padre gloria y poder y honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* (I), Homilía 10, 1-7, BAC Madrid 1955, 179-96)

FRANCISCO – Ángelus 2016

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Convertirnos cada día

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de este segundo domingo de Adviento resuena la invitación de Juan Bautista: «¡Convertíos porque el reino de los cielos está cerca!» (*Mt* 3,2). Con estas palabras Jesús dará inicio a su misión en Galilea (cfr *Mt* 4,17); y tal será también el anuncio que deberán llevar los discípulos en su primera experiencia misionera (cfr *Mt* 10,7). El evangelista Mateo quiere así presentar a Juan como el que prepara el camino al Cristo que viene, y los discípulos como los continuadores de la predicación de Jesús. Se trata del mismo anuncio alegre: ¡viene el reino de Dios, es más, está cerca, está en medio de nosotros! Esta palabra es muy importante: «el reino de Dios está en medio de vosotros», dice Jesús. Y Juan anuncia esto que Jesús luego dirá: «El reino de Dios ha venido, ha llegado, está en medio de vosotros». Este es el mensaje central de toda misión cristiana. Cuando un misionero va, un cristiano va a anunciar a Jesús, no va a hacer proselitismo como si fuera un hincha que busca más seguidores para su equipo. No, va simplemente a anunciar: «¡El reino de Dios está en medio de vosotros!». Y así el misionero prepara el camino a Jesús, que encuentra a su pueblo.

¿Pero qué es este reino de Dios, reino de los cielos? Son sinónimos. Nosotros pensamos enseguida en algo que se refiere al más allá: la vida eterna. Cierto, esto es verdad, el reino de Dios se extenderá sin fin más allá de la vida terrena, pero la buena noticia que Jesús nos trae —y que Juan anticipa— es que el reino de Dios no tenemos que esperarlo en el futuro: se ha acercado, de alguna manera está ya presente y podemos experimentar desde ahora el poder espiritual. Dios viene a establecer su señorío en la historia, en nuestra vida de cada día; y allí donde esta viene acogida con fe y humildad brotan el amor, la alegría y la paz.

La condición para entrar a formar parte de este reino es cumplir un cambio en nuestra vida, es decir, convertirnos. Convertirnos cada día, un paso adelante cada día. Se trata de dejar los caminos, cómodos pero engañosos, de los ídolos de este mundo: el éxito a toda costa, el poder a costa de los más débiles, la sed de riquezas, el placer a cualquier precio. Y de abrir sin embargo el camino al Señor que viene: Él no nos quita nuestra libertad, sino que nos da la verdadera felicidad. Con el nacimiento de Jesús en Belén, es Dios mismo que viene a habitar en medio de nosotros para librarnos del egoísmo, del pecado y de la corrupción, de estas estas actitudes que son del diablo: buscar éxito a toda costa, el poder a costa de los más débiles, tener sed de riquezas y buscar el placer a cualquier precio.

La Navidad es un día de gran alegría también exterior, pero es sobre todo un evento religioso por lo que es necesaria una preparación espiritual. En este tiempo de Adviento, dejémonos guiar por la exhortación del Bautista: “Preparad el camino al Señor, allanad sus senderos” (v. 3).

Nosotros preparamos el camino del Señor y allanamos sus senderos cuando examinamos nuestra conciencia, cuando escrutamos nuestras actitudes, cuando con sinceridad y confianza confesamos nuestros pecados en el sacramento de la penitencia. En este sacramento experimentamos en nuestro corazón la cercanía del reino de Dios y su salvación.

La salvación de Dios es trabajo de un amor más grande que nuestro pecado; solamente el amor de Dios puede cancelar el pecado y liberar del mal, y solamente el amor de Dios puede orientarnos sobre el camino del bien. Que la Virgen María nos ayude a prepararnos al encuentro con este Amor cada vez más grande que en la noche de Navidad se ha hecho pequeño pequeño, como una semilla caída en la tierra, la semilla del reino de Dios.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Ángelus 2007

Seremos juzgados según nuestra semejanza o desemejanza con el Niño

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, solemnidad de la Inmaculada Concepción, la liturgia nos invitó a dirigir la mirada a María, Madre de Jesús y Madre nuestra, Estrella de esperanza para todo hombre. Hoy, segundo domingo de Adviento, nos presenta la figura austera del Precursor, que el evangelista san Mateo introduce así: «Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea predicando: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos"» (Mt 3, 1-2). Tenía la misión de preparar y allanar el sendero al Mesías, exhortando al pueblo de Israel a arrepentirse de sus pecados y corregir toda injusticia. Con palabras exigentes, Juan Bautista anunciaba el juicio inminente: «El árbol que no da fruto será talado y echado al fuego» (Mt 3, 10). Sobre todo ponía en guardia contra la hipocresía de quien se sentía seguro por el mero hecho de pertenecer al pueblo elegido: ante Dios —decía— nadie tiene títulos para enorgullecerse, sino que debe dar "frutos dignos de conversión" (Mt 3, 8).

Mientras prosigue el camino del Adviento, mientras nos preparamos para celebrar el Nacimiento de Cristo, resuena en nuestras comunidades esta exhortación de Juan Bautista a la conversión. Es una invitación apremiante a abrir el corazón y acoger al Hijo de Dios que viene a nosotros para manifestar el juicio divino. El Padre —escribe el evangelista san Juan— no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo el poder de juzgar, porque es Hijo del hombre (cf. Jn 5, 22. 27). Hoy, en el presente, es cuando se juega nuestro destino futuro; con el comportamiento concreto que tenemos en esta vida decidimos nuestro destino eterno. En el ocaso de nuestros días en la tierra, en el momento de la muerte, seremos juzgados según nuestra semejanza o desemejanza con el Niño que está a punto de nacer en la pobre cueva de Belén, puesto que él es el criterio de medida que Dios ha dado a la humanidad.

El Padre celestial, que en el nacimiento de su Hijo unigénito nos manifestó su amor misericordioso, nos llama a seguir sus pasos convirtiendo, como él, nuestra existencia en un don de amor. Y los frutos del amor son los «frutos dignos de conversión» a los que hacía referencia san Juan Bautista cuando, con palabras tajantes, se dirigía a los fariseos y a los saduceos que acudían entre la multitud a su bautismo.

Mediante el Evangelio, Juan Bautista sigue hablando a lo largo de los siglos a todas las generaciones. Sus palabras claras y duras resultan muy saludables para nosotros, hombres y mujeres de nuestro tiempo, en el que, por desgracia, también el modo de vivir y percibir la Navidad muy a menudo sufre las consecuencias de una mentalidad materialista. La "voz" del gran profeta nos pide que preparemos el camino del Señor que viene, en los desiertos de hoy, desiertos exteriores e interiores, sedientos del agua viva que es Cristo.

Que la Virgen María nos guíe a una auténtica conversión del corazón, a fin de que podamos realizar las opciones necesarias para sintonizar nuestra mentalidad con el Evangelio.

***

Ángelus 2010

La fe se fortalece cuanto más se deja iluminar por la Palabra divina

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este segundo domingo de Adviento (Mt 3,1-12) nos presenta la figura de san Juan Bautista, el cual, según una célebre profecía de Isaías (cf. 40,3), se retiró al desierto de Judea y, con su predicación, llamó al pueblo a convertirse para estar preparado para la inminente venida del Mesías. San Gregorio Magno comenta que el Bautista "predica la recta fe y las obras buenas... para que la fuerza de la gracia penetre, la luz de la verdad resplandezca, los caminos hacia Dios se enderecen y nazcan en el corazón pensamientos honestos tras la escucha de la Palabra que guía hacia el bien" (*Hom. in Evangelia*, XX, 3, CCL 141, 155). El Precursor de Jesús, situado entre la Antigua y la Nueva Alianza, es como una estrella que precede a la salida del Sol, de Cristo, es decir, de Aquel –según otra profecía de Isaías– sobre el cual "reposará el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de fortaleza y temor de Yahveh" (Is 11,2).

En el Tiempo de Adviento, también nosotros estamos llamados a escuchar la voz de Dios, que resuena en el desierto del mundo a través de las Sagradas Escrituras, especialmente cuando se predican con la fuerza del Espíritu Santo. La fe, de hecho, se fortalece cuanto más se deja iluminar por la Palabra divina, por "todo cuanto –como nos recuerda el apóstol Pablo– fue escrito en el pasado... para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza" (Rm 15,4). El modelo de la escucha es la Virgen María: "Contemplando en la Madre de Dios una existencia totalmente modelada por la Palabra, también nosotros nos sentimos llamados a entrar en el misterio de la fe, con la que Cristo viene a habitar en nuestra vida. San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo" (Exhort. ap. postsin. *Verbum Domini*, 28).

Queridos amigos, "nuestra salvación se basa en una venida", ha escrito Romano Guardini (La santa notte. *Dall'Avvento all'Epifania*, [La santa noche. Del Adviento a la Epifanía, n.d.t.] Brescia 1994, p. 13). "El Salvador vino de la libertad de Dios... Así la decisión de la fe consiste... en acoger a Aquel que se acerca (id, p. 14). "El Redentor –añade– viene a cada hombre: en sus alegrías y penas, en su conocimiento claro, en sus dudas y tentaciones, en todo lo que constituye su naturaleza y su vida (id, p. 15).

A la Virgen María, en cuyo seno moró el Hijo del Altísimo, y que el miércoles próximo, 8 de diciembre, celebraremos en la solemnidad de la Inmaculada Concepción, pedimos que nos sostenga en este camino espiritual, para acoger con fe y con amor la venida del Señor.

II y III domingo de Adviento

87. En los tres ciclos, los textos evangélicos del II y III domingo de Adviento, están dominados por la figura de san Juan Bautista. No sólo, el Bautista es, también con frecuencia, el protagonista de los pasajes evangélicos del Leccionario ferial en las semanas que siguen a estos domingos. Además, todos los pasajes evangélicos de los días 19, 21, 23 y 24 de diciembre atienden a los acontecimientos que circundan el nacimiento de Juan. Por último, la celebración del Bautismo de Jesús por mano de Juan cierra todo el ciclo de la Navidad. Todo lo que aquí se dice tiene como finalidad ayudar al homileta en todas las ocasiones en las que el texto bíblico evidencia la figura de Juan Bautista.

88. Orígenes, teólogo maestro del siglo III, ha constatado un esquema que expresa un gran misterio: independientemente del tiempo de su Venida, Jesús ha sido precedido, en aquella Venida, por Juan Bautista (***Homilía sobre Lucas,*** IV, 6). De suyo, ha sucedido que desde el seno materno, Juan saltó para anunciar la presencia del Señor. En el desierto, junto al Jordán, la predicación de Juan anunció a Aquél que tenía que venir después de él. Cuando lo bautizó en el Jordán, los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma visible y una voz desde el cielo lo proclamaba el Hijo amado del Padre. La muerte de Juan fue interpretada por Jesús como la señal para dirigirse resolutivamente hacia Jerusalén, donde sabía que le esperaba la muerte. Juan es el último y el más grande de todos los profetas; tras él, llega y actúa para nuestra salvación Aquél que fue preanunciado por todos los profetas.

89. El Verbo divino, que en un tiempo se hizo carne en Palestina, llega a todas las generaciones de creyentes cristianos. Juan precedió la venida de Jesús en la historia y también precede su venida entre nosotros. En la comunión de los santos, Juan está presente en nuestras asambleas de estos días, nos anuncia al que está por venir y nos exhorta al arrepentimiento. Por esto, todos los días en Laudes, la Iglesia recita el Cántico que Zacarías, el padre de Juan, entonó en su nacimiento: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

90. El homileta debería asegurarse que el pueblo cristiano, como componente de la preparación a la doble venida del Señor, escuche las invitaciones constantes de Juan al arrepentimiento, manifestadas de modo particular en los Evangelios del II y III domingo de Adviento. Pero no oímos la voz de Juan sólo en los pasajes del Evangelio; las voces de todos los profetas de Israel se concentran en la suya. «Él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo» (Mt 11,14). Se podría también decir, al respecto de todas las primeras lecturas en los ciclos de estos domingos, que él es Isaías, Baruc y Sofonías. Todos los oráculos proféticos proclamados en la asamblea litúrgica de este tiempo son

para la Iglesia un eco de la voz de Juan que prepara, aquí y ahora, el camino al Señor. Estamos preparados para la Venida del Hijo del Hombre en la gloria y majestad del último día. Estamos preparados para la Fiesta de la Navidad de este año.

91. Por ejemplo, cada asamblea en la que vienen proclamadas las Escrituras es la «Jerusalén» del texto del profeta Baruc (II domingo C): «Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria que Dios te da». Este es un profeta que nos invita a una preparación precisa y nos llama a la conversión: «Envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte a la cabeza la diadema de la gloria perpetua». En la Iglesia vivirá el Verbo hecho carne, por esta razón a ella van dirigidas las palabras: «Ponte en pie Jerusalén, sube a la altura, mira hacia Oriente y contempla a tus hijos, reunidos de Oriente a Occidente, a la voz del Espíritu, gozosos, porque Dios se acuerda de ti».

92. En estos domingos se leen diversas profecías mesiánicas clásicas de Isaías. «Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz» (Is 11,1; II domingo A). El anuncio se cumple en el Nacimiento de Jesús. Otro año: «Una voz grita: "En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios"» (Is 40,3; II domingo B). Los cuatro evangelistas reconocen el cumplimiento de estas palabras en la predicación de Juan en el desierto. En el mismo Isaías se lee: «Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos – ha hablado la boca del Señor –» (Is 40,5). Esto se dice del último día. Esto se dice de la Fiesta de Navidad.

93. Es impresionante cómo en las diversas ocasiones en las que Juan Bautista aparece en el Evangelio se repite con frecuencia el núcleo de su mensaje sobre Jesús: «Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,8; II domingo B). El Bautismo de Jesús en el Espíritu Santo es la conexión directa entre los textos a los que nos hemos referido hasta ahora y el centro hacia el que este ***Directorio*** atrae la atención, es decir, el Misterio Pascual, que se ha cumplido en Pentecostés con la venida del Espíritu Santo sobre todos los que creen en Cristo. El Misterio Pascual viene preparado por la Venida del Hijo Unigénito engendrado en la carne y sus infinitas riquezas serán posteriormente desveladas en el último día. Del niño nacido en un establo y del que vendrá sobre las nubes, Isaías dice: «Sobre él se posará el espíritu del Señor» (Is 11,2; II domingo A); y también, recurriendo a las palabras que el mismo Jesús declarará cumplidas en sí mismo: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren» (Is 61,1; III domingo B. Cf. Lc 4,16-21).

94. El Leccionario del tiempo de Adviento es, de hecho, un conjunto de textos del Antiguo Testamento que convencen y que, de modo misterioso, encuentran su cumplimiento en la Venida del Hijo de Dios en la carne. Como siempre, el homileta puede recurrir a la poesía de los profetas para describir a los cristianos aquellos misterios en los que ellos mismos son introducidos a través de las Celebraciones Litúrgicas. Cristo viene continuamente y las dimensiones de su venida son múltiples. Ha venido. Volverá de

nuevo en gloria. Viene en Navidad. Viene ya ahora, en cada Eucaristía celebrada a lo largo del Adviento. A todas estas dimensiones se les puede aplicar la fuerza poética de los profetas: «Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará» (Is 35,4; III domingo A). «No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva» (Sof 3,16-17; III domingo C). «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen» (Is 40,1-2; II domingo B).

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Los profetas y la espera del Mesías

II. LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA DE JESUS

Los preparativos

522. La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso prepararlo durante siglos. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la "Primera Alianza" (Hb 9,15), todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

La espera del Mesías y de su Espíritu

711. "He aquí que yo lo renuevo" (Is 43, 19): dos líneas proféticas se van a perfilar, una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo, y las dos convergen en el pequeño Resto, el pueblo de los Pobres (cf. So 2, 3), que aguardan en la esperanza la "consolación de Israel" y "la redención de Jerusalén" (cf. Lc 2, 25. 38).

Ya se ha dicho cómo Jesús cumple las profecías que a él se refieren. A continuación se describen aquellas en que aparece sobre todo la relación del Mesías y de su Espíritu.

712. Los rasgos del rostro del Mesías esperado comienzan a aparecer en el Libro del Emmanuel (cf. Is 6, 12) ("cuando Isaías tuvo la visión de la Gloria" de Cristo: Jn 12, 41), en particular en Is 11, 1-2:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor.

713. Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose

con nuestra "condición de esclavos" (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714. Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

715. Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21).Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

716. El Pueblo de los "pobres" (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. Lc 1, 17).

722. El Espíritu Santo preparó a María con su gracia. Convenía que fuese "llena de gracia" la madre de Aquél en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la "Hija de Sión": "Alégrate" (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

La misión de Juan Bautista

523. San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13, 24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (cf. Mt 3, 3). "Profeta del Altísimo" (Lc 1, 76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7, 26), de los que es el último (cf.Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22;Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1,41) saluda la venida de Cristo y

encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" (Jn 3, 29) a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (cf. Mc 6, 17-29).

IV. EL ESPIRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717. "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (Jn 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Lc 1, 68).

718. Juan es "Elías que debe venir" (Mt 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como "precursor"] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de "preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lc 1, 17).

719. Juan es "más que un profeta" (Lc 7, 26). En él, el Espíritu Santo consuma el "hablar por los profetas". Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cf. Mt 11, 13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la "voz" del Consolador que llega (Jn 1, 23; cf. Is 40, 1-3). Como lo hará el Espíritu de Verdad, "vino como testigo para dar testimonio de la luz" (Jn 1, 7; cf. Jn 15, 26; 5, 33). Con respecto a Juan, el Espíritu colma así las "indagaciones de los profetas" y la ansiedad de los ángeles (1 P 1, 10-12): "Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo... Y yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios... He ahí el Cordero de Dios" (Jn 1, 33-36).

720. En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la "semejanza" divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (cf. Jn 3, 5).

La conversión de los bautizados

1427. Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1,15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo (cf. Hch 2,38) se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva.

1428. Ahora bien, la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Esta segunda conversión es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que "recibe en su propio seno a los pecadores" y que siendo "santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación" (LG

8). Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del "corazón contrito" (Sal 51,19), atraído y movido por la gracia (cf Jn 6,44; 12,32) a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero (cf 1 Jn 4,10).

1429. De ello da testimonio la conversión de S. Pedro tras la triple negación de su Maestro. La mirada de infinita misericordia de Jesús provoca las lágrimas del arrepentimiento (Lc 22,61) y, tras la resurrección del Señor, la triple afirmación de su amor hacia él (cf Jn 21,15-17). La segunda conversión tiene también una dimensión comunitaria. Esto aparece en la llamada del Señor a toda la Iglesia: "¡Arrepiéntete!" (Ap 2,5.16).

S. Ambrosio dice acerca de las dos conversiones que, en la Iglesia, "existen el agua y las lágrimas: el agua del Bautismo y las lágrimas de la Penitencia" (Ep. 41,12).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

En sus días abundará la paz

Escuchemos algunas palabras, sacadas todas ellas, excepto una, de las lecturas de este domingo:

«Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos».

«Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra» (Isaías 2,4).

«Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eterna mente» (Salmo 72, 7).

Si la palabra de Dios quería chocar y escandalizamos lo ha con seguido. Puesta en comparación con las imágenes de la guerra, que estamos acostumbrados a tener ante la vista, estas palabras suenan como una especie de ironía amarga. ¿Qué paz? El Mesías ha venido; pero, ¿dónde está que «abunde o florezca» la paz y la justicia? El mundo continúa, por el contrario, conociendo guerras con una regularidad impresionante. Guerras y, de nuevo, guerras después: mundiales o locales, nacionales o tribales, externas o las así llamadas «civiles».

Por lo demás, la guerra no es para muchos un «tema» a tratar; es más bien un recuerdo todavía vivo. Sé por experiencia, qué quiere decir ver pasar la guerra sobre las propias cabezas. Durante la última guerra, el valle donde yo he nacido se encontró tomado en medio de dos fuegos durante algunas semanas: por una parte, los aliados, que se levantaban cada día en vuelo con sus cazas y descendían en picado para ametrallar sobre nuestras cabezas; por otra, los alemanes, que respondían desde las colinas opuestas. Incertidumbre de vida, pan que faltaba... Sé, asimismo, por contraste, qué significa la palabra paz. Vuelvo a ver con mi recuerdo a la gente, que aquel ocho de septiembre,

habiendo oído la noticia por la radio, volvían por las carreteras abrazándose con lágrimas en los ojos y gritando: «¡Armisticio, armisticio!»

En un poema suyo, Charles Péguy nos presenta a Juana de Arco, quien, en tiempo de la «guerra de los Cien años» entre Francia e Inglaterra, después de haber recitado el Padre Nuestro, comenta amargamente: «Padre nuestro, que estás en los cielos, ¡cómo está lejos tu reino para poder llegar! ¡Cómo está lejana tu voluntad para ser realizada! ¡Cómo estamos lejos de tener nuestro pan de cada día!» Y nosotros añadimos: «¡Cómo está lejos tu paz de la abundancia!»

El Mesías ha venido; pero, las espadas no se han cambiado en rejas, ni las lanzas en podaderas. O, mejor, las espadas han sido cambiadas, pero en fusiles ametralladores y no en rejas; las lanzas han sido cambiadas, pero en misiles, no en hoces o podaderas. Éste es uno de los motivos por los que el pueblo hebreo aún no cree que Jesús sea el Mesías: porque no ve confirmadas las profecías mesiánicas, que él interpreta en sentido literal, y en particular la profecía de la paz.

¿Qué podemos decir al respecto? Ante todo, quisiera evitar la impresión de que, hablando en nombre de la fe, tenga uno para esto sobre todo una respuesta pronta y fácil. También, para problemas como éste.

Partamos del Evangelio. Cuando Jesús nace, los ángeles cantan: «Paz en la tierra a los hombres, que ama el Señor» (Lucas 2, 14). El verbo que se sobreentiende no es que «haya» sino que «hay». No se trata, en otras palabras, de un augurio o un deseo sino de un hecho. La paz está o ha venido sobre la tierra. Jesús mismo dice: «Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo» (Juan 14,27).

¿Qué deducimos de todo esto? Que existe otra clase de paz. Que la paz no se agota con la simple ausencia de guerra o con un equilibrio de fuerzas contrastantes. Más bien, esto sería una «guerra fría», como justamente hemos aprendido a llamada en años recientes.

Paz, ante todo, es armonía, plenitud, seguridad de vida. «Fruto de la justicia», la llama la Biblia (cfr. Amós 6,12; Santiago 3,19); «tranquilidad del orden», la define san Agustín: del orden entre nosotros y Dios, entre nosotros y el prójimo, entre una clase social y la otra, entre la razón y los instintos dentro de cada uno de nosotros. La paz es «fruto del Espíritu» (cfr. Gálatas 5,22). La paz, concluye la Escritura, es Cristo mismo: «Él es nuestra paz» (Efesios 2,14). En la palabra paz hay infinitamente más de lo que los hombres han imaginado nunca. Paz es la «plenitud de los bienes mesiánicos» (cfr. Romanos 15,29; Juan 1,16); pero, es igualmente la suma de los bienes a los que aspira el hombre, creyente o no. Si se preguntase a la gente: «¿qué es lo que buscas sobre todo en la vida?» estoy seguro que muchísimos responderían: «¡La paz!»

Porque Jesús dice: «Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo» (Juan 14,27). ¿Cómo da el mundo la paz? En Asia Menor se ha encontrado una inscripción, en la que el emperador Augusto hacía un elenco de sus empresas. Habla,

además, de la *pax Romana* o paz romana establecida por él en el mundo y la define parta *victoriis pax*, esto es, una paz parida o conseguida mediante sucesivas victorias. Por lo tanto, en esta paz, como en todas las puramente humanas, hay vencidos y vencedores. Del mismo modo, Jesús nos ha procurado la paz con una victoria; pero, ¿qué victoria? «Por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad» (cfr. Efesios 2,16). Ha destruido la enemistad, no al enemigo, la ha destruido en sí mismo, no en los demás; a sus expensas, no a expensas de los demás. Sobre la cruz Jesús es «vencedor porque es víctima» (*victor quia victima*).

La paz en verdad ha «abundado» gracias a él y no se detallan las personas que asimismo han hecho y hacen hoy la experiencia de que «la paz de Dios… supera toda inteligencia» (Filipenses 4, 7). Ellas están dispuestas a confirmar la verdad del célebre verso de Dante Alghieri: «En su voluntad está nuestra paz».

La profecía de Isaías, por lo tanto, se ha confirmado; pero, en un plano superior, espiritual y universal. No a favor de un solo pueblo sino de todos los pueblos. A partir de Jesús, la paz, si no es una realidad de hecho y generalizada, es sin embargo al menos una «posibilidad» real ofrecida a todos «los hombres de buena voluntad» (Lucas 2,14). La de Jesús es una paz, que el mundo no puede dar, y por ello ni siquiera impedir.

Sé ya la objeción, que nace en quien me está escuchando. Pero, ¿para qué nos sirve esta paz si no se elimina la guerra? De este modo, ¿no hay peligro de reducir la paz a un hecho totalmente íntimo y privado, irrelevante para la historia y para la vida humana? La paz o es «política», esto es, de toda la polis, el estado, o no la hay.

Precisamente aquí es donde yo creo que la fe tiene algo que decirnos. Esta paz del corazón o interior es la única que puede favorecer también la otra paz, la exterior. Antes al contrario, es hasta su condición y su raíz. «¿De dónde proceden las guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestros deseos de placeres que luchan en vuestros miembros?», escribe Santiago (4, 1). Pensándolo bien, todas las guerras nacen del corazón del hombre y con frecuencia del corazón de unos hombres bien determinados. Aquí están los verdaderos «hogares de la guerra». Millones de gotas de agua sucia no harán nunca limpio a un océano; así, millones de hombres sin paz en su corazón no harán nunca a una humanidad en paz. El destino de la paz se decide en el corazón del hombre.

A pesar de todo, no nos hagamos ilusiones. La paz total, interna y externa, es una meta «escatológica», esto es, final: existirá sólo cuando se inaugurarán los «nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia» (2 Pedro 3,13). Mientras tanto, la receta verdadera de la paz está contenida en una palabra, que se lee en el Evangelio de hoy:

«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos… Dad, el fruto que pide la conversión».

Es necesario un cambio radical del corazón. Convertirse a la paz. La paz verdadera se obtiene, sí, «aportando victorias», corno decía César Augusto; pero, victorias sobre sí mismo, no sobre los demás. La paz no se hace corno la guerra. Para hacer la guerra son

necesarios largos preparativos, formar grandes ejércitos, predisponer estrategias y, después, moverse compactos hacia el ataque. ¡Ay de quien quisiera comenzar por lo primero, solo y desunidos!: sería elegida una segura derrota. La paz se forja exactamente al contrario: cada uno, comenzando de inmediato, los primeros, incluso uno solo.

Yo no puedo crear por mí solo la paz en aquella parte del mundo donde existe actualmente la guerra; sin embargo, puedo hacerla llegar a mi casa. No puedo poner paz entre las tribus, que se combaten entre sí en África; puedo, sin embargo, realizarla entre mi hermano y yo; tú puedes efectuarla entre tu mujer y tú o, respectivamente, entre tu marido y tú; entre tú y tu cuñada; tu suegra y tu nuera; entre tú y tu colega de trabajo... ¿Qué derecho tengo yo de enfadarme al ver lo que sucede en ciertos pueblos en guerra, cuando en el mío pequeño, en mi casa, me comporto corno ellos y obedezco a la misma lógica de dominio y de imposición tiránica de mi voluntad? ¡Las peleas! ¿Qué son las peleas sino pequeñas guerras «civiles» o domésticas?

¡Es tan hermoso hacer gestos de paz y de reconciliación! Jesús ha dicho: «Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5,9). ¿Por qué no comenzar nosotros a transformar de inmediato las espadas en arados y las lanzas en podaderas? Esto es, las palabras duras, cortantes, en palabras de comprensión, de perdón; los puños cerrados y amenazadores en manos que se tienden y se estrechan o en un abrazo de reconciliación. Sornas ya tan infelices: ¿qué necesidad tenemos de hacernos la vida aún más dura los unos y los otros?

«Hombres, ¡paz!
¡Sobre la sumisa tierra
es demasiado el misterio!»

Es uno de los versos más bellos de nuestro Pascoli (cito frecuentemente a los poetas, no ciertamente para hacer literatura, sino porque son los que, a veces, nos ayudan mejor a tornar el sentido de las cosas).

De mí, de cada uno de nosotros, depende si esta misma tarde va a comenzar a realizarse algo de la profecía, que hemos escuchado: «Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente» (Salmo 72, 7). Me permito sugerir una oración, atribuida a san Francisco, el santo por excelencia de la paz:

«Señor, haz de mí
un instrumento de tu paz.
Donde hay odio, que yo lleve paz.
Donde hay ofensa, que yo lleve perdón.
Donde hay discordia,
que yo lleve unión».
Sí, Señor, ¡haz de todos nosotros un instrumento de tu paz!

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Llamados a ser profetas

«El Señor llama a la conversión. Él envía a sus profetas a anunciar la Buena Nueva, a preparar sus caminos, porque el Reino de los cielos está cerca.

El Señor envió a Juan el Bautista a anunciar la venida del Hijo de Dios, para que estuvieran preparados para recibirlo, para recibir de Él el Bautismo con el Espíritu Santo, y librarlos de la opresión del pecado original, perdonando todos sus pecados, para darle los bienes eternos a quien decida seguirlo.

Pero el mundo no lo recibió. Su vida, en una cruz, por todos los hombres dio. Los perdonó, los redimió, con su muerte los justificó y, derramando su misericordia, les dio los medios para que se conviertan y se salven, acudiendo a los sacramentos y transmitiendo su mensaje de generación en generación.

Y a todos los que reciben su mensaje y su misericordia los llama como profetas, para que anuncien la Buena Nueva al mundo entero, a través de la evangelización de todos los pueblos, invitándolos a la conversión, llamando su atención hacia la mirada del Crucificado, para que sepan que a todos y a cada uno los ama Dios; tanto, que les ha dado a su único Hijo para salvarlos.

Acepta tú el llamado a ser profeta del Señor. Abraza la fe y convierte tu corazón. Déjate llenar de su amor y de su misericordia y, con docilidad, déjate guiar por el Espíritu Santo, para que tengas el valor de abrir tu boca y gritar con fuerte voz: ¡rectifiquen sus caminos!, porque el Hijo de Dios, que ha muerto en la cruz y ha resucitado para darle vida al mundo, está a la puerta y llama».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Rectitud de intención

Vamos avanzando en el Adviento, y en este segundo domingo nos propone la Iglesia la enseñanza de Jesús a un grupo integrado en su mayor parte por fariseos y saduceos, que se tenían por cumplidores habituales de la ley, aunque según interpretaciones distintas. El Señor critica su conducta, que parecía ya consolidada, y el reproche puede ser de actualidad y dirigido a un grupo como el que nosotros formamos. Nosotros también podríamos decir que ya somos cristianos, que ya rezamos, que cumplimos con lo prescrito... –tantas cosas más podríamos decir para justificarnos–, tratando de mostrar que, por nuestra condición, ya hacemos lo suficiente para ser considerados buenos.

En este Adviento, tiempo de preparación personal porque viene Dios –en cierto sentido– más especialmente, procuramos examinar nuestra vida, no sea que necesite ser

de algún modo corregida aunque tengamos habitualmente la impresión de ser buenos, de haber sido –de siempre– buenos cristianos. Esa impresión tenían los fariseos y los saduceos: que, por el hecho de ser los oficialmente cumplidores de la ley, pensaban que ya no debían preocuparse más. Su seguridad se apoyaba, como la de algunos hoy día, en pertenecer a una clase posiblemente heredada y, por tanto, sin mérito alguno de su parte o quizás con el exclusivo mérito de mantener unas prácticas religiosas bastante rutinarias.

Os aseguro que Dios puede, aun de estas piedras, suscitar hijos de Abrahán, les reprocha el Bautista. Les viene a decir que la condición inicial en la vida espiritual no nos basta, la tenemos por providencia de Dios y punto de partida para lo que se espera de cada uno, para lo que pide Dios de nosotros. Con razón, pues, castigará el Señor a los que sin razón se tranquilizan al pensar, satisfechos, en una bondad –la suya– heredada o vivida casi sólo por la fuerza de la costumbre.

No queramos nosotros sentirnos satisfechos ningún día, como si ya hubiéramos cumplido con Dios o como si, por la educación cristiana recibida y pacíficamente asimilada, poco más debiéramos hacer y exigirnos, aparte de lo que ya vamos haciendo hoy, con poco esfuerzo por nuestra parte. Espera el Señor de cada uno amor, decisiones personales auténticas en su servicio, manifestadas, por tanto, en obras. Y que donde no llegaron nuestras obras, llegue el arrepentimiento con dolor, porque no supimos querer al Señor como Él espera. Deberá ser ése el momento de un renovado propósito, fruto de la contrición.

Suavemente movidos por la Gracia y con la luz clara de estas palabras del Señor, podemos decidirnos a rectificar lo que sea necesario, para que la venida de Dios a los hombres en la próxima Navidad nos encuentre bien dispuestos. Acogeremos así con más provecho, gozosos, el tesoro de su misericordia y amor. Será entonces el momento de responder serena y sencillamente a los que nos pregunten, que el origen de la verdadera alegría –de la felicidad– no puede ser otro que una efectiva unión con Dios; que la fatiga y hasta el dolor, precio humano de esa unión, se tienen por bien pagados; y que es nuestro mismo Señor quien, en su misericordia, nos da las fuerzas para poder y superar la flaqueza que nos detiene.

No olvidemos, en todo caso, las palabras amenazantes de Juan, aunque sea preferible actuar por razones positivas: **el hacha está ya puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego**. Espera Nuestro Dios que le acojamos cargados de frutos, habiendo hecho rendir, para Él, las buenas cualidades que nos ha otorgado. ¿Qué hago con mi tiempo, con mi imaginación, con mi esfuerzo? Puedo y debo ocuparlos en Dios, aun a costa de renunciar a ser personalmente el protagonista de la historia de mi vida. Necesito servir al desarrollo en mí del plan trazado por el Creador **desde antes de la constitución del mundo**, según la expresión de san Pablo.

En este tiempo de Adviento, cuenta Dios con mi espera ilusionada, mientras me esmero en los detalles, quizá pequeños, con los que puedo mejorar para acogerle mejor. Cada esfuerzo en esa mejora será manifestación de amor, como el amor de María cuando disponía lo necesario antes del nacimiento de Jesús.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Los precursores

La liturgia nos hace escuchar hoy la voz de los dos predicadores más grandes del Adviento: Isaías y Juan Bautista. Isaías predicó la venida del Señor con mucha anticipación. Su anuncio nutrió la espera de generaciones: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz a un hijo*. Juan Bautista fue quien anunció la venida inminente y en acto del Señor: *Está por venir uno…* Entre los dos precursores, el vínculo está dado por aquella profecía de Isaías que Mateo atribuye a Juan: *Una voz grita en el desierto: ¡Preparen el camino del Señor, ordenen sus senderos!*

Todo advenimiento necesita un propio precursor, un heraldo que prepara los ánimos, convoca la atención, a fin de que aquel que viene sea esperado, deseado, recibido, y su venida no pase desapercibida. En la antigüedad, cuando un personaje (habitualmente, un emperador), estaba por llegar a una ciudad en visita oficial, hacía falta un mensajero que lo precediera e invitara a la población a que le saliera al encuentro, a que reparase rutas y puentes a su paso. Hubo precursores para la primera venida de Cristo. Habrá precursores (la luna, los astros, los signos del cielo) de su última venida. Pero hay una venida de Jesús que todavía está en acto en la historia. Es aquel venir del esposo, en el momento presente, en la Iglesia y en los creyentes —del cual se hablaba el domingo pasado— que está en el centro entre la venida histórica del Redentor y aquella futura que esperamos. Es la venida de Jesús, real aun cuando sacramental, que se realiza en el culto eucarístico, la venida personal de Jesús hacia cada hombre a través de su amor, su palabra, su gracia, a través de los sucesos del mundo. La venida hacia la cual es necesario ir al encuentro con nuestra respuesta y con nuestra decisión de cada día.

También para esta venida silenciosa y continua al mundo y a los hombres, Jesús necesita precursores. A esta tarea hemos sido consagrados todos nosotros, en el día del bautismo. Jesús fue a Juan y lo santificó en el origen, incluso en el seno de la madre, para que él fuera su indómito heraldo y anunciador. Así hizo también con nosotros. Nos eligió, nos redimió y santificó en el umbral de la vida con el bautismo, para que fuéramos precursores y testigos en el mundo. Por lo tanto, todos debemos ser precursores, gente que allana el camino y despierta una espera.

Juan Bautista, el precursor por excelencia, nos ayudará a entender de qué modo también nosotros podemos ser precursores de Jesús. El Evangelio que hemos leído

comenzaba así: *En aquel tiempo, se presentó Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: ¡Conviértanse porque el reino de los Cielos está cerca!* He aquí lo que también nosotros debemos decir al mundo: el Reino de los Cielos está cerca; aún más, debemos señalar con fuerza, como señaló el mismo Jesús venido después de Juan: *El Reino de los Cielos ya está entre ustedes*; está en acto, está en camino en el mundo. Lo más importante ya no es esperarlo y prepararse, sino entrar en él, incluso a costa de renuncias y sacrificios: *Desde la época de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos es combatido violentamente, y los violentos* (es decir, los audaces, como parece que debe entenderse) *intentan arrebatarlo* (Mt 11,12).

Al anunciar la misión de Juan en el momento de su nacimiento, el padre, Zacarías, cantó en el *Benedictus*: *Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor preparando sus caminos, para hacer conocer a su Pueblo la salvación mediante el perdón de los pecados, gracias a la misericordiosa ternura de nuestro Dios* (Lc 1,76). A quien le preguntaba "¿Tú quién eres?", Juan respondía "Soy la voz de uno que grita". La vida de Juan fue toda voz para gritar a sus contemporáneos esta maravillosa noticia de la salvación mediante el perdón de los pecados: "He aquí al Cordero de Dios, he aquí a quien quita los pecados del mundo". Se apasionaba al presentar a Jesús, al hacerla desear, al provocar la espera y la necesidad de él: "Después de mí viene uno que es más grande que yo; yo los bauticé con agua, pero él los bautizará en el Espíritu Santo". El heraldo y "amigo del esposo" vive dedicado a él, y cuando el esposo realiza su entrada, se hace a un costado, desaparece a fin de que todos lo escuchen: "Él debe crecer, yo, disminuir". La voz calla después de haber transportado la Palabra; el amigo del esposo se hace a un costado ante la aparición del esposo: "No soy digno de desatarle los lazos de las sandalias".

Agustín explicó bien la tarea de la voz: es un medio, sirve para transmitir la palabra y, con la palabra, la idea que se ha formado dentro de mí. Cuando esta palabra ha entrado en el corazón del otro, se ha comunicado al otro, la voz calla, cae. Así ocurre con el precursor: cuando la Palabra, es decir, Cristo, hace su aparición, se hace a un costado. Su presencia se convertiría en un estorbo. El precursor debe saber retirarse a tiempo; no debe permitir que se apeguen a él, que permanezcan con él, sabiendo que no es el salvador de nadie.

Una tarea maravillosa para los discípulos de Cristo: ¡dar al mundo el conocimiento, o mejor aún, la certeza de la salvación! Decir a los hombres: "Entre ustedes hay alguien a quien no conocen": alguien que los busca, que los puede hacer felices, ¡el único que tiene palabras de vida eterna y que nunca decepciona!

¿Acaso deberíamos todos comenzar a actuar como predicadores, a gritar como Juan el Bautista: "Conviértanse"? Sí, todos predicadores, pero no todos necesariamente con las palabras. Antes de ponerse a predicar a los otros la conversión y la penitencia, Juan realizó y vivió este estado de conversión. Antes de comenzar "a gritar" en el desierto, "vivió" en silencio en el desierto; preparó las vías del Señor en sí mismo y le allanó el camino hacia

su corazón antes de exhortar a los otros a hacer lo mismo: Y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se manifestó a Israel (Lc 1,80). Exactamente como hizo Jesús en Nazaret. También nosotros, antes de ponernos en "estado de confesión", debemos ponernos en "estado de conversión". En fin, debemos convertirnos antes de hablar a los demás de la necesidad de la conversión.

El momento más hermoso de la vida del precursor fue cuando se encontró con el Maestro, cuando lo vio avanzar hacia él y exclamó: "He aquí al Cordero de Dios, he aquí a quien quita el pecado del mundo, he aquí a aquel de quien les hablaba". También para nosotros está a punto de realizarse este encuentro. En la Comunión, lo recibiremos con las mismas palabras de Juan el Bautista: "He aquí al Cordero de Dios…". Él nos llena el corazón de alegría y de coraje para poder ser sus precursores en el mundo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de Sta. Francisca Javiera Cabrini (4-XII-1983)

– La figura de San Juan Bautista

Este II domingo de Adviento gira en totalmente en torno a la venida de Cristo y a la preparación necesaria para este maravilloso acontecimiento.

En este centro de la liturgia está la persona de Juan Bautista. El Evangelista Mateo lo describe como hombre de oración intensa, de penitencia austera, de fe profunda: efectivamente, es el último de los Profetas del Antiguo Testamento, que da paso al Nuevo, señalando en Jesús al Mesías esperado por el pueblo judío. En las riberas del río Jordán, Juan Bautista confiere el bautismo de penitencia: "Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban los pecados y él los bautizaba" (Mt 3,5-6). Este bautismo no es simple rito de adhesión, sino que indica y exige el arrepentimiento de los propios pecados y el sincero sentido de espera del Mesías.

Y Juan enseña. Predica la conversión: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos".

Juan enseña. Y, conforme al anuncio de Isaías, "allana los senderos" para el Señor (cfr. Mt 3,1-3).

Estas palabras resuenan hoy para nosotros.

¿Quién es el Señor que debe venir? Por sus mismas palabras podemos calificar la persona, la misión y la autoridad del Mesías.

Juan Bautista enmarca ante todo claramente "su persona". "Él –dice del Bautista– puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias" (Mt 3,11). Con estas expresiones, típicamente orientales, reconoce la distancia infinita que hay entre él y Aquel que debe venir, y subraya también su misión de preparar inmediatamente el gran acontecimiento.

– Sensibles al Espíritu Santo

Luego, señala la misión del Mesías: "Os bautizará con el Espíritu Santo y fuego" (Ib.3, 12). Es la primera vez, después del anuncio del ángel a María, que aparece la impresionante palabra "Espíritu Santo", que luego formará parte de la fundamental enseñanza trinitaria de Jesús. Juan Bautista, divinamente iluminado, anuncia que Jesús, el Mesías, continuará confiriendo el bautismo, pero este rito dará la "gracia" de Dios, el Espíritu Santo, entendido místicamente como un "fuego" místico, que borra (quema) el pecado e inserta en la misma vida divina (enciende de amor).

– La divinidad del Mesías

Finalmente, el Bautista esclarece la autoridad del Mesías: "Tiene el bieldo en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga" (Ib. 3,12). Según la palabra de la enseñanza de Juan, el que vendrá es el "juez de las conciencias"; en otras palabras, es el que determina lo que está bien y lo que está mal (el grano y la paja), la verdad y el error; es el que determina cuales son los árboles que dan frutos buenos y cuales los que, en cambio, dan frutos malos y deben ser talados y quemados. Con estas afirmaciones Juan Bautista anuncia la "divinidad" del Mesías, porque sólo Dios puede ser el árbitro supremo del bien, señalar con absoluta certeza el camino positivo de la conducta moral, juzgar las conciencias, premiar o condenar.

De ahí la necesidad de preparar la venida del Mesías. La Navidad es ciertamente un día de gran alegría y de sereno júbilo, incluso externo; pero, ante todo, es un acontecimiento sobrenatural y determinante, para el que se necesita seria preparación moral: "Preparad el camino del Señor; allanad su senderos". En las palabras de Juan está toda la heredad profunda de la Antigua Alianza.

Pero al mismo tiempo, se abre con ellas la Nueva Alianza: en aquel que debe venir "toda carne verá la salvación de Dios" (Lc 3,6).

Aquel que viene –Cristo–, es enviado a fin de acogeros para gloria de Dios" (Rom 15,7).

Viene a demostrar la "fidelidad de Dios; cumpliendo las promesas hechas a los Patriarcas…" (Rom 15,8).

Viene para revelar que el Señor "el Dios de toda paciencia y consuelo" (Rom 15,5).

Viene a fin de "acogeros para gloria de Dios" (Rom 15,7).

Y el que viene, pues, debe hacer que vosotros "os acojáis mutuamente" (Rom 15,7). En efecto, Él señala la verdadera y auténtica conducta moral, que consiste en dar gloria a

Dios Padre, a su ejemplo y con sus mismos sentimientos, y en amar al prójimo. San Pablo, al escribir a los Romanos, tenía en la mente tanto a los convertidos del judaísmo como a los del paganismo; pero hablaba para todos del compromiso de la "acogida": el Verbo de Dios, que viene, debe hacer que tengáis "los unos con los otros los mismos sentimientos a ejemplo de Cristo Jesús" (cf. Rom 15,5); "para que unánimes, a una voz, alabéis al Dios y Padre" (Ib. 15,6).

Así, pues, el "preparar los senderos", que predica Juan Bautista, se convierte, a la luz de la enseñanza de San Pablo en la Carta a los Romanos, en acoger todo el programa mesiánico del Evangelio: el programa de la adoración a Dios –¡la gloria!– mediante el amor al hombre, el amor recíproco.

En este espíritu la Iglesia anuncia el Adviento como la dimensión continua de la existencia del hombre hacia Dios: hacia ese Dios, "que es, que era, que viene" (Ap 1,4).

Esta dimensión esencial de la existencia cristiana del hombre corresponde a la "preparación" enseñada por la liturgia de hoy. El hombre debe remontarse siempre al corazón, a la conciencia, para estar en la perspectiva de la "Venida".

Para realizar esta exigencia, el cristiano debe ser también sensible a la acción del Espíritu Santo; Él que viene, viene en el Espíritu Santo, como anunció Isaías: "Sobre Él se posará el espíritu del Señor: espíritu de ciencia y discernimiento, espíritu de consejo y valor, espíritu de piedad y temor de Dios" (Is 11,2). Con el Mesías y con la presencia del Espíritu Santo entra en la historia del hombre la justicia y la paz, como dones del reino de Dios: así se abre la perspectiva de la reconciliación "cósmica" en toda la creación –en el hombre y en el mundo– que se había perdido a causa del pecado.

"Ven, Señor, rey de justicia y de paz": hemos pedido juntos en el Salmo responsorial.

Doy gracias a Jesucristo, el Verbo Eterno, porque me ha permitido anunciar el mensaje litúrgico del II domingo de Adviento en vuestra parroquia: "Preparad el camino del Señor". Este mensaje es actual siempre y para todos. Efectivamente, todos vivimos en la dimensión del adviento de Dios. Nuestra vida es una continua "preparación".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento de tal magnitud que Dios quiso prepararla con siglos de anticipación. El Bautista, el último de los profetas, que ya desde el seno de su madre lo reconoció con alegría, anuncia la inminente llegada del Señor con enérgico acento; reclamando un cambio de conducta que se traduzca en obras buenas, dignas de Dios.

Frente al tono exigente del Precursor, algunos fariseos que pensaban que eran hijos de Abrahán, tranquilizando así sus conciencias, les recordó que Dios puede sacar de las piedras gente grata a Dios. También hoy nos encontramos con personas que creen ver una

contradicción entre las enseñanzas de Jesús y el "rigorismo" de la doctrina actual de la Iglesia.

Nada ultrajaba tanto la misericordia y el amor del Hijo de Dios –dicen– como las cargas pesadas que ponían y ponen hoy sobre los hombros de los demás los representantes de la Iglesia, mientras ellos no ponen ni un dedo por aliviarlas. Nuestro Dios es amor, misericordia y compasión, no un capataz duro y sin entrañas. No, dice la Iglesia a la contracepción, incluso a las parejas pobres que se esfuerzan por dar a sus hijos una vida decente y por expresar su amor conyugal; no al matrimonio de los divorciados, incluso para las mujeres abandonadas por sus maridos; no a la fecundación in vitro, incluso dentro del matrimonio cuando por una enfermedad de la mujer no puede concebir... En dos palabras: el sencillo y humano mensaje de Jesús ha sido suplantado por la "inhumana" doctrina de la Iglesia.

Nos engañaríamos si creyéramos que Jesús se movía en un plano distinto al que la Iglesia nos propone. Bastaría recordar su trayectoria llena de renuncias que concluyen con la entrega de su vida en una muerte atroz y humillante en la Cruz para comprender la afirmación del Bautista: "Yo no soy digno ni de llevar sus sandalias". No le llego ni al tobillo, diría hoy.

Está en un error quien piensa que el cristianismo le protege del sacrificio que la vida cristiana exige. No busquemos nunca a Cristo sin la Cruz, si no queremos tropezarnos con esas cruces sin Cristo que no libran de la fatiga humana y que carecen de valor redentor. Quien escucha y hace caso a la Iglesia, está en la verdad. "El que a vosotros oye a Mí me oye", dirá Jesús refiriéndose el magisterio de Pedro y los Obispos en comunión con él.

No hay amor allí donde no hay sacrificio por la causa de Jesucristo. Para llevar a cabo esta tarea que excede nuestras fuerzas, el Bautista entonces y la Iglesia hoy, nos recuerdan que el Bautismo en Espíritu Santo y fuego nos convertirá en trigo para su granero, esto es, gente grata a Dios que un día se sentará en su mesa en el reino de los cielos.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

El que viene a cambiar todo, nos llama a convertirnos a Él.

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 11,1-10: Con equidad dar sentencia al pobre

Sal 71,2.7-8.12-13.17: Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente

Rm 15,4-9: Cristo salvó a todos los hombres

Mt 3,1-12: Haced penitencia, porque se acerca el Reino de Dios

II. APUNTE BIBLICO-LITÚRGICO

La situación del pueblo de Israel no condiciona para nada los proyectos de salvación de Dios. Por encima de todo brotar un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz.

Las imágenes pastoriles son la prueba de que hasta del realismo más contundente Dios hace nacer la utopía.

¿Y qué son todas esas promesas comparadas con la fidelidad de Dios en Cristo que se hizo servidor de los judíos precisamente para probarla?

Dos reproches de Juan a los fariseos: que son inaccesibles al juicio de Dios y que viven de la seguridad que les proporciona el ser hijos de Abraham. El juicio va a llegar ya, y lo que desde ahora cuenta es la actitud de conversión ante el Reino que nos está dando alcance.

III. SITUACIÓN HUMANA

La decepción ante lo que tenía que cambiar y sigue igual es propia de quienes hacen poco por la novedad. La novedad en sí misma no es nada. La novedad es siempre obra de hombres nuevos. El Hombre-Nuevo por excelencia, Jesucristo, es el primer renovador.

Los que sueñen con un mundo renovado con la sola fuerza de la propia inmanencia del hombre, tienen aquí una gran oportunidad de reconocer su error.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Dios entrega a cada cristiano las funciones que es capaz de ejercer: Dios no ha querido retener para Él solo el ejercicio de todos los poderes. Entrega a cada criatura las funciones que es capaz de ejercer, según las capacidades de su naturaleza. Este modo de gobierno debe ser imitado en la vida social (1884; cf 1885. 1888).

– El sacramento de la Penitencia como anticipo del Juicio Final: 1470.

– Preparativos de la venida de Cristo al mundo: Al celebrar anualmente la liturgia de Adviento, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda venida. Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30) (524; cf 522. 523).

La respuesta

– El Reino de Dios está cerca; convertíos: Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15) (1427; cf 1428).

El testimonio cristiano

– La Iglesia... sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo... cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo

entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (LG 48) (1042).

– No hay cosa a Dios más contraria que el corazón que bien se parece porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y Quédase en su propia bajeza y sequedad por no quererse abajar, para que corran en él las aguas de la gracia de Dios (San Juan de Ávila, *Epist*. 85).

La conversión cristiana tiene como punto de partida al Señor que viene y como punto de llegada al Señor que resucitará.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

El Precursor: preparad el camino del Señor.

– La vocación del Bautista. Su figura en el Adviento.

I. *Pueblo de Sión: mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. El Señor hará oír la majestad de su voz, y os alegraréis de todo corazón*.

Mira al Señor que viene… Iba a llegar el Salvador y nadie advertía nada. El mundo seguía como de costumbre, en la indiferencia más completa. Sólo María sabe; y José, que ha sido advertido por el ángel. El mundo está en la oscuridad: Cristo está aún en el seno de María. Y los judíos seguían disertando sobre el Mesías, sin sospechar que lo tenían tan cerca. Pocos esperaban *la consolación de Israel:* Simeón, Ana… Estamos en Adviento, en la espera.

Y en este tiempo litúrgico la Iglesia propone a nuestra meditación la figura de Juan el Bautista. *Este es aquel de quien habló el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*.

La llegada del Mesías fue precedida de profetas que anunciaban de lejos su llegada, como heraldos que anuncian la llegada de un gran rey. "Juan aparece como la línea divisoria entre ambos Testamentos: el Antiguo y el Nuevo. El Señor mismo enseña de algún modo lo que es Juan, cuando dice: *La ley y los Profetas hasta Juan Bautista*. Es personificación de la antigüedad y anuncio de los tiempos nuevos. Como representante de la antigüedad, nace de padres ancianos; como quien anuncia los tiempos nuevos, se muestra ya profeta en el seno de su madre. Aún no había nacido cuando, a la llegada de Santa María, salta de gozo dentro de su madre. Juan se llamó *el profeta del Altísimo*, porque su misión fue ir *delante del Señor para preparar sus caminos, enseñando la ciencia de salvación a su pueblo*".

Toda la esencia de la vida de Juan estuvo determinada por esta misión, desde el mismo seno materno. Esta será su vocación; tendrá como fin preparar a Jesús un pueblo capaz de recibir el reino de Dios y, por otra parte, dar testimonio público de Él. Juan no

hará su labor buscando una realización personal, sino para *preparar al Señor un pueblo perfecto*. No lo hará por gusto, sino porque para eso fue concebido. Así es todo apostolado: olvido de uno mismo y preocupación sincera por los demás.

Juan realizará acabadamente su cometido, hasta dar la vida en el cumplimiento de su vocación. Muchos conocieron a Jesús gracias a la labor apostólica del Bautista. Los primeros discípulos siguieron a Jesús por indicación expresa suya, y otros muchos estuvieron preparados interiormente gracias a su predicación.

La vocación abraza la vida entera y todo se pone en función de la misión divina. De la respuesta que Juan dé más tarde, hace depender el Señor la conversión de muchos de los hijos de Israel.

Cada hombre, en su sitio y en sus propias circunstancias, tiene una vocación dada por Dios; de su cumplimiento dependen otras muchas cosas queridas por la voluntad divina: *De que tú y yo nos portemos como Dios quiere –no lo olvides– dependen muchas cosas grandes*. ¿Acercamos al Señor a quienes nos rodean? ¿Somos ejemplares en la realización de nuestro trabajo, en la familia, en nuestras relaciones sociales? ¿Hablamos del Señor a nuestros compañeros de trabajo o de estudio?

– Humildad de Juan. Necesidad de esta virtud para el apostolado.

II. Plenamente consciente de la misión que le ha sido encomendada, Juan sabe que ante Cristo no es ni siguiera digno *de llevarle las sandalias*, lo que solía hacer el último de los criados con su señor; para ese menester cualquiera servía. El Bautista no tiene reparo en proclamar que él carece de importancia ante Jesús. Ni siquiera se define a sí mismo según su ascendencia sacerdotal. No dice: "Yo soy Juan, hijo de Zacarías, de la tribu sacerdotal de...". Por el contrario, cuando le preguntan: *¿Quién eres tú?*, Juan dice: *Yo soy la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor, allanad sus sendas*. Él no es más que eso: la voz. La voz que anuncia a Jesús. Esa es su misión, su vida, su personalidad. Todo su ser viene definido por Jesús; como tendría que ocurrir en nuestra vida, en la vida de cualquier cristiano. Lo importante de nuestra vida es Jesús.

A medida que Cristo se va manifestando, Juan busca quedar en segundo plano, ir desapareciendo. Sus mejores discípulos serán los que sigan, por indicación suya, al Maestro en el comienzo de su vida pública. *Este es el Cordero de Dios*, dirá a Juan y a Andrés, indicando a Jesús que pasaba. Con gran delicadeza se desprenderá de quienes le siguen para que se vayan con Cristo. Juan "perseveró en la santidad, porque se mantuvo humilde en su corazón"; por eso mereció también aquella formidable alabanza del Señor: *En verdad os digo que no ha salido de entre los hijos de mujer nadie mayor que Juan*.

El Precursor señala también ahora el sendero que hemos de seguir. En el apostolado personal –cuando vamos preparando a otros para que encuentren a Cristo–, debemos procurar no ser el centro. Lo importante es que Cristo sea anunciado, conocido y amado: Sólo Él tiene palabras de vida eterna, sólo en Él se encuentra la salvación. La actitud de Juan es una enérgica advertencia contra el desordenado amor propio, que siempre nos

empuja a ponernos indebidamente en primer plano. Un afán de singularidad no dejaría sitio a Jesús.

El Señor nos pide también que vivamos sin alardes, sin afanes de protagonismo, que llevemos una vida sencilla, corriente, procurando hacer el bien a todos y cumpliendo nuestras obligaciones con honradez. Sin humildad no podríamos acercar a nuestros amigos al Señor. Y entonces nuestra vida quedaría vacía.

– Nosotros somos testigos y precursores. Apostolado con quienes tratamos habitualmente.

III. Nosotros, sin embargo, no somos sólo precursores; somos también testigos de Cristo. Hemos recibido con la gracia bautismal y la Confirmación el honroso deber de confesar, con las obras y de palabra, la fe en Cristo. Para cumplir esta misión recibimos frecuentemente, y aun a diario, el alimento divino del Cuerpo de Jesús; los sacerdotes nos prodigan la gracia sacramental y nos instruyen con la enseñanza de la Palabra divina.

Todo lo que poseemos es tan superior a lo que Juan tenía, que Jesús mismo pudo decir que *el más pequeño en el reino de Dios es mayor que Juan*. Sin embargo, ¡qué diferencia! Jesús está a punto de llegar, y Juan vive fundamentalmente para ser el Precursor. Nosotros somos testigos; pero, ¿qué clase de testigos somos? ¿Cómo es nuestro testimonio cristiano entre nuestros colegas, en la familia? ¿Tiene suficiente fuerza para persuadir a los que no creen todavía en Él, a quienes no le aman, a los que tienen una idea falsa acerca de Jesús? ¿Es nuestra vida una prueba, al menos una presunción, a favor de la verdad del cristianismo? Son preguntas que podrían servirnos para vivir este Adviento, en el que no puede faltar un sentido apostólico.

Mira al Señor que viene... Juan sabe que Dios prepara algo muy grande, de lo cual él debe ser instrumento, y se coloca en la dirección que le señala el Espíritu Santo. Nosotros sabemos mucho más acerca de lo que Dios tenía preparado para la humanidad. Nosotros conocemos a Cristo y a su Iglesia, tenemos los sacramentos, la doctrina salvadora perfectamente señalada... Sabemos que el mundo necesita que Cristo reine, sabemos que la felicidad y la salvación de los hombres dependen de Él. Tenemos al mismo Cristo, al mismo que conoció y anunció el Bautista.

Somos testigos y precursores. Hemos de dar testimonio, y, al mismo tiempo, señalar a otros el camino. *Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama*.

Quizá el mundo ahora, en muchos casos, tampoco espera nada. O espera en otra dirección, de donde no vendrá nadie. Muchos se hallan volcados hacia los bienes

materiales como si fueran su fin último; pero con ellos no llenarán su corazón jamás. Hemos de señalarles el camino. A todos. "Conocéis –nos dice San Agustín– lo que cada uno de vosotros tiene que hacer en su casa, con el amigo, el vecino, con su dependiente, con el superior, con el inferior. Conocéis también de qué modo da Dios ocasión, de qué manera abre la puerta con su palabra. No queráis, pues, vivir tranquilos hasta ganarlos para Cristo, porque vosotros habéis sido ganados por Cristo".

Nuestra familia, los amigos, los compañeros de trabajo, aquellas personas a quienes vemos con frecuencia, deben ser los primeros en beneficiarse de nuestro amor al Señor. Con el ejemplo y con la oración debemos llegar incluso hasta aquellos con quienes no tenemos ocasión de hablar.

Nuestra gran alegría será haber acercado a Jesús, como hizo el Bautista, a muchos que estaban lejos o indiferentes. Sin perder de vista que es la gracia de Dios y no nuestras fuerzas humanas la que consigue mover las almas hacia Jesús. Y como nadie da lo que no tiene, se hace más urgente un esfuerzo por crecer en la vida interior, de forma que el amor de Dios sobreabundante pueda contagiar a todos los que pasan por nuestro lado.

La Reina de los Apóstoles aumentará nuestra ilusión y esfuerzo por acercar almas a su Hijo, con la seguridad de que ningún esfuerzo es vano ante Él.

Pbro. Walter Hugo PERELLÓ (Rafaela, Argentina) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Dad fruto digno de conversión

Hoy, el Evangelio de san Mateo nos presenta a Juan el Bautista invitándonos a la conversión: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos» (Mt 3,2).

A él acudían muchas personas buscando bautizarse y «confesando sus pecados» (Mt 3,6). Pero dentro de tanta gente, Juan pone la mirada en algunos en particular, los fariseos y saduceos, tan necesitados de conversión como obstinados en negar tal necesidad. A ellos se dirigen las palabras del Bautista: «Dad fruto digno de conversión» (Mt 3,8).

Habiendo ya comenzado el tiempo de Adviento, tiempo de gozosa espera, nos encontramos con la exhortación de Juan, que nos hace comprender que esta espera no se identifica con el "quietismo", ni se arriesga a pensar que ya estamos salvados por ser cristianos. Esta espera es la búsqueda dinámica de la misericordia de Dios, es conversión de corazón, es búsqueda de la presencia del Señor que vino, viene y vendrá.

El tiempo de Adviento, en definitiva, es «conversión que pasa del corazón a las obras y, consiguientemente, a la vida entera del cristiano» (San Juan Pablo II).

Aprovechemos, hermanos, este tiempo oportuno que nos regala el Señor para renovar nuestra opción por Jesucristo, quitando de nuestro corazón y de nuestra vida todo lo que no nos permita recibirlo adecuadamente. La voz del Bautista sigue resonando

en el desierto de nuestros días: «Preparad el camino al Señor, enderezad sus sendas» (Mt 3,3).

Así como Juan fue para su tiempo esa "voz que clama en el desierto", así también los cristianos somos invitados por el Señor a ser voces que clamen a los hombres el anhelo de la vigilante espera: «Preparemos los caminos, ya se acerca el Salvador y salgamos, peregrinos, al encuentro del Señor. Ven, Señor, a libertarnos, ven tu pueblo a redimir; purifica nuestras vidas y no tardes en venir» (Himno de Adviento de la Liturgia de las Horas).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO A

Señales claras

«Vengan benditos de mi Padre, vengan, porque tuve hambre y me dieron de comer, porque tuve sed y me dieron de beber, porque estaba desnudo y me vistieron… porque lo que hicieron con uno de estos, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 34-40).

Eso dice Jesús.

Habla de sus sacerdotes.

Y luego dice: pero estos, en los que yo me complazco, ¿por qué no creen? ¿Qué tengo que hacer para que crean en mí? ¿Qué más? ¿Qué les hace falta? Les he dado todo.

Las señales son muy claras: el Hijo del hombre vino a morir al mundo para salvar a los hombres destruyendo la muerte para darles vida, y vida en abundancia.

¿Por qué no creen? Han visto al Hijo del hombre con sus propios ojos y no han creído en Él.

Dios mismo se ha hecho hombre, ha venido a buscar lo que se había perdido y ha de venir de nuevo para llevarse lo que le pertenece.

Pero lo que le pertenece es solamente lo que permanece en Él, porque lo que no permanece en Él es desechado fuera, es arrojado al fuego, porque *el que no está conmigo, está contra mí.*

Eso dice Jesús, y le duele.

La salvación se trata de amor.

El que se salva es el que ama a Dios, porque no puedes amar algo en lo que no crees.

Pero el sacerdote ama, porque esa es su vocación.

El sacerdote está hecho para el amor, para amar, para enseñar a amar, pero tiene que aprender, porque no sabe cómo hacerlo.

Tiene miedo.

No se da cuenta que su vocación es amar a Dios por sobre todas las cosas.

El que ama a Dios por sobre todas las cosas no se equivoca, porque no tiene apegos al mundo, no tiene vicios, porque no es esclavo del mundo.

Porque el que ama a Dios por sobre todas las cosas es libre, y la libertad te da alegría y esa alegría se nota, esa alegría contagia, es la alegría de la fe, de saberse hijo de Dios, de saber que el día que Cristo venga, vendrá por mí, y vendrá por ti, porque hemos creído y porque hemos hecho lo que teníamos que hacer.

¿Cómo hacer, para que un mundo por el que el mismo Dios entregó su vida para hacerlos parte, crea?

No quiere creer, prefiere vivir en la mentira y prefiere quedarse afuera cuando se cierre la puerta, porque elije no creer.

Es tan fácil creer en Dios: basta respirar, basta sentirse vivo, para darse cuenta que hay un Dios que nos ha creado, que nos mantiene vivos, porque nos mantiene unidos a Él porque solos no podemos nada.

Basta ver un niño en el vientre de su madre para darse cuenta que nadie, no hay ciencia humana, no hay poder humano, no hay inteligencia humana, no hay capacidad humana, que pueda crear una vida desde la nada, para convertirla en un todo cuando se une a Dios.

Basta ver las aves del cielo y los lirios del campo, y darse cuenta que no les falta nada, y viven y respiran, y las aves cantan, vuelan y engendran vida, es así como Dios se manifiesta, manifestando vida.

¿Por qué no creen que Jesús ha venido a darnos esa vida que sí se ve con ojos humanos? La vida se ve y la vida es Cristo, es ahí a donde los sacerdotes tienen que abrir sus conciencias, abrir la conciencia a la vida y darse cuenta que todo lo que te aleja de la vida te acerca a la muerte, lo que te aleja de la verdad te acerca a la mentira, lo que te aleja de la luz te acerca a la obscuridad.

Es un tonto el que no quiere darse cuenta.

Cristo llama, es un llamado que no puede no ser escuchado.

Pero no hay más sordo que el que no quiere oír, y no hay más ciego que el que no quiere ver.

Jesús va a venir, es más, ya está a la puerta y llama.

Las señales son claras, las señales son un niño en un pesebre que crece y que invita a descubrir la vida a través del bautismo, no con agua sino con el Espíritu Santo, que te invita a caminar con Él para hacer sus obras, para ver milagros.

Que te invita a mantenerte unido a Él, porque tú has sido llamado, has sido elegido, porque has sido creado para ser como Él, por Él, con Él, y en Él, configurado para hacer sus obras y aún mayores: las obras del Padre, para llevar a todas las almas a entrar por la puerta de la verdad para que todas las almas se salven.

Ese eres tú, sacerdote.

Sólo tú tienes el poder de salvar almas; nadie más, solo tú; solo tú tienes el poder de amar con verdadera libertad, porque tú representas el amor de Dios, ese amor del Padre que amó tanto al mundo que le dio a su único hijo para salvarlo.

Sin ti sacerdote no hay puerta, no hay salvación, no hay Cristo -porque no hay Eucaristía-, no hay perdón, no hay bautismo, no hay sacerdote, no hay unción, no hay gracia, no hay cielo, no hay gloria.

Sin ti, sacerdote, el mundo está perdido.

Porque es por ti que Jesús vino a buscarlo, es por ti que Él decide encontrarlo a través de ti, pero si tú no crees, tú mismo cierras la puerta para las almas y para ti.

El sacerdote está llamado a creer en el amor.

Esa es su vocación: reunir a todos los hombres en ese amor haciendo todo por amor de Dios.

El sacerdote es el camino, y debe saberse camino, para que los demás anden por ese camino.

El sacerdote es verdad y debe saberse verdad para convencer a la gente que ese es el camino.

El sacerdote es la vida y debe saberse vida para conducir por el camino de la verdad a la vida que es Cristo, en unidad al Padre y al Espíritu Santo, de la mano de Santa María que es Madre, y es ella la que les enseña a cumplir con su vocación, ella es maestra de amor, maestra de misericordia, maestra de perdón.

El que no cree que Jesús está vivo, que es Eucaristía, que es presencia viva, que crea entonces que Jesús es hombre y es Dios y como hombre ha nacido de una mujer.

Crean en la Madre y ella los hará creer en el Hijo.

Ella los llevará al amor.

Eso es fácil de creer, crean en la Madre.

Domingo III de Adviento (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2016 – Audiencia general del 7 de septiembre de 2016**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Dr. Johannes VILAR (Köln, Alemania) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (**www.lacompañiademaria.com**), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/DR9boDTzR2L5g6uevTmLMP

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

LOS HECHOS HABLAN

Is 35, 1-6. 10; Sant 5, 7-10; Mt 11,2-11

Sabemos que el Señor Jesús se mantuvo al inicio de su vida pública cercano al círculo de los discípulos de Juan Bautista. Al tomar su propio camino se allegó de sus propios seguidores; es comprensible que entre ambos colectivos surgieran roces y malentendidos. En este contexto podemos situar el envío de dos discípulos de Juan a interrogar a Jesús. La pregunta es una sola: ¿Jesús es el enviado de Dios o no lo es? Las palabras en beneficio propio no son atendibles, por eso mismo Jesús apela a la fuerza de los hechos. Los enviados podrán referir las acciones salvadoras cumplidas por el Maestro de Nazaret en favor de los enfermos y desgraciados. La agudeza de Juan y la sensatez de cualquier persona bien dispuesta podrá responderla. Quien realice tales gestos de autoridad, remediando la situación de los afligidos por el sufrimiento, no lo podría hacer sin la aprobación de Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Flp 4, 4. 5

Estén siempre alegres en el Señor, les repito, estén alegres. El Señor está cerca.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que contemplas a tu pueblo esperando fervorosamente la fiesta del nacimiento de tu Hijo, concédenos poder alcanzarla dicha que nos trae la salvación y celebrarla siempre, con la solemnidad de nuestras ofrendas y con vivísima alegría. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Dios mismo viene a salvarnos.

Del libro del profeta Isaías: 35, 1-6. 10

Esto dice el Señor: "Regocíjate, yermo sediento. Que se alegre el desierto y se cubra de flores, que florezca como un campo de lirios, que se alegre y dé gritos de júbilo, porque le será dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Ellos verán la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios. Fortalezcan las manos cansadas, afiancen las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón apocado: ¡Animo! No teman. He aquí que su Dios, vengador y justiciero, viene ya para salvarlos'.

Se iluminarán entonces los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán. Saltará como un venado el cojo y la lengua del mudo cantará. Volverán a casa los rescatados por el Señor, vendrán a Sión con cánticos de júbilo, coronados de perpetua alegría; serán su escolta el gozo y la dicha, porque la pena y la aflicción habrán terminado".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 145, 6c-7. 8-9a. 9bc-10.

R/. Ven, Señor, a salvarnos.

El Señor siempre es fiel a su palabra, y es quien hace justicia al oprimido; él proporciona pan a los hambrientos y libera al cautivo. ***R/.***

Abre el Señor los ojos de los ciegos y alivia al agobiado. Ama el Señor al hombre justo y toma al forastero a su cuidado. ***R/.***

Ala viuda y al huérfano sustenta y trastorna los planes del inicuo. Reina el Señor eternamente, reina tu Dios, oh Sión, reina por siglos. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Manténganse firmes, porque el Señor está cerca.

De la carta del apóstol Santiago: 5, 7-10

Hermanos: Sean pacientes hasta la venida del Señor. Vean cómo el labrador, con la esperanza de los frutos preciosos de la tierra, aguarda pacientemente las lluvias tempraneras y las tardías. Aguarden también ustedes con paciencia y mantengan firme el ánimo, porque la venida del Señor está cerca.

No murmuren, hermanos, los unos de los otros, para que el día del juicio no sean condenados. Miren que el juez ya está a la puerta. Tomen como ejemplo de paciencia en el sufrimiento a los profetas, los cuales hablaron en nombre del Señor.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Is 61, 1

R/. Aleluya, aleluya.

El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres. ***R/.***

EVANGELIO

¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 11, 2-11

En aquel tiempo, Juan se encontraba en la cárcel, y habiendo oído hablar de las obras de Cristo, le mandó preguntar por medio de dos discípulos: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?".

Jesús les respondió: "Vayan a contar a Juan lo que están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan ya los pobres celes anuncia el Evangelio. Dichoso aquel que no se sienta defraudado por mí".

Cuando se fueron los discípulos, Jesús se puso a hablar a la gente acerca de Juan: "¿Qué fueron ustedes ayer en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? No. Pues entonces, ¿qué fueron a ver? ¿A un hombre lujosamente vestido? No, ya que los que visten con lujo habitan en los palacios. ¿A qué fueron, pues? ¿A ver a un profeta? Sí, yo se lo aseguro; y a uno que es todavía más que profeta. Porque de él está escrito: He aquí que yo envío a mi mensajero para que vaya delante de ti y te prepare el camino. Yo les aseguro que no ha surgido entre los hijos de una mujer ninguno más grande que Juan el Bautista. Sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos, es todavía más grande que él".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que este sacrificio, Señor, que te ofrecemos con devoción, nunca deje de realizarse, para que cumpla el designio que encierra tan santo misterio y obre eficazmente en nosotros tu salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Is 35, 4

Digan a los cobardes: "¡Ánimo, no teman!; miren a su Dios: viene en persona a salvarlos".

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Imploramos, Señor, tu misericordia, para que estos divinos auxilios nos preparen, purificados de nuestros pecados, para celebrar las fiestas venideras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Dios vendrá y nos salvará (Is 35,1-6a.10)

1ª lectura

En este capítulo de Isaías se presenta una visión de la Jerusalén restaurada con un lenguaje grandioso que recuerda la renovación anunciada en los caps. 11 y 12. Dios, que manifestó su cercanía y protección al pueblo en el éxodo, cuando Israel salió de Egipto, repetirá sus prodigios en el retorno de los redimidos a Sión. Les mostrará y allanará su camino de regreso y les acompañará como en una procesión solemne hacia la morada del Señor (v. 8). Así como en Babilonia había un «Camino Santo» decorado con esculturas de leones y dragones que conducía hacia el templo de Marduc, los redimidos tendrán un

«Camino Santo» de verdad que los conducirá hacia la Casa del Señor en Jerusalén. La alegría y regocijo de los repatriados se reflejará en la curación repentina de ciegos, sordos y cojos (cfr 29,18-19); es un anticipo de los tiempos mesiánicos.

Los milagros de Jesús testimonian que el momento de la verdadera redención anunciado entre sombras en los profetas ha llegado a su plenitud (cfr Mt 11,2-6). San Justino, mostrando al judío Trifón que esta profecía se cumple en Cristo, señala: «Fuente de agua viva de parte de Dios brotó este Cristo en el desierto del conocimiento de Dios, es decir, en la tierra de las naciones: Él, que, aparecido en vuestro pueblo, curó a los ciegos de nacimiento según la carne, a los sordos y cojos, haciendo por su sola palabra que unos saltaran, otros oyeran, otros recobraran la vista; y resucitando a los muertos y dándoles la vida, por sus obras incitaba a los hombres a que le reconocieran. (...) Él hacía eso para persuadir a los que habían de creer en Él que, aun cuando alguno tuviere algún defecto corporal, si guarda las enseñanzas que por Él nos fueron dadas, le resucitará íntegro en su segunda venida, y le hará con Él inmortal, incorruptible e impasible» (*Dialogus cum Tryphone* 69,6).

La Iglesia utiliza este pasaje de Isaías en la liturgia del Tercer domingo de Adviento para fomentar en los fieles la esperanza gozosa de que Dios vendrá y nos salvará.

Tened paciencia (St 5,7-10)

Segunda lectura

Santiago renueva la exhortación a la paciencia con la que había comenzado la carta (cfr 1,2-4.12). Constituye una llamada a la serenidad en la esperanza hasta la venida del Señor: «Decimos que el hombre posee su alma mediante la paciencia (cfr Lc 21,29), en cuanto que arranca de raíz la turbación causada por las adversidades que quitan el sosiego del alma» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 2-2,136,2 ad 2).

Yo envío a mi mensajero delante de ti (Mt 11,2-11)

Evangelio

Ante las «obras de Cristo» (v. 2), el Bautista le envía a sus discípulos y el Señor les hace comprender que sus acciones son cumplimiento de lo que las antiguas profecías anunciaban como signos propios del Mesías y de su Reino (cfr Is 26,19; 29,18-19; 35,5-6; 61,1, etc.). Era como decirles que, efectiva-mente, Él, Jesús, es el profeta que «iba a venir» (cfr v. 3).

Pero el texto nos habla también del Bautista (vv. 7-11). Antes, el evangelio había señalado la adecuación de la predicación de Juan con la de Jesús, y después anotará otras semejanzas: Juan, como Jesús, sufrió la incredulidad del pueblo (11,16-19), y también una muerte violenta (14,1-12), porque, en realidad, ambos cumplieron «toda justicia» (3,15).

Sin embargo, las palabras que se recogen ahora muestran la diferencia entre los dos: Juan, dice Jesús, es Elías (v. 14), el profeta que, conforme a la creencia de entonces, tenía que venir de nuevo antes que el Mesías (cfr 17,10-13; Mc 9,11-13); es un profeta y más que

un profeta (v. 9); es el precursor (v. 10), es el mayor entre los nacidos de mujer (v. 11): «Me podías hablar de Elías que fue arrebatado al cielo, pero no es mayor que Juan; Enoc fue trasladado, y tampoco es mayor que Juan. Moisés fue el más grande legislador, y admirables fueron todos los profetas, pero no eran más que Juan. No soy yo quien se atreve a comparar profeta con profeta, sino el que es Señor suyo y nuestro» (S. Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 3,6).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

LAS TURBAS SOSPECHARON DE JUAN

1. El asunto de los discípulos de Juan se había resuelto bien, y se retiraron de la presencia de Jesús confirmados por los milagros que allí mismo le habían visto realizar. Ahora había que corregir también la opinión del pueblo. Los discípulos de Juan nada malo podían sospechar de su maestro; pero aquella muchedumbre ingente pudo sacar las más absurdas consecuencias de la pregunta que a Jesús le dirigieron, pues ignoraban la intención con que Juan los había enviado, y es muy probable que cuchichearan entre sí diciendo: ¿El que dio tan solemnes testimonios ha cambiado ahora de opinión, y está en dudas de si es éste el que ha de venir o hay que esperar a otro? ¿No dirá esto por estar en desacuerdo con Jesús? ¿No se habrá vuelto cobarde a fuerza de cárcel? ¿No serían vanas y sin sentido todas sus palabras anteriores? Como era, pues, muy natural que la gente se forjara sospechas por el estilo, mirad cómo corrige el Señor su flaqueza y elimina todas esas sospechas. Porque, cuando se marcharon ellos, empezó Jesús a hablar de Juan a las muchedumbres. ¿Por qué cuando aquéllos se marcharon? Para no dar la impresión de que adulaba a Juan. Mas al corregir al pueblo, no saca a relucir lo que éste sospechaba, sino que se contenta con dar la solución a los pensamientos que internamente los agitaban, con lo que les hacía ver que sabía Él los íntimos secretos de todos. Tampoco les dice como a los judíos: ¿Por qué pensáis mal? Porque si es cierto que pensaban mal, no lo pensaban por malicia, sino por ignorancia del sentido de las palabras de Juan. De ahí que tampoco el Señor les habla ásperamente, sino que se contenta con corregir su modo de pensar, hace la apología de Juan y demuestra a las turbas que no había éste abandonado su opinión primera ni se había arrepentido.

JUAN NO ERA UN INCONSTANTE

Porque no era Juan un hombre ligero y versátil, sino muy asentado y firme; no era Juan tal que traicionara la misión que se le había confiado. E intentando el Señor asentar esta verdad, no la prueba de pronto por su propia afirmación, sino, ante todo, por el testimonio mismo del pueblo. Y así no sólo por lo que dijeron, sino también por lo que hicieron, los pone a ellos mismos por testigos de esa firmeza de Juan. De ahí que les diga: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? Como si dijera: ¿Por qué abandonasteis ciudades y

casas y os juntasteis como un solo hombre en el desierto? ¿Acaso para ver a un hombre miserable y ligero? Eso no tendría sentido. No es eso lo que demuestra aquel afán, aquel correr todos a una hacia el desierto. Un pueblo tan enorme, tantas ciudades no se hubieran derramado entonces con tanto fervor por el desierto y a lo largo del Jordán, si no hubieran llevado la ilusión de contemplar a un hombre extraordinario, maravilloso y más firme que una roca. No salisteis ciertamente a contemplar una caña agitada por el viento. A una caña, en efecto, se parecen perfectamente los hombres ligeros, los que son fácilmente llevados de acá para allá, los que dicen ahora una cosa y luego otra y no están firmes en nada. Y notad cómo, dejando a un lado el Señor todo otro defecto, sólo les habla de la ligereza que entonces particularmente les hacía a ellos sospechar y cómo les quita todo motivo de suponerla en Juan. ¿Pues qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido de ropas delicadas? Mirad que los que llevan vestidos delicados viven en los palacios de los reyes. Con lo que quiere decir que Juan no era naturalmente versátil. Y esto —viene a decir el Señor— vosotros lo pusisteis de manifiesto con vuestro fervor por ir a verlo. Mas tampoco se puede decir que, sí, Juan era de suyo firme, pero que, habiéndose entregado al placer, se volvió flojo. Los hombres son lo que son, unos por naturaleza, otros porque se hacen. Por ejemplo, hay quienes son naturalmente iracundos; otros adquieren esa enfermedad de su alma a consecuencia justamente de otra larga enfermedad corporal. Unos, igualmente, son ligeros y fáciles por naturaleza; otros se hacen tales por entregarse al placer y a la molicie. Pero Juan —les dice el Señor— ni es tal por naturaleza, pues no salisteis a ver una caña; ni por haberse entregado al placer, perdió la ventaja que le dio la naturaleza. Que no fue esclavo del placer, bien lo demuestra su vestido, el desierto y la cárcel. Porque, si hubiera querido vestir ropas blandas, no se hubiera ido a morar en el desierto ni se hubiera metido en la cárcel, sino que habría buscado los palacios. Y es así que, con sólo haber callado, hubiera podido gozar de infinitos honores. Porque si aun después que le reprendió; si aun estando en la cárcel, aun le temía Herodes, mucho menos le hubiera castigado de haber él guardado silencio. Si, pues, Juan dio prueba de su firmeza y constancia con sus obras, ¿cómo podía ser justa sospecha alguna en esas virtudes?

LA GRANDEZA DE JUAN BAUTISTA

2. Así, pues, habiendo el Señor caracterizado a Juan por el lugar en que viviera, por el vestido y por el mismo concurso del pueblo hacia él, ahora alega también al profeta. Y en efecto, después de decir: ¿Que salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo aseguro, más que un profeta, prosigue: Porque éste es de quien está escrito: Mira que yo envío a mi mensajero delante de ti, para que prepare tu camino delante de ti. Primero alega el Señor el testimonio de los judíos, y luego acomoda también el del profeta; o, por mejor decir, primero pone el voto de los judíos, que es la mejor demostración, por ser testimonio dado por enemigos; en segundo lugar, la vida de Juan; tercero, su propio juicio; cuarto, al profeta, y por todos los lados cierra la boca de quienes pudieran sospechar del Precursor. Tampoco pudieran decir que, sí, Juan era naturalmente firme, pero que luego había cambiado, pues ahí estaba su modo de vestir y la cárcel y, después de todo esto, el

testimonio del profeta. Y ya que el Señor llamó a Juan mayor que un profeta, ahora les hace ver en qué es mayor que un profeta. ¿En qué es, pues, mayor? En que es el que está más cerca del que había venido. Porque yo te enviaré —dice— a mi mensajero ante tu faz, es decir, muy cerca de ti. Así como en una comitiva regia, los que van más cerca del coche real son los más ilustres entre todos; así Juan, que aparece momentos antes del advenimiento del Señor. Notad cómo de ahí declaró la excelencia del Precursor, y ni ahí se detuvo, sino que añadió su propio voto diciendo: En verdad os digo, no se ha levantado entre los nacidos de mujer nadie mayor que Juan Bautista. Que es como decir: No parió mujer a nadie mayor que Juan. Realmente, la afirmación de Jesús basta para declarar esta grandeza; más si queréis "saberlo por la realidad misma, considerad su mesa, su manera de vida y la alteza de sus pensamientos. Juan vivía en la tierra como si morara ya en el cielo; estaba por encima de las necesidades de la naturaleza, seguía un camino maravilloso, gastaba su tiempo entero en himnos y oraciones, sin hablar con hombre alguno, y conversando, en cambio, continuamente con Dios. A nadie conocía, por nadie fue jamás visitado. No se alimentaba de leche ni gozaba de lecho, ni de techo, ni de pública plaza, ni de ninguna otra de las comodidades humanas. Sin embargo, Juan sabía unir la mansedumbre a la firmeza. Mirad, si no, con qué moderación habla con sus discípulos, con qué valor al pueblo judío y con qué libertad al mismo rey. De ahí que dijera el Señor: Entre los nacidos de mujer, no se ha levantado nadie mayor que Juan Bautista.

JUAN NO PUEDE SER COMPARADO A JESÚS

Sin embargo, como la hipérbole misma de la alabanza podía engendrar alguna falsa idea, y estimaran los judíos a Juan más alto que a Jesús, mirad cómo también esto lo corrige el Señor. Y es así que, como de lo mismo que los discípulos de Juan se edificaron, pudo resultar daño para las turbas, teniéndole a Juan por hombre ligero, así ahora, de lo mismo que era corrección de las turbas, podía también resultarles mayor daño, si concebían de Juan más alta idea que de Cristo mismo, fundados en lo que de aquél se les decía. De ahí que el Señor los corrige, sin dejar lugar a sospecha alguna, diciendo: Pero el que es más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. Más pequeño por la edad y también en la opinión del vulgo, pues le llamaban comedor y bebedor y solían decir: ¿No es éste el hijo del carpintero? Y por todas partes le despreciaban. — ¿Pues qué—objetarás —, sólo por comparación con Juan es mayor el Señor? ¡De ninguna manera! Porque ni el mismo Juan intenta establecer comparación, cuando dice: Él es más fuerte que yo, ni tampoco la establece Pablo cuando, haciendo mención de Moisés, escribe: De mayor gloria que Moisés fue tenido Cristo por digno. Y, en fin, el Señor mismo no se compara con Salomón cuando dice: Y aquí está quien es más que Salomón. Más aunque diéramos de barato que aquí habló comparativamente, ello fue pura dispensación del Señor, atendiendo a la flaqueza de sus oyentes. En realidad, la gente estaba muy embobada con Juan, y entonces justamente la cárcel y la libertad con que había reprendido al rey había hecho más gloriosa su figura. Ya era, pues, bastante que, por entonces, aceptaran la comparación con Jesús. A la verdad, también el Antiguo Testamento conoce este modo

de corregir las almas de los que yerran, comparando lo que no admite comparación. Por ejemplo, cuando dice: No hay semejante a ti entre los dioses, Señor. Y otra vez: No hay Dios como nuestro Dios. Hay, sin embargo, intérpretes que afirman haber dicho Cristo esas palabras refiriéndose a los apóstoles, otros a los ángeles. Falsa interpretación. Y es que, cuando algunos se apartan de la verdad, los errores no tienen término. ¿Qué sentido lógico tendría decir eso de los apóstoles o de los ángeles? Por otra parte, si hablaba de los apóstoles, ¿qué inconveniente había en establecer la comparación nominalmente? En cambio, refiriéndose a sí mismo, es natural que ocultara su persona en atención a la sospecha dominante en el vulgo y porque no pareciese que decía algo grande de sí mismo; conducta que le vemos observar en muchas otras ocasiones. — ¿Y qué quiere decir: en el reino de los cielos? —En lo espiritual y en todo lo que atañe al dejo. Además, decir: Entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie mayor que Juan Bautista; era oponerse El mismo a Juan y contarse de este modo como la excepción. Porque si es cierto que también Él había nacido de mujer, no, sin embargo, del mismo modo que Juan. Porque Jesús no era puro hombre ni nació como otro cualquier hombre, sino de modo singular y maravilloso.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 37, 1-3,* BAC Madrid 1955, 730-37)

FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2016 - Audiencia general del 7 de septiembre de 2016

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Ángelus 2013

La alegría cristiana tiene su fundamento en la fidelidad de Dios

¡Gracias! Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy es el tercer domingo de Adviento, llamado también domingo de *Gaudete*, es decir, domingo de la alegría. En la liturgia resuena repetidas veces la invitación a gozar, a alegrarse. ¿Por qué? Porque el Señor está cerca. La Navidad está cercana. El mensaje cristiano se llama «Evangelio», es decir, «buena noticia», un anuncio de alegría para todo el pueblo; la Iglesia no es un refugio para gente triste, la Iglesia es la casa de la alegría. Y quienes están tristes encuentran en ella la alegría, encuentran en ella la verdadera alegría.

Pero la alegría del Evangelio no es una alegría cualquiera. Encuentra su razón de ser en el saberse acogidos y amados por Dios. Como nos recuerda hoy el profeta Isaías (cf. 35, 1-6a.8a.10), Dios es Aquél que viene a salvarnos, y socorre especialmente a los extraviados de corazón. Su venida en medio de nosotros fortalece, da firmeza, dona valor, hace exultar y florecer el desierto y la estepa, es decir, nuestra vida, cuando se vuelve árida. ¿Cuándo llega a ser árida nuestra vida? Cuando no tiene el agua de la Palabra de Dios y de su Espíritu de amor. Por más grandes que sean nuestros límites y nuestros extravíos, no se

nos permite ser débiles y vacilantes ante las dificultades y ante nuestras debilidades mismas. Al contrario, estamos invitados a robustecer las manos, a fortalecer las rodillas, a tener valor y a no temer, porque nuestro Dios nos muestra siempre la grandeza de su misericordia. Él nos da la fuerza para seguir adelante. Él está siempre con nosotros para ayudarnos a seguir adelante. Es un Dios que nos quiere mucho, nos ama y por ello está con nosotros, para ayudarnos, para robustecernos y seguir adelante. ¡Ánimo! ¡Siempre adelante! Gracias a su ayuda podemos siempre recomenzar de nuevo. ¿Cómo? ¿Recomenzar desde el inicio? Alguien puede decirme: «No, Padre, yo he hecho muchas cosas... Soy un gran pecador, una gran pecadora... No puedo recomenzar desde el inicio». ¡Te equivocas! Tú puedes recomenzar de nuevo. ¿Por qué? Porque Él te espera, Él está cerca de ti, Él te ama, Él es misericordioso, Él te perdona, Él te da la fuerza para recomenzar de nuevo. ¡A todos! Entonces somos capaces de volver a abrir los ojos, de superar tristeza y llanto y entonar un canto nuevo. Esta alegría verdadera permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento, porque no es una alegría superficial, sino que desciende en lo profundo de la persona que se fía de Dios y confía en Él.

La alegría cristiana, al igual que la esperanza, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, en la certeza de que Él mantiene siempre sus promesas. El profeta Isaías exhorta a quienes se equivocaron de camino y están desalentados a confiar en la fidelidad del Señor, porque su salvación no tardará en irrumpir en su vida. Quienes han encontrado a Jesús a lo largo del camino, experimentan en el corazón una serenidad y una alegría de la que nada ni nadie puede privarles. Nuestra alegría es Jesucristo, su amor fiel e inagotable. Por ello, cuando un cristiano llega a estar triste, quiere decir que se ha alejado de Jesús. Entonces, no hay que dejarle solo. Debemos rezar por él, y hacerle sentir el calor de la comunidad.

Que la Virgen María nos ayude a apresurar el paso hacia Belén, para encontrar al Niño que nació por nosotros, por la salvación y la alegría de todos los hombres. A ella le dice el Ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (*Lc* 1, 28). Que ella nos conceda vivir la alegría del Evangelio en la familia, en el trabajo, en la parroquia y en cada ambiente. Una alegría íntima, hecha de asombro y ternura. La alegría que experimenta la mamá cuando contempla a su niño recién nacido, y siente que es un don de Dios, un milagro por el cual sólo se puede agradecer.

***

Ángelus 2016

A un cristiano que no está alegre algo le falta

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos el tercer domingo de Adviento, caracterizado por la invitación de san Pablo: «Estad siempre alegres en el Señor: os lo repito, estad alegres» (*Fil* 4, 4-5). No es una alegría superficial o puramente emotiva a la que nos exhorta el apóstol, y ni siquiera una mundana o la alegría del consumismo. No, no es esa, sino que se trata de una

alegría más auténtica, de la cual estamos llamados a redescubrir su sabor. El sabor de la verdadera alegría. Es una alegría que toca lo íntimo de nuestro ser, mientras que esperamos a Jesús, que ya ha venido a traer la salvación al mundo, el Mesías prometido, nacido en Belén de la Virgen María. La liturgia de la Palabra nos ofrece el contexto adecuado para comprender y vivir esta alegría. Isaías habla de desierto, de tierra árida, de estepa (cf. 35, 1); el profeta tiene ante sí manos débiles, rodillas vacilantes, corazones perdidos, ciegos, sordos y mudos (cf. vv. 3-6). Es el cuadro de una situación de desolación, de un destino inexorable sin Dios.

Pero finalmente la salvación es anunciada: «¡Ánimo, no temáis! —dice el profeta— [...] Mirad que vuestro Dios, [...] Él vendrá y os salvará» (cf. *Is* 35, 4). Y enseguida todo se transforma: el desierto florece, la consolación y la alegría inundan los corazones (cf. vv. 5-6). Estos signos anunciados por Isaías como reveladores de la salvación ya presente, se realizan en Jesús. Él mismo lo afirma respondiendo a los mensajeros enviados por Juan Bautista. ¿Qué dice Jesús a estos mensajeros? «Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan» (*Mt* 11, 5). No son palabras, son hechos que demuestran cómo la salvación traída por Jesús, aferra a todo el ser humano y le regenera. Dios ha entrado en la historia para liberarnos de la esclavitud del pecado; ha puesto su tienda en medio de nosotros para compartir nuestra existencia, curar nuestras llagas, vendar nuestras heridas y donarnos la vida nueva. La alegría es el fruto de esta intervención de salvación y de amor de Dios.

Estamos llamados a dejarnos llevar por el sentimiento de exultación. Este júbilo, esta alegría... Pero un cristiano que no está alegre, algo le falta a este cristiano, ¡o no es cristiano! La alegría del corazón, la alegría dentro que nos lleva adelante y nos da el valor. El Señor viene, viene a nuestra vida como libertador, viene a liberarnos de todas las esclavitudes interiores y exteriores. Es Él quien nos indica el camino de la fidelidad, de la paciencia y de la perseverancia porque, a su llegada, nuestra alegría será plena.

La Navidad está cerca, los signos de su aproximarse son evidentes en nuestras calles y en nuestras casas; también aquí en la Plaza se ha puesto el pesebre con el árbol al lado. Estos signos externos nos invitan a acoger al Señor que siempre viene y llama a nuestra puerta, llama a nuestro corazón, para estar cerca de nosotros. Nos invitan a reconocer sus pasos entre los de los hermanos que pasan a nuestro lado, especialmente los más débiles y necesitados.

Hoy estamos invitados a alegrarnos por la llegada inminente de nuestro Redentor; y estamos llamados a compartir esta alegría con los demás, dando conforto y esperanza a los pobres, a los enfermos, a las personas solas e infelices. Que la Virgen María, la «sierva del Señor», nos ayude a escuchar la voz de Dios en la oración y a servirle con compasión en los hermanos, para llegar preparados a la cita con la Navidad, preparando nuestro corazón para acoger a Jesús.

***

Audiencia general, 7 de septiembre de 2016

La justicia que el Bautista ponía al centro de su predicación, en Jesús se manifiesta en primer lugar como misericordia.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hemos escuchado un pasaje del Evangelio de Mateo (11, 2-6). El intento del evangelista es hacernos entrar más profundamente en el misterio de Jesús, para recibir su bondad y su misericordia. El episodio es el siguiente: Juan Bautista envía a sus discípulos a Jesús —Juan estaba en la cárcel— para hacerle una pregunta muy clara: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (v. 3). Era justo en el momento de la oscuridad. El Bautista esperaba con ansia al Mesías que en su predicación había descrito muy intensamente, como un juez que habría instaurado finalmente el reino de Dios y purificado a su pueblo, premiando a los buenos y castigando a los malos. Él predicaba así: «ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (*Mt* 3, 10). Ahora que Jesús ha iniciado su misión pública con un estilo distinto; Juan sufre porque se encuentra sumergido en una doble oscuridad: en la oscuridad de la cárcel y de una celda, y en la oscuridad del corazón. No entiende este estilo de Jesús y quiere saber si verdaderamente es Él el Mesías, o si se debe esperar a otro.

Y la respuesta de Jesús parece, a simple vista, no corresponder a la pregunta del Bautista. Jesús, de hecho, dice: «id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡Y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!». (vv. 4-6). Aquí se vuelve clara la intención del Señor Jesús: Él responde ser el instrumento concreto de la misericordia del Padre, que sale al encuentro de todos llevando la consolación y la salvación, y de esta manera manifiesta el juicio de Dios. Los ciegos, los cojos, los leprosos, los sordos recuperan su dignidad y ya no son excluidos por su enfermedad, los muertos vuelven a vivir, mientras que a los pobres se les anuncia la Buena Nueva. Y esta se convierte en la síntesis del actuar de Jesús, que de este modo hace visible y tangible el actuar mismo de Dios.

El mensaje que la Iglesia recibe de esta narración de la vida de Cristo es muy claro. Dios no ha mandado a su Hijo al mundo para castigar a los pecadores ni para acabar con los malvados. Sino que es a ellos a quienes se dirige la invitación a la conversión para que, viendo los signos de la bondad divina, puedan volver a encontrar el camino de regreso. Como dice el Salmo: «Si en cuenta tomas las culpas, oh Yahveh, ¿quién, Señor, resistirá? Mas el perdón se halla junto a ti, para que seas temido» (*Salmo* 130, 3-4).

La justicia que el Bautista ponía al centro de su predicación, en Jesús se manifiesta en primer lugar como misericordia. Y las dudas del Precursor sólo anticipan el desconcierto que Jesús suscitará después con sus obras y con sus palabras. Se comprende, entonces, el final de la respuesta de Jesús. Dice: «¡Y dichoso aquel que no halle escándalo

en mí!» (v. 6). Escándalo significa «obstáculo». Por eso Jesús advierte sobre un peligro en particular: si el obstáculo para creer son sobre todo sus obras de misericordia, eso significa que se tiene una falsa imagen del Mesías. Dichosos en cambio aquellos que, ante los gestos y las palabras de Jesús, rinden gloria al Padre que está en los cielos.

La advertencia de Jesús es siempre actual: hoy también el hombre construye imágenes de Dios que le impiden disfrutar de su presencia real. Algunos se crean una fe «a medida» que reduce a Dios en el espacio, limitado por los propios deseos y las propias convicciones. Pero esta fe no es conversión al Señor que se revela, es más, impide estimular nuestra vida y nuestra conciencia. Otros reducen a Dios a un falso ídolo; usan su santo nombre para justificar sus propios intereses o incluso el odio y la violencia. Aun más, para otros, Dios es solamente un refugio psicológico en el cual ser tranquilizados en los momentos difíciles: se trata de una fe plegada en sí misma, impermeable a la fuerza del amor misericordioso de Jesús que impulsa hacia los hermanos. Otros consideran a Cristo sólo un buen maestro de enseñanzas éticas, uno de los muchos que hay en la historia. Y por último, hay quien ahoga la fe en una relación puramente intimista con Jesús, anulando su impulso misionero capaz de transformar el mundo y la historia. Nosotros cristianos creemos en el Dios de Jesucristo, y nuestro deseo es el de crecer en la experiencia viva de su misterio de amor.

Esforcémonos entonces en no anteponer obstáculo alguno al actuar misericordioso del Padre, y pidamos el don de una fe grande para convertirnos también nosotros en señales e instrumentos de misericordia.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Ángelus 2007

La alegría entra en el corazón de quien se pone al servicio de los pequeños y de los pobres.

Queridos hermanos y hermanas:

"*Gaudete in Domino semper*", "estad siempre alegres en el Señor" (*Flp* 4, 4). Con estas palabras de san Pablo se inicia la santa misa del III domingo de Adviento, que por eso se llama domingo *"Gaudete"*. El Apóstol exhorta a los cristianos a alegrarse porque la venida del Señor, es decir, su vuelta gloriosa es segura y no tardará. La Iglesia acoge esta invitación mientras se prepara para celebrar la Navidad, y su mirada se dirige cada vez más a Belén. En efecto, aguardamos con esperanza segura la segunda venida de Cristo, porque hemos conocido la primera.

El misterio de Belén nos revela al Dios-con-nosotros, al Dios cercano a nosotros, no sólo en sentido espacial y temporal; está cerca de nosotros porque, por decirlo así, se ha

“casado” con nuestra humanidad; ha asumido nuestra condición, escogiendo ser en todo como nosotros, excepto en el pecado, para hacer que lleguemos a ser como él.

Por tanto, la alegría cristiana brota de esta certeza: Dios está cerca, está conmigo, está con nosotros, en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad, como amigo y esposo fiel. Y esta alegría permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento; y no está en la superficie, sino en lo más profundo de la persona que se encomienda a Dios y confía en él.

Algunos se preguntan: ¿también hoy es posible esta alegría? La respuesta la dan, con su vida, hombres y mujeres de toda edad y condición social, felices de consagrar su existencia a los demás. En nuestros tiempos, la beata madre Teresa de Calcuta fue testigo inolvidable de la verdadera alegría evangélica. Vivía diariamente en contacto con la miseria, con la degradación humana, con la muerte. Su alma experimentó la prueba de la noche oscura de la fe y, sin embargo, regaló a todos la sonrisa de Dios.

En uno de sus escritos leemos: «Esperamos con impaciencia el paraíso, donde está Dios, pero ya aquí en la tierra y desde este momento podemos estar en el paraíso. Ser felices con Dios significa: amar como él, ayudar como él, dar como él, servir como él» (*La gioia di darsi agli altri*, Ed. Paoline 1987, p. 143). Sí, la alegría entra en el corazón de quien se pone al servicio de los pequeños y de los pobres. Dios habita en quien ama así, y el alma vive en la alegría.

En cambio, si se hace de la felicidad un ídolo, se equivoca el camino y es verdaderamente difícil encontrar la alegría de la que habla Jesús. Por desgracia, esta es la propuesta de las culturas que ponen la felicidad individual en lugar de Dios, mentalidad que se manifiesta de forma emblemática en la búsqueda del placer a toda costa y en la difusión del uso de drogas como fuga, como refugio en paraísos artificiales, que luego resultan del todo ilusorios.

Queridos hermanos y hermanas, también en Navidad se puede equivocar el camino, confundiendo la verdadera fiesta con una que no abre el corazón a la alegría de Cristo. Que la Virgen María ayude a todos los cristianos, y a los hombres que buscan a Dios, a llegar hasta Belén para encontrar al Niño que nació por nosotros, para la salvación y la felicidad de todos los hombres.

***

Ángelus 2010

El profeta encuentra su alegría y su fuerza en la Palabra del Señor

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo de Adviento, la liturgia propone un pasaje de la *carta de Santiago*, que comienza con esta exhortación: «Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor» (*St*5, 7). Me parece muy importante, en nuestros días, subrayar el valor de la constancia y de la paciencia, virtudes que pertenecían al bagaje normal de

nuestros padres, pero que hoy son menos populares en un mundo que, más bien, exalta el cambio y la capacidad de adaptarse a situaciones siempre nuevas y distintas. Sin quitar nada a estos aspectos, que también son cualidades del ser humano, el Adviento nos llama a potenciar la tenacidad interior y la resistencia del alma que nos permiten no desesperar en la espera de un bien que tarda en venir, sino esperarlo, es más, preparar su venida con confianza activa.

«Mirad al labrador —escribe san Santiago—; espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la venida del Señor está cerca» (*St* 5, 7-8). La comparación con el campesino es muy expresiva: quien ha sembrado en el campo, tiene ante sí algunos meses de espera paciente y constante, pero sabe que mientras tanto la semilla cumple su ciclo, gracias a las lluvias de otoño y de primavera. El agricultor no es fatalista, sino modelo de una mentalidad que une de modo equilibrado la fe y la razón, porque, por una parte, conoce las leyes de la naturaleza y hace bien su trabajo y, por otra, confía en la Providencia, puesto que algunas cosas fundamentales no están en sus manos, sino en manos de Dios. La paciencia y la constancia son precisamente síntesis entre el empeño humano y la confianza en Dios.

«Fortaleced vuestros corazones», dice la Escritura. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Cómo podemos fortalecer nuestros corazones, que ya de por sí son frágiles y que resultan todavía más inestables a causa de la cultura en la que estamos sumergidos? La ayuda no nos falta: es la Palabra de Dios. De hecho, mientras todo pasa y cambia, la Palabra del Señor no pasa. Si las vicisitudes de la vida hacen que nos sintamos perdidos y parece que se derrumba toda certeza, contamos con una brújula para encontrar la orientación, tenemos un ancla para no ir a la deriva. Y aquí se nos ofrece el modelo de los profetas, es decir, de esas personas a las que Dios ha llamado para que hablen en su nombre. El profeta encuentra su alegría y su fuerza en la Palabra del Señor y, mientras los hombres buscan a menudo la felicidad por caminos que resultan equivocados, él anuncia la verdadera esperanza, la que no falla porque tiene su fundamento en la fidelidad de Dios. Todo cristiano, en virtud del Bautismo, ha recibido la dignidad profética; y cada uno debe redescubrirla y alimentarla, escuchando asiduamente la Palabra divina. Que nos lo obtenga la Virgen María, a quien el Evangelio llama bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de las palabras del Señor (cf. *Lc* 1, 45).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Estamos preparados para la Fiesta de la Navidad de este año.

94. El Leccionario del tiempo de Adviento es, de hecho, un conjunto de textos del Antiguo Testamento que convencen y que, de modo misterioso, encuentran su cumplimiento en la Venida del Hijo de Dios en la carne. Como siempre, el homileta puede recurrir a la poesía de los profetas para describir a los cristianos aquellos misterios en los que ellos mismos son introducidos a través de las Celebraciones Litúrgicas. Cristo viene continuamente y las dimensiones de su venida son múltiples. Ha venido. Volverá de nuevo en gloria. Viene en Navidad. Viene ya ahora, en cada Eucaristía celebrada a lo largo del Adviento. A todas estas dimensiones se les puede aplicar la fuerza poética de los profetas: «Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará» (Is 35,4; III domingo A). «No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva» (Sof 3,16-17; III domingo C). «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen» (Is 40,1-2; II domingo B).

95. No sorprende, entonces, que el espíritu de espera ansiosa crezca durante las semanas de Adviento; que en el III domingo, los celebrantes se endosan vestiduras de un gozoso rosa claro, y que este domingo toma el nombre de los primeros versos de la antífona de entrada que, desde hace siglos, se canta en este día, con las palabras extraídas de la carta de san Pablo a los Filipenses: «***Estad siempre alegres en el Señor***; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca».

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El gozo

30. "Se alegre el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, conf. 1,1,1).

La fe, comienzo de la vida eterna

163. La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

Dios mantiene y conduce la creación

301 Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24 26).

736. Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

1829. La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

1832. Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gál 5,22-23, vulg.).

2015. El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

2362. “Los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos, y, realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación, con la que se enriquecen mutuamente con alegría y gratitud” (GS 49,2). La sexualidad es fuente de alegría y de placer:

El Creador…estableció que en esta función (de generación) los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo procurando este placer y gozando de él. Aceptan lo que el Creador les ha destinado. Sin embargo, los esposos deben saber mantenerse en los límites de una justa moderación (Pío XII, discurso 29 Octubre 1951).

La paciencia

227. *Es confiar en Dios en todas las circunstancias*, incluso en la adversidad. Una oración de Santa Teresa de Jesús lo expresa admirablemente:

Nada te turbe / Nada te espante
Todo se pasa / Dios no se muda
La paciencia todo lo alcanza /
quien a Dios tiene/Nada le falta:
Sólo Dios basta

(poes. 30)

2613. S. Lucas nos ha trasmitido tres parábolas principales sobre la oración:

La primera, “el amigo importuno” (cf Lc 11, 5-13), invita a una oración insistente: “Llamad y se os abrirá”. Al que ora así, el Padre del cielo “le dará todo lo que necesite”, y sobre todo el Espíritu Santo que contiene todos los dones.

La segunda, “la viuda importuna” (cf Lc 18, 1-8), está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la paciencia de la fe. “Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

La tercera parábola, “el fariseo y el publicano” (cf Lc 18, 9-14), se refiere a la humildad del corazón que ora. “Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador”. La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: “¡Kyrie eleison!”.

La oración a Jesús

2665. La oración de la Iglesia, alimentada por la palabra de Dios y por la celebración de la liturgia, nos enseña a orar al Señor Jesús. Aunque esté dirigida sobre todo al Padre, en todas las tradiciones litúrgicas incluye formas de oración dirigidas a Cristo. Algunos salmos, según su actualización en la Oración de la Iglesia, y el Nuevo Testamento ponen en nuestros labios y gravan en nuestros corazones las invocaciones de esta oración a Cristo: Hijo de Dios, Verbo de Dios, Señor, Salvador, Cordero de Dios, Rey, Hijo amado, Hijo de la Virgen, Buen Pastor, Vida nuestra, nuestra Luz, nuestra Esperanza, Resurrección nuestra, Amigo de los hombres…

2772. De esta fe inquebrantable brota la esperanza que suscita cada una de las siete peticiones. Estas expresan los gemidos del tiempo presente, este tiempo de paciencia y de espera durante el cual "aún no se ha manifestado lo que seremos" (1 Jn 3, 2; cf Col. 3, 4). La Eucaristía y el Padrenuestro están orientados hacia la venida del Señor, "¡hasta que venga!" (1 Co. 11, 26).

La manifestación de Jesús como el Mesías

439. Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26;11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

Los signos del Reino de Dios

547. Jesús acompaña sus palabras con numerosos "milagros, prodigios y signos" (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf, Lc 7, 18-23).

548. Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549. Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. LC 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

550. La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): "Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre "el príncipe de este mundo" (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: "Regnavit a ligno Deus" ("Dios reinó desde el madero de la Cruz", himno "Vexilla Regis").

1751. El objeto elegido es un bien hacia el cual tiende deliberadamente la voluntad. Es la materia de un acto humano. El objeto elegido especifica moralmente el acto del querer, según que la razón lo reconozca y lo juzgue conforme o no conforme al bien verdadero. Las reglas objetivas de la moralidad enuncian el orden racional del bien y del mal, atestiguado por la conciencia.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Estad alegres, el Señor está cerca

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca» (*Filipenses4,* 4-5).

Son las primeras palabras con que la liturgia acoge hoya los que van a Misa. De ellas toma el presente domingo el nombre de Domingo «de la alegría» (*Gaudete*). De igual forma, el color litúrgico de este domingo puede ser distinto: no el austero morado sino el rosa. La primera lectura, sacada del profeta Isaías, es todo un himno a la alegría:

«El desierto y el *yermo* se regocijarán, se alegrarán el páramo *y* la estepa, florecerá como flor de narciso, se alegrará con gozo y alegría».

Ésta es, por lo tanto, la ocasión propicia para hablar de algo que los creyentes y los no creyentes tienen en común: el deseo de ser felices. Todos quieren ser felices. Sólo al sentir nombrar la felicidad, las personas, por así decirlo, se enderezan y te miran a las manos para ver si por casualidad tú estás en disposición de ofrecer alguna cosa a su sed o deseo. Es lo que une a buenos y a malos. En efecto, nadie sería malo si de ello no esperase poder obtener un poco de felicidad.

Si pudiéramos representarnos visiblemente a la entera humanidad en su movimiento más profundo veríamos a una muchedumbre inmensa en torno a un árbol frutal erguirse sobre la punta de sus pies y extender desesperadamente las manos en un esfuerzo de coger algún fruto que, sin embargo, escapa a toda presa. La felicidad, ha dicho Dante, es «la dulce manzana que por tantas ramas va buscando el cuidado de los mortales».

La búsqueda de la felicidad («*the pursuit ofhappiness*») está inserta en la constitución americana como uno de los derechos fundamentales del hombre. Pero, entonces, ¿por qué son tan pocos los verdaderamente felices y asimismo los que lo son, por así decido, lo son por poco tiempo? Yo creo que la razón principal es que en la escalada hacia la felicidad equivocan la vertiente, escogen una vertiente que no lleva a la cima.

No es difícil descubrir dónde se aloja el error. La revelación dice que: «Dios es Amor» (1 *Juan* 4,16); el hombre ha creído poder darle la vuelta a la frase y decir: «¡El amor es

Dios!» (Esta afirmación es de Feuerbach). No obstante, la revelación dice que «Dios es felicidad»; mas, el hombre invierte de nuevo el orden y dice: «¡La felicidad es Dios!»

Pero, ¿qué sucede de este modo? Nosotros en la tierra no conocemos la felicidad en estado puro, absoluta, como no conocemos el amor absoluto; conocemos sólo fragmentos de felicidad, que se reducen frecuentemente a borracheras pasajeras de los sentidos: joyas de cristal, que deslumbran por un instante, pero que dejan en si la angustia de poder llegar a estar hechas añicos de un momento a otro. Por ello, cuando decimos: «¡La felicidad es Dios!», nosotros divinizamos nuestras pequeñas experiencias; llamamos «Dios» a la obra de nuestras manos o de nuestra mente. Hacemos de la felicidad un ídolo.

De este tipo es la alegría cantada por Beethoven al final de la Novena Sinfonía, propuesta como ¡himno oficial de la Europa unida! La alegría viene definida como «la chispa de los dioses, hija de Elisio». Una alegría que no basta para todos y que por ello está reservada, se dice en aquel himno, sólo «a quien ha obtenido en suerte a una buena mujer o bebe en compañía de los amigos».

«¡Alegría, alegría!» (*Freude, Freude!*) es un grito de deseo, que permanece sin respuesta. Beethoven mismo, que lo compuso, fue uno de los hombres más infelices que han existido nunca.

Esto explica por qué quien busca a Dios encuentra siempre la alegría, mientras que quien busca la alegría no siempre encuentra a Dios. Quien busca la felicidad antes que a Dios y fuera de Dios no encontrará más que una vana representación, una «nodriza reseca», «cisternas agrietadas, que el agua no retienen» (*Jeremías* 2,13). El hombre se reduce a buscar la felicidad por vía de cantidad: siguiendo placeres y emociones cada vez más intensos o añadiendo un placer a otro placer. Como el drogadicto, que tiene necesidad de dosis cada vez mayores para obtener el mismo grado de placer. Sólo Dios es feliz y hace felices. Por ello, un salmo nos exhorta:

«Confía en el Señor y haz el bien... y él te dará lo que pide tu corazón» (*Salmo* 37, 4).

Con él, igualmente, las alegrías de la vida presente conservan su dulce sabor y no se transforman en angustias. No sólo las alegrías espirituales sino toda alegría humana honesta: la alegría de ver crecer a los propios hijos, del trabajo felizmente llevado a término, de la amistad, de la salud recuperada, de la creatividad, del arte, de la relajación en contacto con la naturaleza. Sólo Dios ha podido arrancar de los labios de un santo aquel grito: «¡Basta, Señor, con la alegría; mi corazón ya no puede contenerla más!»

En Dios se encuentra todo lo que el hombre acostumbra a asociar con la palabra felicidad e infinitamente más, ya que «lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, es lo que Dios preparó para los que lo aman» (cfr. 1 *Corintios* 2,9). La meta final, que la fe enseña al hombre, no es el simple cese del dolor y el apagarse de los apetitos o deseos como en otras religiones. Es infinitamente más: es el suprimirse todas las ambiciones. La Biblia describe la vida eterna con imágenes de fiesta, del banquete nupcial,

del canto y de la danza. Entrar en ella es hacer el ingreso definitivo en la alegría: «Entra en el gozo de tu Señor» (*Mateo* 25,21).

Es hora que comencemos a proclamar con más valentía el «alegre mensaje» de que Dios es felicidad, que la felicidad, no el sufrimiento, la privación, la cruz, tendrá la última palabra. Que el sufrimiento sirve sólo para remover obstáculos a la alegría, para ensanchar el alma, para que un día pueda acoger la más grande medida posible.

«A los pobres se les anuncia la Buena Noticia».

Son palabras pronunciadas por Jesús en el Evangelio de este Domingo, en donde la palabra «buena noticia» traduce a «Evangelio». ¡El Evangelio es anuncio de alegría! La humanidad ha terminado por convencerse de tener que escoger entre Dios y la felicidad. Inconscientemente hemos hecho de Dios al rival, al enemigo de la alegría del hombre. Un Dios «envidioso» como el de ciertos escritores paganos. Pero, ésta es la obra por excelencia de Satanás, el arma que usó con éxito con Eva.

Pero, la alegría es como el agua corriente: es necesario procurarla para recibirla. «Que Yahvé muestre su gloria y veamos vuestra alegría» (*Isaías* 66, 5), decían a los hebreos en tono de desafío los que les habían deportado. Igualmente, los no creyentes tácitamente nos dirigen a los cristianos el mismo desafío: «¡Que veamos vuestra alegría!»

¿Cómo dar a conocer la alegría? San Pablo, después de haber exhortado a los cristianos a «alegrarse siempre» (*Filipenses* 4,4), añade de inmediato:

«Que vuestra afabilidad o magnificencia sea conocida por todos los hombres».

La palabra «afabilidad» indica aquí todo un conjunto de actitudes hechas de indulgencia, de bondad de ánimo, de capacidad de saber ceder. Los creyentes testimonian la alegría cuando evitan toda acritud y pique personal, cuando saben irradiar confianza.

Quien es feliz no es áspero y duro, no siente la necesidad de tener que puntualizado todo y siempre, sabe relativizar las cosas, porque conoce algo que es mucho más grande.

La exhortación, que un profeta dirigió al pueblo hebreo en un momento de gran aflicción, está asimismo dirigida a todos nosotros:

«Este día está consagrado a Yahvé vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis... No estéis tristes: la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza» (*Nehemías* 8, 9-10).

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

La causa de la alegría

Alégrense todos los hijos de Dios, porque siendo esclavos, Él nos ha hecho hijos y herederos del Reino de los cielos.

Alégrense, porque el Hijo de Dios, que ha bajado del cielo para engendrarse en el vientre de la Virgen María, ha nacido en medio del mundo para revelarse, para darse a conocer, para que, quien lo conozca a Él, conozca al Padre que está en el cielo.

Alégrense, porque el Cordero de Dios, ha dado la vida por todos los hombres para salvarlos, ha resucitado y ha subido al cielo, y volverá de nuevo con todo su poder para llevar a ocupar la morada, que Él mismo ha preparado en su Paraíso, a todo el que crea en Él.

Alégrense cielos y tierra, porque nos gobierna el Rey, Hijo de Dios Todopoderoso, justo y misericordioso, que nos ha conferido la dignidad de hijos, a través del bautismo de fuego con el que Él nos ha bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Reconócete tú pecador, indigno heredero de los tesoros del cielo, que Nuestro Señor Jesucristo para ti ha merecido con su sacrificio en la cruz, y alégrate acudiendo a la Santísima Virgen María, que es causa de tu alegría, porque siempre te lleva a Jesús.

Si estás perdido en medio de la oscuridad, navegando sin saber a dónde vas, ella es como el faro que alumbra en medio de la noche y, a pesar de los fuertes vientos y de la tempestad, te conduce hacia puerto seguro.

Pide su intercesión para que seas testigo de la misericordia de Cristo, y no impidas la acción del Espíritu Santo sobre ti.

Déjate iluminar con su luz para que otros, a través de ti, conozcan a Jesús, y lo reciban a través de su Palabra y de la Eucaristía, en Cuerpo, en Sangre, en presencia viva, para que sean con Él uno, y lleven con alegría el mensaje del Señor a todo el mundo: “Rectifiquen sus caminos, conviertan sus corazones”.

Y alégrate de participar de la gloria anticipada de Dios en cada misa, en cada Eucaristía.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

La exigencia en la santidad

En el pasaje de san Mateo que hoy nos presenta la Liturgia de la Iglesia contemplamos un interesante momento de la vida del Señor en relación con Juan el Bautista. Por una parte, con su respuesta a los discípulos de Juan, les confirma, por las obras que de Él contemplaban, que ya no debían esperar a otro: se cumplía en su Persona lo anunciado por los profetas cuando se referían al Mesías prometido por Dios. Advierte Jesús, por otra parte, que el talante y la conducta del Precursor, por su heroísmo y fortaleza, debían ser un ejemplo estimulante para siempre.

Una prueba de la mesianidad de Jesús de Nazaret consiste, efectivamente, en el cumplimiento inequívoco en su persona de las profecías que, durante siglos, habían anunciado la llegada de un libertador enviado por Dios a los hombres. Aparte de las diversas circunstancias de lugar y de tiempo en que vendría el Mesías y que se cumplen en Jesús, se cumplen también en Él otros fenómenos –los milagros–, que siendo hechos sobrenaturales, por cuanto los simples hombres no tenemos capacidad para ellos, prueban el carácter asimismo sobrenatural de su Autor. La doctrina que se nos propone a los cristianos, al ser del mismo Jesús de Nazaret, enviado de Dios como Mesías, es mucho más que una enseñanza válida para conformar la vida de los hombres en unas determinadas circunstancias de hace dos mil años. Las suyas son palabras definitivas para los hombres de todos los tiempos –**el Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán**, nos dijo–, su doctrina debe reflejarse siempre en la vida de los hombres, cualesquiera que sean nuestras circunstancias.

El poder del Señor, demostrado con sus obras, es una garantía de la solidez de su doctrina y confirma la autoridad de sus palabras. Que, junto al amor que nos demuestra con su entrega hasta la muerte, estimula la respuesta humana en su seguimiento. Aunque, si es cierto que nos anima a la confianza, nos propone, en todo caso, una vida exigente como la de Juan Bautista. Una vida, que debe ser también hoy completamente opuesta a la blandura y a lo simplemente fácil o agradable. Quienes hayan puesto su ideal en el confort no deben buscarlo en el cristianismo: **el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza**, dirá, refiriéndose a su caminar por este mundo y a la vida que promete a sus apóstoles.

De diversos modos y con frecuencia insistirá Nuestro Señor en la necesidad de la virtud de la fortaleza a lo largo de su vida pública. Por ejemplo, enseñando a la gente: que **el Reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan**; que, **si alguno quiere venir en pos de mí** –insiste–, **niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame; pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará.** Son palabras que el mismo Dios nos dirige, sin dejar de amarnos como Padre cariñoso, aunque sean palabras exigentes con las que previene la tendencia nuestra a la flojera y al egoísmo. Son, por eso, ocasión de que aseguremos nuestra conducta, leal a la enseñanza del Señor, con algunos propósitos que trataremos de cumplir, aunque nos cuesten, con la ayuda que Él mismo nos ofrece.

No está de moda la virtud de la fortaleza. Lo ideal para muchos es que lo bueno cueste poco, aunque sea sólo relativamente bueno, aunque no sea tan bueno como podría ser con más esfuerzo. Pero necesita el mundo de hoy, cristianos que quieran amar sin medida, sin calcular el gasto, la fatiga, la renuncia o el dolor que les supondrá ser leales a Dios hasta el heroísmo. Sin medida, con tal de aportar a los demás, incluso a costa de sí, el estímulo y el ejemplo necesarios para seguir esperanzados el ideal de Jesucristo. Como sigue a Cristo el Romano Pontífice: leal al Evangelio y, por eso, no pocas veces, enfrentado de hecho a los poderosos de este mundo. También nosotros podemos manifestar la misma

lealtad mientras rogamos a Dios con mucha frecuencia que lo proteja y fortalezca. Nos dispondremos, así, a imitarle en esas contiendas cotidianas contra la comodidad, la sensualidad, el amor propio..., que necesariamente tendremos que librar para ser también leales a Jesucristo.

Santa María –Madre nuestra, auxilio de los cristianos, Esposa del Espíritu Santo, Madre de Dios– nos protege con su intercesión poderosa. Somos pequeños y no podemos prescindir de Ella en esta batalla que debemos mantener contra nuestra debilidad y frente a los que se oponen al reinado de Dios en el mundo. Como Virgen fiel, nos enseña que la fortaleza que vence al mundo está en la humildad de reconocer el señorío divino sobre toda criatura, que a Ella la conduce al gozo suyo de sentirse especialmente querida por Dios a pesar de su pequeñez.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?

La primera lectura de hoy nos ha hecho revivir la espera que precedió al primer advenimiento de Cristo y las esperanzas que la animaron. Eran esperanzas de luz, de salvación, de alegría. La alegría mesiánica es la nota predominante y es a causa de ello, por cierto, que el pasaje fue elegido para este tercer domingo de Adviento, dedicado en forma tradicional, justamente, al tema de la alegría cristiana. Desde el principio hasta el final, es toda una invitación a la alegría: *¡Regocíjense el desierto y la tierra reseca, alégrese y florezca la estepa...que se alegre y prorrumpa en cantos de júbilo!*

Las dos lecturas sucesivas del Nuevo Testamento nos han hecho salir del clima de espera del Antiguo Testamento para introducirnos en el tiempo del cumplimiento: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?", le preguntan a Jesús los mensajeros de Juan Bautista. La respuesta de Jesús es clara: él muestra en sí mismo el cumplimiento de las profecías. *Entonces se abrirán los ojos de los ciegos* —según Isaías en la primera lectura— *y el tullido saltará...* Jesús vuelve al presente todos estos "tiempos futuros": "Ahora los ciegos recuperan la vista y los tullidos caminan; ahora a los pobres se les anuncia la buena noticia". Ha llegado, entonces, la hora del cumplimiento. "Bienaventurado el que no se escandaliza de mí", agrega Jesús, es decir, el que no encuentra demasiado modestos y demasiado poco majestuosos mi origen y mi persona para una hora tan grande y tan esperada.

Con Santiago, en la segunda lectura, nosotros dejamos también este tiempo de Jesús y nos encontramos inmersos en nuestro tiempo. Es el tiempo que está en el medio, entre la venida de Cristo y su regreso. El que debía venir ha venido; el objeto de la espera se ha transformado en recuerdo: el recuerdo, precisamente, que nos aprestamos a celebrar en el Nacimiento ahora cercano. Pero el recuerdo genera y alimenta una nueva espera.

Hermanos —dice Santiago— *tengan paciencia hasta que llegue el Señor… y anímense, porque la venida del Señor está próxima.* Es la espera del regreso de Cristo que proclamamos en cada una de nuestras Misas. Ella es el verdadero tema predominante de la liturgia de la palabra de hoy. Pero ya no es más una espera como la del Antiguo Testamento. Santiago, uno de los profetas que en un tiempo esperaron al Cristo, al final de su lectura nos exhorta a imitar la paciencia y la constancia de la espera, no su contenido. En efecto, la nuestra ya no es más una espera de lo nuevo, sino una espera de lo escatológico, es decir, de lo definitivo. Lo nuevo ya ha venido con Jesucristo. "Él ha traído toda novedad al mundo al traerse a sí mismo" (san Ireneo). Santiago comparó esta espera nuestra con la del agricultor que plantó su semilla y ahora espera el momento de la cosecha.

Debemos recalcar con fuerza estas cosas aparentemente tan claras, porque de ellas depende la salud de la conciencia cristiana y la correcta ubicación del creyente en la historia.

Hay cristianos cultos que están esclavizados por las ideas de una filosofía muy en auge en nuestros días, la cual identifica al Dios bíblico con el futuro, es decir, con un Dios cuya naturaleza es la de deber venir siempre, pero no venir jamás: el dios-utopía. Por este camino, sin darse cuenta, terminan por retrotraer a los hombres a antes de Cristo, a los días de Isaías, recreando en ellos una mentalidad de hombres del Antiguo Testamento. Hombres que esperan todavía que se produzca en la historia el hecho verdaderamente importante, el giro decisivo, la transformación que se espera desde siempre. Casi como si este giro decisivo no se hubiera realizado ya en Jesucristo; casi como si en él todas las promesas de Dios al hombre no hubieran encontrado ya su "sí" para siempre (cfr. 2 Cor. 1, 20). Por cierto, es el mismo Dios quien dijo en el Antiguo Testamento: *No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas; yo estoy por hacer algo nuevo, ya está germinando, ¿no se dan cuenta?* (Is. 43, 18). Pero aquella cosa nueva que Dios se disponía a hacer, ¿qué cosa era sino justamente Jesucristo?

No me detendría para hablar de estos temas un poco elevados y filosóficos, si no tuvieran reflejos muy concretos en las elecciones prácticas de los cristianos. Hoy existen cristianos comprometidos en la cultura y en la praxis social que, por estas ideas, se ven inducidos a creer que su tarea de discípulos de Jesús se agota al dedicarse a la investigación y a la preparación del futuro, en el mismo plano y aproximadamente con el mismo espíritu que otros que profesan una concepción del hombre muy distinta a la de ellos. Han nacido nuevas definiciones: el cristiano es el hombre abierto al futuro; la fe consiste en la posibilidad de poder continuar creyendo incluso en futuro. Este tipo de cristiano se presenta a los hermanos como alguien que quiere buscar con ellos, no como alguien que ya encontró en Cristo al menos una respuesta definitiva: la que se refiere a su destino. Para algunos, tener certezas es hasta una cosa reprobable y sospechosa en un cristiano. Tal actitud suena bien hoy; está de acuerdo con un cristianismo vuelto a ser humilde después de la renuncia al triunfalismo y que implora solamente el derecho a

existir, como en la era preconstantiniana. Contiene, sin duda, un valor precioso. Pero, quizás ya ha llegado la hora de ser críticos incluso ante él, para preservarlo de caer en un hecho de autolesión y de conformismo al revés: en otras palabras, en aquella culpa a la que se refería Jesús, cuando hablaba de discípulos que se avergonzaban de él en esta generación.

Por eso debemos establecer una prevención ante el mensaje —no obstante, tan bello y cristiano— de apertura al futuro, contenido en algunas corrientes de la teología más reciente. Si este futuro no está enraizado en el evento Jesucristo, si no presenta en su horizonte último a la Jerusalén celeste, sino, todavía y siempre, a la Jerusalén de aquí abajo —es decir, si no presenta una ciudad bien ordenada, llena de fervor operativo, sin injusticia, habitada por hombres liberados de las alienaciones—, entonces el nuestro no es un Adviento cristiano; es uno de aquellos infinitos advientos políticos que escandieron la historia humana antes, durante y, por algunos siglos, después de la venida de Cristo. Advientos que hicieron crónica la decepción de los pueblos, obligándolos, a fuerza de propaganda, a volver a esperar vivamente después de cada decepción.

Creo que el tiempo litúrgico del Adviento que estamos viviendo, es el clima ideal para que la comunidad cristiana vuelva a encontrar el esquema fundamental de su visión del mundo, para que vuelva a descubrir, debajo de las estratificaciones arenosas de las modas pasajeras y de los falsos sincretismos, el plano del edificio de la propia fe.

La confusión en acto ya es bastante grave como para no tratar de salir de ella lo más pronto posible. Es un deber que tiene el cristiano frente a sí mismo y a su fe, pero tal vez, más aún, una responsabilidad que tiene frente al mundo. En realidad, esto no puede ser privado de la auténtica alternativa cristiana, sin perder la posibilidad de la confrontación y del propio trascendimiento crítico.

En el curso del año litúrgico tendremos la oportunidad de profundizar en qué consiste esta alternativa cristiana. Veremos que no está por cierto en el apego al pasado y en el cerrarse al futuro (la última definición de Dios que se lee en el Nuevo Testamento es: ¡El que hace *nuevas todas las cosas!*) (Apoc. 21. 5). Ni, menos todavía, en la indiferencia de los pobres, que son, habitualmente, los que tienen más motivos para estar descontentos con el presente y para mirar confiados hacia el futuro.

El futuro esperado por el cristiano se diferencia del de aquel que no es creyente, no por algo menos, sino por algo más que posee. “Bienaventurado —nos repite Jesús también a nosotros, hombres de hoy— el que no se escandaliza de mí”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de la Natividad de Nuestra Señora

– ¿Quién es, para mí, Jesucristo?

"¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?" (Mt 11,3).

Hoy, III domingo de Adviento, la Iglesia repite la pregunta que fue hecha por primera vez a Cristo por los discípulos de Juan Bautista: ¿Eres tú el que ha de venir?

Así preguntaron los discípulos de aquel que dedicó toda su misión a preparar la venida del Mesías, los discípulos de aquel que "amó y preparó la venida del Señor" hasta la cárcel y hasta la muerte. Ahora sabemos que, cuando los discípulos presentan esta pregunta a Jesús, Juan Bautista se encuentra ya en la cárcel, de la que no podrá salir más.

Y Jesús responde remitiéndose a sus obras y a sus palabras y, a la vez, a la profecía mesiánica de Isaías: "Jesús les respondió: 'Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva'" (Mt 11,4-5).

En el centro mismo de la liturgia del Adviento nos encontramos, pues, esta pregunta dirigida a Cristo y su respuesta mesiánica.

Aunque esta pregunta se haya hecho una sola vez, sin embargo, nosotros la podemos hacer siempre de nuevo. Debe ser hecha. ¡Y en realidad se hace!

El hombre plantea la pregunta en torno a Cristo. Diversos hombres, desde diversas partes del mundo, desde países y continentes, desde diversas culturas y civilizaciones, plantean la pregunta en torno a Cristo. En este mundo, en el que tanto se ha hecho y se hace siempre para cercar a Cristo con la conjura del silencio, para negar su existencia y misión, o para disminuirlas y deformarlas, retorna siempre de nuevo la pregunta en torno a Cristo. Retorna también cuando puede parecer que ya se ha extirpado esencialmente.

El hombre pregunta: ¿Eres tú, Cristo, el que ha de venir? ¿Eres tú el que me explicará el sentido definitivo de mi humanidad? ¿El sentido de mi existencia? ¿Eres tú el que me ayudará a plantear y a construir mi vida de hombre desde sus fundamentos?

Así preguntan los hombres, y Cristo constantemente responde. Responde como respondió ya a los discípulos de Juan Bautista. Esta pregunta en torno a Cristo es la pregunta de Adviento, y es necesario que nosotros la hagamos dentro de nuestra comunidad cristiana. Hela aquí:

¿Quién es para mí Jesucristo?

¿Quién es realmente para mis pensamientos, para mi corazón, para mi actuación? ¿Cómo conozco yo, que soy cristiano y creo en Él, y cómo trato de conocer al que confieso? ¿Hablo de Él a los otros? ¿Doy testimonio de Él, al menos ante los que están más cercanos a mí: en la casa paterna, en el ambiente de trabajo, de la universidad o de la escuela, en toda mi vida y en mi conducta? Ésta es precisamente la pregunta de Adviento, y es preciso

que, basándonos en ella, nos hagamos las referidas, ulteriores preguntas, para que profundicen en nuestra conciencia cristiana y nos preparen así a la venida del Señor.

– La espera del Mesías

Hay diversos advientos: el del niño; el del joven; el del mayor. Todos los advientos nos preparan a la misma realidad. Hoy, en la segunda lectura litúrgica, escuchamos lo que escribe el Apóstol Santiago: "Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la Venida del Señor está cerca. No os quejéis, hermanos, unos de otros para no ser juzgados; mirad que el Juez está ya a las puertas" (Sant 5,7-9).

Precisamente este reflejo debe tener tales advientos en nuestros corazones. Debe parecerse a la espera de la recolección. El labrador aguarda el fruto de la tierra durante todo un año o durante algunos meses. En cambio, la mies de la vida humana se espera durante toda la vida. Y todo adviento es importante. La mies de la tierra se recoge cuando está madura, para utilizarla en satisfacer las necesidades del hombre. La mies de la vida humana espera el momento en el que aparecerá en toda la verdad ante Dios y ante Cristo, que es juez de nuestras almas.

La venida de Cristo en Belén anuncia también este juicio. ¡Ella dice al hombre por qué le es dado madurar en el curso de todos estos advientos, de los que se compone su vida en la tierra, y cómo debe madurar él!

– El triunfo final

En el Evangelio de hoy Cristo, ante las muchedumbres reunidas, da el siguiente juicio sobre Juan Bautista: "En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él" (Mt 11,11). Mi deseo es que nosotros podamos ver el momento en que escuchemos palabras semejantes de nuestro Redentor, como la verdad definitiva sobre nuestra vida.

Esta preparación se realiza acogiendo la renovada invitación a la conversión y meditando el eterno misterio del Hijo de Dios que, encarnándose en el seno purísimo de María, nació en Belén. Pero desde otro punto de vista se trata de la cotidiana constante venida de Cristo en nuestra vida sobre todo en la participación litúrgico-sacramental.

Permitidme que termine esta consideración sobre el Adviento con las palabras que sugiere el Profeta Isaías: "Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios... Él os salvará" (Is 35,3-4).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Sabemos que Cristo no fue propenso al elogio, aunque tampoco lo ahorró cuando encontró en quienes le rodearon esas cualidades que hacen aptos para el Reino de Dios. La fe del centurión, de la mujer cananea, de Pedro, despertaron en Jesús un torrente de elogios. También la sinceridad fue objeto de su aplauso. He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño, dijo cuando le presentaron a Natanael. Pero la alabanza más grande que brotó de sus labios fue para Juan Bautista por su valentía, tal vez porque ella es el precipitado de una fe sincera.

Juan está en la cárcel por haber tenido el coraje de recordarle a Herodes que no le era lícito vivir con la mujer de su hermano. Por eso Jesús dirá a quienes le escuchaban: "¿Qué salisteis a ver en el desierto, una caña sacudida por el viento?". Esto es, ¿un hombre que se inclina ante las presiones del ambiente? En este Adviento, preparación para la llegada de Cristo, tanto en la próxima Navidad como en su aparición al final de los tiempos, la Iglesia nos recuerda la necesidad de la valentía para no silenciar nuestra condición de cristianos.

Vivimos en una sociedad plural, donde familiares y amigos tienen, a veces, una concepción de la vida que no es cristiana. Tarea nuestra será respetar a las personas y sus ideas sabiendo convivir con todos. Pero una cosa es el respeto a los demás y otra, muy distinta, el respeto humano: la falta de valor para, con un trato delicado y paciente, intercambiar puntos de vista ofreciendo a esas personas el atractivo, también humano, que tiene el vivir como Dios quiere. Sabemos que Herodes, a pesar de contrariarle la advertencia de Juan Bautista, "le escuchaba con agrado" (Mc 6,20).

A nuestro alrededor hay personas a las que un drama íntimo o alguna experiencia negativa, un malentendido, les ha apartado de la fe pero conservan la nostalgia de la verdad, y si algún amigo les hablara con respeto, la recuperarían. También hay escépticos que han visto cómo muchas utopías se han derrumbado y que podrían también vibrar con la oferta de Cristo.

El elogio, ciertamente grande, que Jesús hizo del Bautista, lo hará extensivo también a nosotros si le confesamos con el ejemplo y la palabra, porque "el menor en el reino de los cielos es más grande que él".

¡Valentía para conducirnos como cristianos coherentes, sin prepotencias ni histerismos, pero también sin inhibiciones!

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Los que han puesto en Cristo su esperanza no conocen el miedo porque Cristo es la garantía de nuestro presente y de nuestro mañana

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 35,1-6a.10: Dios vendrá y nos salvará

Sal 145,6-10: Ven, Señor, a salvarnos

St 5,7-10: Manteneos firmes porque la venida del Señor está cerca

Mt 11,2-11: ¨Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

II. APUNTE BIBLICO-LITÚRGICO

Las calamidades y el dolor habían sumido a Israel en la pesadumbre y el desánimo. El Profeta anuncia que el poder de Yavé traerá un nuevo estado de cosas. Mucho de lo que Isaías anuncia lo realizó Jesús. Pero lo que importaba entonces es que el ansia de un futuro nuevo mantuviera la ilusión del mañana.

Santiago ha afirmado: No sabéis Qué será vuestra vida mañana y va a fiar al si Dios quiere el futuro de los cristianos (única vez en toda la Biblia que se usa la fórmula tan popular entre nosotros, si Dios quiere). Y con el anuncio de que el Señor está cerca invitar a la esperanza y a la fortaleza a los que sufren.

Al elogiar a Juan, Jesús quiere dirigir su mirada más lejos: a pesar de todo, el Bautista está en la antesala del Reino; los que creemos en Jesucristo estamos dentro del todo. Y por eso somos más importantes.

III. SITUACIÓN HUMANA

Nuestra sociedad puede ser calificada de lo inmediato, es decir, de lo que se tiene a mano, porque del futuro nadie se fía.

Vivir el día a día se opone a la mirada hacia el mañana, porque se le teme. No se sabe muy bien por Qué; pero se tiene miedo al futuro. Este miedo conoce muchas formas de ser combatido. Una de ellas es la creciente afición por el esoterismo y las ciencias ocultas. La vieja tentación del Génesis sigue en pie.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El destino del mundo es ser transformado: Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo, está al servicio de los justos, participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (1047; cf 1048. 1050).

– En este universo nuevo, Dios tendrá su casa entre los hombres: 1044. 1045.

La respuesta

– Dios da a los suyos el tiempo de salvación para que se conviertan: El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía «el tiempo favorable, el tiempo de salvación» (2 Co 6,2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la «bienaventurada esperanza» (Tt 2,13) de la

vuelta del Señor que «vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído» (2 Ts 1,10) (1041; cf 2854).

– Conversión de la sociedad a la jerarquía de valores: 1886. 1887. 1888. 1889.

El testimonio cristiano

– Juan era en todo parecido a Cristo. La voz o la palabra es la representación de la idea. Juan representaba en todo a Cristo. Le anunciaron los ángeles, nació de una mujer estéril... Así deben ser los predicadores cristianos. Libres de toda preocupación, han de predicar no sólo con su palabra, sino con su vida, luz del mundo y sal de la tierra (San Roberto Belarmino, Sermón sobre el Bautista).

– Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo (*Misal Romano*, Embolismo) (2854).

Cuando el hombre se cree dueño del futuro, este se vuelve contra él; cuando la fe le convence de que es Dios, se convierte en salvación.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

La alegría del Adviento.

– Adviento: tiempo de alegría y de esperanza. La alegría es estar cerca de Jesús; la tristeza, perderle.

I. La liturgia de la Misa de este domingo nos trae la recomendación repetida que hace San Pablo a los primeros cristianos de Filipos: *Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os lo repito, alegraos*. Y a continuación, el Apóstol da la razón fundamental de esta alegría profunda: *el Señor está cerca*.

Es también la alegría del Adviento y la de cada día: Jesús está muy cerca de nosotros. Está cada vez más cerca. Y San Pablo nos da también la clave para entender el origen de nuestras tristezas: nuestro alejamiento de Dios, por nuestros pecados o por la tibieza.

El Señor llega siempre a nosotros en la alegría y no en la aflicción. “Sus misterios son todos misterios de alegría; los misterios dolorosos los hemos provocado nosotros”.

Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo, le dice el Ángel a María. Es la proximidad de Dios la causa de la alegría en la Virgen. Y el Bautista, no nacido aún, manifestará su gozo en el seno de Isabel ante la proximidad del Mesías. Y a los pastores les dirá el Ángel: *No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador*... La Alegría es tener a Jesús, la tristeza es perderle.

La gente seguía al Señor y los niños se le acercaban (los niños no se acercan a las personas tristes), y *todos se alegraban viendo las maravillas que hacía*.

Después de los días de oscuridad que siguieron a la Pasión, Jesús resucitado se aparecerá a sus discípulos en diversas ocasiones. Y el Evangelista irá señalando una y otra vez que los Apóstoles *se alegraron viendo al Señor*. Ellos no olvidarán jamás aquellos encuentros en los que sus almas experimentaron un gozo indescriptible.

Alegraos, nos dice hoy San Pablo. Y tenemos motivos suficientes. Es más, poseemos el único motivo: *El Señor está cerca*. Podemos aproximarnos a Él cuanto queramos. Dentro de pocos días habrá llegado la Navidad, nuestra fiesta, la de los cristianos, y la de la humanidad, que sin saberlo está buscando a Cristo. Llegará la Navidad y Dios nos espera alegres, como los pastores, como los Magos, como José y María.

Nosotros podremos estar alegres si el Señor está verdaderamente presente en nuestra vida, si no lo hemos perdido, si no se han empañado nuestros ojos por la tibieza o la falta de generosidad. Cuando para encontrar la felicidad se ensayan otros caminos fuera del que lleva a Dios, al final sólo se halla infelicidad y tristeza. La experiencia de todos los que, de una forma o de otra, volvieron la cara hacia otro lado (donde no estaba Dios), ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay alegría verdadera. No puede haberla.

Encontrar a Cristo, y volverlo a encontrar, supone una alegría profunda siempre nueva.

– La alegría del cristiano. Su fundamento.

II. *Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque vendrá nuestro Señor. En sus días florecerá la justicia y la paz.*

El cristiano debe ser un hombre esencialmente alegre. Sin embargo, la nuestra no es una alegría cualquiera, es la alegría de Cristo, que trae la justicia y la paz, y sólo Él puede darla y conservarla, porque el mundo no posee su secreto.

La alegría del mundo la proporciona lo que enajena...; nace precisamente cuando el hombre logra escapar de sí mismo, cuando mira hacia fuera, cuando logra desviar la mirada del mundo interior, que produce soledad porque es mirar al vacío. El cristiano lleva su gozo en sí mismo, porque encuentra a Dios en su alma en gracia. Esta es la fuente permanente de su alegría.

No nos es difícil imaginar a la Virgen, en estos días de Adviento, radiante de alegría con el Hijo de Dios en su seno.

La alegría del mundo es pobre y pasajera. La alegría del cristiano es profunda y capaz de subsistir en medio de las dificultades. Es compatible con el dolor, con la enfermedad, con los fracasos y las contradicciones. *Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar*, ha prometido el Señor. Nada ni nadie nos arrebatará esa paz gozosa, si no nos separamos de su fuente.

Tener la certeza de que Dios es nuestro Padre y quiere lo mejor para nosotros nos lleva a una confianza serena y alegre, también ante la dureza, en ocasiones, de lo inesperado. En esos momentos que un hombre sin fe consideraría como golpes fatales y sin sentido, el cristiano descubre al Señor y, con Él, un bien mucho más alto. *¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro, que nunca abandona! Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, enseguida, luz o, al menos, aceptación y paz*. "¿Qué te pasa?", nos pregunta. Y le miramos y ya no nos pasa nada. Junto a Él recuperamos la paz y la alegría.

Tendremos dificultades, como las han tenido todos los hombres; pero estas contrariedades grandes o pequeñas no nos quitan la alegría. La dificultad es algo ordinario con lo que debemos contar, y nuestra alegría no puede esperar épocas sin contrariedades, sin tentaciones y sin dolor. Es más, sin los obstáculos que encontramos en nuestra vida no habría posibilidad de crecer en las virtudes.

El fundamento de nuestra alegría debe ser firme. No se puede apoyar exclusivamente en cosas pasajeras: noticias agradables, salud, tranquilidad, desahogo económico para sacar la familia adelante, abundancia de medios materiales, etcétera, cosas todas buenas, si no están desligadas de Dios, pero por sí mismas insuficientes para proporcionarnos la verdadera alegría.

El Señor nos pide estar alegres siempre. *Cada uno mire cómo edifica, que en cuanto al fundamento, nadie puede tener otro sino el que está puesto, Jesucristo*. Sólo Él es capaz de sostenerlo todo en nuestra vida. No hay tristeza que Él no pueda curar: *no temas, ten sólo fe*, nos dice. Él cuenta con todas las situaciones por las que ha de pasar nuestra vida, y también con aquellas que son resultado de nuestra insensatez y de nuestra falta de santidad. Para todos tiene remedio.

En muchas ocasiones, como en este rato de oración, será necesario que nos dirijamos a Él en un diálogo íntimo y profundo ante el Sagrario; y que abramos nuestra alma en la Confesión, en la dirección espiritual personal. Allí encontraremos la fuente de la alegría; y nuestro agradecimiento se manifestará en mayor fe, en una crecida esperanza, que aleje toda tristeza, y en preocupación por los demás.

Dentro de poco, de muy poco, el que viene llegará. Espera, porque ha de llegar sin retrasarse, y con Él llega la paz y la alegría; con Jesús encontramos el sentido a nuestra vida.

– Llevar alegría a los demás. Es imprescindible en toda labor de apostolado.

III. Un alma triste está a merced de muchas tentaciones. ¡Cuántos pecados se han cometido a la sombra de la tristeza! Cuando el alma está alegre se vierte hacia afuera y es estímulo para los demás; la tristeza oscurece el ambiente y hace daño. La tristeza nace del egoísmo, de pensar en uno mismo con olvido de los demás, de la indolencia ante el

trabajo, de la falta de mortificación, de la búsqueda de compensaciones, del descuido en el trato con Dios.

El olvido de uno mismo, el no andar excesivamente preocupados en las propias cosas es condición imprescindible para poder conocer a Cristo, objeto de nuestra alegría, y para poder servirle. Quien anda excesivamente preocupado de sí mismo difícilmente encontrará el gozo de la apertura hacia Dios y hacia los demás.

Y para alcanzar a Dios y crecer en la virtud debemos estar alegres.

Por otra parte, con el cumplimiento alegre de nuestros deberes podemos hacer mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a Dios. Recomendaba San Pablo a los primeros cristianos: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*. Y frecuentemente, para hacer la vida más amable a los demás, basta con esas pequeñas alegrías que, aunque de poco relieve, muestran con claridad que los consideramos y apreciamos: una sonrisa, una palabra cordial, un pequeño elogio, evitar tragedias por cosas de poca importancia que debemos dejar pasar y olvidar. Así contribuimos a hacer más llevadera la vida a las personas que nos rodean. Esa es una de las grandes misiones del cristiano: llevar alegría a un mundo que está triste porque se va alejando de Dios.

En muchas ocasiones el regato lleva a la fuente. Esas muestras de alegría conducirán a quienes nos tratan habitualmente a la fuente de toda alegría verdadera, a Cristo nuestro Señor.

Preparemos la Navidad junto a Santa María. Procuremos también prepararla en nuestro ambiente, fomentando un clima de paz cristiana, y brindemos muchas pequeñas alegrías y muestras de afecto a quienes nos rodean. Los hombres necesitan pruebas de que Cristo ha nacido en Belén, y pocas pruebas hay tan convincentes como la alegría habitual del cristiano, también cuando lleguen el dolor y las contradicciones. La Virgen las tuvo abundantes al llegar a Belén, cansada de tan largo viaje, y al no encontrar lugar digno donde naciera su Hijo; pero esos problemas no le hicieron perder la alegría de que Dios *se hizo hombre y habitó entre nosotros*.

Dr. Johannes VILAR (Köln, Alemania) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

No ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista

Hoy, como el domingo anterior, la Iglesia nos presenta la figura de Juan el Bautista. Él tenía muchos discípulos y una doctrina clara y diferenciada: para los publicanos, para los soldados, para los fariseos y saduceos... Su empeño es preparar la vida pública del Mesías. Primero envió a Juan y Andrés, hoy envía a otros a que le conozcan. Van con una pregunta: «Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). Bien sabía

Juan quién era Jesús. Él mismo lo testimonia: «Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: 'Aquel sobre el que veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo'» (Jn 1,33). Jesús contesta con hechos: los ciegos ven y los cojos andan…

Juan era de carácter firme en su modo de vivir y en mantenerse en la Verdad, lo cual le costó su encarcelamiento y martirio. Aún en la cárcel habla eficazmente con Herodes. Juan nos enseña a compaginar la firmeza de carácter con la humildad: «No soy digno de desatarle las sandalias» (Jn 1,27); «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30); se alegra de que Jesucristo bautice más que él, pues se considera sólo "amigo del esposo" (cf. Jn 3,26).

En una palabra: Juan nos enseña a tomar en serio nuestra misión en la tierra: ser cristianos coherentes, que se saben y actúan como hijos de Dios. Debemos preguntarnos: —¿Cómo se prepararían María y José para el nacimiento de Jesucristo? ¿Cómo preparó Juan las enseñanzas de Jesús? ¿Cómo nos preparamos nosotros para conmemorarlo y para la segunda venida del Señor al final de los tiempos? Pues, como decía san Cirilo de Jerusalén: «Nosotros anunciamos la venida de Cristo, no sólo la primera, sino también la segunda, mucho más gloriosa que aquélla. Pues aquélla estuvo impregnada por el sufrimiento, pero la segunda traerá la diadema de la divina gloria».

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

El austero Juan el Bautista, primo de Jesús, hijo de Isabel y Zacarías, es llamado en la Escritura "el amigo que se alegra con la llegada del Esposo" (Jn 3,29).

El Bautista, dado a conocer por Jesús como "Elías que debe venir" (Mt 11,14), se nos presenta en la fragilidad de su fe. Los signos realizados por Jesús lo dejan en duda, no sabe reconocer la presencia del Mesías. Necesita ser sostenido en su fe por el mismo Jesús, que lo invita y lo acompaña a releer los signos que realiza, a la luz de las Escrituras.

La alegría de Juan el Bautista al reconocer en Jesús al Mesías, es también nuestra misma alegría. Este domingo, llamado "gaudete", nos invita a la alegría; a alegrarnos porque lo que nos fue anunciado por Isaías, en la primera lectura, se cumple en las palabras y en los gestos de Jesús, el Mesías: "Se abrirán los ojos de los ciegos, se destaparán los oídos de los sordos, entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo" (Is 35, 5-6).

Podemos sentir la tentación de buscar a nuestro alrededor los ciegos, los sordos, los mudos… Más difícil es descubrir, y sentir interiormente, que los verdaderos ciegos, sordos, cojos y mudos somos nosotros mismos. Por eso se nos da esta hermosa noticia: Dios viene a visitarnos y nos hará gustar su entrada en nuestra historia, para abrirnos a la plenitud de la vida en el reino. Las "mochilas" de nuestra vida están llenas de muchas

cosas que nos impiden esperar vigilantes esta visita. Somos poco capaces de convertirnos a lo esencial.

Juan el Bautista, en cambio, con energía, nos señala lo esencial, nos lleva a lo esencial, nos abre a lo esencial.

¡Cuántas cosas inútiles llenan nuestra vida y a menudo terminan por causarnos daño, son nocivas, pesadas, nos perturban!... ¡Cuántas cosas inútiles en nuestras familias!

Lo esencial nos lleva a poner orden en nuestra vida. Es una disciplina que nos educa y que nos forma, no para llenarnos de cosas, no para desbordarnos con necesidades sin sentido, no para multiplicar nuestros ídolos, sino para hacer sitio a Dios y a los hermanos.

Lo esencial es la toma de conciencia de que somos exiliados, peregrinos en camino hacia el Padre. Nuestra verdadera realidad, la que se nos recuerda en este tiempo de Adviento, es que nuestro camino es visitado por Dios y va hacia Dios, hacia el día sin atardecer, en el que Dios será todo en todos. Este es el ejemplo que nos viene de Juan el Bautista, de los exiliados, de los emigrantes, de los pobres..., que no están ávidos de tantas cosas sino llenos de esperanza en una vida mejor, más simple y esencial que, para nosotros que tenemos fe, es Dios mismo.

El Espíritu Santo, que visitó a María, haciéndola Madre de Cristo y que preparó a Juan el Bautista para anunciar la presencia del Mesías en el mundo, prepare también nuestro corazón para acoger plenamente el don del Nacimiento del Señor, ya inminente.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO A

Confiar en la Palabra

«No tengan miedo, aquí estoy yo para salvarlos» (cfr. Mt 14, 27)

Eso dice Jesús.

Te lo dice a ti, sacerdote. Porque tú crees en Él.

¿Y quién, que crea en Él, y en que Él es el Hijo único de Dios, que ha venido al mundo para salvarnos, que siendo Dios se despojó de sí mismo, para adquirir la naturaleza humana y hacerse igual a los hombres en todo, menos en el pecado, dudaría de su Palabra?

¿Quién, que crea en que, por su vida, pasión, muerte y resurrección, nos ha dado la vida eterna, dudaría de su Palabra?

¿Quién, que crea en que Él es el Cristo, y que, por Él, con Él y en Él nos hacemos como Él, hijos del Padre, podría dudar de su Palabra?

¿Quién, que cree que Él ha nacido del vientre puro e inmaculado de una virgen, naciendo como Dios y como hombre, para habitar entre nosotros, pueda dudar de su Palabra?

¿Quién, que cree que el mismo Dios Hijo nos ha hecho hermanos, dándonos a su Madre como madre, pueda dudar de su Palabra?

¿Quién, que cree en la Madre, como verdadera madre, y pide su auxilio, su ayuda, su protección y su cariño, pueda dudar de su Palabra?

Y ¿quién, que cree, y no duda de la Palabra, puede sentir miedo?

El Señor te hace esta pregunta, sacerdote: ¿por qué si tú crees en la verdad y conoces la verdad, te sabes hijo, y te sabes hermano, a veces no escuchas y no cumples la Palabra en la que crees?

El que crea, que confíe.

El que escuche, que ponga en práctica la Palabra.

El que ponga en práctica la Palabra, que se confirme en la fe de ser, por filiación divina en Cristo, por él y en él, un mismo ser, que comparte un mismo cuerpo y un mismo espíritu, que lo hacen parte de Él. Y si es parte, lo diviniza.

Y ¿quién, sino Dios, tiene poder?

¿Podría acaso, alguien que cree, sentir miedo?

Y, si, aun así, sacerdote, por tu miseria, te traicionara la duda, y por la duda te castigara el miedo, cree que podrías gritar: “Señor, yo creo en ti y en que tú estás aquí, para salvarme”.

Y tú, sacerdote, ¿crees que el Reino de Dios ya está cerca, que el Señor vendrá a buscarte y se cumplirá su Palabra hasta la última letra?

¿Estás bien preparado para dejarte encontrar por el Hijo de Dios, que bajará del cielo para llevarte con Él a su paraíso?

¿Tienes miedo, o tienes el corazón alegre y confiado, porque tienes fe?

(*Espada de Dos Filos* I, n. 15)

Domingo IV de Adviento (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2016**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**

– **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**

– **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**

– **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**

- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Pere GRAU i Andreu (Les Planes, Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (**www.lacompañiademaria.com**), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/DR9boDTzR2L5g6uevTmLMP**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

ASÍ NACIÓ JESÚS

Is 7, 10-14; Rom, 1, 1-7; Mt 1, 18-24

Ningún detalle fabuloso, ningún ritual esotérico. Un relato sencillo presenta la grandeza del nacimiento de Jesús. María, una joven prometida a un hombre llamado José, espera un hijo antes de que ambos vivieran juntos. Para José aquella situación naturalmente carecía de toda lógica y no quería formar parte de aquel enredo. Cuando este hombre, de oficio carpintero, entró en la otra dimensión, gracias a la visita del ángel del Señor, cambió su perspectiva. El embarazo de su prometida ya no era un problema por resolver, sino un misterio que acoger. En la oscuridad de la noche lo sobrecogieron las dudas. Dios lo visitó y el horizonte se aclaró. Al despertar José, la serena confianza lo transformó. Tan no había espacio para la suspicacia, que se llevó a María a vivir consigo y una vez que el niño prometido nació, lo asumió como suyo, dándole el nombre emblemático que conocemos: Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Is 45, 8**

Cielos, destilen el rocío; nubes, lluevan la salvación; que la tierra se abra, y germine el salvador.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que infundas tu gracia en nuestros corazones, para que, habiendo conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por medio de su pasión y de su cruz, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

He aquí que la virgen concebirá.

Del libro del profeta Isaías: 7, 10-14

En aquellos tiempos, el Señor le habló a Ajaz diciendo: “Pide al Señor, tu Dios, una señal de abajo, en lo profundo, o de arriba, en lo alto”. Contestó Ajaz: “No la pediré. No tentaré al Señor”.

Entonces dijo Isaías: “Oye, pues, casa de David: ¿No satisfechos con cansar a los hombres, quieren cansar también a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo les dará por eso una señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6.

R/. Ya llega el Señor, el rey de la gloria.

Del Señor es la tierra y lo que ella tiene, el orbe todo y los que en él habitan, pues él lo edificó sobre los mares, él fue quien lo asentó sobre los ríos. ***R/.***

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? ¿Quién podrá entrar en su recinto santo? El de corazón limpio y manos puras y que no jura en falso. ***R/.***

Ése obtendrá la bendición de Dios, y Dios, su salvador, le hará justicia. Ésta es la clase de hombres que te buscan y vienen ante ti, Dios de Jacob. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de Dios, nació del linaje de David.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 1, 1-7

Yo, Pablo, siervo de Cristo Jesús, he sido llamado por Dios para ser apóstol y elegido por él para proclamar su Evangelio. Ese Evangelio, que, anunciado de antemano por los profetas en las Sagradas Escrituras, se refiere a su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, que nació, en cuanto a su condición de hombre, del linaje de David, y en cuanto a su condición de espíritu santificador, se manifestó con todo su poder como Hijo de Dios, a partir de su resurrección de entre los muertos.

Por medio de Jesucristo, Dios me concedió la gracia del apostolado, a fin de llevar a los pueblos paganos a la aceptación de la fe, para gloria de su nombre.

Entre ellos, también se cuentan ustedes, llamados a pertenecer a Cristo Jesús. A todos ustedes, los que viven en Roma, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo, les deseo la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 1, 23

R/. Aleluya, aleluya.

He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros. ***R/.***

EVANGELIO

Jesús nació de María, desposada con José, hijo de David.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 1, 18-24

Cristo vino al mundo de la siguiente manera: Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto.

Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: "José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros. Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que santifique, Señor, estos dones, colocados en tu altar, el mismo Espíritu que fecundó con su poder el seno de la bienaventurada Virgen María. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Is 7, 14

Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien le pondrá el nombre de Emmanuel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido esta prenda de redención eterna, te rogamos, Dios todopoderoso, que, cuanto más se acerca el día de la festividad que nos trae la salvación, con tanto mayor fervor nos apresuremos a celebrar dignamente el misterio del nacimiento de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Mirad, la virgen está encinta (Is 7, 10-14)

Primera lectura

Las palabras de la lectura se enmarcan en un encuentro entre Isaías y el rey Ajaz, en el que el monarca se debate en la duda de qué postura tomar ante las presiones que recibe para que su reino se incorpore a la coalición antiasiria formada por Israel (aquí también llamado Efraím) —cuya capital era Samaría— y por Siria —cuya capital era Damasco—. De Tabeel (o Tabeal) (v. 6) no se conoce más de lo que aquí se dice. Quizá fuera un alto

funcionario, dispuesto a seguir la política aramea en el reino del Sur. El mensaje profético consiste en advertir a Judá que debe confiar en Dios prestando fe a su palabra, sin recurrir a alianzas políticas, ni con los sirio-efraimitas ni con Asiria. El párrafo termina lacónicamente con la amenaza de que si Ajaz y los suyos no creen, no subsistirán (vv. 7-9).

Aunque el rey Ajaz la había rechazado, el Señor le ofrece una señal de que no tiene por qué temer las amenazas de los reyes de Israel y Siria: una doncella está encinta y dará a luz un niño a quien llamará Emmanuel; en pocos años, antes de que el niño tenga uso de razón, los dos reinos a los que Ajaz teme habrán quedado desolados y vendrá una prosperidad a Judá como no la tenía desde antes de que comenzaran las amenazas del poderío asirio.

Las palabras del profeta, que en su contexto histórico y en su significación literal resultarían bastante claras para los protagonistas, tienen además la capacidad de enriquecerse con nuevos significados: es lo que ha sucedido con este texto en el desarrollo progresivo de la Revelación. En efecto, en el v. 14 hay tres elementos que, por separado y en su conjunto, pueden ser signo de la paz y de la salvación: la madre, el hijo y el nombre «Emmanuel». La madre es una doncella, es decir, una mujer joven que no ha tenido hijos antes. Podría referirse a la joven esposa de Ajaz o a una joven indeterminada. En todo caso, al presentar su embarazo en el marco de una señal que se da al rey, se indica que estamos ante un hecho novedoso. No es extraño, por eso, que los intérpretes posteriores, especialmente los que tradujeron el texto al griego hacia el siglo II a.C., para subrayar esa novedad asombrosa tradujeran la palabra hebrea «doncella» por la palabra griega «virgen». Después, los evangelistas San Mateo (Mt 1,23) y San Lucas (Lc 1,26-31) indicaron que la virginidad de María era la señal de que su Hijo es el Mesías, el verdadero Dios con nosotros, que trae la salvación.

El niño es el elemento más significativo. Si se trata del hijo de Ajaz, el futuro rey Ezequías, la profecía estaría mostrando que su nacimiento iba a ser señal de la protección divina, porque con él se aseguraría la sucesión dinástica. Si se refiere a un niño indeterminado, las palabras del profeta enseñarían que el nacimiento de este niño pondría de manifiesto la esperanza de que «Dios iba a estar con nosotros», y su edad de discernimiento (v. 16) indicaría la llegada de la paz; sería, por tanto, la señal de que «Dios está con nosotros». En el Nuevo Testamento, estas palabras se cumplen en su sentido más profundo: María es Virgen y es Madre, y su Hijo no es un símbolo de la protección de Dios sino la realidad del Dios verdadero que habita entre nosotros.

El nombre «Emmanuel» es expresión profética del carácter de revelación que tiene el nacimiento del niño, como eran reveladores los nombres de los hijos de Isaías: Sear-Yasub, que significa «un resto volverá» (7,3), y Maher-salal-jas-baz, que significa «pronto saqueo, rápido botín» (8,1-3). En el Nuevo Testamento, el nombre subraya la realidad gozosa de que Jesús es en verdad «Dios con nosotros».

La tradición cristiana ha contemplado el oráculo de Isaías con el mayor respeto y veneración: «Aprende del profeta mismo cómo ha podido suceder esto. ¿Según, quizá, la ley de la naturaleza? De ninguna manera, responde el profeta. He aquí que una virgen..., replica el profeta (...). ¡Oh evento admirable: una virgen llega a ser madre permaneciendo virgen! (...) Convenía, en efecto, que el que hacía su ingreso en la vida humana para la salvación de los hombres (...) tomase origen de una integridad absoluta y entregada a Él sin reserva alguna» (S. Gregorio de Nisa, *In diem natalem Christi* 1136). Por eso, exponiendo el sentir de la Iglesia, el Concilio Vaticano II puede expresarse así: «La Sagrada Escritura, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y la venerable Tradición van mostrando de manera cada vez más clara la función de María en la historia de la salvación y, por así decirlo, la proponen a nuestra contemplación. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la salvación en la que se va preparando, paso a paso, la venida de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y se interpretan a la luz de la plena revelación ulterior, iluminan poco a poco con más claridad la figura de la mujer, Madre del Redentor. Bajo esta luz, ella aparece proféticamente en la promesa hecha a nuestros primeros padres acerca de la victoria sobre la serpiente (cfr Gn 3,15). Igualmente, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo que se llamará Emmanuel (Is 7,14; Mi 5,2-3; Mt 1,22-23). Ella misma sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de Él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación. Es el momento en que el Hijo de Dios tomó de María la naturaleza humana para librar al hombre del pecado por medio de los misterios vividos en su carne» (*Lumen gentium*, n. 55).

El hecho de que el oráculo fuera pronunciado en circunstancias históricas concretas no cierra, pues, su horizonte más trascendente, es decir, mesiánico, que se ha ido abriendo a la luz de la historia de la salvación, en la que se deben mirar los episodios en función del designio salvador de Dios y de su acontecimiento último, que es Jesucristo. Sólo desde esta perspectiva se está en condiciones de entender que la historia del Antiguo Testamento, en su conjunto y en muchas de sus etapas, constituye una profecía del Nuevo, una «preparación del Evangelio». Por esto, para la lectura cristiana, que dispone de alguna manera del conocimiento del «final», la interpretación mesiánica del oráculo del Emmanuel es perfectamente coherente con su sentido literal.

Las palabras del profeta, cumplidas en Cristo, han dado pie a numerosas y bellas interpretaciones espirituales: «Este Emmanuel, nacido de la Virgen, come manteca y miel, y pide de cada uno de nosotros manteca para comer (...). Nuestras obras dulces, nuestras palabras suaves y buenas, son la miel que come el Emmanuel nacido de la Virgen (...). Comiendo en verdad de nuestras buenas palabras, obras y razones, nos alimenta con sus alimentos espirituales, que son divinos y mejores. Y desde el momento que es una cosa dichosa acoger al Salvador, abiertas las puertas de nuestro corazón, preparamos para

Él la "miel" y toda su cena, y así Él mismo nos conduce a la gran cena del Padre en el reino de los cielos, que está en Cristo Jesús» (Orígenes, *Homiliae in Isaiam* 2,2).

Jesucristo, Señor nuestro, nacido del linaje de David según la carne (Rm 1, 1-7)

Segunda lectura

Tres estimaciones aparecen en la presentación que el Apóstol hace de sí mismo (v. 1): Pablo se considera: a) «siervo de Jesucristo» —como Moisés y los antiguos profetas lo eran de Dios—; b) «apóstol por vocación» divina —que le sitúa al nivel de los Doce—; c) «designado (elegido) para el Evangelio de Dios». De este modo justifica su carta ante los fieles de Roma donde aún no había estado. Recuerda además el designio redentor de Dios Padre, realizado en Cristo, mediante el Espíritu Santo, llamado aquí «Espíritu de santificación» (vv. 2-5) —expresión no repetida en el Nuevo Testamento—, y se dirige a sus destinatarios llamándolos «amados de Dios» y «santos» (vv. 6-7). Estas palabras no son sólo un modo de hablar, sino que expresan una realidad profunda: los cristianos han sido elegidos por Dios y «llamados», de igual manera que lo fueron repetidamente los israelitas por medio de Moisés (Nm 10,1-4). En el caso de los cristianos ésta es una llamada a formar el nuevo pueblo de Dios, que tiene como nota distintiva la santidad.

La palabra «Evangelio», que San Pablo utiliza con frecuencia, designa la buena nueva de la salvación obrada por Cristo. Los Apóstoles recibieron el mandato de Jesús de predicar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15; Mt 28,19). Pablo ha sido elegido también como ellos, con especial encargo de proclamarlo a los gentiles (v. 5), entre los que se cuentan los romanos. Para él, el Evangelio incluye necesariamente la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios, según testimonia su resurrección de entre los muertos (v. 4). De ahí que el Evangelio sea a la vez el poder salvador de la gracia conquistada por Jesucristo, las verdades reveladas por Él, y la actividad misma de la Iglesia para extender la salvación divina a la humanidad. En los escritos paulinos se encuentran las dos expresiones: «Evangelio de Dios» y «Evangelio de Jesucristo», que vienen a ser equivalentes.

«Obediencia de la fe» (v. 5) es la aceptación del Evangelio, acto que pertenece a la inteligencia y voluntad humanas, pero que las supera: sólo puede realizarse a partir de la fe.

Concepción virginal de Jesús (Mt 1, 18-24)

Evangelio

En la genealogía ya se había indicado, pero ahora el evangelio explica cómo fue posible: es obra de Dios, pues Él es quien tiene la iniciativa llamando a José para ser esposo de María y padre del Niño. San José acepta con obediencia y, por designio divino, ejerce una verdadera paternidad sobre Jesús, imponiéndole el nombre y cuidando del Niño y de la Virgen. Así lo explica San Juan Crisóstomo: «No pienses que por ser la concepción de Cristo obra del Espíritu Santo, eres tú ajeno al servicio de esta divina

economía. Porque si es cierto que ninguna parte tienes en la generación y la Virgen permanece intacta, sin embargo, todo lo que pertenece al oficio de padre sin atentar a la dignidad de la virginidad, todo te lo entrego a ti: ponerle nombre al hijo. Tú, en efecto, se lo pondrás. Porque, si bien no lo has engendrado tú, tú harás con él las veces de padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, yo te uno íntimamente con el que va a nacer» (*In Matthaeum* 4,12).

«María, su madre, estaba desposada con José» (v. 18). Los desposorios —*qiddûshîn*, literalmente: «santificaciones», «consagraciones»— eran un compromiso de unión matrimonial, con los efectos jurídicos y morales del verdadero matrimonio (cfr Dt 20,7); de hecho, el adulterio de la desposada debía castigarse con la lapidación (cfr Dt 22,23-24). Al cabo de un año, o más, se celebraba el matrimonio —*nissûîn*— con la conducción de la esposa a la casa del esposo. El texto, con las indicaciones del v. 19, nos enseña hasta qué punto José era justo, con una justicia que iba más allá de la letra de los preceptos (cfr 5,20), pues su actitud equivalía a dejar a María libre de los compromisos de desposada. No es extraño que muchos autores —Orígenes, San Efrén, San Basilio, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, etc.— interpretaran su gesto no como sospecha sino como señal de su intuición de una acción de Dios en María: «José se juzgaba indigno y pecador, y pensaba que no debía convivir con una mujer que le asombraba por la grandeza de su admirable dignidad. Él veía con temblor que Ella llevaba el signo cierto de la gestación de la divina presencia, y, como no podía penetrar en el misterio, determinó dejarla. (...) Se maravilló de la novedad del milagro y de la profundidad de misterio» (S. Bernardo, *Laudes Mariae*, Sermo 2,14).

«José, hijo de David...» (v. 20). Según la tradición judía, imponer el nombre a un niño significaba reconocerlo como hijo. Es Dios quien le ordena esto, y el evangelio describe así la vocación de José: «María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser "el coordinador del nacimiento del Señor" (Orígenes, *Homilia XIII in Lucam* 7), aquél que tiene el encargo de proveer a la inserción "ordenada" del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto "privada" como "escondida" de Jesús ha sido confiada a su custodia» (Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, n. 8).

El Niño debe llamarse Jesús —*Yehoshu'a*, «el Señor salva»—, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (v. 21). En el contexto del Antiguo Testamento, salvar al pueblo significaba liberarlo de los enemigos; tras el destierro, como se lee en el libro de Isaías, se entendía también como la restauración de Israel como Reino de Dios, una vez que sus pecados hubieran sido expiados. Como el ángel, también Jesús, en la Última Cena (26,28), afirma que por su obra se perdonan los pecados: «Jesús es el nombre propio del que es Dios y hombre, el cual significa Salvador, y no le fue impuesto casualmente ni por disposición humana, sino por consejo y mandato de Dios» (*Catechismus Romanus* 1,3,5). Todos los nombres profetizados en el Antiguo Testamento para el Hijo de Dios se pueden

referir a éste, porque «mientras los demás se referían a algún aspecto de la salvación que se nos había de dar, éste compendia en sí mismo la realidad y la causa de la salvación de todos los hombres» (*ibidem* 1,3,6).

«Todo esto ha ocurrido…» (v. 22). Con la cita de cumplimiento del oráculo de Isaías, el evangelista vuelve a reafirmar la virginidad de Santa María y la divinidad de Jesús. El prodigio más asombroso se ha realizado gracias a la fe rendida de dos criaturas admirables, María y José: «Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. (…) Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino» (Sta. Teresa de Jesús, *Vida* 6,7-8).

«Emmanuel» (v. 23). Cristo es verdaderamente Dios-con-nosotros no sólo por su misión divina sino porque es Dios hecho hombre (cfr Jn 1,14). No quiere decir que Jesucristo haya de ser normalmente llamado Emmanuel: este nombre se refiere más directamente a su misterio de Verbo Encarnado.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

La Obediencia de José

¿Qué texto, pues, nos proponemos comentar hoy? Todo esto, empero, sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta… Aquí, cuanto le fue posible, dio el ángel un fuerte grito, digno del milagro que nos contaba: ¡Todo esto sucedió! Vio el piélago y abismo del amor de Dios, realizado lo que jamás se esperaba; suspendidas las leyes de la naturaleza y hecha la reconciliación; vio cómo el que estaba más alto de todos descendió al que estaba más bajo de todos, cómo se había derribado la pared medianera, cómo se habían eliminado los obstáculos, cómo se habían cumplido muchas más maravillas, y, cifrando en una sola palabra el milagro, dijo: Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta. No pienses—nos dice el ángel—que se trata de decretos de ahora. Todo estaba de antiguo prefigurado. Es lo que Pablo procuraba mostrar en todas partes.

Por lo demás, el ángel remite a José al profeta Isaías para que, al despertarse, no se olvidara de lo que le había dicho, como de cosa reciente; mas como de los pasajes proféticos se había él nutrido y los recordaba constantemente, por ellos retendría también sus palabras. Nada de esto le dijo a la Virgen, que era una niña y no tenía familiaridad con los textos sagrados; mas con el hombre que era justo y meditaba a los profetas, el ángel puede partir de aquí para su conversación. Y notemos que, antes de citar a Isaías, le habla de tu mujer; pero, una vez que ha alegado al profeta, ya no teme el ángel pronunciar ante

José el nombre de virgen. Sin duda, de no haberlo antes oído de Isaías, no hubiera José escuchado tan sin turbación este nombre. Nada nuevo, en efecto, algo más bien familiar y durante mucho tiempo meditado, iba a oír de boca del profeta. El ángel, pues, alega a Isaías porque quería dar con su testimonio más crédito a su mensaje. Sin embargo, no se quedó en Isaías, sino que refiere a Dios su palabra. Por eso no dijo: "Porque se cumpliera lo que había dicho Isaías", sino: Porque se cumpliera lo que había dicho el Señor. La boca era de Isaías, pero el oráculo venía de lo alto.

CUESTIONES SOBRE LA PROFECÍA DE ISAÍAS:

POR QUÉ NO SE LLAMA A CRISTO "EMMANUEL"

¿Qué dice, pues, este oráculo? Mirad que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamarán de nombre Emmanuel (Is 7, 14), ¿Cómo, pues, no se llamó su nombre Emmanuel, sino Jesucristo? Porque no dijo "le llamarás", sino le llamarán, es decir, así le llamarán las gentes y así lo confirmarán los hechos. En realidad, aquí se pone nombre a un acontecimiento, y tal es el uso de la Escritura, que pone por nombre los acontecimientos. Consiguientemente, le llamarán Emmanuel, no significa otra cosa sino que verán a Dios entre los hombres. Porque, si es cierto que Dios estuvo siempre entre los hombres, pero nunca tan claramente.

Mas, si los judíos siguieran porfiando, les preguntaremos: ¿Cuándo se le llamó a un niño: "Pronto despoja, saquea, aprisa saquea"? Tendrán que contestar que nunca. Entonces, ¿cómo es que dijo el profeta: Llámale de nombre "Pronto despoja"? (Is 8, 3) Porque, nacido aquel hijo del profeta, hubo presa y reparto de botín. Lo que fue un hecho al nacer el niño, se pone por nombre suyo.

En otro pasaje dice el mismo Isaías: La ciudad se llamará ciudad de la justicia; Sión, metrópoli de la fidelidad (Is 1, 26). Sin embargo, en ninguna parte hallamos que a Jerusalén se la llame "Ciudad de la justicia", sino que siguió llamándose Jerusalén; pero como así había efectivamente sucedido, transformada ella en mejor, dijo el profeta que se la llamaría así. Y es que, cuando se da un hecho, que da a conocer al que lo realiza o al que de él se aprovecha, mejor que su nombre mismo, la Escritura dice que su nombre es la verdad misma de la cosa.

EL PROFETA NO HABLA DE "MUJER JOVEN", SINO DE "VIRGEN" PROPIAMENTE DICHA

Cerrada en este punto la boca a los judíos, buscarán otra dificultad—lo que se dice de la virginidad—, y, alegándonos a otros traductores, nos objetarán que el texto primitivo no dice "virgen", sino "mujer joven". A esto responderemos, ante todo, que con toda justicia deben ser tenidos los Setenta por los más fidedignos de todos los traductores de los Libros santos.

En efecto, los otros tradujeron después del advenimiento de Cristo, permaneciendo en el judaísmo, y hay razón para sospechar en ellos que se dejaran llevar de su enemiga

contra la fe cristiana y que oscurecieran adrede las profecías; los Setenta, empero, que realizaron su obra cien o más años antes de Cristo y que fueron tantos en número, están libres de toda sospecha, y por el tiempo, por su muchedumbre y por su unanimidad es justo se les dé más crédito que a cualesquiera otros intérpretes.

Más, aun en el caso de que aleguen la autoridad de los modernos, la victoria será siempre nuestra. En efecto, también el nombre de "juventud" suele la Sagrada Escritura aplicarlo a la virginidad, no sólo tratándose de hembras, sino también de varones. Así, dice el salmista: Jóvenes y vírgenes, viejos juntamente con los mozos (Sal 148, 12). Y, hablando en otro paso sobre una joven a cuyo honor se atentaba, dice la Escritura: Si la joven levantare la voz... (Dt 22, 27). La joven, es decir, la virgen, como lo prueba todo el contexto anterior. Además, el profeta no dijo simplemente: Mirad que la virgen concebirá, sino que antes había dicho: Mirad que el Señor mismo os dará un signo, y luego añadió: Mirad que la virgen concebirá. A la verdad, si la que, iba la concebir no era virgen, sino que había de ser madre por ley común de la naturaleza, ¿qué signo había en eso? Un signo tiene que pasar la medida de lo corriente, tiene que ser peregrino y sorprendente. En otro caso, ¿cómo puede ser signo?

CONDUCTA ADMIRABLE DE JOSÉ

Levantado José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor. ¡Mirad qué obediencia, mirad qué docilidad de espíritu! He aquí un alma vigilante e íntegra en todo. Cuando era presa de una sospecha desagradable y extraña, no se hacía a la idea de retener consigo a la Virgen; ahora que está libre de aquella sospecha, no piensa un momento en echarla de su casa. Sí, la retuvo, y entró así en el servicio de toda la economía de la encarnación: Y tomó—dice—consigo a María su mujer. Notad cómo el evangelista emplea constantemente el nombre de mujer; lo uno porque no quería que por entonces se descubriera el misterio, lo otro para alejar de la Virgen aquella sospecha de que hablamos.

MARÍA FUE PERPETUAMENTE VIRGEN

Sabiéndola, pues, tomado consigo, no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito. "Hasta" lo puso aquí el evangelista no porque haya de sospecharse que la conoció posteriormente, sino porque se entienda bien que la Virgen permaneció absolutamente intacta antes del parto. — ¿Por qué, pues —me diréis—, usó de la partícula "hasta"? —Porque ése es muchas veces el uso de la Escritura, que no emplea esa palabra para indicar un tiempo determinado. Así, por ejemplo, hablando del arca, dice: No volvió el cuervo hasta que se secó la tierra, cuando sabemos que tampoco volvió después de secarse (Sal 89, 8). Y hablando de Dios: Desde el siglo hasta el siglo eres tú (Gn 8, 17), sin que aquí se señale un término. Lo mismo en otro paso en que da una buena noticia y dice: Se levantará en sus días la justicia y muchedumbre de paz hasta que desaparezca la luna (Sal 71, 7). Lo que no quiere decir, que ponga término a este bello astro. Así también aquí, "hasta" asegura lo que hubo antes del parto; lo de después lo deja el evangelista a vuestra

consideración. Lo que teníamos que saber del evangelista, eso fue lo que él nos dijo, a saber: que la Virgen permaneció intacta hasta el momento del parto; lo otro, que era natural consecuencia de lo ya dicho y quedaba con ello confesado, os lo deja que lo comprendáis por vosotros mismos. ¿Cómo no comprender que José, que era hombre justo, no había de atreverse a conocer después a la que por tan maravillosa manera había sido madre, a la que tan nuevo parto, tan peregrino alumbramiento, había merecido? Y si la conoció y la tuvo por mujer ordinaria suya, ¿cómo es que Cristo la encomendó a su discípulo como mujer indefensa y sin marido y le mandó que la recibiera en su casa? (Jn 19, 25s)

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 5, 1-2, BAC Madrid 1955, 86-94

FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2016

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

2013

José no permitió que el rencor le envenenase el alma

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este cuarto domingo de Adviento, el Evangelio nos relata los hechos que precedieron el nacimiento de Jesús, y el evangelista Mateo los presenta desde el punto de vista de san José, el prometido esposo de la Virgen María.

José y María vivían en Nazaret; aún no vivían juntos, porque el matrimonio no se había realizado todavía. Mientras tanto, María, después de acoger el anuncio del Ángel, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Cuando José se dio cuenta del hecho, quedó desconcertado. El Evangelio no explica cuáles fueron sus pensamientos, pero nos dice lo esencial: él busca cumplir la voluntad de Dios y está preparado para la renuncia más radical. En lugar de defenderse y hacer valer sus derechos, José elige una solución que para él representa un enorme sacrificio. Y el Evangelio dice: "Como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado" (Mt 1, 19).

Esta breve frase resume un verdadero drama interior, si pensamos en el amor que José tenía por María. Pero también en esa circunstancia José quiere hacer la voluntad de Dios y decide, seguramente con gran dolor, repudiar a María en privado. Hay que meditar estas palabras para comprender cuál fue la prueba que José tuvo que afrontar los días anteriores al nacimiento de Jesús. Una prueba semejante a la del sacrificio de Abrahán, cuando Dios le pidió el hijo Isaac (cf. Gn 22): renunciar a lo más precioso, a la persona más amada.

Pero, como en el caso de Abrahán, el Señor interviene: encontró la fe que buscaba y abre una vía diversa, una vía de amor y de felicidad: "José –le dice– no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo" (Mt 1, 20).

Este Evangelio nos muestra toda la grandeza del alma de san José. Él estaba siguiendo un buen proyecto de vida, pero Dios reservaba para él otro designio, una misión más grande. José era un hombre que siempre dejaba espacio para escuchar la voz de Dios, profundamente sensible a su secreto querer, un hombre atento a los mensajes que le llegaban desde lo profundo del corazón y desde lo alto. No se obstinó en seguir su proyecto de vida, no permitió que el rencor le envenenase el alma, sino que estuvo disponible para ponerse a disposición de la novedad que se le presentaba de modo desconcertante. Y así, era un hombre bueno. No odiaba, y no permitió que el rencor le envenenase el alma. ¡Cuántas veces a nosotros el odio, la antipatía, el rencor nos envenenan el alma! Y esto hace mal. No permitirlo jamás: él es un ejemplo de esto. Y así, José llegó a ser aún más libre y grande. Aceptándose según el designio del Señor, José se encuentra plenamente a sí mismo, más allá de sí mismo. Esta libertad de renunciar a lo que es suyo, a la posesión de la propia existencia, y esta plena disponibilidad interior a la voluntad de Dios, nos interpelan y nos muestran el camino.

Nos disponemos entonces a celebrar la Navidad contemplando a María y a José: María, la mujer llena de gracia que tuvo la valentía de fiarse totalmente de la Palabra de Dios; José, el hombre fiel y justo que prefirió creer al Señor en lugar de escuchar las voces de la duda y del orgullo humano. Con ellos, caminamos juntos hacia Belén.

***

2016

La cercanía de Dios con la humanidad

"¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!". La liturgia de la cuarta y último domingo de Adviento se caracteriza por el tema de la cercanía de Dios a la humanidad. El pasaje del evangelio (cfr Mt 1,18-24) nos muestra a dos personas que más que todas las otras fueron involucradas en este misterio de amor: la Virgen María y su esposo san José.

María es presentada a la luz de la profecía que dice: "La Virgen concebirá y dará a luz un hijo". El evangelista Mateo reconoce que esto sucedió en María, quien concibió a Jesús por obra del Espíritu Santo, sin necesidad de José. El Hijo de Dios "viene" a sus entrañas para volverse hombre y Ella lo acoge.

Así, de manera única, Dios se ha acercado al ser humano tomando la carne de una mujer. También para nosotros, de manera diversa, Dios se acerca con su gracia para entrar en nuestra vida y ofrecernos como un don a su Hijo.

¿Y nosotros qué hacemos? ¿Lo recibimos o lo rechazamos? Como María, que ofreciéndose libremente al Señor de la historia le ha permitido cambiar el destino de la

humanidad, así también nosotros recibamos a Jesús y busquemos de seguirlo cada día, para cooperar con su designio de salvación sobre nosotros mismos y sobre el mundo.

María aparece por lo tanto como modelo al que es necesario mirar y un apoyo sobre el cual contar en nuestra búsqueda de Dios y en nuestro empeño para construir la civilización del amor.

El otro protagonista del evangelio de hoy es san José. El evangelista pone en evidencia como José por si mismo no puede explicarse lo sucedido que ve verificar bajo sus ojos, o sea que María estaba embarazada.

Justamente entonces, Dios le es cercano con su mensajero y él es iluminado sobre la naturaleza de aquella maternidad: "El Niño engendrado en ella proviene del Espíritu Santo". Así delante del hecho extraordinario, que seguramente suscita muchos interrogantes, se confía totalmente en Dios y siguiendo su invitación no rechaza a la prometida esposa, sino que la toma consigo.

Recibiendo a María, José acoge sin saberlo y con amor a Aquel que en ella ha sido concebido por obra admirable de Dios, para quien nada es imposible. José, hombre humilde y justo nos enseña a confiar siempre en Dios, a dejarnos guiar por Él con voluntaria obediencia.

Estas dos figuras, María y José, que recibieron primeros a Jesús mediante la fe, nos introduzcan en el misterio de la Navidad. María nos ayuda a ponernos en una actitud de disponibilidad para recibir al Hijo de Dios en nuestra vida concreta, en nuestra carne. José nos incita a buscar siempre la voluntad de Dios y a seguirla con plena confianza

"La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán el nombre de Emanuel", que traducido significa: «Dios con nosotros»". Este anuncio de esperanza que se cumple en Navidad lleve a su cumplimiento la espera de Dios también en cada uno de nosotros, en toda la Iglesia y en tantos pequeños que el mundo desprecia, pero que Dios ama".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

2007

Dar gratuitamente a los hombres lo que hemos recibido gratuitamente de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Sólo un día separa a este cuarto domingo de Adviento de la santa Navidad. Mañana por la noche nos reuniremos para celebrar el gran misterio del amor, que nunca termina de sorprendernos. Dios se hizo Hijo del hombre para que nosotros nos convirtiéramos en hijos de Dios. Durante el Adviento, del corazón de la Iglesia se ha elevado con frecuencia

una imploración: “Ven, Señor, a visitarnos con tu paz; tu presencia nos llenará de alegría”. La misión evangelizadora de la Iglesia es la respuesta al grito “¡Ven, Señor Jesús!”, que atraviesa toda la historia de la salvación y que sigue brotando de los labios de los creyentes. “¡Ven, Señor, a transformar nuestros corazones, para que en el mundo se difundan la justicia y la paz!”.

Esto es lo que pretende poner de relieve la Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización, que acaba de publicar la Congregación para la doctrina de la fe. Este documento quiere recordar a todos los cristianos —en una situación en la que con frecuencia ya no queda claro ni siquiera a muchos fieles la razón misma de la evangelización— que “acoger la buena nueva en la fe impulsa de por sí” (n. 7) a comunicar la salvación recibida como un don.

En efecto, “la Verdad que salva la vida —que se hizo carne en Jesús—, enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente” (ib.). Ser alcanzados por la presencia de Dios, que viene a nosotros en Navidad, es un don inestimable, un don capaz de hacernos “vivir en el abrazo universal de los amigos de Dios” (ib.), en la “red de amistad con Cristo, que une el cielo y la tierra” (ib., 9), que orienta la libertad humana hacia su realización plena y que, si se vive en su verdad, florece “con un amor gratuito y enteramente solícito por el bien de todos los hombres” (ib., 7).

No hay nada más hermoso, urgente e importante que volver a dar gratuitamente a los hombres lo que hemos recibido gratuitamente de Dios. No hay nada que nos pueda eximir o dispensar de este exigente y fascinante compromiso. La alegría de la Navidad, que ya experimentamos anticipadamente, al llenarnos de esperanza, nos impulsa al mismo tiempo a anunciar a todos la presencia de Dios en medio de nosotros.

La Virgen María, que no comunicó al mundo una idea, sino a Jesús mismo, el Verbo encarnado, es modelo incomparable de evangelización. Invoquémosla con confianza, para que la Iglesia anuncie también en nuestro tiempo a Cristo Salvador. Que cada cristiano y cada comunidad experimenten la alegría de compartir con los demás la buena nueva de que Dios “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo unigénito para que el mundo se salve por medio de él” (Jn 3, 16-17). Este es el auténtico sentido de la Navidad, que debemos siempre redescubrir y vivir intensamente.

***

2010

San José anuncia los prodigios del Señor

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo de Adviento el evangelio de san Mateo narra cómo sucedió el nacimiento de Jesús situándose desde el punto de vista de san José. Él era el prometido de María, la cual «antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del

Espíritu Santo» (Mt 1, 18). El Hijo de Dios, realizando una antigua profecía (cf. Is 7, 14), se hace hombre en el seno de una virgen, y ese misterio manifiesta a la vez el amor, la sabiduría y el poder de Dios a favor de la humanidad herida por el pecado. San José se presenta como hombre «justo» (Mt 1, 19), fiel a la ley de Dios, disponible a cumplir su voluntad. Por eso entra en el misterio de la Encarnación después de que un ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le anuncia: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). Abandonando el pensamiento de repudiar en secreto a María, la toma consigo, porque ahora sus ojos ven en ella la obra de Dios.

San Ambrosio comenta que «en José se dio la amabilidad y la figura del justo, para hacer más digna su calidad de testigo» (*Exp. Ev. sec. Lucam* II, 5: ccl 14, 32-33). Él —prosigue san Ambrosio— «no habría podido contaminar el templo del Espíritu Santo, la Madre del Señor, el seno fecundado por el misterio» (ib., II, 6: CCL 14, 33). A pesar de haber experimentado turbación, José actúa «como le había ordenado el ángel del Señor», seguro de hacer lo que debía. También poniendo el nombre de «Jesús» a ese Niño que rige todo el universo, él se inserta en el grupo de los servidores humildes y fieles, parecido a los ángeles y a los profetas, parecido a los mártires y a los apóstoles, como cantan antiguos himnos orientales. San José anuncia los prodigios del Señor, dando testimonio de la virginidad de María, de la acción gratuita de Dios, y custodiando la vida terrena del Mesías. Veneremos, por tanto, al padre legal de Jesús (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 532), porque en él se perfila el hombre nuevo, que mira con fe y valentía al futuro, no sigue su propio proyecto, sino que se confía totalmente a la infinita misericordia de Aquel que realiza las profecías y abre el tiempo de la salvación.

Queridos amigos, a san José, patrono universal de la Iglesia, deseo confiar a todos los pastores, exhortándolos a ofrecer «a los fieles cristianos y al mundo entero la humilde y cotidiana propuesta de las palabras y de los gestos de Cristo» (Carta de convocatoria del Año sacerdotal). Que nuestra vida se adhiera cada vez más a la Persona de Jesús, precisamente porque «el que es la Palabra asume él mismo un cuerpo; viene de Dios como hombre y atrae a sí toda la existencia humana, la lleva al interior de la palabra de Dios» (Jesús de Nazaret, Madrid 2007, p. 387). Invoquemos con confianza a la Virgen María, la llena de gracia «adornada de Dios», para que, en la Navidad ya inminente, nuestros ojos se abran y vean a Jesús, y el corazón se alegre en este admirable encuentro de amor.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

96. Con el IV domingo de Adviento, la Navidad está ya muy próxima. La atmósfera de la Liturgia, desde los reclamos corales a la conversión, se traslada a los acontecimientos que circundan el Nacimiento de Jesús. Un cambio de dirección evidenciado en el Prefacio II del tiempo de Adviento. «La Virgen concebirá» es el título de la primera lectura del año A. Cierto es que todas las lecturas, de los profetas a los Apóstoles y a los Evangelios, giran en torno al misterio anunciado a María por el arcángel Gabriel. (Lo que se dice aquí a propósito de los Evangelios de los domingos y de los textos del Antiguo Testamento puede ser aplicado también al Leccionario ferial del 17 al 23 de diciembre).

101. El misterio de la Concepción Virginal de María es también el tema del Evangelio del Año A pero, en este caso, la narración se desarrolla desde el punto de vista de José, como nos narra Mateo. La primera lectura es un breve pasaje de Isaías en el que el profeta pronuncia la conocida frase:

«Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Esta lectura puede ofrecer al homileta la ocasión para explicar cómo la Iglesia ve, justamente, el cumplimiento de los textos del Antiguo Testamento en los acontecimientos de la vida de Jesús. En el pasaje de Mateo, la asamblea escucha los detalles referidos, que circundan el Nacimiento de Jesús, concluyendo con la frase: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta». Un profeta habla en la historia, en circunstancias concretas. En el 734 a.C., el rey Acaz tenía que hacer frente a un enemigo poderoso; el profeta Isaías le exhortó a tener fe en el poder que Dios tenía para liberar Jerusalén, y ofreció al rey un signo enviado por el Señor. Cuando el rey, con hipocresía, lo rechazó, el contrariado Isaías le anunció que le sería dado, de todas formas, un signo, el signo de una Virgen, cuyo Hijo sería llamado Emmanuel. Pero ahora, por medio del Espíritu Santo, que ha hablado por el profeta, cuanto tenía sentido en aquellas precisas circunstancias históricas se amplía para conformarse en una circunstancia histórica mucho mayor: la Venida del Hijo de Dios que se hace carne. Todas las profecías y toda la historia, en definitiva, hablan de esto.

102. El homileta, una vez presentado este argumento, puede considerar la narración bien construida de Mateo. El evangelista se preocupa de mantener en equilibrio dos verdades sobre Jesús: que es el Hijo de David y que es el Hijo de Dios. Ambas son verdades esenciales para comprender quién es Jesús. Tanto María como José interpretan un papel preciso en el cumplimiento de este entrelazarse armónico del misterio.

103. Como hemos visto en la Anunciación en el contexto de la Historia de Israel, también la genealogía que precede a este Evangelio ofrece una clave importante para su interpretación. (La genealogía se lee el 17 de diciembre y en la Misa de la Vigilia de Navidad). El Evangelio de Mateo inicia solemnemente con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán». Continúa la narración tradicional de todas las generaciones: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así en adelante, pasando por David y sus descendientes, hasta José, donde el relato sufre un imprevisto y marcado cambio: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual

nació Jesús, llamado Cristo». Resulta singular y extraordinario cómo el texto no prosigue diciendo: «José engendró a Jesús», sino que especifica cómo José es el esposo de María, de la cual nació Jesús. Es precisamente en este punto sobre el que recae el peso del IV domingo de Adviento, como viene indicado en el primer versículo: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera». Es decir, en circunstancias notablemente diferentes a todos los nacimientos precedentes, exigiendo, por tanto, esta narración peculiar.

104. La primera información se refiere al hecho que María, ***antes*** de ir a vivir con José, estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Es claro, por tanto, para los que escuchan y leen el pasaje que el niño no es de José, sino que es el mismo Hijo de Dios. En la narración, además, esto no está todavía claro para José. El homileta podrá constatar el drama que soporta José. ¿Sospecha la infidelidad de María y por eso decide «repudiarla en secreto»? O quizá ¿tiene alguna intuición de la obra divina, que le lleva a temer de recibir a María como su esposa? Es desconcertante también el silencio de María. Ella, claramente, mantiene el secreto que existe entre ella y Dios, y será Dios quien clarificará la situación. Ninguna palabra humana sería suficiente para explicar un misterio tan grande. Mientras José consideraba estas cosas, un Ángel le revela en sueños que María ha concebido por obra del Espíritu Santo y que no debe temer. La Liturgia del Adviento invita a los fieles a no temer y a acoger, como José, el misterio divino que se está desarrollando en su vida.

105. Un Ángel confirma en sueños a José que María ha concebido por obra del Espíritu Santo. Así, de nuevo, todo se explica: Jesús es el Hijo de Dios. Pero José tendrá que cumplir dos gestos, dos actos que legitimarán el Nacimiento de Jesús a los ojos de la cultura y de la fe judías. El Ángel se dirige a él de modo explícito con estas palabras: «José, Hijo de David», y le ordena llevar a María a su casa, permitiendo que el misterio de ella le trasforme. Después, él tendrá que dar nombre al niño. Estos dos gestos hacen de Jesús «el Hijo de David». La narración de Mateo habría podido continuar con estas palabras: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor», mientras que, por el contrario, la narración viene interrumpida por la profecía de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta», para citar después el versículo profético que hemos escuchado en la primera lectura. Lo que Isaías dijo a Acaz es poca cosa al respecto. Ahora la palabra «Virgen» se toma al pie de la letra, y Ella concibe por obra del Espíritu Santo. Y qué decir del nombre que tendrán que dar al niño ¿Emmanuel? Mateo, a diferencia de Isaías, explica su significado: «Dios-con-nosotros». También estas palabras, como indican las circunstancias, están tomadas al pie de la letra. José, el Hijo de David, lo llamará Jesús; pero el misterio más profundo de su nombre es «Dios-con-nosotros».

106. En la segunda lectura de este mismo domingo, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, escuchamos un lenguaje teológico más antiguo y primitivo que el de Mateo pero que ya nos revela la importancia del equilibrio armónico en los títulos que expresan el Misterio de Jesús. San Pablo habla del «Evangelio que se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano de la estirpe de David; constituido, Hijo de David, con pleno poder por su

Resurrección de la muerte». San Pablo ve ratificado el título de «Hijo de Dios» en la Resurrección de Jesús. San Mateo, como hemos visto con anterioridad, cuando explica el nombre del Emmanuel con el significado de «Dios-con-nosotros», expresa tal comprensión del Señor resucitado, haciendo referencia al principio de su existencia humana.

107. A pesar de ello, es Pablo quien muestra directamente el modo de relacionar lo que escuchamos en estos textos. Después de haber llamado con solemnidad a aquel que es el centro de su Evangelio «Hijo de David e Hijo de Dios», Pablo designa a los gentiles como los que están llamados «por Cristo Jesús». Además, los define como «a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo». El homileta debe mostrar cómo este lenguaje se aplica también a nosotros. Los cristianos escuchan la maravillosa historia del Nacimiento de Jesucristo que cumple de modo admirable lo que había sido prometido por medio de los profetas, pero después escuchan también una palabra sobre ellos: estamos llamados a pertenecer a Jesucristo, estamos llamados por Dios y estamos llamados a ser santos.

109. En estos días convulsos de Adviento la Iglesia entera asume la fisonomía de María. El rostro de la Iglesia lleva impresos los signos distintivos de la Virgen. El Espíritu Santo actúa ahora en la Iglesia, como ha actuado siempre. Por tanto, mientras la asamblea en este domingo entra en el misterio eucarístico, el sacerdote reza en la oración sobre las ofrendas: «El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar». El homileta debe extraer el mismo nexo evidenciado por esta oración: a través de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, los fieles llevarán en su propio cuerpo lo que María llevó en sus entrañas. Como Ella, tendrán que hacer «deprisa» el bien al prójimo. Sus buenas acciones, realizadas siguiendo el ejemplo de María, sorprenderán entonces a los otros con la presencia de Cristo, de modo que dentro de ellos se produzca un salto de gozo.

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La maternidad virginal de María

La virginidad de María

496. Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido “absque semine ex Spiritu Sancto” (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): *"Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente"* (Smyrn. 1-2).

497. Los relatos evangélicos (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38) presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas (cf. Lc 1, 34): "Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo", dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1, 20). La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un Hijo" (Is 7, 14 según la traducción griega de Mt 1, 23).

498. A veces ha desconcertado el silencio del Evangelio de S. Marcos y de las cartas del Nuevo Testamento sobre la concepción virginal de María. También se ha podido plantear si no se trataría en este caso de leyendas o de construcciones teológicas sin pretensiones históricas. A lo cual hay que responder: La fe en la concepción virginal de Jesús ha encontrado viva oposición, burlas o incomprensión por parte de los no creyentes, judíos y paganos (cf. S. Justino, Dial 99, 7; Orígenes, Cels. 1, 32, 69; entre otros); no ha tenido su origen en la mitología pagana ni en una adaptación de las ideas de su tiempo. El sentido de este misterio no es accesible más que a la fe que lo ve en ese "nexo que reúne entre sí los misterios" (DS 3016), dentro del conjunto de los Misterios de Cristo, desde su Encarnación hasta su Pascua. S. Ignacio de Antioquía da ya testimonio de este vínculo: "El príncipe de este mundo ignoró la virginidad de María y su parto, así como la muerte del Señor: tres misterios resonantes que se realizaron en el silencio de Dios" (Eph. 19, 1; cf. 1 Co 2, 8).

María, la "siempre Virgen"

499. La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María (cf. DS 427) incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre (cf. DS 291; 294; 442; 503; 571; 1880). En efecto, el nacimiento de Cristo "lejos de disminuir consagró la integridad virginal" de su madre (LG 57). La liturgia de la Iglesia celebra a María como la "Aeiparthenos", la "siempre-virgen" (cf. LG 52).

500. A esto se objeta a veces que la Escritura menciona unos hermanos y hermanas de Jesús (cf. Mc 3, 31-55; 6, 3; 1 Co 9, 5; Ga 1, 19). La Iglesia siempre ha entendido estos pasajes como no referidos a otros hijos de la Virgen María; en efecto, Santiago y José "hermanos de Jesús" (Mt 13, 55) son los hijos de una María discípula de Cristo (cf. Mt 27, 56) que se designa de manera significativa como "la otra María" (Mt 28, 1). Se trata de parientes próximos de Jesús, según una expresión conocida del Antiguo Testamento (cf. Gn 13, 8; 14, 16;29, 15; etc.).

501. Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende (cf. Jn 19, 26-27; Ap 12, 17) a todos los hombres a los cuales, El vino a salvar: "Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el mayor de muchos hermanos (Rom 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre" (LG 63).

La maternidad virginal de María en el designio de Dios

502. La mirada de la fe, unida al conjunto de la Revelación, puede descubrir las razones misteriosas por las que Dios, en su designio salvífico, quiso que su Hijo naciera de una virgen. Estas razones se refieren tanto a la persona y a la misión redentora de Cristo como a la aceptación por María de esta misión para con los hombres.

503. La virginidad de María manifiesta la iniciativa absoluta de Dios en la Encarnación. Jesús no tiene como Padre más que a Dios (cf. Lc 2, 48-49). "La naturaleza humana que ha tomado no le ha alejado jamás de su Padre...; consubstancial con su Padre en la divinidad, consubstancial con su Madre en nuestra humanidad, pero propiamente Hijo de Dios en sus dos naturalezas" (Cc. Friul en el año 796: DS 619).

504. Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María porque Él es el Nuevo Adán (cf. 1 Co 15, 45) que inaugura la nueva creación: "El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo viene del cielo" (1 Co 15, 47). La humanidad de Cristo, desde su concepción, está llena del Espíritu Santo porque Dios "le da el Espíritu sin medida" (Jn 3, 34). De "su plenitud", cabeza de la humanidad redimida (cf Col 1, 18), "hemos recibido todos gracia por gracia" (Jn 1, 16).

505. Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo por la fe "¿Cómo será eso?" (Lc 1, 34; cf. Jn 3, 9). La participación en la vida divina no nace "de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios" (Jn 1, 13). La acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido esponsal de la vocación humana con relación a Dios (cf. 2 Co 11, 2) se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María.

506. María es virgen porque su virginidad es el signo de su fe "no adulterada por duda alguna" (LG 63) y de su entrega total a la voluntad de Dios (cf. 1 Co 7, 34-35). Su fe es la que le hace llegar a ser la madre del Salvador: "Beatior est Maria percipiendo fidem Christi quam concipiendo carnem Christi" ("Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo" (S. Agustín, virg. 3).

507. María es a la vez virgen y madre porque ella es la figura y la más perfecta realización de la Iglesia (cf. LG 63): "La Iglesia se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo" (LG 64).

La maternidad divina de María

495. Llamada en los Evangelios "la Madre de Jesús" (Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como "la madre de mi Señor" desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ["Theotokos"] (cf. DS 251).

María, madre de Dios por obra del Espíritu Santo

437. El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Desde el principio él es "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo" (Jn 10, 36), concebido como "santo" (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para "tomar consigo a María su esposa" encinta "del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo" (Mt 1, 20) para que Jesús "llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1, 16; cf. Rm 1, 3; 2 Tm 2, 8; Ap 22, 16).

Artículo 3. "JESUCRISTO FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO Y NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN"

Párrafo 1. EL HIJO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

I. POR QUÉ EL VERBO SE HIZO CARNE

456. Con el Credo Niceno-Constantinopolitano respondemos confesando: "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre".

Párrafo 2. "... CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO, NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN"

I. CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO...

484. La anunciación a María inaugura la plenitud de "los tiempos" (Gal 4, 4), es decir el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará "corporalmente la plenitud de la divinidad" (Col 2, 9). La respuesta divina a su "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" (Lc 1, 34) se dio mediante el poder del Espíritu: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc 1, 35).

485. La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo (cf. Jn 16, 14-15). El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, él que es "el Señor que da la vida", haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

486. El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es "Cristo", es decir, el ungido por el Espíritu Santo (cf. Mt 1, 20; Lc 1, 35), desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores (cf. Lc 2,8-20), a los magos (cf. Mt 2, 1-12), a Juan

Bautista (cf. Jn 1, 31-34), a los discípulos (cf. Jn 2, 11). Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará "cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10, 38).

"Alégrate, llena de gracia"

721. María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres. Por ello, los más bellos textos sobre la sabiduría, la tradición de la Iglesia los ha entendido frecuentemente con relación a María (cf. Pr 8, 1-9, 6; Si 24): María es cantada y representada en la Liturgia como el trono de la "Sabiduría".

En ella comienzan a manifestarse las "maravillas de Dios", que el Espíritu va a realizar en Cristo y en la Iglesia:

722. El Espíritu Santo preparó a María con su gracia. Convenía que fuese "llena de gracia" la madre de Aquél en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la "Hija de Sión": "Alégrate" (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

723. En María el Espíritu Santo realiza el designio benevolente del Padre. La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (cf. Lc 1, 26-38; Rm 4, 18-21; Ga 4, 26-28).

724. En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

725. En fin, por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en Comunión con Cristo a los hombres "objeto del amor benevolente de Dios" (cf. Lc 2, 14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

726. Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la "Mujer", nueva Eva "madre de los vivientes", Madre del "Cristo total" (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (Hch 1, 14), en el amanecer de los "últimos tiempos" que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

Jesús viene revelado como Salvador a José

Artículo 8. EL PECADO

I. LA MISERICORDIA Y EL PECADO

1846. El Evangelio es la revelación, en Jesucristo, de la misericordia de Dios con los pecadores (cf Lc 15). El ángel anuncia a José: "Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21). Y en la institución de la Eucaristía, sacramento de la redención, Jesús dice: "Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26,28).

Cristo, el Hijo de Dios en su Resurrección

445. Después de su Resurrección, su filiación divina aparece en el poder de su humanidad glorificada: "Constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su Resurrección de entre los muertos" (Rm 1, 4; cf. Hch 13, 33). Los apóstoles podrán confesar "Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad "(Jn 1, 14).

II. LA RESURRECCIÓN OBRA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

648. La Resurrección de Cristo es objeto de fe en cuanto es una intervención transcendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres personas divinas actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que "ha resucitado" (cf. Hch 2, 24) a Cristo, su Hijo, y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad - con su cuerpo - en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente "Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos" (Rm 1, 3-4). San Pablo insiste en la manifestación del poder de Dios (cf. Rm 6, 4; 2 Co 13, 4; Flp 3, 10; Ef 1, 19-22; Hb 7, 16) por la acción del Espíritu que ha vivificado la humanidad muerta de Jesús y la ha llamado al estado glorioso de Señor.

695. La unción. El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1 Jn 2, 20. 27; 2 Co 1, 21). En la iniciación cristiana es el signo sacramental de la Confirmación, llamada justamente en las Iglesias de Oriente "Crismación". Pero para captar toda la fuerza que tiene, es necesario volver a la Unción primera realizada por el Espíritu Santo: la de Jesús. Cristo ["Mesías" en hebreo] significa "Ungido" del Espíritu de Dios. En la Antigua Alianza hubo "ungidos" del Señor (cf. Ex 30, 22-32), de forma eminente el rey David (cf. 1 S 16, 13). Pero Jesús es el Ungido de Dios de una manera única: La humanidad que el Hijo asume está totalmente "ungida por el Espíritu Santo". Jesús es constituido "Cristo" por el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18-19; Is 61, 1). La Virgen María concibe a Cristo del Espíritu Santo quien por medio del ángel lo anuncia como Cristo en su nacimiento (cf. Lc 2,11) e impulsa a Simeón a ir al Templo a ver al Cristo del Señor (cf. Lc 2, 26-27); es de quien Cristo está lleno (cf. Lc 4, 1) y cuyo poder emana de Cristo en sus curaciones y en sus acciones salvíficas (cf. Lc 6, 19; 8, 46). Es él en fin quien resucita a Jesús de entre los muertos (cf. Rm 1, 4; 8, 11). Por tanto, constituido plenamente "Cristo" en su Humanidad

victoriosa de la muerte (cf. Hch 2, 36), Jesús distribuye profusamente el Espíritu Santo hasta que "los santos" constituyan, en su unión con la Humanidad del Hijo de Dios, "ese Hombre perfecto... que realiza la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13): "el Cristo total" según la expresión de San Agustín.

"La obediencia de la fe"

143. Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La Sagrada Escritura llama "obediencia de la fe" a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rom 1,5; 16,26).

Artículo 1. CREO

I. LA OBEDIENCIA DE LA FE

144. Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, "el padre de todos los creyentes"

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: "Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11,1). "Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia" (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta "fe poderosa" (Rom 4,20), Abraham vino a ser "el padre de todos los creyentes" (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

147. El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual "fueron alabados" (Hb 11,2.39). Sin embargo, "Dios tenía ya dispuesto algo mejor": la gracia de creer en su Hijo Jesús, "el que inicia y consuma la fe" (Hb 11,40; 12,2).

María: "Dichosa la que ha creído"

148. La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que "nada es imposible para Dios" (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Isabel la saludó: "¡Dichosa la que ha

creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

149. Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. Lc 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el "cumplimiento" de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

"Hágase en mí según tu palabra..."

494. Al anuncio de que ella dará a luz al "Hijo del Altísimo" sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 28-37), María respondió por "la obediencia de la fe" (Rm 1, 5), segura de que "nada hay imposible para Dios": "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 37-38). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención (cf. LG 56):

Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, "por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano". Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar "el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe". Comparándola con Eva, llaman a María `Madre de los vivientes' y afirman con mayor frecuencia: "la muerte vino por Eva, la vida por María" (LG 56).

La fe

2087. Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. S. Pablo habla de la "obediencia de la fe" (Rm 1,5; 16,26) como de la primera obligación. Hace ver en el "desconocimiento de Dios" el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (cf Rm 1,18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en él y dar testimonio de él.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

He aquí cómo tuvo lugar el nacimiento de Jesucristo

En las tres lecturas de este domingo hay algo en común; en cada una de ellas se habla de un nacimiento:

«Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"» (*I lectura*).

«Cristo Jesús..., ha nacido, según la carne, de la estirpe de David» (*II lectura*).

«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera» (*Evangelio*).

Podríamos llamarla la «¡Dominica de los nacimientos!» En la Biblia el nacimiento reviste una grandísima importancia. Todas las grandes historias bíblicas comienzan con la descripción del nacimiento del personaje, que hace ya presagiar su misión: Isaac, Moisés, Juan Bautista, Jesús mismo.

Dado que nosotros nos hemos propuesto situarnos frente al Evangelio con los problemas y las instancias del hombre de hoy, no podemos evitar plantearnos de inmediato la pregunta: así, ¿por qué nacen pocos niños en tantos países del occidente, incluida Italia y también en España, con un índice de natalidad de los más bajos en la Comunidad Europea?

Navidad, que en un tiempo era la fiesta por excelencia de los niños, ahora ya no lo es más. Es la fiesta de los mayores, de los adultos. Lo que se ve en las vitrinas o escaparates en Navidad son regalos sobre todo para los mayores. Si antes, en Navidad, la alegría de los mayores era sobre todo poder hacer felices a los niños, ahora parece que sea sobre todo hacerse felices entre sí.

Cada vez hay menos niños. Nuestro país, como muchos otros, está lleno de asilos y de escuelas elementales o de párvulos, que se cierran o se «reconvierten» a no ser por el fenómeno de la emigración. Yo sé que estoy tocando un punto delicado, que representa para muchos un drama íntimo. Lo hago, por lo tanto, como caminando sobre la punta de los pies, con todo el respeto de que soy capaz, consciente de que en este campo entran en juego muchos factores y por ello no se puede dar un juicio único válido para todos los casos.

Honestamente, ¿podemos llegar a decir que las dificultades económicas y sociales ahora son mayores que en otros momentos del pasado? Si lo que estamos viviendo es un momento de «crisis», ¿qué momento del pasado, antiguo y reciente, no lo ha sido?

El problema verdadero es la aridez o sequedad espiritual, la pérdida de energía vital, de alegría, de capacidad de proyectarse hacia el futuro. Es la pérdida de una cierta inocencia e ingenuidad y, por lo tanto, de la capacidad de asombro, de maravilla, frente a la vida y a las cosas. Es una pérdida de poesía. Estamos como un árbol, que va perdiendo las raíces más profundas y ahora se alimenta sólo con raíces superficiales. A fuerza de planificación, dentro de poco ya no habrá nada que «planificar», porque todo estará terriblemente «allanado».

A veces, hasta se le da la culpa a los impuestos o tasas. Nos chocará asimismo este factor; pero, el motivo principal ante la falta de natalidad no es de tipo económico. Contrariamente, los nacimientos debieran aumentar a medida que se sube hacia los estratos más altos de la sociedad o a medida que se va trepando desde el Sur hacia el Norte. No obstante, sabemos que ocurre exactamente lo contrario.

El motivo es más profundo ¡es la falta de esperanza! Si casarse supone siempre un acto de fe, poner en el mundo a un hijo es siempre un acto de esperanza. Nada se hace en el mundo sin esperanza. Tenemos necesidad de esperanza como del oxígeno para respirar.

Cuando una persona está ante la inminencia de desaparecer, se le grita a quien está junto a ella: «i Dadle algo fuerte para respirar!» Lo mismo se debiera hacer con quien está a punto de abandonarse, de rendirse frente a la vida: «¡Dadle un motivo de esperanza!»

Cuando una persona se levanta por la mañana y no tiene nada que esperar durante el resto de la jornada, nada de nada, no le perdáis de vista: está en un grave peligro... Es de este modo cómo maduran los propósitos de suicidio. Los jóvenes tienen necesidad de esperanza. Los hijos vuelven a gusto a casa o permanecen allí si en ella se respira un aire de esperanza. Si no, huyen, se evaden. Ciertos fenómenos, como la droga y la discoteca, en lo que ésta tiene de frenético y autodestructivo, es síntoma de falta de esperanza. «¿Para qué vienes aquí?», se le preguntó a un joven, cuando entraba en una discoteca, y la respuesta fue: «¡Para no pensar!» La esperanza se forja de respiración corta y se acorta hasta llegar a ser lo que llena el espacio entre una y otra dosis de droga o entre un sábado por la tarde y otro.

Cuando en una situación humana renace la esperanza todo parece distinto, aunque si de hecho nada haya cambiado. La esperanza es una fuerza fundamental. Literalmente hace milagros. Yo soy un tipo muy friolero. Pero, he notado una cosa: el frío de abril meda menos miedo, lo soporto mejor, que el frío de noviembre, aunque es de la misma intensidad. ¿Por qué? En abril se tiene por delante la primavera, en noviembre el invierno. El de abril es un frío con esperanza, el de noviembre sin esperanza.

Pero, hoy en día, es hora de preguntarnos: ¿qué tiene que ofrecer el cristianismo a la gente en este momento de la historia? El Evangelio tiene una cosa esencial a ofrecer: ¡la Esperanza! Aquella con letra mayúscula, la Esperanza como virtud teologal.

Las esperanzas terrenas (casa, trabajo, salud, nacimiento de hijos), aunque cumplidas, inexorablemente desilusionan si no hay algo más profundo, que las sostiene y las enaltece. Son como hojas que se marchitan cuando el tronco del árbol se ha secado. Miremos lo que acontece en una telaraña. La telaraña es una obra de arte. Perfecta en su simetría, elasticidad y funcionalidad. Está bien tensa de hilos por todos los lados, que la estiran horizontalmente. Pero, está arrastrada desde lo alto y en su centro por un hilo, el hilo que la araña se ha tejido descendiendo. Si uno corta uno de los hilos laterales, la araña sale fuera, lo repara con rapidez y todo vuelve a su sitio. Pero, si vosotros rompéis aquel hilo, que baja desde lo alto, todo se afloja. La araña sabe que ya no hay nada que hacer y se aleja. La Esperanza teologal es el hilo, que baja de lo alto en nuestra vida, el que sostiene toda la trama de nuestras esperanzas.

Pero, ¿qué es la esperanza teologal? Es una capacidad nueva proporcionada para quien cree. Ella viene a incrustarse en la capacidad natural de proyectarse hacia el futuro, que es la simple esperanza humana, dándole un nuevo motivo y un nuevo contenido. Le confiere un horizonte «abierto», no cerrado ya por muro alguno, por ningún obstáculo. Ni siquiera el de la muerte.

La Esperanza, junto con la Fe y la Caridad, es uno de los tres brotes o semillas divinas, que planta el Espíritu Santo en la vida del bautizado; una de las tres nuevas «posibilidades», que Cristo ha creado para el hombre. «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva» (1 *Pedro* 1, 3). Reengendrados: se trata, pues, de un nuevo nacimiento, una nueva juventud. San Pablo define al Dios cristiano como el «Dios de la esperanza» (*Romanos* 15, 13).

El poeta Péguy ha escrito un poema sobre la Esperanza teologal. En un cierto punto más o menos dice así: Fe, Esperanza y Caridad son como tres hermanas, que caminan alegremente cogidas de la mano por la calle. Dos son mayores y una, la del medio, es una niña. (Y se entiende que es la pequeña). Todos, viéndolas, piensan que las dos mayores, la Fe y la Caridad, son las que trajinan a la pequeña. Mas, por el contrario, es exactamente lo opuesto: es la pequeña, la Esperanza, la que arrastra a las otras dos, porque si se para la esperanza todo se detiene. Como los fieles en un tiempo, añade todavía, cuando salían de la iglesia se pasaban de mano en mano el agua bendita, así los cristianos deben pasarse de mano en mano, de padre a hijo, la divina Esperanza.

¿Qué puede representar la fiesta de Navidad en este momento, en el que sentimos tan fuerte la necesidad de esperanza? Puede representar la ocasión para un cambio de tendencia y para un renacimiento de la esperanza. Un oráculo profético, aplicado por la liturgia al nacimiento de Jesús, nos dice:

«El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande... Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría... Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Isaías* 9, 1-5).

Estas palabras, leídas en nuestro contexto actual, adquieren un significado del todo especial. Contienen una promesa, añaden una vía para salir del vacío y del cenagal espiritual, en el que nos encontramos. Es necesario, sin embargo, redescubrir quién es aquel Niño y qué ha venido a traernos. Hay que volver a darle su sentido a la Navidad. Una Navidad sin el Niño Jesús es como un marco sin ningún cuadro dentro, como una Misa sin consagración y como una fiesta sin la celebración.

La fiesta de Navidad ha sido siempre la ocasión para hacer surgir en todos, grandes y pequeños, lo que hay de principal, más espontáneo, mejor, en el corazón: la capacidad de alegrarse y de maravillarse. Y esto del mismo modo durante la guerra y en tiempos mucho más oscuros que el nuestro.

Tengo una propuesta a haceros: que cada familia adopte a una niña en esta Navidad... ¡La niña Esperanza! Lleváosla a casa. ¿Qué no sucede allí donde entra esta niña? La Esperanza vuelve a comenzar siempre desde el principio. Es especialista en esto. Mil desilusiones y disfraces para ella no cuentan nada.

En ciertos países, una inversión de la tendencia en la natalidad, un aumento de cunas, será el signo concreto de la capacidad del pueblo cristiano de volver a comenzar,

de saber encontrar recursos siempre nuevos en el fondo riquísimo de su humanidad y de su historia. Y acordémonos de lo que dijo un día Jesús:

«El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe» (*Mateo* 18, 5).

Esto vale asimismo para quien acoge a un niño pobre y abandonado, para quien adopta o sustenta a un niño del tercer mundo. Pero, vale sobre todo para los dos padres cristianos que, amándose, se abren a una nueva vida en la fe y en la esperanza. Aquel niño o aquella niña, que nacerá, será Jesús en medio de ellos: «... a mí me recibe».

Estoy seguro que muchas parejas, que hasta estaban en un momento presas de turbación al anunciárseles el embarazo, deberán repetir después por cuenta propia las palabras de este oráculo: «Has multiplicado la alegría, has aumentado el gozo, porque un niño nos ha nacido, ¡se nos ha dado un hijo!» (cfr. *Isaías* 9, 2; *Lucas* 2, 11ss.).

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Confiar en San José

San José es patrono universal de la Iglesia. Dios todopoderoso lo eligió para que cuidara y protegiera su tesoro más preciado, su único Hijo, que al mundo a rescatar a los pecadores había enviado, y a su Madre, la Virgen, de quien Él había nacido, porque inmaculada y pura la creó, pero delicada, tierna y frágil, como toda mujer que los hombres deben proteger.

Ella es el arca del tesoro de Dios, y él custodio fiel, a quien Dios le dio el honor y el poder de ser y obrar como padre, a imagen de Él, padre providente, bondadoso, sabio, amable, justo, amoroso, prudente, misericordioso, compasivo, generoso, responsable, virtuoso, que dirige, enseña, guía y está atento para cumplir con su deber y resolver las necesidades de su familia.

San José es modelo de perfección en la vida ordinaria en medio del mundo y del trabajo, en la religión, en el estudio. Un hombre como todos, elegido de Dios de entre todos, para participar, de acuerdo a su divina voluntad, en la misión redentora del Hijo de Dios, en quien él puso su fe, su confianza y su esperanza, y lo reconoció y lo adoró desde antes de nacer.

Acoge tú con esa fe al Hijo de Dios, y recíbelo en tu corazón. Y adóralo y recíbelo en la Eucaristía, escuchando su nombre de la boca del sacerdote, cuando entre sus manos lo eleva, y en la misma persona de Cristo dice: “este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, que será derramada por ustedes para el perdón de los pecados”, y que significa: Dios-con-nosotros.

Dios está presente, está vivo, está con nosotros real y substancialmente. Ha venido para quedarse entre nosotros. Recíbelo, y Él se quedará contigo, para que vivas plenamente, porque el que tiene a Dios, nada le falta.

Encomiéndate a san José y encomiéndale todas tus empresas, tus proyectos, tus trabajos y tus obras, a través de las que muestras tu fe. Pide su protección, confía en él para que custodie el tesoro que llevas dentro: tu virtud y tu fe, teniendo como garantía que Dios puso su confianza en él.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Al modo de Dios

A cualquiera nos resulta evidente que el mundo que contemplamos y su concreta configuración no se debe a nosotros mismos. Es algo que reconocemos, que captamos con más o menos profundidad, intentando tener un conocimiento lo más exacto posible de esta realidad, así como de las normas o leyes que rigen el comportamiento y destino de cada uno de los seres que componen nuestro mundo. El hombre no es creador, sino, en todo caso, descubridor de una realidad anterior a él mismo, en la que está incluido, con las excelentes características que lo determinan como persona: pero es uno más de los seres existentes en el mundo.

Constituido sobre el resto de la Creación, el hombre no se ha otorgado a sí mismo esta superioridad, pues ninguno nos hemos conformado en personas, ni decidido, por tanto, nuestro modo de ser. Más bien, nos corresponde descubrir y aceptar nuestra propia verdad, como condición previa para todo comportamiento personal ulterior, pues, sólo a partir del conocimiento propio cabe pensar en una acción verdaderamente libre y humana. De hecho, nada más llamamos humana, a aquella conducta que es libre: decidida por cada uno, en la que el sujeto no se siente forzado a actuar, y de la que conoce sus diversas posibilidades de acción y las consecuencias.

Como conclusión del relato evangélico que hoy consideramos, dice el evangelista que **al despertarse José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su esposa.** José actúa libremente, aunque no llevara él la iniciativa, queriendo secundar en todo la voluntad que Dios, a través del ángel, le mostraba como divina. Tenemos en él un ejemplo permanente de fidelidad a la vocación, pues, cada vez que aparece en los escritos evangélicos, lo vemos colaborando con la misión del Verbo encarnado –que se le confió como hijo–, en ocasiones recibiendo indicaciones de parte de Dios que le concretan de modo explícito lo que espera de él.

En esto está la grandeza de José. Humanamente no es un personaje famoso de su tiempo, ni aparece para sus parientes y conocidos como autor de grandes hazañas; sin embargo, sólo con su vida –ordinaria casi siempre–, porque en todo momento respondió

a las llamadas divinas, ha merecido un puesto de privilegio en la Gloria del Cielo, y ser recordado con admiración por todos los cristianos.

En este tiempo nuestro, cuando para muchos parece decisivo triunfar ante la gente, y que en eso estaría el valor personal; el Esposo de María nos enseña verdadera eficacia y sencillez: José cumple lo que Dios esperaba de él sin pensar en el propio lucimiento ni en satisfacciones personales. Actúa tan sólo a impulsos del querer divino, de modo que le basta conocer lo que el Señor espera de él para procurar ponerlo por obra, empleando para ello lo mejor de sus cualidades. Fe, esperanza y caridad eran hábitos corrientes en su conducta. Es más, por la docilidad con que reacciona a los estímulos sobrenaturales, manifiesta cuánto le movía ya en la tierra el amor de Dios. Un amor plasmado en obras de fidelidad: obediente enseguida a la indicación del ángel de recibir a María como esposa, en contra de lo que él ya había decidido; o, como veremos, poco tiempo después, saliendo enseguida, en plena noche hacia un país extraño, porque fiado del aviso recibido, también en sueños, descansa en la esperanza de encontrar en Egipto el mejor lugar para establecer su familia, por increíble que pudiera parecer, con las razonables dificultades del viaje y las demás incomodidades, lógicas en una tierra desconocida.

Las páginas del Evangelio, como ésta que hoy consideramos, pueden movernos al examen: ¿me interesa en realidad descubrir lo que agradará más al Señor en mi modo de actuar?; ¿hasta qué punto y con qué diligencia sigo lo que me pide, lo que reconozco que es su voluntad para mí? Porque, viviendo de modo consciente en la presencia de Dios, nuestra vida ha de ser de fe, esperanza y amor. Pidamos por ello a Dios, Nuestro Padre, de quien procede todo bien y que nos quiere santos, que aumente en cada uno las virtudes teologales, para tener así realismo sobrenatural; y que, firmemente apoyados en la materia de este mundo, podamos vivir vida de hijos de Dios. La mente de cada uno, atenta al destino para el que nos quiere el Creador, gobernará la conducta nuestra haciéndonos estar plenamente en las cosas de este mundo, pero sin reducirnos a lo mundano. Comprobaremos así que hasta lo más terreno, si forma parte de la vida de los hombres, puede y debe ser sobrenatural, capaz de manifestar amor a Dios, que eso espera de sus hijos en cada instante.

La nuestra será, como la de María, una vida de fe, esperanza y amor. Será, como la suya, aunque el dolor acompañe, una vida colmada de rico sentido e inmensamente feliz, en la presencia de nuestro Padre del Cielo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Será llamado "Dios con nosotros"

La liturgia de la Palabra de esta Misa se abre con la célebre profecía de Isaías: *El Señor mismo les dará un signo. Miren la joven está embarazada y dará a luz a un hijo,*

y lo llamará con el nombre de Emmanuel (que significa "Dios-con-nosotros). El pasaje evangélico nos describe el cumplimiento de esta profecía. El signo es María que, en su virginidad, ha dado a luz a Jesucristo. Todo esto —comenta, en efecto, el evangelista— sucedió a fin de que se cumplieran las Escrituras.

Con estos dos pasajes de las Escrituras, somos introducidos en el corazón de la Natividad. Antes de celebrar, dentro de pocos días, la Natividad histórica —el recuerdo del nacimiento del Señor—, hoy nos disponernos a contemplar y celebrar la Natividad teológica, es decir, el significado profundo de la Natividad. El misterio de la Natividad es éste: Dios, en Jesucristo, se ha hecho Emmanuel, el Dios-con-nosotros. De "Dios altísimo" se ha vuelto un Dios próximo, un Dios para los hombres. Es éste el nombre nuevo con que él será ahora conocido: el Emmanuel. ¿Qué significa todo esto? Dios estaba con el hombre desde la creación. Pero había un diálogo a distancia, realizado por medio de los profetas. Existía entre los dos una alianza difícil y precaria. Con Cristo, él entró en persona en la humanidad; se hizo uno de nosotros para hablarnos y salvarnos del interior de nuestra situación y de nuestra historia, La alianza se convirtió en "nueva y eterna": eterna, porque las dos partes —Dios y el hombre— son ahora "una persona", un ser único ya no divisible: Jesucristo. Jesucristo es el Emmanuel, el Dios con nosotros. Aprendamos a conocer bien este nombre de nuestro Salvador; encierra en síntesis toda nuestra fe en él. Jesús es Emmanuel, es decir, con nosotros; es uno de nosotros, nuestro hermano, "de la estirpe de David según la carne", como dice Pablo en la segunda lectura de hoy, pero Jesús es también El, es decir, Dios. Es hijo del hombre, pero también hijo de Dios. Si fuera sólo" con nosotros", pero no fuera "Dios", no podría salvarnos, no sería el Señor del mundo y de la historia. Si fuera sólo "Dios", pero no "con nosotros", su salvación no nos interesaría; él también habría quedado como un Dios desconocido, lejos del alcance y de las esperanzas del hombre. He aquí el verdadero misterio cristiano que debemos reafirmar con claridad en Navidad.

Hubo un tiempo en la Iglesia en que la cultura hacía difícil aceptar que Jesús estuviera verdaderamente "con nosotros", es decir, con los hombres, sujeto al nacimiento, al dolor y a la muerte (herejía docetista). Ahora la situación se ha vuelto al revés. Los hombres de hoy se apasionan por el hombre Jesús. "Sin embargo, es un hombre; es sólo un hombre", canta la Magdalena en el film *Jesucristo Superstar*, dando una expresión a los sentimientos de tantos modernos lectores del Evangelio. Por el contrario, es difícil aceptar del Evangelio que él es más que un hombre; es también Dios.

Nosotros los cristianos no debemos ni escandalizarnos ni ofendernos ante estas incomprensiones, Quien ama y admira a Jesús simplemente como hombre, no tardará en descubrir que es algo más que un hombre o un profeta. Tampoco debemos retroceder frente al reconocimiento de la plena humanidad de nuestro Salvador sólo porque algunos se detienen en ella. Más que los otros, creemos que él fue hombre como nosotros, aun cuando sin pecado: hombre que conoció la privación, el tedio, el miedo, tal vez la duda, ciertamente la angustia y el dolor. Pero no podemos detenernos aquí. Incluso durante la

vida de Jesús existía quien lo creía simplemente "un profeta". Sin embargo, de sus discípulos él exigió algo más: "¿quién dicen ustedes que soy yo?".

A esta eterna pregunta, la Iglesia responde con las palabras de Pedro: "Tú eres el Cristo, el hijo de Dios", es decir, tú eres el Dios con nosotros.

¿Pero, verdaderamente, también hoy Jesús es un Dios-con nosotros, o lo fue sólo por el breve período de treinta años, desde su nacimiento de María en Belén hasta su muerte en la cruz? Sí, también hoy lo es. "Yo permanezco con ustedes hasta el fin del mundo", dijo. Él habitó entre nosotros, escribió Juan (cfr. Jn 1,14). Jesús todavía es "Dios con nosotros". Con la resurrección, inauguró un nuevo modo de estar en el mundo: un modo espiritual, invisible, pero real. Jesús es nuestro contemporáneo.

Frente a esta certeza de fe, la única respuesta del hombre es el grito jubiloso de Pablo: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros... quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? (Rom. 8, 31). Es verdad: hay alguien que nos puede separar de él, y ese alguien somos nosotros mismos. Nosotros podemos, desafortunadamente, volverle la espalda a Jesús, vivir como si él nunca hubiera venido, como si no hubiera hablado. Vivir para nosotros mismos, como dice Pablo, y no para él, que murió y resucitó por nosotros (2 Cor. 5, 15). No nos sirve de nada ni siquiera que Dios esté con nosotros, si nos negamos a estar con él, de su parte. Por eso, el tiempo de la Navidad es también una ocasión para volver a convocar al cristiano a su compromiso moral: "Ecce nunc tempus acceptabile", nos sigue diciendo el Apóstol: *Ahora es el tiempo propicio*.

Jesucristo es siempre el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Pero hay un momento en el cual lo es de manera distinta: sacramental y real. Y es ahora, en nuestra celebración eucarística. Él se hace presente para estar con nosotros como alimento nuestro, ¿Quién podrá subir a la montaña del Señor y permanecer en su recinto sagrado?: así hemos cantado juntos en el salmo responsorial, y hemos respondido con el salmista: El que tiene las manos limpias y puro el corazón. Tal vez nosotros no tengamos manos limpias y corazón puro para acercarnos al altar del Señor, pero le ofreceremos en compensación un corazón humilde y contrito que él no desdeñará.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San Jorge (18-XII-1983)

– El Señor está cerca

“¿Quién puede subir al monte del Señor? / ¿Quién puede estar en el recinto sacro?/ El hombre de manos inocentes/ y puro corazón” (Sal 23/24,3-4).

La liturgia de este domingo IV de Adviento insiste sobre el tema de la cercanía, recordando la llegada inminente del que debe venir, y trazando al mismo tiempo las características de quien, con motivo de esta venida, se acerca, a su vez, a Dios.

Desde los primeros versículos, el Salmo responsorial nos lleva a lo alto, al que es Señor de la tierra, de cuanto la llena, del universo y de sus habitantes. Dios creó todo para regalárselo al hombre, a fin de que éste, por la contemplación de lo creado, pueda reconocerlo y acercarse a Él.

Según la expresión del Salmista, Dios, por lo mismo que transciende todo el universo material, está “por encima” del mundo; y así, el acercamiento a Él se presenta como un “subir”. Pero no se trata de un desplazamiento material en el espacio, sino de una apertura, una orientación del espíritu; una actividad “santa”, propia de los buscadores de Dios, “el grupo que busca al Dios de Jacob”.

– La Virgen en el Antiguo Testamento

Hoy la liturgia nos hace ver concretamente las dos figuras a las que les fue dado acercarse más a quien tenía que venir: María y José. Son las dos personas culminantes del tiempo de Adviento, situadas en la etapa de la cercanía más grande de Dios mismo.

La figura de María, en la presente liturgia, queda delineada en dos pasajes de la Escritura: en el Antiguo Testamento, como prefigurada con el texto de Isaías (Is 7,10-14); en el Nuevo, como realización, con el texto de Mateo (Mt 1,18-24).

Los libros del Antiguo Testamento, al describirnos la historia de la salvación, ponen de relieve, paso a paso –como observa el Concilio (LG 55)–, cada vez más claramente a la Madre del Redentor. Bajo este haz de luz Ella queda proféticamente bosquejada en la imagen de la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que quiere decir “Dios con nosotros”. Es apenas una anticipación, eficaz para prefigurar un ser sin igual, predestinado por Dios, el cual, ya con anticipo de bastantes siglos, comienza a proyectar sobre nosotros algunos rasgos de su grandeza.

Este texto de Isaías, durante el curso de los siglos, se lee y entiende en la Iglesia a la luz de la revelación ulterior. Lo que en el Antiguo Testamento, con sus aperturas mesiánicas, era un comienzo, se convierte en claridad dentro del Nuevo Testamento. San Mateo reconoce en las palabras de Isaías a la mujer que, por obra del Espíritu Santo, concibió virginalmente, con exclusión de intervención del hombre.

Jesús es el que salvará al pueblo de sus pecados. Y Ella, María, es la madre de Jesús. El Hijo de Dios "viene" a su seno para hacerse hombre. Ella lo acoge. Jamás Dios se acercó tanto al ser humano como en este caso de realización de relaciones entre Hijo y Madre.

– La figura de San José

Al mismo tiempo, Mateo tiene cuidado de poner ante los ojos la acogida consciente y amorosa de parte de José.

Él, el esposo, que por sí solo no puede explicarse el acontecimiento nuevo que se realizaba bajo sus ojos, es iluminado por la intervención del Ángel del Señor sobre la naturaleza de la maternidad de María. "La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo".

De esta manera, José es puesto al corriente de los hechos y es llamado a meterse en el designio salvífico de Dios. Ahora él sabe quién es el Niño que ha de nacer y quien es la madre. De acuerdo de la invitación del Ángel, llevó consigo a su esposa, no la repudió. "Al acoger" a María, acoge también al que en Ella ha sido concebido por obra admirable de Dios, para quien nada es imposible.

La liturgia, concentrándose en estos dos pasajes del Adviento, nos conduce ya al terreno de la Navidad.

Ahora quedamos en escucha de la segunda lectura, tomada de la carta dirigida por el Apóstol Pablo a los Romanos. Ella nos habla precisamente a nosotros como si –también hoy– estuviera dirigida a nosotros, habitantes de la Roma moderna.

El Apóstol Pablo proclama la venida de Cristo precisamente a Roma; es la venida mediante el Evangelio: "Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro. Por Él hemos recibido este don y esta misión (Rom 1,1-5)".

Desde que el Apóstol Pablo escribió estas palabras, han pasado casi dos mil años. Pero son siempre actuales, y todavía dirigidas a los romanos.

No nos queda más que ponernos en actitud de disponibilidad para acoger a Jesucristo por medio del Evangelio que anuncia la Iglesia, del mismo modo que lo acogieron los primeros cristianos…cuya fe era conocida en todo el mundo.

Queremos acogerlo, por utilizar la expresión del Apóstol, en toda la verdad de su Divinidad y de su Humanidad.

Recibámoslo la noche de Belén en el conjunto de su misterio pascual. "Por su resurrección de la muerte" Cristo ha sido "constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de

Dios con pleno poder". Mediante el misterio Pascual se ha revelado plenamente la filiación divina del que nació la noche de Belén.

Acojamos a Cristo, Hijo de Dios, el que debe venir, y, al acogerlo, esforcémonos por asemejarnos a María y a José, quienes fueron los primeros en acogerlo mediante la fe con la fuerza del Espíritu Santo.

Efectivamente, en ellos se manifiesta la plena madurez del Adviento.

"Por Él hemos recibido este don y esta misión".

"Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa: Dios con nosotros" (Mt 1,23).

Que el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, se convierta en la alegría y en la esperanza de todos los corazones humanos.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Se nos anuncia la inminente llegada del Salvador, "Dios con nosotros" (1ª lect), del linaje de David, Hijo de Dios (2ª lect). José, esposo de María, se siente turbado ante el embarazo de ella, pero no queriendo infamarla piensa abandonarla en secreto. Un ángel, en sueños, le comunica el misterio (3ª lect).

Cada uno de nosotros debería emular esta reserva ejemplar de José cuando el misterio de Dios nos desconcierta. José está dominado por una torturante idea que no le deja dormir. Está seguro de la pureza de María porque la inocencia y la rectitud son difíciles de simular, pero sus ojos ratifican lo que todos ven y en lo que él no ha tenido parte. José tiene motivos suficientes para hacerle una escena a María. Sin embargo, calla.

Dios, a través de un ángel, le tranquiliza: "José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es del Espíritu Santo". ¡Con qué ojos tan distintos miraría a la Virgen a partir de esa aclaración! ¡Dios en el vientre de mi mujer! ¡Dios en mi casa! ¡Con qué respeto y delicadeza la trataría!

Dios está entre nosotros, en cada uno. Al encarnarse, su contacto con la humanidad no fue puramente circunstancial sino total, hipostático, lo llamaron los padres de nuestra fe. Dios ha hecho suya la causa del hombre y nos ha advertido que cualquier cosa que hacemos a alguno de sus hermanos más pequeños –que eso somos cada uno– a Él se lo hacemos. Cuando yo sonrío, hago un servicio, evito una palabra que puede herir, me intereso por los demás, estoy sonriendo, sirviendo, evitando herir e interesándome por Jesucristo.

Preguntémonos en el umbral de estos días navideños en que la familia se reúne y adornamos la casa, se sacan las mejores bebidas, las comidas más sabrosas: ¿Sacamos lo que de más cálido y mejor hay en nosotros para alegrar la vida de quienes nos rodean? ¿Sabemos reprimir el genio, moderar el carácter, pasar por alto los pequeños roces propios de toda convivencia? ¿Alivio con mi generosidad a quienes no gozan de la abundancia que Dios me ha concedido?

Dios está entre nosotros, en el marido, la mujer, los hijos, los hermanos, los vecinos y compañeros de profesión, los enfermos, los menos favorecidos, los que están en prisión... ¡Qué gran cosa sería que el cambio que se operó en S. José, ante la aclaración del ángel, se produjera también en nosotros y tratáramos a los demás con la admiración y el afecto con que él trató a quien llevaba en su seno a Dios, María, su esposa!

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La maternidad virginal de María y la salvación sólo pueden venir de Dios»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 7,10-14: «La Virgen concebirá»

Sal 23,1-6: «Va a entrar el Señor; Él es el Rey de la Gloria»

Rm 1,1-7: «Jesucristo, de la estirpe de David, Hijo de Dios»

Mt 1,18-24: «Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La permanencia del pueblo de Dios está apoyada en la promesa de venida del Dios del pueblo. Una cosa es que Dios se haga historia con el hombre y otra que el hombre deshaga o destruya la historia de Dios con Él.

La virginal gravidez de la Virgen será signo de salvación porque de ella nacerá el «Dios-con-nosotros». Como si hasta María, Dios fuera «simplemente» Dios, y desde María, «Dios-con-nosotros».

San José es el ejemplo de quienes saben que hay situaciones vitales que exigen una decisión fundamental desde una «lectura» de fe; que no pueden ser tomadas desde la desnuda voluntad humana, sino desde la que se decide desde Dios.

III. SITUACIÓN HUMANA

Las muestras de prepotencia de las que hace gala el hombre de hoy se ven muchas veces frenadas por la frustración. La sensación de fracaso no suele ser para muchos ocasión de buscar soluciones por otro camino, incluido el de la trascendencia, sino para insistir una y otra vez en la oferta de soluciones para la historia creyéndose salvadores de todo.

A veces ocurre que los grandes pensamientos o proyectos humanos son sometidos a prueba por el Evangelio, cuando es leído desde la fe; sin embargo, ha de animarnos la convicción de que la fe, lejos de destruir la iniciativa del hombre, le ayuda a descubrir caminos nuevos e insospechados.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Cristo, concebido por obra del Espíritu Santo: "Los relatos evangélicos presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas: «Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo», dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1,20)" (497; cf 496).

– María, siempre Virgen: 499. 500. 501. 503.

La respuesta

– La oración en comunión con la Santa Madre de Dios: "A partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios. En los innumerables himnos y antífonas que expresan esta oración, se alternan habitualmente dos movimientos: uno «engrandece» al Señor por las «maravillas» que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella, en todos los seres humanos; el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios" (2675; cf 2673. 2674).

– Todos los fieles estamos llamados a la santidad: 2012. 2013.

El testimonio cristiano

– «Merced a este vínculo especial que une a Cristo con la Iglesia, se aclara mejor el misterio de aquella mujer que, desde los primeros capítulos del libro del Génesis hasta el Apocalipsis, acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella dura batalla contra el poder de las tinieblas que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana» (Juan Pablo II, *RM*, 47).

El creyente no puede «acostumbrarse» nunca a las maravillas de Dios. El asombro forma parte de la fe porque certifica que la salvación y sus manifestaciones sólo pueden tener a Dios por autor.

– Santa María, Maestra de esperanza. Origen del desánimo y del desaliento. Jesucristo, el bien supremo.

I. El espíritu del Adviento consiste en buena parte en vivir cerca de la Virgen en este tiempo en el que Ella lleva en su seno a Jesús. La vida nuestra es también un *adviento* un poco más largo, una espera de ese momento definitivo en el que nos encontraremos por fin con el Señor para siempre. El cristiano sabe que este *adviento* ha de vivirlo junto a la Virgen todos los días de su vida si quiere acertar con seguridad en lo único verdaderamente importante de su existencia: encontrar a Cristo en esta vida, y después en la eternidad.

Y para preparar la Navidad, ya tan cercana, nada mejor que acompañar en estos días a Santa María, tratándola con más amor y más confianza.

Nuestra Señora fomenta en el alma la alegría, porque con su trato nos lleva a Cristo. Ella es *Maestra de esperanza. María proclama que la* llamarán bienaventurada todas las generaciones *(*Lc *1, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento –Judit, Ester, Débora– consiguieron ya en la tierra una gloria humana (...). ¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza*.

No cae en desaliento quien padece dificultades y dolor, sino el que no aspira a la santidad y a la vida eterna, y el que desespera de alcanzarlas. La primera postura viene determinada por la incredulidad, por el aburguesamiento, la tibieza y el excesivo apegamiento a los bienes de la tierra, a los que considera como los únicos verdaderos. El desaliento, si no se le pone remedio, paraliza los esfuerzos para hacer el bien y superar las dificultades. En ocasiones, el desánimo en la propia santidad está determinado por la debilidad del querer, por miedo al esfuerzo que comporta la lucha ascética y tener que renunciar a apegamientos y desórdenes de los sentidos. Tampoco los *aparentes* fracasos de nuestra lucha interior o de nuestro afán apostólico pueden desalentarnos: quien hace las cosas por amor a Dios y para su Gloria *no fracasa nunca*: *Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo –ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!. No has fracasado: has adquirido experiencia–. ¡Adelante!*".

Dentro de pocos días veremos en el *belén* a Jesús en el pesebre, lo que es una prueba de la misericordia y del amor de Dios. Podremos decir: "En esta Nochebuena todo se para en mí. Estoy frente a Él: no hay nada más que Él, en la inmensidad blanca. No dice nada, pero está ahí... Él es Dios amándome". Y si Dios se hace hombre y me ama, ¿cómo no buscarle? ¿Cómo perder la esperanza de encontrarle si Él me busca a mí? Alejemos todo posible desaliento; ni las dificultades exteriores ni nuestra miseria personal pueden nada ante la alegría de la Navidad que ya se acerca.

– El objeto de nuestra esperanza.

II. La esperanza se manifiesta a lo largo del Antiguo Testamento como una de las características más esenciales del verdadero pueblo de Dios. Todos los ojos están puestos en la lejanía de los tiempos, por donde un día llegaría el Mesías: "los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la Salvación, en la que, paso a paso, se prepara la venida de Cristo al mundo".

En el *Génesis* se habla ya de la victoria de la *Mujer* sobre los poderes del mal, de un mundo nuevo.

El profeta Oseas anuncia que Israel se convertirá y florecerá en el amor antiguo. Isaías, en medio de las decepciones del reinado de Ezequiel, anuncia la venida del Mesías, Miqueas señalará a Belén de Judá como el lugar de su nacimiento.

Faltan pocos días para que veamos en el *belén* a Nuestro Señor, *a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen cuidó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y lo señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su Nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza*.

Jesucristo proclama, desde el pesebre de Belén hasta el momento de su Ascensión a los cielos, un mensaje de esperanza. Jesús mismo *es nuestra única esperanza*. Él es la garantía plena para alcanzar los bienes prometidos. Miramos hacia la gruta de Belén, "en vigilante espera", y comprendemos que sólo con Él nos podemos acercar *confiadamente a Dios Padre*.

El Señor mismo nos señala que el objeto principal de la esperanza cristiana no son los bienes de esta vida, que *la herrumbre y la polilla corroen y los ladrones desentierran y roban*, sino los tesoros de la *herencia incorruptible*, y en primer lugar la felicidad suprema de la posesión eterna de Dios.

Esperamos confiadamente que un día nos conceda la eterna bienaventuranza y, ya ahora, el perdón de los pecados y su gracia. Como una consecuencia, la esperanza se extiende a todos los medios necesarios para alcanzar ese fin. Desde este aspecto particular, también los bienes terrenales pueden caer en el ámbito de la esperanza, pero sólo en la medida y en la manera con que Dios los ordena a nuestra salvación.

Vamos a luchar, estos días y siempre, con todas nuestras fuerzas contra esas formas menores de desesperación que son el desánimo, el desaliento y el estar preocupados casi exclusivamente por los bienes materiales.

La esperanza lleva al abandono en Dios y a poner todos los medios a nuestro alcance, para una lucha ascética que nos impulsará a recomenzar muchas veces, a ser constantes en el apostolado y pacientes en la adversidad, a tener una visión más sobrenatural de la vida y de sus acontecimientos. "En la medida en que el mundo se canse de su esperanza cristiana, la alternativa que le queda es el materialismo, del tipo que ya conocemos; estoy

nada más. Su experiencia del cristianismo ha sido como la experiencia de un gran amor, el amor de toda una vida... Ninguna voz nueva (...) tendrá ningún atractivo para nosotros si no nos devuelve a la gruta de Belén, para que allí podamos humillar nuestro orgullo, ensanchar nuestra caridad y aumentar nuestro sentimiento de reverencia con la visión de una pureza deslumbradora".

– Confianza en el Señor. Nunca llega tarde para darnos la gracia y las ayudas necesarias.

III. *Escuchadme, los desanimados, que os creéis lejos de la victoria. Yo acerco mi victoria; no está lejos, mi salvación no tardará.*

Nuestra esperanza en el Señor ha de ser más grande cuanto menores sean los medios de que se dispone o mayores sean las dificultades. En cierta ocasión en que Jesús vuelve a Cafarnaúm, nos dice San Lucas que *todos estaban esperándole*. En medio de aquella multitud sobresale un personaje que el Evangelista destaca diciendo que era un *jefe de sinagoga* y pide a Jesús la curación de su hija: *se postró a sus pies*; no tiene reparo alguno en dar esta muestra pública de humildad y de fe en Él.

Inmediatamente, a una indicación del Señor, todos se ponen en movimiento en dirección a la casa de Jairo. La niña, de doce años, hija única, se estaba muriendo. Debe de estar ya agonizando. Precisamente entonces, cuando han recorrido una parte del camino, y al amparo de la multitud, una mujer que padece una enfermedad que la hace impura según la ley se acerca por detrás y toca el extremo del manto del Señor. Es también una mujer llena de una profunda humildad.

Jairo había mostrado su esperanza y su humildad postrándose delante de todos ante Jesús. Esta mujer pretende pasar inadvertida, no quería entretener al Maestro; pensaba que era demasiado poca cosa para que el Señor se fijara en ella. Le basta tocar su manto.

Ambos milagros se realizarán acabadamente. La mujer, en la que había fracasado la ciencia de tantos médicos, será curada para siempre, y la hija de Jairo vivirá plena de salud a pesar de que cuando llega la comitiva, después del retraso sufrido en el trayecto, haya muerto.

Durante el suceso con la hemorroisa, ¿qué ocurre con Jairo? Parece que ha pasado a segundo plano, y no es difícil imaginarlo un tanto impaciente, pues su hija se le moría cuando la dejó para buscar al Maestro. Cristo, por el contrario, no aparenta tener prisa. Incluso parece no dar importancia a lo que ocurre en casa de Jairo.

Cuando Jesús llega, la niña ya había muerto. Ya no hay posibilidad de salvarla; parece que Jesús ha acudido tarde. Y precisamente ahora, cuando humanamente no queda nada por hacer, cuando todo invita al desaliento, ha llegado la hora de la esperanza sobrenatural.

Jesús no llega nunca tarde. Sólo se precisa una fe mayor. Jesús ha esperado a que se hiciese "demasiado tarde", para enseñarnos que la esperanza sobrenatural también se

apoya, como cimiento, en las ruinas del esperar humano y que sólo es necesario una confianza sin límites en Él, que todo lo puede en todo momento.

Nos recuerda este pasaje nuestra propia vida, cuando parece que Jesús no viene al encuentro de nuestra necesidad, y luego nos concede una gracia mucho mayor. Nos recuerda tantos momentos junto al Sagrario en que nos ha parecido oír palabras muy semejantes a éstas: *No temas, ten sólo fe*. Esperar en Jesús es confiar en Él, dejarle hacer. Más confianza, cuanto menores sean los elementos en que humanamente nos podamos apoyar.

La devoción a la Virgen es la mayor garantía para alcanzar los medios necesarios y la felicidad eterna a la que hemos sido destinados. María es verdaderamente "puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos". Pidámosle que sepamos esperar, en estos días que preceden a la Navidad y siempre, llenos de fe, a su Hijo Jesucristo, el Mesías anunciado por los Profetas. "Ella precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor (cfr. 2 Pdr 3, 10)".

Rev. D. Pere GRAU i Andreu (Les Planes, Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado

Hoy, la liturgia de la Palabra nos invita a considerar y admirar la figura de san José, un hombre verdaderamente bueno. De María, la Madre de Dios, se ha dicho que era bendita entre todas las mujeres (cf. Lc 1,42). De José se ha escrito que era justo (cf. Mt 1,19).

Todos debemos a Dios Padre Creador nuestra identidad individual como personas hechas a su imagen y semejanza, con libertad real y radical. Y con la respuesta a esta libertad podemos dar gloria a Dios, como se merece o, también, hacer de nosotros algo no grato a los ojos de Dios.

No dudemos de que José, con su trabajo, con su compromiso en su entorno familiar y social se ganó el "Corazón" del Creador, considerándolo como hombre de confianza en la colaboración en la Redención humana por medio de su Hijo hecho hombre como nosotros.

Aprendamos, pues, de san José su fidelidad —probada ya desde el inicio— y su buen cumplimiento durante el resto de su vida, unida —estrechamente— a Jesús y a María.

Lo hacemos patrón e intercesor para todos los padres, biológicos o no, que en este mundo han de ayudar a sus hijos a dar una respuesta semejante a la de él. Lo hacemos

patrón de la Iglesia, como entidad ligada, estrechamente, a su Hijo, y continuamos oyendo las palabras de María cuando encuentra al Niño Jesús que se había "perdido" en el Templo: «Tu padre y yo…» (Lc 2,48).

Con María, por tanto, Madre nuestra, encontramos a José como padre. Santa Teresa de Jesús dejó escrito: «Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho a él (…). No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer».

Especialmente padre para aquellos que hemos oído la llamada del Señor a ocupar, por el ministerio sacerdotal, el lugar que nos cede Jesucristo para sacar adelante su Iglesia. —¡San José glorioso!: protege a nuestras familias, protege a nuestras comunidades; protege a todos aquellos que oyen la llamada a la vocación sacerdotal… y que haya muchos.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

La gran fe de José

"Miren, la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel, el Dios con nosotros" (Is 7,14). Esta afirmación del profeta Isaías que todos conocen como el más célebre, que anuncia el adviento del Mesías en la historia de la humanidad, nos anticipa desde ahora la cercanía de aquel día estupendo y maravilloso, que será el *dies natalis* de Jesús, aquel que había sido anunciado por todas las escrituras y por los profetas, aquel que las completará y las llevará a cumplimiento. Nuestro Dios se encarnará y nacerá gracias a la disponibilidad generosa de la "joven", aquella que desde la eternidad había sido elegida para convertirse en la madre del Salvador. Por una parte, vemos la poca fe de Ajaz que rechaza la oferta de Dios en el pedirle una señal, pero por otra parte su insistencia en el concedérsela, de modo que se realice plenamente la morada de Dios entre los hombres (cfr Is 7, 10-14).

"José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa" (Mt 1,20).

De la misma manera como en la lectura del profeta Isaías, pero diametralmente opuesta a la actitud incrédula de Ajaz, vemos la total adhesión de parte de José que, no obstante, en un primer momento, como prescribe la ley, había decidido de abandonar en secreto a María, porque había sabido de su repentino embarazo; delante de la tranquilización del ángel del Señor "hizo lo que le había ordenado… llevó a María a su casa" (Mt 1,24). Sin embargo, todo esto no disminuye la paternidad de José, aun cuando lo que se había verificado era obra del Espíritu Santo, sino que es exaltada porque "tú le pondrás el nombre de Jesús, él salvará a su pueblo de todos sus pecados" (Mt 1,21). En otras palabras, gracias a su extraordinaria paternidad, que él mismo aceptará, permitirá la realización de la promesa hecha por Dios, la de querer morar en medio de su pueblo.

Esta gran fe de José, nos ayuda a comprender que ésta también asume un nuevo valor en las cosas más íntimas que nos pertenecen.

Es por eso que cada uno de nosotros, como nos recuerda hoy, "el apóstol por vocación", tenemos que "obtener la obediencia a la fe", para hacer nuestra profesión en Jesucristo (cfr Rm 1,1-7).

En todo esto vemos la gran misión que María realiza como un instrumento privilegiado en las manos de Dios, porque es gracias a ella que comienza a realizarse la morada de Dios entre los hombres, convirtiéndose ella misma antes que nadie en morada del Verbo: "Tú hoy, oh María, te has hecho libro en el cual se describe nuestra regla de vida. En ti hoy está inscrita la sabiduría del Padre eterno [...] Oh María, dulce amor mío, en ti está inscrito el Verbo, del cual nosotros tenemos la doctrina de la vida. Tú eres la mesa que nos brinda esa doctrina. Yo veo este Verbo, que está inscrito en ti, que tiene el santo deseo de la cruz. Inmediatamente, desde que fue entregado a ti, le fue injertado y admitido el deseo de morir, para la salvación del hombre, por la cual Él se encarnó.

Despertémonos entonces, porque el Nacimiento del Señor está ya a la puerta, vayamos a su encuentro, Él está por venir con su gloria: ¡escuchémoslo, amémoslo y sigámoslo!

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO A

El sí del sacerdote

«El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga» (Mt 16, 24).

Ese es el sí.

Es el sí de María y es el sí de José.

Ese es el sí del sacerdote.

Abandono, confianza, y obediencia a la voluntad de Dios, que llama, que manda, que espera.

El sí de María, que confía, que se abandona, que obedece, y que dice: hágase en mí, Señor, según tu voluntad.

Que no duda, pero qué pregunta: ¿y cómo será esto?

Y en esas palabras ella expresa la verdad, que manifiesta la grandeza de su humildad, en esa pequeña criatura que se sabe indigna, pero que se sabe pura, se sabe sierva, y se hace esclava, mientras el Espíritu Santo la hace madre, la hace digna y la mantiene pura.

Es el sí de José, que tiene fe, pero que duda, porque se siente indigno; pero se abandona y confía, abre sus oídos, escucha, entrega su corazón y obedece en todo la voluntad de Dios, antes que la razón de los hombres.

Es el sí de María, que recibe y acepta en su propio seno al Hijo de Dios.

Es el sí de José, que acoge en ese seno a la verdad, que por su fe le ha sido revelada, que acoge a la mujer que le ha sido confiada, y al fruto bendito de su vientre, para cuidarlos, para protegerlos, para permitir que Dios obre en los hombres, a través de un sí.

Es tu sí, sacerdote, que uniendo el sí de María y de José a tu propio sí, consigues la Trinidad de la Sagrada Familia, porque eres tú el mismo Cristo que va a nacer.

Ese es tu sí, sacerdote. Es el sí del mismo Cristo, el Hijo único de Dios, que siendo Dios se despojó de sí mismo adquiriendo la naturaleza humana, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.

Y tú, sacerdote, ¿recuerdas cuando dijiste sí?

¿Confías y te abandonas en la voluntad de tu Señor?, ¿o tienes dudas?

¿Has pensado abandonar a tu Señor en secreto?, ¿o confías y haces lo que tu Señor te manda?

Ese es tu sí, sacerdote: es el sí de María, de José y de Jesús, por el que renuncias a ti mismo, para tomar tu cruz, para seguir a aquel por quien ha nacido la salvación para el mundo, y de la cual, por ese sí te hace parte, cuando confías, te abandonas y obedeces a la voluntad de Dios, uniendo tu fe en tus obras, para recibir, para preguntar: ¿cómo va a ser esto?, para traer a Cristo al mundo, sin dudar del poder de Dios que obra en ti, y para decir, cuando la duda te asalte: *"Señor, en ti confío, mi fe está en cumplir tu voluntad, para acoger, para cuidar, para proteger a esa Madre y a ese Hijo, que es Iglesia y es Eucaristía"*. Y decir el sí de María, el sí de José y el sí de Jesús todos los días de tu vida.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 21)

ADVIENTO CICLO B

Domingo I de Adviento (B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Homilías 2008 y 2009**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**

– **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**

– **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**

– **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**

- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompañiademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com**.
Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd**.

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

EL FIN DESCONOCIDO

Is 63, 16-17. 19; 64, 2-7; 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

Un deseo y una advertencia. En el libro de Isaías encontramos una súplica que el pueblo dirige al Señor, pidiéndole que se manifieste rasgando los cielos y dando pruebas de su presencia salvadora. Los israelitas que sufren los embates del destierro apelan a la fidelidad de Dios a quien juzgan su único Padre y aliado. No encuentran otra salida a sus desgracias que el auxilio divino. En el Evangelio de san Marcos, la invitación reiterada es a estar en vela ante la incertidumbre relativa a la llegada del día del Señor. No se trata de angustiarse ni dejarse amedrentar por el miedo al castigo. El Señor Jesús no viene como un inquisidor decidido a fiscalizar nuestros fallos. Quien haya vivido haciendo el bien, no tendrá de que preocuparse. Los servidores vigilantes que cumplen su voluntad esperan confiadamente su venida.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 24, 1-3

A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado, que no triunfen de mí mis enemigos; pues los que esperan en ti no quedan defraudados.

ORACIÓN COLECTA

Concede a tus fieles, Dios todopoderoso, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene a nosotros, para que, mediante la práctica de las buenas obras, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Ojalá, Señor, rasgaras los cielos y bajaras.

Del libro del profeta Isaías: 63, 16-17.19; 64, 2-7

Tú, Señor, eres nuestro padre y nuestro redentor; ése es tu nombre desde siempre. ¿Por qué, Señor, nos has permitido alejarnos de tus mandamientos y dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de no temerte? Vuélvete, por amor a tus siervos, a las tribus que son tu heredad. Ojalá rasgaras los cielos y bajaras, estremeciendo las montañas con tu presencia.

Descendiste y los montes se estremecieron con tu presencia. Jamás se oyó decir, ni nadie vio jamás que otro Dios, fuera de ti, hiciera tales cosas en favor de los que esperan en él. Tú sales al encuentro del que practica alegremente la justicia y no pierde de vista tus mandamientos.

Estabas airado porque nosotros pecábamos y te éramos siempre rebeldes. Todos éramos impuros y nuestra justicia era como trapo asqueroso; todos estábamos marchitos, como las hojas, y nuestras culpas nos arrebataban, como el viento.

Nadie invocaba tu nombre, nadie se levantaba para refugiarse en ti, porque nos ocultabas tu rostro y nos dejabas a merced de nuestras culpas. Sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero; todos somos hechura de tus manos.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 79, 2ac y 3b.

R/. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.

Escúchanos, pastor de Israel; tú, que estás rodeado de querubines, manifiéstate, despierta tu poder y ven a salvarnos. ***R/.***

Señor, Dios de los ejércitos, vuelve tus ojos, mira tu viña y vi sí tala; protege la cepa plantada por tu mano, el renuevo que tú mismo cultivaste. ***R/.***

Que tu diestra defienda al que elegiste, al hombre que has fortalecido. Ya no nos alejaremos de ti; consérvanos la vida y alabaremos tu poder. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Esperamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 1, 3-9

Hermanos: Les deseo la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Cristo Jesús, el Señor.

Continuamente agradezco a mi Dios los dones divinos que les ha concedido a ustedes por medio de Cristo Jesús, ya que por él los ha enriquecido con abundancia en todo lo que se refiere a la palabra y al conocimiento; porque el testimonio que damos de Cristo ha sido confirmado en ustedes a tal grado, que no carecen de ningún don, ustedes, los que esperan la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él los hará permanecer irreprochables hasta el fin, hasta el día de su advenimiento. Dios es quien los ha llamado a la unión con su Hijo Jesucristo, y Dios es fiel.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Sal 84, 8

R/. Aleluya, aleluya.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. ***R/.***

EVANGELIO

Velen, pues no saben a qué hora va a regresar el dueño de la casa.

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 13, 33-37

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento. Así como un hombre que se va de viaje, deja su casa y encomienda a cada quien lo que debe hacer y encarga al portero que esté velando, así también velen ustedes, pues no saben a qué hora va a regresar el dueño de la casa: si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada. No vaya a suceder que llegue de repente y los halle durmiendo. Lo que les digo a ustedes, lo digo para todos: permanezcan alerta".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, estos dones que te ofrecemos, tomados de los mismos bienes que nos has dado, y haz que lo que nos das en el tiempo presente para aumento de nuestra fe, se convierta para nosotros en prenda de tu redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 84, 13

El Señor nos mostrará su misericordia y nuestra tierra producirá su fruto.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que nos aprovechen los misterios en que hemos participado, mediante los cuales, mientras caminamos en medio de las cosas pasajeras, nos inclinas ya desde ahora a anhelar las realidades celestiales y a poner nuestro corazón en las que han de durar para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

¡Ojalá rasgaras los cielos y bajases! (Is 63, 16b-17.19b; 64, 2-7)

1ª lectura

Por fin viene el Señor vencedor como Juez que castiga y premia. Al contemplar cercana su venida se eleva esta plegaria llena de confianza y esperanza.

Hay por dos veces (63, 16 y 64, 7) una interpelación apremiante a Dios, invocado como Padre de Israel. Es uno de los pasajes más elocuentes del Antiguo Testamento sobre la entrañable paternidad de Dios con su pueblo. El autor del poema espera confiadamente que el corazón paternal del Señor no quede insensible ante tantos sufrimientos de sus hijos, aunque hayan merecido castigo por su infidelidad (64, 3-6). Las súplicas por el

auxilio divino se vuelven dramáticas (63, 17-19a), hasta terminar con la petición de un milagro portentoso (63, 19b). La exposición de las calamidades que ha sufrido el pueblo continúa en 64, 2-7 en el mismo tono que en 63, 16-19: el profeta desarrolla los motivos para que Dios auxilie al pueblo de su heredad.

El grito ardoroso del profeta *–¡Ojalá rasgaras los cielos y bajases!–* (63, 19b) sintetiza de modo admirable la paciente espera de Israel en las intervenciones salvadoras de Dios; y, en perspectiva mesiánica, asume las esperanzas depositadas en el Salvador esperado por el pueblo elegido a lo largo de su historia. También, de alguna manera, es el clamor de todo hombre que se dirige al Señor con la urgencia de que sus aspiraciones nobles no caigan en saco roto. Este Adviento de siglos, que en cierto modo revive en nuestros días, encuentra de nuevo su respuesta en el designio de Dios Padre, que envió a su Hijo, hecho Hombre, para que llevase a cabo nuestra Redención, y envió al Espíritu Santo para hacer a los hombres partícipes de su Amor.

Las palabras de Is 64, 3 son evocadas por San Pablo para mostrar la sabiduría y el amor de Dios por cuantos le aman y el conjunto de dones futuros que superan la capacidad del hombre: «Según está escrito: *Ni ojo vio, ni oído oyó,* ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman» (1 Co 2, 9). Ya que estos dones se alcanzan plenamente en la vida futura, también ha sido muy comentado en la espiritualidad cristiana para expresar la felicidad del cielo. Así lo haría por ejemplo San Roberto Belarmino: «¿Acaso no prometes además un premio a los que guardan tus mandamientos, más precioso que el oro fino, más dulce que la miel de un panal? Por cierto que sí, y un premio grandioso, como dice Santiago: *La corona de la vida que el Señor ha prometido a los que lo aman*. ¿Y qué es esta corona de la vida? Un bien superior a cuanto podamos pensar o desear, como dice San Pablo, citando al profeta Isaías: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman*» (*De ascensione mentis in Deum*, Grado 1)

Esperamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 1, 3-9)

2ª lectura

San Pablo comienza esta carta primera a los corintios con el saludo habitual de presentación (vv. 1-3) y unas palabras de acción de gracias, en las que recuerda las cualidades y dones más sobresalientes de los cristianos a quienes dirige la epístola (vv. 4-9).

El Apóstol modifica la fórmula epistolar de saludo habitual en el mundo grecorromano (*chairein*, «saludos») por una más personal y de más fuerza cristiana: «Gracia y paz» (v. 3). «No hay verdadera paz, como no hay verdadera gracia, sino las que vienen de Dios —enseña San Juan Crisóstomo—. Poseed esta paz divina y no tendréis nada que temer, aunque fuerais amenazados por los mayores peligros, ya sea por los hombres, ya sea incluso por los mismos demonios. Al contrario, para el hombre que está

en guerra con Dios por el pecado, mirad cómo todo le da miedo» (*In 1 Corinthios* 1, *ad loc.*).

La acción de gracias, frecuente en las cartas paulinas, es en este caso de gran densidad doctrinal: recuerda a los corintios que Dios es el origen de su situación privilegiada (v. 4), que gozan de los dones de palabra y ciencia (vv. 5-6), y viven a la espera de la venida gloriosa de Cristo (vv. 7-9).

Los dones y carismas serán tratados con amplitud en otros lugares de la carta (12, 1ss.). Aquí se subraya un enriquecimiento «en palabra y en ciencia» (v. 5), es decir, en conocimiento de la doctrina cristiana y capacidad para expresarla con claridad: «Hay quienes poseen el don de ciencia, pero no el de la palabra; y hay quienes poseen una y otra. Los simples fieles, las inteligencias sencillas conocen nuestras verdades, pero no pueden expresarlas con la claridad con que están en su espíritu. Vosotros, en cambio, dice San Pablo, no sois así: vosotros conocéis esas verdades y podéis hablar de ellas, sois ricos en el don de la palabra y en el de la ciencia» (S. Juan Crisóstomo, *In 1 Corinthios* 2, *ad loc.*).

«Os confirmará hasta el final» (v. 8). El horizonte escatológico —los acontecimientos que tendrán lugar al final de la vida de cada persona y de la historia— es clave. Puesto que algunos creían que ya habían alcanzado la plenitud de la perfección, Pablo recuerda que todavía vivimos en lucha y esperanza hasta que llegue «el día del Señor», es decir, del juicio, día en que Jesucristo, como Juez, se manifestará en la plenitud de gloria (cfr 2 Co 1, 14; 1 Ts 5, 2).

No sabéis cuándo será el momento ¡velad! (Mc 13, 33-37)

Evangelio

Estos versículos resumen cuál debe ser la actitud de los discípulos del Señor (v. 37): estar en vela, vigilantes (vv. 33.35.37). Todas estas palabras vienen en el Evangelio a dar razón de lo que Jesús acababa de responder de modo provocativo cuando le preguntan por cuándo sucederá: «Nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre» (v. 32). La frase ha sido una de las *crux interpretum* de los estudiosos de los evangelios. En el contexto de las palabras de Jesús (vv. 30-33), tiene más lógica que aislada. Los escritos apocalípticos presentaban nuevas revelaciones sobre los acontecimientos de la generación presente y el eón o mundo futuro (v. 30). En esa línea argumental, Jesús les dice que no den fe a nuevas revelaciones (v. 32), sólo sus palabras tienen valor perenne (v. 31), y sus palabras son únicamente una: velad (v. 33). En estas condiciones, las palabras de Jesús pueden interpretarse, como hicieron algunos Padres, no como desconocimiento de Cristo acerca de ese momento, sino como conveniencia de no manifestarlo (cfr nota a Mt 24, 36-51), y pueden interpretarse también como desconocimiento de Jesús en cuanto hombre: «Cuando los discípulos le preguntaron sobre el fin, ciertamente, conforme al cuerpo carnal, les respondió: *Ni siquiera el Hijo*, para dar a entender que, como hombre, tampoco lo sabía. Es propio del ser humano el

ignorarlo. Pero en cuanto que Él era el Verbo, y Él mismo era el que había de venir, como juez y como esposo, por eso conoció cuándo y a qué hora había de venir. (...) Pero como se hizo hombre, tuvo hambre y sed y padeció como los hombres y del mismo modo que los hombres, en cuanto hombre no conocía, pero en cuanto Dios, en cuanto era el Verbo y la Sabiduría del Padre, no desconocía nada» (S. Atanasio, *Contra Arianos* 3, 46).

En resumen, lo seguro es que el Señor vendrá. La Iglesia nos estimula a avivar esta actitud de vigilia en la liturgia del Adviento.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

El día del juicio

Habéis oído, hermanos, la Escritura que nos exhorta e invita a estar en vela con vistas al último día. Que cada cual piense en el suyo particular, no sea que opinando o juzgando que está lejano el día del fin del mundo, os durmáis respecto al vuestro. Habéis oído lo que dijo a propósito de aquél: que lo desconocen tanto los ángeles como el Hijo y sólo lo conoce el Padre. Esto plantea un problema grande, a saber, que guiados por la carne juzguemos que hay algo que conoce el Padre y desconoce el Hijo. Con toda certeza, cuando dijo «lo conoce el Padre», lo dijo porque también el Hijo lo conoce, aunque en el Padre. ¿Qué hay en aquel día que no se haya hecho en el Verbo por quien fue hecho el día? «Que nadie, dijo, busque el último día, es decir, el cuándo ha de llegar». Pero estemos todos en vela mediante una vida recta para que nuestro último día particular no nos coja desprevenidos, pues de la forma como cada uno haya dejado su último día, así se encontrará en el último del mundo. Nada que no hayas hecho aquí te ayudará entonces. Serán las propias obras las que eleven u opriman a cada uno.

¿Qué hemos cantado al Señor en el salmo? *Apiádate de mí, Señor, porque me ha pisoteado un hombre.*

Llama «hombre» a quien vive según el hombre. Es más, a quienes viven según Dios se les dice: *Dioses sois, y todos hijos del Altísimo*. A los réprobos, en cambio, a los que fueron llamados a ser hijos de Dios y quisieron ser más bien hombres, es decir, vivir a lo humano: *Sin embargo,* dijo, *vosotros moriréis como hombres y caeréis como cualquiera de los príncipes*. En efecto, el hecho de ser mortal debe ser para el hombre motivo de disciplina, no de jactancia. ¿De qué presume el gusano que va a morir mañana? A vuestra caridad lo digo, hermanos: los mortales soberbios deben enrojecer frente al diablo. Pues él, aunque soberbio, es, sin embargo, inmortal; aunque maligno, es un espíritu. El día del castigo definitivo se le reserva para el final. Con todo, él no sufre la muerte que sufrimos nosotros. Escuchó el hombre: *Moriréis*. Haga buen uso de su pena. ¿Qué quiero decir con eso? No se encamine a la soberbia que le proporcionó la pena; reconózcase mortal y quiebre el ensalzarse. Escuche lo que se le dice: *¿De qué se ensoberbece la tierra y la*

ceniza? Si el diablo se ensoberbece, al menos no es tierra ni ceniza. Por eso se ha escrito: *Vosotros moriréis como hombres y caeréis como cualquiera de los príncipes.* No ponéis atención más que al hecho de ser mortales, y sois soberbios como el diablo. Haga, pues, buen uso el hombre de su pena, hermanos; haga buen uso de su mal para progresar en beneficio propio, ¿Quién ignora que es una pena el tener que morir necesariamente y, lo que es peor, sin saber cuándo? La pena es cierta e incierta la hora; y, de las cosas humanas, sólo de esta pena tenemos certeza absoluta.

Todo lo demás que poseemos, sea bueno o malo, es incierto. Sólo la muerte es cierta. ¿Qué estoy diciendo? Un niño ha sido concebido: es posible que nazca, es posible quesea abortado. Así de incierto es. Quizá crecerá, quizá no; es posible que llegue a viejo, es posible que no; quizá sea rico, quizá pobre; es posible que alcance honores, es posible que sea despreciado; quizá tendrá hijos, quizá no; es posible que secase y es posible que no. Cualquier otra cosa que puedas nombrar entre los bienes es lo mismo. Mira ahora a los males: es posible que enferme, es posible que no; quizá le pique una serpiente, quizá no; puede ser devorado por una fiera o puede no serlo. Pasa revista a todos los males. Siempre estará presente el «quizá sí, quizá no». En cambio, ¿acaso puedes decir: «Quizá morirá, quizá no»? ¿Por qué los médicos, tras haber examinado la enfermedad y haber visto que es mortal, dicen: «Morirá; no escapará de la muerte»? Ya desde el momento del nacimiento del hombre hay que decir: «No escapará de la muerte». El nacer es comenzar a enfermar; con la muerte llega a su fin la enfermedad, pero se ignora si conduce a otra cosa peor. Había acabado aquel rico con una enfermedad deliciosa y vino a otra tortuosa. Aquel pobre, en cambio, acabó con la enfermedad y llegó a la sanidad. Pero eligió aquí lo que iba a tener después; lo que allí cosechó, aquí lo había sembrado. Por tanto, debemos estar en vela mientras dura nuestra vida y elegir qué hemos de tener en el futuro.

No amemos al mundo; él oprime a sus amantes, no los conduce al bien. Hemos de fatigarnos para que no nos aprisione, antes que temer su caída. Suponte que cae el mundo; el cristiano se mantiene en pie, porque no cae Cristo. ¿Por qué, pues, dice el mismo Señor: *Alegraos porque yo he vencido al mundo?* Respondámosle, si os parece bien: «Alégrate tú. Si tú venciste, alégrate tú. ¿Por qué hemos de hacerlo nosotros?». ¿Por qué nos dice «alegraos», sino porque él venció y luchó en favor nuestro? ¿Cuándo luchó? Al tomar al hombre. Deja de lado su nacimiento virginal, su anonadamiento al recibir la forma de siervo y hacerse a semejanza de los hombres siendo en el porte como un hombre; deja de lado esto: ¿dónde está la lucha? ¿Dónde el combate? ¿Dónde la tentación? ¿Dónde la victoria, a la que no precedió lucha? *En el principio existía el Verbo y el Verbo existía junto a Dios y el Verbo era Dios. Este existía al principio junto a Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo.* ¿Acaso era capaz el judío de crucificar a este Verbo? ¿Le hubiese insultado el impío? ¿Acaso hubiera sido abofeteado este Verbo? ¿O coronado de espinas? Para sufrir todo esto, *el Verbo se hizo carne;* y tras haber sufrido estas cosas, venció en la resurrección. Su victoria, por tanto, fue para nosotros, a quienes nos mostró la certeza de la resurrección. Dices, pues, a Dios: *Apiádate de mí, Señor, porque me ha*

pisoteado un hombre. No te pisotees a ti mismo y no te vencerá el hombre. Suponte que un hombre poderoso te aterroriza. ¿Con qué? «Te despojo, te condeno, te atormento, te mato». Y tú clamas: *Apiádate de mí, Señor, –porque me ha pisoteado un hombre*. Si dices la verdad, pones la mirada en ti mismo. Si temes las amenazas de un hombre, te pisa estando muerto; y puesto que no temerías, si no fueras hombre, por eso te pisotea. ¿Cuál es el remedio? Adhiérete, ¡oh hombre!, a Dios, por quien fue hecho el hombre; adhiérete a él; presume de él, invócale, sea él tu fuerza. Dice: *En ti, Señor, está mi fuerza*. Y, lejos ya de las amenazas de los hombres, cantarás. ¿Qué? Lo dice el mismo salmo: *Esperaré en el Señor; no temeré lo que me haga el hombre*.

Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 97, 1-4, BAC Madrid 1983, 646-50

FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020

Ángelus 2017

Atentos y vigilantes

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy comenzamos el camino de Adviento, que culminará en la Navidad. El Adviento es el tiempo que se nos da para acoger al Señor que viene a nuestro encuentro, también para verificar nuestro deseo de Dios, para mirar hacia adelante y prepararnos para el regreso de Cristo. Él regresará a nosotros en la fiesta de Navidad, cuando haremos memoria de su venida histórica en la humildad de la condición humana; pero Él viene dentro de nosotros cada vez que estamos dispuestos a recibirlo, y vendrá de nuevo al final de los tiempos «para juzgar a los vivos y a los muertos». Por eso debemos estar siempre alerta y esperar al Señor con la esperanza de encontrarlo. La liturgia de hoy nos habla precisamente del sugestivo tema de la vigilia y de la espera. En el Evangelio (*Marcos* 13, 33-37) Jesús nos exhorta a estar atentos y a vigilar para estar listos para recibirlo en el momento del regreso. Nos dice: «Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento [...] No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos». (vv. 33-36).

La persona que está atenta es la que, en el ruido del mundo, no se deja llevar por la distracción o la superficialidad, sino que vive de modo pleno y consciente, con una preocupación dirigida en primer lugar a los demás. Con esta actitud nos damos cuenta de las lágrimas y las necesidades del prójimo, y podemos percibir también sus capacidades y sus cualidades humanas y espirituales. La persona mira después al mundo, tratando de contrarrestar la indiferencia y la crueldad que hay en él y alegrándose de los tesoros de belleza que también existen y que deben ser custodiados. Se trata de tener una mirada de comprensión para reconocer tanto las miserias y las pobrezas de los individuos y de la sociedad, como para reconocer la riqueza escondida en las pequeñas cosas de cada día, precisamente allí donde el Señor nos ha colocado.

La persona vigilante es la que acoge la invitación a velar, es decir, a no dejarse abrumar por el sueño del desánimo, la falta de esperanza, la desilusión; y al mismo tiempo rechaza la llamada de tantas vanidades de las que está el mundo lleno y detrás de las cuales, a veces, se sacrifican tiempo y serenidad personal y familiar. Es la experiencia dolorosa del pueblo de Israel, narrada por el profeta Isaías: Dios parecía haber dejado vagar a su pueblo, fuera de sus caminos (cf. 63, 17), pero esto era el resultado de la infidelidad del mismo pueblo (cf. 64, 4b). También nosotros nos encontramos a menudo en esta situación de infidelidad a la llamada del Señor: Él nos muestra el camino bueno, el camino de la fe, el camino del amor, pero nosotros buscamos la felicidad en otra parte.

Estar atentos y vigilantes son las premisas para no seguir «vagando fuera de los caminos del Señor», perdidos en nuestros pecados y nuestras infidelidades; estar atentos y alerta, son las condiciones para permitir a Dios irrumpir en nuestras vidas, para restituirle significado y valor con su presencia llena de bondad y de ternura. Que María Santísima, modelo de espera de Dios e icono de vigilancia, nos guíe hacia su Hijo Jesús, reavivando nuestro amor por él.

***

Ángelus 2020

El Adviento es una llamada incesante a la esperanza

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, primer domingo de Adviento, empieza un nuevo año litúrgico. En él la Iglesia marca el curso del tiempo con la celebración de los principales acontecimientos de la vida de Jesús y de la historia de la salvación. Al hacerlo, como Madre, ilumina el camino de nuestra existencia, nos sostiene en las ocupaciones cotidianas y nos orienta hacia el encuentro final con Cristo. La liturgia de hoy nos invita a vivir el primer "tiempo fuerte" que es este del Adviento, el primero del año litúrgico, el Adviento, que nos prepara a la Navidad, y para esta preparación es un tiempo de espera, es un tiempo de esperanza. Espera y esperanza.

San Pablo (cfr. *1 Cor* 1, 3-9) indica el objeto de la espera. ¿Cuál es? La «Revelación de nuestro Señor» (v. 7). El Apóstol invita a los cristianos de Corinto, y también a nosotros, a concentrar la atención en el encuentro con la persona de Jesús. Para un cristiano lo más importante es el encuentro continuo con el Señor, estar con el Señor. Y así, acostumbrados a estar con el Señor de la vida, nos preparamos al encuentro, a estar con el Señor en la eternidad. Y este encuentro definitivo vendrá al final del mundo. Pero el Señor viene cada día, para que, con su gracia, podamos cumplir el bien en nuestra vida y en la de los otros. Nuestro Dios es un Dios-que-viene —no os olvidéis esto: Dios es un Dios que viene, viene continuamente— : ¡Él no decepciona nuestra espera! El Señor no decepciona nunca. Nos hará esperar quizá, nos hará esperar algún momento en la oscuridad para hacer madurar nuestra esperanza, pero nunca decepciona. El Señor siempre viene, siempre está junto a nosotros. A veces no se deja ver, pero siempre viene.

Ha venido en un preciso momento histórico y se ha hecho hombre para tomar sobre sí nuestros pecados —la festividad de Navidad conmemora esta primera venida de Jesús en el momento histórico—; vendrá al final de los tiempos como juez universal; y viene también una tercera vez, en una tercera modalidad: viene cada día a visitar a su pueblo, a visitar a cada hombre y mujer que lo acoge en la Palabra, en los Sacramentos, en los hermanos y en las hermanas. Jesús, nos dice la Biblia, está a la puerta y llama. Cada día. Está a la puerta de nuestro corazón. Llama. ¿Tú sabes escuchar al Señor que llama, que ha venido hoy para visitarte, que llama a tu corazón con una inquietud, con una idea, con una inspiración? Vino a Belén, vendrá al final del mundo, pero cada día viene a nosotros. Estad atentos, mirad qué sentís en el corazón cuando el Señor llama.

Sabemos bien que la vida está hecha de altos y bajos, de luces y sombras. Cada uno de nosotros experimenta momentos de desilusión, de fracaso y de pérdida. Además, la situación que estamos viviendo, marcada por la pandemia, en muchos genera preocupaciones, miedo y malestar; se corre el riesgo de caer en el pesimismo, el riesgo de caer en ese cierre y en la apatía. ¿Cómo debemos reaccionar frente a todo esto? Nos lo sugiere el Salmo de hoy: «Nuestra alma en Yahveh espera, él es nuestro socorro y nuestro escudo; en él se alegra nuestro corazón, y en su santo nombre confiamos» (*Sal* 32, 20-21). Es decir, el alma en espera, una espera confiada del Señor hace encontrar consuelo y valentía en los momentos oscuros de la existencia. ¿Y de qué nace esta valentía y esta apuesta confiada? ¿De dónde nace? Nace de la esperanza. Y la esperanza no decepciona, esa virtud que nos lleva adelante mirando al encuentro con el Señor.

El Adviento es una llamada incesante a la esperanza: nos recuerda que Dios está presente en la historia para conducirla a su fin último para conducirla a su plenitud, que es el Señor, el Señor Jesucristo. Dios está presente en la historia de la humanidad, es el «Dios con nosotros», Dios no está lejos, siempre está con nosotros, hasta el punto que muchas veces llama a las puertas de nuestro corazón. Dios camina a nuestro lado para sostenernos. El Señor no nos abandona; nos acompaña en nuestros eventos existenciales para ayudarnos a descubrir el sentido del camino, el significado del cotidiano, para infundirnos valentía en las pruebas y en el dolor. En medio de las tempestades de la vida, Dios siempre nos tiende la mano y nos libra de las amenazas. ¡Esto es bonito! En el libro del Deuteronomio hay un pasaje muy bonito, que el profeta dice al pueblo: "Pensad, ¿qué pueblo tiene a sus dioses cerca de sí como tú me tienes a mí cerca?". Ninguno, solamente nosotros tenemos esta gracia de tener a Dios cerca de nosotros. Nosotros esperamos a Dios, esperamos que se manifieste, ¡pero también Él espera que nosotros nos manifestemos a Él!

María Santísima, mujer de la espera, acompañe nuestros pasos en este nuevo año litúrgico que empezamos, y nos ayude a realizar la tarea de los discípulos de Jesús, indicada por el apóstol Pedro. ¿Y cuál es esta tarea? Dar razones de la esperanza que hay en nosotros (cfr. *1 P* 3, 15).

2008

El Adviento es un tiempo de espera y de esperanza, de escucha y de reflexión

Queridos hermanos y hermanas:

Con este primer domingo de Adviento entramos en el tiempo de cuatro semanas con que inicia un nuevo año litúrgico y que nos prepara inmediatamente para la fiesta de la Navidad, memoria de la encarnación de Cristo en la historia. Pero el mensaje espiritual de Adviento es más profundo y ya nos proyecta hacia la vuelta gloriosa del Señor, al final de nuestra historia. *Adventus* es palabra latina que podría traducirse por "llegada", "venida", "presencia". En el lenguaje del mundo antiguo era un término técnico que indicaba la llegada de un funcionario, en particular la visita de reyes o emperadores a las provincias, pero también podía utilizarse para la aparición de una divinidad, que salía de su morada oculta y así manifestaba su poder divino: su presencia se celebraba solemnemente en el culto.

Los cristianos, al adoptar el término "Adviento", quisieron expresar la relación especial que los unía a Cristo crucificado y resucitado. Él es el Rey que, al entrar en esta pobre provincia llamada tierra, nos ha hecho el don de su visita y, después de su resurrección y ascensión al cielo, ha querido permanecer siempre con nosotros: percibimos su misteriosa presencia en la asamblea litúrgica.

En efecto, al celebrar la Eucaristía, proclamamos que él no se ha retirado del mundo y no nos ha dejado solos, y, aunque no lo podamos ver y tocar como sucede con las realidades materiales y sensibles, siempre está con nosotros y entre nosotros; más aún, está en nosotros, porque puede atraer a sí y comunicar su vida a todo creyente que le abra el corazón. Por tanto, Adviento significa hacer memoria de la primera venida del Señor en la carne, pensando ya en su vuelta definitiva; y, al mismo tiempo, significa reconocer que Cristo presente en medio de nosotros se hace nuestro compañero de viaje en la vida de la Iglesia, que celebra su misterio.

Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, alimentada por la escucha de la Palabra de Dios, debería ayudarnos a ver el mundo de una manera diversa, a interpretar cada uno de los acontecimientos de la vida y de la historia como palabras que Dios nos dirige, como signos de su amor que nos garantizan su cercanía en todas las situaciones; en particular, esta certeza debería prepararnos para acogerlo cuando "de nuevo venga con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin", como repetiremos dentro de poco en el Credo. En esta perspectiva, el Adviento es para todos los cristianos un tiempo de espera y de esperanza, un tiempo privilegiado de escucha y de reflexión, con tal de que se dejen guiar por la liturgia, que invita a salir al encuentro del Señor que viene.

“¡Ven, Señor Jesús!”: esta ferviente invocación de la comunidad cristiana de los orígenes debe ser también, queridos amigos, nuestra aspiración constante, la aspiración de la Iglesia de todas las épocas, que anhela y se prepara para el encuentro con su Señor. “¡Ven hoy, Señor!”; ilumínanos, danos la paz, ayúdanos a vencer la violencia. ¡Ven, Señor! rezamos precisamente en estas semanas. “Señor, ¡que brille tu rostro y nos salve!”: hemos rezado así, hace unos instantes, con las palabras del salmo responsorial. Y el profeta Isaías, en la primera lectura, nos ha revelado que el rostro de nuestro Salvador es el de un padre tierno y misericordioso, que cuida de nosotros en todas las circunstancias, porque somos obra de sus manos: “Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es “Nuestro redentor”“ (Is 63, 16).

Nuestro Dios es un padre dispuesto a perdonar a los pecadores arrepentidos y a acoger a los que confían en su misericordia (cf. Is 64, 4). Nos habíamos alejado de él a causa del pecado, cayendo bajo el dominio de la muerte, pero él ha tenido piedad de nosotros y por su iniciativa, sin ningún mérito de nuestra parte, decidió salir a nuestro encuentro, enviando a su Hijo único como nuestro Redentor. Ante un misterio de amor tan grande brota espontáneamente nuestro agradecimiento, y nuestra invocación se hace más confiada: “Muéstranos, Señor, hoy, en nuestro tiempo, en todas las partes del mundo, tu misericordia; haz que sintamos tu presencia y danos tu salvación” (cf. Aleluya).

Queridos hermanos y hermanas, en este inicio del Adviento, el mejor mensaje que recibimos de san Lorenzo es el de la santidad. Nos repite que la santidad, es decir, el salir al encuentro de Cristo que viene continuamente a visitarnos, no pasa de moda; más aún, con el paso del tiempo resplandece de modo luminoso y manifiesta la perenne tensión del hombre hacia Dios. Por tanto, que esta celebración jubilar sea para vuestra comunidad parroquial ocasión para renovar vuestra adhesión a Cristo, para profundizar aún más vuestro sentido de pertenencia a su Cuerpo místico, que es la Iglesia, y para vivir un compromiso constante de evangelización a través de la caridad… a fin de que, como el apóstol san Pablo recordaba a los Corintios, también nosotros vivamos de modo que seamos “irreprensibles” en el día del Señor (cf. 1 Co 1, 7-9).

Prepararnos para la venida de Cristo es también la exhortación que nos dirige el evangelio de hoy: “¡Velad!”, nos dice Jesús en la breve parábola del dueño de casa que se va de viaje y no se sabe cuándo volverá (cf. Mc 13, 33-37). Velar significa seguir al Señor, elegir lo que Cristo eligió, amar lo que él amó, conformar la propia vida a la suya. Velar implica pasar cada instante de nuestro tiempo en el horizonte de su amor, sin dejarse abatir por las dificultades inevitables y los problemas diarios. Así hizo san Lorenzo y así debemos hacer nosotros.

Pidamos al Señor que nos conceda su gracia, para que el Adviento sea para todos un estímulo a caminar en esta dirección. Que nos guíen y nos acompañen con su intercesión María, la humilde Virgen de Nazaret, elegida por Dios para ser la Madre del Redentor; san Andrés, cuya fiesta celebramos hoy; y san Lorenzo, ejemplo de intrépida fidelidad cristiana hasta el martirio. Amén.

***

2009

Adviento, visita de Dios y tiempo oportuno de conversión

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta celebración vespertina entramos en el tiempo litúrgico del Adviento. En la lectura bíblica que acabamos de escuchar, tomada de la *primera carta a los Tesalonicenses*, el apóstol san Pablo nos invita a preparar la "venida de nuestro Señor Jesucristo" (*1 Ts* 5, 23) conservándonos sin mancha, con la gracia de Dios. San Pablo usa precisamente la palabra "venida", *parousia,* en latín *adventus*, de donde viene el término Adviento.

Reflexionemos brevemente sobre el significado de esta palabra, que se puede traducir por "presencia", "llegada", "venida". En el lenguaje del mundo antiguo era un término técnico utilizado para indicar la llegada de un funcionario, la visita del rey o del emperador a una provincia. Pero podía indicar también la venida de la divinidad, que sale de su escondimiento para manifestarse con fuerza, o que se celebra presente en el culto. Los cristianos adoptaron la palabra "Adviento" para expresar su relación con Jesucristo: Jesús es el Rey, que ha entrado en esta pobre "provincia" denominada tierra para visitar a todos; invita a participar en la fiesta de su Adviento a todos los que creen en él, a todos los que creen en su presencia en la asamblea litúrgica. Con la palabra *adventus* se quería decir substancialmente: Dios está aquí, no se ha retirado del mundo, no nos ha dejado solos. Aunque no podamos verlo o tocarlo, como sucede con las realidades sensibles, él está aquí y viene a visitarnos de múltiples maneras.

Por lo tanto, el significado de la expresión "Adviento" comprende también el de *visitatio*, que simplemente quiere decir "visita"; en este caso se trata de una visita de Dios: él entra en mi vida y quiere dirigirse a mí. En la vida cotidiana todos experimentamos que tenemos poco tiempo para el Señor y también poco tiempo para nosotros. Acabamos dejándonos absorber por el "hacer". ¿No es verdad que con frecuencia es precisamente la actividad lo que nos domina, la sociedad con sus múltiples intereses lo que monopoliza nuestra atención? ¿No es verdad que se dedica mucho tiempo al ocio y a todo tipo de diversiones? A veces las cosas nos "arrollan".

El Adviento, este tiempo litúrgico fuerte que estamos comenzando, nos invita a detenernos, en silencio, para captar una presencia. Es una invitación a comprender que los acontecimientos de cada día son gestos que Dios nos dirige, signos de su atención por cada uno de nosotros. ¡Cuán a menudo nos hace percibir Dios un poco de su amor! Escribir –por decirlo así– un "diario interior" de este amor sería una tarea hermosa y saludable para nuestra vida. El Adviento nos invita y nos estimula a contemplar al Señor presente. La certeza de su presencia, ¿no debería ayudarnos a ver el mundo de otra manera? ¿No debería ayudarnos a considerar toda nuestra existencia como "visita", como

un modo en que él puede venir a nosotros y estar cerca de nosotros, en cualquier situación?

Otro elemento fundamental del Adviento es la espera, una espera que es al mismo tiempo esperanza. El Adviento nos impulsa a entender el sentido del tiempo y de la historia como "*kairós*", como ocasión propicia para nuestra salvación. Jesús explicó esta realidad misteriosa en muchas parábolas: en la narración de los siervos invitados a esperar el regreso de su dueño; en la parábola de las vírgenes que esperan al esposo; o en las de la siembra y la siega. En la vida, el hombre está constantemente a la espera: cuando es niño quiere crecer; cuando es adulto busca la realización y el éxito; cuando es de edad avanzada aspira al merecido descanso. Pero llega el momento en que descubre que ha esperado demasiado poco si, fuera de la profesión o de la posición social, no le queda nada más que esperar. La esperanza marca el camino de la humanidad, pero para los cristianos está animada por una certeza: el Señor está presente a lo largo de nuestra vida, nos acompaña y un día enjugará también nuestras lágrimas. Un día, no lejano, todo encontrará su cumplimiento en el reino de Dios, reino de justicia y de paz.

Existen maneras muy distintas de esperar. Si el tiempo no está lleno de un presente cargado de sentido, la espera puede resultar insoportable; si se espera algo, pero en este momento no hay nada, es decir, si el presente está vacío, cada instante que pasa parece exageradamente largo, y la espera se transforma en un peso demasiado grande, porque el futuro es del todo incierto. En cambio, cuando el tiempo está cargado de sentido, y en cada instante percibimos algo específico y positivo, entonces la alegría de la espera hace más valioso el presente. Queridos hermanos y hermanas, vivamos intensamente el presente, donde ya nos alcanzan los dones del Señor, vivámoslo proyectados hacia el futuro, un futuro lleno de esperanza. De este modo, el Adviento cristiano es una ocasión para despertar de nuevo en nosotros el sentido verdadero de la espera, volviendo al corazón de nuestra fe, que es el misterio de Cristo, el Mesías esperado durante muchos siglos y que nació en la pobreza de Belén. Al venir entre nosotros, nos trajo y sigue ofreciéndonos el don de su amor y de su salvación. Presente entre nosotros, nos habla de muchas maneras: en la Sagrada Escritura, en el año litúrgico, en los santos, en los acontecimientos de la vida cotidiana, en toda la creación, que cambia de aspecto si detrás de ella se encuentra él o si está ofuscada por la niebla de un origen y un futuro inciertos.

Nosotros podemos dirigirle la palabra, presentarle los sufrimientos que nos entristecen, la impaciencia y las preguntas que brotan de nuestro corazón. Estamos seguros de que nos escucha siempre. Y si Jesús está presente, ya no existe un tiempo sin sentido y vacío. Si él está presente, podemos seguir esperando incluso cuando los demás ya no pueden asegurarnos ningún apoyo, incluso cuando el presente está lleno de dificultades.

Queridos amigos, el Adviento es el tiempo de la presencia y de la espera de lo eterno. Precisamente por esta razón es, de modo especial, el tiempo de la alegría, de una alegría interiorizada, que ningún sufrimiento puede eliminar. La alegría por el hecho de que Dios

se ha hecho niño. Esta alegría, invisiblemente presente en nosotros, nos alienta a caminar confiados. La Virgen María, por medio de la cual nos ha sido dado el Niño Jesús, es modelo y sostén de este íntimo gozo. Que ella, discípula fiel de su Hijo, nos obtenga la gracia de vivir este tiempo litúrgico vigilantes y activos en la espera. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

LOS DOMINGOS DE ADVIENTO

78. «Las lecturas del Evangelio tienen una característica propia: se refieren a la venida del Señor al final de los tiempos (I domingo), a Juan Bautista (II y III domingo), a los acontecimientos que prepararon de cerca el nacimiento del Señor (IV domingo). Las lecturas del Antiguo Testamento son profecías sobre el Mesías y el tiempo mesiánico, tomadas principalmente del libro de Isaías. Las lecturas del Apóstol contienen exhortaciones y amonestaciones conformes a las diversas características de este tiempo» (OLM 93). El Adviento es el tiempo que prepara a los cristianos a las gracias que serán dadas, una vez más en este año, en la celebración de la gran Solemnidad de la Navidad. Ya desde el I domingo de Adviento, el homileta exhorta al pueblo para que emprenda su preparación caracterizada por distintas facetas, cada una de ellas sugerida por la rica selección de pasajes bíblicos del Leccionario de este tiempo. La primera fase del Adviento nos invita a preparar la Navidad animándonos no sólo a dirigir la mirada al tiempo de la primera Venida del nuestro Señor, cuando, como dice el prefacio I de Adviento, Él asume «la humildad de nuestra carne», sino también, a esperar vigilantes su Venida «en la majestad de su gloria», cuando «podamos recibir los bienes prometidos».

79. Por tanto, existe un doble significado de ***Adviento***, un doble significado de la ***Venida*** del Señor. Este tiempo nos prepara para su Venida en la gracia de la fiesta de la Navidad y a su retorno para el juicio al final de los tiempos. Los textos bíblicos deberían ser explicados considerando este doble significado. Según el texto, se puede evidenciar una u otra Venida, aunque, con frecuencia, el mismo pasaje presenta palabras e imágenes relativas a ambas. Existe, además, otra Venida: escuchamos estas lecturas en la asamblea eucarística, donde Cristo está verdaderamente presente. Al comienzo del tiempo de Adviento la Iglesia recuerda la enseñanza de san Bernardo, es decir, que entre las dos Venidas visibles de Cristo, en la historia y al final de los tiempos, existe una venida invisible, aquí y ahora (cf. ***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***), así como hace suyas las palabras de san Carlos Borromeo:

«Este tiempo (…) nos enseña que la venida de Cristo no solo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si

ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos (***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***)».

I domingo de Adviento

80. El evangelio del I domingo de Adviento, en los tres ciclos, es una narración sinóptica que anuncia la venida inminente del Hijo del Hombre en gloria, un día y una hora desconocidos. Nos exhorta a estar vigilantes y en alerta, a esperar signos espaventosos en el cielo y en la tierra, a no dejarnos sorprender. Siempre nos da una cierta impresión empezar de este modo el Adviento, ya que, de modo inevitable, este tiempo nos trae a la mente la Navidad y, en muchos lugares, el sentir común está ya sumergido con las dulces representaciones del Nacimiento de Jesús en Belén. No obstante, la Liturgia nos presenta estas imágenes a la luz de otras que nos recuerdan cómo el mismo Señor nacido en Belén «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos», como dice el Credo. En este domingo, es responsabilidad del homileta recordar a los cristianos que siempre deben preparase para esta venida y para el juicio. Realmente, el Adviento constituye tal preparación: la Venida de Jesús en la Navidad está conectada íntimamente con su Venida en el último día.

81. Durante los tres años, la lectura del Profeta puede interpretarse ya sea como indicativa del glorioso advenimiento final del Señor como de su primer advenimiento «en la humildad de nuestra carne», de la que nos habla la Navidad. Tanto Isaías (en el año A) como Jeremías (en el año C), anuncian que «llegan días». En el contexto de esta Liturgia, las palabras que siguen apuntan claramente al tiempo final; pero se refieren, también, a la inminente Solemnidad de la Navidad.

82. ¿Qué sucederá al final de los días? Isaías dice (en el año A): «Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles». El homileta tiene varias posibilidades de interpretación que se pueden desarrollar en consecuencia. «El monte de la casa del Señor» podría ser correctamente explicado como una imagen de la Iglesia, llamada a reunir a todas las gentes. También podría hacer de primer anuncio de la Fiesta inminente de la Navidad. «Confluirán los gentiles» hacia el Niño en el pesebre es un texto que se cumplirá, en particular, en Epifanía, cuando los Magos vengan a adorarlo. El homileta tendría que recordar a los fieles que también ellos pertenecen a los gentiles que caminan hacia Cristo, un viaje que se inicia con intensidad renovada en el I domingo de Adviento. Las mismas palabras, ricamente inspiradas, son también aplicables a la Venida en el final de los tiempos, citada explícitamente por el Evangelio. El profeta prosigue: «Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos». Las palabras conclusivas del pasaje profético son, al mismo tiempo, una maravillosa llamada a la celebración de la Navidad y a la espera del adviento del Hijo del Hombre en la gloria: «Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor».

83. La primera lectura del libro de Isaías en el año B se presenta como una oración que instruye a la Iglesia en la actitud penitencial propia de este periodo. Se inicia presentando un problema: el de nuestro pecado. «Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema?». Es evidente que esta pregunta debe ser considerada. ¿Quién puede comprender el misterio de la iniquidad humana? (cf. 2 Ts 2, 7). Nuestra experiencia, ya sea en nosotros mismos o en el mundo que nos rodea – el homileta puede presentar ejemplos – solo puede hacer brotar de lo profundo de los corazones un grito inmenso dirigido a Dios: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!». Esta sentida petición encuentra respuesta definitiva en Jesucristo. En él Dios ha rasgado los cielos y ha descendido entre nosotros. Y en él, como había pedido el profeta, Dios «cuando ejecutarás portentos inesperados: "descendiste y las montañas se estremecieron". Jamás se oyó ni se escuchó …». La Navidad es la celebración de las obras maravillosas realizadas por Dios y que nunca hubiéramos podido esperar.

84. La Iglesia, en este I domingo de Adviento, fija además la mirada en el Retorno de Jesús en gloria y majestad. «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!» Los Evangelios, con este mismo tono, describen la Venida final. Y ¿estamos preparados? No, no lo estamos, y por ello tenemos necesidad de un tiempo de preparación. La oración del profeta continúa: «Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos». Una cosa muy parecida se invoca en la oración colecta de este domingo: «Dios todopoderoso, aviva en tus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras…».

86. Naturalmente la Eucaristía que nos disponemos a celebrar es la preparación más intensa de la comunidad para la Venida del Señor, ya que ella misma señala dicha Venida. En el prefacio que abre la plegaria eucarística en este domingo, la comunidad se presenta a Dios «en vigilante espera». Nosotros, que damos gracias, pedimos hoy ya poder cantar con todos los ángeles: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios del universo». Aclamando el «Misterio de la fe» expresamos el mismo espíritu de vigilante espera: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas». En la plegaria eucarística los cielos se abren y Dios desciende. Hoy recibimos el Cuerpo y la Sangre del Hijo del Hombre que llegará sobre las nubes con gran poder y gloria. Con su gracia, dada en la Sagrada Comunión, esperamos que cada uno de nosotros pueda exclamar: «Me levantaré y alzaré la cabeza; se acerca mi liberación».

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tribulación final y la venida de Cristo en gloria

"DESDE ALLI HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS"

I. VOLVERA EN GLORIA

668. “Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: Posee todo poder en los cielos y en la tierra. Él está “por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación” porque el Padre “bajo sus pies sometió todas las cosas” (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento transcendente.

669. Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). “La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio”, “constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (LG 3;5).

670. Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la “última hora” (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). “El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta” (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

... esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado “con gran poder y gloria” (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y “mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios” (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: “Ven, Señor Jesús” (cf.1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672. Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la “tristeza” (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel

673. Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos "toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad" (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén "retenidos" en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

674. La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinad o de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

La última prueba de la Iglesia

675. Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1Te 5, 2-3;2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

676. Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, "Divini Redemptoris" que condena el "falso misticismo" de esta "falsificación de la redención de los humildes"; GS 20-21).

677. La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso

creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13).

La Iglesia, consumada en la gloria

769. La Iglesia "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (San Agustín, civ. 18, 51; cf. LG 8). Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor (cf. 2Co 5, 6; LG 6), y aspira al advenimiento pleno del Reino, "y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria" (LG 5). La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, "todos los justos desde Adán, `desde el justo Abel hasta el último de los elegidos' se reunirán con el Padre en la Iglesia universal" (LG 2).

"¡Ven, Señor Jesús!"

451. La oración cristiana está marcada por el título "Señor", ya sea en la invitación a la oración "el Señor esté con vosotros", o en su conclusión "por Jesucristo nuestro Señor" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "Maran atha" ("¡el Señor viene!") o "Maran atha" ("¡Ven, Señor!") (1 Co 16, 22): "¡Amén! ¡ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

V. LOS SACRAMENTOS DE LA VIDA ETERNA

1130. La Iglesia celebra el Misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11, 26; 15, 28). Desde la era apostólica, la Liturgia es atraída hacia su término por el gemido del Espíritu en la Iglesia: "¡Marana tha!" (1 Co 16, 22). La liturgia participa así en el deseo de Jesús: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22, 15-16). En los sacramentos de Cristo, la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tt 2, 13). "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!...¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 17.20).

S. Tomás resume así las diferentes dimensiones del signo sacramental: "Unde sacramentum est signum rememorativum eius quod praecessit, scilicet passionis Christi; et desmonstrativum eius quod in nobis efficitur per Christi passionem, scilicet gratiae; et prognosticum, id est, praenuntiativum futurae gloriae" ("Por eso el sacramento es un signo que rememora lo que sucedió, es decir, la pasión de Cristo; es un signo que demuestra lo que sucedió entre nosotros en virtud de la pasión de Cristo, es decir, la gracia; y es un signo que anticipa, es decir, que preanuncia la gloria venidera", STh III, 60, 3).

1403. En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26, 29; cf. Lc 22, 18; Mc 14, 25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1, 4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16, 22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10, 6).

2817. Esta petición es el "Marana Tha", el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús":

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?' (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

Dios dona a los hombres la gracia para poder aceptar la revelación y acoger al Mesías

35. Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal. Pero para que el hombre pueda entrar en su intimidad, Dios ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger en la fe esa revelación en la fe. Sin embargo, las pruebas de la existencia de Dios pueden disponer a la fe y ayudar a ver que la fe no se opone a la razón humana.

Reconocer que todos somos pecadores

827. "Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación" (LG 8; cf UR 3; 6). Todos los miembros de la Iglesia, incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores (cf 1 Jn 1, 8-10). En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos (cf Mt 13, 24-30). La Iglesia, pues, congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación:

La Iglesia es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo (SPF 19).

1431. La penitencia interior es una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido. Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia. Esta conversión del corazón va acompañada de dolor y tristeza saludables que los Padres llamaron "animi cruciatus" (aflicción del espíritu), "compunctio cordis" (arrepentimiento del corazón) (cf Cc. de Trento: DS 1676-1678; 1705; Catech. R. 2, 5, 4).

2677. "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... "Con Isabel, nos maravillamos y decimos: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lc 1, 43). Porque nos da a Jesús su hijo, María es madre de Dios y madre nuestra; podemos confiarle todos nuestros cuidados y nuestras peticiones: ora para nosotros como oró para sí misma: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Confiándonos a su oración, nos abandonamos con ella en la voluntad de Dios: "Hágase tu voluntad".

"Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la "Madre de la Misericordia", a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos "ahora", en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, "la hora de nuestra muerte". Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

Perdona nuestras ofensas

2839. Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios. Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a él, como el hijo pródigo (cf Lc 15, 11-32) y nos reconocemos pecadores ante él como el publicano (cf Lc 18, 13). Nuestra petición empieza con una "confesión" en la que afirmamos al mismo tiempo nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, "tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados" (Col 1, 14; Ef 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (cf Mt 26, 28; Jn 20, 23).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

¡Velad!

Comienza un nuevo año litúrgico. El año litúrgico es un ciclo de tiempo en el que la Iglesia recorre todo el misterio de Cristo desde su nacimiento a su regreso al final de los

tiempos. Dentro de este período hay unas etapas más breves como son las cuatro semanas de Adviento, que iniciamos hoy, como preparación a la Navidad.

El Evangelio, que leeremos en este segundo año del ciclo litúrgico trienal, es el de Marcos. Según una tradición, que encuentra numerosas confirmaciones en los escritos del Nuevo Testamento, Marcos fue discípulo e «intérprete» de Pedro, del que puso por escrito sus recuerdos y la predicación. Su narración se basa por lo tanto en un testimonio ocular de excepcional importancia. Casi con seguridad escribió en Roma, en donde Pedro estuvo en activo durante los últimos años de su vida. Su Evangelio en orden de tiempo fue el primero a ser escrito, es ¡el primer libro de «catecismo» de los cristianos! Por su brevedad y por el carácter predominantemente narrativo, el Evangelio de Marcos es el instrumento ideal para una primera aproximación a la figura de Jesús. Escuchemos de nuevo alguna frase del pasaje evangélico de hoy:

«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad! ».

Este modo de hablar de Jesús sobreentiende una visión bien precisa del mundo. La podemos resumir así: el tiempo presente es como una larga noche; la vida por la que somos conducidos asemeja a un sueño; la actividad frenética, que en ella desarrollamos, es en realidad como un soñar. San Pablo explicita esta visión cuando escribe: «La noche está avanzada, el día se echa encima» (Romanos 13, 12), entendiendo por «noche» esta vida y por «día» la vida futura.

Desde siempre y en todas las culturas solemos asociar la idea del sueño a la de la muerte (es común hablar del «sueño de la muerte»); pero, en la Biblia está asociada todavía más frecuentemente a la de la vida. Es la vida la que es un sueño; la muerte será más bien un despertar y para muchos un brusco despertar. Un escritor español del Seiscientos, Calderón de la Barca, ha escrito un famoso drama titulado precisamente «La vida es sueño». La nuestra, más que la «tierra de los vivientes», se debiera llamar, decía san Agustín, la «tierra de los durmientes».

Del sueño expresa nuestra vida algunas características bien precisas. La primera es la brevedad. El sueño tiene lugar fuera del tiempo. Daos cuenta. En el sueño las cosas no duran como se mantienen en la realidad. Situaciones, que exigirían días y semanas en el sueño, tienen lugar en pocos minutos. A veces se tienen sueños cuyo contenido, en la realidad, ocuparía jornadas enteras; os despertáis, miráis el reloj y descubrís que os habéis dormido durante una decena de minutos. Es una imagen de nuestra vida: llegados a la vejez, uno mira hacia atrás y tiene la impresión de que todo no haya sido más que un suspiro.

Otra característica es la irrealidad o vanidad. Uno puede soñar que está en un banquete y que come y bebe hasta la saciedad; se despierta Y se encuentra pleno de

hambre. He aquí que un pobre, una noche, sueña haber conseguido ser rico. Se deleita en el sueño, se pavonea, desprecia hasta a su propio padre, haciendo como si no lo reconociera. Pero, se despierta y se encuentra tan pobre como antes. Así sucede también cuando se sale del sueño de esta vida. Uno acá abajo ha sido un ricachón, pero he aquí que muere y se encuentra exactamente en la misma posición que aquel pobre que despierta después de haber soñado ser rico. ¿Qué le queda de todas sus riquezas si no las ha usado bien? Un puñado de moscas, esto es, se encuentra con las manos vacías. Vanidad.

Hay, sin embargo, una característica del sueño que no se aplica a la vida y es la ausencia o carencia de responsabilidad. Tú puedes haber matado o robado durante el sueño; te despiertas y no hay traza alguna de culpa; tu certificado de antecedentes penales no está manchado, no debes amortizar pena alguna. No es así en la vida, lo sabemos bien. ¡Lo que uno hace en la vida, deja rastro, y qué huella! En efecto está escrito que «dará a cada cual según sus obras» (Romanos 2, 6).

En el plano físico hay sustancias, que nos «inducen» y concilian el sueño; se llaman somníferos y son bien conocidos por una generación como la nuestra, enferma de insomnio. También en el plano moral existe un terrible somnífero. Se llama la costumbre. No hablo, naturalmente, de las buenas costumbres que más bien son virtudes, sino de las malas costumbres, o el hacer las cosas por costumbre, mecánicamente, sin convicción alguna ni participación interior. Se ha dicho que la costumbre es como un vampiro. El vampiro –al menos estando a lo que se cree o se dice– ataca a las personas que duermen y mientras chupa su sangre, al mismo tiempo, introduce en ellas un líquido soporífero, que les hace experimentar aún más dulce el dormir, de tal manera que aquel desventurado se da por vencido siempre más en el sueño y el vampiro puede chuparle la sangre mientras quiere. En efecto, éste no puede adormecer a la presa, sino que más bien ataca a quien ya duerme; por el contrario, aquella [la costumbre] primero adormece a las personas y después [el vampiro] chupa su sangre, esto es, las energías, el arrojo, la voluntad; inyectando asimismo la costumbre una especie de licor soporífero, que hace hallar siempre más dulce el sueño. El hábito o costumbre para con el vicio adormece la conciencia; por lo cual uno ya no siente más el remordimiento, cree estar muy bien y no se da cuenta que se está muriendo espiritualmente.

La única salvación cuando este «vampiro» se te acerca y se te pone como encima es que algo venga de improviso a despertarte y sacarte del sueño. Esto es lo que pretende hacer con nosotros la palabra de Dios con sus gritos para despertar, que se nos hacen oír tan frecuentemente durante el Adviento: «Velad»; «ya es hora de espabilarse» (Romanos 13, 11); «despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz» (Efesios 5, 14).

Pero, ¿qué significa en este caso velar? Jesús lo explica aquí y en otros pasajes del Evangelio mediante algunas aproximaciones: «Velad y estad atentos»; «velad y vigilad» (Marcos 13, 33); «velad y orad» (Marcos 14, 38).

Estar atentos significa estar como «estirados» o proclives hacia alguna cosa. Nosotros debemos ser como personas que se ponen un punto de mira, que se fijan un blanco, una meta. ¿Habéis visto alguna vez a un cazador en el momento de poner el punto de mira? ¡Qué atención y qué concentración! He aquí, cómo deberíamos estar nosotros. No para abatir a un pobre pájaro, sino para no fallar el blanco de toda una vida, que es la eternidad. En efecto, nosotros estamos destinados a la eternidad. ¿Para qué serviría vivir bien y durante prolongado tiempo, si no nos fuese dado vivir para siempre?

En cuanto al estar prontos, Jesús lo explica con la imagen del portero o del mayordomo de casa, que está siempre dispuesto o pronto a abrir apenas llega el amo de casa: «Es como uno que ha partido para un largo viaje y le ha ordenado al portero vigilar o velar». Los porteros y las porteras pasan por ser gente curiosa, siempre dispuesta a espiar, escuchar, referir... Quizás sea una calumnia respecto a los pobres porteros; en todo caso no es por esto por lo que están puestos como modelo, sino por su estar siempre con los ojos abiertos sobre quién va y quién viene, prontos a tirarse abajo de la cama, si saben que el amo de la casa puede llegar de un momento a otro.

La *oración*, además, es el contenido principal de la vigilancia. Entre el rumor de las voces, que nos llegan de todas partes, y nos distraen, velar o vigilar significa, en ciertos momentos, imponer silencio a todo y a todos, apagar todo «audio» o escucha, para situarse ante la presencia de Dios, volver a encontrarse consigo mismo y reflexionar sobre la propia vida. Orar es estar en el umbral desde donde se puede echar una mirada sobre el otro mundo, el mundo de Dios. Es «pasar de este mundo al Padre».

La vigilancia toma valor del *motivo* por el que se vela. Vigila también el mujeriego, decía san Agustín, y vigila el ladrón, pero ciertamente no es bueno su vigilar. Velan quienes pasan la noche en la discoteca, pero frecuentemente para enajenarse y no pensar. Ahora el motivo de la vigilancia está formulado así por Jesús:

«Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento».

No sirve consolarse diciendo que nadie sabe cuándo será el fin del mundo. Hay una venida, un retorno de Cristo, que tiene lugar en la vida de cada persona, en el instante de su muerte. El mundo pasa, termina, para mí en el momento en que yo paso del mundo y termino de vivir. ¡Hay bastante más «fin del mundo» que esto! Hay tantos fines del mundo cuantas son las personas humanas, que dejan este mundo. Para millones de personas, el fin del mundo es hoy.

¿Por qué la liturgia nos acoge con una palabra tan sobria en el umbral del nuevo año? ¿Quizás Dios nos amenaza, no nos quiere bien? No, es por amor, porque tiene miedo de perdemos. Lo peor que se puede hacer ante un peligro que nos sobreviene es cerrar los ojos y no mirar. La noche en que naufragó el Titanic he leído que tuvo lugar una cosa del género. Había habido mensajes vía radio por parte de otras naves que señalaban en la ruta a un iceberg. Pero, en el tras atlántico tenía lugar entonces una fiesta y un baile; no se quiso molestar a los pasajeros. Así que no se tomó ninguna precaución dejando

cualquier decisión para la mañana siguiente. Mientras tanto, la nave y el iceberg estaban marchando a gran velocidad la una contra el otro, hasta que tuvo lugar durante la noche un tremendo choque y se inició el gran naufragio. Esto nos hace pensar en aquello que dijo Jesús en otra parte del Evangelio, hablando de la generación del diluvio: «La gente comía y bebía y se casaba hasta el día en que... llegó el diluvio y se los llevó a todos» (Mateo 24, 38-39).

Terminamos con una palabra de Jesús que, también en esta ocasión, nos abre el corazón a la confianza y a la esperanza:

«Dichoso el criado a quien su amo al llegar lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

Preparados para un evento inesperado

Permanezcan alerta. Es lo que nos pide Dios. Es la advertencia del Hijo de Dios, que hace a los hombres que en su cruz redimió, para que, cuando Él vuelva, lo estén esperando.

Significa estar preparados para un evento inesperado, con la seguridad de que en cualquier momento sucederá.

Es creer en la Palabra del Hijo de Dios y en sus promesas, porque todo lo que ha dicho se cumplirá, y volverá para darnos los bienes eternos que, con su muerte y resurrección, nos ha merecido.

Significa mantener bien preparada y dispuesta la morada del alma, despierta, renunciando constantemente a todas aquellas cosas del mundo que nos provocan una pereza espiritual, que nos conduce a la indiferencia de lo sagrado, y nos induce a un sueño y un sopor insoportable, en medio de la abundancia de bienes materiales, de tentaciones causadas por la ambición, el orgullo, la soberbia, el egoísmo, con lo que traicionan la confianza y el amor de Cristo.

Es mantener la esperanza en el Salvador, acudir a Él, y no querer hacer todo con nuestras propias fuerzas.

Permanece tú alerta y bien preparado, limpiando constantemente la morada del Señor, que es tu alma, manteniendo tu corazón encendido en el fuego del amor de Cristo, invocando la presencia del Espíritu Santo, alimentando la fe y la esperanza con tus obras de caridad, contemplando la cruz, y adorando el Cuerpo y la Sangre, la presencia viva de Jesús, que baja cada día del cielo por el poder del sacerdote, y descansa en sus manos, que han sido ungidas para que siempre tenga una morada bien dispuesta, bien preparada.

Permanece atento en la alegría y en la esperanza de que un día, de la misma manera, el Señor vendrá a ti y te ungirá para que seas digno de entrar con Él a la Patria Celestial.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

Vigilar para Dios

Comenzamos una vez más el Adviento. Tiempo de preparación a la gran solemnidad de la Navidad. Nos ofrece, pues, la Iglesia una nueva ocasión de disponernos del mejor modo a la venida de Dios. El Omnipotente, desea que participemos de sus maravillas y se pone a nuestra altura. A la altura de la humanidad, encarnándose en Santa María, Virgen, y a la altura de cada uno: todos tenemos la posibilidad, la oportunidad, de conocerle, de tratarle, de amarle. El Adviento, por tanto, es tiempo para una mayor conciencia sobrenatural, para unos mayores deseos de vida hacia Dios, de mejores disposiciones que hagan efectivos –auténtica realidad– esos deseos.

Ya estamos bien persuadidos de que la gran bondad y excelencia divina merecen de nuestra parte una permanente correspondencia de amor. Sin duda, tenemos la intención cada día de conducirnos en todo momento como más agrade a Dios, y tal vez de modo expreso a partir de un ofrecimiento de obras con el que comenzamos nuestras jornadas. No despreciamos, en todo caso, el consejo –la advertencia, podríamos decir incluso– de Jesús: **velad: porque no sabéis cuándo será el momento.**

Y posiblemente nos conmueve notar que Jesucristo, a pesar de su inefable divinidad y señorío, acude a razonamientos humanos convincentes para cualquiera. Dios se pone a la altura del hombre corriente, del hombre de la calle no menos que del profundo intelectual concentrado en sus estudios. Se apoya en la experiencia universal cotidiana y concluye como cualquiera con sentido común. La Salvación, ese destino supremo que ansiamos aún sin saberlo y Dios nos tiene preparado en su inmensa bondad, no es empresa laboriosa, reservada a gentes con cualidades extraordinarias. El cielo puede ser para cada uno. **Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: velad.** No en vano estamos persuadidos de que es nuestro Dios la misma justicia, por encima de tantos intereses desleales de este mundo.

Tanto da si alguien tiene mucho o poco, si es muy famoso o conocido sólo entre los suyos, si es sano o enfermo, hombre o mujer, joven o viejo. Porque Dios, Creador y Señor del hombre, ha distribuido según su voluntad los diversos dones, como el señor de la parábola que dio **atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo**, mientras volvía. A todos hace la misma observación: **¡velad!** Es lo que espera de todos: que se ocupen en aquellas **atribuciones** que les ha concedido. No parece excesivamente importante en qué se deba ocupar en concreto cada siervo, sino más bien en qué esmero

puso en la tarea encomendada, cualquiera que ésta fuera. Una actitud de primoroso cuidado en el trabajo, en atención a su señor, es lo que se espera de los empleados.

A efectos prácticos, ya que deseamos ocuparnos de nuestros quehaceres como Dios manda, vale la pena que adoptemos esa actitud de precavida vigilancia –por si viene de improviso–, sintiendo la efectiva y real inseguridad de que Dios, justo juez, puede llamarnos a la eternidad cuando menos lo esperamos. ¡Claro que queremos hacer todo por amor a Él! Deseamos comportarnos en cada instante con esa perfección y rectitud de intención a la que nos anima la liturgia de la Iglesia: **que todos nuestros pensamientos y nuestras acciones tengan en ti, Señor, su comienzo y alcancen por ti su fin**. Sin embargo, el simple ajetreo de la vida o nuestra personal miseria nos inducen a decaer de esa exigencia. Por si eso sucede, nos convendrá tratarnos como a niños, en ocasiones irresponsables, que más bien por temor a ser castigados se comportan como deben.

Siempre estaremos convencidos de que, aunque los sentimientos no acompañen –que no deben ser confundidos con el verdadero amor–, las obras de obediencia, aún a contrapelo, son prueba ineludible de fidelidad. Tesón perseverante por cumplir lo mandado, he aquí la garantía de una paz segura fundada en el amor. Y si el cuerpo parece resistirse no será por mucho tempo. Nuestro Dios suele premiar ese esfuerzo de sus hijos que pudo acabar en rebeldía, y les concede mayor complacencia en la tarea encomendada de la que podrían imaginar. Después, lo que parecía arduo y sin interés, se hace atractivo y menos costoso. Pero tal vez quiere el Señor ese primer movimiento de la voluntad del hijo con la Cruz pesada, que acabará cargando Él.

Al reanudar tu tarea ordinaria, se te escapó como un grito de protesta: ¡siempre la misma cosa!

Y yo te dije: –sí, siempre la misma cosa. Pero esa tarea vulgar –igual que la que realizan tus compañeros de oficio– ha de ser para ti una continua oración, con las mismas palabras entrañables, pero cada día con música distinta.

Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica.

San Josemaría Escrivá nos recuerda la gran importancia de cualquier tarea hecha por Dios. Nuestra Madre del Cielo nos puede recordar –se lo pedimos– que nada es pequeño, aunque lo parezca, ni inútil aunque cueste, pues, podremos decir siempre: **hágase en mi según tu palabra.**

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La espera y la gracia

Comienza con este domingo un nuevo año litúrgico. El año litúrgico, o año de la Iglesia, tiene la misma duración que el año civil, pero tiene un comienzo distinto, y sobre todo un contenido totalmente distinto. El elemento común entre los dos es el domingo que en los países cristianos escalona el ritmo tanto del año litúrgico como del año civil constituyendo una especie de encuentro entre la naturaleza y la gracia.

Decía un contenido distinto. El año civil se desarrolla, de hecho, a través de días, meses y estaciones que no recuerdan nada, sino que sólo reflejan los ritmos del cosmos, es decir, la rotación diaria de la tierra alrededor de sí misma y su marcha anual alrededor del sol, de la cual depende la alternancia de luz y tinieblas, de calor y frío. El año litúrgico supone todo esto, como la gracia supone a la naturaleza, pero le añade una nueva dimensión: la historia. Precisamente, esa historia que tiene como protagonistas a Dios y al hombre, que por lo tanto interesa a todos los hombres y comparada con la cual toda otra historia aparece como particular y de poca importancia.

El año litúrgico es la evocación y la actualización (es decir, memoria y presencia) de la entera historia de la salvación ya realizada y al mismo tiempo promesa y anticipación de la historia de la salvación que ha de realizarse todavía. Todo tiempo o ciclo litúrgico hace revivir una fase particular de esa historia; éstas son, por así decirlo, las estaciones del año litúrgico; entre ellas, Adviento representa la primavera, estación de espera y de promesas.

Los textos de este primer domingo nos permiten descubrir qué es el Adviento en su realidad más profunda: una trama de memoria, de presencia y espera, como lo es también toda la liturgia de la Iglesia. Memoria y espera alternan en la oración apasionada de Isaías en la primera lectura: *Tú, Señor, eres nuestro Padre, "nuestro Redentor" es tu nombre desde siempre... Las naciones temblaban ante ti cuando hacías parientas inesperados que nadie había escuchado jamás... Pero ahora estás irritado porque nosotros hemos pecado... ¡Si rasgaras el cielo y descendieras!* El recuerdo de la bondad y de la solicitud pasadas de Dios hacen descubrir la tristeza de la situación presente, gravada de pecado y de desgracia, pero también induce a esperar una nueva intervención de Dios en el futuro.

Esta espera resuena también en el pasaje evangélico. En él, Jesús nos hace llegar aquella solemne y austera palabra que llena por sí sola todo el Adviento: ¡Vigilen! Es una palabra que hace de nosotros, sus discípulos, otros tantos vigías; mejor aún –como se expresa Jesús– otros tantos cuidadores. Es como uno que partió para un viaje y ordenó a su cuidador que vigilara.

Esta parábola del cuidador, hecha de poquísimas palabras, parece ser el núcleo originario de todo el pasaje evangélico de hoy. Es una de las parábolas más modernas del Evangelio, más actual hoy, tal vez, que en el tiempo de Jesús (muy pocos palacios de entonces tenían un cuidador y además sus tareas eran bastante más fáciles que las de hoy). La vida del cuidador en un establecimiento urbano moderno es realmente una parábola viva para el cristiano. No debe alejarse sin tener un suplente; debe cerrar las

puertas, vigilar para ver quién viene y quién va, estar alerta a los ladrones; en suma, vigilar siempre. Su vida es una vida de espera, o mejor, de atención. Atención (de ad-tendere, es decir, tender a o hacia alguna cosa) es la palabra que encierra el sentido de todas las metáforas usadas por Jesús en el contexto de estos discursos escatológicos: ¡Estén atentos y vigilen/ Se trata de una atención no sólo de la mente, sino también del corazón y de toda la vida; vivir en tensión hacia alguna cosa, prontos a captar todas las señales que anuncian su presencia.

Lo opuesto a esta vigilancia, sería: o, la desesperación de quien no espera ya nada del futuro, de quien ha dejado de esperar (y de creer) y por esto vive al día, resignado o con rabia; o, la acedia y el sueño espiritual de quien espera todavía, pero no hace nada para tender hacia el objeto de su esperanza; de quien presume –como se decía una vez– que se salvará sin mérito. En ambos casos, el resultado es una experiencia gris y chata, sin tensión espiritual, sin sobresaltos de fe, de penitencia y caridad. Una lámpara apagada, la sal convertida en insípida, una cosa tibia sobre la que pesa la amenaza divina: Estoy por vomitarte de mi boca (Apc. 3, 16).

Es muy oportuno que la Iglesia, al comienzo de Adviento, de mucho realce a aquellas palabras de san Pablo: Hermanos, ahora es tiempo de despenar del sueño (Rom. 13, 11). Precisamente de eso se trata: no tanto de vigilar cuanto de despertar.

Hasta aquí la primera y tercera lectura. Hoy, sin embargo, quisiera dedicar mayor atención a la segunda lectura y hacer de ella el centro de la reflexión sobre la palabra de Dios. Ella también nos habla del "día del Señor", es decir, de la espera; pero nos habla sobre todo de la presencia: "Mientras esperan la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, no les falta ningún don de la gracia. Fiel es Dios y él los llamó a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor". El cristiano no vive, entonces, sólo en espera de Cristo, sino también en comunión con Cristo, es decir, en posesión de lo que espera. Esto nos recuerda el tiempo de Adviento. En el pasaje que hemos oído (se trata del saludo inicial de la primera carta a los Corintios) san Pablo contempla la comunidad tal como ésta aparece a los ojos de Dios: "Rica de todos los dones". La realidad esencial, el don del cual brotan todos los otros dones, está encerrada en una palabra que se repite tres veces en el breve texto: la gracia.

Gracia era hasta hace algún tiempo la palabra más común del vocabulario cristiano: crecer en la gracia, perder la gracia, vivir en gracia, morir en gracia. La gracia era todo. Desde hace algún tiempo, es una de las tantas palabras que entró en crisis. De grado, se la omite y se comprende también por qué. Hemos institucionalizado también la gracia ligándola rígidamente a nuestras obras y a la exclusiva mediación de la Iglesia visible (personas Y sacramentos). Hemos "canalizado" la gracia (de hecho, se hablaba de los canales de la gracia), mientras que la gracia es una realidad soberanamente libre que sopla donde quiere como el Espíritu de quien es casi un sinónimo. Así, casi hemos cuantizado la gracia oscureciendo su gratuidad y debilitando su trascendencia, o hasta la hemos volatilizado en sutiles discusiones metafísicas.

¿Qué era la gracia para san Pablo que fue quien inventó esta palabra y el teólogo por excelencia de la gracia? Es la síntesis de todos los bienes que nos ha dado Dios Padre, en Jesucristo, y que nos han sido participados en el Espíritu Santo. Otra palabra que se le puede poner al lado a causa de la profundidad de significado es salvación, o, en el lenguaje de san Juan, vida. Su contenido es tan rico que necesita ser traducido por una serie de otros conceptos: justificación, fe, paz, esperanza, gloria: *justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Nuestro Señor Jesucristo*; por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Rom. 5, 1-2).

La principal característica de la gracia es la de ser don gratuito de Dios (cfr. Rom. 3, 21 ssq.). Excluye –al menos en su origen– las obras, el mérito, la jactancia, la observancia y la ley: Por la gracia han sido salvados mediante la fe y esto no viene de ustedes, sino que es don de Dios (Ef. 2, 8). "Busca el mérito, la causa, la justicia –exclama Agustín– y ve si encuentras jamás otra cosa que gracia" (Ser. 185; PL. 38, 999).

La gracia es algo de lo cual no podemos disponer, sino que ella dispone de nosotros, nos cambia dándonos una nueva identidad que se expresa en los títulos de hijo de Dios, hermano de Cristo, templo del Espíritu Santo. Es una identidad que "agrada" a Dios. Nosotros asociamos con gusto gracia y belleza; y de hecho se trata de la belleza. En el Nuevo Testamento para decir de las personas y las cosas que son buenas y santas se dice que son bellas (kalós) (cfr. 1 Pe. 4, 10; Jn 10, 32). Santa Catalina de Siena, que contempló un día un alma en gracia, dice que su belleza le pareció muy semejante a la de Dios mismo. Y es esta hermosura de gracia lo que el Apóstol saluda en los Corintios con las palabras: *Gracia a ustedes y paz de Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo*.

En el centro de esta grandiosa realización está Jesucristo: La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia por medio de Jesucristo (Jn 1, 17). Para Pablo, toda la vida cristiana se desarrolla bajo el signo de la gracia. Él justifica plenamente, con su doctrina, aquella exclamación de un personaje de Bernanos: "¡Todo es gracia!"

Estas palabras mías, más que un cuadro completo de la doctrina de la gracia, quisieran impulsar a que nos enamoremos de nuevo de esta palabra, para rescatarla del olvido y del desinterés, para redescubrir su profundidad que es grande como la profundidad misma de Dios, para gustar su dulzura y para llenarla de esperanza.

La gracia es la "presencia" de la salvación (como la gloria es su esperanza); es el Adviento siempre actual, aquel que no se extiende en el tiempo sino en el alma, porque Adviento significa visita y la gracia no es otra cosa que esto: Dios que visita al hombre, transformándolo con su presencia de un ser lleno de debilidad en un copartícipe de la naturaleza divina (2 Pe. 1, 4), en una criatura que Dios ama Y en la cual "se complace".

De todo esto ahora se nos da un signo visible Y una prenda segura: la Eucaristía.

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En la Parroquia de Santa Ana (2-XII-1984)

– Profeta Isaías

"¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!" (Is 63, 19). El Profeta Isaías dice en la primera lectura –siglos antes de Cristo– lo que fue el misterio más profundo del primer Adviento.

¿Que no deja de ser un misterio después de la primera venida de Cristo? Seguiremos las palabras del Profeta, deteniéndonos en ellas con recogimiento. "Porque tú eres nuestro Padre, / que Abraham no nos conoce, ni Israel nos recuerda./ Tú, Yahveh, eres nuestro Padre, / tu nombre es «El que nos rescata» desde siempre. ¿Por qué nos dejaste errar, Yahveh, fuera de tus caminos, / endurecerse nuestros corazones lejos de tu temor? Vuélvete, por amor de tus siervos, por las tribus de tu heredad" (Is 63, 16-17).

Padre Redentor: en el corazón mismo del Adviento está grabado el inescrutable misterio de Dios; que se manifiesta en estas palabras: Padre y Redentor. A Él se dirige el hombre, consciente de su alejamiento de los caminos de Dios:

"¿Por qué nos extravías?".

El Adviento manifiesta el deseo del retorno a estos caminos, que el hombre ha abandonado durante su historia terrena, y que cada vez parece abandonar más. Por esto clama el Profeta: "Vuélvete por amor a tus siervos, / y a las tribus de tu heredad./ ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!" (Is 63, 17-19).

Qué verdad tan profunda y fundamental se revela en este grito. Para que el hombre pudiera retornar a estos caminos, que Dios le trazó desde el principio, Dios mismo "debe" acercarse a él.

Pero Dios no "debe", porque es totalmente libre. Y el Profeta es plenamente consciente de ello. Se invoca a Dios con palabras tan fuertes, lo hace porque es consciente de su alianza, de su amor misericordioso... Y también porque la situación del hombre y de la humanidad es grave..., es "desgarradora".

¿Acaso no es lo mismo también en nuestro tiempo? El grito de Isaías, ¿no es también el grito de nuestro Adviento? "Jamás oído oyó ni ojo vio/ un Dios, fuera de ti, / que hiciera tanto por el que espera en Él./ Sales al encuentro del que practica la justicia/ y se acuerda de tus caminos" (Is 64, 3-4).

El Profeta da testimonio del Dios de nuestros padres: del Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, del Dios de Moisés. Del Dios que ha hecho tanto por Israel, su Pueblo. ¡Ha salido tantas veces al encuentro! "Reiteraste tu alianza a los hombres" –rezamos en la IV plegaria eucarística–.

Y si así decía Isaías, muchos siglos antes de Cristo, ¡cuánto más nosotros, el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza, nosotros –la Iglesia– debemos pronunciar el mismo testimonio con los labios; y llevarlo a los corazones!

– El pecado. Conversión

"Salir al encuentro" de Dios en Jesucristo.

Y mirad la imagen del pecado de Israel, que Isaías tiene ante los ojos en su tiempo: "Estabas airado y nosotros fracasamos:/ aparta nuestras culpas y seremos salvos./ Todos éramos impuros, / nuestra justicia era un paño manchado;/ todos nos marchitábamos como follaje, / nuestras culpas nos arrebataban como el viento./ Nadie invocaba tu nombre/ ni se esforzaba por aferrarse a ti" (Is 64, 4-6).

Es la imagen de hace muchos siglos. ¡Pero qué actual! La historia de la salvación se desarrolla a través de la historia del pecado. La venida de Dios, el continuo venir de Dios encuentra en el pasado, y en nuestra contemporaneidad, una ola contraria: apartarse de Dios. La llamada de Dios está sofocada por olvidarse de Él. El Adviento se realiza en medio del anti-Adviento.

Lo que ahora dice Isaías es quizá más duro: "pues nos ocultabas tu rostro/ y nos entregabas al poder de nuestra culpa" (64, 6). Sí. Esto fue cada vez más grave: el hombre entregado al poder de su culpa. Abandonado a sí mismo a su orgullo en su debilidad. Esto fue grave y el primer pecado, el original del que nos habla el libro del Génesis y San Pablo.

Y es grave en nuestra época, que rehúye llamar al pecado por su nombre, para no encontrarse con él en la presencia del Dios omnipotente que ama. El hombre "entregado al poder de su culpa" es el hombre que no se decide al arrepentimiento y a la conversión. El hombre que permanece en el pecado contra el Espíritu Santo.

– Llamada del Adviento. ¡Velad!

Sí. En este punto la imagen pintada de la palabra de Isaías es verdaderamente grave. Sin embargo, valiéndose del horror que suscita esta imagen, el Profeta no cesa de proclamar el Adviento de Dios. "Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, / nosotros la arcilla, y tú, el alfarero:/ somos todos obra de tu mano" (Is 64, 7).

El comienzo del Adviento se encuentra en la realidad misma de la creación. Dios, que ha creado al mundo, ha abierto, a la vez, en sí el camino hacia Él, lo ha abierto sobre todo creando al hombre a su imagen y semejanza. ¡Y vendrá por este camino! Hoy toda la Iglesia medita en la liturgia del primer domingo de Adviento las penetrantes palabras de Isaías.

El Adviento es el "tiempo" particular de la Iglesia. Se llama "tiempo fuerte". Y debe ser también el "tiempo fuerte" de nuestros corazones y de nuestras conciencias. El Señor Jesús dice en el Evangelio: "¡Velad!".

"Velad, pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad, entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!" (Mc 13, 33-37).

Analizad vuestros pensamientos, sentimientos, deseos, obras. Se transparenta en ellos aquel grito: "Muéstranos, Señor, tu misericordia/ y danos tu salvación" (Sal 84, 8).

¡Volved a despertarlo y reanimadlo! Que él dé de nuevo tono a nuestra vida.

¡Velad! Es decir, vivid en la perspectiva del Adviento, del "Ven" de Dios.

"Tú, Señor, eres nuestro Padre, / tu nombre de siempre es 'nuestro redentor'".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Comienza el Adviento, con el que preparamos la venida de nuestro Salvador. Con la llegada de Jesucristo a la Tierra para iluminar la noche de este mundo, esta tierra ya no es sólo un valle de lágrimas, aunque el sufrimiento tenga un protagonismo excesivo, porque todas las angustias que vemos y sentimos están amparadas por una misericordia amorosa: "Pastor de Israel, escucha; tú que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos", pedimos con el Salmo Responsorial. Quien celebre así el Adviento aguardará con alegría la Navidad próxima y la eterna y entenderá porqué esa fiesta llena de gozo el corazón de los creyentes.

Toda nuestra existencia es un adviento, una preparación para el encuentro con el Señor. Todos, cada cual a su tiempo, seremos el invitado que se presenta a la gran fiesta del cielo donde nos aguarda "el dueño de la casa". De ahí la invitación del Evangelio de hoy a estar vigilantes, a que nuestra vida esté orientada a Dios, "pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos" (Evangelio). La muerte, para un buen cristiano, no es nunca repentina o inesperada. Repentina es una cosa que no se espera, y nosotros debemos estar, con vigilante conciencia, aguardando a Dios. *La muerte repentina es como si el Señor nos sorprendiera por detrás y, al volvernos, nos encontráramos en sus brazos* (San Josemaría Escrivá).

El hombre es el único ser que sabe que va a morir. No es morboso considerar esto. No es caprichoso asociar el sentido común con el común sentido de la muerte. Es sencillamente realismo, lucidez. ¡La muerte, *magna cogitatio*, qué gran pensamiento!, decía S. Agustín ¡Qué realismo, qué sano despego de los bienes de este mundo, qué sentido del aprovechamiento del tiempo…, puede proporcionarnos si no nos la ocultamos! ¡Qué alegría también, porque sabemos que no todo acaba con ella: "la vida se cambia, no

se pierde", reza el Prefacio de Difuntos! "¡Aleluya, muéstranos Señor tu misericordia y danos la salvación!"

Adviento, tiempo de preparación para la llegada del Señor en la próxima Navidad y tiempo también para disponernos para su segunda y definitiva vuelta, para el encuentro con Él para siempre. Preguntémonos si nuestros pensamientos, afectos, palabras y obras están orientados hacia Dios, de forma que cuando llegue el momento de presentarnos ante Él "no tengan de qué acusaros en el tribunal de Jesucristo", como propone S. Pablo en la 2ª Lectura de hoy.

Nos pide el Señor que estemos vigilantes, que no dejemos para más adelante lo que puede hacerse hoy. ¡En cuántas ocasiones, cuando nos damos cuenta que debemos cortar con un abuso, abandonar una rutina, tomar una resolución más generosa, hacer una buena Confesión, decimos: mañana será otro día, más adelante, cuando salga de esta situación...! Siempre estamos mañaneando con Dios, con aplazamientos, aguardando a que llegue un mañana que la experiencia nos dice que no amanece nunca. ¡Hoy, ahora! ¡Vigilad! Sería un buen modo de comenzar el Adviento.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"Desconocer el momento de la venida del Señor es invitación a la vigilancia"

Is 63, 16b-17.19b; 64, 2b-7: "¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!"

Sal 79, 2ac y 3b.15-16.18-19: "Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve"

Co 1, 3-9: "Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo"

Mc 13, 33-37: "Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa"

Los que vuelven del destierro encuentran su casa y su patria desoladas. Solamente Dios puede sacarlos de tal situación. Invocado como "padre" y "redentor", títulos que por cierto no se habían dado antes más que a Abraham, induce a pensar que fue este camino a través del cual Dios fue descubierto por el pueblo como Padre y Salvador.

En Cristo, la paternidad y la redención se manifestarán plenamente; mientras tanto, son los signos humanos de Jesús los que nos muestran tales atributos.

Sólo en Dios la realidad que rodea al hombre y el hombre mismo tienen sentido y fundamento. "Sales al encuentro del que practica la justicia", es decir, la justicia y la salvación divinas son el horizonte y la referencia de la actuación humana. No es alienación ni lejanía; es acercamiento de la acción salvadora de Dios.

No parece posible vivir sin esperanza. El que no la tiene es como si estuviera muerto. Una manera de muerte es que la vida carezca de sentido. Hoy nos encontramos con gentes

que no tienen norte; o porque lo han perdido o porque nunca lo han conocido. Incluso habrá quien siga creyendo que la vida carece de sentido.

– "Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa".

"¿Cuándo? Sin duda en el último día; al fin del mundo. En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo: El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar (1 Ts 4, 16)" (1001).

– El Adviento, actualización de la espera de Cristo:

"Al celebrar el Adviento, la Iglesia actualiza la espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda venida. Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: `Es preciso que Él crezca y que yo disminuya' (Jn 3, 30)" (524).

– La esperanza se apoya en las promesas divinas:

"Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman y hacen su voluntad. En cada circunstancia cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, `perseverar hasta el fin'... En la esperanza, la Iglesia implora que `todos los hombres se salven'. Espera estar en la gloria del cielo, unida a Cristo, su esposo" (1821).

– Por la esperanza aguardamos la vida eterna:

"La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo" (1817).

– "Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque su deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin (Santa Teresa de Jesús, excl. 15, 3)" (1821).

La esperanza cristiana no inventa el Reino de Dios, pero hace que permanezcamos atentos a sus signos.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

En la espera del Señor

– Vigilantes ante la llegada del Mesías.

I. *Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro con Cristo, acompañados por las buenas obras.*

Quizá hayamos tenido la experiencia –decía R. Knox en un sermón sobre el Adviento– de lo que es caminar en la noche y arrastrar los pies durante kilómetros, alargando ávidamente la vista hacia una luz en la lejanía que representa de alguna forma el hogar. ¡Qué difícil resulta apreciar en plena oscuridad las distancias! Lo mismo puede haber un par de kilómetros hasta el lugar de nuestro destino, que unos pocos cientos de metros. En esa situación se encontraban los profetas cuando miraban hacia adelante, en espera de la redención de su pueblo. No podían decir, con una aproximación de cien años ni de quinientos, cuándo habría de venir el Mesías. Sólo sabían que en algún momento la estirpe de David retoñaría de nuevo, que en alguna época se encontraría una llave que abriría las puertas de la cárcel; que la luz que sólo se divisaba entonces como un punto débil en el horizonte se ensancharía al fin, hasta ser un día perfecto. El pueblo de Dios debía estar a la espera.

Esta misma actitud de expectación desea la Iglesia que tengamos sus hijos en todos los momentos de nuestra vida. Considera como una parte esencial de su misión hacer que sigamos mirando al futuro, aunque ya pronto va a cumplirse el segundo milenio de aquella primera Navidad, que la liturgia nos presenta inminente. Nos alienta a que caminemos con los pastores, en plena noche, vigilantes, dirigiendo nuestra mirada hacia aquella luz que sale de la gruta de Belén.

Cuando el Mesías llegó, pocos le esperaban realmente. *Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron*. Muchos de aquellos hombres se habían dormido para lo más esencial de sus vidas y de la vida del mundo.

Estad vigilantes, nos dice el Señor en el Evangelio de la Misa. *Despertad*, nos repetirá San Pablo. Porque también nosotros podemos olvidarnos de lo más fundamental de nuestra existencia.

Convocad a todo el mundo, anunciadlo a las naciones y decid: Mirada Dios nuestro Salvador, que llega. Anunciadlo y que se oiga; proclamadlo con fuerte voz. La Iglesia nos alerta con cuatro semanas de antelación para que nos preparemos a celebrar de nuevo la Navidad y, a la vez, para que, con el recuerdo de la primera venida de Dios hecho hombre al mundo, estemos atentos a esas otras venidas de Dios, al final de la vida de cada uno y al final de los tiempos. Por eso, el Adviento es tiempo de preparación y de esperanza.

"Ven, Señor, y no tardes". Preparemos el camino para el Señor que llegará pronto; y si advertimos que nuestra visión está nublada y no vemos con claridad esa luz que procede de Belén, de Jesús, es el momento de apartar los obstáculos. Es tiempo de hacer con especial finura el examen de conciencia y de mejorar en nuestra pureza interior para recibir a Dios. Es el momento de discernir qué cosas nos separan del Señor, y tirarlas lejos de nosotros. Para ello, este examen debe ir a las raíces mismas de nuestros actos, a los motivos que inspiran nuestras acciones.

– Principales enemigos de nuestra santidad: las tres concupiscencias. La Confesión, medio para preparar la Navidad.

II. Como en este tiempo queremos de verdad acercarnos más a Dios, examinaremos a fondo nuestra alma. Allí encontraremos los verdaderos enemigos que luchan sin tregua para mantenernos alejados del Señor. De una forma u otra, allí están los principales obstáculos para nuestra vida cristiana: *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida*.

"La concupiscencia de la carne no es sólo la tendencia desordenada de los sentidos en general (...), no se reduce exclusivamente al desorden de la sensualidad, sino también a la comodidad, a la falta de vibración, que empuja a buscar lo más fácil, lo más placentero, el camino en apariencia más corto, aun a costa de ceder en la fidelidad a Dios (...).

"El otro enemigo (...) es la concupiscencia de los ojos, una avaricia de fondo, que lleva a no valorar sino lo que se puede tocar (...).

"Los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que Nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el *seréis como dioses* (Gen 3, 5) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios.

La existencia nuestra puede, de este modo, entregarse sin condiciones en manos del tercer enemigo, de la superbia vitae. *No se trata sólo de pensamientos efímeros de vanidad o de amor propio: es un engreimiento general. No nos engañemos, porque éste es el peor de los males, la raíz de todos los descaminos*.

Puesto que el Señor viene a nosotros, hemos de prepararnos. Cuando llegue la Navidad, el Señor debe encontrarnos atentos y con el alma dispuesta; así debe hallarnos también en nuestro encuentro definitivo con Él. Necesitamos enderezar los caminos de nuestra vida, volvernos hacia ese Dios que viene a nosotros. Toda la existencia del hombre es una constante preparación para ver al Señor, que cada vez está más cerca; pero en el Adviento la Iglesia nos ayuda a pedir de una manera especial; *Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad: enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador*.

Prepararemos este encuentro en el sacramento de la Penitencia. Cercana ya la Navidad de 1980, el Papa Juan Pablo II estuvo con más de dos mil niños en una parroquia romana. Y comenzó la catequesis: *¿Cómo os preparáis para la Navidad? Con la oración*, responden los chicos gritando. *Bien, con la oración*, les dice el Papa, *pero también con la Confesión. Tenéis que confesaros para acudir después a la Comunión. ¿Lo haréis?* Y los millares de chicos, más fuerte todavía, responden: *¡Lo haremos! Sí, debéis hacerlo*, les dice Juan Pablo II. Y en voz más baja: *El Papa también se confesará para recibir dignamente al Niño Dios*.

Así lo haremos también nosotros en las semanas que faltan para la Nochebuena, con más amor, con más contrición cada vez. Porque siempre podemos recibir con mejores disposiciones este sacramento de la misericordia divina, como consecuencia de examinar más a fondo nuestra alma.

– Vigilantes mediante la oración, la mortificación y el examen de conciencia.

III. *En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Estad sobre aviso, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo (...). Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si a la tarde, o a medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo a todos digo, velad.*

Para mantener este estado de vigilia es necesario luchar, porque la tendencia de todo hombre es vivir con los ojos puestos en las cosas de la tierra. Especialmente en este tiempo de Adviento, no vamos a dejar que *se ofusquen nuestros corazones con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida*, y perder de vista así la dimensión sobrenatural que deben tener todos nuestros actos. San Pablo compara esta vigilia sobre nosotros a la guardia que hace el *soldado bien armado que no se deja sorprender*. "Este adversario enemigo nuestro por dondequiera que pueda procura dañar; y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotros".

Estaremos alerta si cuidamos con esmero la oración personal, que evita la tibieza y, con ella, la muerte de los deseos de santidad; estaremos vigilantes si no descuidamos las mortificaciones pequeñas, que nos mantienen despiertos para las cosas de Dios. Estaremos atentos mediante un delicado examen de conciencia, que nos haga ver los puntos en que nos estamos separando, casi sin darnos cuenta, de nuestro camino.

"Hermanos –nos dice San Bernardo–, a vosotros, como a los niños, Dios revela lo que ha ocultado a los sabios y entendidos: los auténticos caminos de la salvación. Meditad en ellos con suma atención. Profundizad en el sentido de este Adviento. Y, sobre todo, fijaos quién es el que viene, de dónde viene y a dónde viene; para qué, cuándo y por dónde viene. Tal curiosidad es buena. La Iglesia universal no celebraría con tanta devoción este Adviento si no contuviera algún gran misterio".

Salgamos con corazón limpio a recibir al Rey supremo, porque está para venir y no tardará, leemos en las antífonas de la liturgia.

Santa María, Esperanza nuestra, nos ayudará a mejorar en este tiempo de Adviento. Ella espera con gran recogimiento el nacimiento de su Hijo, que es el Mesías. Todos sus pensamientos se dirigen a Jesús, que nacerá en Belén. Junto a Ella nos será fácil disponer nuestra alma para que la llegada del Señor no nos encuentre dispersos en otras cosas, que tienen poca o ninguna importancia ante Jesús.

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

«Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento»

Hoy, en este primer domingo de Adviento, la Iglesia comienza a recorrer un nuevo año litúrgico. Entramos, por tanto, en unos días de especial expectación, renovación y preparación.

Jesús advierte que ignoramos «cuándo será el momento» (Mc 13, 33). Sí, en esta vida hay un momento decisivo. ¿Cuándo será? No lo sabemos. El Señor ni tan sólo quiso revelar el momento en que se habría de producir el final del mundo.

En fin, todo eso nos conduce hacia una actitud de expectación y de concienciación: «No sea que llegue (...) y os encuentre dormidos» (Mc 13, 36). El tiempo en esta vida es tiempo para la entrega, para la maduración de nuestra capacidad de amar; no es un tiempo para el entretenimiento. Es un tiempo de "noviazgo" como preparación para el tiempo de las "bodas" en el más allá en comunión con Dios y con todos los santos.

Pero la vida es un constante comenzar y recomenzar. El hecho es que pasamos por muchos momentos decisivos: quizá cada día, cada hora y cada minuto han de convertirse en un tiempo decisivo. Muchos o pocos, pero –en definitiva– días, horas y minutos: es ahí, en el momento concreto, donde nos espera el Señor. *En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera –este momento único, que cada uno recuerda y en el cual uno hizo claramente aquello que el Señor nos pide– es importante; pero todavía son más importantes, y más difíciles, las sucesivas conversiones* (San Josemaría).

En este tiempo litúrgico nos preparamos para celebrar el gran "advenimiento": la venida de Nuestro Amo. "Navidad", "Nativitas": ¡ojalá que cada jornada de nuestra existencia sea un "nacimiento" a la vida de amor! Quizá resulte que hacer de nuestra vida una permanente "Navidad" sea la mejor manera de no dormir. ¡Nuestra Madre Santa María vela por nosotros!

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO B

La misión del sacerdote

«Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento» (Mc 13, 33).

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, y también te dice que tienes una gran responsabilidad.

Tú has sido llamado y elegido, y has sido enviado con una misión compartida con tu Señor: preparar a los hombres para cuando Él venga; para que tengan fe, y ese día sea de alegría y de paz, y no un día terrible.

Tu Señor te asegura que su misericordia estará presente en ese día, porque Él es la misericordia misma que quiere derramar a los hombres a través de tu ministerio sacerdotal. Es así, a través de ti, como se hace presente, resucitado y vivo, para ser Él mismo quien prepara a los hombres.

Tu Señor anuncia que va a venir por segunda vez, ya no para hacer un sacrificio, sino para recoger sus frutos. Y es a través de ti, sacerdote, que Él prepara a los hombres, ofreciendo su único y eterno sacrificio, como ofrenda agradable al Padre.

Tú eres, sacerdote, un don, un regalo, para que el hombre pueda llegar a Dios.

Y tú, sacerdote, ¿te das cuenta de la grandeza de tu misión?

¿Reconoces que tú eres Cristo vivo y resucitado, pero también signo de contradicción?

Que el rechazo, la persecución, el desprecio y la soledad no te hagan perder de vista esa gran responsabilidad, porque la indiferencia del mundo ante la grandeza de Dios destruye al sacerdote, y si el sacerdote no se alimenta de la Palabra, no la vive, y así el mismo sacerdote es el que permite esa indiferencia.

¿Eres consciente de para qué fuiste llamado?, ¿cuándo fuiste llamado?, ¿cómo fuiste llamado?

Reflexiona, sacerdote, y dale sentido a tu vida. Date cuenta de que eres responsable de los actos de las almas que se te han encomendado, y de que tienes el poder y las armas para dirigir esos actos hacia Dios. Esa es tu misión, sacerdote.

Pídele a tu Señor, que te ayude a predicar su palabra, y que puedas cumplirla también, que la pongas por obra, para ser ejemplo, para no ser causa de tu propia destrucción.

Que tengas verdaderamente fe, esperanza y amor; que contagies, sostengas, guíes, convenzas y enseñes a su pueblo.

Que seas consciente de que tienes en ti mismo la capacidad para hacer llegar a todos los hombres las catorce obras de misericordia, pero no te das cuenta. Y esa es tu misión: llevar a todos los rincones del mundo la misericordia de tu Señor derramada en la cruz.

Que tengas fe suficiente para expulsar a todos los demonios y para construir el Reino de los cielos en la tierra, porque esa es tu misión.

Haz oración, sacerdote, y medita todas estas cosas en tu corazón, porque cuando entiendas bien cuál es tu misión, le darás una gran satisfacción a tu Señor, porque amarás la cruz y lo dejarás todo cada día, para seguirlo, porque esa es tu misión.

Acude al auxilio de tu Madre, sacerdote, y pídele que te ayude a creer, para poder cumplir con tu misión, construyendo y preparando el Reino de los cielos, para que, cuando su Hijo venga, no encuentre su morada como en su nacimiento, en un pesebre pobre y escondido, sino un Reino rico en fe, en esperanza y en amor, esperando al Rey que vendrá con toda su majestad y esplendor.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 1)

Domingo II de Adviento (B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JERÓNIMO Y SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014, 2017 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2005, 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Fr. Fausto BAILO (Toronto, Canadá) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompañiademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).** Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**
Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

DIOS SÍ DA LA CARA

Is 40, 1-5. 9-11; 2 Pe 3, 8-14; Mc 1, 1-18

Juan Bautista, lo mismo que Isaías, fueron figuras proféticas que consolaron y animaron a unos oyentes pasmados por la desesperanza y el sufrimiento. El profeta que tradicionalmente ha sido llamado Segundo Isaías sabe de lo que está hablando. Dios mostrará su gloria. El tiempo sombrío del exilio y la opresión en Babilonia llegará a su fin en semanas. No hay lugar para la aflicción, sino para la esperanza. El profeta entendió que su misión era consolar y animar a sus hermanos, atrapados en el pantano del destierro. El profeta del Jordán también está cierto que Dios ofrece una segunda oportunidad a Israel. Ese mundo nuevo se cimentará en el interior de cada persona que reconozca su adicción al mal, confiese sus pecados, reciba el bautismo y se comprometa a dejarse guiar por el auxilio de Dios. Jesús, el enviado de Dios, está llegando.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Is 30, 19.30**

Pueblo de Sión, mira que el Señor va a venir para salvar a todas las naciones y dejará oír la majestad de su voz para alegría de tu corazón.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, haz que ninguna ocupación terrena sirva de obstáculo a quienes van presurosos al encuentro de tu Hijo, antes bien, que el aprendizaje de la sabiduría celestial, nos lleve a gozar de su presencia. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Preparen el camino del Señor.

Del libro del profeta Isaías: 40, 1-5. 9-11

"Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre y que ya ha satisfecho por sus iniquidades, porque ya ha recibido de manos del Señor castigo doble por todos sus pecados".

Una voz clama: "Preparen el camino del Señor en el desierto, construyan en el páramo una calzada para nuestro Dios. Que todo valle se eleve, que todo monte y colina se rebajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane. Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán". Así ha hablado la boca del Señor.

Sube a lo alto del monte, mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén. Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: "Aquí está su Dios. Aquí llega el Señor, lleno de poder, el que con su

brazo lo domina todo. El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden. Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 84, 9ab-10.1l-12.13-14.

R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos al Salvador.

Escucharé las palabras del Señor, palabras de paz para su pueblo santo. Está ya cerca nuestra salvación y la gloria del Señor habitará en la tierra. ***R/.***

La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron, la fidelidad brotó en la tierra y la justicia vino del cielo. ***R/.***

Cuando el Señor nos muestre su bondad, nuestra tierra producirá su fruto. La justicia le abrirá camino al Señor e irá siguiendo sus pisadas. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva.

De la segunda carta del apóstol san Pedro: 3, 8-14

Queridos hermanos: No olviden que para el Señor, un día es como mil años y mil años, como un día. No es que el Señor se tarde, como algunos suponen, en cumplir su promesa, sino que les tiene a ustedes mucha paciencia, pues no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.

El día del Señor llegará como los ladrones. Entonces los cielos desaparecerán con gran estrépito, los elementos serán destruidos por el fuego y perecerá la tierra con todo lo que hay en ella.

Puesto que todo va a ser destruido, piensen con cuánta santidad y entrega deben vivir ustedes esperando y apresurando el advenimiento del día del Señor, cuando desaparecerán los cielos, consumidos por el fuego, y se derretirán los elementos.

Pero nosotros confiamos en la promesa del Señor y esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia. Por lo tanto, queridos hermanos, apoyados en esta esperanza, pongan todo su empeño en que el Señor los halle en paz con él, sin mancha ni reproche.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 3, 4. 6

R/. Aleluya, aleluya.

Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos, y todos los hombres verán la salvación de Dios. ***R/.***

EVANGELIO

Enderecen los senderos del Señor.

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 1, 1-8

Este es el principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. En el libro del profeta Isaías está escrito:

He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, a preparar tu camino. Voz del que clama en el desierto: "Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos".

En cumplimiento de esto, apareció en el desierto Juan el Bautista predicando un bautismo de conversión, para el perdón de los pecados. A él acudían de toda la comarca de Judea y muchos habitantes de Jerusalén; reconocían sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Juan usaba un vestido de pelo de camello, ceñido con un cinturón de cuero y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Proclamaba: "Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que te sean agradables, Señor, nuestras humildes súplicas y ofrendas, y puesto que no tenemos méritos en qué apoyarnos, nos socorra el poderoso auxilio de tu benevolencia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 5, 5; 4, 36

Levántate, Jerusalén, sube a lo alto, para que contemples la alegría que te viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados por el alimento que nutre nuestro espíritu, te rogamos, Señor, que, por nuestra participación en estos misterios, nos enseñes a valorar sabiamente las cosas de la tierra y a poner nuestro corazón en las del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Preparad el camino del Señor (Is 40,1-5.9-11)

1ª lectura

Se inicia aquí una sección del libro de Isaías (40,1 – 48,22) que tiene como referencia inmediata la vuelta de los desterrados de Babilonia, que es presentada como un «nuevo éxodo». Si el éxodo de Egipto es el prototipo de todas las intervenciones que ha hecho

Dios en favor de su pueblo, ahora se habla de otro, que es «nuevo» porque el poder con el que actúa el Señor, Creador de todas las cosas, supera a lo manifestado en el antiguo. La noticia de la liberación inminente supone un gran consuelo para el pueblo. Así se dice desde el principio y se reitera en los oráculos que siguen. Por eso, esta parte del libro de Isaías suele denominarse «Libro de la Consolación», y ha sido entendida como figura y anticipo de la consolación que traerá Cristo: «La verdadera consolación, alivio y liberación de los males humanos es la Encarnación de nuestro Dios y Salvador» (Teodoreto de Ciro, *Commentaria in Isaiam* 40,3).

Con solemnidad, una voz anónima proclama el consuelo de parte del Señor (vv. 1-5). La misma voz pide al profeta que también él grite y pregone la perenne vitalidad de la palabra de Dios y su mensaje de la salvación (vv. 6-11).

Los oráculos se dirigen a los habitantes de Jerusalén deportados en Babilonia. Cuando se pronuncian han pasado ya varias décadas desde que ellos o sus padres fueron forzados a abandonar la ciudad santa. Tras ese tiempo de sufrimientos y separación, su culpa ha sido expiada con creces. Llega el momento de disponerse para emprender, con la ayuda del Señor, el camino de regreso. A lo largo de toda la sección se habla de ese viaje. La voz que habla en nombre del Señor infunde ánimos: no será un camino duro, sino que encontrarán un sendero despejado que los llevará ante la Gloria del Señor. Como en el éxodo de Egipto, en el «camino» de Babilonia hacia Jerusalén el poder de Dios se va a manifestar con prodigios. Las palabras de la voz misteriosa que invita a emprender la marcha avivan la esperanza de los que regresaban a la tierra prometida. Los cuatro Evangelios ven cumplidas estas palabras en el ministerio de Juan Bautista, que es la voz que grita en el desierto: «Preparad el camino del Señor» (cfr v. 3). En efecto, Juan, con su llamada a la conversión personal y al bautismo de penitencia, prepara el camino para encontrar a Jesús (cfr Mt 3,3; Mc 1,3; Lc 3,4; Jn 1,23), a quien los Evangelios confiesan como «el Señor» (cfr v. 3). Por su parte, Juan Bautista es el heraldo, el «precursor»: «Por este motivo, aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, así como allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad. *Preparad un camino al Señor:* se trata de la predicación evangélica y de la nueva consolación, con el deseo de que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres» (Eusebio de Cesarea, *Commentaria in Isaiam* 40,366). De ahí que, en la tradición cristiana, «Juan es "más que un profeta" (Lc 7,26). En él, el Espíritu Santo consuma el "hablar por los profetas". Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cfr Mt 11,13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la "voz" del Consolador que llega (Jn 1,23; cfr Is 40,1-3)» (*Catecismo de la Iglesia Católica,* n. 719).

En la segunda parte del oráculo, la voz anónima pide al profeta que hable en nombre del Señor (vv. 6-8). Los proyectos meramente humanos tienen una vigencia limitada, sólo la palabra de Dios permanece. Seguramente hay en esa voz una alusión al poder de Babilonia, que pasa como «flor silvestre» cuando «sopla el aliento del Señor», porque se había alzado contra la bondad de Dios. En el mensaje que ha de transmitir al pueblo se

habla de confianza en el poder de Dios, que no llega para devastar sino para cuidar amorosamente y recompensar al pueblo que está a su cuidado (vv. 9-11). Aparece por primera vez la imagen del «rebaño» referida al pueblo de Dios, una de las varias figuras utilizadas en la Sagrada Escritura para expresar la atención amorosa de Dios a su pueblo (cfr Jr 23,3; Ez 34,1ss.; Sal 23,4) y que la tradición cristiana utiliza para exponer el misterio de la Iglesia: «La Iglesia, en efecto, es el *redil* cuya puerta única y necesaria es Cristo (Jn 10,1-10). Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como Él mismo anunció (cfr Is 40,11; Ez 34,11-31). Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo, es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores (cfr Jn 10,11; 1 P 5,4), que dio su vida por las ovejas (cfr Jn 10,11-15)» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 6).

No tarda el Señor (2 Pe 3,8-14)

2ª lectura

El autor sagrado reprocha a los falsos maestros su falta de fe y enseña que las cosas no son iguales desde el comienzo. Acaba de decir que Dios llevó a cabo la creación con su Palabra y por ella envió el castigo del diluvio, provocando una profunda transformación en el universo (cf. 2 Pe 3,5-6). Por tanto, hay que creer que también por su Palabra la creación entera sufrirá el cambio profundo que dé origen a «unos cielos nuevos y una tierra nueva» (cfr vv. 7.10; 3,12-13). Además, el tiempo es muy relativo frente a la eternidad de Dios (v. 8), y si Dios retrasa el momento final es por su misericordia, porque quiere que todos los hombres se salven (v. 9; cfr 1 Tm 2,4; Rm 11,22). Una cosa es cierta: hay que mantenerse vigilantes, porque el día del Señor vendrá sin previo aviso (v. 10; cfr Mc 13,32-36). «Como no sabemos el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena (cfr Hb 9,27), merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos (cfr Mt 25,31-46), y no se nos mande, como a siervos malos y perezosos (cfr Mt 25,26), ir al fuego eterno (cfr Mt 25,41)» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 48).

La consideración del fin del mundo y de la Parusía del Señor fundamenta la exhortación moral de los vv. 11-14. «Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del Juicio Final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado. (…) La Sagrada Escritura llama "cielos nuevos y tierra nueva" a esta renovación misteriosa que trasformará la humanidad y el mundo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1042-1043). El cristiano ha de aguardar esos hechos no con miedo, sino con esperanza (vv. 12-14). Al mismo tiempo esta espera no puede inducirle a desentenderse de las realidades humanas: «La espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 39).

Comienzo del Evangelio (Mc 1,1-8)

Evangelio

El versículo inicial viene a ser como el pórtico de todo el *Evangelio según San Marcos*: Jesús de Nazaret es el Mesías («Jesucristo») y también «Hijo de Dios»; con Él llega el momento de la salvación («comienzo») ya que Él mismo es la buena noticia de la salvación («Evangelio»).

La palabra «Evangelio» indica el feliz anuncio, la buena nueva que Dios comunica a los hombres por medio de su Hijo. En este sentido, la frase «Evangelio de Jesucristo» (v. 1) se refiere al mensaje que Él ha anunciado a los hombres de parte del Padre. Pero el contenido de la buena nueva es, en primer lugar, el mismo Jesucristo, sus palabras y sus obras: «Jesús mismo, Evangelio de Dios (cfr Mc 1,1; Rm 1,1-3), ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 7). Los Apóstoles, enviados por Cristo, dieron testimonio a judíos y gentiles, por medio de la predicación oral, de la muerte y resurrección de Jesús como cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, y éste era su Evangelio (cfr 1 Co 15,4). Los Apóstoles y otros varones apostólicos, movidos por el Espíritu Santo, pusieron por escrito parte de esta predicación en los evangelios. De este modo, por la Sagrada Escritura y la Tradición apostólica, la voz de Cristo se perpetúa por todos los siglos y se hace oír en todas las generaciones y en todos los pueblos.

San Juan Bautista es presentado –con una cita de los profetas y también por sus acciones de signo profético– como el nexo de continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: es el último de los Profetas y el primero de los testigos de Cristo. Tal vez el evangelista menciona a Isaías por ser el profeta más importante en el anuncio de los tiempos mesiánicos, pero la cita (vv. 2-3) comienza recogiendo unas palabras de Ml 3,1, seguidas por las de Is 40,3. En todo caso, este texto señala que el Antiguo Testamento, si se entiende a la luz de Jesucristo, es Evangelio: «El Evangelio se refiere en primer lugar a aquel que es cabeza de todo el cuerpo de los salvados, es decir, a Cristo Jesús. (...) El *comienzo del Evangelio* (...) se refiere a todo el Antiguo Testamento, del que Juan es figura, o a la conexión existente entre el Nuevo y el Antiguo Testamento, cuya parte final está representada precisamente por Juan. (...) Por eso me pregunto por qué los herejes atribuyen los dos Testamentos a dos dioses distintos» (Orígenes, *Commentaria in Ioannem* 1,13,79-82).

La descripción de la vida sobria del Bautista (vv. 4-6) es acorde con el contenido de su predicación: es necesaria una purificación para recibir al Mesías. La grandeza de Jesús como Mesías la señala Juan cuando no se considera digno de desatarle la correa de las sandalias (v. 7). Si se tiene presente que esta acción se consideraba tan humillante que estaba prohibido exigirla a un esclavo judío, se comprende mejor la expresividad de las palabras del Bautista.

De Juan, el evangelista recuerda, sobre todo, su predicación. El Bautista «predicaba» (cfr v. 4) un bautismo de penitencia, y «predicaba» la llegada de Jesús como alguien «más poderoso que yo» (v. 7), cuyo bautismo será en «el Espíritu Santo». En efecto, el bautismo de Juan suponía reconocer la propia condición de pecador –«confesando sus pecados» (v. 5)–, puesto que tal rito significaba precisamente eso. Esta confesión de los pecados es distinta del sacramento cristiano de la Penitencia. Sin embargo, era agradable a Dios al ser signo de arrepentimiento interior y estar acompañada de frutos dignos de penitencia (Mt 3,7-10; Lc 3,7-9): «El bautismo de Juan no consistió tanto en el perdón de los pecados como en ser un bautismo de penitencia con miras a la remisión de los pecados, es decir, la que tendría que venir después por medio de la santificación de Cristo. (…) No puede llamarse bautismo perfecto sino en virtud de la cruz y de la resurrección de Cristo» (S. Jerónimo, *Contra luciferianos* 7).

SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Preparad los caminos del Señor

Aquel ser viviente, que en el Apocalipsis de San Juan y en el comienzo del libro de Ezequiel aparece cuatriforme, por tener cara de hombre, cara de toro, cara de león, y cara de águila, tiene también en este lugar su significado: en Mateo se descubre la cara de hombre, en Lucas la de toro, en Juan la de águila; a Marcos lo representa el león, que ruge en el desierto.

Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Conforme está escrito en Isaías el profeta: Voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor, rectificad sus sendas. El que clama en el desierto ciertamente es el león, a cuya voz tiemblan los animales todos, corren en tropel y no son capaces de huir. Considerad al mismo tiempo que Juan el Bautista es llamado la voz, y nuestro Señor Jesucristo la palabra: el siervo precede al Señor.

«Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios». Por tanto, no del hijo de José. El comienzo del Evangelio es el final de la ley: acaba la ley y comienza el Evangelio.

Conforme está escrito en Isaías el profeta: Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino. Conforme está escrito en Isaías. En cuanto soy capaz de recordar y buscar en mi mente, repasando con la máxima atención tanto la traducción de los setenta como los mismos textos hebreos, nunca he podido encontrar que esto esté escrito en el profeta Isaías. Lo de: «Mira, envío mi mensajero delante de ti», está escrito, sin embargo, al final del profeta Malaquías, ¿cómo es que el evangelista Marcos dice aquí «conforme está escrito en el profeta Isaías?» Los evangelistas hablaban inspirados por el Espíritu Santo. Y Marcos, que esto escribe, no es menos que los demás. En efecto, el apóstol Pedro dice en su carta: «Os saluda la elegida como vosotros, así como mi hijo

Marcos». ¡Oh apóstol Pedro, tu hijo Marcos, hijo no según la carne, sino según el espíritu, instruido en las cosas espirituales, ignora esto! Y lo que está escrito en un lugar, lo asigna a otro. «Conforme está escrito en el profeta Isaías: Mira, envío mi mensajero delante de ti». Porfirio, aquel impío, que escribió contra nosotros y que vomitó su rabia en muchos libros, se ocupa de este pasaje en su libro decimocuarto, y dice: «Los evangelistas fueron hombres tan ignorantes, no sólo en las cosas del mundo, sino incluso en las di-vinas Escrituras, que lo escrito por un profeta lo atribuyen a otro». Esta es su objeción. ¿Qué le responderemos nosotros? Gracias a vuestras oraciones me parece haber encontrado la solución. Conforme está escrito en el profeta Isaías. ¿Qué es lo que está escrito en el profeta Isaías? «Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del señor, enderezad sus sendas». Esto es lo que está escrito en Isaías. Ahora bien, esta misma afirmación se halla expuesta más ampliamente en otro profeta. El evangelista mismo dice: Este es Juan el Bautista, de quien también Malaquías dijo: «Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino». Por tanto, lo que dice que está escrito en Isaías, se refiere a este pasaje: «Voz del que dama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas». Para probar que Juan era el mensajero, que había sido enviado, no quiso Marcos recurrir a su propia palabra, sino a la profecía del profeta.

Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión... " . Juan apareció: nuestro Dios existía. Lo que apareció, dejó de ser y, antes de aparecer, no existió. Por el contrario, el que existía antes y existía siempre y nunca ha tenido principio. Por ello, de Juan el Bautista se dice apareció, mientras del Señor y Salvador se dice existía. Cuando se dice existía significa que no tiene principio. Él mismo es el que dijo: «El que me ha enviado»: pues el ser no tuvo principio. Apareció Juan en el desierto, bautizando y predicando. En el desierto apareció la voz que tenía que anunciar al señor: otra cosa no debía proclamar sino la venida del Salvador. Apareció Juan en el desierto. ¡Feliz innovación: abandonar a los hombres, buscar a los ángeles, dejar las ciudades y encontrar a Cristo en la soledad! Apareció Juan en el desierto, bautizando y predicando: bautizaba con su mano, predicaba con su palabra. El bautismo de Juan precedió al bautismo del Salvador. Del mismo modo como Juan el Bautista fue el precursor del Señor y Salvador, así también su bautismo fue el precursor del bautismo del Salvador. Aquél se dio en la penitencia, éste en la gracia. Allí se otorga la penitencia y el perdón, aquí la victoria.

"Acudía a él gente de toda la región de Judea". A Juan acude Judea, acude Jerusalén; más a Jesús, el Señor y Salvador, acude todo el mundo. «En Judá Dios es conocido, grande es su nombre en Israel». A Juan, pues, acuden Judea y Jerusalén, más al Salvador acude todo el mundo.

Venían todos y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Eran bautizados por Juan. Juan el Bautista ofrece la sombra de la ley, por ello los judíos son bautizados sólo según la ley. Venían de Jerusalén y eran bautizados por él en el Jordán, el río que baja. Pues la ley baja: aunque bautiza, es, sin embargo, de abajo. Jordán significa

esto: río que baja, mientras que nuestro señor, y toda la Trinidad, es de arriba. Alguien podría decir: si la ley es de abajo, ¿no es también de abajo el Señor, que fue bautizado en el Jordán? Fue bautizado en el Jordán justamente, pues guardó los preceptos de la ley. Del mismo modo como fue circuncidado según la ley, según la ley fue bautizado.

Juan llevaba un vestido de piel de camello, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Así como los apóstoles son los primeros entre los sacerdotes, Juan el Bautista es el primero entre los monjes. Y, como nos transmiten los escritos hebreos y puede todavía recordarse, también en las listas de los sacerdotes se nombra a Juan entre los pontífices. De este modo queda claro que aquel varón fue no sólo un santo, sino también un sacerdote. Leemos, además, en el Evangelio de San Lucas que Juan era de linaje sacerdotal. «Hubo, dice, un sacerdote llamado Zacarías..., que en el turno de su grupo...». Esto, propiamente hablando, no puede referirse más que a los príncipes de los sacerdotes, es decir a los pontífices. ¿Por qué he dicho todo esto? Para que sepamos que el que sabía que Cristo iba a venir era sacerdote y, sin embargo, no buscaba a Cristo en el templo, sino en el desierto, donde habíase retirado de la multitud. Para los ojos que esperan a Cristo, ninguna otra cosa merece la atención más que Cristo. Y Juan llevaba su vestido hecho de pelo de camello: no de lana, para que no pudieras pensar que eran vestidos delicados. Nuestro Señor mismo da testimonio en el evangelio del ascetismo de Juan. «Los que visten con elegancia, dice el Señor, están en los palacios de los reyes».

Tratemos ahora de descubrir, con la ayuda de vuestras oraciones, el sentido espiritual del texto. «Tenía Juan un vestido hecho de pelos de camello con un cinturón de cuero a sus lomos» . Juan mismo dice: «Es preciso que él crezca y yo disminuya. El que tiene la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo se alegra mucho, si ve al esposo». Y dice además: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias». Lo de «Es preciso que él crezca y yo disminuya» equivale a decir: es preciso que el Evangelio crezca y yo, la ley, disminuya. Llevaba Juan, es decir, la ley en Juan, un vestido hecho de pelos de camello: no podía llevar la túnica propia del cordero, de quien se dice: «He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo», y también: «Como oveja fue llevado a la muerte». Bajo la ley no podemos llevar la túnica propia de aquel cordero. Y bajo la ley llevaba Juan un cinturón de cuero, porque los judíos consideran pecado solamente el cometido de obra; lo contrario de nuestro Señor Jesús, que en el Apocalipsis de Juan aparece en medio de siete candelabros, llevando un cinturón de oro, y no en los lomos, sino en el pecho .La ley se ciñe a los lomos, mientras que Cristo, es decir, el Evangelio y la virtud de los monjes no sólo condena los actos libidinosos, sino incluso los malos pensamientos. Aquí —en el Evangelio— no está permitido pecar ni siquiera de pensamiento, allí —en la ley—sólo es reo de pecado quien de hecho haya cometido fornicación. En verdad, os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. «Está escrito en la ley, dice Jesús, no cometerás adulterio». Este es el cinturón que se ciñe a los lomos. «Pues yo os digo:

Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón». Este es el cinturón de oro, que se ciñe al pecho.

Llevaba un vestido de pelos de camello y «comía langostas y miel silvestre». La langosta es un animal pequeño, intermedio entre las aves y los reptiles, pues no despega de tierra lo suficiente; aunque se eleva un poco, salta más bien que vuela, e incluso, cuando se ha elevado un poco de tierra, cae de nuevo al suelo, al fallarle las alas. Así también, la ley parecía alejarse un poco del error de la idolatría, mas no era capaz de volar al cielo. Nunca se habla en la ley del reino de los cielos. ¿Queréis saber por qué el reino de los cielos sólo se predica en el Evangelio? «Haced penitencia, dice, porque está cerca el reino de los cielos». Así, pues, la ley elevaba un poco a los hombres de tierra, pero no podía llevarlos al cielo. «Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas». Esto respecto a las langostas.

También comía miel, no de la cultivada, sino de la silvestre, entre las fieras, entre las bestias; no en casa, no en la Iglesia, sino fuera de la Iglesia. En la ley llegaba a su fin la miel silvestre, de ahí que nunca hallemos escrito que la miel haya sido ofrecida en los sacrificios. Tal vez alguien se sorprenda y diga: ¿Por qué, siendo ofrecidos a Dios en sacrificio el aceite, la harina, el carnero, el cordero, la sangre de los animales, y demás cosas, sólo la miel no es ofrecida? En definitiva, ¿qué dice la Escritura? Todo lo que se ofrezca en sacrificio, ofrézcase sazonado con sal. «Que vuestra conversación esté sazonada con sal». La miel no se ofrece en absoluto. Y todo lo que haya tocado —se dice— , será impuro. La miel es signo del placer y la sensualidad: el placer conduce siempre a la muerte y no agrada nunca a Dios. Cuanto consigo trae dulzura no se ofrece a Dios en sacrificio. La miel es ciertamente dulce por sí misma y, por despertar con su dulzura los sentidos, se equipara al placer, a la pasión, a la lascivia. Cierto que la miel procede de las flores, que surgen por doquier, pero si te fijas bien, entre las mismas flores hay cadáveres, podredumbre y cosas semejantes... Por tanto, la miel no sólo procede de las flores, sino también de todo lo voluptuoso. Parece ciertamente agradable, más si sabes discernir el peligro, es en realidad mortal. ¿Por qué he dicho esto? Porque en la ley estaban los comienzos, mientras que en el Evangelio está la perfección.

Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. Aquí aparece claramente un signo de humildad; es como decir: no soy digno siquiera de ser su siervo. Pero en estas sencillas palabras se nos revela otro misterio. Leemos en el Éxodo, en el Deuteronomio y en el libro de Ruth que cuando alguien se negaba a tomar por mujer a la viuda de su hermano, quien le seguía en orden de parentesco, ante los jueces y los ancianos le decía: a ti te corresponde el matrimonio, tú eres quien debe tomarla por mujer. Si se negaba, la misma a quien no quería tomar por esposa le quitaba su sandalia, le golpeaba en la cara y le escupía. De este modo podía ya casarse con el otro. Esto se hacía para pública deshonra —interpretando de momento el texto al pie de la letra— a fin de que si alguien fuera a rechazar a una mujer especialmente por ser pobre, el miedo a esta pública deshonra le hiciera desistir. Por

tanto, aquí se nos revela el sacerdocio. Juan mismo dice: «el que tiene a la esposa es el esposo». Él tiene por esposa a la Iglesia, yo soy simplemente el amigo del esposo: no puedo, siguiendo la ley, desatar la correa de su sandalia, porque él no ha rechazado a la Iglesia por esposa.

Yo os bautizo con agua, yo soy un servidor, él es el Creador y el Señor. Yo os ofrezco agua. Yo, que soy criatura, ofrezco una criatura; él, que es increado, da al increado. Yo os bautizo con agua, ofrezco lo que se ve; él lo que no se ve. Yo, que soy visible, doy agua visible; él, que es invisible, da el Espíritu invisible.

Comentario al evangelio de San Marcos, Comentario a Mc 1, 8, **Ciudad Nueva Madrid 1988, pág. 19-27**

***

SAN JUAN CRISÓSTOMO

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

"¡Convertíos!"

2. ¿Qué quiere, pues, decir: *Para la remisión de los pecados?* Los judíos eran unos insensatos y jamás se daban cuenta de sus pecados, sino que, siendo reos de los más graves crímenes, se justificaban en todo a sí mismos. Que fue lo que señaladamente los perdió y apartó de la fe. Esto les echaba Pablo en cara cuando decía: *Ignorando la justicia* de *Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios.* Y antes había dicho: ¿Qué decir, pues? *Que las naciones que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia; Israel, empero, que seguía la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia. ¿Por qué? Porque no la siguió por la fe sino por las obras.*

Ahora bien, como ésta era la causa de todos los males, viene Juan, y su misión no es otra que obligarlos a pensar en sus propios pecados. Por lo menos, eso indicaba su figura misma, que era toda de arrepentimiento y confesión; eso también su predicación. Ninguna otra cosa, en efecto, decía sino: *Haced frutos dignos del arrepentimiento*. Como quiera, pues, que el no condenar sus propios pecados, como bien claro lo dijo Pablo, los hizo alejarse de Cristo, y el reconocerlos lleva al hombre al deseo de buscar al Redentor y a desear el perdón; a prepararlos para eso vino Juan, a persuadirlos al arrepentimiento vino; no para que fueran castigados, sino que, hechos más humildes por el arrepentimiento y condenándose a sí mismos, corrieran a alcanzar el perdón. Mira, si no, con qué precisión lo dice el evangelista. Habiendo dicho: *Vino Juan predicando el bautismo en el desierto de la Judea, añadió: Para la remisión de los pecados.* Como si Juan mismo nos dijera: Yo los exhortaba a confesar y arrepentirse de sus pecados, no para que fueran condenados, sino para que, confesados y arrepentidos, alcanzaran más fácilmente el perdón. Porque, si no se hubieran condenado a sí mismos, no hubieran ni pedido siquiera la gracia del perdón, y, no buscando el perdón, tampoco lo hubieran alcanzado. En conclusión: este bautismo era una preparación del camino hacia Cristo. De

ahí las palabras de Pablo: *Para que todos creyeran en el que venía después de él;* palabras en que, aparte la dicha, se da otra razón del bautismo de Juan.

No era efectivamente lo mismo andar de casa en casa llevando a Cristo de la mano y decir: "Creed en éste", que levantar aquella bienaventurada voz en presencia y a la vista de toda la muchedumbre y cumplir todo lo demás que Juan hizo por Él. Ésta es la causa por que Cristo acude al bautismo de Juan. Y era así que la reputación del Bautista y el motivo del rito arrastraba y llamaba a la ciudad entera hacia las orillas del Jordán, y allí se formaba teatro inmenso. Por eso, cuando allá se presentan, Juan los reprende, les exhorta a no forjarse altas ilusiones sobre sí mismos; pues, de no arrepentirse, eran reos de los más graves crímenes; que dejen en paz a sus antepasados y no blasonen tanto de ellos, y reciban, en cambio, al que venía.

A la verdad, la vida de Cristo estaba por entonces como en la penumbra y hasta muchos se imaginaban que había muerto entre la matanza general de Belén. Porque, si es cierto que a los doce años tuvo una aparición, fue para quedar otra vez rápidamente en la sombra. Por eso necesitaba ahora de una brillante introducción en escena, de un comienzo más alto que el de su infancia. De ahí que Juan predica ahora por vez primera lo que jamás habían oído los judíos ni de boca de sus profetas ni de otro alguno.

Juan pregona con voz clara el reino de los cielos, y ya no se habla para nada de la tierra. Por reino de los cielos hay que entender el advenimiento de Cristo, tanto el primero como el segundo. –¿A qué le vas con eso a los judíos, que ni te entienden lo que dices? Podría objetarle alguno, –Justamente les hablo así –contesta Juan– porque la misma obscuridad de mis palabras los despierte y vayan a buscar a quien yo les predico. Lo cierto es que de tal modo levantó las esperanzas de sus oyentes, que hasta los soldados y los publicanos (recaudadores de impuestos) le iban a preguntar qué tenían que hacer y cómo tenían que gobernar su vida. Señal de que se desprendían ya de las cosas mundanas, de que miraban otras más altas y que presentían lo que iba a venir. Todo, en efecto, lo que veían y oían, era para levantarlos a pensar altamente.

3. Considerad, si no, la impresión que había de producir contemplar a un hombre de treinta años que venía del desierto, hijo que era de un sumo sacerdote, que jamás necesitó de nada humano, que en todo su porte infundía respeto y que llevaba consigo al profeta Isaías. El profeta, en efecto, estaba también allí pregonando a voces: "Éste es el que yo dije que había de venir gritando, y que con clara voz había de predicarlo todo por el desierto". Y es así que era tal el empeño de los profetas por las cosas de nuestra salvación, que no se contentaron con anunciar con mucha anticipación al Señor que nos venía a salvar, sino al mismo que le había de servir; y no sólo le nombran a él, sino que señalan el lugar en que había de morar, la manera cómo al venir había de predicar y enseñar y el bien que de su predicación resultaría.

Mirad, si no, cómo el profeta y el Bautista vienen a parar a los mismos pensamientos, aunque se valen de distintas palabras. El profeta había dicho que Juan vendría diciendo:

Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas. Y Juan, de hecho, venido, dijo: *Haced frutos dignos del arrepentimiento*. Lo que vale tanto como: *Preparad el camino del Señor*. ¿Veis cómo por lo que había dicho el profeta y por lo que él mismo predicó, resultaba evidente que Juan sólo vino para ir delante preparando el camino, pero no para dar la gracia, es decir, el perdón de los pecados? No, su misión era preparar de antemano las almas para que recibieran al Dios del universo.

Lucas es aún más explícito, pues no se contentó con citar el comienzo de la profecía, sino que la transcribió íntegra: *Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado. Y lo torcido será camino recto, y lo áspero senda llana. Y verá toda carne la salvación de Dios*. Ya veis cómo el profeta lo dijo todo anticipadamente: el concurso del pueblo, el mejoramiento de las cosas, la facilidad de la predicación, la causa de todos esos acontecimientos, si bien todo lo puso figuradamente, pues ése es el estilo de la profecía. En efecto, cuando dice: *Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado, y los caminos ásperos serán senda llana,* nos da a entender que los humildes serán exaltados, y los soberbios humillados, y la dificultad de la ley se cambiará en la facilidad de la fe. "Basta ya –viene a decir– de sudores y trabajos; gracia más bien y perdón de los pecados, que nos dará grande facilidad para nuestra salvación".

Luego nos da la causa de todo esto, diciendo: *Y verá toda carne la salvación de Dios*. No ya no sólo los judíos y sus prosélitos, sino toda la tierra y el mar y toda la humana naturaleza. Porque por "lo torcido" el profeta quiso significar toda vida humana corrompida: publicanos, rameras, ladrones, magos; todos los cuales, extraviados antes, entraron luego por la senda derecha. El Señor mismo lo dijo: *Los publicanos y rameras se os adelantan en el reino de Dios*, porque creyeron. Lo mismo indicó el profeta por otras palabras, diciendo: *Entonces pacerán juntos lobos y corderos*. Y, efectivamente, como en un pasaje por los barrancos y collados significa la diferencia de costumbres que había de fundirse en la igualdad de un solo amor a la sabiduría; así, en éste, por estos contrarios animales, indica igualmente los varios caracteres de los hombres que habían de unirse en la armonía única de la religión.

Y también aquí da la razón: *Porque habrá* –dice– *quien se levante a imperar sobre las naciones y en Él esperarán los pueblos*. Lo mismo que había dicho antes: *Y verá toda carne la salvación de Dios*. Y en uno y otro pasaje se nos manifiesta que la virtud y conocimiento del Evangelio se extendería hasta los últimos confines de la tierra, cambiando la fiereza y dureza de las costumbres del género humano en la mayor mansedumbre y blandura.

Ahora bien, Juan llevaba un vestido de pelos de camello, y un cinturón de piel sobre sus lomos. Ya veis cómo unas cosas las predijeron los profetas; pero otras las dejaron que las contaran los evangelistas. Así, Mateo, por una parte, cita las profecías, y por otra añade lo suyo por su cuenta. Y aquí no tuvo por cosa secundaria decirnos cómo vestía este santo.

4. Realmente, tenía que ser maravilloso y sorprendente contemplar tanta resistencia en un cuerpo humano, y esto era lo que más atraía a los judíos. Ellos veían en Juan al gran Elías, y lo que tenían entonces ante sus ojos les traía a la memoria a aquel santo de tiempos pretéritos y hasta les admiraba más éste que el otro. Porque Elías al cabo vivía en las ciudades y bajo techo; pero Juan desde la cuna se había pasado la vida entera en el desierto. Y es que, como precursor de quien tantas cosas antiguas venía a destruir: el trabajo, la maldición, la tristeza, el sudor, tenía que llevar en sí mismo algunas señales de este don divino y estar por encima de la maldición primera del paraíso. Así, Juan, ni aró la tierra, ni abrió surcos en ella, ni comió el pan con el sudor de su frente. La mesa la tenía siempre puesta; aún era más fácil que su mesa su vestido, y más que su vestido su casa, y es que no necesitaba ni de techo, ni de lecho, ni de mesa, ni de nada semejante, sino que llevaba, en carne humana, una especie de vida de ángel.

Por ello llevaba también un manto de pelos, enseñando por sola su figura a apartarse de las cosas humanas y a no tener nada de común con la tierra, sino volver a aquella primera nobleza en que se hallara Adán antes de que necesitara de mantos y vestidos. De esta manera, la figura misma de Juan era un símbolo del reino de Dios y de la penitencia. (...)

–Mas ¿por qué –me diréis– usaba Juan de ceñidor del vestido? –Esa era la costumbre de los antiguos antes de introducirse la moda blanda y afeminada actual. Así por lo menos aparece ceñido Pedro, e igualmente Pablo: *Al hombre* –dice el texto sagrado– *cuyo es este ceñidor... Así* vestía Elías, así cada uno de aquellos antiguos santos, no sólo porque estaban en actividad continua, ora de camino, ora en otra cualquiera obra necesaria; sino también porque pisoteaban todo ornato de sus personas y se abrazaban con todo género de asperezas. Este fue uno de los mayores motivos de la alabanza que Cristo tributó a Juan cuando dijo: *¿Qué salisteis a ver en el desierto: A un hombre vestido de ropas delicadas? Los que llevan ropas delicadas moran en los palacios de los reyes.*

5. Pues si tan áspera vida llevaba Juan Bautista–él tan puro, más brillante que el cielo, el más grande de los profetas, el mayor de los nacidos de mujer–, si él, que tan grande confianza podía tener, hasta tal extremo despreciaba toda molicie y se abrazaba con una vida tan dura, ¿qué excusa tendremos nosotros, que, después de recibir tan grande beneficio, cargados como vamos de incontables pecados, no imitamos ni una mínima parte de su penitencia? ¡Nosotros, que andamos borrachos y ahítos y oliendo a perfumes; que apenas si nos diferenciamos en cosa de esas mujeres perdidas del teatro; que por todas partes nos emblandecemos, y nos hacemos así presa fácil del demonio!

Entonces salió hacia él toda la Judea y Jerusalén y toda la región del Jordán, y se hacían bautizar por él en el río, confesando sus pecados. ¿Ves la fuerza que tuvo el advenimiento del profeta, cómo levantó en vilo al pueblo entero, cómo les hizo pensar en sus pecados? A la verdad, cosa de maravilla era ver a un simple hombre que tales muestras daba de sí, con qué libertad hablaba, cómo los dominaba a todos cual si fueran niños, qué gracia, en fin, irradiaba de su mismo rostro.

Hubo también de contribuir a la impresión que apareciera un profeta después de tanto tiempo. Faltaba, en efecto, entre ellos el carisma profético, y volvía ahora después de siglos. La forma misma de su predicación era nueva y sorprendente. No oían de Juan lo que estaban acostumbrados a oír de los profetas: guerras, y batallas y victorias de acá abajo, hambres y pestes, babilonios y persas, toma de la ciudad y cosas por el estilo. Juan hablaba sólo de los cielos, y del reino de los cielos, y de los castigos del infierno. Por eso, no obstante hacer tan poco que habían sido pasados a cuchillo todos los que se habían retirado al desierto a las órdenes de Judas y Teudas, no es la gente menos diligente en acudir allí a la llamada de Juan. Bien es cierto que tampoco los llamaba con los mismos fines: la tiranía, la sedición y la revolución. Él quería sólo guiarlos hacia el reino de arriba. De ahí que tampoco los retenía consigo en el desierto: los bautizaba, les daba las enseñanzas de una divina filosofía y los despedía. Y cifra de su enseñanza era siempre despreciar las cosas de la tierra y levantarse y apresurarse en cada momento por las venideras.

Imitemos también nosotros a Juan, apartémonos de la disolución y la embriaguez, convirtámonos a una vida recogida. He aquí venido el tiempo de la confesión o penitencia tanto para los catecúmenos como para los bautizados; para los unos, a fin de que por la penitencia se hagan dignos de los divinos misterios; para los otros, a fin de que, lavadas las manchas contraídas después del bautismo, se acerquen con limpia conciencia a la mesa sagrada. Apartémonos, pues, de esa vida muelle y disoluta. Porque no, no son compatibles la confesión y la disolución. Bien nos lo puede enseñar Juan con su vestido, con su alimento, con su vivienda.

–Pues qué –me diréis–. ¿Es que nos mandas ese rigor de vida? –No os lo mando, sólo os lo aconsejo, sólo os exhorto a ello. Y si ello es para vosotros imposible, haced penitencia aun siguiendo en las ciudades. El último juicio está llamando a las puertas. Y, si está aún lejos, no por ello puede nadie estar confiado. El fin de la vida de cada uno equivale al fin del mundo para quien es llamado a dar cuenta a Dios. Más que está realmente llamando a la puerta, oye a Pablo, que dice: *La noche ha pasado y el día está cercano*. Y otra vez: *El que ha de venir vendrá, y no tardará*. Realmente los signos que han de llamar, como quien dice, a este día ya se han cumplido: *Se predicará*–dice el Señor–*este Evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin.*

6. Atended con cuidado a lo que dijo el Señor. No dijo: Cuando el Evangelio haya sido creído por todos los hombres, sino: *Cuando haya sido predicado en todo el mundo.* Por eso dijo también: *Para testimonio de las naciones,* con lo que nos da a entender que no ha de esperar, para venir, a que todos abracen la fe. *Para testimonio,* en efecto, vale tanto como para acusación, para prueba, para condenación de los que no hubieren creído.

Más nosotros, no obstante oír y ver estas cosas, seguimos durmiendo y viendo sueños, como cargados de embriaguez en la noche más profunda. Y es así que las cosas presentes, buenas o malas, no se diferencian nada de los sueños. Por eso, yo os exhorto a

que os despertéis ya y levantéis los ojos al sol de justicia. Nadie que duerma puede contemplar al sol ni recrear sus ojos con la belleza de sus rayos. Todo lo que ve lo ve como entre sueños. Necesitamos, pues, de mucha penitencia y de muchas lágrimas, primero porque pecamos sin remordimiento; segundo, porque nuestros pecados son tan grandes, que no merecerían perdón. Y que no miento, testigos son muchos de los que me están oyendo. Sin embargo, aunque no merecerían perdón, arrepintámonos y seremos coronados.

Y notad que llamo arrepentirse, no sólo al apartarse del mal pasado, sino–lo que es mejor–practicar en adelante el bien. *Haced* –dice Juan– *frutos dignos del arrepentimiento,* ¿Cómo los haremos? Practicando acciones contrarias a las del pecado. ¿Has robado lo ajeno? Da ahora hasta lo tuyo. ¿Has vivido largo tiempo deshonestamente? Abstente ahora, en determinados días, hasta de tu propia mujer. Practica la continencia. ¿Has insultado, has tal vez herido o golpeado a los que pasaban a tu lado? Bendice ahora a los que te insulten a ti, haz bien a los que te hieran. No basta para nuestra salud que nos arranquemos el dardo; hay que aplicar también a la herida los convenientes remedios. ¿Te has dado a la gula y a la embriaguez el tiempo pasado? Ayuna y bebe ahora agua. Atiende a extirpar el daño que de ahí te ha venido. ¿Miraste con ojos intemperantes la belleza ajena? No mires ya en absoluto a mujer alguna, y así estarás más seguro.

Apártate de lo malo –dice el profeta– y *haz el bien*. Y otra vez: *Cese tu lengua en el mal y tus labios no pronuncien engaño*. Pues dinos qué bien es ése: *Busca la paz y persíguela;* la paz, digo, no sólo con los hombres, sino con Dios. Y dijo bien el salmista: *Persíguela*. Porque la paz ha sido arrojada, ha sido desterrada, y, dejando la tierra, se ha marchado al cielo. De allí, sin embargo, podemos, si queremos, hacerla volver nuevamente. Basta que echemos de nosotros la soberbia y arrogancia y cuanto a la paz se opone y nos abracemos con la vida sobria y humilde. Nada hay peor que la ira y la audacia. Esta es la que hace a los hombres al mismo tiempo soberbios y viles; por lo uno nos convierte en seres ridículos, por lo otro, en hombres odiosos. Son dos contrarios males los que lleva consigo: la altanería y la adulación. Más, si nosotros cortamos todo exceso de la pasión, seremos humildes con perfección y elevados con seguridad. En nuestros cuerpos, de los excesos se originan las destemplanzas, y, cuando los elementos traspasan sus propios términos y llegan a la desmesura, vienen las enfermedades sin número y las muertes desastradas. Lo mismo es fácil ver que acontece en nuestras almas.

(*Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 10, 2-6,* BAC Madrid 1956 (II), pp. 182-95)

FRANCISCO – Ángelus 2014, 2017 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Ángelus 2014

En la consolación es el Espíritu Santo el protagonista

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Este domingo marca la segunda etapa del tiempo de Adviento, un período estupendo que despierta en nosotros la espera del regreso de Cristo y la memoria de su venida histórica. La liturgia de hoy nos presenta un mensaje lleno de esperanza. Es la invitación del Señor expresado por boca del profeta Isaías: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios» (40, 1). Con estas palabras se abre el *Libro de la consolación*, donde el profeta dirige al pueblo en exilio el anuncio gozoso de la liberación. El tiempo de la tribulación ha terminado; el pueblo de Israel puede mirar con confianza hacia el futuro: le espera finalmente el regreso a la patria. Por ello la invitación es dejarse consolar por el Señor.

Isaías se dirige a gente que atravesó un período oscuro, que sufrió una prueba muy dura; pero ahora llegó el tiempo de la consolación. La tristeza y el miedo pueden dejar espacio a la alegría, porque el Señor mismo guiará a su pueblo por la senda de la liberación y de la salvación. ¿De qué modo hará todo esto? Con la solicitud y la ternura de un pastor que se ocupa de su rebaño. Él, en efecto, dará unidad y seguridad al rebaño, lo apacentará, reunirá en su redil seguro a las ovejas dispersas, reservará atención especial a las más frágiles y débiles (cf. v. 11). Esta es la actitud de Dios hacia nosotros, sus criaturas. Por ello el profeta invita a quien le escucha —incluidos nosotros, hoy— a difundir entre el pueblo este mensaje de esperanza: que el Señor nos consuela. Y dejar espacio a la consolación que viene del Señor.

Pero no podemos ser mensajeros de la consolación de Dios si nosotros no experimentamos en primer lugar la alegría de ser consolados y amados por Él. Esto sucede especialmente cuando escuchamos su Palabra, el Evangelio, que tenemos que llevar en el bolsillo: ¡no olvidéis esto! El Evangelio en el bolsillo o en la cartera, para leerlo continuamente. Y esto nos trae consolación: cuando permanecemos en oración silenciosa en su presencia, cuando lo encontramos en la Eucaristía o en el sacramento del perdón. Todo esto nos consuela.

Dejemos ahora que la invitación de Isaías —«Consolad, consolad a mi pueblo»— resuene en nuestro corazón en este tiempo de Adviento. Hoy se necesitan personas que sean testigos de la misericordia y de la ternura del Señor, que sacude a los resignados, reanima a los desanimados. Él enciende el fuego de la esperanza. ¡Él enciende el fuego de la esperanza! No nosotros. Muchas situaciones requieren nuestro testimonio de consolación. Ser personas gozosas, que consuelan. Pienso en quienes están oprimidos por sufrimientos, injusticias y abusos; en quienes son esclavos del dinero, del poder, del éxito, de la mundanidad. ¡Pobrecillos! Tienen consolaciones maquilladas, no la verdadera consolación del Señor. Todos estamos llamados a consolar a nuestros hermanos,

testimoniando que sólo Dios puede eliminar las causas de los dramas existenciales y espirituales. ¡Él puede hacerlo! ¡Es poderoso!

El mensaje de Isaías, que resuena en este segundo domingo de Adviento, es un bálsamo sobre nuestras heridas y un estímulo para preparar con compromiso el camino del Señor. El profeta, en efecto, habla hoy a nuestro corazón para decirnos que Dios olvida nuestros pecados y nos consuela. Si nosotros nos encomendamos a Él con corazón humilde y arrepentido, Él derrumbará los muros del mal, llenará los vacíos de nuestras omisiones, allanará las dosis de soberbia y vanidad y abrirá el camino del encuentro con Él. Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio, en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista. Es Él quien nos consuela, es Él quien nos da la valentía de salir de nosotros mismos. Es Él quien nos conduce a la fuente de toda consolación auténtica, es decir, al Padre. Y esto es la conversión. Por favor, dejaos consolar por el Señor. ¡Dejaos consolar por el Señor!

La Virgen María es la «senda» que Dios mismo se preparó para venir al mundo. Confiamos a ella la esperanza de salvación y de paz de todos los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

***

Ángelus 2017

Preparar la venida del Señor con cuidado y felicidad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El domingo pasado empezamos el Adviento con la invitación a vigilar; hoy, segundo domingo de este tiempo de preparación a la Navidad, la liturgia nos indica los contenidos propios: es un tiempo para reconocer los vacíos para colmar en nuestra vida, para allanar las asperezas del orgullo y dejar espacio a Jesús que viene.

El profeta Isaías se dirige al pueblo anunciando el final del exilio en Babilonia y el regreso a Jerusalén. Él profetiza: «Una voz clama: "En el desierto abrid camino a Yahveh. [...]. Que todo valle sea elevado"» (40, 3). Los valles para elevar representan todos los vacíos de nuestro comportamiento ante Dios, todos nuestros pecados de omisión. Un vacío en nuestra vida puede ser el hecho de que no rezamos o rezamos poco. El Adviento es entonces el momento favorable para rezar con más intensidad, para reservar a la vida espiritual el puesto importante que le corresponde. Otro vacío podría ser la falta de caridad hacia el prójimo, sobre todo, hacia las personas más necesitadas de ayuda no solo material, sino también espiritual. Estamos llamados a prestar más atención a las necesidades de los otros, más cercanos. Como Juan Bautista, de este modo podemos abrir caminos de esperanza en el desierto de los corazones áridos de tantas personas. «Y todo monte y cerro sea rebajado» (v. 4), exhorta aún Isaías. Los montes y los cerros que deben

ser rebajados son el orgullo, la soberbia, la prepotencia. Donde hay orgullo, donde hay prepotencia, donde hay soberbia no puede entrar el Señor porque ese corazón está lleno de orgullo, de prepotencia, de soberbia. Por esto, debemos rebajar este orgullo. Debemos asumir actitudes de mansedumbre y de humildad, sin gritar, escuchar, hablar con mansedumbre y así preparar la venida de nuestro Salvador, Él que es manso y humilde de corazón (cf. *Mateo* 11, 29). Después se nos pide que eliminemos todos los obstáculos que ponemos a nuestra unión con el Señor: «¡Vuélvase lo escabroso llano, y las breñas planicie! Se revelará la gloria de Yahveh —dice Isaías— y toda criatura a una la verá (*Isaías* 40, 4-5). Estas acciones, sin embargo, se cumplen con alegría, porque están encaminadas a la preparación de la llegada de Jesús. Cuando esperamos en casa la visita de una persona querida, preparamos todo con cuidado y felicidad. Del mismo modo queremos prepararnos para la venida del Señor: esperarlo cada día con diligencia, para ser colmados de su gracia cuando venga.

El Salvador que esperamos es capaz de transformar nuestra vida con su gracia, con la fuerza del Espíritu Santo, con la fuerza del amor. En efecto, el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones el amor de Dios, fuente inagotable de purificación, de vida nueva y de libertad. La Virgen María vivió en plenitud esta realidad, dejándose «bautizar» por el Espíritu Santo que la inundó de su poder. Que Ella, que preparó la venida del Cristo con la totalidad de su existencia, nos ayude a seguir su ejemplo y guíe nuestros pasos al encuentro con el Señor que viene.

***

Ángelus 2020

La conversión es una gracia de Dios

El Evangelio de este domingo (*Mc* 1, 1-8) presenta la figura y la obra de Juan el Bautista, que señaló a sus contemporáneos un itinerario de fe similar al que el Adviento nos propone a nosotros, que nos preparamos para recibir al Señor en Navidad. Este itinerario de fe es un itinerario de *conversión*. ¿Qué significa la palabra "conversión"? En la Biblia quiere decir, ante todo, cambiar de dirección y orientación; y, por tanto, cambiar nuestra manera de pensar. En la vida moral y espiritual, convertirse significa pasar del mal al bien, del pecado al amor de Dios. Esto es lo que enseñaba el Bautista, que en el desierto de Judea proclamaba «un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (v. 4). Recibir el bautismo era un signo externo y visible de la conversión de quienes escuchaban su predicación y decidían hacer penitencia. Ese bautismo tenía lugar con la inmersión en el Jordán, en el agua, pero resultaba inútil, era solamente un signo y resultaba inútil sin la voluntad de arrepentirse y cambiar de vida.

La conversión implica el dolor de los pecados cometidos, el deseo de liberarse de ellos, el propósito de excluirlos para siempre de la propia vida. Para excluir el pecado, hay que rechazar también todo lo que está relacionado con él, las cosas que están ligadas al pecado y, esto es, hay que rechazar la mentalidad mundana, el apego excesivo a las

comodidades, el apego excesivo al placer, al bienestar, a las riquezas. El ejemplo de este desapego nos lo ofrece una vez más el Evangelio de hoy en la figura de Juan el Bautista: un hombre austero, que renuncia a lo superfluo y busca lo esencial. Este es el primer aspecto de la conversión: *desapego del pecado y de la mundanidad*. Comenzar un camino de desapego hacia estas cosas.

El otro aspecto de la conversión es el fin del camino, es decir, la *búsqueda de Dios y de su reino*. Desapego de las cosas mundanas y búsqueda de Dios y de su reino. El abandono de las comodidades y la mentalidad mundana no es un fin en sí mismo, no es una ascesis solo para hacer penitencia; el cristiano no hace "el faquir". Es otra cosa. El desapego no es un fin en sí mismo, sino que tiene como objetivo lograr algo más grande, es decir, el reino de Dios, la comunión con Dios, la amistad con Dios. Pero esto no es fácil, porque son muchas las ataduras que nos mantienen cerca del pecado, y no es fácil... La tentación siempre te tira hacia abajo, te abate, y así las ataduras que nos mantienen cercanos al pecado: inconstancia, desánimo, malicia, mal ambiente y malos ejemplos. A veces el impulso que sentimos hacia el Señor es demasiado débil y parece casi como si Dios callara; nos parecen lejanas e irreales sus promesas de consolación, como la imagen del pastor diligente y solícito, que resuena hoy en la lectura de Isaías (cf. *Is* 40,1.11). Y entonces sentimos la tentación de decir que es imposible convertirse de verdad. ¿Cuántas veces hemos sentido este desánimo? "¡No, no puedo hacerlo! Lo empiezo un poco y luego vuelvo atrás". Y esto es malo. Pero es posible, es posible. Cuando tengas esa idea de desanimarte, no te quedes ahí, porque son arenas movedizas: son arenas movedizas: las arenas movedizas de una existencia mediocre. La mediocridad es esto. ¿Qué se puede hacer en estos casos, cuando quisieras seguir pero sientes que no puedes? En primer lugar, recordar que la conversión es *una gracia:* nadie puede convertirse con sus propias fuerzas. Es una gracia que te da el Señor, y que, por tanto, hay que pedir a Dios con fuerza, pedirle a Dios que nos convierta Él, que verdaderamente podamos convertirnos, en la medida en que nos abrimos a la belleza, la bondad, la ternura de Dios. Pensad en la ternura de Dios. Dios no es un padre terrible, un padre malo, no. Es tierno, nos ama tanto, como el Buen Pastor, que busca la última de su rebaño. Es amor, y la conversión es esto: una gracia de Dios. Tú empieza a caminar, porque es Él quien te mueve a caminar, y verás cómo llega. Reza, camina y siempre darás un paso adelante.

Que María Santísima, a quien pasado mañana celebraremos como la Inmaculada Concepción, nos ayude a desprendernos cada vez más del pecado y de la mundanidad, para abrirnos a Dios, a su palabra, a su amor que regenera y salva.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2005, 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

2005

La Virgen es ejemplo para el creyente que vive buscando a Dios

Queridos hermanos y hermanas:

En este tiempo de Adviento la comunidad eclesial, mientras se prepara para celebrar el gran misterio de la Encarnación, está invitada a redescubrir y profundizar su relación personal con Dios.

La palabra latina *"adventus"* se refiere a la venida de Cristo y pone en primer plano el movimiento de Dios hacia la humanidad, al que cada uno está llamado a responder con la apertura, la espera, la búsqueda y la adhesión. Y al igual que Dios es soberanamente libre al revelarse y entregarse, porque sólo lo mueve el amor, también la persona humana es libre al dar su asentimiento, aunque tenga la obligación de darlo: Dios espera una respuesta de amor. Durante estos días la liturgia nos presenta como modelo perfecto de esa respuesta a la Virgen María, a quien el próximo 8 de diciembre contemplaremos en el misterio de la Inmaculada Concepción.

La Virgen, que permaneció a la escucha, siempre dispuesta a cumplir la voluntad del Señor, es ejemplo para el creyente que vive buscando a Dios. A este tema, así como a la relación entre verdad y libertad, el concilio Vaticano II dedicó una reflexión atenta. En particular, los padres conciliares aprobaron, hace exactamente cuarenta años, una Declaración concerniente a la cuestión de la libertad religiosa, es decir, al derecho de las personas y de las comunidades a poder buscar la verdad y profesar libremente su fe. Las primeras palabras, que dan el título a este documento, son "*Dignitatis humanae*": la libertad religiosa deriva de la singular dignidad del hombre que, entre todas las criaturas de esta tierra, es la única capaz de entablar una relación libre y consciente con su Creador. "Todos los hombres –dice el Concilio–, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y voluntad libre, (...) se ven impulsados, por su misma naturaleza, a buscar la verdad y, además, tienen la obligación moral de hacerlo, sobre todo la verdad religiosa" (*Dignitatis humanae*, 2).

El Vaticano II reafirma así la doctrina católica tradicional, según la cual el hombre, en cuanto criatura espiritual, puede conocer la verdad y, por tanto, tiene el deber y el derecho de buscarla (cf. *ib.,* 3). Puesto este fundamento, el Concilio insiste ampliamente en la libertad religiosa, que debe garantizarse tanto a las personas como a las comunidades, respetando las legítimas exigencias del orden público. Y esta enseñanza conciliar, después de cuarenta años, sigue siendo de gran actualidad. En efecto, la libertad religiosa está lejos de ser asegurada efectivamente por doquier: en algunos casos se la niega por motivos religiosos o ideológicos; otras veces, aunque se la reconoce teóricamente, es obstaculizada de hecho por el poder político o, de manera más solapada, por el predominio cultural del agnosticismo y del relativismo.

Oremos para que todos los hombres puedan realizar plenamente la vocación religiosa que llevan inscrita en su ser. Que María nos ayude a reconocer en el rostro del

Niño de Belén, concebido en su seno virginal, al divino Redentor, que vino al mundo para revelarnos el rostro auténtico de Dios.

***

2008

Creer en Dios y comprometerse en la construcción de su Reino

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace una semana estamos viviendo el tiempo litúrgico de Adviento: tiempo de apertura al futuro de Dios, tiempo de preparación para la santa Navidad, cuando él, el Señor, que es la novedad absoluta, vino a habitar en medio de esta humanidad decaída para renovarla desde dentro. En la liturgia de Adviento resuena un mensaje lleno de esperanza, que invita a levantar la mirada al horizonte último, pero, al mismo tiempo, a reconocer en el presente los signos del Dios-con-nosotros.

En este segundo domingo de Adviento la Palabra de Dios asume el tono conmovedor del así llamado *segundo Isaías*, que a los israelitas, probados durante decenios de amargo exilio en Babilonia, les anunció finalmente la liberación: "Consolad, consolad a mi pueblo –dice el profeta en nombre de Dios–. Hablad al corazón de Jerusalén, decidle bien alto que ya ha cumplido su tribulación" (*Is* 40, 1-2). Esto es lo que quiere hacer el Señor en Adviento: hablar al corazón de su pueblo y, a través de él, a toda la humanidad, para anunciarle la salvación.

También hoy se eleva la voz de la Iglesia: "En el desierto preparadle un camino al Señor" (*Is* 40, 3). Para las poblaciones agotadas por la miseria y el hambre, para las multitudes de prófugos, para cuantos sufren graves y sistemáticas violaciones de sus derechos, la Iglesia se pone como centinela sobre el monte alto de la fe y anuncia: "Aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza" (*Is* 40, 11).

Este anuncio profético se realizó en Jesucristo. Él, con su predicación y después con su muerte y resurrección, cumplió las antiguas promesas, revelando una perspectiva más profunda y universal. Inauguró un éxodo ya no sólo terreno, histórico y como tal provisional, sino radical y definitivo: el paso del reino del mal al reino de Dios, del dominio del pecado y la muerte al del amor y la vida. Por tanto, la esperanza cristiana va más allá de la legítima esperanza de una liberación social y política, porque lo que Jesús inició es una humanidad nueva, que viene "de Dios", pero al mismo tiempo germina en nuestra tierra, en la medida en que se deja fecundar por el Espíritu del Señor. Por tanto, se trata de entrar plenamente en la lógica de la fe: creer en Dios, en su designio de salvación, y al mismo tiempo comprometerse en la construcción de su reino. En efecto, la justicia y la paz son un don de Dios, pero requieren hombres y mujeres que sean "tierra buena", dispuesta a acoger la buena semilla de su Palabra.

Primicia de esta nueva humanidad es Jesús, Hijo de Dios e hijo de María. Ella, la Virgen Madre, es el "camino" que Dios mismo se preparó para venir al mundo. Con toda

su humildad, María camina a la cabeza del nuevo Israel en el éxodo de todo exilio, de toda opresión, de toda esclavitud moral y material, hacia "los nuevos cielos y la nueva tierra, en los que habita la justicia" (*2 P* 3, 13). A su intercesión materna encomendamos las esperanzas de paz y de salvación de los hombres de nuestro tiempo.

***

2011

La misión de Juan fue un llamamiento extraordinario a la conversión

¡Queridos hermanos y hermanas!

El domingo de hoy marca la segunda etapa del Tiempo de Adviento. Este periodo del año litúrgico pone de relieve a las dos figuras que han tenido un papel preeminente en la preparación de la venida histórica del Señor Jesús: la Virgen María y san Juan Bautista. Justo sobre este último se concentra el texto de hoy del Evangelio de Marcos. Describe la personalidad y la misión del Precursor de Cristo (cfr *Mc* 1,2-8). Empezando por el aspecto exterior, Juan es presentado como una figura muy ascética: vestido de piel de camello, se nutre de langostas y miel silvestre, que encuentra en el desierto de Judea (cfr *Mc* 1,6). Jesús mismo, una vez, lo contrapone a aquellos que "están en los palacios del rey" y que "visten con lujo" (*Mt* 11,8). El estilo de Juan Bautista debería llamar a todos los cristianos a optar por la sobriedad como estilo de vida, especialmente en preparación de la fiesta de Navidad, en la que el Señor –como diría san Pablo– "de rico que era, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os hicierais ricos por medio de su pobreza" (*2 Cor* 8,9).

Por lo que se refiere a la misión de Juan, fue un llamamiento extraordinario a la conversión: su bautismo "está vinculado a un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y actuar, está vinculado sobre todo al anuncio del juicio de Dios" (*Jesús de Nazaret*, *I*, Madrid 2007, p. 36) y de la inminente aparición del Mesías, definido como "aquél que es más fuerte que yo" y que "bautizará en Espíritu Santo" (*Mc* 1,7.8). La llamada de Juan va por tanto más allá y más en profundidad respecto a la sobriedad del estilo de vida: llama a un cambio interior, a partir del reconocimiento y de la confesión del propio pecado. Mientras nos preparamos a la Navidad, es importante que entremos en nosotros mismos y hagamos un examen sincero de nuestra vida. Dejémonos iluminar por un rayo de la luz que proviene de Belén, la luz de Aquél que es "el más Grande" y se ha hecho pequeño, "el más Fuerte" y se ha hecho débil.

Los cuatro evangelistas describen la predicación de Juan Bautista refiriéndose a un pasaje del profeta Isaías: "Una voz grita: «En el desierto preparad el camino al Señor, allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios»" (*Is* 40,3). Marcos inserta también una cita de otro profeta, Malaquías, que dice: "Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino" (*Mc* 1,2; cfr *Mal* 3,1). Estas alusiones a las Escrituras del Antiguo Testamento "hablan de la intervención salvadora de Dios, que sale de lo inescrutable para juzgar y salvar; a É hay que abrirle la puerta, prepararle el camino" (*Jesús de Nazaret*, I, p. 37).

A la materna intercesión de María, Virgen de la espera, confiamos nuestro camino al encuentro del Señor que viene, mientras proseguimos nuestro itinerario de Adviento para preparar en nuestro corazón y en nuestra vida la venida del Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

II y III domingo de Adviento

87. En los tres ciclos, los textos evangélicos del II y III domingo de Adviento, están dominados por la figura de san Juan Bautista. No sólo, el Bautista es, también con frecuencia, el protagonista de los pasajes evangélicos del Leccionario ferial en las semanas que siguen a estos domingos. Además, todos los pasajes evangélicos de los días 19, 21, 23 y 24 de diciembre atienden a los acontecimientos que circundan el nacimiento de Juan. Por último, la celebración del Bautismo de Jesús por mano de Juan cierra todo el ciclo de la Navidad. Todo lo que aquí se dice tiene como finalidad ayudar al homileta en todas las ocasiones en las que el texto bíblico evidencia la figura de Juan Bautista.

88. Orígenes, teólogo maestro del siglo III, ha constatado un esquema que expresa un gran misterio: independientemente del tiempo de su Venida, Jesús ha sido precedido, en aquella Venida, por Juan Bautista (***Homilía sobre Lucas,*** IV, 6). De suyo, ha sucedido que desde el seno materno, Juan saltó para anunciar la presencia del Señor. En el desierto, junto al Jordán, la predicación de Juan anunció a Aquél que tenía que venir después de él. Cuando lo bautizó en el Jordán, los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma visible y una voz desde el cielo lo proclamaba el Hijo amado del Padre. La muerte de Juan fue interpretada por Jesús como la señal para dirigirse resolutivamente hacia Jerusalén, donde sabía que le esperaba la muerte. Juan es el último y el más grande de todos los profetas; tras él, llega y actúa para nuestra salvación Aquél que fue preanunciado por todos los profetas.

89. El Verbo divino, que en un tiempo se hizo carne en Palestina, llega a todas las generaciones de creyentes cristianos. Juan precedió la venida de Jesús en la historia y también precede su venida entre nosotros. En la comunión de los santos, Juan está presente en nuestras asambleas de estos días, nos anuncia al que está por venir y nos exhorta al arrepentimiento. Por esto, todos los días en Laudes, la Iglesia recita el Cántico que Zacarías, el padre de Juan, entonó en su nacimiento: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

90. El homileta debería asegurarse que el pueblo cristiano, como componente de la preparación a la doble venida del Señor, escuche las invitaciones constantes de Juan al arrepentimiento, manifestadas de modo particular en los Evangelios del II y III domingo de Adviento. Pero no oímos la voz de Juan sólo en los pasajes del Evangelio; las voces de todos los profetas de Israel se concentran en la suya. «Él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo» (Mt 11,14). Se podría también decir, al respecto de todas las primeras lecturas en los ciclos de estos domingos, que él es Isaías, Baruc y Sofonías. Todos los oráculos proféticos proclamados en la asamblea litúrgica de este tiempo son para la Iglesia un eco de la voz de Juan que prepara, aquí y ahora, el camino al Señor. Estamos preparados para la Venida del Hijo del Hombre en la gloria y majestad del último día. Estamos preparados para la Fiesta de la Navidad de este año.

91. Por ejemplo, cada asamblea en la que vienen proclamadas las Escrituras es la «Jerusalén» del texto del profeta Baruc (II domingo C): «Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria que Dios te da». Este es un profeta que nos invita a una preparación precisa y nos llama a la conversión: «Envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte a la cabeza la diadema de la gloria perpetua». En la Iglesia vivirá el Verbo hecho carne, por esta razón a ella van dirigidas las palabras: «Ponte en pie Jerusalén, sube a la altura, mira hacia Oriente y contempla a tus hijos, reunidos de Oriente a Occidente, a la voz del Espíritu, gozosos, porque Dios se acuerda de ti».

92. En estos domingos se leen diversas profecías mesiánicas clásicas de Isaías. «Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz» (Is 11,1; II domingo A). El anuncio se cumple en el Nacimiento de Jesús. Otro año: «Una voz grita: "En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios"» (Is 40,3; II domingo B). Los cuatro evangelistas reconocen el cumplimiento de estas palabras en la predicación de Juan en el desierto. En el mismo Isaías se lee: «Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos – ha hablado la boca del Señor –» (Is 40,5). Esto se dice del último día. Esto se dice de la Fiesta de Navidad.

93. Es impresionante cómo en las diversas ocasiones en las que Juan Bautista aparece en el Evangelio se repite con frecuencia el núcleo de su mensaje sobre Jesús: «Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,8; II domingo B). El Bautismo de Jesús en el Espíritu Santo es la conexión directa entre los textos a los que nos hemos referido hasta ahora y el centro hacia el que este ***Directorio*** atrae la atención, es decir, el Misterio Pascual, que se ha cumplido en Pentecostés con la venida del Espíritu Santo sobre todos los que creen en Cristo. El Misterio Pascual viene preparado por la Venida del Hijo Unigénito engendrado en la carne y sus infinitas riquezas serán posteriormente desveladas en el último día. Del niño nacido en un establo y del que vendrá sobre las nubes, Isaías dice: «Sobre él se posará el espíritu del Señor» (Is 11,2; II domingo A); y también, recurriendo a las palabras que el mismo Jesús declarará cumplidas en sí mismo: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha

ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren» (Is 61,1; III domingo B. Cf. Lc 4,16-21).

94. El Leccionario del tiempo de Adviento es, de hecho, un conjunto de textos del Antiguo Testamento que convencen y que, de modo misterioso, encuentran su cumplimiento en la Venida del Hijo de Dios en la carne. Como siempre, el homileta puede recurrir a la poesía de los profetas para describir a los cristianos aquellos misterios en los que ellos mismos son introducidos a través de las Celebraciones Litúrgicas. Cristo viene continuamente y las dimensiones de su venida son múltiples. Ha venido. Volverá de nuevo en gloria. Viene en Navidad. Viene ya ahora, en cada Eucaristía celebrada a lo largo del Adviento. A todas estas dimensiones se les puede aplicar la fuerza poética de los profetas: «Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará» (Is 35,4; III domingo A). «No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva» (Sof 3,16-17; III domingo C). «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen» (Is 40,1-2; II domingo B).

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Los profetas y la espera del Mesías

II. LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA DE JESUS

Los preparativos

522. La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso prepararlo durante siglos. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la "Primera Alianza" (Hb 9,15), todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

La espera del Mesías y de su Espíritu

711. "He aquí que yo lo renuevo" (Is 43, 19): dos líneas proféticas se van a perfilar, una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo, y las dos convergen en el pequeño Resto, el pueblo de los Pobres (cf. So 2, 3), que aguardan en la esperanza la "consolación de Israel" y "la redención de Jerusalén" (cf. Lc 2, 25. 38).

Ya se ha dicho cómo Jesús cumple las profecías que a él se refieren. A continuación se describen aquellas en que aparece sobre todo la relación del Mesías y de su Espíritu.

712. Los rasgos del rostro del Mesías esperado comienzan a aparecer en el Libro del Emmanuel (cf. Is 6, 12) ("cuando Isaías tuvo la visión de la Gloria" de Cristo: Jn 12, 41), en particular en Is 11, 1-2:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.

Reposará sobre él el Espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor.

713. Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra "condición de esclavos" (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714. Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

715. Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21).Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

716. El Pueblo de los "pobres" (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. Lc 1, 17).

722. El Espíritu Santo preparó a María con su gracia. Convenía que fuese "llena de gracia" la madre de Aquél en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la "Hija de Sión": "Alégrate" (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando

ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

La misión de Juan Bautista

523. San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13, 24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (cf. Mt 3, 3). "Profeta del Altísimo" (Lc 1, 76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7, 26), de los que es el último (cf.Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22;Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1,41) saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" (Jn 3, 29) a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (cf. Mc 6, 17-29).

IV. EL ESPÍRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717. "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (Jn 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Lc 1, 68).

718. Juan es "Elías que debe venir" (Mt 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como "precursor"] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de "preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lc 1, 17).

719. Juan es "más que un profeta" (Lc 7, 26). En él, el Espíritu Santo consuma el "hablar por los profetas". Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cf. Mt 11, 13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la "voz" del Consolador que llega (Jn 1, 23; cf. Is 40, 1-3). Como lo hará el Espíritu de Verdad, "vino como testigo para dar testimonio de la luz" (Jn 1, 7; cf. Jn 15, 26; 5, 33). Con respecto a Juan, el Espíritu colma así las "indagaciones de los profetas" y la ansiedad de los ángeles (1 P 1, 10-12): "Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo ... Y yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios ... He ahí el Cordero de Dios" (Jn 1, 33-36).

720. En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la "semejanza" divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (cf. Jn 3, 5).

Los cielos nuevos y la tierra nueva

1042. Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado:

La Iglesia ... sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo...cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (LG 48)

1043. La Sagrada Escritura llama "cielos nuevos y tierra nueva" a esta renovación misteriosa que trasformará la humanidad y el mundo (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1). Esta será la realización definitiva del designio de Dios de "hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef 1, 10).

1044. En este "universo nuevo" (Ap 21, 5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. "Y enjugará toda lágrima de su ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado" (Ap 21, 4; cf. 21, 27).

1045. Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era "como el sacramento" (LG 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (Ap 21, 2), "la Esposa del Cordero" (Ap 21, 9). Ya no será herida por el pecado, las manchas (cf. Ap 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua.

1046. En cuanto al cosmos, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre:

Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios ... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción ... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rm 8, 19-23).

1047. Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, "a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos", participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (San Ireneo, haer. 5, 32, 1).

1048. "Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres" (GS 39, 1).

1049. "No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia

humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios" (GS 39, 2).

1050. "Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal" (GS 39, 3; cf. LG 2). Dios será entonces "todo en todos" (1 Co 15, 22), en la vida eterna:

La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna (San Cirilo de Jerusalén, catech. ill. 18, 29).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Una voz en el desierto

En el Evangelio se insiste en este aserto de Juan el Bautista: «Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor».

Desierto es una palabra que habla poderosamente hoya nuestra conciencia, tanto colectiva como personal. Casi el 33% de la superficie terrestre está ocupada por el desierto. Y la proporción está en un pavoroso aumento a causa del fenómeno de la desertización. Cada año centenares de miles de hectáreas de terreno cultivable se transforman en desierto. Es uno de los fenómenos más inquietantes a nivel mundial. Cerca de 135 millones de personas han sido retiradas de su sede natural en los últimos años por el desierto que avanza.

Pero, yo no estoy aquí, naturalmente, para hablaros de desiertos o de desertización. Si he hecho referencia al fenómeno es porque existe un otro desierto: no fuera sino dentro de nosotros; no en las afueras de nuestras ciudades, sino dentro de ellas. Existe otra desertización, que avanza implacablemente, haciendo tierra quemada, y también ésta no fuera sino dentro de nosotros, frecuentemente dentro de nuestros mismos muros domésticos. Es la aridez de las relaciones humanas, la soledad, la indiferencia, el anonimato. El desierto es el lugar en donde, si gritas, nadie te escucha; si yaces extenuado en tierra, nadie se te acerca; si una bestia feroz te asalta, nadie te defiende; si gozas con una gran alegría o tienes una gran pena, no tienes a nadie con quien compartida. ¿No es esto lo que sucede a muchos en nuestras ciudades? ¿Nuestro agitamos y gritar no es igualmente ello con frecuencia un gritar en el desierto?

Pero, el desierto más peligroso es el que cada uno de nosotros lleva dentro. Precisamente el corazón puede llegar a ser un desierto: árido, apagado, sin afectos, sin esperanza, relleno de arena. «Conchas de sepia o jibión», diría el poeta. ¿Por qué muchos no consiguen descolgarse del trabajo, apagar el teléfono móvil, la radio, el *compac disc*...? Tienen miedo de encontrarse con el desierto. La naturaleza rehúye del vacío, tiene horror del vacío (horror vacui); pero, también el hombre rehúye del vacío. Si nos examinásemos honestamente veríamos cuántas cosas cada uno de nosotros hace para no encontrarse solo, cara a cara consigo mismo y con la realidad.

Cuanto más aumentan en nuestros días los medios de comunicación, más disminuye la verdadera comunicación. Se acusa a la televisión de haber apagado el diálogo en la familia y a veces esto ciertamente es verdadero. Pero, debemos admitir que la televisión viene frecuentemente a rellenar un vacío que ya está allí. No es la causa, sino el efecto de la falta de diálogo y de intimidad.

El Evangelio, lo hemos escuchado, habla de una voz, que resonó un día en el desierto. Proclamaba una gran noticia:

«Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

De esta espera se había hablado durante siglos con términos vagos y remotos: «En aquellos días...», «en los últimos días...» y he aquí que ahora se echa hacia delante un hombre y proclama con seguridad: «Aquel día es este día. La hora decisiva ha llegado». Él señala con el dedo hacia una persona y exclama: «¡He ahí el Cordero de Dios, el que bautizará al mundo con el Espíritu Santo!» ¡Qué escalofrío debió recorrer por el cuerpo de sus oyentes!

Os decía yo que nosotros también estamos frecuentemente en el desierto, si no físicamente, al menos espiritualmente. Por ello, aquella voz está también dirigida hacia nosotros. Juan el Bautista está ya muerto, pero continúa su función. El Papa es en el mundo de hoy un verdadero Juan el Bautista, un precursor, uno que va recorriendo el mundo para preparar los caminos para la venida de Cristo.

¿Y cuál es la cosa que todos, grandes y pequeños, repetimos en la Iglesia? La misma que anunciaba el Bautista: «El Mesías ha venido, está presente en el mundo. ¡En medio de vosotros hay uno a quien vosotros no conocéis! ¡Él os bautizará en Espíritu Santo!» Es precisamente este el modo con que Jesús ha hecho florecer al desierto en el mundo y puede también transformar nuestro moderno desierto: bautizándonos con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el amor en persona. El hecho de que Jesús bautice con el Espíritu Santo quiere decir que derrama sobre el mundo el amor, que «sumerge» a la humanidad en un baño de amor.

Es Juan el Bautista quien anuncia la venida de Jesucristo a la tierra. La anuncia con palabras sencillas, se diría con palabras de un pueblerino (las ataduras de las sandalias,

el hacha, el aventador, el grano, la parva), pero ¡cuán eficaces! Él ha recibido el extraordinario deber de sacudir al mundo de la torpeza, de despertarlo del gran sueño. Cuando se prolonga una espera, nace el cansancio, se va hacia delante por la fuerza de la inercia. La idea de que algo puede cambiar y lo esperado que tiene que venir aparece en verdad poco a poco siempre más imposible (quien lo haya visto, vuelva a pensar en el bellísimo Esperando a Godot de Samuel Beckett).

«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Romanos 5,5).

El amor es la única «lluvia» que puede parar la progresiva «desertización» espiritual de nuestro planeta, y el Evangelio no es otra cosa que esto: el anuncio del amor de Dios para con nosotros y entre nosotros. La Navidad misma, ¿qué es? «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único...» (Juan 3, 16). La prueba de que Dios nos ama. Si por cualquier cataclismo, decía san Agustín, todas las Biblias del mundo fueran destruidas y no quedara más que una copia; y si incluso esta copia estuviese tan echada a perder que quedase sana sólo una página; y si de esta página quedase sólo una línea aún legible; y bien si esta línea es aquélla en donde se dice: «Dios es amor», estaría salvada toda la Biblia, porque todo está contenido allí.

¿Qué aporta este gran amor de Dios a nuestras necesidades cotidianas? Nosotros advertimos la falta de amor en nuestras relaciones humanas (entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre amigos, entre parientes); menos, en la relación con Dios. Pero, ambas cosas no existen sin relación entre sí. Si un río grande se seca, todos los canales adyacentes, que recogían agua de él para regar, se secan. Por el contrario, si está repleto, también los riachuelos y canales están llenos. Si cortamos [el amor] fuera de su fuente, que es el amor de Dios, todos los otros amores sufren.

Este mensaje más que nunca es actual y necesario en el mundo de hoy. Nuestra civilización, toda ella dominada por la técnica, tiene necesidad de un corazón para que el hombre pueda sobrevivir en ella. Incluso, muchos no creyentes están convencidos que debemos darle más espacio a las «razones del corazón», si queremos evitar que la humanidad aboque en una era glaciar. La humanidad entera sufre de «insuficiencia cardíaca». Hubo un tiempo en que la sociedad sufría por falta de conocimiento, de espíritu crítico, de racionalidad, no por falta de generosidad, de corazón y de credulidad. Como reacción, tuvo lugar el Iluminismo, esto es, la exaltación de la razón y de sus «laces». Hoy sucede al revés: lo que falta no son el espíritu crítico y los conocimientos técnicos. De éstos tenemos a disposición una gran mole, de tal manera que no sabemos cómo gestionarlos. Más que de luces, tenemos necesidad de calor. Una de las modernas idolatrías es la idolatría del «IQ», esto es, del «coeficiente de inteligencia». Se han puesto al día numerosos métodos para medirlo, aunque si bien hasta ahora, por suerte, son tenidos todos ellos en buena parte inatendibles. Por lo demás, no se tiene en cuenta el «coeficiente del corazón» de las personas. Y precisamente es la dureza del corazón la que crea los desiertos de los que estamos hablando.

Sin embargo, junto a estos signos negativos, debemos registrar también un hecho animador, que nos permite hacer triunfar «las razones de la esperanza». Si nuestra sociedad asemeja tan frecuentemente a un desierto, sin embargo, es verdad que en este desierto el Espíritu está haciendo florecer muchas iniciativas como otros tantos oasis. En muchos países se han desarrollado en estos años decenas y decenas de asociaciones, que tienen la finalidad de romper el aislamiento, de acoger a tantas voces que «gritan en el desierto» de nuestras ciudades. Tienen nombres distintos: «el teléfono de la esperanza», «la voz amiga», «la mano tendida», «el teléfono amigo», «el teléfono verde», «el teléfono azul». Millones y millones de telefonadas al año. Son voces de personas solas, desesperadas, presas de problemas más grandes que ellos. No buscan dinero (éste no pasa a través del hilo del teléfono), sino otra cosa: una voz amiga, una razón de esperanza, alguno con quien comunicarse. Desde el otro lado del hilo, hay millones de voluntarios que escuchan, buscan dar un poco de calor humano y, si son creyentes, de ayudar a las personas a rezar, a ponerse en contacto con Dios, que frecuentemente es lo que les ayuda más.

De igual forma, si no pertenecemos a alguna de estas asociaciones, todos nosotros podemos hacer, en nuestra pequeñez, algo de lo que ellos hacen. El teléfono, al menos para comenzar, lo tenemos ya todos. No esperemos siempre a oído sonar, para darnos cuenta que hay alguno que tiene necesidad de nosotros, quizás no lejos de nosotros. Especialmente al acercarse la Navidad.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Llamados a ser profetas

El Señor llama a la conversión. Él envía a sus profetas a anunciar la Buena Nueva, a preparar sus caminos, porque el Reino de los cielos está cerca.

El Señor envió a Juan el Bautista a anunciar la venida del Hijo de Dios, para que estuvieran preparados para recibirlo, para recibir de Él el Bautismo con el Espíritu Santo, y librarlos de la opresión del pecado original, perdonando todos sus pecados, para darle los bienes eternos a quien decida seguirlo.

Pero el mundo no lo recibió. Su vida, en una cruz, por todos los hombres dio. Los perdonó, los redimió, con su muerte los justificó y, derramando su misericordia, les dio los medios para que se conviertan y se salven, acudiendo a los sacramentos y transmitiendo su mensaje de generación en generación.

Y a todos los que reciben su mensaje y su misericordia los llama como profetas, para que anuncien la Buena Nueva al mundo entero, a través de la evangelización de todos los pueblos, invitándolos a la conversión, llamando su atención hacia la mirada del

Crucificado, para que sepan que a todos y a cada uno los ama Dios; tanto, que les ha dado a su único Hijo para salvarlos.

Acepta tú el llamado a ser profeta del Señor. Abraza la fe y convierte tu corazón. Déjate llenar de su amor y de su misericordia y, con docilidad, déjate guiar por el Espíritu Santo, para que tengas el valor de abrir tu boca y gritar con fuerte voz: ¡rectifiquen sus caminos!, porque el Hijo de Dios, que ha muerto en la cruz y ha resucitado para darle vida al mundo, está a la puerta y llama.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Lo que en realidad pretendemos

En este segundo domingo de Adviento nos presenta la Iglesia, para nuestra meditación a los cristianos, a Juan el Bautista. Lo vemos cargado de celo por Dios y por la salvación eterna de los hombres, el único destino para el que hemos sido creados. Predica, dice el evangelista, un bautismo de penitencia, que en muchos casos llevaba a los oyentes al arrepentimiento, una vez reconocidas las propias culpas. Ese pesar, ese dolor al contemplar sin ambages la vida pasada, que en ocasiones nos avergüenza y ha sido indigna de un hijo de Dios, es imprescindible: hay que pasar por él como condición para el cambio de actitud que reclama nuestra vida.

A Juan le urge su tarea. Considera vital que la gente abandone la vida del pecado. Esa indiferencia respecto a Dios y excesiva preocupación por uno mismo que complace. De él, en cambio, apenas se preocupa. Con lo que consigue para su alimento en la agreste naturaleza que le rodea le basta. Podemos suponer, en todo caso, que logra lo suficiente para cumplir con su misión, lo único relevante para el Bautista.

Como recordamos, Juan, el hijo de Zacarías e Isabel, prima de la Santísima Virgen, había sido "tocado" por el Espíritu Santo desde el vientre de su madre: **Y cuando oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando en voz alta, dijo:**

–Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.

Estas cosas sucedían treinta años atrás cuando la madre de Jesús –después de haber recibido el anuncio de que iba a ser madre de Dios– fue a visitar a Isabel que llenaba ya seis meses encinta. Sin embargo, alcanzan ahora todo su protagonismo. Aquel niño sería el Precursor del Hijo de Dios encarnado, que advertiría, según nos muestra hoy San

Mateo, de la inminente venida de Jesús, portador de un mensaje superior al suyo: **Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo.**

Todo, en la liturgia de la palabra que estamos meditando, nos habla de preparación. De preparación nuestra para un acontecimiento único, grandioso y de absoluta trascendencia para los hombres. Sin exagerar, podemos decir que se trata de la preparación más importante en que cabe pensar. Estamos implicados, en cuanto hombres y de un modo más expreso en cuanto cristianos, en el acontecimiento de la venida de Dios a la humanidad. Que no es algo que puede interesarnos o no; que nos puede parecer más o menos valioso; en lo que podemos sentirnos afectarnos hasta cierto punto, según las circunstancias de cada uno. No se trata de algo que, en definitiva, reclama en alguna medida nuestra atención y nuestra adhesión. No; el acontecimiento de la Encarnación y vida pública de Jesucristo es el único que puede, –dependiendo de la actitud personal y libre ante él– consumar nuestra vida en la única plenitud que le es debida, por voluntad de Dios, nuestro Creador.

Dependiendo de cuál sea la actitud personal, libre, de cada uno, ante el anuncio de Juan, conseguiremos o no culminar el sentido y destino de nuestra vida. Porque nos ha ofrecido Dios, Padre nuestro, su vida, a través del nacimiento, vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Ese ofrecimiento es real ofrecimiento, no algo otorgado sin intervención nuestra, como es, por ejemplo, la condición de persona humana, con los múltiples rasgos que nos hacen ser cada uno, exclusivos en nuestra común naturaleza. Únicamente llegaremos a ser cuanto podemos en Jesucristo y libremente empeñados en ello. En definitiva, todo es una cuestión de disposiciones efectivas ante esa venida, en la que vivimos de modo permanente mientras no llega el encuentro definitivo con Dios.

Pero ahora, que se acerca la Navidad, evocamos de un modo más insistente y detallado que Dios vino como hombre a nuestro mundo y que, como consecuencia, espera Dios nuestra acogida, y una preparación que nos disponga a la mejor bienvenida que podamos darle. La actitud del Bautista, aparte de lo desproporcionada que nos pueda parecer su indumentaria y sus alimentos para hoy en día en muchos lugares, pone indudablemente de manifiesto un máximo interés, un máximo empeño, haber dado toda la prioridad a lo que Dios espera de los hombres. Juan se había tomado las cosas de Dios en muy serio. Dios era para él lo único que daba sentido a su existencia. En realidad, así es para todos, pero Juan era muy consciente y consecuente con ello: empeñaba su vida entera y de modo apasionado en las cosas de Dios.

María, la madre de nuestro Salvador, es ejemplo maravilloso –en su sencillez– de entrega incondicional a los planes divinos. Y a ella nos encomendamos, pidiéndole nos enseñe a ser, antes que nada, buenos hijos del Padre nuestro que ésta en los cielos.

"El Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios"

En el año litúrgico que hemos comenzado hace poco tenemos por guía a san Marcos. Marcos era de Jerusalén y era un jovencito cuando Jesús acabó su vida. Primero fue discípulo de san Pablo; los Hechos lo designan con el nombre de Juan Marcos. A un cierto punto, siguió al apóstol san Pedro, recogió de viva voz su testimonio y mientras estaba con él, en Roma, entre los años 60 y 70 después de Cristo, escribió su evangelio que es el más antiguo entre los cuatro y por esto la fuente más importante para conocer la historia de Jesús. De este evangelio de Marcos la liturgia de hoy nos ha hecho escuchar el comienzo simple y solemne: Comienzo de la Buena Noticia de Jesucristo, Hijo de Dios. Son cinco o seis palabras que encierran en sí la síntesis del evangelio entero y de las cuales se desprende una luz extraordinaria. Si el Adviento debe introducirnos en el conocimiento de "aquél que ha de venir", permanecemos hoy totalmente fieles al espíritu del Adviento, si reflexionamos sobre estas palabras. Podríamos titular así este esfuerzo nuestro: una comunidad cristiana que redescubre las raíces de su fe, y reexamina sus títulos de posesión de la verdad.

La palabra "comienzo" tiene aquí una gran importancia: puede significar el comienzo histórico del evangelio y entonces nos traslada al momento en el cual. Jesús comenzó a predicar su evangelio, es decir, cerca del año 28 d.C.; y puede significar comienzo literario, es decir, comienzo de la narración, o del libro, que encierra la predicación de Jesús. Los dos sentidos son verdaderos y están contenidos en la frase de Marcos.

Las palabras Buena Noticia de Jesucristo significan la buena noticia que se refiere a Jesucristo, es decir, que tienen a Jesús por objeto. No indican todavía quién es el sujeto que hace este anuncio, que difunde la buena noticia sobre Jesucristo. Sin embargo, esto se sobreentiende: no es Marcos y tampoco Pedro; es la Iglesia, la comunidad que ya abrazó aquel anuncio y que por él ha sido transformada y ahora lo grita al mundo. La Iglesia es el ambiente vital (*Sitz im Leben*, como dicen los estudiosos) en el cual se ha formado el anuncio y ha sido puesto por escrito después que por algunos años había ido desarrollándose baja la forma de testimonios y recuerdos orales. El sentido de la frase es entonces el siguiente: Comienzo de la Buena Noticia sobre Jesucristo, por parte de la Iglesia.

"Jesucristo" parece ser aquí como el nombre y el apellido de una misma persona (como nosotros decimos Juan Pérez o Diego Fernández). Pero no es así. Y Marcos a través de todo su evangelio nos lo hace entender. Cristo no es un nombre cualquiera; es un título y una afirmación. Significa de hecho: Jesús es el Cristo, es decir, el Mesías. Esto encierra el secreto de Jesús, algo que no debía ser divulgado a la ligera, tanto que después de la profesión de fe de Pedro (Tú eres el Mesías, él impone a los discípulos severamente que

no hablen de eso con nadie (Mc. 8,30). El motivo de tanto secreto era que aquel título, en el modo nuevo en que lo entendía Jesús, no podía ser comprendido antes de la cruz.

Sin embargo, todavía no llegamos a lo más importante. La cumbre de la frase figura recién al final con el título "Hijo de Dios": Comienzo de la Buena Noticia de Jesucristo, Hijo de Dios. Marcos puso al comienzo de su evangelio un acto de fe; ¡Jesús es el Hijo de Dios! Fue el descubrimiento último en el orden del tiempo el que los discípulos hicieron recién después de la Pascua, a la luz de Pentecostés. Pero está puesto aquí, al comienzo del evangelio para afirmar que Jesús era el Hijo de Dios ya al comienzo de su misión, aun cuando los hombres todavía no estaban en condiciones de reconocerlo como tal. Y está puesto así quizás también para oponerse a la incipiente herejía de los adopcionistas que sostenían que Jesús llegó a ser Hijo de Dios en el tiempo gracias a los méritos adquiridos en su vida terrenal.

Así pues, nació y se desarrolló la fe cristiana, en torno a la certeza de que Jesús es el Hijo de Dios. Esto constituyó el corazón del anuncio apostólico; quien llegaba a la fe llegaba a esta fe comenzando por aquel primer creyente pagano –a menudo olvidado– que fue para Marcos el centurión romano que comandaba la ejecución de Jesús: Al verlo expirar así, el centurión que estaba frente a él, exclamó: '¡"Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!" (Mc. 15,39); cfr. también Hechos 8,37: "Si crees con todo el corazón está permitido" /que seas bautizado/. Respondió entonces el eunuco: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios".

Así nosotros, los creyentes, venidos veinte siglos después, gracias al evangelio de Marcos, nos ponemos en contacto con la fe en Jesucristo de la primerísima generación cristiana. Pero ¿qué significado y qué finalidad tiene este contacto? ¿Sólo el de refrescar un recuerdo histórico o de reavivar nuestra fe personal en Jesús? En este punto, las palabras con las que Marcos "comienza" su evangelio llaman a la mente las palabras con las que lo cierra: "Después de decirles esto, el Señor Jesús fue llevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios (=se convierte en *Kyrios*, Señor). Ellos fueron entonces a predicar por todas partes (aquí está la palabra griega *kerygma*) mientras el Señor los asistía (¡estaba a la diestra de Dios y obraba junto a ellos!) y confirmaba su palabra con los milagros que la acompañaban (Mc. 16,19 ssq.).

El anuncio es tal si realmente es anunciado, si circula, si se hace noticia y "buena noticia" para los hermanos. Si no, se convierte, como en un talento escondido bajo tierra (aun cuando bajo tierra significara lo íntimo del propio corazón) y que se transforma en condena para quien lo ha recibido: ¡Siervo malo…! (Lc. 19,22).

En este punto me vienen a la mente las palabras de Isaías que hemos oído en la primera lectura de hoy: *Súbete a una montaña elevada, tú que llevas la buena noticia a Sión; levanta con fuerza tu voz. Levántala sin temor, di a las ciudades de Judá: ¡Aquí está tu Dios!* Marcos e Isaías hablan de la misma persona ya que "nuestro Dios" es uno solo y porque en Jesucristo está el mismo Dios que *ha visitado a su pueblo* (Lc. 7,16). Es

hora de retomar la buena noticia de Jesucristo, Hijo de Dios, para gritarla con fuerza (es el sentido de *kerygma*) en Jerusalén y en las ciudades de Judá, es decir, en la Iglesia y fuera de la Iglesia. Isaías nos ofrece el modelo de cómo debería anunciarse hoy el evangelio; con qué fuerza profética y arrojo carismático. Nos enseña también cómo hacer de este anuncio un anuncio de liberación y de consolación para el hombre de hoy, encorvado también él bajo el peso de tantas esclavitudes. *¡Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios. Hablen al corazón* (no sólo al cerebro) *de Jerusalén y díganle: Ha terminado tu esclavitud!* Ha terminado, con tal que quieras reconocer el tiempo de su visitación (cfr. Lc. 19,44).

También Juan el Bautista nos ofrece un espléndido ejemplo de la proclamación del evangelio. Los contenidos de su anuncio –es decir, los títulos con los que habla Jesús– son todavía títulos "pobres"; él habla en el comienzo de la historia de Jesús, no al final, no después de Pascua. Todo lo que él entendió de Jesús es que se trata de alguien a quien él ni siquiera es digno de desatar la correa de los zapatos, que es "el más fuerte", aquél que bautizará en el Espíritu Santo y que pondrá al mundo, por así decirlo, a hierro y fuego (Mateo, en el pasaje paralelo, habla del Espíritu Santo y fuego), es decir, que hará el juicio escatológico. Jesús es para él todavía un misterio, alguien para quien no dispone de parangones; pero no es todavía "el Hijo de Dios".

No es, en consecuencia, por los contenidos que él es nuestro maestro, sino por el modo con que proclama a Jesús. Tuvo la capacidad de hacer sentir a Cristo" cercano", a las puertas (Jn. 1,26), como alguien que está en medio de los hombres y no como una abstracción mental, sino como alguien que ya tiene en su mano la horquilla (Mt. 3,12) y se apresta a hacer el juicio, por lo que no hay que perder el tiempo. La fuerza de su anuncio estaba en su humildad (Jn. 3,30: *Es necesario que yo disminuya y él crezca*), en su austeridad y en su coherencia. No se puede anunciar de modo creíble la buena nueva de Jesucristo, Hijo de Dios, viviendo en el lujo y las comodidades, "habitando en la casa como rey", como dijo Jesús (una palabra que debería hacer reflexionar a algunos cristianos de hoy que efectivamente viven en casas como reyes). Si la buena noticia debe ser anunciada a los pobres, debe ser anunciada por los pobres, es decir, por la gente que no desmiente con la vida las bienaventuranzas que predica con las palabras. También estas cosas son parte de aquellos "signos que confirman la palabra" de las que hablaba el final del evangelio dé Marcos. Los otros signos –aquellos obrados por Dios– vendrán después, siempre que no falten los primeros.

Una cosa, por tanto, podemos aprender de la figura de Juan el Bautista: para ser testigos y evangelizadores de Jesús, no se pide necesariamente una gran teología y un saber usar a la perfección el lenguaje cristológico; no es necesario saber hacer razonamientos complicados -la cristología de Juan el Bautista es una cristología "pobre"; sobre Cristo "el más pequeño en el Reino de los cielos sabe más que él". Se requiere, sí, el coraje, la convicción, la experiencia, (se entiende experiencia de Cristo) y la coherencia. También los simples y los indoctos, por tanto, pueden ser evangelizadores y llegar a ser

"pescadores de hombres". El reclutamiento está abierto a todos; en estos tiempos del despertar, Jesús está diciendo a todos: ¿Quieres ser mi testigo? ¿Quieres ser mi precursor? Nadie debería echarse atrás diciendo: no sé hablar, o soy joven (Jer. 1,6). La palabra y la fuerza las da él.

Hoy tenemos necesidad de anunciadores valientes e inspirados como Isaías y Juan el Bautista. Frente a ellos, el mundo no podría permanecer insensible como sucede en cambio cuando de Jesucristo, Hijo de Dios, se habla sólo con sabiduría de palabras, con volúmenes que no se terminan nunca, pero sin fuerza y sin coherencia de vida. San Pablo dijo "*Nadie puede decir, Jesús es el Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo*" (1 Cor. 12,3). Con mayor razón -porque el misterio es aún más grande- nadie puede decir: Jesús es el Hijo de Dios sino bajo la acción del Espíritu Santo. La oración es, por esto, la generadora del anuncio; sólo en ella se alcanza ese Espíritu que hace decir: *He creído, por eso he hablado* (2 Cor. 4,13).

Comienzo del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios: para nosotros, esta frase lapidaria de Marcos asume hoy el valor de una interpelación, de una ocasión de salvación: reconocer que Jesús es el Hijo de Dios es el comienzo y el fundamento del evangelio. Es la roca del cristianismo: Nadie puede poner un fundamento diverso del que ya está puesto y que es Jesucristo (1 Cor. 3,11). Quien intentara poner hoy un fundamento diverso –un Jesús sólo hombre o sólo profeta– no edificaría sino que destruiría. "Si alguno –escribía san Ignacio de Antioquía en el momento en el cual empezaron a difundirse las primeras herejías sobre Jesús– les habla sin reconocer quién es Jesucristo, ¡sean sordos!".

Ahora sabemos quién es "aquél que debe venir" y que el tiempo de Adviento nos invita a esperar. Estamos, empero, en la fe, no todavía en la visión. Él sigue siendo para nosotros, a pesar de todo, un misterio en que creer y frente al cual debemos humillarnos como Juan el Bautista. Por eso dejemos de hablar de él y confiemos en la Eucaristía. Aquél a quien no somos dignos de desatar la correa de las sandalias, se hace ahora nuestra comida y nuestra bebida. Viene a sostener e iluminar desde dentro nuestra fe y nuestra esperanza. Quizás él nos hará comprender cuál es para nosotros aquel "monte alto" al cual debemos subir y en el cual nos espera para darle testimonio.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de S. Gaspar del Búfalo (6-XII-1981)

– Redención

“La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan” (Sal 84/85,11).

Adviento quiere decir “venida” y quiere decir también “encuentro”. Dios, que viene, se acerca al hombre, para que el hombre se encuentre con Él y sea fiel a este encuentro. Para que permanezca en él, hasta el fin.

En la liturgia de hoy habla primero Isaías, Profeta del gran adviento. Su mensaje es hoy gozoso, lleno de confianza: “Consolad, consolad a mi pueblo dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que ya ha cumplido su milicia, ya ha satisfecho por su culpa, pues ha recibido de mano de Yahveh castigo doble por todos sus pecados.

Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén, clama sin miedo. Di a las ciudades de Judá: «Ahí está vuestro Dios» (Is 40,1-2.9-11).

Ahí viene el Señor Yahveh con poder, y su brazo lo sojuzga todo. Ved que su salario le acompaña, y su paga le precede.

Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas”.

Al mismo tiempo que este mensaje, tenemos la llamada a “preparar” y “allanar” el camino, la misma que hará suya, en las riberas del Jordán, Juan Bautista, último Profeta de la venida del Señor. En síntesis, Isaías afirma: El Señor viene… como Pastor; es preciso crear las condiciones necesarias para el encuentro con Él. Es necesario preparase.

“Una voz clama: En el desierto abrid camino a Yahveh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.

Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; que lo torcido se enderece, y lo escabroso se iguale.

Se revelará la gloria de Yahveh, y toda criatura a una la verá. Pues la boca de Yahveh ha hablado” (Is 40,3-5).

Aceptemos, pues, con alegría, tanto la buena noticia como los deberes que ella pone ante nosotros. Dios quiere estar con nosotros; viene como dominador, “su brazo domina”, pero, sobre todo, viene como Pastor, y como tal, “apacienta el rebaño, su mano lo reúne. Lleva en brazos los corderos, cuida de las madres” (Is 40,11).

Estamos aquí para fortalecernos en nuestra alegría y en nuestra esperanza y, a la vez, para que podamos siempre de nuevo, llevados por la convicción acerca de la presencia de Dios en nuestros caminos, prepararle el sendero, removiendo de Él todo lo que hace difícil e incluso no digáis que Dios se ha dado prisa o que tarda.

Y luego escuchamos: “No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión” (2P 3,9).

Así, pues, de modo inesperado se nos pone delante la imagen de Dios Pedagogo, de ese Pastor al que conocemos bien, que espera pacientemente a todos los que todavía no han cogido la pala y no han comenzado a “preparar” y “allanar” sus caminos; que han permanecido sordos al grito gozoso: “Mirad a vuestro Dios… Mirad: Dios, el Señor, viene”.

Este tiempo nuestro humano, vivido de modo humano, con su contenido y su sustancia, que nosotros realizamos, continúa gracias a la paciencia de Dios. Así, lo que alguno puede parecer como falta de cumplimiento de la promesa por parte de Dios es, en cambio, el misericordioso don que Él hace al hombre.

– El pecado

Sin embargo, es cierto que “el día del Señor” vendrá, y vendrá inesperadamente; será una sorpresa para cada uno de los hombres. Por esto, el problema de la “conversión”, el problema del “encuentro”, y de “estar con Dios” es cuestión de cada día; porque cada día puede ser para cada hombre, para mí, “el día del Señor”. Debemos hacernos, pues, la pregunta de Pedro: ¿Cómo debemos ser nosotros en la santidad de la conducta, y en la piedad, esperando y acelerando la venida del día de Dios? (cf. 2Pe 3,11-12).

La perspectiva escatológica del Apóstol: “un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia” (2Pe 3,13) habla del encuentro definitivo del Creador con la creación en el reino del siglo venidero, para el cual debe madurar cada hombre mediante el adviento interior de la fe, esperanza y caridad.

El testigo de esta verdad es Juan Bautista, que en la región del Jordán predica “que se bautizaran, para que se perdonasen los pecados” (Mc 1,4). Se cumplen así las palabras de la primera lectura del libro de Isaías. Efectivamente, Juan predicaba: “Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme a desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con Espíritu Santo” (Mc 1,7-8).

Juan distingue claramente el “adviento de preparación” del “adviento del encuentro”. El adviento de encuentro es obra del Espíritu Santo, es el bautismo del Espíritu Santo. Es Dios mismo que va al encuentro del hombre; quiere encontrarlo en el corazón mismo de su humanidad, confirmando así esta humanidad como imagen eterna de Dios y, al mismo tiempo, haciéndola “nueva”.

Las palabras de Juan sobre el Mesías, sobre Cristo: “Él os bautizará con Espíritu Santo” alcanza la raíz misma del encuentro del hombre con Dios viviente, encuentro que se realiza en Jesucristo y se inscribe en el proceso de la espera de los nuevos cielos y de la nueva tierra, en que habite la justicia: adviento del “mundo futuro”. En Él, en Cristo, Dios ha asumido la figura concreta del Pastor anunciado por los Profetas, y al mismo tiempo se ha convertido en el Cordero que quita el pecado del mundo; por esto, se mezcló con la

muchedumbre que seguía a Juan, para recibir de sus manos el bautismo de penitencia y hacerse solidario con cada hombre, para transmitirle luego, a su vez, el Espíritu Santo, esa potencia divina que nos hace capaces de liberarnos de los pecados y de cooperar a la preparación y a la venida "de los nuevos cielos y de la nueva tierra".

"La espera de una nueva tierra –enseña el Concilio Vaticano II– no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar una vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios" (*Gaudium et Spes* 39).

Escuchemos la Palabra de Dios con la convicción de que ella, cuando es escuchada por el hombre, tiene la potencia del "Adviento" y, por lo tanto, la capacidad de transformar y renovar. Entonces digamos desde lo profundo del corazón las palabras del Salmista: "Voy a escuchar lo que dice el Señor: Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra" (Sal 84/85,9-10).

– Confesión para vivir bien el adviento

Digamos con alegría estas palabras, que ellas infunden en nuestros corazones la nueva esperanza y la nueva fuerza, porque anuncian que la gloria de Dios habitará en le tierra, que la salvación está cerca de los que le buscan. Dios anuncia la paz, y hace posible los tiempos de la fidelidad y de la justicia.

"Hablad al corazón de Jerusalén" (Is 40,2).

¡Preparad el camino del Señor! ¡Enderezad sus senderos! Que esto se realice en el sacramento de la reconciliación en la humilde y confiada confesión del Adviento, a fin de que ante el recuerdo de la primera venida de Cristo, que es la Navidad, y a la vez en la perspectiva escatológica de su Adviento definitivo, el pecado quede eliminado y expiado, para que la Iglesia pueda proclamar a cada uno de vosotros que ha terminado la esclavitud, y que el Señor Dios viene con fuerza.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El Adviento es una fuerte llamada de la Iglesia al corazón de sus hijos ante la llegada del Señor. "Hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen" (1ª Lect) "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos. Todos verán la salvación de Dios. Aleluya" Y San Pedro en la 2ª Lectura: "Queridos hermanos: No perdáis de vista una cosa, para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa..., lo que ocurre es que tiene mucha

paciencia con vosotros porque no quiere que nadie se perezca sino que todos se conviertan".

El espectáculo deprimente del mal parece desmentir este anuncio de salvación. Una gran parte de la humanidad siente la mordedura del hambre, el frío, gime bajo la injusticia y la falta de las más elementales condiciones para una existencia digna. Y lo que es más lacerante: los anhelos de un mundo en paz y mejor parecen fracasar siempre. Hay divisiones y enfrentamientos entre naciones, entre familiares y amigos, entre colegas y vecinos que se nos antojan insolubles. La salvación anunciada por la Iglesia ¿no aparece ante los pobres, los que sufren, las víctimas de la violencia y la injusticia, como mera palabrería? No. "La salvación está ya cerca de sus fieles, y la gloria habitará en nuestra tierra…, la salvación seguirá sus pasos" (Salmo Responsorial).

Debemos cultivar la esperanza de la salvación prometida y practicar la penitencia, la conversión, una concepción de la vida basada en una cultura del amor, del servicio, de la paz y no del egoísmo y el placer, dando más importancia a la salvación que viene de Dios que a la que nos viene propuesta día a día por las voces del polvo. *Metanoiete*, convertíos, para que en vosotros y a través de vosotros, Dios se haga presente en este mundo.

La mejor conversión, la más práctica y eficaz porque se traduce en hechos, es una buena Confesión. Ella nos lleva a lamentar de corazón el mal ocasionado por nuestra actuación o nuestras omisiones y a formular un propósito, con la ayuda de la gracia sacramental, de enmendar la conducta. Una conversión que nos purifica de nuestros abusos e inmundicias y nos va asemejando a Jesucristo. Formulemos el propósito de hacer una buena Confesión que nos prepare para la Navidad que llega, que imprima también un giro total a nuestra vida haciéndola más humana, más cristiana.

Entonces, cada uno, al recobrar la vida del Espíritu Santo que recibimos en el día del Bautismo (Evangelio), se convierte en mensajero y en constructor de la salvación, de la paz. Una paz que se irá instalando poco a poco en las familias, en las relaciones laborales y sociales y que llegará también a esos ámbitos donde la violencia impone su ley. Una paz que es presagio de la salvación que atraviesa ya la historia humana por la llegada de Cristo y está destinada a alumbrar un día "un cielo nuevo y una nueva tierra ", como nos asegura la 2ª Lectura de hoy.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"Esperamos un cielo nuevo y una nueva tierra donde habite la justicia"

Is 40,1-5.9-11: "Preparadle el camino al Señor"

Sal 84,9ab-10.11-12.13-14: "Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación"

2 P 3,8-14: "Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva"

Mc 1,1-8: "Allanad los senderos del Señor"

Se observa en Isaías una progresiva espiritualización de las manifestaciones de Dios. Lejos de los viejos signos en el viento, en la tormenta u otras señales meteorológicas, ahora se muestra mediante su Palabra, por sus promesas. Y cuanto más "espirituales" más liberadoras son estas epifanías.

La misma línea de "provisionalidad" de señales nos advierte S. Juan Bautista al indicar que vendrá otro "que os bautizará con el Espíritu Santo". Pero lo más urgente es la "*metanoia*", el cambio de pensamiento y de rumbo vital. Porque Dios "se convierte" (viene) a nosotros, nosotros nos convertimos a Él.

El hombre que no ha perdido la ilusión por el futuro no se arredra ante las dificultades. Es consciente de que los valles han de levantarse y los montes y colinas han de allanarse. Esto se denomina esfuerzo. Y no faltan hoy quienes remueven del camino las piedras u obstáculos para que otros puedan avanzar que es, en definitiva, ir preparando el Reino de Dios. Y cuanto menos selectivo sea el esfuerzo y más universal el afán, más claramente se verá el Reino de Dios.

– La conversión es condición indispensable para el Reino de Dios:

"Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: «No he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mc 2,17). Les invita a la conversión, sin la cual no pueden entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos y la inmensa «alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta» (Lc 15,7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida «para la remisión de los pecados» (Mt 26,28)" (545).

La acogida del Evangelio lleva a la conversión: 1229-1233.

– El Bautismo, lugar principal de la conversión primera:

"Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva" (1247).

"Bautizaba Juan y bautizaba Cristo. Se preocuparon los discípulos de Juan, porque las gentes corrían hacia Cristo y corrían hacia Juan, pero mientras Juan enviaba a Cristo los que le venían, Cristo no enviaba sus bautizados a Juan... Los judíos decían que Cristo era mayor y que había que acudir a su bautismo, pero ellos no lo entendían así y defendían el de Juan. Fueron a éste para que resolviera la cuestión. Bien pudo decirles: Tenéis razón. Pero sabía ante quien se humillaba... y entendía que la salvación está en Cristo" (San Agustín, Tract, 13,8).

El Precursor: preparad el camino del Señor.

– La vocación del Bautista. Su figura en el Adviento.

I. *Pueblo de Sión: mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. El Señor hará oír la majestad de su voz, y os alegraréis de todo corazón.*

Mira al Señor que viene… Iba a llegar el Salvador y nadie advertía nada. El mundo seguía como de costumbre, en la indiferencia más completa. Sólo María sabe; y José, que ha sido advertido por el ángel. El mundo está en la oscuridad: Cristo está aún en el seno de María. Y los judíos seguían disertando sobre el Mesías, sin sospechar que lo tenían tan cerca. Pocos esperaban *la consolación de Israel:* Simeón, Ana…Estamos en Adviento, en la espera.

Y en este tiempo litúrgico la Iglesia propone a nuestra meditación la figura de Juan el Bautista. *Este es aquel de quien habló el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.*

La llegada del Mesías fue precedida de profetas que anunciaban de lejos su llegada, como heraldos que anuncian la llegada de un gran rey. "Juan aparece como la línea divisoria entre ambos Testamentos: el Antiguo y el Nuevo. El Señor mismo enseña de algún modo lo que es Juan, cuando dice: *La ley y los Profetas hasta Juan Bautista*. Es personificación de la antigüedad y anuncio de los tiempos nuevos. Como representante de la antigüedad, nace de padres ancianos; como quien anuncia los tiempos nuevos, se muestra ya profeta en el seno de su madre. Aún no había nacido cuando, a la llegada de Santa María, salta de gozo dentro de su madre. Juan se llamó *el profeta del Altísimo*, porque su misión fue ir *delante del Señor para preparar sus caminos, enseñando la ciencia de salvación a su pueblo*".

Toda la esencia de la vida de Juan estuvo determinada por esta misión, desde el mismo seno materno. Esta será su vocación; tendrá como fin preparar a Jesús un pueblo capaz de recibir el reino de Dios y, por otra parte, dar testimonio público de Él. Juan no hará su labor buscando una realización personal, sino para *preparar al Señor un pueblo perfecto*. No lo hará por gusto, sino porque para eso fue concebido. Así es todo apostolado: olvido de uno mismo y preocupación sincera por los demás.

Juan realizará acabadamente su cometido, hasta dar la vida en el cumplimiento de su vocación. Muchos conocieron a Jesús gracias a la labor apostólica del Bautista. Los primeros discípulos siguieron a Jesús por indicación expresa suya, y otros muchos estuvieron preparados interiormente gracias a su predicación.

La vocación abraza la vida entera y todo se pone en función de la misión divina. De la respuesta que Juan dé más tarde, hace depender el Señor la conversión de muchos de los hijos de Israel.

Cada hombre, en su sitio y en sus propias circunstancias, tiene una vocación dada por Dios; de su cumplimiento dependen otras muchas cosas queridas por la voluntad divina: "De que tú y yo nos portemos como Dios quiere –no lo olvides– dependen muchas cosas grandes". ¿Acercamos al Señor a quienes nos rodean? ¿Somos ejemplares en la realización de nuestro trabajo, en la familia, en nuestras relaciones sociales? ¿Hablamos del Señor a nuestros compañeros de trabajo o de estudio?

– Humildad de Juan. Necesidad de esta virtud para el apostolado.

II. Plenamente consciente de la misión que le ha sido encomendada, Juan sabe que ante Cristo no es ni siguiera digno *de llevarle las sandalias*, lo que solía hacer el último de los criados con su señor; para ese menester cualquiera servía. El Bautista no tiene reparo en proclamar que él carece de importancia ante Jesús. Ni siquiera se define a sí mismo según su ascendencia sacerdotal. No dice: "Yo soy Juan, hijo de Zacarías, de la tribu sacerdotal de...". Por el contrario, cuando le preguntan: *¿Quién eres tú?*, Juan dice: *Yo soy la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor, allanad sus sendas*. Él no es más que eso: la voz. La voz que anuncia a Jesús. Esa es su misión, su vida, su personalidad. Todo su ser viene definido por Jesús; como tendría que ocurrir en nuestra vida, en la vida de cualquier cristiano. Lo importante de nuestra vida es Jesús.

A medida que Cristo se va manifestando, Juan busca quedar en segundo plano, ir desapareciendo. Sus mejores discípulos serán los que sigan, por indicación suya, al Maestro en el comienzo de su vida pública. *Este es el Cordero de Dios*, dirá a Juan y a Andrés, indicando a Jesús que pasaba. Con gran delicadeza se desprenderá de quienes le siguen para que se vayan con Cristo. Juan "perseveró en la santidad, porque se mantuvo humilde en su corazón"; por eso mereció también aquella formidable alabanza del Señor: *En verdad os digo que no ha salido de entre los hijos de mujer nadie mayor que Juan*.

El Precursor señala también ahora el sendero que hemos de seguir. En el apostolado personal –cuando vamos preparando a otros para que encuentren a Cristo–, debemos procurar no ser el centro. Lo importante es que Cristo sea anunciado, conocido y amado: Sólo Él tiene palabras de vida eterna, sólo en Él se encuentra la salvación. La actitud de Juan es una enérgica advertencia contra el desordenado amor propio, que siempre nos empuja a ponernos indebidamente en primer plano. Un afán de singularidad no dejaría sitio a Jesús.

El Señor nos pide también que vivamos sin alardes, sin afanes de protagonismo, que llevemos una vida sencilla, corriente, procurando hacer el bien a todos y cumpliendo nuestras obligaciones con honradez. Sin humildad no podríamos acercar a nuestros amigos al Señor. Y entonces nuestra vida quedaría vacía.

– Nosotros somos testigos y precursores. Apostolado con quienes tratamos habitualmente.

III. Nosotros, sin embargo, no somos sólo precursores; somos también testigos de Cristo. Hemos recibido con la gracia bautismal y la Confirmación el honroso deber de

confesar, con las obras y de palabra, la fe en Cristo. Para cumplir esta misión recibimos frecuentemente, y aun a diario, el alimento divino del Cuerpo de Jesús; los sacerdotes nos prodigan la gracia sacramental y nos instruyen con la enseñanza de la Palabra divina.

Todo lo que poseemos es tan superior a lo que Juan tenía, que Jesús mismo pudo decir que *el más pequeño en el reino de Dios es mayor que Juan*. Sin embargo, ¡qué diferencia! Jesús está a punto de llegar, y Juan vive fundamentalmente para ser el Precursor. Nosotros somos testigos; pero, ¿qué clase de testigos somos? ¿Cómo es nuestro testimonio cristiano entre nuestros colegas, en la familia? ¿Tiene suficiente fuerza para persuadir a los que no creen todavía en Él, a quienes no le aman, a los que tienen una idea falsa acerca de Jesús? ¿Es nuestra vida una prueba, al menos una presunción, a favor de la verdad del cristianismo? Son preguntas que podrían servirnos para vivir este Adviento, en el que no puede faltar un sentido apostólico.

Mira al Señor que viene... Juan sabe que Dios prepara algo muy grande, de lo cual él debe ser instrumento, y se coloca en la dirección que le señala el Espíritu Santo. Nosotros sabemos mucho más acerca de lo que Dios tenía preparado para la humanidad. Nosotros conocemos a Cristo y a su Iglesia, tenemos los sacramentos, la doctrina salvadora perfectamente señalada... Sabemos que el mundo necesita que Cristo reine, sabemos que la felicidad y la salvación de los hombres dependen de Él. Tenemos al mismo Cristo, al mismo que conoció y anunció el Bautista.

Somos testigos y precursores. Hemos de dar testimonio, y, al mismo tiempo, señalar a otros el camino. "Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama".

Quizá el mundo ahora, en muchos casos, tampoco espera nada. O espera en otra dirección, de donde no vendrá nadie. Muchos se hallan volcados hacia los bienes materiales como si fueran su fin último; pero con ellos no llenarán su corazón jamás. Hemos de señalarles el camino. A todos. "Conocéis –nos dice San Agustín– lo que cada uno de vosotros tiene que hacer en su casa, con el amigo, el vecino, con su dependiente, con el superior, con el inferior. Conocéis también de qué modo da Dios ocasión, de qué manera abre la puerta con su palabra. No queráis, pues, vivir tranquilos hasta ganarlos para Cristo, porque vosotros habéis sido ganados por Cristo".

Nuestra familia, los amigos, los compañeros de trabajo, aquellas personas a quienes vemos con frecuencia, deben ser los primeros en beneficiarse de nuestro amor al Señor. Con el ejemplo y con la oración debemos llegar incluso hasta aquellos con quienes no tenemos ocasión de hablar.

Nuestra gran alegría será haber acercado a Jesús, como hizo el Bautista, a muchos que estaban lejos o indiferentes. Sin perder de vista que es la gracia de Dios y no nuestras fuerzas humanas la que consigue mover las almas hacia Jesús. Y como nadie da lo que no tiene, se hace más urgente un esfuerzo por crecer en la vida interior, de forma que el amor de Dios sobreabundante pueda contagiar a todos los que pasan por nuestro lado.

La Reina de los Apóstoles aumentará nuestra ilusión y esfuerzo por acercar almas a su Hijo, con la seguridad de que ningún esfuerzo es vano ante Él.

Fr. Fausto BAILO (Toronto, Canadá) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

«Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión»

Hoy, cuando se alza el telón del drama divino, podemos escuchar ya la voz de alguien que proclama: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas» (Mc 1,3). Hoy, nos encontramos ante Juan el Bautista cuando prepara el escenario para la llegada de Jesús.

Algunos creían que Juan era el verdadero Mesías. Pues hablaba como los antiguos profetas, diciendo que el hombre ha de salir del pecado para huir del castigo y retornar hacia Dios a fin de encontrar su misericordia. Pero éste es un mensaje para todos los tiempos y todos los lugares, y Juan lo proclamaba con urgencia. Así, sucedió que una riada de gente, de Jerusalén y de toda Judea, inundó el desierto de Juan para escuchar su predicación.

¿Cómo es que Juan atraía a tantos hombres y mujeres? Ciertamente, denunciaba a Herodes y a los líderes religiosos, un acto de valor que fascinaba a la gente del pueblo. Pero, al mismo tiempo, no se ahorraba palabras fuertes para todos ellos: porque ellos también eran pecadores y debían arrepentirse. Y, al confesar sus pecados, los bautizaba en el río Jordán. Por eso, Juan Bautista los fascinaba, porque entendían el mensaje del auténtico arrepentimiento que les quería transmitir. Un arrepentimiento que era algo más que una confesión del pecado –en sí misma, ¡un gran paso hacia delante y, de hecho, muy bonito! Pero, también, un arrepentimiento basado en la creencia de que sólo Dios puede, a la vez, perdonar y borrar, cancelar la deuda y barrer los restos de mi espíritu, enderezar mis rutas morales, tan deshonestas.

«No desaprovechéis este tiempo de misericordia ofrecido por Dios», dice San Gregorio Magno. –No estropeemos este momento apto para impregnarnos de este amor purificador que se nos ofrece, podemos decirnos, ahora que el tiempo de Adviento comienza a abrirse paso ante nosotros.

¿Estamos preparados, durante este Adviento, para enderezar los caminos para nuestro Señor? ¿Puedo convertir este tiempo en un tiempo para una confesión más

auténtica, más penetrante en mi vida? Juan pedía sinceridad –sinceridad con uno mismo– a la vez que abandono en la misericordia Divina. Al hacerlo, ayudaba al pueblo a vivir para Dios, a entender que vivir es cuestión de luchar por abrir los caminos de la virtud y dejar que la gracia de Dios vivificara su espíritu con su alegría.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO B

El verdadero profeta

«Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos».

Eso dijo Juan el Bautista.

Y lo dijo con voz de profeta, para que sea escuchada ayer, hoy y siempre, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, para que todos vean la salvación de Dios.

Tu Señor te envía a ti también, sacerdote, para que hagas lo mismo. Profeta de las naciones te ha constituido, porque para Él ya te tenía consagrado desde antes de nacer.

Eres tú, sacerdote, creado a imagen y semejanza de Dios, para ser Cristo, desde siempre y para la eternidad.

Eres tú, sacerdote, el que el mismo Cristo llama para ser sacerdote para la eternidad.

Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Tú has sido llamado y has sido elegido.

Él te llama por tu nombre, y espera ser correspondido.

Es tu sí, sacerdote, el que consuma ese deseo de Dios, para el que has nacido.

Eres tú, sacerdote, el que Cristo eligió, porque desde antes de hacer, Él ya te conocía.

Para ser profeta hay que ser llamado, y hay que ser elegido, hay que ser consagrado y hay que ser constituido.

Para eso, es para lo que tu Señor te ha llamado y te ha elegido, te ha consagrado y te ha constituido.

Él espera que tú correspondas y digas sí, y lleves en tu boca no tu palabra, sino la suya, no tu verdad, sino la única verdad, que es Él mismo, con la voz que clama en el desierto: “preparen los caminos del Señor”.

Tu Señor es el que vino después de Juan, pero antes que tú, y es más fuerte que él y que tú, y ni siquiera eres digno de quitarle las sandalias. Pero Él dijo que no hay, entre los nacidos de mujer, ninguno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de

los cielos es mayor que él. Y se refiere a ti, sacerdote. Él confía en ti, y espera de ti, que seas un verdadero profeta.

El verdadero profeta profesa la verdad y la vive, convence con su palabra, respaldada por el ejemplo.

El verdadero profeta tiene credibilidad ante los demás, porque lo ven, porque lo escuchan, porque creen en él, porque lleva la única verdad en la que cree, porque la vive, porque la conoce, porque la profesa, porque hace suya la verdad que es Cristo: que es el único Hijo de Dios, que ha sido enviado al mundo para que todo el que crea en Él tenga vida eterna por Él, con Él y en Él.

El verdadero profeta no solo expresa la verdad con palabras, sino que muestra el camino, andando el camino, poniendo su fe por obras, para ser ejemplo.

Tu Señor es el camino que conduce a la vida, vida que es Cristo, por quien fuiste creado a imagen y semejanza del Padre, para ser sacerdote desde siempre y para la eternidad, desde un principio.

Para eso has sido llamado, elegido, consagrado y constituido por Cristo, con Cristo y en Cristo, que sólo espera tu sí para ser correspondido.

Y tú, sacerdote, ¿profesas la verdad?

¿Bautizas al pueblo de Dios en el Espíritu Santo y su fuego?

¿Crees en que tu Señor está pronto a venir? ¿Preparas sus caminos?

¿Confiesas tus pecados?

¿Eres un siervo fiel y prudente que da fruto?, ¿o crees que sólo por ser un profeta estás exento de perecer en el fuego del infierno?

Rectifica tu camino, sacerdote. Acércate a tu Señor con el corazón contrito y humillado, que Él no desprecia. Analiza tu conciencia y pide perdón, permaneciendo siempre en la disposición a recibir la gracia y la misericordia de Dios, que provoca la conversión de tu corazón, todos los días, dando testimonio de fe y de amor con tus obras, para que seas verdadero profeta, verdadero sacerdote, que clama en el desierto con voz fuerte que estén preparados para cuando Cristo vuelva.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 8)

Domingo III de Adviento *Gaudete* (B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompañiademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).** Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**
Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

LA COMPAÑÍA DE LOS PROFETAS

Is 61, 1-2. 10-11; 1 Tes 5, 16-24; Jn 1, 6-8. 19-28

El Señor Jesús recurrió en distintos momentos a los mensajes del profeta Isaías para descifrar el misterio de su misión como enviado del Padre, de manera especial se apropió del oráculo del profeta Isaías que nos presenta la liturgia. Siguiendo el tono del pasaje advertimos que Jesús es un hombre genuino que tiene clara conciencia de su misión y su autoridad. Él no actuará a título personal, sino en calidad de enviado de Dios; más aún, realizará una misión martirial y dolorosa que sería imposible de cumplir sin la fuerza del Espíritu. Jesús, el hijo de Dios, sabe y vive como el verdadero ungido del Señor que dará consuelo a los prisioneros y oprimidos. Todos cuantos padecen la miseria humana verán la luz. En la misma perspectiva Juan Bautista animó a sus hermanos a emprender un movimiento de renovación interior que debería cambiar la vida de Israel. Juan y Jesús, enviados por Dios a liberar a Israel. El discípulo convertido en maestro y Salvador de sus hermanos.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Flp 4, 4. 5**

Estén siempre alegres en el Señor, les repito, estén alegres. El Señor está cerca.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que contemplas a tu pueblo esperando fervorosamente la fiesta del nacimiento de tu Hijo, concédenos poder alcanzar la dicha que nos trae la salvación y celebrada siempre, con la solemnidad de nuestras ofrendas y con vivísima alegría. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Me alegro en el Señor con toda el alma.

Del libro del profeta Isaías: 61, 1-2.10-11

El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros, y a pregonar el año de gracia del Señor.

Me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en mi Dios, porque me revistió con vestiduras de salvación y me cubrió con un manto de justicia, como el novio que se pone la corona, como la novia que se adorna con sus joyas.

Así como la tierra echa sus brotes y el jardín hace germinar lo sembrado en él, así el Señor hará brotar la justicia y la alabanza ante todas las naciones.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Lucas 1, 46-48.49-50.53-54.

R/. Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso los ojos en la humildad de su esclava. ***R/.***

Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre, y su misericordia llega de generación en generación a los que lo temen. ***R/.***

A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, vino en ayuda de Israel, su siervo. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Conservémonos irreprochables en cuerpo y alma hasta la llegada del Señor.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 5, 16-24

Hermanos: Vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión, pues esto es lo que Dios quiere de ustedes en Cristo Jesús. No impidan la acción del Espíritu Santo, ni desprecien el don de profecía; pero sométanlo todo a prueba y quédense con lo bueno. Absténganse de toda clase de mal. Que el Dios de la paz los santifique a ustedes en todo y que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la llegada de nuestro Señor Jesucristo. El que los ha llamado es fiel y cumplirá su promesa.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Is 61, 1 (cit. en Lc 4, 18)

R/. Aleluya, aleluya.

El Espíritu del Señor está sobre mí, Me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres. ***R/.***

EVANGELIO

En medio de ustedes hay uno al que ustedes no conocen.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 1, 6-8.19-28

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz.

Este es el testimonio que dio Juan el Bautista, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén a unos sacerdotes y levitas para preguntarle: '¿Quién eres tú?".

El reconoció y no negó quién era. El afirmó: "Yo no soy el Mesías". De nuevo le preguntaron: "¿Quién eres, pues? ¿Eres Elías?". Él les respondió: "No lo soy". "¿Eres el profeta?". Respondió: "No". Le dijeron: "Entonces dinos quién eres, para poder llevar una

respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?". Juan les contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: Enderecen el camino del Señor, como anunció el profeta Isaías".

Los enviados, que pertenecían a la secta de los fariseos, le preguntaron: "Entonces ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el profeta?". Juan les respondió: "Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias". Esto sucedió en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que este sacrificio, Señor, que te ofrecemos con devoción, nunca deje de realizarse, para que cumpla el designio que encierra tan santo misterio y obre eficazmente en nosotros tu salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Is 35, 4

Digan a los cobardes: "¡Ánimo, no teman!; miren a su Dios: viene en persona a salvarlos".

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Imploramos, Señor, tu misericordia, para que estos divinos auxilios nos preparen, purificados de nuestros pecados, para celebrar las fiestas venideras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

El Espíritu del Señor está sobre mí (Is 61,1-2a.10-11)

1ª lectura

Con estilo denso y conciso este oráculo presenta al mensajero escatológico hablando en un soliloquio. Es otro de los textos claves del libro de Isaías. No es difícil encontrar puntos de contacto con los cantos del siervo, en especial con el segundo (49,1-6). La efusión del Espíritu del Señor va unida a la unción, como en el caso del rey (cfr 11,2) y del siervo del Señor (42,1). Pero este mensajero es más que un rey, más que un profeta y más que el grupo de los que habiten la ciudad santa de los últimos tiempos. Su misión se reduce a una doble función como mensajero y como consolador. Como mensajero, a semejanza del legado real en tiempos de guerra, trae buenas noticias: anuncia la redención a los cautivos y la libertad a los prisioneros (cfr Jr 34,8.17). Su mensaje equivale a anunciar un nuevo orden de cosas donde no será necesaria la represión y reinará la concordia y el bienestar. El «año de gracia del Señor» (v. 2) es parecido al año jubilar (cfr

Lv 25,8-19) o al año sabático (cfr Ex 21,2-11; Jr 34,14; Ez 46,17), en cuanto que es un día señalado por el Señor y distinto de los demás; pero propiamente indica el momento en que Dios se muestra especialmente benévolo y concede la salvación definitiva (cfr 49,8). Se denomina también «día de venganza», en cuanto que en ese día esencialmente cargado de bondad los impíos recibirán también su merecido.

Como consolador, venda los corazones rotos por la enfermedad o la desgracia, alienta a los que lloran y restaura a los que hacen duelo en Sión. Cuando quien consuela es el Señor o un mensajero suyo (cfr 40,1) se espera que vuelva a restablecer a su pueblo en el puesto y dignidad del principio, a renovar la Alianza quebrantada y a restaurar las instituciones desaparecidas, es decir, a establecer una situación nueva de plenitud de bienes.

La tradición judía en tiempos de Jesús reflejada en el *targum* o traducción aramea entiende que el heraldo aquí descrito debía ser un profeta (por ello antepone al oráculo la entradilla de: «Así dice el profeta»). De este modo cuando Jesús lee el texto en la sinagoga de Nazaret señala que ha llegado el momento de su cumplimiento y que Él es el profeta del que habla Isaías: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21). Enseña así que Él es el Mesías, constituido «Cristo» (Ungido) por el Espíritu Santo (cfr Is 11,2), también como el profeta que anuncia la salvación. A partir de ahí, la doctrina cristiana ha contemplado a Jesús como el Mensajero último enviado por el Espíritu Santo: «El profeta presenta al Mesías como aquél que viene por el Espíritu Santo, como aquél que posee la plenitud de este Espíritu en sí y, al mismo tiempo, para los demás, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad. La plenitud del Espíritu de Dios está acompañada de múltiples dones, los de la salvación, destinados de modo particular a los pobres y a los que sufren, a todos los que abren su corazón a estos dones, a veces mediante las dolorosas experiencias de su propia existencia, pero ante todo con aquella disponibilidad interior que viene de la fe. Esto intuía el anciano Simeón, "hombre justo y piadoso" ya que "estaba en él el Espíritu Santo", en el momento de la presentación de Jesús en el Templo, cuando descubría en él la "salvación preparada a la vista de todos los pueblos" a costa del gran sufrimiento, la Cruz, que habría de abrazar acompañado por su Madre. Esto intuía todavía mejor la Virgen María, que "había concebido del Espíritu Santo", cuando meditaba en su corazón los "misterios" del Mesías al que estaba asociada» (*Dominum et Vivificantem*, n. 16).

Después de este importantísimo oráculo sobre el nuevo mensajero (vv. 1-3), el profeta canta las maravillas de la ciudad santa de Jerusalén, que, una vez restaurada después del destierro es un lugar donde se goza de una alegría comparable a la de los novios en sus desposorios, o a la del labriego que contempla una cosecha fecunda (vv. 10-11).

La novedad de los acontecimientos y detalles de la ciudad mira hacia horizontes definitivos, hacia la escatología, es decir, hacia la intervención definitiva y salvadora del Señor. En este contexto, las realidades nuevas significan realidades últimas y decisivas, y

por tanto que han llegado a su plenitud. Ya que en el Nuevo Testamento la Iglesia es llamada construcción de Dios (1 Co 3,9), edificada sobre el fundamento de los Apóstoles (1 Co 3,11), la tradición cristiana ha visto en la Jerusalén renovada y exaltada una figura de la Iglesia que camina en este mundo y se manifestará en el momento final (cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 756-757).

Estad siempre alegres (1 Ts 5,16-24)

2ª lectura

San Pablo acaba de exhortar a todos los cristianos a manifestar con obras la caridad fraterna (vv. 14-15). Como consecuencia encontrarán la paz con Dios y con los demás que llena al hombre de gozo y serenidad (v. 16). Entonces, incluso las mayores penas y dolores llevados con visión de fe no quitan la alegría: *Si nos sentimos hijos predilectos de nuestro Padre de los Cielos, ¡que eso somos!, ¿cómo no vamos a estar alegres siempre? — Piénsalo* (S. Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 266).

Además, la perseverancia en la oración (v. 17) mantendrá despierta la lucha por vivir las indicaciones de San Pablo. «El Apóstol nos manda orar siempre. Para los santos el mismo sueño es oración. Sin embargo, debemos tener unas horas de oración bien repartidas de modo que, si estamos absorbidos por algún trabajo, el mismo horario nos amoneste a cumplir nuestro deber» (S. Jerónimo, *Epistulae* 22,37).

Para ello, es imprescindible también contar con la acción callada y eficaz del Espíritu Santo (vv. 19-21). «El Bienaventurado Pablo, no queriendo que se enfriara la gracia del Espíritu que se nos ha dado, [nos] exhorta escribiendo: *No apaguéis el Espíritu*. Pues de este modo continuamos siendo partícipes de Cristo: si nos adherimos hasta el final al Espíritu que se nos dio al principio. Dijo: *No apaguéis*, no porque el Espíritu esté a merced del poder de los hombres, sino porque los malvados y los ingratos demuestran querer apagarlo. Ellos, a imagen de los que han envejecido, con sus impías acciones, hacen huir al Espíritu» (S. Atanasio, *Epistulae festales* 3,4).

La santificación que Dios realiza en el hombre alcanza la totalidad de su ser. La santidad cristiana es la plenitud del orden establecido por Dios en la creación, y restablecido después del pecado. Por esto el Apóstol invoca a Dios como «Dios de la paz» (v. 23), es decir, de la tranquilidad en el orden. La santidad lleva a su perfección e integridad todas las facultades humanas, tanto corporales como espirituales; de modo que completa y perfecciona, sin alterarlo, el orden natural.

«El que os llama» (v. 24). El texto griego utiliza el participio de presente, que expresa una acción continua. La vocación divina no es un hecho aislado ocurrido en algún momento de la vida, sino una actitud permanente de Dios, que continuamente llama a los fieles a que sean santos. La fidelidad es algo propio de Dios, que cumple siempre sus promesas y no se retracta de su voluntad salvífica: «Quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo» (Flp 1,6). Por eso, la santidad depende de la gracia divina, que nunca falta, y de la correspondencia por parte del hombre. La perseverancia final es una

gracia, pero Dios no la niega a quien se esfuerza por obrar el bien. «Así pues, apoyados en esta esperanza, únanse nuestras almas a Aquel que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios. El que nos mandó no mentir, mucho menos mentirá Él mismo» (S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 1,27).

La misión del Bautista (Jn 1, 6-8. 19-28)

Evangelio

Juan Bautista aparece en un momento histórico concreto como el testigo directo de Jesucristo ante los hombres. Así dirá san Agustín: «Porque (el Verbo Encarnado) era hombre y ocultaba su divinidad, le precedió un gran hombre con la misión de dar testimonio a favor del que era más que hombre» (In Ioann. Evang., 2,5).

Todo el Antiguo Testamento es una preparación para la venida de Cristo. Así los Patriarcas y Profetas anunciaron de diversas maneras la salvación que vendría por el Mesías. Pero Juan Bautista, el más grande de los nacidos de mujer (cfr. Mt 11, 11), pudo señalar con el dedo al propio Mesías (cfr Jn 1, 29), siendo el testimonio del Bautista la culminación de todas las profecías anteriores.

La misión de Juan Bautista como testigo de Jesucristo es tan importante que los evangelios Sinópticos comienzan la narración del ministerio público de Jesús por ese testimonio del Bautista. Los discursos de San Pedro y los de San Pablo, recogidos en los hechos de los Apóstoles, también aluden al testimonio de Juan. El cuarto Evangelio lo menciona hasta siete veces. Sabemos, además, que el apóstol San Juan había sido discípulo del Bautista antes de serlo del Señor, y que precisamente el Bautista fue quien le había encaminado hacia Cristo.

El Nuevo Testamento pues, nos enseña la trascendencia de la misión del Bautista, al mismo tiempo que la clara conciencia de éste de no ser más que el Precursor inmediato del mesías, al cual no es digno de desatar la correa de sus sandalias (cfr Mc 1, 7); por eso el Bautista insiste en su papel de testigo de Cristo y en su misión de preparar el camino al Mesías. El testimonio de Juan Bautista permanece a través de los tiempos, invitando a todos los hombres a abrazar la fe en Jesús, la Luz verdadera.

La misión que Dios le encomendó al Bautista fue testimoniar, con su vida y con su palabra, que Jesucristo es el Mesías e Hijo de Dios. El Precursor exhorta a la penitencia viviendo él mismo ese espíritu de austeridad que predicaba; señala a Jesús como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y lo proclama con valentía ante los judíos. La recia figura del Bautista es modelo de la fortaleza con que hemos de confesar a Cristo: «Todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar, con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra, el hombre nuevo de que se revistieron por el Bautismo…» (*Ad gentes*, n. 11).

En un ambiente de intensa expectación mesiánica, el Bautista aparece como una figura rodeada de un prestigio extraordinario; prueba de ello es que las autoridades judías

envían personajes cualificados (sacerdotes y levitas de Jerusalén) a preguntarle si es el Mesías.

Llama la atención la gran humildad de Juan: se adelanta a sus interlocutores afirmando: «No soy el Cristo». Se considera tan pequeño delante del Señor que dirá: «No soy digno de desatar la correa de sus sandalias». Toda la fama de que disfrutaba la pone al servicio de su misión de Precursor del Mesías y, con olvido total de sí mismo, afirma que «es necesario que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

La malicia de los fariseos y la humildad de Juan Bautista

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos le enviaron desde Jerusalén sacerdotes y *levitas para preguntarle: ¿Quién eres tú?* (Juan 1, 19).

GRAVE COSA ES la envidia, carísimos; grave cosa es, pero no para los envidiados, sino para los que envidian. A éstos, antes que a nadie, es a quienes daña; a éstos destroza antes que a nadie, pues llena su ánimo de un como mortífero veneno. Si daña en algo a los envidiados, el daño es pequeño y de nonada, puesto que les acarrea una ganancia mayor que el daño. Y no sólo en la envidia, sino también en los demás vicios, quien recibe el daño no es el que sufre el mal, sino el que lo causa. Si esto no fuera así, no habría Pablo ordenado a los discípulos sufrir las injurias antes que perpetrarlas, cuando dice: *¿Por qué no más bien toleráis el atropello? ¿Por qué no más bien sufrís el despojo?* (1 Co 6, 7). Sabía perfectamente que en todo caso la ruina sería no para el que sufre el mal, sino para el que lo causa.

Todo esto lo he dicho a causa de la envidia de los judíos. Los que de las ciudades habían concurrido y arrepentidos confesaban sus pecados y se bautizaban, movidos a penitencia, envían a algunos que le pregunten: *¿Tú quién eres?* Verdadera estirpe de víboras; serpientes y más que serpientes si hay algo más. Generación mala, adúltera y perversa. Tras de haber recibido el bautismo, ahora ¿preguntas e inquieres con vana curiosidad quién sea el Bautista? ¿Habrá necedad más necia que ésta? ¿Habrá estulticia más estulta? Entonces ¿por qué salisteis a verlo? ¿Por qué confesasteis vuestros pecados? ¿Por qué corristeis a que os bautizara? ¿Para qué le preguntasteis lo que debíais hacer? Precipitadamente procedisteis, pues no entendíais ni el origen ni de qué se trataba.

Pero el bienaventurado Juan nada de eso les echó en cara, sino que les respondió con toda mansedumbre. Vale la pena examinar por qué procedió así. Fue para que ante todos quedara patente la perversidad de ellos. Con frecuencia Juan dio ante ellos testimonio de Cristo; y al tiempo en que los bautizaba muchas veces les hacía mención de Cristo y les decía: *Yo os bautizo en agua. Mas el que viene en pos de mí es más poderoso que yo. Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego* (Mt 3, 11). Pensaban ellos acerca de

Juan algo meramente humano. Procurando la gloria mundana, y no mirando sino a lo que tenían ante los ojos, pensaban ser cosa indigna de Juan el ser inferior a Cristo.

Ciertamente muchas cosas recomendaban a Juan. Desde luego el brillo de su linaje, pues era hijo de un príncipe de los sacerdotes. En segundo lugar, la aspereza en su modo de vivir. Luego, el desprecio de todas las cosas humanas, pues teniendo en poco los vestidos, la mesa, la casa, los alimentos mismos, anteriormente había vivido en el desierto, Cristo en cambio era de linaje venido a menos, como los judíos con frecuencia se lo echaban en cara diciendo: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?* (Mt 13, 55)**.** Y *la* que parecía ser su patria de tal manera era despreciable que aun Natanael vino a decir: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* Añadíase el género de vida vulgar y el vestido ordinario. No andaba ceñido con cinturón de cuero ni tenía túnica de pelo de camello, ni se alimentaba de miel silvestre y de langostas, sino que su comida era de manjares ordinarios, y se presentaba incluso en los convites de publicanos y hombres pecadores para atraerlos.

No entendiendo esto los judíos, se lo reprochaban, como Él mismo lo advirtió: *Vino el Hijo del hombre que come y bebe y dicen: Ved ahí a un hombre glotón* y *bebedor, amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11, 19). Pues como Juan con frecuencia remitiera a quienes se le acercaban de los judíos a Cristo, el cual a ellos les parecía inferior a Juan; y éstos avergonzados y llevándolo a mal, prefirieran tener como maestro a Juan, no atreviéndose a decirlo abiertamente, lo que hacen es enviarle algunos de ellos, esperando que por medio de la adulación lo obligarían a declarar ser él el Cristo.

Y no le envían gente de la ínfima clase social, como a Cristo, cuando querían cogerlo en palabras —pues en esa ocasión le enviaron unos siervos y luego unos herodianos, gente de esa misma clase—, sino que le envían sacerdotes y levitas; y no sacerdotes cualesquiera, sino de Jerusalén, o sea, de los más honorables —pues no sin motivo lo subrayó el evangelista—. Y los envían para preguntarle: *¿Tú quién eres?* El nacimiento de Juan había sido tan solemne que todos decían: *Pues ¿qué va a ser este niño?* (Lc 1, 66). Y se divulgó por toda la región montañosa. Y cuando se presentó en el Jordán, de todas las ciudades volaron a él; y de Jerusalén y de toda Judea iban a él para ser bautizados. De modo que los enviados preguntan ahora no porque ignoren quién es — ¿cómo lo podían ignorar, pues de tantos modos se había dado a conocer?—, sino para inducirlo a confesar lo que ya anteriormente indiqué.

Oye, pues, cómo este bienaventurado responde, no a la pregunta directamente, sino conforme a lo que ellos pensaban. Le preguntaban: *¿Tú quién eres?* y él no respondió al punto lo que convenía responder: *Soy la voz que clama en el desierto* (Jn 1, 23)*,* sino ¿qué? Rechaza lo que ellos sospechaban. Pues preguntado: *¿Tú quién eres?,* dice el evangelista: *Lo proclamó y no negó la verdad y declaró: Yo no soy el Cristo*. Observa la prudencia del evangelista. Tres veces repite la afirmación, para subrayar tanto la virtud del Bautista como la perversidad de los judíos.

Por su parte Lucas dice que como las turbas sospecharan si él sería el Cristo, Juan reprimió semejante sospecha. Deber es éste de un siervo fiel: no sólo no apropiarse la gloria de su Señor, sino aun rechazarla si la multitud se la ofrece. Las turbas llegaron a semejantes sospechas por su ignorancia y sencillez; pero los judíos, como ya dije, le preguntaban con maligna intención, esperando obtener de sus adulaciones la respuesta que anhelaban. Si no hubieran intentado eso, no habrían pasado tan inmediatamente a la siguiente pregunta; sino que, indignados porque él no respondía según el propósito que traían, le habrían dicho: ¿Acaso nosotros hemos sospechado eso? ¿Venimos por ventura a preguntarte eso que dices? Pero cogidos en su misma trampa, pasan a otra pregunta.

¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías? Y él les respondió: No soy. Porque ellos esperaban la venida de Elías, como lo indicó Cristo. Pues cuando los discípulos le preguntaron: *¿Cómo es que los escribas dicen que antes debe venir Elías?* Él les respondió: *Elías, cierto, ha de venir y lo restaurará todo* (Mt 17, 10). Luego los judíos preguntan a Juan: *¿Eres tú el profeta? Y respondió: ¡No!* Y sin embargo era profeta. Entonces ¿por qué lo niega? Es que de nuevo atiende al pensamiento de los que preguntan. Esperaban éstos que había de venir un gran profeta, pues Moisés había dicho: *Os suscitará un profeta el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo, al cual escucharéis* (Dt 18, 15). Se refería a Cristo. Por eso no le preguntan: ¿Eres un profeta? es decir, uno del número de los profetas, sino que ponen el artículo, como si dijeran: ¿Eres tú aquel profeta? Es decir el anunciado por Moisés. Y por esto Juan negó ser aquel profeta, pero no negó ser profeta.

Insistiéronle: ¿quién eres, pues? Dínoslo, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Observa cómo se empeñan e instan y no desisten; y cómo Juan, una vez descartadas las falsas opiniones, establece la verdad. Pues dice: *Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo dijo el profeta Isaías.* Pues había proclamado algo grande y excelente acerca de Cristo, atemperándose a la opinión de ellos se refugia en el profeta Isaías y por aquí hace creíbles sus palabras. Y dice el evangelista: *Los que se le habían enviado eran algunos de los fariseos. Y le preguntaron* y *dijeron: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?*

¿Ves por aquí cómo no procedí yo a la ligera cuando afirmé que ellos querían inducirlo a la dicha confesión? Al principio hablaron así para no ser entendidos de todos. Pero después, como Juan afirmó: *No soy el Cristo,* enseguida, para encubrir lo que en su interior maquinaban, recurrieron a Elías y al Profeta. Y cuando Juan les dijo que no era ni el uno ni el otro, dudosos, pero ya abiertamente, manifiestan su dolo y le dicen: *Entonces ¿cómo es que bautizas si no eres el Cristo?* Pero de nuevo encubriendo su pensamiento recurren a Elías y al Profeta. Pues no pudieron vencer al Bautista por la adulación, creyeron que lo lograrían mediante la acusación, para que confesara lo que ellos anhelaban, y que no era verdad.

¡Oh locura, oh arrogancia y curiosidad extemporánea! Se os ha enviado para saber de Juan de dónde sea y de quién es. Y ahora vosotros ¿le pondréis leyes? Porque tales

palabras eran propias de quienes lo quieren obligar a que confiese ser Cristo. Y, sin embargo, tampoco ahora muestra indignación; ni, como parecía convenir, exclamó algo parecido a esto: ¿Me ponéis mandato y me fijáis leyes? Sino que de nuevo manifiesta suma moderación. Pues les dice. *Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está ya el que vosotros no conocéis, Ese es el que ha de venir en pos de mí, el que existía antes que yo* y *del cual no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*.

¿Qué pueden oponer a esto los judíos? La acusación contra ellos por aquí se torna irrefutable; su condenación no tiene perdón que la pueda apartar; contra sí mismos han pronunciado la sentencia. ¿Cómo y en qué forma? Tenían a Juan como digno de fe y tan veraz, que se le debía creer no solamente cuando diera testimonio de otros, sino también cuando lo diera acerca de sí mismo. Si no hubieran pensado así de él, nunca le habrían enviado quienes le preguntaran acerca de sí mismo. Sabéis bien vosotros que nadie da crédito a quienes hablan de sí mismos, sino cuando se les tiene por sumamente veraces. Y no es esto sólo lo que les cierra la boca, sino además el ánimo con que lo acometieron.

Se acercaron a Juan con sumo anhelo, aunque luego cambiaron: Ambas cosas significó Cristo cuando dijo: *Juan era una antorcha que brillaba* y *ardía; y a vosotros os plugo regocijaros momentáneamente con su llama* (Jn 5, 35). La respuesta de Juan le procuraba todavía una mayor credibilidad. Pues dice Cristo: *El que no busca su gloria es veraz* y *en él no hay injusticia* (Jn 7, 18). Juan no la buscó, sino que los remitió a Cristo. Y los que le fueron enviados eran de los más dignos de fe y principales entre ellos, de modo que no les quedara excusa o perdón por no haber creído en Cristo.

¿Por qué no creéis a lo que Juan afirmaba de Cristo? Enviasteis a vuestros principales. Por boca de ellos vosotros interrogasteis. Oísteis lo que respondió el Bautista. Los enviados desplegaron todo su empeño, toda su diligencia, y todo lo escrutaron, y trajeron al medio a todos los varones de quienes tenían sospecha que fuera Juan. Y sin embargo éste con toda libertad les respondió y confesó no ser el Cristo, ni Elías, ni el famoso Profeta. Y no contento con esto, declaró quién era él y habló de la naturaleza de su bautismo, afirmando ser humilde y poca cosa y que, fuera del agua, ninguna virtud tenía, y proclamó la excelencia del bautismo instituido por Cristo. Trajo además el testimonio del profeta Isaías, proferido mucho antes y en el que al otro lo llamaba Señor y a Juan siervo y ministro.

¿Qué más habían de esperar? ¿Qué faltaba? ¿Acaso no únicamente que creyeran a aquel de quien Juan daba testimonio, y lo adoraran y lo confesaran como Dios? Y que semejante testimonio no procediera de adulación, sino de la verdad, lo comprobaban las costumbres y la prudencia y demás virtudes del testificante. Lo cual era manifiesto, pues nadie hay que prefiera al vecino a sí mismo, ni que ceda a otro el honor que puede él apropiarse, sobre todo tratándose de tan gran honor. De modo que Juan, si Cristo no fuera verdaderamente Dios, jamás habría proferido tal testimonio. Si rechazó aquel honor porque inmensamente superaba a lo que él era, ciertamente nunca habría atribuido tal honor a otro que le fuera inferior.

En medio de vosotros está ya el que vosotros no conocéis. Habló así Juan porque Cristo, como era conveniente, se mezclaba con el pueblo y andaba como uno de los plebeyos, porque en todas partes daba lecciones de despreciar el fausto y las pompas y vanidades. Al hablar aquí Juan de conocimiento, se refiere a un conocimiento perfecto acerca de quién era Cristo y de dónde venía. Lo otro que dice Juan y lo repite con frecuencia: *Vendrá después de mí,* es como si dijera: No penséis que con mi bautismo ya está todo perfecto. Si lo estuviera, nadie vendría después de mí a traer otro bautismo nuevo. Este mío no es sino cierto modo de preparación. Lo mío es sombra, es imagen. Se necesita que venga otro que opere la realidad. De modo que la expresión: *Vendrá en pos de mí* declara la dignidad del bautismo de Cristo. Pues si el de Juan fuera perfecto, no se buscaría otro además.

Es más poderoso que yo. Es decir más honorable, más esclarecido. Y luego, para que no pensaran que esa superioridad en la excelencia la decía refiriéndose a sí mismo, quiso declarar que no había comparación posible y añadió: *Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*. De modo que no solamente ha sido constituido superior a mí, sino que las cosas son tales que no merezco que se me cuente entre los últimos de sus esclavos; puesto que desatar la correa del calzado es el más bajo de los servicios. Pues si Juan no es digno de desatar la correa, Juan, mayor que el cual no ha nacido nadie de mujer ¿en qué lugar nos pondremos nosotros? Si Juan, que era superior a todo el mundo (pues dice Pablo: *De los que el mundo no era digno* (He 11, 38)), no se siente digno de ser contado entre los últimos servidores de Cristo, ¿qué diremos nosotros, cargados de tantas culpas y que tan lejos estamos de Juan en las virtudes cuanto la tierra dista del cielo?

Juan se declara indigno de desatar la correa de su calzado. Pero los enemigos de la verdad se lanzan a tan grande locura que afirman conocer a Cristo como Él se conoce. ¿Qué habrá peor que semejante desvarío? ¿Qué más loco que semejante arrogancia? Bien dijo cierto sabio: *El principio de la soberbia es no conocer a Dios* (Sir 10, 14). No habría sido destronado el demonio, ni convertido en demonio aquel que antes no lo era, si no hubiera enfermado con esta enfermedad. Esto fue lo que lo derribó de su antigua amistad con Dios; esto lo arrojó a la gehenna; fue para él cabeza y raíz de todos los males. Este vicio echa a perder todas las virtudes: la limosna, la oración, el ayuno y todas las demás. Dice el sabio: El soberbio entre los hombres, es impuro delante de Dios.

No mancha tanto al hombre ni la fornicación ni el adulterio, cuanto lo mancha la soberbia. ¿Por qué? Porque la fornicación, aun cuando sea indigna de perdón, sin embargo puede alguno poner como pretexto la furia de la pasión. Pero la arrogancia no tiene motivo alguno ni pretexto por el cual merezca ni sombra de perdón. Porque no es otra cosa que una subversión de la mente: enfermedad gravísima nacida de la necedad. Pues nada hay más necio que un hombre arrogante, aun cuando sea opulentísimo; aun cuando esté dotado de suma sabiduría humana; aunque sea sumamente poderoso; aunque haya logrado todas cuantas cosas parecen deseables a los hombres.

Si el infeliz y miserable que se ensoberbece de los bienes verdaderos pierde la recompensa de todos ellos, el que se enorgullece de los bienes aparentes y que nada son; el que se hincha con la sombra y la flor del heno, o sea con la gloria vana ¿cómo no será el más ridículo de los hombres? Porque no hace otra cosa que el pobre y el mendigo que pasa la vida consumido de hambre, pero se gloría de haber tenido un ensueño placentero. Oh infeliz y mísero que mientras tu alma se corrompe con gravísima enfermedad, sufriendo de pobreza suma, tú andas ensoberbecido porque posees tantos más cuantos talentos de oro y tantas más cuántas turbas de esclavos. Pero ¡si esas cosas no son tuyas! Y si a mí no me crees, apréndelo por la experiencia de otros ricos. Si a tanto llega tu embriaguez que con esos ejemplos no quedes enseñado, espera un poco y lo sabrás por propia experiencia. Todo eso de nada te servirá cuando entregues el alma; y sin que puedas ser dueño de una hora ni de un minuto, todo lo abandonarás contra tu voluntad a los que se hallan presentes; y con frecuencia serán aquellos a quienes tú menos querrías abandonarlo.

A muchísimos ni siquiera se les ha concedido disponer de sus bienes, sino que se murieron repentinamente, al tiempo preciso en que anhelaban disfrutarlos. No se les concedió, sino que arrastrados y violentamente arrancados de la vida, los dejaron a quienes en absoluto no querían dejarlos. Para que esto no nos acontezca, ahora mismo, mientras la salud lo permita, enviémoslos desde aquí a nuestra patria y ciudad. Solamente allá podremos disfrutar de ellos y no en otra parte alguna: así los pondremos en sitio segurísimo. Porque nada ¡no! nada puede arrebatarlos de ahí: ni la muerte, ni el testamento, ni la sucesión hereditaria, ni los defraudadores, ni las asechanzas: quien de aquí allá vaya llevando grande cantidad de bienes, disfrutará de ellos perpetuamente.

¿Quién será, pues, tan mísero que no anhele gozar delicias con sus dineros eternamente? ¡Transportemos nuestras riquezas, coloquémoslas allá! No necesitaremos de asnos ni de camellos ni de carros ni de naves para ese transporte: Dios nos libró de semejante dificultad. Solamente necesitamos de los pobres, de los cojos, de los ciegos, de los enfermos. A ellos se les ha encomendado semejante transporte. Ellos son los que transfieren las riquezas al cielo. Ellos son los que conducen a quienes tales riquezas poseen a la herencia de los bienes eternos. Herencia que ojalá nos acontezca a todos conseguir, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. —Amén.

(*Explicación del Evangelio de San Juan, Homilía XVI,* Tradición México 1981, p. 128-36).

FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

Ángelus 2013

La alegría cristiana tiene su fundamento en la fidelidad de Dios

¡Gracias! Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy es el tercer domingo de Adviento, llamado también domingo de *Gaudete*, es decir, domingo de la alegría. En la liturgia resuena repetidas veces la invitación a gozar, a alegrarse. ¿Por qué? Porque el Señor está cerca. La Navidad está cercana. El mensaje cristiano se llama «Evangelio», es decir, «buena noticia», un anuncio de alegría para todo el pueblo; la Iglesia no es un refugio para gente triste, la Iglesia es la casa de la alegría. Y quienes están tristes encuentran en ella la alegría, encuentran en ella la verdadera alegría.

Pero la alegría del Evangelio no es una alegría cualquiera. Encuentra su razón de ser en el saberse acogidos y amados por Dios. Como nos recuerda hoy el profeta Isaías (cf. 35, 1-6a.8a.10), Dios es Aquél que viene a salvarnos, y socorre especialmente a los extraviados de corazón. Su venida en medio de nosotros fortalece, da firmeza, dona valor, hace exultar y florecer el desierto y la estepa, es decir, nuestra vida, cuando se vuelve árida. ¿Cuándo llega a ser árida nuestra vida? Cuando no tiene el agua de la Palabra de Dios y de su Espíritu de amor. Por más grandes que sean nuestros límites y nuestros extravíos, no se nos permite ser débiles y vacilantes ante las dificultades y ante nuestras debilidades mismas. Al contrario, estamos invitados a robustecer las manos, a fortalecer las rodillas, a tener valor y a no temer, porque nuestro Dios nos muestra siempre la grandeza de su misericordia. Él nos da la fuerza para seguir adelante. Él está siempre con nosotros para ayudarnos a seguir adelante. Es un Dios que nos quiere mucho, nos ama y por ello está con nosotros, para ayudarnos, para robustecernos y seguir adelante. ¡Ánimo! ¡Siempre adelante! Gracias a su ayuda podemos siempre recomenzar de nuevo. ¿Cómo? ¿Recomenzar desde el inicio? Alguien puede decirme: «No, Padre, yo he hecho muchas cosas... Soy un gran pecador, una gran pecadora... No puedo recomenzar desde el inicio». ¡Te equivocas! Tú puedes recomenzar de nuevo. ¿Por qué? Porque Él te espera, Él está cerca de ti, Él te ama, Él es misericordioso, Él te perdona, Él te da la fuerza para recomenzar de nuevo. ¡A todos! Entonces somos capaces de volver a abrir los ojos, de superar tristeza y llanto y entonar un canto nuevo. Esta alegría verdadera permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento, porque no es una alegría superficial, sino que desciende en lo profundo de la persona que se fía de Dios y confía en Él.

La alegría cristiana, al igual que la esperanza, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, en la certeza de que Él mantiene siempre sus promesas. El profeta Isaías exhorta a quienes se equivocaron de camino y están desalentados a confiar en la fidelidad del Señor, porque su salvación no tardará en irrumpir en su vida. Quienes han encontrado a Jesús a lo largo del camino, experimentan en el corazón una serenidad y una alegría de la que nada ni nadie puede privarles. Nuestra alegría es Jesucristo, su amor fiel e inagotable. Por ello, cuando un cristiano llega a estar triste, quiere decir que se ha alejado de Jesús.

Entonces, no hay que dejarle solo. Debemos rezar por él, y hacerle sentir el calor de la comunidad.

Que la Virgen María nos ayude a apresurar el paso hacia Belén, para encontrar al Niño que nació por nosotros, por la salvación y la alegría de todos los hombres. A ella le dice el Ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (*Lc* 1, 28). Que ella nos conceda vivir la alegría del Evangelio en la familia, en el trabajo, en la parroquia y en cada ambiente. Una alegría íntima, hecha de asombro y ternura. La alegría que experimenta la mamá cuando contempla a su niño recién nacido, y siente que es un don de Dios, un milagro por el cual sólo se puede agradecer.

***

Ángelus 2014

Jesús es la meta cuando el corazón del hombre busca la alegría

Queridos hermanos y hermanas,

queridos niños, queridos jóvenes, ¡buenos días!

Desde ya hace dos semanas el Tiempo de Adviento nos invita a la vigilancia espiritual para preparar el camino al Señor que viene. En este tercer domingo la liturgia nos propone otra actitud interior con la cual vivir esta espera del Señor, es decir, la alegría. La alegría de Jesús, como dice ese cartel: «Con Jesús la alegría está en casa». Esto es, nos propone la alegría de Jesús.

El corazón del hombre desea la alegría. Todos deseamos la alegría, cada familia, cada pueblo aspira a la felicidad. ¿Pero cuál es la alegría que el cristiano está llamado a vivir y testimoniar? Es la que viene de la *cercanía de Dios*, de su *presencia* en nuestra vida. Desde que Jesús entró en la historia, con su nacimiento en Belén, la humanidad recibió un brote del reino de Dios, como un terreno que recibe la semilla, promesa de la cosecha futura. ¡Ya no es necesario buscar en otro sitio! Jesús vino a traer la alegría a todos y para siempre. No se trata de una alegría que sólo se puede esperar o postergar para el momento que llegue el paraíso: aquí en la tierra estamos tristes, pero en el paraíso estaremos alegres. ¡No! No es esta, sino una alegría que ya es real y posible de experimentar ahora, porque *Jesús mismo es nuestra alegría*, y con Jesús la alegría está en casa, como dice ese cartel vuestro: con Jesús la alegría está en casa. Todos, digámoslo: «Con Jesús la alegría está en casa». Otra vez: «Con Jesús la alegría está en casa». Y sin Jesús, ¿hay alegría? ¡No! ¡Geniales! Él está vivo, es el Resucitado, y actúa en nosotros y entre nosotros, especialmente con la Palabra y los Sacramentos.

Todos nosotros bautizados, hijos de la Iglesia, estamos llamados a acoger siempre de nuevo la presencia de Dios en medio de nosotros y ayudar a los demás a descubrirla, o a redescubrirla si la olvidaron. Se trata de una misión hermosa, semejante a la de Juan el Bautista: orientar a la gente a Cristo —¡no a nosotros mismos!— porque Él es la meta a quien tiende el corazón del hombre cuando busca la alegría y la felicidad.

También san Pablo, en la liturgia de hoy, indica las condiciones para ser «misioneros de la alegría»: rezar con perseverancia, dar siempre gracias a Dios, cooperando con su Espíritu, buscar el bien y evitar el mal (cf. *1 Ts* 5, 17-22). Si este será nuestro estilo de vida, entonces la Buena Noticia podrá entrar en muchas casas y ayudar a las personas y a las familias a redescubrir que en Jesús está la salvación. En Él es posible encontrar la paz interior y la fuerza para afrontar cada día las diversas situaciones de la vida, incluso las más pesadas y difíciles. Nunca se escuchó hablar de un santo triste o de una santa con rostro fúnebre. Nunca se oyó decir esto. Sería un contrasentido. El cristiano es una persona que tiene el corazón lleno de paz porque sabe centrar su alegría en el Señor incluso cuando atraviesa momentos difíciles de la vida. Tener fe no significa no tener momentos difíciles sino tener la fuerza de afrontarlos sabiendo que no estamos solos. Y esta es la paz que Dios dona a sus hijos.

Con la mirada orientada hacia la Navidad ya cercana, la Iglesia nos invita a testimoniar que Jesús no es un personaje del pasado; Él es la Palabra de Dios que hoy sigue iluminando el camino del hombre; sus gestos —los sacramentos— son la manifestación de la ternura, del consuelo y del amor del Padre hacia cada ser humano. Que la Virgen María, «Causa de nuestra alegría», nos haga cada vez más alegres en el Señor, que viene a liberarnos de muchas esclavitudes interiores y exteriores.

***

Ángelus 2017

La alegría del cristiano viene de la fe y del encuentro con Jesucristo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los domingos pasados la liturgia subrayó lo que significa tener una actitud de vigilancia y lo que implica concretamente preparar el camino del Señor. En este tercer domingo de Adviento, llamado «domingo de la alegría», la liturgia nos invita a entender el espíritu con el que tiene lugar todo esto, es decir, precisamente, la alegría. San Pablo nos invita a preparar la venida del Señor asumiendo tres actitudes. Escuchad bien: tres actitudes. Primero, la alegría constante; segundo, la oración perseverante; tercero, el continuo agradecimiento. Alegría constante, oración perseverante y continuo agradecimiento.

La primera actitud, alegría constante: «Estad siempre alegres» (*1 Tesalonicenses* 5, 16) dice san Pablo. Es decir, permanecer siempre en la alegría, incluso cuando las cosas no van según nuestros deseos; pero está esa alegría profunda que es la paz: también eso es alegría, está dentro. Y la paz es una alegría «a nivel del suelo» pero es una alegría. Las angustias, las dificultades y los sufrimientos atraviesan la vida de cada uno, todos nosotros lo conocemos; y muchas veces, la realidad que nos rodea parece ser inhóspita y árida, parecida al desierto en el que resonaba la voz de Juan Bautista, como recuerda el Evangelio de hoy (cf *Juan* 1, 23). Pero precisamente las palabras del Bautista revelan que nuestra alegría se sostiene sobre una certeza, que este desierto está habitado: «en medio

de vosotros —dice— está uno a quien no conocéis» (v 26). Se trata de Jesús, el enviado del Padre que viene, como subraya Isaías «a anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh» (61, 1-2). Estas palabras, que Jesús hará suyas en el discurso de la sinagoga de Nazaret (cf *Lucas* 4, 16-19) aclaran que su misión en el mundo consiste en la liberación del pecado y de las esclavitudes personales y sociales que ello produce. Él vino a la tierra para devolver a los hombres la dignidad y la libertad de los hijos de Dios que solo Él puede comunicar y a dar la alegría por esto. La alegría que caracteriza la espera del Mesías se basa en la oración perseverante: esta es la segunda actitud. San Pablo dice: «Orad constantemente» (*1 Tesalonicenses* 5, 17). Por medio de la oración podemos entrar en una relación estable con Dios, que es la fuente de la verdadera alegría. La alegría del cristiano no se compra, no se puede comprar; viene de la fe y del encuentro con Jesucristo, razón de nuestra felicidad. Y cuanto más enraizados estamos en Cristo, cuanto más cercanos estamos a Jesús, más encontramos la serenidad interior, incluso en medio de las contradicciones cotidianas. Por eso el cristiano, habiendo encontrado a Jesús, no puede ser un profeta de desventura, sino un testigo y un heraldo de alegría. Una alegría a compartir con los demás; una alegría contagiosa que hace menos fatigoso el camino de la vida. La tercera actitud indicada por Pablo es el continuo agradecimiento, es decir, un amor agradecido con Dios. Él, de hecho, es muy generoso con nosotros y nosotros estamos invitados a reconocer siempre sus beneficios, su amor misericordioso, su paciencia y bondad, viviendo así en un incesante agradecimiento.

Alegría, oración y gratitud son tres comportamientos que nos preparan para vivir la Navidad de un modo auténtico. Alegría, oración y gratitud. Digamos todos juntos: alegría, oración y gratitud [la gente en la plaza repite] ¡Otra vez! [repiten]. En esta última parte del tiempo de Adviento, nos confiamos a la materna intercesión de la Virgen María. Ella es «causa de nuestra alegría», no solo porque ha procreado a Jesús, sino porque nos refiere continuamente a Él.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

2008

La cercanía de Dios es una cuestión de amor

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, tercero del tiempo de Adviento, se llama domingo *"Gaudete"*, "estad alegres", porque la antífona de entrada de la santa misa retoma una expresión de san Pablo en la *carta a los Filipenses*, que dice así: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres". E inmediatamente después añade el motivo: "El Señor está cerca"

(*Flp* 4, 4-5). Esta es la razón de nuestra alegría. Pero ¿qué significa que "el Señor está cerca"? ¿En qué sentido debemos entender esta "cercanía" de Dios?

El apóstol san Pablo, al escribir a los cristianos de Filipos, piensa evidentemente en la vuelta de Cristo, y los invita a alegrarse porque es segura. Sin embargo, el mismo san Pablo, en su *carta a los Tesalonicenses*, advierte que nadie puede conocer el momento de la venida del Señor (cf. *1 Ts*5, 1-2), y pone en guardia contra cualquier alarmismo, como si la vuelta de Cristo fuera inminente (cf. *2 Ts* 2, 1-2). Así, ya entonces, la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, comprendía cada vez mejor que la "cercanía" de Dios no es una cuestión de espacio y de tiempo, sino más bien una cuestión de amor: el amor acerca. La próxima Navidad nos recordará esta verdad fundamental de nuestra fe y, ante el belén, podremos gustar la alegría cristiana, contemplando en Jesús recién nacido el rostro de Dios que por amor se acercó a nosotros.

A esta luz, para mí es un verdadero placer renovar la hermosa tradición de la bendición de las estatuillas del Niño Jesús que se pondrán en el belén. Me dirijo en particular a vosotros, queridos muchachos y muchachas de Roma, que habéis venido esta mañana con vuestras estatuillas del Niño Jesús, que ahora bendigo. Os invito a uniros a mí siguiendo atentamente esta oración:

Dios, Padre nuestro,
tú has amado tanto a los hombres
que nos has mandado a tu Hijo único Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y guiarnos de nuevo a ti.

Te pedimos que, con tu bendición,
estas imágenes de Jesús,
que está a punto de venir a nosotros,
sean en nuestros hogares
signo de tu presencia y de tu amor.

Padre bueno,
bendícenos también a nosotros,
a nuestros padres,
a nuestras familias y a nuestros amigos.

Abre nuestro corazón,
para que recibamos a Jesús con alegría,
para que hagamos siempre lo que él nos pide
y lo veamos en todos
los que necesitan nuestro amor.

Te lo pedimos en nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que viene para dar al mundo la paz.

Él vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

Y ahora recemos juntos la oración del *Angelus Domini*, invocando la intercesión de María para que Jesús, que al nacer trae a los hombres la bendición de Dios, sea acogido con amor en todos los hogares de Roma y del mundo.

***

2011

La alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Los textos litúrgicos de este período de Adviento nos renuevan la invitación a vivir a la espera de Jesús, a no dejar de esperar su venida, de tal modo que nos mantengamos en una actitud de apertura y disponibilidad al encuentro con él. La vigilancia del corazón, que el cristiano está llamado a practicar siempre en la vida de todos los días, caracteriza de modo particular este tiempo en el que nos preparamos con alegría al misterio de la Navidad (cf. *Prefacio de Adviento* II). El ambiente exterior propone los acostumbrados mensajes de tipo comercial, aunque quizá en tono menor a causa de la crisis económica. El cristiano está invitado a vivir el Adviento sin dejarse distraer por las luces, sino sabiendo dar el justo valor a las cosas, para fijar la mirada interior en Cristo. De hecho, si perseveramos «velando en oración y cantando su alabanza» (*ib*.), nuestros ojos serán capaces de reconocer en él la verdadera luz del mundo, que viene a iluminar nuestras tinieblas.

En concreto, la liturgia de este domingo, llamado *Gaudete*, nos invita a la alegría, a una vigilancia no triste, sino gozosa. «*Gaudete in Domino semper*» —escribe san Pablo—. «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp* 4, 4). La verdadera alegría no es fruto del divertirse, entendido en el sentido etimológico de la palabra *di-vertere,* es decir, desentenderse de los compromisos de la vida y de sus responsabilidades. La verdadera alegría está vinculada a algo más profundo. Ciertamente, en los ritmos diarios, a menudo frenéticos, es importante encontrar tiempo para el descanso, para la distensión, pero la alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios. Quien ha encontrado a Cristo en su propia vida, experimenta en el corazón una serenidad y una alegría que nadie ni ninguna situación le pueden quitar. San Agustín lo había entendido muy bien; en su búsqueda de la verdad, de la paz, de la alegría, tras haber buscado en vano en múltiples cosas, concluye con la célebre frase de que el corazón del hombre está inquieto, no encuentra serenidad y paz hasta que descansa en Dios (cf. *Confesiones,* I, 1, 1). La verdadera alegría no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús, de hacerle espacio en nosotros, de acoger al Espíritu Santo que guía nuestra vida. Es la invitación que hace el apóstol san Pablo, que dice: «Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro

espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (*1 Ts* 5, 23). En este tiempo de Adviento reforcemos la certeza de que el Señor ha venido en medio de nosotros y continuamente renueva su presencia de consolación, de amor y de alegría. Confiemos en él; como afirma también san Agustín, a la luz de su experiencia: el Señor está más cerca de nosotros que nosotros mismos: «*interior intimo meo et superior summo meo*» (*Confesiones,* III, 6, 11). Encomendemos nuestro camino a la Virgen Inmaculada, cuyo espíritu se llenó de alegría en Dios Salvador. Que ella guíe nuestro corazón en la espera gozosa de la venida de Jesús, una espera llena de oración y de buenas obras.

Queridos hermanos y hermanas, hoy mi primer saludo está reservado a los niños de Roma, que han venido para la tradicional bendición de los «Bambinelli», organizada por el Centro de oratorios romanos. Os doy las gracias a todos. Queridos niños, cuando recéis ante vuestro belén, acordaos también de mí, como yo me acuerdo de vosotros. Os doy las gracias y os deseo una feliz Navidad.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El gozo

30. "Se alegre el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, conf. 1,1,1).

La fe, comienzo de la vida eterna

163. La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

Dios mantiene y conduce la creación

301. Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24 26).

736. Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

1829. La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

1832. Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gál 5,22-23, vulg.).

2015. El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

2362. “Los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos, y, realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación, con la que se enriquecen mutuamente con alegría y gratitud” (GS 49,2). La sexualidad es fuente de alegría y de placer:

El Creador... estableció que en esta función (de generación) los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo procurando este placer y gozando de él. Aceptan lo que el Creador les ha destinado. Sin embargo, los esposos deben saber mantenerse en los límites de una justa moderación (Pío XII, discurso 29 octubre 1951).

Las características del Mesías esperado

713. Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra “condición de esclavos” (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714. Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

El amor de Dios por Israel

218. A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (cf. Dt 4,37; 7,8; 10,15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo (cf. Is 43,1-7) y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (cf. Os 2).

219. El amor de Dios a Israel es comparado al amor de un padre a su hijo (Os 11,1). Este amor es más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (cf. Is 49,14-15). Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62,4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (cf. Ez 16; Os 11); llegará hasta el don más precioso: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3,16).

La Iglesia, esposa de Cristo

772. En la Iglesia es donde Cristo realiza y revela su propio misterio como la finalidad de designio de Dios: “recapitular todo en El” (Ef 1, 10). San Pablo llama “gran misterio” (Ef

5, 32) al desposorio de Cristo y de la Iglesia. Porque la Iglesia se une a Cristo como a su esposo (cf. Ef 5, 25-27), por eso se convierte a su vez en Misterio (cf. Ef 3, 9-11). Contemplando en ella el Misterio, San Pablo escribe: el misterio "es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria" (Col 1, 27)

796. La unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del Esposo y de la Esposa. El tema de Cristo esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista (cf. Jn 3, 29). El Señor se designó a sí mismo como "el Esposo" (Mc 2, 19; cf. Mt 22, 1-14; 25, 1-13). El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de su Cuerpo, como una Esposa "desposada" con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo Espíritu" (cf. 1 Co 6,15-17; 2 Co 11,2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cf. Ap 22,17; Ef 1,4; 5,27), a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla" (Ef 5,26), la que él se asoció mediante una Alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio Cuerpo (cf. Ef 5,29):

He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, un solo formado de muchos ... Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza ["ex persona capitis"] o en el de cuerpo ["ex persona corporis"]. Según lo que está escrito: "Y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia." (Ef 5,31-32) Y el Señor mismo en el evangelio dice: "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (Mt 19,6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal ... Como cabeza él se llama "esposo" y como cuerpo "esposa" (San Agustín, psalm. 74, 4:PL 36, 948-949).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

Alegraos, siempre en el Señor

El Evangelio del tercer Domingo de Adviento tiene al centro en todos los tres ciclos a la figura de Juan el Bautista, a quien Jesús define como «más que un profeta» (Mateo 11,9). Nosotros le hemos dedicado a Juan el Bautista y a su mensaje la reflexión del Domingo pasado. El Evangelio de hoy reproduce el mismo «testimonio» del Precursor («Voz que clama en el desierto...») con la sola diferencia de que esta vez es Juan, más que Marcos, a referirlo.

Esto nos permite valorar otro tema presente en las lecturas y que precisamente da nombre a este Domingo. El tercer Domingo de Adviento se llama Domingo «de la alegría» y sella el paso de la primera parte del Adviento, prevalentemente austera y penitencial, a la segunda parte dominada por la misma espera de la salvación cercana. El título le viene de las palabras «alegraos» (gaudete), que se escuchan al inicio de la Misa:

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca» (Filipenses 4, 4-5).

Pero, el tema de la alegría penetra también al resto de la liturgia de la palabra. En la primera lectura escuchamos el grito del profeta:

«Yo me alegro plenamente en el Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador».

El Salmo responsorial es el *Magnificat* de María, intercalado por el estribillo: «Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador». En fin, la segunda lectura comienza con las palabras de Pablo: «Hermanos, estad siempre alegres».

Lo de ser felices es quizás el deseo humano más universal. Todos quieren ser felices. El poeta alemán Schiller ha cantado este anhelo universal de la alegría en una oda o poesía, que, después, Beethoven ha inmortalizado, creando el famoso himno a la alegría con el que concluye la Novena Sinfonía. Quizás muchos conocen esta música, pero no han podido conocer las palabras más que en el alemán original. Traduzco algunas frases:

«Alegría, centella divina / hija del Elíseo... / Todos los hombres se sienten hermanos, / cuando son deshojados de tu gentil ala... / Cada criatura sorbe la alegría / de los senos de la naturaleza. / Buenos y malos, todos persiguen su perfume. / También el gusano tiene su placer, / y los querubines tienen Dios».

Igualmente, el Evangelio es, a su modo, un largo himno a la alegría. El mismo nombre «Evangelio» significa, como sabemos, alegre noticia, anuncio de alegría. Pero, la alocución de la Biblia sobre la alegría es un discurso real, no ideal y veleidoso. Jesús, a este propósito, trae la comparación de la mujer al parir. Dice:

«Vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (Juan 16,20-22).

Con la comparación de la mujer al parir, Jesús nos ha dicho muchas cosas. La gravidez no es en general un período fácil para la mujer. Es más bien un tiempo de fastidios, de limitaciones de todo género: no se puede hacer, ni comer, ni vestir todo lo que se quiere, ni ir allá donde se quiera. Y precisamente cuando se trata de un embarazo a la vez querido y vivido en un clima sereno, no es un tiempo de tristeza, sino de alegría. El porqué es sencillo: se mira hacia adelante, se pregunta el momento en el que se podrá tener en brazos a la propia criatura. He escuchado decir a distintas madres que ninguna otra experiencia humana puede ser comparada a la felicidad que se siente al llegar a ser madre.

Todo esto nos dice una cosa bien determinada: las verdaderas y duraderas alegrías maduran siempre con el sacrificio. ¡No hay rosa sin espinas! En el mundo, placer y dolor (lo hemos observado ya otra vez) se siguen uno al otro con la misma regularidad con la

que al elevarse una ola que empuja al nadador hacia la playa, le sigue un hundimiento y un vacío que lo aspira hacia atrás. El hombre busca desesperadamente separar a estos dos «hermanos siameses», aislar el placer del dolor. Pero, no lo consigue porque es el mismo desordenado placer el que se transforma en amargura. O de improviso y trágicamente, como nos narran las crónicas cotidianas, o un poco a la vez, a causa de su incapacidad de durar y del aburrimiento que engendra. Basta pensar, para dar ejemplos más evidentes, qué queda de la excitación de la droga un minuto después que ha cesado su efecto, o dónde lleva, también desde el punto de vista de la salud, el abuso desenfrenado del sexo. Pero, esto no lo decimos sólo nosotros los sacerdotes; es una constatación presente en tantas obras literarias. El poeta pagano Lucrecio tiene dos versos poderosos a este respecto: «Un no sé qué de amargo surge desde lo íntimo mismo de todo placer nuestro y nos angustia también en medio de nuestras complacencias» (*De rerum natura* IV, 1129 s.)

Por lo tanto, no pudiendo separar placer y dolor, se trata de escoger: o un placer pasajero que conduce a un dolor duradero, o un dolor pasajero que lleva a un placer duradero. Esto no vale sólo para el placer espiritual, sino para toda alegría humana honesta: la de un nacimiento, de una familia unida, de una fiesta, del trabajo llevado felizmente a término, la alegría de un amor bendito, de la amistad, de una buena cosecha para la agricultura, de la creación artística para el artista, de una victoria deportiva para el atleta.

Todas estas alegrías también ellas exigen sacrificio, renuncias, fidelidad al deber, constancia, esfuerzo; pero, el resultado es bien distinto del placer fácil y finalidad de sí mismo. Entre otras cosas, en el primer caso, la felicidad de uno es también la felicidad de los demás, es una alegría compartida; en el segundo, casi siempre la felicidad de uno es pagada por la infelicidad de otro, o hasta de otros. La alegría es como el agua: puede ser o limpia o turbia.

Alguno podría objetar: pero, ¿entonces para el creyente la alegría en esta vida será siempre y sólo objeto de espera, sólo una alegría «del más allá que ha de venir»? No, hay una alegría secreta y profunda, que consiste precisamente en la espera. Es más, en el mundo es quizás esta la forma más pura de la alegría; la alegría que se tiene en el esperar. Leopardi lo ha dicho maravillosamente en la poesía *Il sabato del villaggio*. La alegría más intensa no es la del domingo, sino la del sábado; no la de la fiesta, sino la de su espera. La diferencia está en que la fiesta que espera el creyente no durará sólo algunas horas, para ceder después de nuevo el puesto a la «tristeza y aburrimiento»; pero no durará para siempre.

He recordado con admiración algunos versos del himno a la alegría de Beethoven. Hay sin embargo en aquel himno un concepto que nos hace reflexionar. Dice: «Quien ha conseguido establecer una amistad duradera; quien ha tenido la suerte de tener una mujer fiel, que se una a nuestro coro. Pero, quien no tiene nada de todo esto, que se retire llorando de nuestro entorno». Palabras, pensándolo bien, terribles. La alegría, que se celebra aquí, no es para todos, sino sólo para algunos privilegiados. La alegría evangélica

es para todos, sobre todo, dirá María en el *Magnificat*, para los «humildes y hambrientos». Precisamente en la aclamación al Evangelio de este Domingo Jesús define su mensaje como «para dar la Buena Noticia a los pobres» (Isaías 61,1).

Una de las mentiras con las que el maligno seduce a muchas personas es hacerles creer que Dios sea enemigo del placer, mientras que por el contrario el placer es un invento de Dios. En las *Cartas del Diablo a su sobrino* de C. S. Lewis, oímos a un diablo vetusto que desde el infierno instruye así al sobrino aprendiz de tentador, encargado de seducir a un valiente joven en la tierra: «No olvidéis nunca que cuando estamos tratando con el placer, con cualquier placer, en su forma sana y normal y satisfactorio, estamos, en un cierto sentido, en el terreno del Enemigo [el Enemigo aquí naturalmente es Dios]. Los placeres los ha inventado Él. Todo cuanto se nos permite hacer es animar a los humanos a servirse de los placeres que ha producido el Enemigo, o en los modos, o en la medida que él ha prohibido».

Quisiera, sin embargo, sacar también una pequeña conclusión práctica de esta reflexión sobre la alegría. No revirtamos sobre los demás siempre y sólo nuestras tristezas, nuestros achaques y preocupaciones. Hay gente que cree cometer pecado o echarse encima quizás algún castigo divino por decir con sencillez: ¡soy feliz! Por el contrario, por otra parte, cuánto bien hace en casa, al marido, a la mujer, a los hijos, a los ancianos, escuchar decir: ¡Estoy contento, estoy precisamente contento!

Dirijo esta llamada sobre todo a las mujeres. En un tiempo se decía que ellas son «el sol de la casa». He aquí el mejor modo para concluir esta bella misión. Sobre todo, los niños tienen necesidad de respirar aire de alegría en casa. Como las flores brotan con el calor, así los niños con la alegría. Es el mejor regalo que podéis hacerles en la Navidad, sin el cual todos los regalos no son más que sustitutos inútiles, si no hasta dañosos.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

Alegrarnos con María

Alégrense todos los hijos de Dios, porque siendo esclavos, Él nos ha hecho hijos y herederos del Reino de los cielos.

Alégrense, porque el Hijo de Dios, que ha bajado del cielo para engendrarse en el vientre de la Virgen María, ha nacido en medio del mundo para revelarse, para darse a conocer, para que, quien lo conozca a Él, conozca al Padre que está en el cielo.

Alégrense, porque el Cordero de Dios, ha dado la vida por todos los hombres para salvarlos, ha resucitado y ha subido al cielo, y volverá de nuevo con todo su poder para llevar a ocupar la morada, que Él mismo ha preparado en su Paraíso, a todo el que crea en Él.

Alégrense cielos y tierra, porque nos gobierna el Rey, Hijo de Dios Todopoderoso, justo y misericordioso, que nos ha conferido la dignidad de hijos, a través del bautismo de fuego con el que Él nos ha bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Reconócete tú pecador, indigno heredero de los tesoros del cielo, que Nuestro Señor Jesucristo para ti ha merecido con su sacrificio en la Cruz, y alégrate acudiendo a la Santísima Virgen María, que es causa de tu alegría, porque siempre te lleva a Jesús.

Si estás perdido en medio de la oscuridad, navegando sin saber a dónde vas, ella es como el faro que alumbra en medio de la noche y, a pesar de los fuertes vientos y de la tempestad, te conduce hacia puerto seguro.

Pide su intercesión para que seas testigo de la misericordia de Cristo, y no impidas la acción del Espíritu Santo sobre ti.

Déjate iluminar con su luz para que otros, a través de ti, conozcan a Jesús, y lo reciban a través de su Palabra y de la Eucaristía, en Cuerpo, en Sangre, en presencia viva, para que sean con Él uno, y lleven con alegría el mensaje del Señor a todo el mundo: "Rectifiquen sus caminos, conviertan sus corazones".

Y alégrate de participar de la gloria anticipada de Dios en cada misa, en cada Eucaristía.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

La espera santa del Adviento

Venimos preparándonos desde hace ya dos semanas a otra nueva conmemoración del nacimiento de nuestro Dios. No queremos que sean éstas unas fiestas tan sólo vacacionales. Queremos que sean unas fiestas, sí, pero fiestas cristianas. Deseamos festejar, por todo lo alto, que Nuestro Señor y Creador del mundo ha nacido para nuestra Salvación. ¡Que no nos acostumbremos a esta espera ni nos cansemos de ella! ¿Estoy notado en estos días una clara inquietud especial en mi espíritu? Claro que no se trata de perder la paz, sin embargo, es muy conveniente que haya manifestaciones interiores –por la oración– y hasta exteriores en nuestra vida, porque estamos en el Adviento: aguardamos otro renacimiento de Dios en cada uno.

El fundador del Opus Dei contemplada ilusionado este tiempo litúrgico, con su especial exigencia: *Ha llegado el Adviento. ¡Qué buen tiempo para remozar el deseo, la añoranza, las ansias sinceras por la venida de Cristo!, ¡por su venida cotidiana a tu alma en la Eucaristía!* —Ecce veniet! —*¡que está al llegar!, nos anima la Iglesia*. Un buen modo, en efecto, de vivir el Adviento es cuidar mejor la Comunión eucarística.

No es posible esperar como es debido a Dios de cualquier modo. Como en su primera venida, al comienzo de nuestra era, se oyen voces**. «Haced recto el camino del Señor»**, escuchaban las gentes de la boca del Bautista. Sin duda, es lo primero: una personal disposición, por genérica que sea, de querer agradar a Dios con la vida que llevamos. ¿Quién no lo desea?, podríamos pensar. Quien más quien menos quiere estar a bien con Dios. Claro…, que no es suficiente. No basta una disposición tan genérica, tampoco concreta y, por ello, y tan ineficaz. Algo así difícilmente puede impulsar a **rectificar el camino**, es decir, a cambiar actitudes y conductas que, con el Evangelio en la mano, desdicen de un hijo de Dios.

Para esa mejora, que en alguna medida todos debemos procurar, hemos de prestar atención al Santo Padre. Es y será siempre el Bautista para los cristianos: **la voz del que clama en el desierto**. La voz que hemos de atender, atentamente, dedicando un tiempo a esa escucha, a esa lectura de lo que cada semana, y en otros momentos por cualquier circunstancia, declara para los hijos de la Iglesia. No pocas veces sentimos la duda, por la impresión –fundada– de que no hacemos bastante: ¿cómo concretar mejor mi vida cristiana? El Papa nos aconseja de continuo pautas precisas para las circunstancias de cada tiempo. No es difícil, a partir de esas ideas, personalizar. Habremos de dedicar luego un tiempo, por poco que sea, a la reflexión, a la medicación, al examen de nuestra conciencia en la presencia del Señor, que siempre nos ve y nos oye.

El propósito, bien puntualizado, es la manifestación más evidente –en este caso– de efectiva preparación a la venida de Dios en nuestra vida. Notaremos que nos cuesta, pero no debe ser eso una razón que nos retraiga. Quien nos amó primero y quiso vivir como hombre entre los hombres, nunca nos abandona en el momento difícil, que intuimos por nuestra debilidad. Al contrario, después de la decisión por agradarle más, Él mismo nos inunda con su Gracia. Contemplamos, entonces, la espera, el esfuerzo por llamar a cabo nuestros propósitos, y todo lo costoso que conlleva la coherencia con la fe, como una gozosa y fascinante aventura. Los éxitos y los fracasos, el dolor y el gozo, los adelantos y lo que parece marcha atrás en el camino por la santidad, se suceden, y se suceden también los frutos de amor a Dios y apostolado. Al final, casi sólo se recuerdan los frutos, y una inmensa gratitud brota el corazón, con renovados propósitos de fidelidad.

La piedad sencilla de San Josemaría se manifiesta espontánea en la medicación de lo que estas fechas suponen para el cristiano: *Navidad. Me escribes: "al hilo de la espera santa de María y de José, yo también espero, con impaciencia, al Niño. ¡Qué contento me pondré en Belén!: presiento que romperé en una alegría sin límite. ¡Ah!: y, con El, quiero también nacer de nuevo…"*

— ¡Ojalá sea verdad este querer tuyo!

Especialmente gozosa se hace la espera, sabiéndonos acompañados de Santa María. A Ella encomendamos la Navidad de todo el pueblo fiel, y la de cuantos aún no conocen la alegría de los hijos de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

La salvación cristiana

La liturgia nos ofrece hoy la ocasión de completar el conocimiento de "aquél que debe venir", iniciado el domingo pasado. A los títulos de Cristo y de Hijo de Dios con los que el evangelista Marcos nos hablaba el domingo pasado del ser o de la persona de Jesús, se añade hoy el título de "Salvador" que nos habla de su obrar, es decir, de la salvación. El nombre completo de Jesús es entonces: Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador. Así se complacían en llamarlo las primeras generaciones cristianas. Nos quedó un recuerdo de aquel uso: el símbolo del pez que vemos tan a menudo representado en las catacumbas, en el arte antiguo cristiano. En griego pez suena *ichthys*, cuyas letras constituyen precisamente las iniciales de las palabras: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. Era una manera de profesarse y reconocerse como discípulos de Jesús, con un simple signo, sin poner en peligro la vida de unos y otros.

Todos los domingos de Adviento están caracterizados por la insistencia en el tema de la salvación; pero el de hoy lo está de una manera especial. Desde las varias lecturas se levanta como un himno a la salvación. En la primera lectura, el profeta Isaías canta: *Yo desbordo de alegría en el Señor, porque él me vistió con las vestiduras de la salvación y me envolvió con el manto de la justicia*. En el salmo responsorial oímos estas palabras cuyo eco se oye también en el Magníficat de María: *Mi espíritu exulta en Dios mi salvador*.

Se sabe que Isaías y María hablan aquí en nombre de Sión y de la Iglesia. Es la humanidad redimida o en espera de salvación que canta este himno a la salvación que viene de Dios. También el "gozoso anuncio" que hay que llevar a los pobres del cual se oye hablar en las lecturas de hoy es el anuncio de la salvación, el Reino. De Juan el Bautista, el pasaje evangélico dice que vino "como testigo de la luz", es decir, como el anunciador de salvación: *Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación* (Lc. 1,76).

Si también nosotros, como Juan el Bautista, queremos ser testigos de la salvación, debemos primero desearla como la desearon los profetas, conocerla y gustar todas sus riquezas. Y debemos, sobre todo, aprender a conocer la fuente de donde ella brota: Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador.

Hay dos maneras posibles de hablar sobre la salvación: una a partir de Dios, es decir, de la propuesta de salvación que desciende de lo alto; la otra, a partir del hombre, es decir, de la espera de salvación que sube desde abajo. Nosotros los cristianos debemos partir siempre de la primera: la salvación: para nosotros es un don gratuito de Dios que precede y excede toda expectativa del hombre. Es algo que *el ojo no vio, ni el oído oyó, ni en el*

corazón del hombre jamás entró (1 Cor. 2,9). Para conocer la salvación debemos partir del Salvador, es decir, de Jesús.

Poco antes de la aparición de Jesús, el pueblo de Israel aparece a la mirada del historiador con un inmenso potencial de espera. Todos esperaban que Dios diera finalmente cumplimiento a las promesas de liberación, de paz, de libertad, de prosperidad y de gozo, hechas por medio de los profetas desde antiguo.

La historia de Jesús de Nazaret se inserta en esta espera de salvación. Él es su cumplimiento: *El tiempo (de espera) se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el evangelio* (Mc. 1,16). El mismo nombre de Jesús es anuncio de salvación: *Lo llamarás Jesús: de hecho, él salvará a su pueblo* (Mt. 1,21).

Cuando la primitiva comunidad más tarde meditaba sobre la vida terrena de Jesús, la vio toda ella como obra de salvación. Valor salvífico adquieren las sanaciones corporales que él obró (16 veces recurre en estos contextos al verbo *sozo*) signo de que la salvación que se realiza en él abarca a todo hombre, cuerpo y alma. Valor salvífico reviste la predicación de Jesús: ella lleva verdaderamente a aquel perfecto conocimiento de la voluntad de Dios esperado como uno de los más apreciados dones mesiánicos (Él nos enseñará sus caminos). Sin embargo, es sobre todo en el misterio pascual de la muerte-resurrección donde se realiza el significado salvífico de Jesús. En él, el Nuevo Testamento percibe el nuevo éxodo, la nueva alianza, la redención, la remisión de los pecados. Todo aquello que el Antiguo Testamento había esperado y simbolizado con el rito de la Pascua y con la figura del Siervo de Jahvé.

Pero la Iglesia apostólica no habla de la salvación en abstracto. En la base de todo lo que ella dice existe una experiencia concreta, carismática de la salvación "en Cristo": En ningún otro (fuera de él) está la salvación, exclama el apóstol san Pedro (Hechos 4,12); y Pablo añade: Nosotros estamos ahora en paz con Dios. Tenemos acceso a la gracia; nos gloriamos de la esperanza. Hemos obtenido la reconciliación; gustamos las primicias del Espíritu (cfr. Rom. 5,1-11; 8,23). Todo esto, gracias a Jesucristo que ahora es llamado habitualmente "Nuestro Salvador" (2 Tim. 1,10; 2 Pe. 1,1) o "Salvador del mundo" (1 Jn. 4,14).

Este es el don de salvación hecho por Dios al hombre en Jesucristo. Ahora podemos mirar las esperanzas de salvación que salen del corazón del hombre. Nos preguntamos: ¿esta propuesta tiene todavía algo que decir al hombre de hoy? ¿Responde realmente a sus expectativas?

La idea que tiene el hombre hoy de la salvación está fuertemente influenciada por dos propuestas de salvación: la liberación de la necesidad (o de la opresión económica) del marxismo y la liberación del deseo (o del inconsciente) del psicoanálisis de Freud. Liberación se convirtió en poco tiempo en palabra mágica. Se habla de liberación de los condicionamientos socio-económicos, de la opresión de regímenes políticos totalitarios, de liberación de la mujer, de liberación sexual, etc. Liberación parece interpretar en modo

más concreto y dinámico que la salvación el anhelo del hombre. Muchos cristianos han intentado, por esto, reinterpretar en esta clave el mensaje bíblico. No sin fundamento, por otro lado, porque la salvación obrada por Jesús, además de una liberación espiritual del pecado, de la ley y de la muerte (cfr. Rom. 5,20; 6,18; 7,6) exige y comprende también la liberación material del hambre, de la injusticia, de la enfermedad.

Sin embargo, la Iglesia no puede contentarse con la palabra liberación para expresar toda la esperanza de salvación de la cual es portadora. Debemos buscar una palabra nueva, igualmente abarcador a que la palabra salvación, pero menos gastada por el uso; tan dinámica como liberación pero menos sectorial y ambigua que ella.

Esta palabra existe, está en la Biblia. Más aún, está entre las más frecuentes en la Biblia. De todos modos es la que el evangelista Juan pone constantemente allí donde todos los autores ponen la palabra salvación. Es la palabra "vida". Vida se comporta frente a la salvación como lo concreto frente a lo abstracto y lo verdadero frente a la verdad. Todo lo que Dios quiere para el hombre se resume en la palabra vida: Yo soy el Viviente, dice el Señor; no quiero la muerte sino la vida (cfr. Ez. 33,11). "La gloria de Dios —escribió san Ireneo— es el hombre viviente". Pero también colocándose en el punto de vista del hombre, ¿hay alguna cosa que le pueda hablar más elocuentemente al hombre que la vida? ¿Qué cosa quiere el hombre sino vivir? ¿De qué cosa quiere ser liberado sino de lo que mortifica la vida, es decir, de la necesidad, del dolor, del pecado y de la muerte? Y bien, Jesús se presentó como aquél que quiere y puede dar la vida al hombre: *He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn. 10,10). Su carne, su ser, es todo para la "vida del mundo", es decir, *para que el mundo tenga vida* (Jn. 6,52).

Se trata de una vida que tiene su realización suprema en la esfera del Espíritu, pero que se funda, sin solución de continuidad, en la vida biológica, psíquica y social del hombre. Cristo multiplica el pan para la vida del cuerpo, después da su cuerpo para la vida del alma. Es una vida eterna que responde por tanto al insuprimible deseo del hombre a quien, como dice san Agustín, no le basta "vivir bien", porque quiere "vivir siempre". Esta es la promesa que nos hizo él: *la vida eterna* (1 Jn. 2,25).

Debemos redescubrir la fuerza de este anuncio de vida para volver a proponérselo al hombre de hoy que tiene sed de él. Nuestra sociedad actual está amenazada de los fermentos de muerte, a partir del ambiente amenazado por la muerte biológica, hasta la voluntad de morir que se expresa en la droga y en la voluntad de hacer morir que se expresa en el aborto y la violencia. La eficacia y la relevancia de la salvación anunciada por los cristianos se mide hoy en este terreno, es decir, por la capacidad de contrastar esta

lógica de muerte, en nombre de Jesucristo. Hijo de Dios y Salvador que hizo al mundo el don de su propia vida.

La Iglesia tiene razón de alegrarse en este tiempo de Adviento por "haber sido revestida con la vestimenta de la salvación, en vuelta con el manto de la justicia". Sin embargo, esto no basta; ella debe hacer germinar la salvación también delante de todos los pueblos como un jardín hace brotar la semilla. Debe ser fermento de vida entre los hombres. Es nuestra tarea de cristianos. El Adviento nos lo recuerda, la Eucaristía nos renueva en su certeza para que sepamos proclamarla a los hermanos que están tristes porque están sentados en la sombra de la muerte.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de Nuestra Señora de Valme (15-XII-1996)

– El Señor está cerca

Gaudete in Domino semper. Iterum dico: Gaudete! (...) Dominus prope. "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres (...). El Señor está cerca" (Fil 4,4-5). De esas palabras de la carta de San Pablo a los Filipenses este domingo toma el nombre litúrgico *Gaudete*. Hoy, la liturgia nos invita a estar alegres porque se acerca la Navidad del Señor. En efecto, faltan sólo diez días.

El Apóstol, en su carta a los Tesalonicenses, exhorta así: "Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. En toda ocasión tened la acción de gracias. Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente, y que todo vuestro ser, alma y cuerpo sea custodiado sin reproche hasta la parusía de nuestro Señor Jesucristo" (1Tes 5,16-18.23).

Se trata, por tanto, de una típica exhortación de Adviento.

El Adviento es el tiempo litúrgico que nos prepara para la Navidad del Señor, pero es también el tiempo de la espera del retorno definitivo de Cristo para el juicio final, y San Pablo se refiere, en primer lugar, a esta segunda venida. El mismo hecho de que la conclusión del año litúrgico coincida con el inicio del Adviento sugiere que "el inicio del tiempo de la salvación" está relacionado, en cierto modo, con el "fin de los tiempos". Vale siempre esta exhortación propia del Adviento: "¡El Señor está cerca!".

– Alegría

En la liturgia de hoy prevalece la perspectiva de la venida de Cristo en la Navidad, ya cercana. El eco de la alegría por el nacimiento del Mesías resuena en el *Magnificat*,

cántico que brota de María durante la visita a la esposa de Zacarías, ya de edad avanzada. Isabel saluda a María con estas palabras: "y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc 1,43-45).

Isabel, de edad avanzada y sin la perspectiva de una posible maternidad, se dio cuenta de que la gracia extraordinaria que se le había concedido estaba estrechamente unida al plan divino de salvación. El hijo que debía nacer de ella había sido escogido por Dios como el Precursor llamado a preparar el camino para Cristo (cf. Lc 1,76). Y María responde con las palabras del *Magnificat*, citadas hoy en el Salmo responsorial: "Y dijo María: Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre" (Lc 1,46-49).

– Sólo hay salvación en Cristo

Juan Bautista es una de las figuras bíblicas significativas que encontramos en este tiempo fuerte del año litúrgico. En el cuarto Evangelio leemos: "Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz" (Jn 1,6-8). A la pregunta: "¿Quién eres?", Juan el Bautista responde: "No soy el Mesías, ni Elías ni ninguno de los profetas" (cf. Jn 1,19-20). Y, ante la insistencia de los enviados de Jerusalén, declara: "Yo soy la voz que grita en el desierto: Allanad el camino del Señor" (Jn 1,23).

Con esta cita de Isaías, Juan revela en cierto sentido, su propia identidad, precisando con claridad su papel peculiar en la historia de la salvación. Y cuando los representantes del Sanedrín le preguntan: "Juan les respondió: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia." (Jn 1,26-27).

El testimonio de Juan Bautista resuena en el estribillo del Adviento: "El Señor está cerca". Las diferentes perspectivas de la noche de Belén y del bautismo en el Jordán se encuentran en la misma verdad: es necesario espabilar y preparar el camino del Señor que viene.

"El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran" (Is 61,1-62).

Cristo se atribuirá a sí mismo estas palabras del Profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, en el momento de comenzar su misión pública. Hoy nos la repite a nosotros en

esta asamblea litúrgica, y las repite invitándonos a la alegría también con palabras de Isaías: “Desbordo de gozo en el Señor y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido con un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo” (Is 61,10).

Del anuncio gozoso del profeta se hace eco San Pablo en el pasaje de la carta a los Tesalonicenses, que acabamos de proclamar. Isaías afirma: “Desbordo de gozo con el Señor” (Is 61,10), y Pablo exhorta: “Estad siempre alegres. El Señor está cerca” (cf. Flp 4,4-5, 1Tes 5,16.23). El Señor Jesús está cerca de nosotros en cada momento de nuestra existencia. Está cerca si lo vemos en la perspectiva de la Navidad, pero también está cerca si lo contemplamos a la ribera del Jordán, cuando recibe oficialmente del Padre la investidura mesiánica por último, está cerca en la perspectiva de su retorno al final de los tiempos.

¡Cristo está cerca! Viene en virtud del Espíritu Santo para anunciar la buena nueva; viene para sanar y liberar, para proclamar un tiempo de gracia y de salvación para comenzar ya en la noche de Belén, la obra de la redención del mundo.

Por tanto, estemos siempre alegres y exultemos. El Señor está cerca, viene para salvarnos.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La figura del Bautista tiene un gran protagonismo en el Adviento como presentador de la figura de Cristo. En el Evangelio de la Misa de hoy nos pide que pongamos la mirada en Jesús. “En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia”. ¡Cómo se parece la predicación del Bautista a la tarea del cristiano de testimoniar a Jesucristo! Debemos dar a conocer a Jesús con nuestra actuación y nuestra conversación, pero al que no conocemos bien por desidia o poco interés.

El propio S. Juan Bautista no fue ajeno a esta conversión que proponía. Recordemos aquel episodio en que desde la prisión donde lo ha encerrado Herodes envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si es él el que había de venir o hay que esperar a otro. Las tinieblas de las largas noches de la prisión no fueron las más oscuras que el Bautista padeció. La oscuridad le envuelve en la incertidumbre sobre la misión de aquél a quien él había preparado el camino. Iba a llegar la claridad y el mundo no estaría rodeado ya de la niebla pegajosa del mal. Pero Jesús va de un lado para otro enseñando y haciendo el bien, aceptado por unos y rechazado por otros, y la vida seguía siendo el misterio de luces y sombras, de bien y de mal, que todos conocemos y que hace vacilar la fe.

Han pasado más de 2.000 años y muchos se hacen hoy también la misma pregunta: ¿Eres Tú la salvación del mundo, quien iba a traernos la paz que pusiera fin a tantos enfrentamientos? Jesús en su respuesta nos remite al profeta Isaías que había anunciado un Mesías que padece con el hombre y le enseña a entregarse, incluso hasta la muerte,

por la salvación del género humano. Un Mesías que no tendría un éxito puramente terreno, dando así cumplimiento a sus palabras: "Dichoso el que no se escandalice de Mí". Esto es, dichoso el que no se desconcierte ni se desanime ante la aparente debilidad con la que el cristiano ha de hacer frente a la formidable exhibición de fuerza del poder de las tinieblas.

¡Dichoso quien sabe orientarse en la oscuridad, lleno de fe y de esperanza! ¡Dichoso el que no exige certezas y resultados inmediatos a la hora de influir cristianamente en la sociedad en que vive: los hijos, los familiares y amigos, los compañeros de profesión, los vecinos, sino que descubre a Dios en la opacidad del mundo y de la propia vida! El cristiano hoy, como el Bautista entonces, será profundamente bienaventurado si realiza esta conversión que permite ver a Dios en medio de la noche terrena. Así se entiende el profundo significado de aquella sentencia del Precursor: "Conviene que Él crezca y que yo mengüe"; es decir, es preciso fiarse del Señor, aceptar sus modos de hacer y abandonar los nuestros, sustituir nuestra lógica por la suya.

"En medio de vosotros hay uno que no conocéis". Conoceremos a Dios en la medida en que nos liberemos de nosotros mismo. Aquí está lo medular del Adviento, la profunda conversión que nos reclama. Conoceremos a Dios, su modo de operar en el mundo, en la medida en que le hagamos un sitio en nuestra cabeza y en nuestro corazón; cuando le aceptemos como es. Quien no haga un hueco en su corazón para la llegada de Dios, permitiendo que Él crezca y disminuya nuestra mal entendida suficiencia, gastará sus días buscándole en vano. Supliquemos al Señor que esto no nos suceda.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"Existe desde siempre, está en medio de nosotros y no lo conocemos"

Is 61,1-2a.10-11: "Desbordo de gozo con el Señor"

Sal: Lc 1,46-48.49-50.53-54: "Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador"

1Ts 5,16-24: "Que vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado hasta la venida del Señor"

Jn 1,6-8.19-28: "En medio de vosotros hay uno que no conocéis"

La imagen de los desposorios, tan frecuentemente usada en el Antiguo Testamento, es usada una vez más, como reflejo de la Alianza de Dios con su Pueblo. El clima de alegría y de gozo desbordante que recoge el profeta encaja perfectamente en este domingo denominado "Gaudete".

Consciente de su papel de precursor, Juan "desvía" hábilmente la conversación para que quienes preguntan quién es él, se dirijan hacia la persona de Jesús. O tal vez se trate de una lección más sutil, buscando que sus interlocutores descubran que no pueden comprender la persona de Juan, sin referencia a Jesús. Esto sí es verdaderamente

“cristiano”, es decir, nadie que se llame cristiano puede encontrar su identidad al margen de Jesucristo.

Es conocida la famosa tesis de Pirandello: “Yo soy lo que realmente soy; yo soy lo que creo que soy; yo soy lo que los demás creen que soy; yo soy lo que creo que los demás creen que soy”. Aplicada esta frase a las circunstancias del hombre de hoy, descubrimos que tan importante es a veces lo que piensan de uno como lo que uno realmente es. ¿Será por eso por lo que el hombre de hoy cuida tanto la imagen? El riesgo está en que al final puede no saberse dónde está la verdad, si en la imagen o en el hombre que hay detrás.

— Cristo en el centro de toda catequesis:

“En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca” (427; cf. 426-429).

— El bautismo de Juan, distinto del de Cristo:

“En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la «semejanza» divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento” (720).

— El Bautismo, compromiso con la fe:

“Los bautizados «por su nuevo nacimiento como hijos de Dios están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia» (LG 11) y a participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios” (1270).

— El bautismo, asimilación a Cristo:

“Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección; debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús para subir con Él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y «vivir una vida nueva» (Rm 6,4)” (537).

— “Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con Él; descendamos con Él para ser ascendidos con Él, ascendamos con Él para ser glorificados con Él” (San Gregorio Nacianceno, Or 40,9)” (537).

— “Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, lleguemos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat 2)” (537).

Cuando el cristiano se da cuenta de que no es autor de la luz sino testigo y portador, empieza a preparar los caminos del Señor.

La alegría del Adviento.

– Adviento: tiempo de alegría y de esperanza. La alegría es estar cerca de Jesús; la tristeza, perderle.

I. La liturgia de la Misa de este domingo nos trae la recomendación repetida que hace San Pablo a los primeros cristianos de Filipos: *Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os lo repito, alegraos*. Y a continuación, el Apóstol da la razón fundamental de esta alegría profunda: *el Señor está cerca*.

Es también la alegría del Adviento y la de cada día: Jesús está muy cerca de nosotros. Está cada vez más cerca. Y San Pablo nos da también la clave para entender el origen de nuestras tristezas: nuestro alejamiento de Dios, por nuestros pecados o por la tibieza.

El Señor llega siempre a nosotros en la alegría y no en la aflicción. "Sus misterios son todos misterios de alegría; los misterios dolorosos los hemos provocado nosotros".

Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo, le dice el Ángel a María. Es la proximidad de Dios la causa de la alegría en la Virgen. Y el Bautista, no nacido aún, manifestará su gozo en el seno de Isabel ante la proximidad del Mesías. Y a los pastores les dirá el Ángel: *No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador*... La Alegría es tener a Jesús, la tristeza es perderle.

La gente seguía al Señor y los niños se le acercaban (los niños no se acercan a las personas tristes), y *todos se alegraban viendo las maravillas que hacía*.

Después de los días de oscuridad que siguieron a la Pasión, Jesús resucitado se aparecerá a sus discípulos en diversas ocasiones. Y el Evangelista irá señalando una y otra vez que los Apóstoles *se alegraron viendo al Señor*. Ellos no olvidarán jamás aquellos encuentros en los que sus almas experimentaron un gozo indescriptible.

Alegraos, nos dice hoy San Pablo. Y tenemos motivos suficientes. Es más, poseemos el único motivo: *El Señor está cerca*. Podemos aproximarnos a Él cuanto queramos. Dentro de pocos días habrá llegado la Navidad, nuestra fiesta, la de los cristianos, y la de la humanidad, que sin saberlo está buscando a Cristo. Llegará la Navidad y Dios nos espera alegres, como los pastores, como los Magos, como José y María.

Nosotros podremos estar alegres si el Señor está verdaderamente presente en nuestra vida, si no lo hemos perdido, si no se han empañado nuestros ojos por la tibieza o la falta de generosidad. Cuando para encontrar la felicidad se ensayan otros caminos fuera del que lleva a Dios, al final sólo se halla infelicidad y tristeza. La experiencia de todos los que, de una forma o de otra, volvieron la cara hacia otro lado (donde no estaba Dios), ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay alegría verdadera. No puede haberla.

Encontrar a Cristo, y volverlo a encontrar, supone una alegría profunda siempre nueva.

– La alegría del cristiano. Su fundamento.

II. *Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque vendrá nuestro Señor. En sus días florecerá la justicia y la paz.*

El cristiano debe ser un hombre esencialmente alegre. Sin embargo, la nuestra no es una alegría cualquiera, es la alegría de Cristo, que trae la justicia y la paz, y sólo Él puede darla y conservarla, porque el mundo no posee su secreto.

La alegría del mundo la proporciona lo que enajena...; nace precisamente cuando el hombre logra escapar de sí mismo, cuando mira hacia fuera, cuando logra desviar la mirada del mundo interior, que produce soledad porque es mirar al vacío. El cristiano lleva su gozo en sí mismo, porque encuentra a Dios en su alma en gracia. Esta es la fuente permanente de su alegría.

No nos es difícil imaginar a la Virgen, en estos días de Adviento, radiante de alegría con el Hijo de Dios en su seno.

La alegría del mundo es pobre y pasajera. La alegría del cristiano es profunda y capaz de subsistir en medio de las dificultades. Es compatible con el dolor, con la enfermedad, con los fracasos y las contradicciones. *Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar*, ha prometido el Señor. Nada ni nadie nos arrebatará esa paz gozosa, si no nos separamos de su fuente.

Tener la certeza de que Dios es nuestro Padre y quiere lo mejor para nosotros nos lleva a una confianza serena y alegre, también ante la dureza, en ocasiones, de lo inesperado. En esos momentos que un hombre sin fe consideraría como golpes fatales y sin sentido, el cristiano descubre al Señor y, con Él, un bien mucho más alto. *¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro, que nunca abandona! Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, enseguida, luz o, al menos, aceptación y paz.* "¿Qué te pasa?", nos pregunta. Y le miramos y ya no nos pasa nada. Junto a Él recuperamos la paz y la alegría.

Tendremos dificultades, como las han tenido todos los hombres; pero estas contrariedades grandes o pequeñas no nos quitan la alegría. La dificultad es algo ordinario con lo que debemos contar, y nuestra alegría no puede esperar épocas sin contrariedades, sin tentaciones y sin dolor. Es más, sin los obstáculos que encontramos en nuestra vida no habría posibilidad de crecer en las virtudes.

El fundamento de nuestra alegría debe ser firme. No se puede apoyar exclusivamente en cosas pasajeras: noticias agradables, salud, tranquilidad, desahogo económico para sacar la familia adelante, abundancia de medios materiales, etcétera, cosas todas buenas,

si no están desligadas de Dios, pero por sí mismas insuficientes para proporcionarnos la verdadera alegría.

El Señor nos pide estar alegres siempre. *Cada uno mire cómo edifica, que en cuanto al fundamento, nadie puede tener otro sino el que está puesto, Jesucristo*. Sólo Él es capaz de sostenerlo todo en nuestra vida. No hay tristeza que Él no pueda curar: *no temas, ten sólo fe*, nos dice. Él cuenta con todas las situaciones por las que ha de pasar nuestra vida, y también con aquellas que son resultado de nuestra insensatez y de nuestra falta de santidad. Para todos tiene remedio.

En muchas ocasiones, como en este rato de oración, será necesario que nos dirijamos a Él en un diálogo íntimo y profundo ante el Sagrario; y que abramos nuestra alma en la Confesión, en la dirección espiritual personal. Allí encontraremos la fuente de la alegría; y nuestro agradecimiento se manifestará en mayor fe, en una crecida esperanza, que aleje toda tristeza, y en preocupación por los demás.

Dentro de poco, de muy poco, el que viene llegará. Espera, porque ha de llegar sin retrasarse, y con Él llega la paz y la alegría; con Jesús encontramos el sentido a nuestra vida.

– Llevar alegría a los demás. Es imprescindible en toda labor de apostolado.

III. Un alma triste está a merced de muchas tentaciones. ¡Cuántos pecados se han cometido a la sombra de la tristeza! Cuando el alma está alegre se vierte hacia afuera y es estímulo para los demás; la tristeza oscurece el ambiente y hace daño. La tristeza nace del egoísmo, de pensar en uno mismo con olvido de los demás, de la indolencia ante el trabajo, de la falta de mortificación, de la búsqueda de compensaciones, del descuido en el trato con Dios.

El olvido de uno mismo, el no andar excesivamente preocupados en las propias cosas es condición imprescindible para poder conocer a Cristo, objeto de nuestra alegría, y para poder servirle. Quien anda excesivamente preocupado de sí mismo difícilmente encontrará el gozo de la apertura hacia Dios y hacia los demás.

Y para alcanzar a Dios y crecer en la virtud debemos estar alegres.

Por otra parte, con el cumplimiento alegre de nuestros deberes podemos hacer mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a Dios. Recomendaba San Pablo a los primeros cristianos: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*. Y frecuentemente, para hacer la vida más amable a los demás, basta con esas pequeñas alegrías que, aunque de poco relieve, muestran con claridad que los consideramos y apreciamos: una sonrisa, una palabra cordial, un pequeño elogio, evitar tragedias por cosas de poca importancia que debemos dejar pasar y olvidar. Así contribuimos a hacer más llevadera la vida a las personas que nos rodean. Esa es una de

las grandes misiones del cristiano: llevar alegría a un mundo que está triste porque se va alejando de Dios.

En muchas ocasiones el regato lleva a la fuente. Esas muestras de alegría conducirán a quienes nos tratan habitualmente a la fuente de toda alegría verdadera, a Cristo nuestro Señor.

Preparemos la Navidad junto a Santa María. Procuremos también prepararla en nuestro ambiente, fomentando un clima de paz cristiana, y brindemos muchas pequeñas alegrías y muestras de afecto a quienes nos rodean. Los hombres necesitan pruebas de que Cristo ha nacido en Belén, y pocas pruebas hay tan convincentes como la alegría habitual del cristiano, también cuando lleguen el dolor y las contradicciones. La Virgen las tuvo abundantes al llegar a Belén, cansada de tan largo viaje, y al no encontrar lugar digno donde naciera su Hijo; pero esos problemas no le hicieron perder la alegría de que Dios *se hizo hombre y habitó entre nosotros*.

Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

«En medio de vosotros está uno a quien no conocéis»

Hoy, en medio del Adviento, recibimos una invitación a la alegría y a la esperanza: «Estad siempre alegres y orad sin cesar. Dad gracias por todo» (1Tes 5,16-17). El Señor está cerca: «Hija mía, tu corazón es el cielo para Mí», le dice Jesús a santa Faustina Kowalska (y, ciertamente, el Señor lo querría repetir a cada uno de sus hijos). Es un buen momento para pensar en todo lo que Él ha hecho por nosotros y darle gracias.

La alegría es una característica esencial de la fe. Sentirse amado y salvado por Dios es un gran gozo; sabernos hermanos de Jesucristo que ha dado su vida por nosotros es el motivo principal de la alegría cristiana. Un cristiano abandonado a la tristeza tendrá una vida espiritual raquítica, no llegará a ver todo lo que Dios ha hecho por él y, por tanto, será incapaz de comunicarlo. La alegría cristiana brota de la acción de gracias, sobre todo por el amor que el Señor nos manifiesta; cada domingo lo hacemos comunitariamente al celebrar la Eucaristía.

El Evangelio nos ha presentado la figura de Juan Bautista, el precursor. Juan gozaba de gran popularidad entre el pueblo sencillo; pero, cuando le preguntan, él responde con humildad: «Yo no soy el Mesías...» (cf. Jn 1,21); «Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí» (Jn 1,26-27). Jesucristo es Aquél a quien esperan; Él es la Luz que ilumina el mundo. El Evangelio no es un mensaje extraño, ni una doctrina entre tantas otras, sino la Buena Nueva que llena de sentido toda vida humana, porque nos ha sido comunicada por Dios mismo que se ha hecho hombre. Todo cristiano está llamado a confesar a Jesucristo y a ser testimonio de su fe. Como

discípulos de Cristo, estamos llamados a aportar el don de la luz. Más allá de esas palabras, el mejor testimonio, es y será el ejemplo de una vida fiel.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO B

El mismo Cristo en cada sacerdote

«Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen» (Jn 1, 26)

Eso dijo Juan el Bautista refiriéndose a Jesús.

Y tú, sacerdote, ¿sí lo conoces?

Juan preguntó si era Él quien ha de venir o había que esperar a otro.

Imagina la respuesta de tu Señor:

El que quiera venir a mí, que me ame.

El que quiera amarme, que me conozca.

El que quiera conocerme, que escuche mi Palabra y que la ponga en práctica.

Es así como entenderán que "Yo soy".

"Yo soy" es Cristo, y eres tú, sacerdote.

"Yo soy" es el Camino, es la Verdad, y es la Vida.

"Yo soy" es la Palabra, el Verbo hecho carne, nacido de una mujer, para hacerse igual a los hombres, para salvar a los hombres.

"Yo soy" es la Palabra que se expresa en las obras de misericordia de Dios, que amó tanto al mundo que le dio a su único Hijo para que el que crea en Él tenga vida eterna.

"Yo soy" es Dios todopoderoso que tiene el poder para dar la vida o para quitarla.

"Yo soy" es el Dios que camina en medio del mundo, buscando a cada alma para que lo conozcan, para que lo amen, para que crean en Él, para salvarlos.

"Yo soy" es ese hombre y Dios que entrega su vida por su propia voluntad. Nadie se la quita, Él la da, porque nadie tiene un amor tan grande que el que da su vida por sus amigos.

"Yo soy" es el que salva, el redentor, el que libera, el dador de vida, por quien todo fue hecho.

"Yo soy" es el que ama hasta el extremo, quedándose en manos de los hombres para hacerse suyo, para hacerlos suyos.

“Yo soy” es el que es, el que era, el que vendrá, el que vino al mundo a conquistar el mundo con el amor derramado en la cruz, para hacer llegar ese amor a cada uno de los hombres en misericordia.

“Yo soy” es el que murió en la cruz, haciéndose pecado para destruir la muerte ocasionada por el pecado.

“Yo soy” es el que descendió a los infiernos para anunciar su victoria.

“Yo soy” es el que resucitó de entre los muertos, para con su vida destruir la muerte y dar vida a todo el que crea en su Palabra y entienda lo que quiere decir “yo soy”.

“Yo soy” es Jesús, sumo y eterno sacerdote, que se queda en el mundo en cada uno de los siervos que Él mismo eligió, para que cuando ellos digan “yo soy”, Él sea en cada uno que cumpla su Palabra. Y no los llama siervos, los llama amigos. Cuando cada uno de ellos dice sí, entonces dice “yo soy”.

“Yo soy” es el mismo Cristo en cada sacerdote.

“Yo soy” es el Buen Pastor que conduce a sus ovejas, que las reúne porque ha visto que están dispersas, como ovejas sin pastor, y es el mismo Cristo quien se hace presente para ser el Buen Pastor en ti, sacerdote.

“Yo soy” es la alegría y la esperanza de los que tienen fe y buscan, y se acercan, y creen en ti, sacerdote. Porque en ti ellos ven a Cristo, que dice: *“yo soy, y he venido al mundo a buscarte hasta encontrarte, para unirte a mí, porque te amo”.*

Y tú, sacerdote, ¿compartes la alegría de tu Señor, la buena nueva que transmite el Evangelio, predicando su Palabra, llevando esperanza, luz y paz?

¿Eres consciente de que tu Señor comparte su alegría contigo, haciéndote Cristo con Él, bienaventurado, cabeza de su rebaño?

¿Reconoces que, para reunir a todos, el Señor te ha dado su mayor alegría, su Madre, como madre de todos y de cada uno?

“Yo soy” es el que está a la puerta y llama, y está esperando que le abran el corazón de cada uno a los que viene a buscar, porque son suyos, le pertenecen. Y los reúne en un solo cuerpo y un mismo espíritu, para hacerlos uno a través de ti, sacerdote, esperando el día en que sea enviado de nuevo para unir a su rebaño en un solo rebaño con un solo pastor, y entonces diga: *yo he vencido al mundo, somos uno. Como el Padre y yo somos uno, ellos y yo somos uno, para ser unidos por el Espíritu Santo al Padre, una Santa Trinidad en la que yo soy*.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 15)

Domingo IV de Adviento (B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017, Homilía (20.XII.13) y Catequesis (13.XII.13)**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2005, 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Fray Josep Ma. MASSANA i MOLA OFM (Barcelona) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompañiademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**
Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**
Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

EL NACIMIENTO DE JESÚS

2 Sam 7, 1-5.8-12.14.16; Rom 16, 25-27; Lc 1, 26-38

Dentro de la tradición abundante que se suscitó en torno del rey David, surgieron numerosos salmos, crónicas de batallas, hazañas heroicas y un sinnúmero de relatos. Los escribas que recogieron estas tradiciones veían con enorme simpatía al hijo de Jesé, campesino común y corriente de Belén. David no provenía de la familia recién entronizada, ni tenía nexos con la poderosa tribu de Efraín. El oráculo del profeta Natán presenta a David, y al nuevo David, es decir a Jesús de Nazaret como el Hijo amado de Dios. Los primeros cristianos releyeron esta profecía con aire satisfecho. Jesús, mesías crucificado era el verdadero hijo fiel y obediente de Dios. El resto de los monarcas del antiguo Israel se había hecho sordo a las órdenes de Dios. La genuina filiación divina de Jesús se haría manifiesta en su existencia orientada totalmente al servicio de su Padre.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. 15 45, 8**

Cielos, destilen el rocío; nubes, lluevan la salvación; que la tierra se abra y germine el salvador.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que infundas tu gracia en nuestros corazones, para que, habiendo conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por medio de su pasión y de su cruz, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El reino de David permanecerá para siempre en presencia del Señor.

Del segundo libro de Samuel: 7, 1-5. 8-12.14.16

Tan pronto como el rey David se instaló en su palacio y el Señor le concedió descansar de todos los enemigos que lo rodeaban, el rey dijo al profeta Natán: "¿Te has dado cuenta de que yo vivo en una mansión de cedro, mientras el arca de Dios sigue alojada en una tienda de campaña?". Natán le respondió: "Anda y haz todo lo que te dicte el corazón, porque el Señor está contigo".

Aquella misma noche habló el Señor a Natán y le dijo: "Ve y dile a mi siervo David que el Señor le manda decir esto: '¿Piensas que vas a ser tú el que me construya una casa, para que yo habite en ella? Yo te saqué de los apriscos y de andar tras las ovejas, para que fueras el jefe de mi pueblo, Israel. Yo estaré contigo en todo lo que emprendas, acabaré con tus enemigos y te haré tan famoso como los hombres más famosos de la tierra.

Le asignaré un lugar a mi pueblo, Israel; lo plantaré allí para que habite en su propia tierra. Vivirá tranquilo y sus enemigos ya no lo oprimirán más, como lo han venido

haciendo desde los tiempos en que establecí jueces para gobernar a mi pueblo, Israel. Y a ti, David, te haré descansar de todos tus enemigos.

Además, yo, el Señor, te hago saber que te daré una dinastía; y cuando tus días se hayan cumplido y descanses para siempre con tus padres, engrandeceré a tu hijo, sangre de tu sangre, y consolidaré su reino. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí, y tu trono será estable eternamente' ".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 88, 2-3. 4-5. 27.29.

R/. Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor.

Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor y daré a conocer que su fidelidad es eterna, pues el Señor ha dicho: "Mi amor es para siempre y mi lealtad, más firme que los cielos. ***R/.***

Un juramento hice a David, mi servidor, una alianza pacté con mi elegido: 'Consolidaré tu dinastía para siempre y afianzaré tu trono eternamente'. ***R/.***

El me podrá decir: 'Tú eres mi padre, el Dios que me: protege y que me salva'. Yo jamás le retiraré mi amor, ni violaré el juramento que le hice". ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Se ha revelado el misterio oculto durante siglos.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 16, 25-27

Hermanos: A aquel que puede darles fuerzas para cumplir el Evangelio que yo he proclamado, predicando a Cristo, conforme a la revelación del misterio, mantenido en secreto durante siglos, y que ahora, en cumplimiento del designio eterno de Dios, ha quedado manifestado por las Sagradas Escrituras, para atraer a todas las naciones a la obediencia de la fe, al Dios único, infinitamente sabio, démosle gloria, por Jesucristo, para siempre. Amén.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 1. 38

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho. ***R/.***

EVANGELIO

Concebirás y darás a luz un hijo.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de la estirpe de David, llamado José. La virgen se llamaba María.

Entró el ángel a donde ella estaba y le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oír estas palabras, ella se preocupó mucho y se preguntaba qué querría decir semejante saludo.

El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios. Vas a concebir y a dar a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y él reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reinado no tendrá fin".

María le dijo entonces al ángel: "¿Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?". El ángel le contestó: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo, que va a nacer de ti, será llamado Hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel, que a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya va en el sexto mes la que llamaban estéril, porque no hay nada imposible para Dios". María contestó: "Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho". Y el ángel se retiró de su presencia.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que santifique, Señor, estos dones, colocados en tu altar, el mismo Espíritu que fecundó con su poder el seno de la bienaventurada Virgen María. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN 157, 14

Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien le pondrá el nombre de Emmanuel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido esta prenda de redención eterna, te rogamos, Dios todopoderoso, que, cuanto más se acerca el día de la festividad que nos trae la salvación, con tanto mayor fervor nos apresuremos a celebrar dignamente el misterio del nacimiento de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Tu casa y tu reino permanecerán para siempre (2 S 7, 1-5.8b-12.14a.16)

1ª lectura

Natán es un profeta cortesano del que también se conservan sus intervenciones relacionadas con Salomón y Betsabé, su madre (cfr. 2 S 12, 1-25; 1 R 1, 11-40). Como profeta es portavoz de Dios –dos veces repite la fórmula clásica: «Así dice el Señor» (vv. 5 y 8)–, también cuando tiene que oponerse a los planes del rey (vv. 5-7), y proclama un mensaje que necesariamente afecta a quien lo escucha porque la palabra de Dios es verdadera y siempre se cumple.

La profecía de Natán tiene especial relevancia por fundamentar la sucesión davídica y la doctrina mesiánica que nace con ella. Con la solemnidad de un oráculo se da razón de la monarquía hereditaria de Israel y se concreta la función específica del Templo dentro del pueblo elegido por Dios.

El templo era para los pueblos paganos, egipcios, asirios y babilonios, el centro de su vida y de su religiosidad porque allí guardaban a sus dioses. En Israel, en cambio, la función del Templo iba a ser completamente diferente. Se fundamenta en que el Dios verdadero no puede contenerse en un templo, ni necesita un edificio en el que permanecer (cfr. 1 R 8, 27). Él es un Dios personal, ligado a su pueblo, y, si acepta los lugares de culto antiguos (cfr. Gn 28, 20-22), el tabernáculo del desierto (cfr. Ex 33, 7-11) y más tarde el Templo de Jerusalén (cfr. 1 R 8, 1-66), es sólo como signos de su presencia en medio del pueblo, no como habitáculo imprescindible. En la profecía de Natán se señala que más que el Templo, es la dinastía davídica el signo de la presencia y protección divina constituida desde el principio por querer exclusivo de Dios. De ahí el juego de palabras entre «la casa de Dios» (Templo) y «la casa de David» (dinastía).

La monarquía hereditaria es, por tanto, el centro del oráculo de Natán. Si con la esterilidad de Mical se interrumpe la línea sucesoria de Saúl (cfr. 6, 23), con la promesa profética queda consolidada la descendencia de David. A tenor de la parte central del oráculo (vv. 13-16) todo descendiente de David, figura del Mesías futuro, tendrá las siguientes cualidades:

a) Será un hijo para Dios (v. 14a). No se trata todavía de una filiación natural, sino de la estrecha relación entre Dios y el monarca (cfr. Sal 2, 7; 89, 27-28), de modo que la persona y el gobierno del rey deberán ser símbolo de la presencia e intervención del mismo Dios. La filiación divina del rey es, por tanto, la expresión de la Alianza establecida entre Dios y el descendiente de David. Dios se compromete a comportarse con el rey de Israel como un buen padre con su hijo. Jesús llevará a plenitud estas palabras y esta Alianza puesto que es el «Hijo eterno de Dios» hecho hombre (cfr. Ga 4, 4). Mientras que Él es Hijo por generación natural, todos nosotros somos «hijos en el Hijo»: «Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: Para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios» (S. Ireneo, *Adversus haereses* 3, 19, 1; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 460).

b) La dinastía davídica permanecerá siempre (vv. 12-13.15-16). El título «hijo de David» no será sólo indicativo de una genealogía, sino de ser beneficiario de esta profecía y de la Alianza davídica (cfr. 1 R 8, 25; Sal 132, 10-18; Jr 17, 24-27; Ez 34, 23-24, etc.). Después del destierro será el título que con más insistencia se aplicará al Mesías, y, finalmente, los escritores del Nuevo Testamento mostrarán con empeño que Jesús es «hijo de David» (cfr. Mt 1, 1; 9, 27; Rm 1, 3). La liturgia de la Iglesia propone este texto en la Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María, ya que él garantiza la descendencia davídica de Jesús (Mt 1, 20) puesto que el Santo Patriarca era «de la casa de David» (Lc 1, 27).

El misterio ahora manifestado (Rm 16, 25-27)

2ª lectura

A diferencia de otras cartas, San Pablo termina la carta a los Romanos con una doxología a Dios omnipotente y sabio por medio de Jesucristo. Un papiro muy antiguo la coloca en 15, 33; otros manuscritos la ubican al final del cap. 14, repitiéndola también como conclusión de la epístola. Estos cambios se debieron a la lectura litúrgica de la carta que prescindía a veces de los caps. 15 y 16, por ser de un carácter más personal.

Alégrate, llena de gracia (Lc 1, 26-38)

Evangelio

El misterio de la Encarnación comporta diversas realidades: que María es virgen, que concibe sin intervención de varón, y que el Niño, verdadero hombre por ser hijo de María, es al mismo tiempo Hijo de Dios en el sentido más fuerte de esta expresión. Estas verdades se expresan no de manera especulativa, sino al hilo de los acontecimientos ocurridos. La narración, por tanto, es de una densidad extraordinaria. Prácticamente cada palabra lleva aneja una profundidad de significado sorprendente. Los Padres y la Tradición de la Iglesia no han dejado de notarlo, y los cristianos revivimos cada día este misterio a la hora del *Ángelus*.

En primer lugar, deben considerarse las circunstancias. El pasaje anterior se desarrollaba en la majestad del Templo de Jerusalén; éste, en Nazaret, una aldea de Galilea que ni siquiera es mencionada en el Antiguo Testamento. Antes contemplábamos a dos personas justas que querían tener hijos, pero no podían y Dios remediaba esa necesidad (1, 13); ahora estamos ante una virgen que no pide ningún hijo, es más, que pregunta cómo podrá llevarse a cabo lo que el ángel le dice (v. 34). Por eso, las palabras del ángel Gabriel expresan una acción singular, soberana y omnipotente de Dios (cfr. v. 35) que evoca la de la creación (cfr. Gn 1, 2), cuando el Espíritu descendió sobre las aguas para dar vida; y la del desierto, cuando creó al pueblo de Israel y hacía notar su presencia con una nube que cubría el Arca de la Alianza (cfr. Ex 40, 34-36).

La descripción de Nuestra Señora que brota del relato es muy elocuente. Para los hombres, María es «una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa

de David» (v. 27); en cambio, para Dios, es la «llena de gracia» (v. 28), la criatura más singular que hasta ahora ha venido al mundo; y, sin embargo, Ella se tiene a sí misma como la «esclava del Señor» (v. 38). Y esto es así, porque Dios «desde toda la eternidad, la eligió y la señaló como Madre para que su Unigénito Hijo tomase carne y naciese de ella en la plenitud dichosa de los tiempos; y en tal grado la amó por encima de todas las criaturas, que sólo en Ella se complació con señaladísima complacencia» (Pio IX, *Ineffabilis Deus*).

Dentro de lo asombrosa que resulta la acción de Dios entre los hombres, que quiere confiar la salvación a nuestra libre respuesta, entendemos que para ello elija a una persona tan singular. Al meditar la escena, cada uno podría hacer suya la oración de San Bernardo: «Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta. (...) También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia. Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; enseguida seremos librados si consientes, (...) porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje. (...) Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Creador» (S. Bernardo, *Laudes Mariae, Sermo* 4, 8-9).

El pasaje contiene asimismo una revelación sobre Jesús. En las primeras palabras (vv. 30-33), el ángel afirma que el Niño será el cumplimiento de las promesas. Las fórmulas son muy arcaicas. Frases como «el trono de David, su padre» (v. 32; cfr. Is 9, 6), «reinará sobre la casa de Jacob» (v. 33; cfr. Nm 24, 17) y «su Reino no tendrá fin» (v. 33, cfr. 2 S 7, 16; Dn 7, 14; Mi 4, 7), representan expresiones inmersas en el mundo de ideas y de vocabulario del Antiguo Testamento, conectadas con la promesa divina a Israel-Jacob, con los oráculos acerca del Mesías descendiente de David y con los anuncios proféticos del Reinado de Dios. Para una persona instruida en la religión y la piedad israelita, el significado era inequívoco. Sin embargo, la descripción del Niño, como Santo e Hijo de Dios (v. 35), traspasa todo lo imaginable. Las consecuencias del asentimiento de María (v. 38) han de verse en el conjunto de la historia de la humanidad. «Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente (...) que “el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado por la virgen Eva con su incredulidad fue desatado por la Virgen María mediante su fe”; y comparándola con Eva, llaman a María “Madre de los vivientes”, afirmando aún con mayor frecuencia que “la muerte vino por Eva, la vida por María”» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 56).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

La Anunciación

"En este mismo tiempo fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una doncella desposada con un varón llamado José, de la familia de David, y el nombre de la doncella era María" (Lc 1, 26-38).

1. Sin duda los misterios divinos son ocultos, y, como ha dicho el profeta, no es fácil al hombre, cualquiera que sea, llegar a conocer los designios de Dios (Is 40, 13). Por eso el conjunto de *acciones y enseñanzas de nuestro Señor y* Salvador nos dan a entender que un designio bien pensado ha hecho elegir con preferencia, para Madre del Señor, a la que había sido desposada con un varón. Mas ¿por qué no fue hecha madre antes de sus esponsales? Puede ser para que no se pudiera decir que había concebido adúlteramente. Y con razón ha indicado la Escritura estas dos cosas; ella era esposa y virgen; virgen, para que apareciera limpia de toda relación con un varón; desposada, para sustraerla al estigma infamante de una virginidad perdida, a la que su embarazo pudo haber manifestado su caída. El Señor ha querido mejor permitir que algunos dudasen de su origen que de la pureza de su Madre; sabía él cuán delicado es el honor de una virgen, cuán frágil la fama del pudor; no juzgó conveniente establecer la verdad de su origen a expensas de su Madre. Así fue preservada la virginidad de Santa María, sin detrimento para su pureza, sin violar su reputación; pues conviene que los santos sean tenidos en buen testimonio por aquellos que están fuera (1 Tim 3, 7), ni era conveniente dejar a las vírgenes que viven en una opinión desfavorable el velo de la excusa de ver difamada a la Madre del Señor.

2. Pues ¿qué se podría reprochar a los judíos, a Herodes, si ellos habían perseguido al nacido de un adulterio? Y ¿cómo el mismo había de decir: *No he venido a destruir la Ley, sino a cumplirla* (Mt 5, 17), si había comenzado por un atentado a la Ley, puesto que el embarazo fuera del matrimonio está condenado por la Ley? Más todavía, la pureza encuentra un testimonio de toda seguridad, un marido que pudiera experimentar la injuria y vengar la afrenta si no reconociese el misterio. Añadamos todavía lo que da más crédito a las palabras de María y le quita toda causa de mentir, pues ella parecería haber querido cubrir su falta por una mentira sí, sin matrimonio, ella hubiera estado embarazada; hubiera tenido motivo de mentir si no fuese esposa; estaba desposada, luego no lo tenía, puesto que la recompensa del matrimonio y el beneficio de las nupcias, es, para las mujeres, la fecundidad.

3. Otra razón que no es despreciable: la virginidad de María había de engañar al príncipe del mundo que, viéndola unida a un esposo, no pudo tener sospecha de su parto. Que hubo intención de engañar al príncipe del mundo nos lo manifiestan las mismas palabras del Señor cuando manda a los apóstoles no hablar de Cristo (Mt 16, 20), prohíbe a los que cura publicar su curación (ibíd. 8, 4), ordena a los demonios no hablar del Hijo de Dios (Lc 4, 35). Que hubo intención, como he dicho, de engañar al príncipe del mundo nos lo declara también el Apóstol al decir: "*Predicamos la sabiduría de Dios, encerrada en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria*

nuestra; la cual ninguno de los jefes de este mundo conoció, que, si la conocieran, jamás al Señor de la gloria crucificaran" (1 Cor 2, 7-8), es decir, jamás hubieran hecho que yo fuera redimido por la muerte del Señor. Por nosotros lo ha engañado, lo ha engañado para vencerle; ha engañado al diablo cuando le tentaba, cuando le rogaba, cuando le llamaba Hijo de Dios, para que nunca proclamase la propia divinidad. Todavía más engañó al príncipe de este mundo; pues, aunque el diablo dudó alguna vez, como cuando dijo: "*Si tú eres el Hijo de Dios, échate abajo"* (Mt 4, 6), sin embargo, terminó por conocerle y se retiró de él. Lo conocieron los demonios, que decían: *"Sabemos que tú eres Jesús, el Hijo de Dios, ¿por qué has venido antes de tiempo para atormentarnos?"* (Mt 8, 29); ellos han reconocido su venida precisamente porque sabían de antemano que El vendría. Pero los príncipes de este mundo no lo han conocido; y ¿qué mejor prueba podemos alegar que el texto del apóstol: *Si ellos lo hubieran conocido, jamás al Señor de la gloria crucificaran?* Efectivamente, la malicia de los demonios llega a penetrar aun las cosas ocultas, más aquellos a los que absorben las vanidades del mundo jamás pueden conocer las cosas de Dios.

4. Hay una feliz distribución entre los evangelistas. San Mateo nos muestra a José advertido por el ángel para que no abandonase a María; el evangelista Lucas testifica que ellos no estaban unidos (Lc 1, 27). Y María misma lo reconoce así, cuando dijo al ángel: "*¿Cómo se hará esto, pues no conozco a varón?"* Pero el mismo San Lucas la proclamó virgen, al decir : "*Y la Virgen se llamaba María",* y el profeta nos lo enseñó con estas palabras : "*He aquí que una virgen concebirá"* (Is 7, 14); José también lo ha mostrado, pues, al verla embarazada sin haberla conocido, pensaba dejarla; y el mismo Señor lo ha manifestado desde la cruz, al decir a su Madre : *Mujer, he ahí a tu hijo;* y luego al discípulo: *He ahí a tu madre;* y aun los dos, el discípulo y la madre, son testimonios, pues, *desde aquella hora la recibió el discípulo en su casa* (Io 19, 26ss). Si existía la unión marital, jamás el Señor le hubiera quitado a su esposo, y este varón justo no hubiera soportado que ella se hubiese alejado. ¿Cómo el Señor hubiera preceptuado este divorcio, cuando él mismo pronunció que nadie había de repudiar a su esposa, salvo en el caso de fornicación?

5. En cuanto a San Mateo, bellamente enseña él lo que ha de ser un justo que comprueba la falta de su esposa, para guardarse inocentemente de un homicidio, puro de un adulterio; pues *el que se une, a una mujer libertina, un cuerpo forma con ella* (1 Cor 6, 16). Luego en toda circunstancia José ha guardado el mérito y la figura del varón justo, para que sea adornado como testigo pues la boca del justo ignora la mentira, y su lengua habla la justicia, su juicio profiere la verdad. No te agites si la Escritura la llama con frecuencia esposa; pues no se quita la virginidad, sino sólo se testimonia los esponsales y se declara la celebración de las nupcias. Nadie abandona a la que no ha tomado por esposa: querer repudiarla es reconocer que la había tomado por esposa.

6. Tampoco te debes agitar por lo que dice el evangelista: "*No la conoció hasta que dio a luz a su hijo"* (Mt 1, 25); pues o se trata de una locución de la Escritura que se

encuentra en otro lugar: *Hasta tu vejez, yo soy* (Is 46, 4); ¿es que después de su vejez Dios ha cesado de ser? Y en el salmo: "*El Señor ha dicho a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies"* (Ps 109, 1). ¿Es que después no estará a su derecha? O bien, porque el que busca una causa estima suficiente decir lo que se refiere a la causa y no se preocupa de lo demás; es suficiente para él tratar de la causa y dejar el incidente. Estando ocupado en mostrar que el misterio de la Encarnación estuvo exento de todo comercio carnal, no ha creído un deber llevar más lejos el testimonio de la virginidad de María, para que no pareciera que era más defensor de la Virgen que pregonero del misterio. Ciertamente, cuando nos dijo que José era justo, indicaba suficientemente que no pudo profanar el templo del Espíritu Santo, la Madre del Señor, el seno consagrado por el misterio.

7. Hemos conocido la serie de los hechos, hemos conocido el consejo, conozcamos también el misterio. Con razón se dice que estaba desposada y que era virgen, pues era figura de la Iglesia, que es inmaculada, pero desposada. Nos concibió la Virgen espiritualmente, y nos ha dado a luz la Virgen sin gemido. Tal vez también Santa María ha sido desposada con uno y fecundada por otro, porque las iglesias particulares, fecundadas por el Espíritu y la gracia, están unidas visiblemente a un pontífice mortal.

8. "*Y habiendo entrado donde ella estaba, dijo: Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. Ella, al oír estas palabras, se turbó".* Reconoce a la Virgen en su conducta, reconoce a la Virgen en su modestia, reconoce a la Virgen en sus palabras, reconócela en el misterio. Es propio de las vírgenes turbarse e intimidarse cada vez que un hombre las aborda y temer toda conversación con un hombre. Que las mujeres aprendan a imitar el propósito del pudor: sola en su retiro, para que ningún hombre la viese; sólo el ángel la encontró; sola, sin compañía; sola, sin testigos, para no rebajarse en entretenimientos vulgares, sola es saludada por el ángel. Aprende, virgen, a evitar las palabras menos convenientes. María se ruborizó aun del saludo del ángel. "*Y discurría qué podría ser esta salutación".*

9. Por modestia, pues, ella estaba turbada; por prudencia, pues, la había sorprendido esta nueva fórmula de bendición, que no se leía en ninguna parte ni en ninguna parte se encontraba hasta entonces. Sólo a María se reservó este saludo; sola, en efecto, es llamada justamente llena de gracia, pues sola obtuvo la gracia, que ninguna otra había recibido, de ser llenada del Autor de la gracia. María, pues, se ruborizaba, se ruborizaba Isabel. Conozcamos lo que distingue la modestia de la mujer y la de la virgen. Aquélla se ruborizaba de la causa, ésta por la modestia; en la mujer se indica una medida a su pudor; en la virgen se aumenta la gracia del pudor.

10. "*Y el ángel del Señor le dijo: No temas, María, pues hallaste gracia a los ojos de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien darás por nombre Jesús. Este será grande".*

También el ángel ha dicho igualmente de Juan: *Será grande;* pero él es grande como puede serlo un hombre; éste es grande como Dios; pues *el Señor es grande, digno de toda alabanza, y su grandeza no tiene fin* (Ps 144, 3). Con razón se dice que aquél fue grande, pues *no existe, entre los nacidos de mujer, profeta más grande que Juan Bautista* (Lc 7, 28). Existe, sin embargo, uno más grande que él, pues *el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él* (ibíd.). Juan es grande, más ante el Señor. Y Juan, tan grande, no ha bebido vino ni sidra; éste come y bebe con los publicanos y pecadores (Mc 2, 16). Aquél tuvo el mérito de la abstinencia, pues no tenía ningún poder por naturaleza; pero Cristo, que por naturaleza tenía poder de perdonar los pecados, ¿por qué había de evitar a los que podía hacer mejores que los abstinentes?

11. Hay también un misterio: no rehúsa ser su convidado, teniendo que darle su sacramento. Uno come y otro ayuna: figura de dos pueblos, de los cuales uno ayuna en aquél y otro es alimentado en éste. Por lo demás, Cristo ha ayunado también, para que no esquives el precepto; comió con los pecadores para mostrarte su gracia y hacerte reconocer su poder.

Juan también es grande, pero su grandeza tiene un principio y un fin, mientras que el Señor es a la vez *principio y fin, el primero y el último* (Apoc 22, 13). Nada antes del primero y nada después del último.

12. Y que las leyes de la generación humana no nos lleven al error de creer que Él no es primero, porque es Hijo. Sigue las Escrituras para que no puedas errar. El Hijo es llamado primero. Se lee igualmente que el Padre está solo: "*Sólo él posee la inmortalidad y habita en una luz inaccesible"* (1 Tim 6, 16); como lees también: Y*al solo Dios inmortal* (1 Tim 1, 17). Mas no hay primero antes que el Padre, ni éste está solo sin el Hijo. Si niegas lo uno pruebas lo otro; retiene lo uno y lo otro y confirmas los dos. No ha dicho: "yo soy anterior, yo soy posterior", sino: "*Yo soy el primero y yo soy el último"*. El Hijo es primero y, por consiguiente, coeterno, pues tiene un Padre con el cual es eterno. Me atrevo a decir: el Hijo es primero, pero no está solo, y digo bien y con piedad. ¿Por qué dar oídos a la impiedad, heréticos? Habéis caído en los lazos que habéis tendido. El Hijo es primero y no está solo, porque siempre está con el Padre, y nunca está solo porque jamás está sin el Padre. No soy yo quien esto dice, sino El mismo lo dice: *Yo no estoy solo, porque mi Padre está conmigo* (Io 16, 32). El Padre está solo porque no hay más que un solo Dios; el Padre está solo porque no hay más que una sola divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y ser único es ser solo. El Padre es solo, solo el Unigénito y solo también el Espíritu Santo; pues ni el que es Hijo es igualmente Padre, ni el que es Padre es igualmente Hijo, ni el que es Espíritu Santo es igualmente Hijo. Uno es el Padre, otro es el Hijo y otro es el Espíritu Santo; pues leemos: "*Yo rogaré a mi Padre y os dará otro Paráclito"* (Io 14, 16). El Padre es solo, porque no hay más que un solo Dios del que todo procede; el Hijo es solo, porque no hay más que un solo Señor por quien todo existe (cf. 1 Cor 8, 6). Ser solo es el hecho de la divinidad; la generación atestigua que hay Padre e Hijo, de suerte que jamás se ve al Hijo sin el Padre o al Padre sin el Hijo. Luego (el Padre) no está solo, porque

no es el solo inmortal; Él no es el único que habita en la luz inaccesible, puesto que *nadie ha visto jamás a Dios, sino el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre* (Io 1, 18), que se sienta a la derecha del Padre. ¡Y algunos se atreven a decir que para El no hay acceso a la luz en que habita el Padre! ¿Acaso la luz es mejor que el Padre? ¿La luz va a ser inaccesible para aquel que no es inaccesible al Padre? Él es la luz verdadera y el autor de la luz eterna, de la cual se ha dicho: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Io 1, 9). Véase si no es ésta la luz inaccesible que habita el Padre y que habita igualmente el Hijo, pues el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre.

13. Él es verdaderamente grande, pues el poder de Dios se ha extendido largamente, la grandeza de la naturaleza divina se extiende largamente. La Trinidad no tiene límites, ni fronteras, ni medida, ni dimensión. Ningún lugar la contiene, ningún pensamiento la abarca, ningún cálculo la valora, ninguna época la modifica. Sin duda alguna el Señor Jesús ha dado a los hombres grandeza, pues *su voz se ha propagado sobre la tierra y sus palabras han llegado hasta los extremos de los espacios terrestres* (Ps 18, 5), pero no hasta los límites del universo, no hasta los límites del cielo, no más allá de los cielos, mientras que *en el Señor Jesús fueron creadas todas las cosas en los cielos* y *sobre la tierra, tanto las visibles como las invisibles. Y Él es antes que todas las cosas, y todas tienen en El su consistencia* (Col 1, 16-17). Contempla el cielo, allí está Jesús; considera la tierra, allí está Jesús; sube al cielo por la palabra, baja por la palabra a los infiernos, allí está Jesús. Pues si subes al cielo, allí está Jesús, si bajas a los infiernos, allí está (Ps 138, 8). Hoy, cuando yo hablo, Él está conmigo en este instante, en este momento; y si ahora un cristiano habla en Armenia, Jesús está allí; pues *nadie dice que Jesús es Señor sino en el Espíritu Santo* (1 Cor 12, 13). Si por el pensamiento penetras en los abismos, allí encontrarás a Jesús obrando; pues está escrito: "*No digas en tu corazón, ¿quién subirá al cielo?, esto es, para hacer bajar a Cristo; o ¿quién bajará al abismo?, esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos"* (Rom 10, 6-7). ¿Dónde no está El, pues todo lo ha hecho en los cielos, en el infierno y en la tierra? Es verdaderamente grande Aquel cuyo poder llena el mundo, que está en todas partes y estará siempre, pues *su reino no tendrá fin*.

14. "*Dijo María al ángel: ¿Cómo será eso, pues no conozco varón?"* Parecería que aquí María no ha tenido fe a no ser que lo consideres atentamente; no es admisible que fuese escogida una incrédula para engendrar al Hijo unigénito de Dios. ¿Y cómo podría hacerse –aunque fuese salvada la prerrogativa de la madre, a la cual se debía con razón mayor deferencia, pero como prerrogativa mayor, mayor fe debía habérsele reservado–, cómo podría hacerse que Zacarías, que no había creído, fuese condenado al silencio, y María, sin embargo, si no hubiera creído, fuese honrada con la infusión del Espíritu Santo? Pero María no debía rehusar creer ni precipitarse a la ligera: rehusar creer al ángel, precipitarse sobre las cosas divinas. No era fácil conocer *el misterio encerrado desde los siglos en Dios* (Eph 3, 9 y Col 1, 26), que ni las mismas potestades superiores pudieron conocerlo. Y, sin embargo, no rehusó su fe ni ha sustraído su misión, sino que ha ordenado

su querer y ha prometido sus servicios. Pues cuando dice: *¿Cómo se hará esto?,* no pone en duda su efecto, sino que pregunta cómo se hará este efecto.

15. ¡Cuánta más mesura en esta respuesta que en las palabras del sacerdote! Esta ha dicho: *¿Cómo se hará esto?* Aquél ha respondido: *¿Cómo conoceré esto?* Ella trata ya de hacerlo; aquél duda todavía del anuncio. Aquél declara no creer al manifestar que no sabe, y parece que, para creer, busca todavía otra garantía; ella se declara dispuesta a la realización y no duda de que tendrá lugar, pues pregunta cómo podrá realizarse; así está escrito: "*¿Cómo se hará esto, pues no he conocido a varón?"* La increíble e inaudita generación debía ser antes escuchada para ser creída. Que una Virgen dé a luz es un signo de un misterio divino, no humano. "*Toma para ti,* dice, *este signo: he aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo"* (Is 7, 14). María había leído esto y, por lo mismo, creyó en su realización; más cómo se había de realizar, no lo había leído, pues esto no había sido revelado ni siquiera a un profeta tan grande. El anuncio de tal misterio debía de ser pronunciado no por los labios de un hombre, sino por los de un ángel. Hoy se oye por vez primera: "*El Espíritu Santo descenderá sobre ti",* y es oído y es creído.

16. "*He aquí,* dice, *la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra".* Admira la humildad, admira la entrega. Se llama a sí misma la esclava del Señor, la que ha sido escogida para ser su Madre; no la ensoberbece esta promesa inesperada. Más aún, al llamarse esclava, no reivindicó para sí algún privilegio de una gracia tan grande; realizaría lo que le fuese ordenado; pues antes de dar a luz al Dulce y al Humilde convenía que ella diese prueba de humildad. *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra".* Observa su obediencia, observa su deseo; *he aquí la esclava del Señor:* es la disposición para servir; *hágase en mí según tu palabra:* es el deseo concebido.

17. ¡Cómo María ha estado dispuesta a creer, aun en condiciones anormales! Pues ¿hay cosas más dispares que el Espíritu Santo y un cuerpo? ¿Qué más inaudito que una virgen sea fecundada fuera de la ley, fuera de la costumbre, fuera del pudor, que es lo más estimado en una virgen? En Zacarías no hay una disparidad de condiciones, sino la edad avanzada lo que le impidió creer; pues las condiciones eran normales: la fecundación de una mujer por un hombre es cosa ordinaria, y no debe parecer increíble lo que es conforme a la naturaleza. La edad depende de la naturaleza y no la naturaleza de la edad; sucede a veces que la edad pone obstáculos a la naturaleza, pero no es contra la razón que la causa inferior ceda a la causa superior y que el privilegio de la naturaleza se muestre más fuerte que el uso de una edad inferior. Abrahán y Sara tuvieron un hijo en su vejez, y José es *el hijo de la ancianidad* (Gen 37, 3). Luego, si Sara fue reprendida por haberse reído, más justa es aún la condenación de aquél que no creyó ni al mensaje ni al procedimiento. María, por el contrario, al decir: "*¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?",* no parece que ha dudado del acontecimiento, sino que ha preguntado cómo se realizaría; es claro que ella creía en su realización, pues ha preguntado cómo había de realizarse. Por eso ella mereció escuchar: "*Bienaventurada tú que has creído".* Verdaderamente bienaventurada porque es más excelente que el sacerdote. Cuando el

sacerdote negó, la virgen corrigió el error. No extraña que el Señor al rescatar el mundo haya comenzado su obra por María; de tal forma, que aquella por la cual se preparaba la salvación de todos fuese también la primera en recibir de su Hijo el fruto de salvación.

18. Hizo bien en inquirir cómo se realizaría el acontecimiento, pues había leído que una virgen daría a luz, pero no había leído cómo sucedería esto. Había leído, como dije antes, "*He aquí que una virgen concebirá*". Cómo había de concebir, es en el Evangelio donde el ángel lo dijo por vez primera.

(*Obras de San Ambrosio*, L.2, 1-18, BAC Madrid 1966 (I), pp. 82-95)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017, Homilía (20.XII.13), Catequesis (18.XII.13)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Ángelus 2014

Responder, como María, con un «sí» personal y sincero

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, cuarto y último domingo de Adviento, la liturgia quiere prepararnos para la Navidad que ya está a la puerta invitándonos a meditar el relato del anuncio del Ángel a María. El arcángel Gabriel revela a la Virgen la voluntad del Señor de que ella se convierta en la madre de su Hijo unigénito: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo» (*Lc*1, 31-32). Fijemos la mirada en esta sencilla joven de Nazaret, en el momento en que acoge con docilidad el mensaje divino con su «sì»; captemos dos aspectos esenciales de su actitud, que es para nosotros modelo de cómo prepararnos para la Navidad.

Ante todo, su *fe*, su actitud de fe, que consiste en escuchar la Palabra de Dios para abandonarse a esta Palabra con plena disponibilidad de mente y de corazón. Al responder al Ángel, María dijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (v. 38). En su «heme aquí» lleno de fe, María no sabe por cuales caminos tendrá que arriesgarse, qué dolores tendrá que sufrir, qué riesgos afrontar. Pero es consciente de que es el Señor quien se lo pide y ella se fía totalmente de Él, se abandona a su amor. Esta es la fe de María.

Otro aspecto es la capacidad de la Madre de Cristo de *reconocer el tiempo de Dios*. María es aquella que hizo posible la encarnación del Hijo de Dios, «la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos» (*Rm*16, 25). Hizo posible la encarnación del Verbo gracias precisamente a su «sí» humilde y valiente. María nos enseña a captar el momento favorable en el que Jesús pasa por nuestra vida y pide una respuesta disponible y generosa. Y Jesús pasa. En efecto, el misterio del nacimiento de Jesús en Belén, que tuvo lugar históricamente hace más de dos mil años, se realiza, como

acontecimiento espiritual, en el «hoy» de la Liturgia. El Verbo, que encontró una morada en el seno virginal de María, en la celebración de la Navidad viene a llamar nuevamente al corazón de cada cristiano: pasa y llama. Cada uno de nosotros está llamado a responder, como María, con un «sí» personal y sincero, poniéndose plenamente a disposición de Dios y de su misericordia, de su amor. Cuántas veces pasa Jesús por nuestra vida y cuántas veces nos envía un ángel, y cuántas veces no nos damos cuenta, porque estamos muy ocupados, inmersos en nuestros pensamientos, en nuestros asuntos y, concretamente, en estos días, en nuestros preparativos de la Navidad, que no nos damos cuenta de que Él pasa y llama a la puerta de nuestro corazón, pidiendo acogida, pidiendo un «sí», como el de María. Un santo decía: «Temo que el Señor pase». ¿Sabéis por qué temía? Temor de no darse cuenta y dejarlo pasar. Cuando nosotros sentimos en nuestro corazón: «Quisiera ser más bueno, más buena... Estoy arrepentido de esto que hice...». Es precisamente el Señor quien llama. Te hace sentir esto: las ganas de ser mejor, las ganas de estar más cerca de los demás, de Dios. Si tú sientes esto, detente. ¡El Señor está allí! Y vas a rezar, y tal vez a la confesión, a hacer un poco de limpieza...: esto hace bien. Pero recuérdalo bien: si sientes esas ganas de mejorar, es Él quien llama: ¡no lo dejes marchar!

En el misterio de la Navidad, junto a María está la silenciosa presencia de san José, como se representa en cada belén —también en el que podéis admirar aquí en la plaza de San Pedro. El ejemplo de María y de José es para todos nosotros una invitación a acoger con total apertura de espíritu a Jesús, que por amor se hizo nuestro hermano. Él viene a traer al mundo el don de la paz: «En la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (*Lc*2, 14), como lo anunció el coro de los ángeles a los pastores. El don precioso de la Navidad es la paz, y Cristo es nuestra auténtica paz. Y Cristo llama a nuestro corazón para darnos la paz, la paz del alma. Abramos las puertas a Cristo.

Nos encomendamos a la intercesión de nuestra Madre y de san José, para vivir una Navidad verdaderamente cristiana, libres de toda mundanidad, dispuestos a acoger al Salvador, al Dios-con-nosotros.

***

Ángelus 2017

La Virgen es la colaboradora perfecta del proyecto de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo que precede inmediatamente la Navidad, escuchamos el Evangelio de la Anunciación (cf. *Lucas* 1, 26-38).

En este pasaje evangélico podemos notar un contraste entre las promesas del ángel y la respuesta de María. Tal contraste se manifiesta en la dimensión y en el contenido de las expresiones de los dos protagonistas. El ángel dice a María: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el

Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (vv. 30-33). Es una larga revelación, que abre perspectivas inauditas. El niño que nacerá de esta humilde joven de Nazaret será llamado Hijo del Altísimo: no es posible concebir una dignidad más alta que esta. Y después la pregunta de María, con la que Ella pide explicaciones, la revelación del ángel se hace aún más detallada y sorprendente.

Sin embargo, la respuesta de María es una frase breve que no habla de gloria, no habla de privilegio, sino solo de disponibilidad y de servicio: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (v. 38). También el contenido es diferente. María no se exalta frente a la perspectiva de convertirse incluso en la madre del Mesías, sino que permanece modesta y expresa la propia adhesión al proyecto del Señor. María no presume. Es humilde, modesta. Se queda como siempre. Este contraste es significativo. Nos hace entender que María es verdaderamente humilde y no trata de exponerse. Reconoce ser pequeña delante de Dios, y está contenta de ser así. Al mismo tiempo, es consciente de que de su respuesta depende la realización del proyecto de Dios, y que por tanto Ella está llamada a adherirse con todo su ser.

En esta circunstancia, María se presenta con una actitud que corresponde perfectamente a la del Hijo de Dios cuando viene en el mundo: Él quiere convertirse en el Siervo del Señor, ponerse al servicio de la humanidad para cumplir el proyecto del Padre. María dice: «He aquí la esclava del Señor»; y el Hijo de Dios, entrando en el mundo dice: «He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad» (*Hebreos* 10, 7- 9). La actitud de María refleja plenamente esta declaración del Hijo de Dios, que se convierte también en hijo de María. Así la Virgen se revela colaboradora perfecta del proyecto de Dios, y se revela también discípula de su Hijo, en el *Magnificat* podrá proclamar que «exaltó a los humildes» (*Lucas* 1, 52), porque con esta respuesta suya humilde y generosa ha obtenido la alegría altísima, y también una gloria altísima. Mientras admiramos a nuestra Madre por su respuesta a la llamada y a la misión de Dios, le pedimos a Ella que nos ayude a cada uno de nosotros a acoger el proyecto de Dios en nuestra vida, con humildad sincera y generosidad valiente.

***

Homilía del 20.XII.13

El misterio no busca publicidad

El misterio de la relación entre Dios y el hombre no busca la publicidad, porque no lo haría verdadero. Requiere más bien el estilo del silencio. Corresponde luego a cada uno de nosotros descubrir, precisamente en el silencio, las características del misterio de Dios en la vida personal. A pocos días de la Navidad, el Papa Francisco propuso una fuerte reflexión sobre el valor del silencio. E invitó a amarlo y buscarlo así como lo hizo María, cuyo testimonio evocó en la misa celebrada el viernes 20 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

Una reflexión basada en el pasaje del Evangelio de san Lucas propuesto por la liturgia del día (1, 26-38), que inicia con «esa frase» que «nos dice mucho» dirigida por el ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra», y que remite también al pasaje del libro de Isaías (7, 10-14), proclamado en la primera lectura de la celebración.

«Es la sombra de Dios que en la historia de la salvación custodia siempre el misterio». Es «la sombra de Dios que acompañó al pueblo en el desierto». Toda la historia de la salvación muestra que «el Señor cuidó siempre el misterio. Y cubrió el misterio. No hizo publicidad del misterio». En efecto, «el misterio que hace publicidad de sí mismo no es cristiano, no es misterio de Dios. Es un fingimiento de misterio». Precisamente el pasaje evangélico de hoy lo confirma. Cuando la Virgen recibe del ángel el anuncio del Hijo, «el misterio de su maternidad personal» permanece oculto.

Y ésta es una verdad que se refiere también a todos nosotros. «Esta sombra de Dios en nosotros, en nuestra vida, nos ayuda a descubrir nuestro misterio: nuestro misterio del encuentro con el Señor, nuestro misterio del camino de la vida con el Señor». En efecto, «cada uno de nosotros sabe cómo obra misteriosamente el Señor en su corazón, en su alma. Y cuál es la nube, el poder, cómo es el estilo del Espíritu Santo para cubrir nuestro misterio. Esta nube en nosotros, en nuestra vida, se llama silencio. El silencio es precisamente la nube que cubre el misterio de nuestra relación con el Señor, de nuestra santidad y nuestros pecados».

Es un «misterio que no podemos explicar. Pero cuando no hay silencio en nuestra vida el misterio se pierde, se va». He aquí, entonces, la importancia de «custodiar el misterio con el silencio: es la nube, el poder de Dios para nosotros, la fuerza del Espíritu Santo».

El Papa Francisco propuso una vez más el testimonio de la Virgen que vivió hasta el final «este silencio» en toda su vida. «Pienso cuántas veces calló, cuántas veces no dijo lo que sentía para custodiar el misterio de la relación con su Hijo». Y recordó que «Pablo VI en 1964, en Nazaret, nos decía que tenemos la necesidad de renovar y reforzar, de robustecer el silencio», precisamente porque «el silencio custodia el misterio». El Papa dejó lugar luego «al silencio de la Virgen al pie de la cruz», a lo que pasaba por su mente como hizo también Juan Pablo II.

En realidad, el Evangelio no refiere palabra alguna de la Virgen: María «era silenciosa, pero dentro de su corazón cuántas cosas decía al Señor» en ese momento crucial de la historia. Probablemente María habrá reflexionado en las palabras del ángel que «hemos leído» en el Evangelio respecto a su Hijo: «Aquel día me dijiste que sería grande. Tú me dijiste que le darías el trono de David su padre y que reinaría para siempre. Pero ahora lo veo allí», en la cruz. María «con el silencio cubrió el misterio que no comprendía. Y con el silencio dejó que el misterio pudiera crecer y florecer» llevando a todos una gran «esperanza».

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra»: las palabras del ángel a María nos aseguran que «el Señor cubre su misterio». Porque «el misterio de nuestra relación con Dios, de nuestro camino, de nuestra salvación no se puede poner al aire, hacer con él publicidad. El silencio lo custodia». El Papa Francisco concluyó su homilía con la oración de que «el Señor nos dé a todos la gracia de amar el silencio, buscarlo, tener un corazón protegido por la nube del silencio. Y así el misterio que crece en nosotros dará muchos frutos».

***

Catequesis del 18.XII.13

Navidad, fiesta de la confianza y de la esperanza

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Este encuentro nuestro tiene lugar en el clima espiritual del Adviento, que se hace más intenso por la Novena de la Santa Navidad, que estamos viviendo en estos días y que nos conduce a las fiestas navideñas. Por ello, hoy desearía reflexionar con vosotros sobre el Nacimiento de Jesús, fiesta de la confianza y de la esperanza, que supera la incertidumbre y el pesimismo. Y la razón de nuestra esperanza es ésta: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Pero pensad bien en esto: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Es generoso este Dios Padre. Él viene a habitar con los hombres, elige la tierra como morada suya para estar junto al hombre y hacerse encontrar allí donde el hombre pasa sus días en la alegría y en el dolor. Por lo tanto, la tierra ya no es sólo un «valle de lágrimas», sino el lugar donde Dios mismo puso su tienda, es el lugar del encuentro de Dios con el hombre, de la solidaridad de Dios con los hombres.

Dios quiso compartir nuestra condición humana hasta el punto de hacerse una cosa sola con nosotros en la persona de Jesús, que es verdadero hombre y verdadero Dios. Pero hay algo aún más sorprendente. La presencia de Dios en medio de la humanidad no se realiza en un mundo ideal, idílico, sino en este mundo real, marcado por muchas cosas buenas y malas, marcado por divisiones, maldad, pobreza, prepotencias y guerras. Él eligió habitar nuestra historia así como es, con todo el peso de sus límites y de sus dramas. Actuando así demostró de modo insuperable su inclinación misericordiosa y llena de amor hacia las creaturas humanas. Él es el Dios-con-nosotros; Jesús es Dios-con-nosotros. ¿Creéis vosotros esto? Hagamos juntos esta profesión: Jesús es Dios-con-nosotros. Jesús es Dios-con-nosotros desde siempre y para siempre con nosotros en los sufrimientos y en los dolores de la historia. El nacimiento de Jesús es la manifestación de que Dios «tomó partido» de una vez para siempre de la parte del hombre, para salvarnos, para levantarnos del polvo de nuestras miserias, de nuestras dificultades, de nuestros pecados.

De aquí viene el gran «regalo» del Niño de Belén: Él nos trae una energía espiritual, una energía que nos ayuda a no hundirnos en nuestras fatigas, en nuestras desesperaciones, en nuestras tristezas, porque es una energía que caldea y transforma el

corazón. El nacimiento de Jesús, en efecto, nos trae la buena noticia de que somos amados inmensamente y singularmente por Dios, y este amor no sólo nos lo da a conocer, sino que nos lo dona, nos lo comunica.

De la contemplación gozosa del misterio del Hijo de Dios nacido por nosotros, podemos sacar dos consideraciones.

La primera es que si en Navidad Dios se revela no como uno que está en lo alto y que domina el universo, sino como Aquél que se abaja, desciende sobre la tierra pequeño y pobre, significa que para ser semejantes a Él no debemos ponernos sobre los demás, sino, es más, abajarnos, ponernos al servicio, hacernos pequeños con los pequeños y pobres con los pobres. Pero es algo feo cuando se ve a un cristiano que no quiere abajarse, que no quiere servir. Un cristiano que se da de importante por todos lados, es feo: ese no es cristiano, ese es pagano. El cristiano sirve, se abaja. Obremos de manera que estos hermanos y hermanas nuestros no se sientan nunca solos.

La segunda consecuencia: si Dios, por medio de Jesús, se implicó con el hombre hasta el punto de hacerse como uno de nosotros, quiere decir que cualquier cosa que hagamos a un hermano o a una hermana la habremos hecho a Él. Nos lo recordó Jesús mismo: quien haya alimentado, acogido, visitado, amado a uno de los más pequeños y de los más pobres entre los hombres, lo habrá hecho al Hijo de Dios.

Encomendémonos a la maternal intercesión de María, Madre de Jesús y nuestra, para que nos ayude en esta Santa Navidad, ya cercana, a reconocer en el rostro de nuestro prójimo, especialmente de las personas más débiles y marginadas, la imagen del Hijo de Dios hecho hombre.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2005, 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

2005

Dejémonos “contagiar” por el silencio de san José

Queridos hermanos y hermanas:

En estos últimos días del Adviento, la liturgia nos invita a contemplar de modo especial a la Virgen María y a san José, que vivieron con intensidad única el tiempo de la espera y de la preparación del nacimiento de Jesús. Hoy deseo dirigir mi mirada a la figura de san José. En la página evangélica de hoy san Lucas presenta a la Virgen María como “desposada con un hombre llamado José, de la casa de David” (*Lc* 1, 27). Sin embargo, es el evangelista san Mateo quien da mayor relieve al padre putativo de Jesús, subrayando que, a través de él, el Niño resultaba legalmente insertado en la descendencia davídica y así daba cumplimiento a las Escrituras, en las que el Mesías había sido profetizado como “hijo de David”.

Desde luego, la función de san José no puede reducirse a este aspecto legal. Es modelo del hombre "justo" (*Mt* 1, 19), que en perfecta sintonía con su esposa acoge al Hijo de Dios hecho hombre y vela por su crecimiento humano. Por eso, en los días que preceden a la Navidad, es muy oportuno entablar una especie de coloquio espiritual con san José, para que él nos ayude a vivir en plenitud este gran misterio de la fe.

El amado Papa Juan Pablo II, que era muy devoto de san José, nos ha dejado una admirable meditación dedicada a él en la exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, "Custodio del Redentor". Entre los muchos aspectos que pone de relieve, pondera en especial el silencio de san José. Su silencio estaba impregnado de contemplación del misterio de Dios, con una actitud de total disponibilidad a la voluntad divina. En otras palabras, el silencio de san José no manifiesta un vacío interior, sino, al contrario, la plenitud de fe que lleva en su corazón y que guía todos sus pensamientos y todos sus actos. Un silencio gracias al cual san José, al unísono con María, guarda la palabra de Dios, conocida a través de las sagradas Escrituras, confrontándola continuamente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entretejido de oración constante, oración de bendición del Señor, de adoración de su santísima voluntad y de confianza sin reservas en su providencia.

No se exagera si se piensa que, precisamente de su "padre" José, Jesús aprendió, en el plano humano, la fuerte interioridad que es presupuesto de la auténtica justicia, la "justicia superior", que él un día enseñará a sus discípulos (cf. *Mt* 5, 20). Dejémonos "contagiar" por el silencio de san José. Nos es muy necesario, en un mundo a menudo demasiado ruidoso, que no favorece el recogimiento y la escucha de la voz de Dios. En este tiempo de preparación para la Navidad cultivemos el recogimiento interior, para acoger y tener siempre a Jesús en nuestra vida.

***

2008

El plan divino es salvar a la humanidad y su historia asumiéndolas hasta el fondo

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este cuarto domingo de Adviento nos vuelve a proponer el relato de la Anunciación (*Lc* 1, 26-38), el misterio al que volvemos cada día al rezar el Ángelus. Esta oración nos hace revivir el momento decisivo en el que Dios llamó al corazón de María y, al recibir su "sí", comenzó a tomar carne en ella y de ella. La oración "Colecta" de la misa de hoy es la misma que se reza al final del Ángelus: "Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección".

A pocos días ya de la fiesta de Navidad, se nos invita a dirigir la mirada al misterio inefable que María llevó durante nueve meses en su seno virginal: el misterio de Dios que

se hace hombre. Este es el primer eje de la redención. El segundo es la muerte y resurrección de Jesús, y estos dos ejes inseparables manifiestan un único plan divino: salvar a la humanidad y su historia asumiéndolas hasta el fondo al hacerse plenamente cargo de todo el mal que las oprime.

Este misterio de salvación, además de su dimensión histórica, tiene también una dimensión cósmica: Cristo es el sol de gracia que, con su luz, "transfigura y enciende el universo en espera" (Liturgia). La misma colocación de la fiesta de Navidad está vinculada al solsticio de invierno, cuando las jornadas, en el hemisferio boreal, comienzan a alargarse. A este respecto, tal vez no todos saben que la plaza de San Pedro es también una meridiana; en efecto, el gran obelisco arroja su sombra a lo largo de una línea que recorre el empedrado hacia la fuente que está bajo esta ventana, y en estos días la sombra es la más larga del año. Esto nos recuerda la función de la astronomía para marcar los tiempos de la oración. El Ángelus, por ejemplo, se recita por la mañana, a mediodía y por la tarde, y con la meridiana, que en otros tiempos servía precisamente para conocer el "mediodía verdadero", se regulaban los relojes.

El hecho de que precisamente hoy, 21 de diciembre, a esta misma hora, caiga el solsticio de invierno me brinda la oportunidad de saludar a todos aquellos que van a participar de varias maneras en las iniciativas del año mundial de la astronomía, el 2009, convocado en el cuarto centenario de las primeras observaciones de Galileo Galilei con el telescopio. Entre mis predecesores de venerada memoria ha habido cultivadores de esta ciencia, como Silvestre II, que la enseñó, Gregorio XIII, a quien debemos nuestro calendario, y san Pío X, que sabía construir relojes de sol. Si los cielos, según las bellas palabras del salmista, "narran la gloria de Dios" (*Sal* 19, 2), también las leyes de la naturaleza, que en el transcurso de los siglos tantos hombres y mujeres de ciencia nos han ayudado a entender cada vez mejor, son un gran estímulo para contemplar con gratitud las obras del Señor.

Volvamos ahora nuestra mirada a María y José, que esperan el nacimiento de Jesús, y aprendamos de ellos el secreto del recogimiento para gustar la alegría de la Navidad. Preparémonos para acoger con fe al Redentor que viene a estar con nosotros, Palabra de amor de Dios para la humanidad de todos los tiempos.

***

2011

María no duda del poder de Dios, pero quiere entender mejor su voluntad

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto y último domingo de Adviento la liturgia nos presenta este año el relato del anuncio del ángel a María. Contemplando el estupendo icono de la Virgen santísima, en el momento en que recibe el mensaje divino y da su respuesta, nos ilumina

interiormente la luz de verdad que proviene, siempre nueva, de ese misterio. En particular, quiero reflexionar brevemente sobre la importancia de la virginidad de María, es decir, del hecho de que ella concibió a Jesús permaneciendo virgen.

En el trasfondo del acontecimiento de Nazaret se halla la profecía de Isaías. "Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel" (Is 7, 14). Esta antigua promesa encontró cumplimiento superabundante en la Encarnación del Hijo de Dios.

De hecho, la Virgen María no sólo concibió, sino que lo hizo por obra del Espíritu Santo, es decir, de Dios mismo. El ser humano que comienza a vivir en su seno toma la carne de María, pero su existencia deriva totalmente de Dios. Es plenamente hombre, hecho de tierra –para usar el símbolo bíblico–, pero viene de lo alto, del cielo. El hecho de que María conciba permaneciendo virgen es, por consiguiente, esencial para el conocimiento de Jesús y para nuestra fe, porque atestigua que la iniciativa fue de Dios y sobre todo revela quién es el concebido. Como dice el Evangelio: "Por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35). En este sentido, la virginidad de María y la divinidad de Jesús se garantizan recíprocamente.

Por eso es tan importante aquella única pregunta que María, "turbada grandemente", dirige al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?" (Lc 1, 34). En su sencillez, María es muy sabia: no duda del poder de Dios, pero quiere entender mejor su voluntad, para adecuarse completamente a esa voluntad. María es superada infinitamente por el Misterio, y sin embargo ocupa perfectamente el lugar que le ha sido asignado en su centro. Su corazón y su mente son plenamente humildes, y, precisamente por su singular humildad, Dios espera el "sí" de esa joven para realizar su designio. Respeta su dignidad y su libertad. El "sí" de María implica a la vez la maternidad y la virginidad, y desea que todo en ella sea para gloria de Dios, y que el Hijo que nacerá de ella sea totalmente don de gracia.

Queridos amigos, la virginidad de María es única e irrepetible; pero su significado espiritual atañe a todo cristiano. En definitiva, está vinculado a la fe: de hecho, quien confía profundamente en el amor de Dios, acoge en sí a Jesús, su vida divina, por la acción del Espíritu Santo. ¡Este es el misterio de la Navidad! A todos os deseo que lo viváis con íntima alegría.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

96. Con el IV domingo de Adviento, la Navidad está ya muy próxima. La atmósfera de la Liturgia, desde los reclamos corales a la conversión, se traslada a los acontecimientos que circundan el Nacimiento de Jesús. Un cambio de dirección evidenciado en el Prefacio II del tiempo de Adviento. «La Virgen concebirá» es el título de la primera lectura del año A. Cierto es que todas las lecturas, de los profetas a los Apóstoles y a los Evangelios, giran en torno al misterio anunciado a María por el arcángel Gabriel. (Lo que se dice aquí a propósito de los Evangelios de los domingos y de los textos del Antiguo Testamento puede ser aplicado también al Leccionario ferial del 17 al 23 de diciembre).

97. En el Evangelio del año B se lee la narración de la Anunciación de Lucas; a la que sigue, en el mismo evangelio, la Visitación, que se lee en el año C. Estos acontecimientos ocupan un lugar destacado en la devoción de muchos católicos. La primera parte de la oración, el ***Ave María***, considerada entre las más hermosas, se compone de las palabras dirigidas a María por el Arcángel Gabriel y por Isabel. La Anunciación es el primer misterio gozoso del Rosario; la Visitación, el segundo. La oración del ***Ángelus*** es una meditación ampliada de la Anunciación, recitada por muchos fieles cada día (por la mañana, al mediodía y por la noche). El encuentro entre el arcángel Gabriel y María, sobre la que desciende el Espíritu Santo, está representado en múltiples obras del arte cristiano. En el IV domingo de Adviento, el homileta tendría que trabajar sobre esta sólida base de la devoción cristiana y, así, conducir a los fieles hacia una comprensión más profunda de estos admirables acontecimientos.

98. «El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo». El poder y la fuerza de aquella hora nunca han disminuido. Ahora se siente de nuevo mientras de ella se impregna la asamblea en la que se proclama el Evangelio. Forja la hora peculiar de la celebración comunitaria. Estamos absortos en su Misterio. En cierto modo estamos presentes en la escena. Vemos al ángel que se presenta delante de la Virgen María en Nazaret de Galilea (también la Iglesia está contemplando la escena, siguiendo con estupor el drama de su encuentro, su intercambio de palabras). Mensaje divino, respuesta humana. Pero, mientras observamos, tomamos conciencia de que en esta visión no estamos aceptados sólo como simples espectadores. Cuanto ha sido ofrecido a María (acoger al Hijo de Dios en su seno) nos es ofrecido, en cierto modo, a cada una de las asambleas de fieles y a cada uno de los creyentes en la Liturgia del domingo IV de Adviento. En Navidad, ya dentro de pocos días, se nos va a entregar. Justo como ha dicho Jesús: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

99. La primera lectura del Año B, del segundo Libro de Samuel, nos invita a dar un paso atrás respecto a esta escena, incluso manteniendo la mirada fija en ella. La lectura nos ofrece una visión más amplia, la historia de la dinastía de David. La intención es la de ayudarnos a mirar con atención en los siglos que han transcurrido en esta historia hasta que surge, finalmente, el ángel delante de María. Es útil, por tanto, para el homileta ayudar a las personas a observar todo el escenario del acontecimiento. El generoso David

está inspirado por un pensamiento noble, es decir, construir una casa para el Señor. ¿Por qué, se pregunta David, ahora que se ha establecido en su casa y ha obtenido una tregua en torno a sus enemigos gracias a la intervención del Señor, por qué Él tendría que continuar viviendo en el arca debajo de una tienda? ¿Por qué no una casa, un templo, para el Señor? Pero el Señor da a David una respuesta del todo inesperada. A la generosa oferta de David, el Señor responde con su generosidad divina superando enteramente lo que David ofrecía o nunca habría podido imaginar. Revocando la oferta de David, el Señor dice: «Tu no construirás una casa para mí», «el Señor te anuncia que te va a edificar una casa» (cf. 2 Sam 7, 11), refiriéndose así a la dinastía de David que «dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad» (Sal 72, 5).

100. Volviendo a la escena central de esta narración, vemos cómo la promesa hecha a David se ha cumplido de manera definitiva y, una vez más, de manera inesperada. María está «desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David» (Lc 1, 27). El Ángel anuncia a María que dará a luz un Hijo, diciendo: «El Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lc 1, 32). María misma es, de este modo, la casa que el Señor construye para el auténtico Hijo de David. Incluso, el deseo de David de construir una casa para el Señor se cumple de modo misterioso: con las palabras «hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1, 38), la Hija de Sión, por medio de su consentimiento de fe, en un instante construye un templo digno para el Hijo del Dios Altísimo.

101. El misterio de la Concepción Virginal de María es también el tema del Evangelio del Año A pero, en este caso, la narración se desarrolla desde el punto de vista de José, como nos narra Mateo. La primera lectura es un breve pasaje de Isaías en el que el profeta pronuncia la conocida frase: «Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Esta lectura puede ofrecer al homileta la ocasión para explicar cómo la Iglesia ve, justamente, el cumplimiento de los textos del Antiguo Testamento en los acontecimientos de la vida de Jesús. En el pasaje de Mateo, la asamblea escucha los detalles referidos, que circundan el Nacimiento de Jesús, concluyendo con la frase: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta». Un profeta habla en la historia, en circunstancias concretas. En el 734 a.C., el rey Acaz tenía que hacer frente a un enemigo poderoso; el profeta Isaías le exhortó a tener fe en el poder que Dios tenía para liberar Jerusalén, y ofreció al rey un signo enviado por el Señor. Cuando el rey, con hipocresía, lo rechazó, el contrariado Isaías le anunció que le sería dado, de todas formas, un signo, el signo de una Virgen, cuyo Hijo sería llamado Emmanuel. Pero ahora, por medio del Espíritu Santo, que ha hablado por el profeta, cuanto tenía sentido en aquellas precisas circunstancias históricas se amplía para conformarse en una circunstancia histórica mucho mayor: la Venida del Hijo de Dios que se hace carne. Todas las profecías y toda la historia, en definitiva, hablan de esto.

102. El homileta, una vez presentado este argumento, puede considerar la narración bien construida de Mateo. El evangelista se preocupa de mantener en equilibrio dos verdades sobre Jesús: que es el Hijo de David y que es el Hijo de Dios. Ambas son verdades

esenciales para comprender quién es Jesús. Tanto María como José interpretan un papel preciso en el cumplimiento de este entrelazarse armónico del misterio.

103. Como hemos visto en la Anunciación en el contexto de la Historia de Israel, también la genealogía que precede a este Evangelio ofrece una clave importante para su interpretación. (La genealogía se lee el 17 de diciembre y en la Misa de la Vigilia de Navidad). El Evangelio de Mateo inicia solemnemente con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán». Continúa la narración tradicional de todas las generaciones: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así en adelante, pasando por David y sus descendientes, hasta José, donde el relato sufre un imprevisto y marcado cambio: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». Resulta singular y extraordinario cómo el texto no prosigue diciendo: «José engendró a Jesús», sino que especifica cómo José es el esposo de María, de la cual nació Jesús. Es precisamente en este punto sobre el que recae el peso del IV domingo de Adviento, como viene indicado en el primer versículo: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera». Es decir, en circunstancias notablemente diferentes a todos los nacimientos precedentes, exigiendo, por tanto, esta narración peculiar.

104. La primera información se refiere al hecho que María, ***antes*** de ir a vivir con José, estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Es claro, por tanto, para los que escuchan y leen el pasaje que el niño no es de José sino que es el mismo Hijo de Dios. En la narración, además, esto no está todavía claro para José. El homileta podrá constatar el drama que soporta José. ¿Sospecha la infidelidad de María y por eso decide «repudiarla en secreto»? O quizá ¿tiene alguna intuición de la obra divina, que le lleva a temer de recibir a María como su esposa? Es desconcertante también el silencio de María. Ella, claramente, mantiene el secreto que existe entre ella y Dios, y será Dios quien clarificará la situación. Ninguna palabra humana sería suficiente para explicar un misterio tan grande. Mientras José consideraba estas cosas, un Ángel le revela en sueños que María ha concebido por obra del Espíritu Santo y que no debe temer. La Liturgia del Adviento invita a los fieles a no temer y a acoger, como José, el misterio divino que se está desarrollando en su vida.

105. Un Ángel confirma en sueños a José que María ha concebido por obra del Espíritu Santo. Así, de nuevo, todo se explica: Jesús es el Hijo de Dios. Pero José tendrá que cumplir dos gestos, dos actos que legitimarán el Nacimiento de Jesús a los ojos de la cultura y de la fe judías. El Ángel se dirige a él de modo explícito con estas palabras: «José, Hijo de David», y le ordena llevar a María a su casa, permitiendo que el misterio de ella le trasforme. Después, él tendrá que dar nombre al niño. Estos dos gestos hacen de Jesús «el Hijo de David». La narración de Mateo habría podido continuar con estas palabras: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor», mientras que, por el contrario, la narración viene interrumpida por la profecía de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta», para citar después el versículo profético que hemos escuchado en la primera lectura. Lo que Isaías dijo a Acaz es poca cosa al respecto. Ahora la palabra «Virgen» se toma al pie de la letra,

y Ella concibe por obra del Espíritu Santo. Y qué decir del nombre que tendrán que dar al niño ¿Emmanuel? Mateo, a diferencia de Isaías, explica su significado: «Dios-con-nosotros». También estas palabras, como indican las circunstancias, están tomadas al pie de la letra. José, el Hijo de David, lo llamará Jesús; pero el misterio más profundo de su nombre es «Dios-con-nosotros».

106. En la segunda lectura de este mismo domingo, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, escuchamos un lenguaje teológico más antiguo y primitivo que el de Mateo pero que ya nos revela la importancia del equilibrio armónico en los títulos que expresan el Misterio de Jesús. San Pablo habla del «Evangelio que se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano de la estirpe de David; constituido, Hijo de David, con pleno poder por su Resurrección de la muerte». San Pablo ve ratificado el título de «Hijo de Dios» en la Resurrección de Jesús. San Mateo, como hemos visto con anterioridad, cuando explica el nombre del Emmanuel con el significado de «Dios-con-nosotros», expresa tal comprensión del Señor resucitado, haciendo referencia al principio de su existencia humana.

107. A pesar de ello, es Pablo quien muestra directamente el modo de relacionar lo que escuchamos en estos textos. Después de haber llamado con solemnidad a aquel que es el centro de su Evangelio «Hijo de David e Hijo de Dios», Pablo designa a los gentiles como los que están llamados «por Cristo Jesús». Además, los define como «a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo». El homileta debe mostrar cómo este lenguaje se aplica también a nosotros. Los cristianos escuchan la maravillosa historia del Nacimiento de Jesucristo que cumple de modo admirable lo que había sido prometido por medio de los profetas, pero después escuchan también una palabra sobre ellos: estamos llamados a pertenecer a Jesucristo, estamos llamados por Dios y estamos llamados a ser santos.

***

La Anunciación

"... CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO, NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN"

I. CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU

SANTO ...

484. La anunciación a María inaugura la plenitud de "los tiempos" (Gal 4, 4), es decir el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará "corporalmente la plenitud de la divinidad" (Col 2, 9). La respuesta divina a su "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" (Lc 1, 34) se dio mediante el poder del Espíritu: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc 1, 35).

485. La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo (cf. Jn 16, 14-15). El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y

fecundarla por obra divina, él que es "el Señor que da la vida", haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

486. El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es "Cristo", es decir, el ungido por el Espíritu Santo (cf. Mt 1, 20; Lc 1, 35), desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores (cf. Lc 2, 8-20), a los magos (cf. Mt 2, 1-12), a Juan Bautista (cf. Jn 1, 31-34), a los discípulos (cf. Jn 2, 11). Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará "cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10, 38).

II. ... NACIDO DE LA VIRGEN MARIA

487. Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo.

La predestinación de María

488. "Dios envió a su Hijo" (Ga 4, 4), pero para "formarle un cuerpo" (cf. Hb 10, 5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a "una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (Lc 1, 26-27):

El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida (LG 56; cf. 61).

489. A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10-14; 21, 1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación" (LG 55).

La Inmaculada Concepción

490. Para ser la Madre del Salvador, María fue "dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante" (LG 56). El ángel Gabriel en el momento de la anunciación la saluda como "llena de gracia" (Lc 1, 28). En efecto, para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios

491. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María "llena de gracia" por Dios (Lc 1, 28) había sido redimida desde su concepción. Es lo que confiesa el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por el Papa Pío IX:

... la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda la mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano (DS 2803).

492. Esta "resplandeciente santidad del todo singular" de la que ella fue "enriquecida desde el primer instante de su concepción" (LG 56), le viene toda entera de Cristo: ella es "redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo" (LG 53). El Padre la ha "bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1, 3) más que a ninguna otra persona creada. El la ha elegido en él antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor (cf. Ef 1, 4).

493. Los Padres de la tradición oriental llaman a la Madre de Dios "la Toda Santa" ("Panagia"), la celebran como inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura" (LG 56). Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida.

"Hágase en mí según tu palabra ..."

494. Al anuncio de que ella dará a luz al "Hijo del Altísimo" sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 28-37), María respondió por "la obediencia de la fe" (Rm 1, 5), segura de que "nada hay imposible para Dios": "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 37-38). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y , aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención (cf. LG 56):

Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, "por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano". Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar "el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe". Comparándola con Eva, llaman a María `Madre de los vivientes' y afirman con mayor frecuencia: "la muerte vino por Eva, la vida por María". (LG. 56).

Jesús es el Hijo de David

439. Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26;11, 27), pero no sin reservas porque una

parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

La virginidad de María

496. Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido "absque semine ex Spiritu Sancto" (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): "Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente" (Smyrn. 1-2).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559. ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de "David, su Padre" (Lc 1, 32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación ("Hosanna" quiere decir "¡sálvanos!", "Danos la salvación!"). Pues bien, el "Rey de la Gloria" (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los "pobres de Dios", que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el "Sanctus" de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

Jesús escucha la oración

2616. La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf Mc 1, 40-41; Jairo: cf Mc 5, 36; la cananea: cf Mc 7, 29; el buen ladrón: cf Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: "Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis" ("Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros", Sal 85, 1; cf IGLH 7).

"La obediencia de la fe"

143. Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La Sagrada Escritura llama "obediencia de la fe" a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rom 1, 5; 16, 26).

Artículo 1. CREO

I. LA OBEDIENCIA DE LA FE

144. Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, "el padre de todos los creyentes"

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: "Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11, 8; cf. Gn 12, 1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23, 4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11, 17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11, 1). "Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia" (Rom 4, 3; cf. Gn 15, 6). Gracias a esta "fe poderosa" (Rom 4, 20), Abraham vino a ser "el padre de todos los creyentes" (Rom 4, 11.18; cf. Gn 15, 15).

147. El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual "fueron alabados" (Hb 11, 2.39). Sin embargo, "Dios tenía ya dispuesto algo mejor": la gracia de creer en su Hijo Jesús, "el que inicia y consuma la fe" (Hb 11, 40; 12, 2).

María: "Dichosa la que ha creído"

148. La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que "nada es imposible para Dios" (Lc 1, 37; cf. Gn 18, 14) y dando su asentimiento: "He aquí la esclava

del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Isabel la saludó: "¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc 1, 45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1, 48).

149. Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. Lc 2, 35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el "cumplimiento" de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

"Hágase en mí según tu palabra ..."

494. Al anuncio de que ella dará a luz al "Hijo del Altísimo" sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 28-37), María respondió por "la obediencia de la fe" (Rm 1, 5), segura de que "nada hay imposible para Dios": "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 37-38). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y , aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención (cf. LG 56):

Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, "por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano". Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar "el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe". Comparándola con Eva, llaman a María `Madre de los vivientes' y afirman con mayor frecuencia: "la muerte vino por Eva, la vida por María". (LG. 56).

La fe

2087. Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. S. Pablo habla de la "obediencia de la fe" (Rm 1, 5; 16, 26) como de la primera obligación. Hace ver en el "desconocimiento de Dios" el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (cf Rm 1, 18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en él y dar testimonio de él.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Aquí está la esclava del Señor

En la liturgia del Adviento hay como una progresión. En la primera semana, la figura dominante era Isaías, el profeta que anunció desde tiempos lejanos la venida del Mesías; en la segunda y en la tercera semana es Juan el Bautista, el precursor, que señala al Mesías ya presente; en la cuarta semana, la figura central, la guía espiritual, es María, la Madre que da a luz al Mesías.

El fragmento evangélico comienza con unas sencillas palabras: «En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret». Sin embargo, como de costumbre, nosotros debemos centrarnos en un punto y este punto son las palabras, que pronuncia María al final de todo: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en tú según tu palabra».

Con estas palabras María ha consumado su acto de fe. Ha creído, ha aceptado a Dios en su vida, se ha entregado a Dios. Con aquella su respuesta al ángel es como si María hubiese dicho: «Heme aquí, soy como una pequeña mesa encerada: que Dios escriba sobre mí todo lo que quiera». En la antigüedad se escribía sobre pequeñas mesas enceradas; nosotros hoy diríamos: «Soy un folio en blanco: que Dios escriba sobre mí todo lo que él quiera».

Se podría hasta pensar que la de María fue una fe fácil. Llegar a ser madre del Mesías: ¿no era éste el sueño de toda joven hebrea? Pero, nos equivocamos con mucho. Aquél ha sido el acto de fe más difícil de la historia. ¿A quién puede explicarle María lo que a ella le ha sucedido? ¿Quién le va a creer cuando diga que el niño, que lleva en su seno, es «obra del Espíritu Santo»? Esto no ha acaecido nunca antes de ella y no sucederá nunca después de ella. El filósofo Kierkegaard decía que creer es como «perderse por una calle en la que todos los rótulos dicen: ¡Atrás, atrás!; es como llegar a encontrarse con el abierto mar, allí donde hay setenta estadios de profundidad por debajo de ti; es realizar un acto tal que por ello mismo uno se encuentra completamente arrojado en brazos del Absoluto». En verdad, así ha estado para con María. Ella se ha venido a encontrar en una total soledad sin nadie con quien hablar más que con Dios.

María conocía bien lo que estaba escrito en la ley mosaica. Una muchacha, que el día de bodas no fuese encontrada en estado de virginidad, debía ser llevada inmediatamente a la puerta de la casa paterna y ser lapidada (cfr. Deuteronomio 22, 20 s.). María sí que ha conocido el «¡riesgo de la fe!» Carla Carretto, que pasó distintos años en el desierto, narra este suceso. Entre un grupo de Tuareg, que estaban de paso, había conocido yo un día a una muchacha «casada» con un joven; pero que según la costumbre no vivía aún con él como su mujer. Entonces, se acordó de María cuando estaba ella también desposada con José, pero aún no había ido a vivir con él. Después de un tiempo, encontró de nuevo a la gente de aquella tribu y preguntó qué había sido de la muchacha. Notó un silencio embarazoso; después, alguien se le acercó aparte e hizo un gesto significativo: se pasó la mano por debajo la mandíbula. ¡Degollada! El día de la boda se descubrió que no era virgen. De golpe, escribe Carretto, entendí a María: las miradas despiadadas de la gente de Nazaret y los guiñas; entendí su soledad y aquella misma tarde la escogí para siempre como mi maestra de fe y compañera de mi vida.

La fe de María no ha consistido en el hecho de que haya dado su asentimiento a un cierto número de verdades, como cuando nosotros recitamos nuestro Credo. Ha consistido en el hecho de que se ha fiado de Dios, se ha encomendado completamente a

él. Ha admitido a Dios en su vida. Ha dicho su «fiat» a ojos cerrados. Ha creído que «no hay nada imposible para Dios».

Verdaderamente María nunca ha dicho «fiat». Fiat es una palabra latina y María no hablaba latín y ni siquiera griego. ¿Qué habrá dicho en aquel momento?, ¿qué palabra habrá salido de sus labios? Se trata de una palabra que todos, sin quizás estar al tanto de ello, conocemos y repetimos frecuentemente. Ha dicho «amén». Amén era la palabra con la que un hebreo expresaba su consentimiento a Dios. Junto con *Abba*, *Maranatha*, ésta es una de las pocas palabras que los cristianos no se han atrevido a traducir, sino que las han conservado en la lengua en que María y Jesús las habían pronunciado. Con esta breve palabra se dicen muchas cosas: «Si así te place, Señor, así lo quiero también yo». Es como el «sí» alegre y total que pronuncia la esposa al esposo el día de las bodas.

María no ha dado su asentimiento con una triste resignación, como quien dice dentro de sí: «Si no se puede hacer de otra manera, pues bien, que se haga la voluntad de Dios». El verbo puesto en boca de la Virgen por el evangelista (*genoito*) está en optativo, un modo que se usa en griego para expresar alegría, deseo, impaciencia de que algo suceda. Que haya sido el momento más feliz de la vida de María, lo deducimos también por el hecho de que María, inmediatamente después, entona el *Magnificat*: «Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador». Se alegra, esto es, se alboroza, explota de felicidad. La fe hace felices, ¡creer está dotado de hermosura! Es el momento en que la criatura realiza la finalidad por la que ha sido creada libre e inteligente.

Pero, precisamente, esto es lo que el hombre de hoy encuentra difícil y que les mantiene a muchos en la incredulidad. Decirle amén a alguien, que fuese hasta Dios, se cree que sea como lesivo para la propia libertad e independencia. Disentir, no consentir, parece ser la palabra de orden o mandato; en todos los ámbitos: político, cultural, social, familiar.

Pero ¿cuál es la alternativa? El pensamiento moderno, que parte de estas premisas, ha llegado después, por su cuenta, a la conclusión de que decir amén en la vida exigida es inevitable. Y, si no se le dice a Dios, es necesario decirlo a cualquier otro: a la fatalidad, al destino. El hombre no tiene otro medio para forjar la auténtica propia existencia que aceptar su destino, que está fijado para siempre por la historia y por la sociedad a la que uno pertenece. Existencia auténtica es «vivir para la muerte» (Heidegger). La famosa libertad, que se buscaba, se reduce a hacer de la necesidad una virtud, a una inevitable resignación. «El amor del destino: que esto sea de ahora en adelante mi amor», ha escrito uno de estos filósofos, Nietzsche.

Pero, dejemos aparte a los demás, los no creyentes, y más bien respetemos su libertad de conciencia. La fe es el secreto para hacer o vivir una verdadera Navidad y expliquemos en qué sentido. San Agustín ha dicho que «María ha concebido por la fe y ha parido por la fe»; «concibió a Cristo antes en el corazón que en el cuerpo». Nosotros no podemos imitar a María en el concebir y dar a luz físicamente a Jesús; podemos y

debemos, por el contrario, imitarla en concebirlo y darlo a la luz espiritualmente, mediante la fe. Creer es «concebir» y dar carne a la palabra. Nos lo asegura Jesús mismo diciéndonos que quien acoge su palabra llega a ser para él «hermano, hermana y madre» (cfr. Marcos 3, 33).

Veamos, por lo tanto, cómo actuar para concebir y dar a luz a Cristo. Concibe Cristo a la persona, que toma la decisión de cambiar de conducta, de dar un cambio a su vida. Jesús da a luz a la persona que, después de haber tomado aquella resolución, la traduce en acto con algún cambio concreto y visible en su vida y en sus costumbres. Por ejemplo, si blasfema, ya no blasfema más; si tenía una relación ilícita, la rompe; si cultivaba el rencor, hace la paz; si no se acercaba nunca a los sacramentos, vuelve; si era impaciente en casa, busca mostrarse más comprensivo; etc.

Al sentarse a la mesa en la última cena, Jesús dijo: «He deseado ardientemente celebrar esta Pascua con vosotros» (Lucas 2, 15). Ahora, quizás, dice lo mismo respecto a la Navidad: «He deseado ardientemente celebrar esta Navidad con vosotros». Esta Navidad que tiene por pesebre y cuna el corazón y que no se celebra fuera sino dentro.

La conclusión práctica de esta nuestra reflexión es decir también nosotros un hermoso amén, sí, en la situación en que nos encontramos en este momento. Si queremos estar aún más cercanos a María, usemos sus mismas palabras y digamos: «He aquí la esclava (o el esclavo) del Señor: hágase en mí según tu palabra».

¿Qué regalo le llevaremos este año al Niño que nace? Sería extraño que hiciéramos regalos a todos, excepto al agasajado. Una oración de la liturgia ortodoxa nos sugiere una idea maravillosa: «¿Qué te podemos ofrecer, oh Cristo, a cambio de haberte hecho hombre por nosotros?» Toda criatura te ofrece el testimonio de su gratitud: los ángeles su canto, los cielos la estrella, los Magos los dones, los pastores la adoración, la tierra una cueva o gruta, el desierto el pesebre. Pero ¡nosotros, nosotros te ofrecemos a una Madre Virgen!»

¡Nosotros, esto es, la humanidad entera te ofrecemos a María!

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Dispuestos a recibir a Jesús

No hay nada imposible para Dios. Esas son palabras sabias y verdaderas de la boca del ángel del Señor, anunciando el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, que fue engendrado por obra del Espíritu Santo en el vientre virgen de la mujer que, para ser madre de Él, Dios había creado.

Ella dijo “sí”, y la Palabra del Señor se hizo en ella. El Señor ha obrado en ella maravillas. Es obra del Señor. Pero Él, aun siendo todopoderoso, cumpliendo su promesa

de respetar la libertad que Él mismo les dio a los hombres para decidir por su propia voluntad, se dignó enviar a su ángel como mensajero, para preguntar a su humilde esclava si aceptaba su divina voluntad. Y dijo "sí, hágase en mí según tu palabra".

Y desde ese momento, todas sus palabras, obras, oraciones, súplicas, acciones de gracias, y su vida entera, fueron, para el cielo y la tierra, dichos y hechos en la persona de la Madre de Dios.

Ese es el poder que, a cambio de su "sí", Él le dio. Y por ese Niño, fruto bendito de su vientre, les dio el poder a los hombres de ser y obrar, pedir, suplicar y orar como verdaderos hijos de Dios.

Ese es un misterio, en el que cada hombre bautizado debe meditar, y como hijos la voluntad de Dios aceptar, para que se haga en cada uno según su palabra, y tengan la disposición de recibir a Jesús como lo recibió ella: primero en su corazón.

Recíbelo tú, escuchando, no de boca del ángel del Señor, sino con palabras del mismo Cristo, de boca de sus sacerdotes, –quienes han dicho "sí" al ser ordenados, y desde entonces hablan, obran, actúan en su persona, en la persona de Cristo–, "este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre", y dile "sí, ven Señor a mí, y hágase en mí según tu Palabra".

Ese es el fiat de los hombres cuando viven como dignos hijos de Dios, y conservan el corazón bien dispuesto para recibirlo.

Esa es la fe que en ti, el Señor y sus ángeles quieren ver".

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Aprendiendo a querer

Dios mío, mientras aguardamos –ya impacientes– la inminente venida de Jesucristo, quisiera escucharte yo también, con mi oído interior atento, sin filtros de prejuicios. No vaya a ser que casi sólo oiga lo de siempre: lo mío, mis palabras, muy razonadas –eso sí–, pero no las tuyas. Necesito librarme de ese monólogo, casi permanente, aunque pierda la tranquilidad y la seguridad de no tener quien se me oponga.

María, que es la misma inocencia y no desea otra cosa sino agradar a su Dios, alienta sin cesar su disposición de servir a su Señor. Vive todos los días de la ilusión por complacerle en cada detalle, poniendo todo su ser en amarle. Se siente contemplada por su Creador y a la vez segura, sabiendo que Él conoce hasta el más delicado movimiento de su espíritu, mientras ella, llena de paz y alegre como nadie, va plasmando en sus obras el amor que le tiene.

María **se turbó**, dice el evangelista. Acababa de escuchar un singular saludo, que era la más grande alabanza jamás pronunciada. Con su clarísima inteligencia había entendido bien: era un saludo de parte de Dios, un saludo afectuoso a Ella de parte del Creador. Las palabras que escucha indican que el mensajero viene de parte del Altísimo, que conoce la intimidad habitual entre Dios y Ella; por eso se dirige a María, pero no por su nombre. En María, lo más propio, más aún que su nombre, es su plenitud de Gracia. Así la llama el Ángel: **Llena de Gracia**. Es la criatura que tiene más de Dios, a quien el Creador más ha amado. Y María correspondió siempre, del todo y libremente, con su amor al amor divino.

A partir de la disposición de María el Ángel le transmite su mensaje. Como afirma el Papa, Dios "busca al hombre movido por su corazón de Padre": no debemos temer a Dios. Las palabras de Gabriel –tan intensas– y lo inesperado del mensaje, posiblemente sobrecogieron a Nuestra Madre, pero no tenía por qué temer, le dice el Ángel. Su presencia ante ella, por el contrario, era motivo de gran gozo: el Señor la había escogido entre todas las mujeres, entre todas las que habían existido y las que existirían: el Verbo Eterno iba a nacer como Hombre, para redimir a la humanidad, y Ella sería su Madre.

¿Tenemos miedo a Dios? De Él sólo podemos esperar bondades, aunque nos supongan una cierta exigencia. ¿Tememos preguntarnos si nuestras conductas son de su agrado, no sea que debamos rectificar? Queramos mirar al Señor cara a cara, francamente, como mira un niño ilusionado el rostro de su padre, esperando siempre cariño, comprensión, consuelo, ayuda…

No se puede pensar en la respuesta de María como en algo independiente de sus disposiciones habituales; su sí a Dios vino a ser la formalización actual de lo que siempre había querido.

Señor, que vea; te pido como Bartimeo, aquel ciego al que curaste. Que Te vea. Que vea qué esperas de mí. Quiero escuchar tu llamada, en cada circunstancia de mi vida y, como María, para mi vida entera… Entiendo que conoces los detalles de mi andar terreno y prevés lo que llamo bueno y lo que llamo malo y que todo es ocasión de amarte. Ayúdame a intentarlo sinceramente, de verdad. **Enséñame a hacer tu voluntad, porque eres mi Dios**, te pido con el Salmista. Enséñame a confiar en tu Bondad omnipotente.

No temas, María –le dice Gabriel, antes incluso de manifestarle en detalle la Voluntad del Señor. Y, luego, el mensaje mismo incluye los motivos de seguridad y optimismo: que cuenta con todo el favor de Dios y que será obra del Espíritu Santo la concepción y mantendrá su virginidad… Finalmente, recibe también una prueba de otra acción poderosa de Dios: la fecundidad de Isabel, **porque para Dios no hay nada imposible**, concluye el arcángel.

Cuando nos habituamos a contemplar a Dios –Señor de la historia: de la mía– presente en los sucesos de cada jornada, tenemos paz. Lo sentimos como un Padre inspirando y protegiendo cada paso nuestro: queriéndonos. Porque nos comprende y nos

sonríe con el cariño afectuoso de siempre. También cuando, quizá sin darnos mucha cuenta, tratamos rebajar la exigencia, "escurrir el bulto". Es que no es obligatorio, pensamos. Y le escuchamos en el fondo del alma: ¿Me quieres? Y ya sabemos que a la pregunta por el amor se responde con la vida: "que obras son amores…"

Ayúdame, Señor, a decirte siempre que sí. Auméntame la fe para ver más claramente qué esperas de mí cada mañana y cada tarde. El "sí" de María, el día de la Anunciación, fue a ser Madre de Dios. El Verbo se hizo humano en sus entrañas, por el Espíritu Santo y su consentimiento. Nuestros "sí" a Dios de todos los días se parecen a los que Nuestra Madre pronunciaba de continuo, amando a Dios en cada momento y circunstancia de la vida. Eran en María enamoradas afirmaciones –silenciosas casi siempre– de una conversación que no termina, como no terminan nunca las palabras de los enamorados aunque solo se miren. Madre mía enséñame a querer.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

El Verbo se hizo carne

El nacimiento de un niño no es nunca un comienzo absoluto; es más la continuación, o mejor, la conclusión de un evento. Antes de su "venida a la luz", está su "venida al ser" que se realiza en el instante íntimo y sagrado de su concepción. Así sucede también con el nacimiento de Cristo: éste no es sino la manifestación de un misterio mucho más grande que se cumplió antes en el seno de María: el misterio de la Encarnación del Verbo. Un misterio tan grande que implica a la Trinidad entera: el Padre por medio de su poder que es el Espíritu Santo engendra nuevamente a su Hijo en el tiempo y en la carne.

A la luz de esta verdad, el Adviento adquiere de pronto un nuevo significado: es espera de que se revele el misterio escondido desde siglos eternos en Dios (2da lectura) y desde nueve meses también escondido en María. La liturgia quiere introducirnos hoy en esta nueva dimensión del Adviento. Por eso, en el pasaje evangélico Juan Bautista cede el puesto a María, la profecía a la realidad.

El misterio de la Encarnación nos es presentado en la página de Lucas que narra la Anunciación. Al principio, ésta resuena como una simple propuesta por parte de Dios: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y extenderá su sombra el poder del Altísimo. Aquel que nacerá será por tanto santo y será llamado Hijo de Dios*. La propuesta de Dios se somete al "sí" de la creatura, pero se sabe ya que aquel "sí", aun permaneciendo libre, será dado, tanto que Dios ya adelantó su señal: Isabel que era estéril está en el sexto mes de su embarazo. Al evangelio de la Anunciación en Lucas le falta, extrañamente, la conclusión. La Anunciación, de hecho, no termina con el "sí" de María (*Hágase en mí según tu palabra*) y tampoco con la "partida del ángel", sino con la venida del Verbo. La conclusión debemos buscarla en el evangelio de Juan cuando dice: *Y el Verbo se hizo carne y habitó*

entre nosotros (Jn 1, 14). La perfecta continuidad entre el tercero y el cuarto evangelio, en este punto, es expresada en la oración del *Angelus*: El ángel del Señor anunció a María...; He aquí la servidora del Señor...; y el Verbo se hizo carne.

¿Dónde encontrar, en el Antiguo Testamento, una lectura que anunciara este misterio? En ninguna parte. Este constituye, de hecho, una novedad absoluta, lo totalmente inesperado respecto de toda profecía. Cuando los profetas hablaban de una venida de Dios entre los hombres, pensaron en una condescendencia, en una venida "en gracia" o "en gloria" como aquélla del éxodo o sobre el Sinaí. Jamás en una venida en carne y hueso, es decir, en "persona". A este silencio del Antiguo Testamento la liturgia trató de poner remedio haciéndonos escuchar, en la primera lectura, la profecía de Natán. Dios rechaza el proyecto de edificarle una casa terrena y anuncia el proyecto de edificarle una casa eterna a David. Quizás la profecía está precisamente en la primera parte, es decir, en el rechazo de Dios de dejarse encerrar en un arca y en un templo de piedras, dejando así entrever una casa bien distinta que él mismo se habría construido en la descendencia de David. La tradición cristiana vio en María la nueva arca de Dios y en la carne del Verbo el nuevo templo de Dios entre los hombres (Jn 2, 19, 21: *Destruid este templo...,* él hablaba de su cuerpo). Con la Encarnación del Verbo, Dios se construyó realmente una tienda en medio de nosotros (cfr. Jn.1, 14).

De la Encarnación se puede hablar en clave teológica y en clave moral o espiritual. Al pueblo cristiano se le habló hasta ahora sólo en clave moral o edificante; es decir, se le habló de los efectos de la Encarnación, pero jamás de la unión hipostática que es el corazón de este misterio. Ésta se mantuvo como asunto exclusivo de los teólogos. Se creyó imposible llevar este misterio al nivel de la comprensión del pueblo. Pero es un monopolio que hay que romper comenzando por suscitar en el pueblo cristiano el deseo de conocer estas cosas y de sentírselas explicar en términos adecuados, en el ámbito de los grupos bíblicos, de las escuelas de la fe y en otras ocasiones parecidas que se van creando en la Iglesia. Es necesario que dejemos de dar escorpiones al que pide pan, de dar cosas aguadas y moralizadoras ("la leche") al que pide "alimento sólido" (cfr. 1 Cor 3, 2). El deseo ardiente de algunos cristianos de comprender la profundidad de la propia fe se revela a menudo como un factor de comprensión mejor que años y años de preparación teológica, hechos escolásticamente y sin pasión.

Unión hipostática o personal, significa simplemente esto: en la Encarnación se realizó entre Dios y el hombre una unión tan íntima y profunda que constituye de dos un solo ser, o –como lo ha definido el Concilio de Calcedonia– "una sola persona": Jesucristo. Aquél que antes hablaba a los hombres por medio de los profetas –es decir, desde lejos o por lo menos, desde fuera de la humanidad– ahora nos habla en el Hijo, es decir, desde dentro de la humanidad (cfr. Hebr 1, 1, ssq.). Desde dentro de la humanidad, pero también desde dentro de la Trinidad, porque el hijo nacido de María no es otro que el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad.

Dios se "anidó" en el seno de la humanidad para engendrar una nueva vida. Como es imposible separar las aguas de los ríos que han de confluir en uno, así (aun infinitamente más) es imposible separar en Cristo humanidad y divinidad. De ahí resulta que está realizándose ahora en el mundo un diálogo estable entre Dios y el hombre. Un diálogo cercano e íntimo porque el "yo" y el "tú" son aquí la misma persona. No ya: Así dice Dios, sino Yo les digo, y es cosa maravillosa que todos puedan entrar en este diálogo; todos pueden hacer lo propio en la oración; todos podemos volvernos a Dios como hijos en el Hijo. Nosotros, en otras palabras, podemos decir a Dios: *Abbá*, porque ha habido Encarnación.

La Encarnación funda también todo el empeño moral del cristiano. Un empeño que se define, de costumbre, como imitación de Cristo. Llegado a ser hombre, Cristo puede decir ahora al hombre: Aprendan de mí; vengan en pos de mí. A la moral basada en la ley sigue la moral basada en el seguimiento de Cristo.

Pero quizás antes que la imitación de Cristo por parte del hombre, hay que recordar con fuerza que hubo una imitación del hombre por parte de Cristo. He aquí cómo la expresa poéticamente Péguy:

"Se habla siempre, dice Dios, de la imitación de Jesucristo que es la imitación, la fiel imitación de mi hijo por parte de los hombres... Pero no se debería olvidar que mi hijo había comenzado con aquella singular imitación del hombre. Singularmente fiel. La cual ha sido llevada hasta la identidad perfecta cuando tan fielmente, tan perfectamente, revistió la suerte mortal. Cuando tan fielmente, tan perfectamente, él imitó el nacer, 'el sufrir, el vivir, el morir" (*Le mystere des Saints Innocents*).

Toda nuestra posibilidad y toda nuestra esperanza se fundan ahora sobre esta imitación divina del hombre; nosotros podemos imitar a Cristo y hacer con él un "solo espíritu" (1 Cor. 6, 17) porque él, primero, se dignó hacer con nosotros "un solo cuerpo", cuando se hizo carne y habitó entre nosotros. Dios y el hombre –dice un Padre de la Iglesia– se sirven mutuamente de modelo: *Dios se hace semejante al hombre, por amor del hombre y así el hombre puede hacerse semejante a Dios* (san Máximo Confesor, en PG 91, 1113).

A la luz de la Encarnación, el empeño moral del cristiano adquiere el aspecto de un empeño para el hombre y para el mundo. El Verbo se hizo carne significa también que Dios se hundió en toda la realidad humana y terrena, que se comprometió con ella. De modo real, no docetista; no gustándola, por así decirlo, con la punta del dedo, sin pasar a través de todo su opaco espesor de miseria y de dolor. Dios ha hecho así nuevamente suyo este mundo salido de sus manos. Ha hecho suya la vida, el sufrimiento, el dolor, el sudor de la frente y el alimento; hizo suyo no sólo aquello que era suyo, sino también aquello que era del hombre y del pecado del hombre. Nada puede ser ahora extraño y demasiado material para el cristiano, menos que menos su cuerpo. *Todas las cosas son puras a los*

puros (Tit 1, 15): todo es puro para quien es puro de corazón; sólo aquello que sale del corazón malvado mancha al hombre.

Jesús en su vida ha sido coherente con su Encarnación: era libre frente a las cosas (es decir, pobre y desapegado), pero interesado y sensible a las cosas. Sabe admirar y gozar de ellas, sin querer tomarlas para sí; sus parábolas son un testimonio vivo de su manera libre y limpia de mirar las flores, los pájaros, la mujer, el comer, el beber, el dormir.

Decía: sensible a las cosas; debo agregar: sensible sobre todo a una cosa, a saber, al sufrimiento que es la nota más doliente de este mundo: *Anunciar el Reino de Dios y curar a los enfermos* (Lc 9, 2), constituyen para Cristo dos preocupaciones inseparables. ¿Los pobres? Hoy se habla mucho de ellos; pero ¿será verdad que "nos importan los pobres" más de lo que le importaban a Judas? (cfr. Jn.12, 6). Mirando alrededor, la realidad social del mundo, debemos confesar que no. Un país como el nuestro, que desde años habla de la crisis económica, en Navidad continúa haciendo gastos desorbitantes, muchos de los cuales de puro lujo y por tanto inútiles, cuando no directamente dañinos a la salud, mientras que se sabe que tantos hermanos nuestros no tienen suficientes calorías para mantenerse en pie. El cristiano no debería ver un niño desnutrido y descalzo sin pensar inmediatamente en Cristo Jesús. Él está presente en el niño, más aún, se ha identificado con él (con "los más pequeños entre sus hermanos" como los llama en el evangelio). Nuestra fe en la Encarnación debe traducirse sobre todo en la sensibilidad y empeño por los sufrientes, por los pobres. Aquello que quisiéramos hacer a él para tomar su carne, lo debemos hacer a los hermanos que son su carne expuesta y sufriente.

Recordar su palabra: *Lo han hecho conmigo... No lo han hecho conmigo* (Mt. 25, 40). No debemos venerar la cabeza del Señor que ha resucitado y está en el cielo y pisotear, sin darnos cuenta, sus pies desnudos que están todavía sobre esta tierra; porque los pies desnudos de un niño del tercer mundo son los pies desnudos de Jesús.

Es ésta la "moral de la Navidad". Que el Señor nos fortifique y que nos haga decidirnos a traducirla en la realidad de vida.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en el seminario menor (20-XII-1981)

– La libertad ante la vocación divina

"He aquí la esclava del Señor" (Lc 1, 38).

Estas palabras de María ocupan el centro de la celebración litúrgica de hoy, IV domingo de Adviento.

Estamos ya muy próximos a la solemnidad de la Navidad, y nuestros corazones se inflaman cada vez más en deseos de amor por Aquél que debe venir. En los domingos, las lecturas de la liturgia nos han presentado la figura austera de Juan Bautista, ejemplo luminoso de espera en la humildad y en la clarividencia.

En cambio, hoy tenemos ante los ojos la figura de María, tal como nos la describe el Evangelista Lucas en la clásica escena de la Anunciación. Pensemos en todos los artistas que han reproducido e interpretado ese momento sublime: ¡Cuántos modos diversos de reproducir la experiencia singular y el carácter decisivo de esa hora! Y, sin embargo, todos concuerdan en subrayar la personalidad de María ante el ángel, su profunda actitud de escucha y su respuesta de total disponibilidad: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Ése fue el momento de la vocación de María. Y de ese momento dependió la posibilidad misma de la Navidad. Sin el sí de María, Jesús no hubiera nacido.

– El seminario

Queridos hermanos y hermanas, mis queridos muchachos: ¡Qué lección ésta para todos! Vosotros aquí presentes, sois seminaristas o amigos del seminario, y sois también padres y familiares de estos muchachos. Pues bien, el Evangelio de hoy está realmente adaptado a nuestro encuentro, para hacernos reflexionar sobre el gran tema de la vocación.

Efectivamente, sin el Sí de tantas almas generosas no sería posible continuar haciendo nacer a Jesús en el corazón de los hombres, es decir, llevarles a la fe que salva. Pero precisamente es necesario esto: que el "He aquí" de María se repita siempre de nuevo, y como que reviva en vuestra entrega y en la de muchos como vosotros, para que nunca falte al mundo la posibilidad y la alegría de encontrar a Jesús, de adorarlo y dejarse guiar por su luz, como ya les sucedió a los pobres pastores de Belén y a los Magos que llegaron de lejos. Efectivamente, ésta es la vocación: una propuesta, una invitación, más aún, un afán de llevar al Salvador al mundo de hoy, que tanta necesidad tiene de Él. Una repulsa significaría no sólo rechazar la palabra del Señor, sino también abandonar muchos hermanos nuestros en el error, en el sinsentido, o en la frustración de sus aspiraciones más secretas y más nobles, a las que no saben y no pueden dar respuesta por sí solos.

Demos gracias hoy a María por haber acogido la llamada divina, puesto que su pronta adhesión ha estado en el origen de nuestra salvación. Del mismo modo, muchos podrán también agradeceros y bendeciros a vosotros, porque al aceptar la llamada del Señor, les llevaréis el Evangelio de la gracia (cfr. Hch 20, 24), convirtiéndoos, como escribe San Pablo, en "colaboradores de su alegría" (cfr. 2 Cor 1, 24).

– Familia

Pero para hacer madurar una vocación es necesaria la aportación familiar. La familia es el "primero y mejor semillero de vocaciones a la vida consagrada al reino de Dios" (*Familiaris consortio*, 53); efectivamente, "el servicio llevado a cabo por los cónyuges y padres cristianos en favor del Evangelio es esencialmente un servicio eclesial, es decir, que se realiza en el contexto de la Iglesia entera en cuanto comunidad evangelizada y evangelizadora" (ib.).

Queridos padres aquí presentes: Os exhorto a continuar siendo cada vez más estos hombres y estas mujeres que sienten a fondo los problemas de la vida de la Iglesia, que se hacen cargo de ellos y saben transmitir también a los hijos esta sensibilidad, con la oración, con la lectura de la Palabra de Dios, el ejemplo vivo. Normalmente una vocación nace y madura en un ambiente familiar sano, responsable, cristiano. Precisamente ahí hunde sus raíces y de allí saca la posibilidad de crecer y convertirse en un árbol robusto y cargado de frutos sabrosos.

Por esto, también vosotros, queridos familiares, participáis de la vocación de estos muchachos. También vosotros, en cierto sentido, podéis y debéis responder al Señor: "He aquí, hágase en mí según tu palabra", permitiéndole, y, más aún, entregándole el fruto de vuestro amor recíproco. Y estad seguros que vale la pena comprometerse hasta este punto por el Señor y por la Iglesia.

El ángel dijo a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35). Pues bien, yo os encomiendo de corazón a esta "fuerza" divina y os confío a ella, porque "para Dios nada hay imposible" (Ib.1, 37); al contrario, con su gracia se pueden realizar "cosas grandes", como cantó la Virgen misma en el *Magnificat* (cfr. ib.1, 49).

La Navidad que llega sea rica de luz y de fuerza para todos vosotros: a fin de que podáis descubrir bien el camino que estáis llamados a recorrer en esta vida terrena, podáis emprenderlo con generosa determinación, y podáis sostenerlo con perseverancia y entusiasmo incesante. ¡Amén!

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

María ocupa un lugar muy destacado en el Aviento. Se puede decir que con Ella comenzó la presencia de Dios entre los hombres. Ella lo introdujo en este mundo al secundar el proyecto redentor divino. Cuando el ángel le expone el plan de Dios y Ella lo acepta, tiene lugar uno de los momentos estelares de la Historia. Entonces hubo verdadero Adviento.

La iniciativa es divina, pero se llevará a efecto con la libre cooperación de esta joven hebrea llamada María. ¿Por qué nació Jesucristo de una virgen? No se trata de una

minusvaloración del matrimonio, ni de asegurar la filiación divina de Cristo. Se trata de que quede patente, como recuerda S. Pablo en la 2ª Lectura de hoy, que la salvación del mundo es obra exclusiva de "Cristo Jesús, revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora en los escritos proféticos".

Recordemos brevemente esos escritos del AT que preparan el misterio de María. El inicio lo encontramos en Sara que era estéril y por el poder de Dios concibe en su ancianidad a Isaac, convirtiéndose así en madre del pueblo elegido. Continúa con Ana, la madre de Samuel, que también da a luz siendo estéril. Otro tanto sucede con la madre de Sansón, y con Isabel la madre del Bautista. En todos estos casos, el significado de lo acontecido es el mismo: la salvación no procede del hombre y de su poder sino de Dios. La salvación de Dios se produce allí donde humanamente no cabe esperar nada: el hijo de la promesa nace del seno de una mujer anciana y sin fuerzas y continúa hasta el nacimiento del Salvador del seno virginal de María. Desde la lógica de Dios revelada en la S. Escritura, esto no expresa otra cosa que el carácter gratuito de la salvación ofrecida por Dios a la Humanidad.

Este misterio de la gracia de Dios que se realizó en María nos recuerda la importancia de nuestra colaboración con el proyecto divino de salvación. María se nos muestra como la esclava del Señor, la que no tiene planes personales al margen de los de Dios, la que se pone a su entera disposición: "Hágase en mí según tu palabra". *De que tú y yo nos portemos como Dios quiere, no lo olvides, dependen muchas cosas grandes* (San Josemaría Escrivá).

¿Cómo vamos de obediencia a los mandatos de Dios? ¿Nos damos cuenta de que si asumimos los criterios que Jesucristo propone nos alineamos con los grandes proyectos que Él tiene sobre la Humanidad y trabajamos también por la edificación de una sociedad más justa y pacífica? María declaró en ese jubiloso cántico que entonó en casa de su prima Isabel: que Dios derriba de su pedestal a los soberbios y encumbra a los humildes. Ella misma es una prueba de esta glorificación reservada a quienes secundan los planes de Dios: "Me llamarán bienaventurada todas las generaciones". Así ha sido durante siglos anteriores a nosotros, así es hoy y así será hasta que se cumpla la última hora de la Historia. Ella pasó de ser una aldeanita de un oscuro rincón a convertirse en la mujer más querida y admirada de la tierra.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"Salve, María, Madre de Dios, por quien vino al mundo el autor de la creación y restaurador de las criaturas"

2 S 7, 1-5.8b-11.16: "El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor"

Sal 88, 2-3.4-5.27 y 29: "Cantaré eternamente las misericordias del Señor"

Rm 16, 25-27: “El misterio mantenido en secreto durante siglos ahora se ha manifestado”

Lc 1, 26-38: “Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo”

Natán, decidido partidario de su rey, a pesar de haber ejercido como profeta con dureza ante él, sale al paso de las inquietudes de su señor, prometiéndole un reino que durará por siempre. El profeta no es consciente en aquel instante del alcance de sus palabras. La luz del Nuevo Testamento ilumina tal oscuridad. El Reino permanecerá porque el Mesías heredará el “trono de David, su padre”.

Las diversas citas bíblicas, tan hábilmente recogidas y ordenadas por san Lucas, nos muestra un mosaico de acciones salvadoras de Dios, que dan paso a lo más importante: mostrar que lo que acontece en María, la Encarnación del Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, sólo puede venir de Dios.

El hombre de hoy, dominador de casi todo, no se siente sin embargo autor de su propia salvación. No puede serlo y trata de encontrar la salvación en ideologías, sistemas, métodos, etc.; cualquier cosa con tal de no reconocer que la salvación viene de fuera, viene de Dios. Aquellos que reconocen la dimensión trascendente del hombre, ya han empezado de alguna manera a creer que la salvación tiene su fuente en Dios.

– La Anunciación, comienzo de la plenitud de los tiempos:

“La anunciación a María inaugura la plenitud de «los tiempos», es decir, el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará «corporalmente toda la plenitud de la divinidad». La respuesta divina a su «¿cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1, 34) se dio mediante el poder del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (Lc 1, 35)” (484).

– El Espíritu Santo, enviado para santificar el seno de María:

“La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina” (485).

– La aceptación de María, motivo de alabanza para la Iglesia:

“A partir de esta cooperación de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios. En los innumerables himnos y antífonas que expresan esta oración, se alternan habitualmente dos movimientos: uno «engrandece» al Señor por las «maravillas» que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella en todos los seres humanos; el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios, ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios” (2675).

– “¡Salve María!, ¡Salve María!, criatura la más preciosa de la creación, salve, María, purísima paloma; salve, María, antorcha inextinguible; salve, porque de ti nació el Sol de justicia. Salve, María, morada de la inmensidad, que encerraste en tu seno al Dios inmenso, al Verbo unigénito, produciendo sin arado y sin semilla la espiga inmarcesible…” (San Cirilo de Alejandría, Disc. en Conc. de Efeso).

Se ha cumplido en María cuanto se había dicho de parte de Dios, y por eso crece cada día nuestra esperanza.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

LA VOCACIÓN DE MARÍA. NUESTRA VOCACIÓN

La Virgen, elegida desde la eternidad.

I. Estamos ya muy próximos a la Navidad. Ahora va a cumplirse la profecía de Isaías: Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y se llamará Emmanuel, que significa “Dios con nosotros”.

El pueblo hebreo estaba familiarizado con las profecías que señalaban a la descendencia de Jacob, a través de David, como portadora de las promesas mesiánicas. Pero no podía imaginar tanto: el Mesías iba a ser el mismo Dios hecho hombre.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer. Y esta mujer, elegida y predestinada desde toda la eternidad para ser la Madre del Salvador, había consagrado a Dios su virginidad, renunciando al honor de contar entre su descendencia directa al Mesías. Desde la eternidad fui yo predestinada -dice el libro de los Proverbios, prefigurando ya a Nuestra Señora-, desde los orígenes, antes que la tierra fuese.

Son muchos los frutos que podemos obtener en estos días con el trato y amor a la Virgen. Ella misma nos dice: Como vid eché hermosos sarmientos y mis flores dieron sabrosos y ricos frutos. Yo soy la madre del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza.

Venid a mí cuantos deseáis y saciaos de mis frutos. Porque recordarme es más dulce que la miel, y poseerme, más rico que el panal de miel.

María aparece como la Madre virginal del Mesías, que dará todo su amor a Jesús, con un corazón indiviso, como prototipo de la entrega que el Señor pedirá a muchos.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió al Arcángel Gabriel a Nazaret, donde vivía la Virgen. La piedad popular presenta a María recogida en oración mientras escucha, atentísima, el designio de Dios sobre Ella, su vocación: Dios te salve, llena de gracia, le dice el Ángel…, como leemos en el Evangelio de la Misa de hoy.

Y la Virgen da su pleno asentimiento a la voluntad divina: Hágase en mí según tu palabra. Desde ese momento acepta y comienza a realizar su vocación; consiste esta vocación en ser Madre de Dios y Madre de los hombres.

El centro de la humanidad, sin saberlo, se encuentra en la pequeña ciudad de Nazaret. Allí está la mujer más amada de Dios, Aquélla que es también la más amada del mundo, la más invocada de todos los tiempos. En la intimidad de nuestro corazón, ahora, en nuestra oración personal, le decimos: ¡Madre! ¡Bendita eres entre todas las mujeres!

En función de su Maternidad, fue rodeada de todas las gracias y privilegios que la hicieron digna morada del Altísimo. Dios escogió a su Madre y puso en Ella todo su Amor y su Poder. No permitió que la rozara el pecado: ni el original, ni el personal. Fue concebida Inmaculada, sin mancha alguna. Y le concedió tantas gracias "que por debajo de Dios no se pudiera concebir mayor, y que nadie, fuera de Dios, pudiera alcanzar a comprender". Su dignidad es casi infinita.

Todos los privilegios y todas las gracias le fueron dadas para llevar a cabo su vocación. Como en toda persona, la vocación fue el momento central de su vida: Ella nació para ser Madre de Dios, escogida por la Trinidad Beatísima desde la eternidad

También es Madre nuestra, y en estos días se lo queremos recordar muchas veces. Con una oración antigua, que hacemos nuestra, le podemos decir nosotros: Acuérdate, Virgen Madre de Dios, cuando estés delante del Señor, de decirle cosas buenas de mí.

Nuestra vocación. Correspondencia.

II. La vocación es también en cada uno de nosotros el punto central de nuestra vida. El eje sobre el que se organiza todo lo demás. Todo o casi todo depende de conocer y cumplir aquello que Dios nos pide.

Seguir y amar la propia vocación es lo más importante y lo más alegre de la vida. Pero a pesar de que la vocación es la llave que abre las puertas de la felicidad verdadera, hay quienes no quieren conocerla; prefieren hacer su propia voluntad en vez de la Voluntad de Dios, quedarse en una ignorancia culpable en vez de buscar con toda sinceridad el camino en que serán felices, alcanzarán con seguridad el cielo y harán felices a otros muchos.

El Señor hace llamamientos particulares: también hoy. Nos necesita. Además, a todos nos llama con una vocación santa: una invitación a seguirle en una vida nueva cuyo secreto Él posee: si alguno quiere venir en pos de mí.... Todos hemos recibido por el Bautismo una vocación para buscar a Dios en plenitud de amor. "Porque no es la vida corriente y ordinaria, la que vivimos entre los demás conciudadanos, nuestros iguales, algo chato y sin relieve. Es, precisamente en esas circunstancias, donde el Señor quiere que se santifique la inmensa mayoría de sus hijos.

Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres

son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con Él, para realizar –en el lugar donde estamos– su misión divina.

Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad.

La llamada del Señor a una mayor entrega nos urge, entre otras razones, porque la mies es mucha y los operarios pocos. Y hay mieses que se pierden cada día porque no hay quien las recoja.

Hágase en mí según tu palabra, dice la Virgen. Y la contemplamos radiante de alegría. Nosotros, mientras hacemos nuestra oración, nos podemos preguntar: ¿Busco a Dios en mi trabajo o en mi estudio, en mi familia, en la calle... en todo? ¿Soy audaz en el apostolado? ¿Quiere el Señor algo más de mí?

Imitar a la Virgen en su espíritu de servicio a los demás.

III. Ante la Voluntad de Dios, la Virgen tiene una sola respuesta: amarla. Al proclamarse la esclava del Señor, acepta sus designios sin limitación alguna. En la antigüedad, cuando está plenamente vigente la esclavitud, se valora en toda su fuerza y profundidad esta expresión de María. El esclavo, se puede decir, no tenía voluntad propia, ni otro querer fuera del de su amo. La Virgen acepta con suma alegría no tener otro querer que el de su Amo y Señor. Se entrega al Señor sin limitación alguna, sin poner condiciones.

Imitando a la Virgen, no queramos tener otra voluntad y otros planes sino los de Dios. Y esto en cosas trascendentales para nosotros (en nuestra propia vocación) y en las pequeñas cosas ordinarias de nuestro trabajo, familia, relaciones sociales.

Uno de los misterios del Adviento es el que contemplamos como segundo misterio de gozo del Santo Rosario: la Visitación. Pero vamos a fijarnos en un aspecto concreto del servicio a los demás que lleva consigo la vocación: el orden de la caridad.

Esta delicada visita de nuestra Madre a su prima Santa Isabel es también una manifestación del orden de la caridad. Amor a todos, porque todos son o pueden ser hijos de Dios, hermanos nuestros. Pero amor, en primer término, a los que están más cerca, a aquellos con quienes nos unen especiales lazos: nuestra familia. Ese orden ha de manifestarse también con obras, no sólo con el afecto. Pensemos ahora en el trato con nuestra familia, en las mil oportunidades que nos brinda de ejercitar, de un modo natural, la caridad, el espíritu de servicio.

Queremos vivir estos días de Adviento con el mismo espíritu de servicio con que los vivió nuestra Madre. Apoyados en la entrega humilde de María, vamos a pedirle como buenos hijos que nos ayude para que, cuando el Señor venga, encuentre nuestro corazón dispuesto y sin reservas, dócil a sus mandatos, a sus consejos, a sus sugerencias.

Supliquemos hoy a Santa María que nos haga contemplativos, que nos enseñe a comprender las llamadas continuas que el Señor dirige a la puerta de nuestro corazón. Roguémosle: Madre nuestra, tú has traído a la tierra a Jesús, que nos revela el amor de nuestro Padre Dios; ayúdanos a reconocerlo, en medio de los afanes de cada día; remueve nuestra inteligencia y nuestra voluntad, para que sepamos escuchar la voz de Dios, el impulso de la gracia.

Fray Josep Ma. MASSANA i MOLA OFM (Barcelona) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

«Vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús»

Hoy, el Evangelio tiene el tono de un cuento popular. Las rondallas empiezan así: «Había una vez...», se presentan los personajes, la época, el lugar y el tema. Ésta llegará al punto álgido con el nudo de la narración; finalmente, hay el desenlace.

San Lucas, de modo semejante, nos cuenta, con tono popular y asequible, la historia más grande. Presenta, no una narración creada por la imaginación, sino una realidad tejida por el mismo Dios con colaboración humana. El punto álgido es: «Vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús» (Lc 1, 31).

Este mensaje nos dice que la Navidad está ya cercana. María nos abrirá la puerta con su colaboración en la obra de Dios. La humilde doncella de Nazaret escucha sorprendida el anuncio del Ángel. Precisamente rogaba que Dios enviara pronto al Ungido, para salvar el mundo. Poco se imaginaba, en su modesto entendimiento, que Dios la escogía justamente a Ella para realizar sus planes.

María vive unos momentos tensos, dramáticos, en su corazón: era y quería permanecer virgen; Dios ahora le propone una maternidad. María no lo entiende: «¿Cómo se hará eso?» (Lc 1, 34), pregunta. El Ángel le dice que virginidad y maternidad no se contradicen, sino que, por la fuerza del Espíritu Santo, se integran perfectamente. No es que Ella ahora lo entienda mejor. Pero ya le es suficiente, pues el prodigio será obra de Dios: «A Dios nada le es imposible» (Lc 1, 38). Por eso responde: «Que se cumplan en mí tus palabras» (Lc 1, 38). ¡Que se cumplan! ¡Que se haga! Fiat! Sí. Total aceptación de la Voluntad de Dios, medio a tientas, pero sin condiciones.

En aquel mismo instante, «la Palabra se hizo Carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Aquel cuento popular deviene a un mismo tiempo la realidad más divina y más humana. Pablo VI escribió el año 1974: «En María vemos la respuesta que Dios da al misterio del hombre; y la pregunta que el hombre hace sobre Dios y la propia vida».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO B

Mantener el sí todos los días

«Sí».

Esa es la única respuesta que espera de ti tu Señor, sacerdote, cuando te dice: "ven y sígueme".

Esa es la respuesta que tú le has dado, cuando Él te ha llamado y te ha preguntado si estás dispuesto a renunciar a todo, incluso a ti mismo, para tomar tu cruz y seguirlo, para ser en el mundo el mismo Cristo, que actúa en persona, para conquistar el mundo para Él.

Y tú has dicho "sí, hágase en mí según tu Palabra".

Y tu Señor ha tomado tu "sí", y lo ha transformado en un "ahora y para siempre", haciéndote sacerdote configurado con Cristo para la eternidad.

Tú dijiste "sí", sacerdote, y tu Señor se ha tomado en serio tu palabra.

Y tú, sacerdote, ¿te tomas en serio la Palabra de tu Señor?

¿Has dicho "sí" por tu propia y completa voluntad, entregando en ese "sí" tu vida?

¿Mantienes, sacerdote, ese "sí" todos los días?

¿Es completo tu "sí", o le pones condiciones?

¿Reflejas con tu ejemplo de vida ese "sí" completo?

¿Manifiestas con tus obras tu fe, reafirmando en ese "sí" tu total entrega al servicio de Dios a través del servicio a la Santa Iglesia?

¿Es tu "sí" total, sacerdote?

Analiza tus actos y tu conciencia, y descubre tu realidad, y date cuenta, sacerdote, que sin un "sí" completo no puedes vivir en la verdad. Entonces, no eres libre.

Busca, sacerdote, tu propia libertad, abandonando tu voluntad en la voluntad de aquel que te pide que seas frío o que seas caliente, pero que no seas tibio.

"Sí". Esa es la única respuesta a las preguntas de tu Señor. Esa es la correspondencia a su amor.

"No", es el rechazo a la voluntad de tu Señor.

A veces sí y a veces no, es el desconcierto de tu voluntad, aprisionada por el pecado y encadenada al mundo, que desprecia la gracia de la gratuidad infinita de Dios.

Permanecer abierto a la vida a través de la misericordia de tu Señor. Eso es lo que Él te pide.

Pero, para decirle "sí", también necesitas su gracia.

Acércate, sacerdote, a tu Señor, con un corazón contrito y humillado que Él no desprecia.

Pídele perdón, dale las gracias, y dile "ayúdame más", para que perseveres en la humildad, en el "sí", y en la entrega que de ti espera.

Pídele la gracia, sacerdote, para que puedas decir "sí", por tu propia y completa voluntad, "aquí estoy Señor, hágase en mí según tu Palabra".

Acepta, sacerdote, la voluntad de tu Señor y el plan que tiene para ti, en tu misión para salvar con Él a las almas.

Obedece a esa voluntad, aunque no quieras, aunque no te guste, aunque tengas miedo, aunque te preocupes, aunque no entiendas, aunque sea absurdo.

Escúchalo y agradece que te llama a ti, y que se complace en ti cuando le dices "sí".

Entrega, sacerdote, el timón de tu vida a tu Señor, y deja que Él sea tu Guía, tu Maestro y tu Pastor.

No juzgues sus designios ni contradigas sus deseos. Antes bien, obedece como un siervo prudente y fiel, porque eso es lo que tu amo merece.

Él, que es tres veces santo, es digno de confianza, es digno de tu amor, es digno de merecer tu abandono, tu confianza y tu obediencia, y tiene derecho de actuar en ti porque un día tú dijiste "sí". Y ya no eres tú, sino Él quien vive en ti, y en ese "sí" te has embarcado con Él en una maravillosa aventura, diferente cada día, emocionante y a veces desconcertante, bella, a veces difícil, a veces cansada, a veces incomprensible, pero siempre en la esperanza de que esta maravillosa aventura la vives con Cristo, y no tiene fin, porque continúa en el paraíso.

Dile "sí", sacerdote, a la vida, y vive en Cristo, porque Él es la Vida.

Dile "sí", sacerdote, al amor, y ama con Cristo, porque Él es el Amor.

Dile "sí", sacerdote, a la verdad, y consigue la libertad en Cristo, porque Él es la Verdad.

Dile "sí", sacerdote, al camino que te lleva al paraíso, y camina con Cristo, porque Él es el Camino.

Pídele, sacerdote, a tu Señor, la gracia de la perseverancia en el "sí" todos los días de tu vida, y ábrele tu corazón, para que recibas la gracia y la misericordia de Dios todos los días de tu vida, para que escuches y hagas siempre lo que Él te diga.

Tú no eres digno de tu Señor, sacerdote, pero una sola palabra tuya bastará para sanarte: fiat!

(*Espada de Dos Filos* I, n. 21)

ADVIENTO CICLO C

Domingo I de Adviento (C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilía 2015 - Ángelus 2013 y 2018**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**

– **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
– **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
– **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**

- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

(Nuestras redes sociales)

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

A LA ESPERA DEL SEÑOR JESÚS

Jer 33.14-16; 1 Tes 3, 12-4, 2, Lc 21, 25-28. 34-36

Las tres lecturas proyectan un interés compartido en torno de la venida del Señor. Es claro que Jeremías se refiere a la intervención de Dios para restaurar a Israel de los descalabros sufridos durante la reciente ruina de Jerusalén. La esperanza de que finalmente Dios suscite un gobernante justo y fiel está muy presente en este oráculo. En el Evangelio de san Lucas el Señor Jesús cierra el discurso escatológico advirtiendo a sus discípulos sobre la necesidad de mantenerse alertas y viviendo sobriamente. De manera muy directa la Carta a los tesalonicenses abordó el tema del aparente retraso de la parusía del Señor. Ante la imposibilidad de definir el tiempo y las circunstancias de tal evento, sólo cabe una recomendación fundamental: progresar en la vivencia del amor fraterno, estableciendo, además, relaciones respetuosas con todas las personas.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 24, 1-3

A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío. no quede yo defraudado, que no triunfen de mí mis enemigos: pues los que esperan en ti no quedan defraudados.

ORACIÓN COLECTA

Concede a tus fieles, Dios todopoderoso, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene a nosotros, para que, mediante la práctica de las buenas obras, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Yo haré nacer del tronco de David un vástago santo.

Del libro del profeta Jeremías: 33,14-16

"Se acercan los días, dice el Señor, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora, yo haré nacer del tronco de David un vástago santo, que ejercerá la justicia y el derecho en la tierra. Entonces Judá estará a salvo, Jerusalén estará segura y la llamarán 'el Señor es nuestra justicia' ".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 24, 4bc-5ab. 8-9. 10 y74.

R/. Descúbrenos, Señor, tus caminos.

Descúbrenos, Señor, tus caminos, guíanos con la verdad de tu doctrina. Tú eres nuestro Dios y salvador y tenemos en ti nuestra esperanza. ***R/.***

Porque el Señor es recto y bondadoso, indica a los pecadores el sendero, guía por la senda recta a los humildes y descubre a los pobres sus caminos. ***R/.***

Con quien guarda su alianza y sus mandatos, el Señor es leal y bondadoso. El Señor se descubre a quien lo teme y le enseña el sentido de su alianza. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Que el Señor los fortalezca hasta que Jesús vuelva.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 3, 12-4, 2

Hermanos: Que el Señor los llene y los haga rebosar de un amor mutuo y hacia todos los demás, como el que yo les tengo a ustedes, para que él conserve sus corazones irreprochables en la santidad ante Dios, nuestro Padre, hasta el día en que venga nuestro Señor Jesús, en compañía de todos sus santos.

Por lo demás, hermanos, les rogamos y los exhortamos en el nombre del Señor Jesús a que vivan como conviene, para agradar a Dios, según aprendieron de nosotros, a fin de que sigan ustedes progresando. Ya conocen, en efecto, las instrucciones que les hemos dado de parte del Señor Jesús.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Sal 84, 8

R/. Aleluya, aleluya.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. ***R/.***

EVANGELIO

Se acerca su liberación.

Del santo Evangelio según san Lucas: 21,25-28. 34-36

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Habrá señales prodigiosas en el sol, en la luna y en las estrellas. En la tierra, las naciones se llenarán de angustia y de miedo por el estruendo de las olas del mar; la gente se morirá de terror y de angustiosa espera por las cosas que vendrán sobre el mundo, pues hasta las estrellas se bambolearán. Entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube, con gran poder y majestad.

Cuando estas cosas comiencen a suceder, pongan atención y levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación. Estén alerta, para que los vicios, con el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida no entorpezcan su mente y aquel día los sorprenda desprevenidos; porque caerá de repente como una trampa sobre todos los habitantes de la tierra. Velen, pues, y hagan oración continuamente, para que puedan escapar de todo lo que ha de suceder y comparecer seguros ante el Hijo del hombre.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, estos dones que te ofrecemos, tomados de los mismos bienes que nos has dado, y haz que lo que nos das en el tiempo presente para aumento de nuestra fe, se convierta para nosotros en prenda de tu redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Sal 84, 13**

El Señor nos mostrará su misericordia y nuestra tierra producirá su fruto.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que nos aprovechen los misterios en que hemos participado, mediante los cuales, mientras caminamos en medio de las cosas pasajeras, nos inclinas ya desde ahora a anhelar las realidades celestiales y a poner nuestro corazón en las que han de durar para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Judá será salvada y Jerusalén habitará en seguridad (Jr 33,14-16)

1ª lectura

Estos versículos, que faltan en la versión de los Setenta y pueden haber sido añadidos posteriormente, recogen un conjunto de anuncios mesiánicos fundados en la inmutabilidad de la promesa del Señor. El Señor continuará la dinastía de David mediante uno de sus descendientes (vv. 15-16; cfr 23,5-6; 2 S 7,12-16).

A la luz del Nuevo Testamento se puede apreciar que en Jesucristo, hijo de David (cfr Mt 1,1), sumo y eterno sacerdote de la Nueva Alianza (cfr Hb 8,1-13), han alcanzado su plenitud todas las promesas de restauración contenidas en esta parte de Jeremías llamada «Libro de la Consolación». «Fiel es Dios, que se ha constituido en deudor nuestro, no porque haya recibido nada de nosotros, sino por lo mucho que nos ha prometido. La promesa incluso le pareció poco; por eso, quiso obligarse mediante escritura, haciéndonos, por decirlo así, un documento de sus promesas para que, cuando empezara a cumplir lo que prometió, viésemos en el escrito el orden sucesivo de su cumplimiento. El tiempo profético era, como he dicho muchas veces, el del anuncio de las promesas» (S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 109,1).

Que se confirmen vuestros corazones en una santidad sin tacha ante Dios (1 Ts 3,12–4,2)

2ª lectura

Como no se sabe cuándo sucederá la Parusía (cfr 1 Ts 5,2), la actitud del cristiano debe ser la de llevar una vida digna de Cristo, en la que por encima de todo prevalezca la caridad. El amor sobrenatural o caridad es universal, alcanza a todos sin excepción.

«Amar a una persona y mostrar indiferencia a otras, observa San Juan Crisóstomo, es característico del afecto puramente humano; pero San Pablo nos dice que nuestro amor no debe tener ninguna restricción» (*In 1 Thessalonicenses*, *ad loc.*). El ejercicio pleno de esta virtud consolida la santidad, pues hace al hombre irreprochable «ante Dios, nuestro Padre» (v. 13).

Las exhortaciones de la segunda parte de este texto (1 Ts 4,1-2) se fundan en la llamada divina a la santidad, que no se dirige a unos pocos, sino a todos los hombres: «Todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 39). Esta llamada es consecuencia de la elección que hemos recibido del Señor: *No lo olvidemos, por tanto: estamos en el redil del Maestro, para conquistar esa cima. (...) Grabemos a fuego en el alma la certeza de que la invitación a la santidad, dirigida por Jesucristo a todos los hombres sin excepción, requiere de cada uno que cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas; y no de cualquier manera, ni por encima de lo común, ni siquiera de un modo excelente: hemos de esforzarnos hasta el heroísmo, en el sentido más fuerte y tajante de la expresión* (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 2 y 3).

Vigilad, orando en todo tiempo (Lc 21,25-28.34-36)

Evangelio

Las desgracias de Jerusalén son señales de cuanto acaecerá antes de la venida del Hijo del Hombre: la creación entera, cielos, tierra y mar, participará de la angustia de las gentes (v. 25), que se debatirán entre la ansiedad y el terror. Pero no va a ser lo mismo para el cristiano, que vivirá esos momentos con la cabeza erguida (v. 28), porque el triunfo de Cristo (v. 27) es el suyo propio. Entonces verá cuán fundada estaba su esperanza cuando pacientemente soportaba las dificultades (21,10-19): «Hemos de tener paciencia, y perseverar, hermanos queridos, para que, después de haber sido admitidos a la esperanza de la verdad y de la libertad, podamos alcanzar la verdad y la libertad mismas. (...) Que nadie, por impaciencia, decaiga en el bien obrar o, solicitado y vencido por la tentación, renuncie en medio de su brillante carrera echando así a perder el fruto de lo ganado, por dejar sin terminar lo que empezó» (S. Cipriano, *De bono patientiae* 13 y 15).

Los últimos acontecimientos —de los que la ruina de la ciudad es anticipo y símbolo— serán imprevisibles (v. 35). La experiencia de la ruina de Jerusalén debe servir de aviso para estar vigilantes ante la venida imprevisible del «Hijo del Hombre», de modo que nos encuentre dignos. De ahí la exhortación final a velar, llevando una vida sobria (v. 34) y de oración (v. 36) que nos permita estar de pie ante el Señor (cfr 21,28): «Seamos sobrios para entregarnos a la oración, perseveremos constantes en los ayunos y supliquemos con ruegos al Dios que todo lo ve. (...) Mantengámonos, pues, firmemente adheridos a nuestra esperanza y a Jesucristo, prenda de nuestra justicia. (...) Seamos imitadores de su paciencia y, si por causa de su nombre tenemos que sufrir,

glorifiquémoslo; ya que éste fue el ejemplo que nos dejó en su propia persona, y esto es lo que nosotros hemos creído» (S. Policarpo, *Ad Philippenses* 7-8).

SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Nuestro Señor anuncia de antemano los males que han de sobrevenir al mundo

En aquel tiempo: Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo; porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando. Y entonces será cuando verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Como quiera, vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca. Y propúsoles esta comparación: *Reparad en la higuera y en los demás árboles: cuando ya empiezan a brotar de sí el fruto, conocéis que está cerca el verano*. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra que no se acabará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán*.

Hermanos carísimos: Nuestro Señor y Redentor, deseando encontrarnos bien dispuestos, anuncia de antemano los males que han de sobrevenir al mundo, cuyo fin se avecina, con el propósito de apagar en nosotros el amor del mundo.

Pone de manifiesto cuántas calamidades han de preceder a su término, que se acerca, para que, si no queremos temer a Dios cuando la vida se desliza tranquila, temamos al menos, su cercano juicio, amedrentados por las calamidades. En efecto, a esta lección del Santo Evangelio que vosotros, hermanos, acabáis de oír adelantó el Señor lo que poco más arriba dice (Lc 21-10-12): *Se levantará un pueblo contra otro pueblo y un reino contra otro reino, y habrá terremotos en varias partes y pestilencias y hambres; y poco después de algunas cosas más agregó, esto que acabáis de oír* (Lc 21,25); *Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas*.

Estamos viendo que, de todos estos acontecimientos, unos han sucedido ya en efecto, y tememos que otros han de suceder pronto; pues levantarse un pueblo contra otro pueblo y hallarse las gentes consternadas, vemos que ocurre en nuestro tiempo más de lo que leemos en los libros; que el terremoto sepulta innumerables ciudades, sabéis con cuánta frecuencia lo oímos referir de otras partes del mundo; pestilencias las padecemos sin cesar; ahora, fenómenos prodigiosos en el sol, en la luna y en las estrellas todavía no los hemos visto claramente; pero que también éstos no distan mucho, lo colegimos de la

mudanza de la atmósfera; por más que, antes de que Italia cayera bajo el dominio de los gentiles, vimos ráfagas de fuego, cual si relampagueara la misma sangre humana que ha sido derramada más tarde; no ha aparecido aún el extraño alboroto del mar y de las olas, pero, como muchas de las cosas anunciadas se han cumplido ya, no hay duda de que también sucederán las pocas que restan, porque el cumplimiento de las que pasaron da la seguridad de que se cumplirán las que están por venir.

2. Hermanos míos, estas cosas os las decimos con el fin de que vuestras almas estén vigilantes por vuestra salvación, no sea que, por contarse seguros, se adormezcan, o por la ignorancia languidezcan; antes bien, el temor las tenga siempre solícitas y la solicitud las confirme en el bien obrar, considerando esto que añade la palabra de nuestro Redentor (v.26);

Secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo, porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando. Ahora bien, ¿a qué llama el Señor virtudes de los cielos sino a los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades, que aparecerán visibles a nuestros ojos a la venida del justo Juez, para entonces exigirnos rigurosa cuenta de lo que ahora el Creador invisible tolera paciente?

También allí se añade (v.27*): Y entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con grande poder y majestad*. Como si claramente dijera: Al que no quisieron escuchar cuando se mostró humilde, le verán venir en grande poder y majestad, para que entonces experimenten su poder, tanto más riguroso cuanto menos doblegan ahora la cerviz del corazón ante la paciencia de Él.

3. Mas, porque todo esto se ha dicho contra los réprobos, en seguida se dicen palabras para consuelo de los elegidos; pues también se agrega (v.28): *Vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque se avecina vuestra redención*. Como si la Verdad aconsejara claramente a sus elegidos, diciendo: Cuando vayan en aumento las calamidades del mundo, cuando en la conmoción de las virtudes del cielo se manifieste el terror del juicio, alzad la cabeza, esto es, estad de buen ánimo; porque al acabarse el mundo, del cual no sois amigos, se avecina la redención que esperáis; que frecuentemente en la Sagrada Escritura se dice la cabeza por significar el alma, porque, así como los miembros son regidos por la cabeza, así el alma dispone los pensamientos; de suerte que levantar la cabeza es levantar nuestra almas a los gozos de la patria celestial.

Por tanto, a los que aman a Dios se les manda gozarse y alegrarse del fin del mundo, porque cierto es que en seguida hallarán al que aman, mientras que fenece el que no amaron.

Lejos, pues, del fiel que desea ver a Dios el contristarse por las sacudidas del mundo, puesto que sabe que con sus mismas percusiones perece; porque escrito está (Iac. 4,4): *Quien quisiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios*. Por

consiguiente, quien, al acercarse el fin del mundo, no se alegra, atestigua ser amigo de él y, por lo mismo, queda convicto de ser enemigo de Dios. Pero no suceda esto a los corazones de los fieles; no ocurra esto a los que por la fe creen que hay otra vida y la procuran con sus obras; pues llorar por la destrucción del mundo es propio de los que han fijado las raíces de su corazón en el amor de él, de los que no buscan la vida venidera, de los que ni siquiera sospechan que la hay. Pero nosotros, los que conocemos los gozos eternos de la patria celestial, debemos darnos prisa a poseerlos cuanto antes; debemos desear caminar más apresurados y llegar a ella por el camino más breve; porque ¿de qué males no se ve acosado el mundo? ¿Hay tristeza o adversidad alguna que no nos oprima? ¿Qué s la vida mortal sino un camino? Pues considerad, hermanos míos, qué tal cosa sea sentirse desfallecer de la fatiga del camino y no querer que ese camino tenga fin.

Ahora bien, que se deba no hacer caso del mundo y aun despreciarle, nuestro Redentor lo declara con una aguda comparación, cuando añadió en seguida (v.29-31): Reparad en la higuera y en los demás árboles: cuando ya empiezan a brotar de sí el fruto, conocéis que está cerca el verano. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Como si claramente dijera: Como la proximidad del verano se conoce por el fruto de los árboles, así por la destrucción del mundo se conoce estar cerca el reino de Dios. Palabras con las que acertadamente se pone de manifiesto que el fruto del mundo es su ruina, pues para esto crece, para caer; para esto cae, para germinar; y para esto germina, para consumir a fuerza de calamidades todo lo que germina.

Y está bien comparado el reino de Dios con el verano, porque, cuando los días de la vida resplandecen con la claridad del Sol eterno, se acabaron ya entonces los nubarrones de nuestra tristeza.

4. Cosas todas éstas que se confirman plenamente con añadir sentencia que dice (v.32-33): Os empeño mi palabra que no, se acabará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.

Nada hay en el mundo más durable que el cielo y la tierra, y nada en él pasa más rápidamente que la palabra, pues las palabras, nuestras no están completas, no son palabras, y cuando se han completado ya no son, porque no pueden completarse sino pasando: ora bien, dice: El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán, que es como si claramente dijera: Todo lo que entre otros es durable hasta que venga la eternidad, no dura sino dándose; y todo lo que en mí se ve pasar se mantiene fijo y que perduran sin cambio, porque la palabra mía, que pasa, expresa sentencias que perduran sin cambiar.

5. He aquí, hermanos míos que ya estamos viendo lo que oíamos; el mundo se ve acosado cada día de nuevos y redoblados males. Ya veis cuántos habéis quedado de aquella multitud innumerable, y, con todo, aun insisten a diario los flagelos; nos vemos envueltos en desgracias repentinas; nuevas e imprevistas calamidades nos afligen; pues

así como en la juventud está el cuerpo vigoroso, el pecho se mantiene fuerte y sano y robustos los brazos, mas en la senectud se abate la estatura, la cerviz flácida se doblega, el pecho siéntese oprimido con frecuentes anhelos, decaen las fuerzas y la respiración fatigosa entrecorta las palabras al hablar, porque, aunque no haya enfermedad; por lo regular para los viejos la misma salud es una enfermedad, así el mundo, en sus primeros años tuvo como el vigor de la juventud, fue robusto para propagar la prole del género humano, recio en la salud del cuerpo y pingüe en abundancia de cosas; mas ahora se ve oprimido por su misma senectud y con mayor frecuencia se ve como empujado a una muerte próxima por las crecientes molestias.

No queráis, hermanos míos, amar al que viendo no puede durar mucho tiempo. Fijad en vuestra alma los preceptos apostólicos, por los que se nos amonesta, diciendo (I Jn 2,15): *No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas, porque, si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre.*

Hace tres días habéis visto, hermanos, cómo, por una repentina tempestad, añosas alamedas han sido arrancadas de cuajo y destruidas casas e iglesias demolidas hasta sus cimientos. ¡Cuántos sanos e incólumes por la tarde pensaban que a la mañana podrían hacer algo! Y, sin embargo, en esa misma noche fenecieron de muerte repentina, sorprendidos en el lazo de la destrucción.

6. Pero debemos considerar, carísimos, que, para realizar todo esto, el Juez invisible no hizo más que mover la fuerza de un viento tenuísimo, agitó una sola nube y socavó la tierra y sacudió la tierra violentamente los cimientos de tantos edificios que están para desplomarse. Pues ¿qué ha de hacer ese mismo Juez cuando venga El mismo y se enardezca su ira para tomar venganza de los pecadores, si cuando nos hiere por medio de una tenuísima nube, no le podemos soportar? ¿Qué hombre podrá subsistir en presencia de su ira, si con sólo mover el viento socavó la tierra, concitó las nubes y echó por los suelos tantos edificios?

San Pablo, considerando el rigor del Juez venidero, dice (Hebr. 10, 31) *Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.* El salmista expresa esta severidad, diciendo (Sal. 49,3): *Vendrá Dios manifiestamente, vendrá nuestro Dios y no callará, llevará delante de sí un fuego devorador, alrededor de Él una tempestad horrorosa.* Al rigor, pues, de tan severo Juez acompañarán la tempestad y el fuego, porque la tempestad descubre a los que el fuego abraza.

Por tanto, hermanos carísimos, poned ante vuestros ojos aquel día, y todo lo que ahora se os hace pesado, en su comparación, se os hará muy llevadero; pues de aquel día se dice por el profeta (Sof. 1, 14-16) *Cerca está el día grande del Señor, está cerca y va llegando con suma velocidad. Margas voces serán las que se oigan en el día del Señor, los poderosos se verán entonces en apreturas. Día de ira aquél, día de tribulación y de congoja, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día nublados y de tempestades, día del sonido terrible de la trompeta.*

De este día dice el Señor de nuevo por el profeta (Ag 2,7): *Aún falta un poco, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra*. He aquí que, como antes hemos dicho, pone en movimiento el aire, y la tierra no subsiste. ¿Quién, pues, podrá soportarle cuando ponga en movimiento el cielo? ¿Y qué diríamos que son estos horrores que presenciamos sino unos pregoneros de la ira que sobrevendrá? Pues por eso también es necesario tener presente que estas tribulaciones son tan distintas de aquella última tribulación cuanto dista del poder del Juez la persona del pregonero.

Tened, por tanto, puesta vuestra atención, hermanos carísimos, en aquel día; enmendad la vida, cambiad las costumbres, venced las malas tentaciones resistiéndolas, y castigad con lágrimas los pecados cometidos, porque algún día veréis el advenimiento el eterno Juez tanto más seguros cuanto más prevenís con el temor su severidad.

Hágalo así el Señor.

(*Homilía sobre los Evangelios*, Libro I, Homilía I, Ed. BAC, Madrid, 1968, pp. 537-541)

FRANCISCO – Homilía 2015 - Ángelus 2013 y 2018

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Homilía 2015

Justicia, amor y misericordia, garantías de auténtica paz

En este primer Domingo de Adviento, tiempo litúrgico de la espera del Salvador y símbolo de la esperanza cristiana, Dios ha guiado mis pasos hasta ustedes, en esta tierra, mientras la Iglesia universal se prepara para inaugurar el Año Jubilar de la Misericordia. Me alegra de modo especial que mi visita pastoral coincida con la apertura de este Año Jubilar en su país. Desde esta Catedral, mi corazón y mi mente se extiende con afecto a todos los sacerdotes, consagrados y agentes de pastoral de este país, unidos espiritualmente a nosotros en este momento. Por medio de ustedes, saludo también a todos los centroafricanos, a los enfermos, a los ancianos, a los golpeados por la vida. Algunos de ellos tal vez están desesperados y no tienen ya ni siquiera fuerzas para actuar, y esperan sólo una limosna, la limosna del pan, la limosna de la justicia, la limosna de un gesto de atención y de bondad.

Al igual que los apóstoles Pedro y Juan, cuando subían al templo y no tenían ni oro ni plata que dar al pobre paralítico, vengo a ofrecerles la fuerza y el poder de Dios que curan al hombre, lo levantan y lo hacen capaz de comenzar una nueva vida, «*cruzando a la otra orilla*» (*Lc* 8,22).

Jesús no nos manda solos a la otra orilla, sino que en cambio nos invita a realizar la travesía con Él, respondiendo cada uno a su vocación específica. Por eso, tenemos que ser conscientes de que si no es con Él no podemos pasar a la otra orilla, liberándonos de una

concepción de familia y de sangre que divide, para construir una Iglesia-Familia de Dios abierta a todos, que se preocupa por los más necesitados. Esto supone estar más cerca de nuestros hermanos y hermanas, e implica un espíritu de comunión. No se trata principalmente de una cuestión de medios económicos, sino de compartir la vida del pueblo de Dios, dando razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. *1 P* 3,15) y siendo testigos de la infinita misericordia de Dios que, como subraya el salmo responsorial de este domingo, «es bueno [y] enseña el camino a los pecadores» (*Sal* 24,8). Jesús nos enseña que el Padre celestial «hace salir su sol sobre malos y buenos» (*Mt* 5,45). Nosotros también, después de haber experimentado el perdón, tenemos que perdonar. Esta es nuestra vocación fundamental: «Por tanto, sean perfectos, como es perfecto el Padre celestial» (*Mt* 5,48). Una de las exigencias fundamentales de esta vocación a la perfección es el amor a los enemigos, que nos previene de la tentación de la venganza y de la espiral de las represalias sin fin. Jesús ha insistido mucho sobre este aspecto particular del testimonio cristiano (cf. *Mt* 5,46-47). Los agentes de evangelización, por tanto, han de ser ante todo artesanos del perdón, especialistas de la reconciliación, expertos de la misericordia. Así podremos ayudar a nuestros hermanos y hermanas a «cruzar a la otra orilla», revelándoles el secreto de nuestra fuerza, de nuestra esperanza, de nuestra alegría, que tienen su fuente en Dios, porque están fundados en la certeza de que Él está en la barca con nosotros. Como hizo con los Apóstoles en la multiplicación de los panes, el Señor nos confía sus dones para que nosotros los distribuyamos por todas partes, proclamando su palabra que afirma: «Ya llegan días en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá» (*Jr* 33,14).

En los textos litúrgicos de este domingo, descubrimos algunas características de esta salvación que Dios anuncia, y que se presentan como otros puntos de referencia para guiarnos en nuestra misión. Ante todo, la felicidad prometida por Dios se anuncia en términos de justicia. El Adviento es el tiempo para preparar nuestros corazones a recibir al Salvador, es decir el único Justo y el único Juez que puede dar a cada uno la suerte que merece. Aquí, como en otras partes, muchos hombres y mujeres tienen sed de respeto, de justicia, de equidad, y no ven en el horizonte señales positivas. A ellos, Él viene a traerles el don de su justicia (cf. *Jr*33,15). Viene a hacer fecundas nuestras historias personales y colectivas, nuestras esperanzas frustradas y nuestros deseos estériles. Y nos manda a anunciar, sobre todo a los oprimidos por los poderosos de este mundo, y también a los que sucumben bajo el peso de sus pecados: «En aquellos días se salvará Judá, y en Jerusalén vivirán tranquilos, y la llamarán así: "El Señor es nuestra justicia"» (*Jr* 33,16). Sí, Dios es Justicia. Por eso nosotros, cristianos, estamos llamados a ser en el mundo los artífices de una paz fundada en la justicia.

La salvación que se espera de Dios tiene también el sabor del amor. En efecto, preparándonos a la Navidad, hacemos nuestro de nuevo el camino del pueblo de Dios para acoger al Hijo que ha venido a revelarnos que Dios no es sólo Justicia sino también y sobre todo Amor (cf. *1 Jn* 4,8). Por todas partes, y sobre todo allí donde reina la violencia,

el odio, la injusticia y la persecución, los cristianos estamos llamados a ser testigos de este Dios que es Amor. Al mismo tiempo que animo a los sacerdotes, consagrados y laicos de este país, que viven las virtudes cristianas, incluso heroicamente, reconozco que a veces la distancia que nos separa de ese ideal tan exigente del testimonio cristiano es grande. Por eso rezo haciendo mías las palabras de san Pablo: «Que el Señor los colme y los haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos» (*1 Ts* 3,12). En este sentido, lo que decían los paganos sobre los cristianos de la Iglesia primitiva ha de estar presente en nuestro horizonte como un faro: «Miren cómo se aman, se aman de verdad» (Tertuliano, *Apologetico*, 39, 7).

Por último, la salvación de Dios proclamada tiene el carácter de un poder invencible que vencerá sobre todo. De hecho, después de haber anunciado a sus discípulos las terribles señales que precederán su venida, Jesús concluye: «Cuando empiece a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza; se acerca su liberación» (*Lc* 21,28). Y, si san Pablo habla de un amor «que crece y rebosa», es porque el testimonio cristiano debe reflejar esta fuerza irresistible que narra el Evangelio. Jesús, también en medio de una agitación sin precedentes, quiere mostrar su gran poder, su gloria incomparable (cf. *Lc* 21,27), y el poder del amor que no retrocede ante nada, ni frente al cielo en convulsión, ni frente a la tierra en llamas, ni frente al mar embravecido. Dios es más fuerte que cualquier otra cosa. Esta convicción da al creyente serenidad, valor y fuerza para perseverar en el bien frente a las peores adversidades. Incluso cuando se desatan las fuerzas del mal, los cristianos han de responder al llamado de frente, listos para aguantar en esta batalla en la que Dios tendrá la última palabra. Y será una palabra de amor.

Lanzo un llamamiento a todos los que empuñan injustamente las armas de este mundo: Depongan estos instrumentos de muerte; ármense más bien con la justicia, el amor y la misericordia, garantías de auténtica paz. Discípulos de Cristo, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos en este país que lleva un nombre tan sugerente, situado en el corazón de África, y que está llamado a descubrir al Señor como verdadero centro de todo lo que es bueno: la vocación de ustedes es la de encarnar el corazón de Dios en medio de sus conciudadanos. Que el Señor nos afiance y nos haga presentarnos ante «Dios nuestro Padre santos e irreprochables en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos» (*1 Ts* 3,13). Que así sea.

***

Ángelus 2013

El tiempo de Adviento nos devuelve el horizonte de la esperanza

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Comenzamos hoy, primer domingo de Adviento, un nuevo año litúrgico, es decir *un nuevo camino del Pueblo de Dios* con Jesucristo, nuestro Pastor, que nos guía en la historia hacia la realización del Reino de Dios. Por ello este día tiene un atractivo especial, nos hace experimentar un sentimiento profundo del sentido de la historia.

Redescubrimos la belleza de estar todos en camino: la Iglesia, con su vocación y misión, y toda la humanidad, los pueblos, las civilizaciones, las culturas, todos en camino a través de los senderos del tiempo.

¿En camino hacia dónde? ¿Hay una meta común? ¿Y cuál es esta meta? El Señor nos responde a través del profeta Isaías, y dice así: «En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas"» (2, 2-3). Esto es lo que dice Isaías acerca de la meta hacia la que nos dirigimos. Es *una peregrinación universal hacia una meta común*, que en el Antiguo Testamento es Jerusalén, donde surge el templo del Señor, porque desde allí, de Jerusalén, ha venido la revelación del rostro de Dios y de su ley. La revelación ha encontrado su realización en *Jesucristo*, y Él mismo, el Verbo hecho carne, se ha convertido en el «templo del Señor»: es Él la guía y al mismo tiempo la meta de nuestra peregrinación, de la peregrinación de todo el Pueblo de Dios; y bajo su luz también los demás pueblos pueden caminar hacia el Reino de la justicia, hacia el Reino de la paz. Dice de nuevo el profeta: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (2, 4).

Me permito repetir esto que dice el profeta, escuchad bien: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra». ¿Pero cuándo sucederá esto? Qué hermoso día será ese en el que las armas sean desmontadas, para transformarse en instrumentos de trabajo. ¡Qué hermoso día será ése! ¡Y esto es posible! Apostemos por la esperanza, la esperanza de la paz. Y será posible.

Este camino no se acaba nunca. Así como en la vida de cada uno de nosotros siempre hay necesidad de comenzar de nuevo, de volver a levantarse, de volver a encontrar el sentido de la meta de la propia existencia, de la misma manera para la gran familia humana es necesario renovar siempre el horizonte común hacia el cual estamos encaminados. *¡El horizonte de la esperanza!* Es ese el horizonte para hacer un buen camino. El tiempo de Adviento, que hoy de nuevo comenzamos, nos devuelve el horizonte de la esperanza, una esperanza que no decepciona porque está fundada en la Palabra de Dios. Una esperanza que no decepciona, sencillamente porque el Señor no decepciona jamás. ¡Él es fiel!, ¡Él no decepciona! ¡Pensemos y sintamos esta belleza!

El modelo de esta actitud espiritual, de este modo de ser y de caminar en la vida, es la Virgen María. Una sencilla muchacha de pueblo, que lleva en el corazón toda la esperanza de Dios. En su seno, la esperanza de Dios se hizo carne, se hizo hombre, se hizo historia: Jesucristo. Su *Magníficat* es el cántico del Pueblo de Dios en camino, y de todos los hombres y mujeres que esperan en Dios, en el poder de su misericordia. Dejémonos guiar por Ella, que es madre, es mamá, y sabe cómo guiarnos. Dejémonos guiar por Ella en este tiempo de espera y de vigilancia activa.

***

Ángelus 2018

Estar despiertos y orar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy empieza el Adviento, el tiempo litúrgico que nos prepara para la Navidad, invitándonos a levantar la mirada y abrir nuestros corazones para recibir a Jesús. En Adviento, no vivimos solamente la espera navideña, también estamos invitados a despertar la espera del glorioso regreso de Cristo —cuando volverá al final de los tiempos— preparándonos para el encuentro final con él mediante decisiones coherentes y valientes. Recordamos la Navidad, esperamos el glorioso regreso de Cristo y también nuestro encuentro personal: el día que el Señor nos llame. Durante estas cuatro semanas, estamos llamados a despojarnos de una forma de vida resignada y rutinaria y a salir alimentando esperanzas, alimentando sueños para un futuro nuevo. El evangelio de este domingo (cf. *Lc* 21, 25-28, 34-36) va precisamente en esta dirección y nos advierte de que no nos dejemos oprimir por un modo de vida egocéntrico o de los ritmos convulsos de los días. Resuenan de forma particularmente incisiva las palabras de Jesús: "Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida y venga aquel Día de improviso sobre vosotros [...] Estad en vela, pues, orando todo el tiempo" (vv 34-36).

Estar *despiertos y orar*: he aquí cómo vivir este tiempo desde hoy hasta la Navidad. Estar despiertos y orar. El sueño interno viene siempre de dar siempre vueltas en torno a nosotros mismos, y del permanecer encerrados en nuestra propia vida con sus problemas, alegrías y dolores, pero siempre dando vueltas en torno a nosotros mismos. Y eso cansa, eso aburre, esto cierra a la esperanza. Esta es la raíz del letargo y de la pereza de las que habla el Evangelio. El Adviento nos invita a un esfuerzo de vigilancia, mirando más allá de nosotros mismos, alargando la mente y el corazón para abrirnos a las necesidades de la gente, de los hermanos y al deseo de un mundo nuevo. Es el deseo de tantos pueblos martirizados por el hambre, por la injusticia, por la guerra; es el deseo de los pobres, de los débiles, de los abandonados. Este es un tiempo oportuno para abrir nuestros corazones, para hacernos preguntas concretas sobre cómo y por quién gastamos nuestras vidas.

La segunda actitud para vivir bien el tiempo de la espera del Señor es la *oración*. "Cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque vuestra liberación está cerca" (v. 28), es la admonición del evangelio de Lucas. Se trata de levantarse y rezar, dirigiendo nuestros pensamientos y nuestro corazón a Jesús que está por llegar. Uno se levanta cuando se espera algo o a alguien. Nosotros esperamos a Jesús, queremos esperarle en oración, que está estrechamente vinculada con la vigilancia. Rezar, esperar a Jesús, abrirse a los demás, estar despiertos, no encerrados en nosotros mismos. Pero si pensamos en la Navidad en un clima de consumismo, de ver qué puedo comprar para hacer esto o aquello,

de fiesta mundana, Jesús pasará y no lo encontraremos. Nosotros esperamos a Jesús y queremos esperarle en oración, que está estrechamente vinculada con la vigilancia.

Pero ¿cuál es el horizonte de nuestra espera en oración? En la Biblia nos lo dicen, sobre todo, las voces *de los profetas*. Hoy, es la de Jeremías, que habla al pueblo sometido a la dura prueba del exilio y que corre el riesgo de perder su identidad. También nosotros, los cristianos, que somos pueblo de Dios, corremos el peligro de convertirnos en "mundanos" y perder nuestra identidad, e incluso de "paganizar" el estilo cristiano. Por eso necesitamos la Palabra de Dios que, a través del profeta, nos anuncia: "Mirad que días vienen en que confirmaré la buena palabra que dije a la casa de Israel y a la casa de Judá. [...] Haré brotar para David un Germen justo y practicará el derecho y la justicia en la tierra" (33, 14-15) Y ese germen justo es Jesús que viene y que nosotros esperamos.

¡Que la Virgen María, que nos trae a Jesús, mujer de la espera y la oración, nos ayude a fortalecer nuestra esperanza en las promesas de su Hijo Jesús, para que experimentemos que, a través de las pruebas de la historia, Dios permanece fiel y se sirve incluso de los errores humanos para manifestar su misericordia!

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

2006

El Adviento trae el don de la fraternidad, la concordia y la paz

Queridos hermanos y hermanas:

(...)

En Adviento la liturgia con frecuencia nos repite y nos asegura, como para vencer nuestra natural desconfianza, que Dios "viene": viene a estar con nosotros, en todas nuestras situaciones; viene a habitar en medio de nosotros, a vivir con nosotros y en nosotros; viene a colmar las distancias que nos dividen y nos separan; viene a reconciliarnos con él y entre nosotros. Viene a la historia de la humanidad, a llamar a la puerta de cada hombre y de cada mujer de buena voluntad, para traer a las personas, a las familias y a los pueblos el don de la fraternidad, de la concordia y de la paz.

Por eso el Adviento es, por excelencia, el tiempo de la esperanza, en el que se invita a los creyentes en Cristo a permanecer en una espera vigilante y activa, alimentada por la oración y el compromiso concreto del amor. Ojalá que la cercanía de la Navidad de Cristo llene el corazón de todos los cristianos de alegría, de serenidad y de paz.

Para vivir de modo más auténtico y fructuoso este período de Adviento, la liturgia nos exhorta a mirar a María santísima y a caminar espiritualmente, junto con ella, hacia la cueva de Belén. Cuando Dios llamó a la puerta de su joven vida, ella lo acogió con fe y con amor. Dentro de pocos días la contemplaremos en el luminoso misterio de su

Inmaculada Concepción. Dejémonos atraer por su belleza, reflejo de la gloria divina, para que "el Dios que viene" encuentre en cada uno de nosotros un corazón bueno y abierto, que él pueda colmar de sus dones.

***

2009

El mundo contemporáneo necesita sobre todo esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo iniciamos, por gracia de Dios, un nuevo Año litúrgico, que se abre naturalmente con el Adviento, tiempo de preparación para el nacimiento del Señor. El concilio Vaticano II, en la constitución sobre la liturgia, afirma que la Iglesia "en el ciclo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, el día de Pentecostés y la expectativa de la feliz esperanza y venida del Señor". De esta manera, "al conmemorar los misterios de la Redención, abre la riqueza del poder santificador y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación" (*Sacrosanctum Concilium*, 102). El Concilio insiste en que el centro de la liturgia es Cristo, como el sol en torno al cual, al estilo de los planetas, giran la santísima Virgen María —la más cercana— y luego los mártires y los demás santos que "cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros" (*ib*., 104).

Esta es la realidad del Año litúrgico vista, por decirlo así, "desde la perspectiva de Dios". Y, desde la perspectiva del hombre, de la historia y de la sociedad, ¿qué importancia puede tener? La respuesta nos la sugiere precisamente el camino del Adviento, que hoy emprendemos. El mundo contemporáneo necesita sobre todo esperanza: la necesitan los pueblos en vías de desarrollo, pero también los económicamente desarrollados. Cada vez caemos más en la cuenta de que nos encontramos en una misma barca y debemos salvarnos todos juntos. Sobre todo al ver derrumbarse tantas falsas seguridades, nos damos cuenta de que necesitamos una esperanza fiable, y esta sólo se encuentra en Cristo, quien, como dice la *Carta a los Hebreos,* "es el mismo ayer, hoy y siempre" (*Hb* 13, 8). El Señor Jesús vino en el pasado, viene en el presente y vendrá en el futuro. Abraza todas las dimensiones del tiempo, porque ha muerto y resucitado, es "el Viviente" y, compartiendo nuestra precariedad humana, permanece para siempre y nos ofrece la estabilidad misma de Dios. Es "carne" como nosotros y es "roca" como Dios. Quien anhela la libertad, la justicia y la paz puede cobrar ánimo y levantar la cabeza, porque se acerca la liberación en Cristo (cf. *Lc* 21, 28), como leemos en el Evangelio de hoy. Así pues, podemos afirmar que Jesucristo no sólo atañe a los cristianos, o sólo a los creyentes, sino a todos los hombres, porque él, que es el centro de la fe, es también el fundamento de la esperanza. Y todo ser humano necesita constantemente la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, la Virgen María encarna plenamente la humanidad que vive en la esperanza basada en la fe en el Dios vivo. Ella es la Virgen del Adviento:

está bien arraigada en el presente, en el "hoy" de la salvación; en su corazón recoge todas las promesas pasadas y se proyecta al cumplimiento futuro. Sigamos su ejemplo, para entrar de verdad en este tiempo de gracia y acoger, con alegría y responsabilidad, la venida de Dios a nuestra historia personal y social.

***

2012

La venida del Señor requiere continuamente nuestra colaboración

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia empieza hoy un nuevo Año litúrgico, un camino que se enriquece además con el *Año de la fe*, a los 50 años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. El primer tiempo de este itinerario es el Adviento, formado, en el Rito Romano, por las cuatro semanas que preceden a la Navidad del Señor, esto es, el misterio de la Encarnación. La palabra «adviento» significa «llegada» o «presencia». En el mundo antiguo indicaba la visita del rey o del emperador a una provincia; en el lenguaje cristiano se refiere a la venida de Dios, a su presencia en el mundo; un misterio que envuelve por entero el cosmos y la historia, pero que conoce dos momentos culminantes: la primera y la segunda venida de Cristo. La primera es precisamente la Encarnación; la segunda el retorno glorioso al final de los tiempos. Estos dos momentos, que cronológicamente son distantes —y no se nos es dado saber cuánto—, en profundidad se tocan, porque con su muerte y resurrección Jesús ya ha realizado esa transformación del hombre y del cosmos que es la meta final de la creación. Pero antes del fin, es necesario que el Evangelio se proclame a todas las naciones, dice Jesús en el Evangelio de san Marcos (cf. 13, 10). La venida del Señor continúa; el mundo debe ser penetrado por su presencia. Y esta venida permanente del Señor en el anuncio del Evangelio requiere continuamente nuestra colaboración; y la Iglesia, que es como la Novia, la Esposa prometida del Cordero de Dios crucificado y resucitado (cf. *Ap* 21, 9), en comunión con su Señor colabora en esta venida del Señor, en la que ya comienza su retorno glorioso.

A esto nos llama hoy la Palabra de Dios, trazando la línea de conducta a seguir para estar preparados para la venida del Señor. En el Evangelio de Lucas, Jesús dice a los discípulos: «Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y la inquietudes de la vida... Estad despiertos en todo tiempo, rogando» (*Lc* 21, 34.36). Por lo tanto, sobriedad y oración. Y el apóstol Pablo añade la invitación a «crecer y rebosar en el amor» entre nosotros y hacia todos, para que se afiancen nuestros corazones y sean irreprensibles en la santidad (cf. *1 Ts* 3, 12-13). En medio de las agitaciones del mundo, o los desiertos de la indiferencia y del materialismo, los cristianos acogen de Dios la salvación y la testimonian con un modo distinto de vivir, como una ciudad situada encima de un monte. «En aquellos días —anuncia el profeta Jeremías— Jerusalén vivirá tranquila y será llamada "El Señor es nuestra justicia"» (33, 16). La comunidad de los creyentes es signo del amor de Dios, de su justicia que está *ya*

presente y operante en la historia, pero que *aún no* se ha realizado plenamente y, por ello, siempre hay que esperarla, invocarla, buscarla con paciencia y valor.

La Virgen María encarna perfectamente el espíritu de Adviento, hecho de escucha de Dios, de deseo profundo de hacer su voluntad, de alegre servicio al prójimo. Dejémonos guiar por ella, a fin de que el Dios que viene no nos encuentre cerrados o distraídos, sino que pueda, en cada uno de nosotros, extender un poco su reino de amor, de justicia y de paz.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

III. LOS DOMINGOS DE ADVIENTO

78. «Las lecturas del Evangelio tienen una característica propia: se refieren a la venida del Señor al final de los tiempos (I domingo), a Juan Bautista (II y III domingo), a los acontecimientos que prepararon de cerca el nacimiento del Señor (IV domingo). Las lecturas del Antiguo Testamento son profecías sobre el Mesías y el tiempo mesiánico, tomadas principalmente del libro de Isaías. Las lecturas del Apóstol contienen exhortaciones y amonestaciones conformes a las diversas características de este tiempo» (OLM 93). El Adviento es el tiempo que prepara a los cristianos a las gracias que serán dadas, una vez más en este año, en la celebración de la gran Solemnidad de la Navidad. Ya desde el I domingo de Adviento, el homileta exhorta al pueblo para que emprenda su preparación caracterizada por distintas facetas, cada una de ellas sugerida por la rica selección de pasajes bíblicos del Leccionario de este tiempo. La primera fase del Adviento nos invita a preparar la Navidad animándonos no sólo a dirigir la mirada al tiempo de la primera Venida del nuestro Señor, cuando, como dice el prefacio I de Adviento, Él asume «la humildad de nuestra carne», sino también, a esperar vigilantes su Venida «en la majestad de su gloria», cuando «podamos recibir los bienes prometidos».

79. Por tanto, existe un doble significado de ***Adviento***, un doble significado de la ***Venida*** del Señor. Este tiempo nos prepara para su Venida en la gracia de la fiesta de la Navidad y a su retorno para el juicio al final de los tiempos. Los textos bíblicos deberían ser explicados considerando este doble significado. Según el texto, se puede evidenciar una u otra Venida, aunque, con frecuencia, el mismo pasaje presenta palabras e imágenes relativas a ambas. Existe, además, otra Venida: escuchamos estas lecturas en la asamblea eucarística, donde Cristo está verdaderamente presente. Al comienzo del tiempo de Adviento la Iglesia recuerda la enseñanza de san Bernardo, es decir, que entre las dos Venidas visibles de Cristo, en la historia y al final de los tiempos, existe una venida invisible, aquí y ahora (cf. ***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***), así como hace suyas las palabras de san Carlos Borromeo:

«Este tiempo (…) nos enseña que la venida de Cristo no solo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos (***Oficio de lecturas, Lunes, I semana de Adviento***)».

A. I domingo de Adviento

80. El evangelio del I domingo de Adviento, en los tres ciclos, es una narración sinóptica que anuncia la venida inminente del Hijo del Hombre en gloria, un día y una hora desconocidos. Nos exhorta a estar vigilantes y en alerta, a esperar signos espaventosos en el cielo y en la tierra, a no dejarnos sorprender. Siempre nos da una cierta impresión empezar de este modo el Adviento, ya que, de modo inevitable, este tiempo nos trae a la mente la Navidad y, en muchos lugares, el sentir común está ya sumergido con las dulces representaciones del Nacimiento de Jesús en Belén. No obstante, la Liturgia nos presenta estas imágenes a la luz de otras que nos recuerdan cómo el mismo Señor nacido en Belén «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos», como dice el Credo. En este domingo, es responsabilidad del homileta recordar a los cristianos que siempre deben preparase para esta venida y para el juicio. Realmente, el Adviento constituye tal preparación: la Venida de Jesús en la Navidad está conectada íntimamente con su Venida en el último día.

81. Durante los tres años, la lectura del Profeta puede interpretarse ya sea como indicativa del glorioso advenimiento final del Señor como de su primer advenimiento «en la humildad de nuestra carne», de la que nos habla la Navidad. Tanto Isaías (en el año A) como Jeremías (en el año C), anuncian que «llegan días». En el contexto de esta Liturgia, las palabras que siguen apuntan claramente al tiempo final; pero se refieren, también, a la inminente Solemnidad de la Navidad.

82. ¿Qué sucederá al final de los días? Isaías dice (en el año A): «Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles». El homileta tiene varias posibilidades de interpretación que se pueden desarrollar en consecuencia. «El monte de la casa del Señor» podría ser correctamente explicado como una imagen de la Iglesia, llamada a reunir a todas las gentes. También podría hacer de primer anuncio de la Fiesta inminente de la Navidad. «Confluirán los gentiles» hacia el Niño en el pesebre es un texto que se cumplirá, en particular, en Epifanía, cuando los Magos vengan a adorarlo. El homileta tendría que recordar a los fieles que también ellos pertenecen a los gentiles que caminan hacia Cristo, un viaje que se inicia con intensidad renovada en el I domingo de Adviento. Las mismas palabras, ricamente inspiradas, son también aplicables a la Venida en el final de los tiempos, citada explícitamente por el Evangelio. El profeta prosigue: «Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos». Las palabras conclusivas del pasaje profético son, al mismo tiempo, una maravillosa llamada a la celebración de la

Navidad y a la espera del adviento del Hijo del Hombre en la gloria: «Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor».

83. La primera lectura del libro de Isaías en el año B se presenta como una oración que instruye a la Iglesia en la actitud penitencial propia de este periodo. Se inicia presentando un problema: el de nuestro pecado. «Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema?». Es evidente que esta pregunta debe ser considerada. ¿Quién puede comprender el misterio de la iniquidad humana? (cf. 2 Ts 2,7). Nuestra experiencia, ya sea en nosotros mismos o en el mundo que nos rodea –el homileta puede presentar ejemplos– solo puede hacer brotar de lo profundo de los corazones un grito inmenso dirigido a Dios: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!». Esta sentida petición encuentra respuesta definitiva en Jesucristo. En él Dios ha rasgado los cielos y ha descendido entre nosotros. Y en él, como había pedido el profeta, Dios «cuando ejecutarás portentos inesperados: "descendiste y las montañas se estremecieron". Jamás se oyó ni se escuchó…». La Navidad es la celebración de las obras maravillosas realizadas por Dios y que nunca hubiéramos podido esperar.

84. La Iglesia, en este I domingo de Adviento, fija además la mirada en el Retorno de Jesús en gloria y majestad. «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!» Los Evangelios, con este mismo tono, describen la Venida final. Y ¿estamos preparados? No, no lo estamos, y por ello tenemos necesidad de un tiempo de preparación. La oración del profeta continúa: «Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos». Una cosa muy parecida se invoca en la oración colecta de este domingo: «Dios todopoderoso, aviva en tus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras…».

85. En el Evangelio de Lucas, que se lee en el año C, las imágenes son particularmente vivas. Entre tantos signos terribles que aparecerán, Jesús predice que habrá uno que será capaz de eclipsar a todos los demás: su aparición como Señor de la gloria. Él dice: «entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y majestad». Para nosotros que le pertenecemos, este no debería ser un día de gran temor. Al contrario, él dice: «Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca nuestra liberación». Un homileta podría preguntar en voz alta: ¿por qué tenemos que tener nosotros una actitud de confianza en el último día? Ciertamente esto exige una preparación precisa, son necesarios algunos cambios en nuestra vida. Es lo que comporta el Tiempo de Adviento, en el que debemos poner en práctica la advertencia del Señor: «Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida… Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre».

86. Naturalmente la Eucaristía que nos disponemos a celebrar es la preparación más intensa de la comunidad para la Venida del Señor, ya que ella misma señala dicha Venida. En el prefacio que abre la plegaria eucarística en este domingo, la comunidad se presenta

a Dios «en vigilante espera». Nosotros, que damos gracias, pedimos hoy ya poder cantar con todos los ángeles: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios del universo». Aclamando el «Misterio de la fe» expresamos el mismo espíritu de vigilante espera: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas». En la plegaria eucarística los cielos se abren y Dios desciende. Hoy recibimos el Cuerpo y la Sangre del Hijo del Hombre que llegará sobre las nubes con gran poder y gloria. Con su gracia, dada en la Sagrada Comunión, esperamos que cada uno de nosotros pueda exclamar: «Me levantaré y alzaré la cabeza; se acerca mi liberación».

***

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tribulación final y la venida de Cristo en gloria

I. VOLVERA EN GLORIA

Cristo reina ya mediante la Iglesia…

668. "Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos" (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: Posee todo poder en los cielos y en la tierra. Él está "por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación" porque el Padre "bajo sus pies sometió todas las cosas" (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento transcendente.

669. Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). "La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio", "constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra" (LG 3; 5).

670. Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la "última hora" (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). "El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

… esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra,

en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf.1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672. Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel

673. Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos "toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad" (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén "retenidos" en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

674. La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinad o de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

La última prueba de la Iglesia

675. Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los

hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1Te 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

676. Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, "Divini Redemptoris" que condena el "falso misticismo" de esta "falsificación de la redención de los humildes"; GS 20-21).

677. La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13).

La Iglesia, consumada en la gloria

769. La Iglesia "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (San Agustín, civ. 18, 51; cf. LG 8). Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor (cf. 2Co 5, 6; LG 6), y aspira al advenimiento pleno del Reino, "y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria" (LG 5). La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, "todos los justos desde Adán, `desde el justo Abel hasta el último de los elegidos' se reunirán con el Padre en la Iglesia universal" (LG 2).

"¡Ven, Señor Jesús!"

451. La oración cristiana está marcada por el título "Señor", ya sea en la invitación a la oración "el Señor esté con vosotros", o en su conclusión "por Jesucristo nuestro Señor" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "Maran atha" ("¡el Señor viene!") o "Maran atha" ("¡Ven, Señor!") (1 Co 16, 22): "¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

... esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de

que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf.1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

V. LOS SACRAMENTOS DE LA VIDA ETERNA

1130. La Iglesia celebra el Misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11,26; 15,28). Desde la era apostólica, la Liturgia es atraída hacia su término por el gemido del Espíritu en la Iglesia: "¡Marana tha!" (1 Co 16,22). La liturgia participa así en el deseo de Jesús: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22,15-16). En los sacramentos de Cristo, la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tt 2,13). "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!... ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,17.20).

S. Tomás resume así las diferentes dimensiones del signo sacramental: *"Unde sacramentum est signum rememorativum eius quod praecessit, scilicet passionis Christi; et desmonstrativum eius quod in nobis efficitur per Christi passionem, scilicet gratiae; et prognosticum, id est, praenuntiativum futurae gloriae"* ("Por eso el sacramento es un signo que rememora lo que sucedió, es decir, la pasión de Cristo; es un signo que demuestra lo que sucedió entre nosotros en virtud de la pasión de Cristo, es decir, la gracia; y es un signo que anticipa, es decir, que preanuncia la gloria venidera", STh III, 60,3).)

1403. En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10,6).

2817. Esta petición es el "Marana Tha", el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús":

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por

nuestra sangre a los habitantes de la tierra?' (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

Jesús es el Hijo de David

439. Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26; 11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

La virginidad de María

496. Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido "absque semine ex Spiritu Sancto" (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): *"Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen,... Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente"* (Smyrn. 1-2).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559. ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de "David, su Padre" (Lc 1,32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación ("Hosanna" quiere decir "¡sálvanos!", "Danos la salvación!"). Pues bien, el "Rey de la Gloria" (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los "pobres de Dios", que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el "Sanctus" de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

Jesús escucha la oración

2616. La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf Mc 1, 40-41; Jairo: cf Mc 5, 36; la cananea: cf Mc 7, 29; el buen ladrón: cf Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: *"Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis"* ("Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros", Sal 85, 1; cf IGLH 7).

Dios es fiel y misericordioso

207. Al revelar su nombre, Dios revela, al mismo tiempo, su fidelidad que es de siempre y para siempre, valedera para el pasado ("Yo soy el Dios de tus padres", Ex 3,6) como para el porvenir ("Yo estaré contigo", Ex 3,12). Dios que revela su nombre como "Yo soy" se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo.

"Dios misericordioso y clemente"

210. Tras el pecado de Israel, que se apartó de Dios para adorar al becerro de oro (cf. Ex 32), Dios escucha la intercesión de Moisés y acepta marchar en medio de un pueblo infiel, manifestando así su amor (cf. Ex 33,12-17). A Moisés, que pide ver su gloria, Dios le responde: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad (belleza) y pronunciaré delante de ti el nombre de YHWH" (Ex 33,18-19). Y el Señor pasa delante de Moisés, y proclama: "YHWH, YHWH, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad" (Ex 34,5-6). Moisés confiesa entonces que el Señor es un Dios que perdona (cf. Ex 34,9).

211. El Nombre Divino "Yo soy" o "Él es" expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, "mantiene su amor por mil generaciones" (Ex 34,7). Dios revela que es "rico en misericordia" (Ef 2,4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que él mismo lleva el Nombre divino: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy" (Jn 8,28)

Solo Dios ES

212. En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único; fuera de él no hay dioses (cf. Is 44,6). Dios transciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: "Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan...pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años" (Sal 102,27-28). En él "no hay cambios ni sombras de rotaciones" (St 1,17). Él es "El que es", desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas.

213. Por tanto, la revelación del Nombre inefable "Yo soy el que soy" contiene la verdad que sólo Dios ES. En este mismo sentido, ya la traducción de los Setenta y, siguiéndola, la Tradición de la Iglesia han entendido el Nombre divino: Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de él todo su ser y su poseer. El solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es.

III. DIOS, "EL QUE ES", ES VERDAD Y AMOR

214. Dios, "El que es", se reveló a Israel como el que es "rico en amor y fidelidad" (Ex 34,6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. "Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad" (Sal 138,2; cf. Sal 85,11). Él es la Verdad, porque "Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna" (1 Jn 1,5); él es "Amor", como lo enseña el apóstol Juan (1 Jn 4,8).

"Te compadeces de todos porque lo puedes todo" (Sb 11,23)

270. Dios es el Padre todopoderoso. Su paternidad y su poder se esclarecen mutuamente. Muestra, en efecto, su omnipotencia paternal por la manera como cuida de nuestras necesidades (cf. Mt 6,32); por la adopción filial que nos da ("Yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso": 2 Co 6,18); finalmente, por su misericordia infinita, pues muestra su poder en el más alto grado perdonando libremente los pecados.

1062. En hebreo, "Amén" pertenece a la misma raíz que la palabra "creer". Esta raíz expresa la solidez, la fiabilidad, la fidelidad. Así se comprende por qué el "Amén" puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en El.

1063. En el profeta Isaías se encuentra la expresión "Dios de verdad", literalmente "Dios del Amén", es decir, el Dios fiel a sus promesas: "Quien desee ser bendecido en la tierra, deseará serlo en el Dios del Amén" (Is 65, 16). Nuestro Señor emplea con frecuencia el término "Amen" (cf. Mt 6, 2. 5. 16), a veces en forma duplicada (cf. Jn 5, 19) para subrayar la fiabilidad de su enseñanza, su Autoridad fundada en la Verdad de Dios.

Mirad que llegan días...

Comienza un nuevo año litúrgico con este primer domingo de Adviento. El Evangelio, que nos acompañará en este tercer año del ciclo trienal, es el de Lucas. La tradición cristiana se ha complacido en resaltar algunas características de este Evangelio: es el Evangelio de la misericordia (a causa de algunas célebres parábolas, como la del hijo pródigo), el Evangelio de los pobres (por la especial atención a la dimensión social de la predicación de Cristo) y el Evangelio de la oración, del Espíritu Santo (por el relieve asociado a estos temas). Es, además, el Evangelio en el que aparece más clara la preocupación histórica. En el prólogo, el autor nos habla de sus fuentes y de las anteriores «investigaciones cuidadas» de la redacción de su Evangelio. También de continuo, muchas veces él se preocupa de indicar las coordenadas históricas y geográficas, dentro de las que se desarrolla el ministerio terreno de Cristo.

La liturgia, en sus lecturas, nos empuja hoya mirar hacia delante, nos pone en estado de espera, como hace puntualmente al inicio de cada año. Todos los verbos están en futuro. En la primera lectura escuchamos estas palabras de Jeremías:

«Mirad que llegan días, oráculo del Señor, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora, suscitaré a David un vástago legítimo, que hará justicia...»

En esta espera, realizada con la venida del Mesías, el pasaje evangélico ofrece un horizonte y un contenido nuevo, que es el retorno glorioso de Cristo al final de los tiempos:

«Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad».

El Salmo responsorial invita al creyente a proyectarse hacia adelante, a lanzar una vez más su alma hacia lo alto, como hace el mar en cada marea alta:

«A ti, Señor, levanto mi alma» (*Salmo* 25,1).

Esta invitación de la liturgia a ponerse siempre de nuevo en camino refleja lo que acontece también en la vida. La capacidad de volver a esperar después del enésimo mentís de la realidad es una de las capacidades más increíbles del hombre (quien conoce la obra *Esperando a Godot* de Samuel Beckett tiene delante una imagen eficacísima de esta prerrogativa humana). Como la caña se endereza después de cada golpe de viento, así el ser humano vuelve a esperar después de cada revés de la suerte. Nuestra iniciativa más grande es quizás aquella, en todo caso, que nos permite continuar viviendo. ¡Pobre de nosotros el día que viniera a menos! La vida se pararía. Nosotros tenemos necesidad de esperar para vivir. ¡Vivir y esperar! ¿Qué es el hombre en su realidad existencial más profunda sino la capacidad de esperar, de proyectarse hacia el futuro o, como dicen los filósofos, de trascenderse? Un buen motor se califica por la capacidad de «*reprís*» que tiene; un hombre, por la capacidad de volver a recomenzar después de cada desengaño.

Además, si no pudiese obtener aquello por lo que ha luchado, después de cada fracaso, volver a esperar no ha sido en vano. Le ha elevado a un conocimiento y a una sabiduría que ninguna escuela le habría podido enseñar. Es muy verdadero, también en el plano humano, lo que afirma san Pablo: «La esperanza no falla» (*Romanos* 5,5) ¡Nunca!

La esperanza es lo único que hace bella la vida y capaz de vivirse. El poeta Leopardi ha expresado esta verdad en una de sus pequeñas obras morales titulada *Diálogo de un vendedor de almanaques y de un pasajero*. Estamos en el inicio del nuevo año. Un pasajero (que representa al poeta) se acerca a un vendedor de calendarios en un ángulo de la calle. Antes de adquirir su calendario entabla con él una conversación. Comienza a hablar el pasajero:

— ¿Creéis que este año nuevo será feliz?

— Sí, cierto.

— ¿Como este año pasado?

— Más, mucho más.

— ¿Os gustaría que el año nuevo fuese como alguno de estos últimos años que hemos vivido?

— Señor, no; no me gustaría.

— ¿Volveríais a vivir todo el tiempo pasado, comenzando desde el año que nacísteis?

— ¡Ojalá gustase a Dios que lo pudiera!

— ¿También, si debiérais rehacer la vida que habéis tenido ni más ni menos con todos los placeres y las desgracias que habéis pasado?

— Esto no, no lo quisiéramos.

— Entonces, ¿qué vida quisiérais hacer?

— Quisiérais una vida así, como Dios me lo mandase, sin otros pactos.

— Así lo quisiera también yo si tuviese que revivir, y así lo quieren todos... Bella no es la vida que se conoce, sino la que no se conoce; no la vida pasada sino la futura. Con el nuevo año, la suerte os comenzará a tratar bien a vosotros y a mí y a todos los demás, y comenzará la vida a ser feliz. ¿No es verdad?

— Esperémoslo.

— Dadme entonces el almanaque más hermoso que tengáis.

Todos pondríamos la firma para volver a comenzar la vida desde el principio, pero ninguno aceptaría hacerlo si se debiera desarrollar exactamente como la que ya hemos vivido. ¿Por qué? ¿Qué le faltaría? Le faltaría la esperanza, esto es, la novedad. ¿Y qué es la vida sin novedad? ¡Nada más que repetición inútil y muerta!

Aquello de lo que tenemos más necesidad en la vida son los «sobresaltos» de esperanza y es eso lo que la liturgia quiere ayudamos a realizar al inicio del nuevo año. La Biblia nos presenta ejemplos bellísimos de estos sobresaltos de esperanza. Uno se encuentra en la *Tercera Lamentación* de Jeremías. En medio de la desolación más total, durante el exilio, con la ciudad en ruinas y la gente extenuada por el hambre, el profeta entona su lamentación: «*Yo soy* el hombre que ha visto la miseria... Digo: ¡Ha fenecido mi vigor y la esperanza!» (*Lamentaciones* 3, 1. 18). Pero, en un cierto momento el profeta se para y se dice a sí mismo: «¡Mi porción es Yahvé... por eso en él espero» (*Lamentaciones* 3,24). Esta simple palabra lo cambia de golpe todo; el tono de la lamentación se serena y el profeta vuelve a hacer proyectos para el futuro. Probemos también nosotros a decir en ciertas circunstancias: «quiero esperar!» y experimentaremos la fuerza increíble que da esta decisión.

Pero, yo no puedo concluir esta reflexión sobre la esperanza sin hacer referencia a un aspecto distinto del problema. Cuando nosotros hablamos de la esperanza, entendemos siempre algo que nosotros esperamos de Dios. Hay un riesgo también en la esperanza: el de hacemos un crédito nuestro frente a Dios. Hemos esperado tantas veces una gracia, la escucha de una oración, estando seguros que esta vez sería la ocasión buena. Y nada, silencio total. Se acaba con pensar inconscientemente que es Dios quien nos es deudor de una explicación; que hemos sido hasta demasiado pacientes en esperar hasta ahora; que, después de *todo, somos* nosotros los que le hacemos un favor volviendo, aún otra vez, a esperar en él (ésta es la impresión de quien lee *Esperando a Godot;* las simpatías del público son todas para los *dos* pobrecillos que esperan, no ciertamente para *Godot* que se hace esperar tanto y que, en la intención del autor, parece que representa precisamente a Dios). Olvidamos una cosa: que también Dios espera algo de nosotros; que al inicio de cada nuevo año también él vuelve puntualmente a esperar que este será el año bueno, la vez nueva. ¿Bueno para qué? Pues, es claro: ¡para nuestra conversión! ¿Cuántos son los años que Dios atiende y espera esto de nosotros? De mí, son cincuenta y seis años (exclu*yo* los primeros diez años, cuando era demasiado pequeño, para tener necesidad de conversión).

Quiero exponeros el pensamiento de un poeta querido para mí, Charles Péguy. También Dios, dice él, conoce la esperanza. Dios ama al hombre y no quiere que se pierda; pero no puede salvarlo «sin él», en contra de su libertad. Entonces, ¿qué puede hacer sino lo que hace todo padre en estas condiciones, esto es, esperar? ¿Qué hacía el padre del hijo pródigo en la espera sino mirar de vez en cuando por la ventana y esperar? «El arrepentimiento de un hombre es la coronación de una esperanza de Dios». Todos los sentimientos que nosotros debemos tener para con Dios, es Dios mismo quien ha comenzado a tenerlos primero para con nosotros. Nos dice que le amemos, pero es él quien primeramente nos ha amado; nos pide creer en él, pero es él quien ha creído y ha tenido antes confianza por el hombre; nos pide esperar, pero es él quien espera primero en nosotros. Espera que aceptemos salvamos. He aquí en qué situación se ha metido Dios

por amor del hombre. Debe esperar que nosotros nos salvemos. Es necesario que Dios espere lo pertinente del pecador. «Es necesario que espere que el señor pecador tenga la complacencia de pensar un poco en su salvación».

La pregunta más importante, al inicio de un nuevo año litúrgico, es por lo tanto esta: ¿será éste el año bueno para Dios? ¿El año en que coronaremos su esperanza y su espera a nuestro respecto convirtiéndonos en serio, pensando un poco en verdad sobre nuestra salvación? Lo importante no es que en esta vida nosotros obtengamos lo que esperamos de Dios sino que Dios obtenga lo que espera de nosotros. Él tiene la vida eterna para completar en un momento todas nuestras esperas y hacerse «perdonar» por el retraso.

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Dios se nos acerca

«Permanezcan alerta. Es lo que nos pide Dios. Es la advertencia del Hijo de Dios, que hace a los hombres que en su cruz redimió, para que, cuando Él vuelva, lo estén esperando.

Significa estar preparados para un evento inesperado, con la seguridad de que en cualquier momento sucederá.

Es creer en la palabra del Hijo de Dios y en sus promesas, porque todo lo que ha dicho se cumplirá, y volverá para darnos los bienes eternos que, con su muerte y resurrección, nos ha merecido.

Significa mantener bien preparada y dispuesta la morada del alma, despierta, renunciando constantemente a todas aquellas cosas del mundo que nos provocan una pereza espiritual, que nos conduce a la indiferencia de lo sagrado, y nos induce a un sueño y un sopor insoportable, en medio de la abundancia de bienes materiales, de tentaciones causadas por la ambición, el orgullo, la soberbia, el egoísmo, con lo que traicionan la confianza y el amor de Cristo.

Es mantener la esperanza en el Salvador, acudir a Él, y no querer hacer todo con nuestras propias fuerzas.

Permanece tú alerta y bien preparado, limpiando constantemente la morada del Señor, que es tu alma, manteniendo tu corazón encendido en el fuego del amor de Cristo, invocando la presencia del Espíritu Santo, alimentando la fe y la esperanza con tus obras de caridad, contemplando la cruz, y adorando el cuerpo y la sangre, la presencia viva de Jesús, que baja cada día del cielo por el poder del sacerdote, y descansa en sus manos, que han sido ungidas para que siempre tenga una morada bien dispuesta, bien preparada.

Permanece atento en la alegría y en la esperanza de que un día, de la misma manera, el Señor vendrá a ti y te ungirá para que seas digno de entrar con Él a la Patria Celestial».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Dios se nos acerca

Comienza el Adviento y aparece nuevamente el color morado en los ornamentos sacerdotales. También la música sacra quiere acompañarnos con sus tonos más graves, más severos, en este tiempo litúrgico, y nos anima a disponernos mediante la penitencia a la llegada de Dios encarnado. Los sonidos más serios, los colores menos vivos, la ausencia de gloria en la celebración eucarística, son, entre otros, signos visibles que quieren manifestar externamente la pena en el corazón del cristiano al reconocer su condición pecadora. El hijo de Dios, en efecto, se duele profundamente al advertir qué mal corresponde muchas veces el hombre a la bondad de su Padre Dios.

Pero vamos a celebrar, dentro de pocas semanas el nacimiento de Dios encarnado, el mayor de los acontecimientos de nuestra historia. Necesitamos disponernos del mejor modo –como Dios espera– y, para ello, necesario es asumir, del modo más consciente posible cada uno, que somos pecadores. Es la primera condición imprescindible si queremos rectificar y alegrarnos de verdad con su venida.

Porque Adviento significa también ilusión, esperanza fundada y alegría optimista en medio del dolor por la culpa, porque esperamos a nuestro buen Dios que llega. Pero la esperanza optimista, para que tenga sentido y llene positivamente la vida del que espera, es necesario que tenga una garantía segura. ¿Y qué garantía puede ser más segura a nuestro favor, ahora y siempre, que la presencia de Dios mismo entre nosotros y su palabra que no puede fallar? **Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo**, declaró Jesús antes de ascender a los cielos. Y está realmente para cada uno y nos asegura: **pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá.** Pero, ¿realmente pedimos, buscamos, llamamos? Y, ¿cómo lo hacemos, con qué fe, con qué deseo, con qué perseverancia? Porque Nuestro Señor aseguró la asistencia divina a los que rectamente la solicitan.

En estas Navidades, que volveremos a celebrar, el Señor, Dios de cuanto existe, quiere acercarse a sus hijos los hombres. Y, mientras se acerca, nos recuerda una vez más sin palabras que nos creó para Él: únicamente sus hijos celebramos la Navidad. **Nos hiciste, Señor para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.** Así lo declara San Agustín al comienzo de sus Confesiones, con la expresión universalmente conocida. Dios creó el corazón del hombre con un amplio espacio de amor que sólo Él puede colmar. Y nuestra madre la Iglesia nos recuerda, de modo especial en este tiempo de Adviento, el eterno y siempre actual plan divino de habitar más y más en el corazón de los hombres. Es la gran noticia que, evocada de

continuo por cada uno, debe alegrar todos nuestros días y, sobre todo, estas semanas hasta la gran solemnidad de la Natividad del Hijo de Dios. Con cada celebración de su nacimiento, diríamos que nos entra más por los ojos su amoroso deseo de ser acogido por su querida criatura humana.

Recordamos en este día, a partir de la lectura de los versículos de san Lucas que nos ofrece el Evangelio de la Liturgia Eucarística, que al final de los tiempos volverá Jesucristo y todos reconocerán necesariamente su señorío. Cuanto existe –viene a decirnos el evangelista– se conmoverá en su presencia. Será una evidente manifestación de que todo ser se mantiene por su voluntad. Nadie tendrá dudas entonces de que ante Él debe inclinarse toda criatura, porque criaturas suyas sin excepción nos reconoceremos. Se cumplirán en un instante las palabras proféticas de san Pablo a sus queridos filipenses: que a Jesucristo **Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: "¡Jesucristo es el Señor!", para gloria de Dios Padre.**

Únicamente los extraños e indeseables pueden atemorizarse pensando en la llegada del dueño. La familia, los amigos, particularmente los hijos, se alegran. Aguardan incluso impacientes, se disponen lo mejor que saben, porque quieren acoger espléndidamente al señor de la casa. Saben, además, que con su venida gozarán más todavía que mientras le esperaban llenos de ilusión. ¿Es así para nosotros Dios Nuestro Señor que llega? ¿Queremos disponernos muy bien en su honor? ¿Nos ilusiona su llegada y poderle acoger con la mayor dignidad? ¿Nos sentimos especialmente afortunados porque hay Navidad?

En esto viene a resumirse nuestra existencia. Vivimos en un continuo Adviento, en una esperanzada ilusión, aunque tengamos que vigilar, no sea que descuidemos algo más o menos importante, pero necesario para que Dios, Señor Nuestro, reciba el recibimiento que se merece de sus hijos.

Santa María, Madre de Dios, es maestra en la espera. Diríamos que es la que aguarda por antonomasia. A su amparo nos encomendamos, con el deseo de saber disponernos como Ella para la venida de Dios que está llegando.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

El Dios de la esperanza

Con este domingo se inicia un nuevo ciclo litúrgico y con él también nuestro camino anual hacia Navidad. Vayamos al encuentro de "aquel que viene". La palabra de Dios nos sugiere la actitud apropiada para este momento: "A ti, Señor, elevo mi alma"; y Jesús, en el Evangelio: *Tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación*. El Adviento debe empezar con una elevación del alma; se nos exhorta a olvidar el pasado

y a proyectamos hacia el futuro, hacia una nueva aventura de gracia, ya que, después de Jesucristo, cada ciclo litúrgico que comienza se llama y es un "ciclo de gracia".

Concentrémonos de inmediato en las lecturas bíblicas de hoy para ver qué nos sugieren a propósito de esta actitud. Debemos volver a recorrer dichas lecturas en orden histórico (el orden en que nacieron) que difiere, generalmente, del orden litúrgico (el orden en que se leen); el orden histórico es el siguiente: primera, tercera, segunda lectura, o sea: Antiguo Testamento, tiempo de Jesús (Evangelio) y tiempo de la Iglesia (Pablo).

La primera lectura es un breve pasaje de Jeremías: *Llegarán los días en que cambiaré la suerte de mi pueblo Israel,* dice Dios a su pueblo. Se nos revela aquí el esquema constante de la acción de Dios: Dios promete de antemano qué quiere realizar y luego realiza fielmente lo que prometió. De ahí que el misterio de Dios sea siempre "antiguo y nuevo, antiguo en la figura, nuevo en la realidad" (Melitón de Sardes). En este espacio entre promesa y realización se sitúa, para el hombre, la posibilidad de la esperanza y, para Dios, de la fidelidad. ¿Por qué se comporta así Dios, por qué cada intervención suya está preparada con tanta anticipación? Porque frente al hecho nuevo y maravilloso que ve cumplirse, el hombre no pueda decir: *Lo hizo mi ídolo,* vale decir el azar, o mi inteligencia, o mi fantasía; ¡Dios no tiene nada que ver, Dios no existe! (cf. Is. 48,3-8). Por lo tanto, la promesa es para que el hombre pueda reconocer lo que viene de Dios, para que pueda escucharlo con fe y dar testimonio con fuerza. Ese es el motivo verdadero y profundo por el cual el Antiguo Testamento es siempre actual, aun para nosotros los cristianos y por eso seguimos leyéndolo en nuestras asambleas; sirve para demostrar que la salvación realizada por Cristo viene del mismo Dios que la había anunciado a través de los profetas, sirve para demostrar la unidad del plan divino de salvación.

El *Evangelio* nos lleva de golpe al "centro de los tiempos", o sea a Jesucristo. Esa venida de Dios hacia los hombres tan esperada se concretó con él: *Dios ha visitado a su pueblo* (Lc. 7,16). No obstante, la historia no se detuvo: ¡el tiempo "se ha cumplido" pero no ha terminado! Es Jesús mismo quien vuelve a poner al hombre y a la Iglesia en camino y en estado de espera para otra venida: *Entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con potencia y gran gloria.* La primera venida, en la plenitud de los tiempos fue realizada en la humildad y el sufrimiento; la segunda, al fin de los tiempos, será con potencia y gran gloria. Estamos viviendo justo en esa situación determinada por la venida de Jesús y por lo tanto *en el recuerdo* de su encarnación y *a la espera* de su parusía, entre un "ya" y un "todavía no".

La *segunda lectura* extraída del apóstol Pablo, nos sugiere qué debemos hacer entretanto. Si bien el Evangelio contiene ya valiosas indicaciones en este sentido: velar, rezar, no dejar que nuestro corazón se vuelque a la disipación, a la embriaguez y a los afanes de la vida; pero es sobre todo Pablo —como decía— quien señala las consecuencias prácticas de todo lo que hemos escuchado hasta ahora. Él vivió exactamente en nuestra situación, o sea en el recuerdo del paso de Jesús por la tierra y a la espera "de su venida

con todos los santos". La palabra clave usada por el Apóstol es: ¡crecer! Este es el tiempo en el cual la semilla recogida en el Bautismo debe alcanzar su maduración, el tiempo dado a cada uno y a toda la Iglesia para alcanzar *el estado de hombre perfecto y la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo* (Ef. 4,13).

Como vemos, las lecturas bíblicas tocan muchos temas: la venida de Cristo, la espera, la vigilia, el crecimiento, la necesidad de una vida cristiana sobria y comprometida. No obstante, antes de enfrentar todos estos temas, hoy queremos profundizar el que parece resumirlos todos: el tema de la esperanza cristiana. Todo el tiempo litúrgico del Adviento celebra la esperanza; es una especie de sacramento de la esperanza cristiana.

Al leer el Evangelio de hoy, una cosa tendría que habernos llamado la atención: en la descripción de los hechos escatológicos, Jesús habla de angustia, de ansiedad, de miedo, de espera; no habla de esperanza. Se diría que Jesús no conoce la esperanza; los Evangelios sinópticos no le atribuyen a Jesús ninguna reflexión explícita sobre la esperanza. En cambio, después de la Pascua, vemos estallar literalmente ese tema en las cartas de Pablo y en casi todos los demás escritos apostólicos. La Esperanza (*elpis*) indica un componente esencial de la existencia cristiana; junto con la fe y la caridad, forma parte de la estructura que la contiene: *Ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor* (1 Cor. 13,13).

¿Qué fue lo que determinó este cambio? Es muy simple: la esperanza cristiana (¡en tanto cristiana!) nace de la resurrección de Cristo: *Dios... que en su gran misericordia nos hizo renacer por la resurrección de Jesucristo a una esperanza viva* (1 Pe. 1,3). Por eso, no se habla de la esperanza nunca antes de la Pascua; no es que esté ausente de los Evangelios, sino que está como en gestación; la vida de Jesús está "grávida" de una esperanza que sale a la luz gloriosamente la mañana de Pascua.

Tal como la entendemos actualmente, la esperanza es una peculiaridad del pensamiento bíblico; los antiguos no conocían "la virtud" de la esperanza, entendida como algo que es bueno en sí mismo, en absoluto; conocían solamente "la espera" que, como tal, es ambigua, pudiendo ser espera del bien o espera del mal, o incluso espera vana, o sea ilusión. Sólo el Dios cristiano pudo ser llamado "el Dios de la esperanza" (Rom. 15.13), o sea el Dios que "da" esperanza y que "es dado" en la esperanza; el Dios que abre al hombre al futuro.

Es así como, a través de la Biblia, se nos aparece la revelación respecto de la virtud teologal de la esperanza: "La esperanza es la espera de los bienes escatológicos que son: la resurrección del cuerpo, la herencia de los santos, la vida eterna, la gloria, la visión de Dios; en una palabra, la salvación. Afirmada en un tiempo en Israel excluyendo a los paganos, preparaba allí una esperanza mejor que ahora es ofrecida incluso a los paganos en el misterio de Cristo. Se funda en Dios, en su amor, en su llamado, en su potencia, en su veracidad y en la fidelidad a sus promesas. De modo que no puede engañar. Orientada, por definición, hacia bienes invisibles, la esperanza se apoya en la fe y se nutre de la

caridad. El Espíritu Santo es su fuente privilegiada que la ilumina, la fortifica, la hace rezar y logra, a través de ella, la unidad del cuerpo. Basada en la justificación por medio de la fe en Cristo, está llena de seguridad, de consuelo, de alegría y orgullo; no nos deja que nos abrumen los sufrimientos presentes, que poco importan en comparación con la alegría prometida; al contrario, los soporta con una constancia que la prueba y la confirma (de la carta a Rom. 5.2 de la "Biblia de Jerusalén").

Con la ayuda del Espíritu Santo veamos con mayor profundidad esta espléndida realidad de la esperanza cristiana. ¿Qué significa esperar? Leí en un autor estas palabras esclarecedoras: "Es necesario esperar en Dios, es necesario tener fe en Dios, es todo una sola cosa, es lo mismo. Es necesario tener en Dios la fe de esperar en él. Es necesario creer en él, o sea esperar. La fe ve lo que es, en el tiempo y en la eternidad. La esperanza ve lo que será, en el tiempo y en la eternidad. La caridad ama lo que es, pero la esperanza ama lo que será. La fe que prefiero, dice Dios, es la esperanza" (Ch. Péguy). La esperanza es, por lo tanto, hermana gemela de la fe, es un modo de creer, es, en sí misma, un confiarse a Dios, sobre todo considerando el propio futuro; no es, básicamente, esperanza de tener, sino "esperanza de ser".

En este sentido, la esperanza es incluso más meritoria que la fe por ser más exigente. Creer no es gran cosa para quien no es ciego puesto que Dios resplandece en la creación; pero esperar, esperar siempre, volver a esperar después de la enésima desilusión, esperar que el día siguiente sea mejor, después de que tantas veces fue peor, absorber todas las aparentes desmentidas como la tierra absorbe una lluvia regular, eso es realmente grande y revela la omnipotencia de la gracia divina.

Se representa a menudo a la esperanza cristiana con un ancla; se representa así desde la antigüedad, pero no es el símbolo más acertado; el símbolo más acertado es la vela. El ancla sirve para mantener firme la barca en el mar; la vela sirve en cambio para impulsarla y hacerla avanzar por el mar hacia tierra firme. La esperanza es la que impulsa; si no estuviera la esperanza, todo se cerraría, incluidas la fe y la caridad; ¿qué sería una fe sin esperanza? Pablo dice que sería "vacía" (cf. 1 Cor 15,14). Nadie siembra si no espera una cosecha. Fue la esperanza la que, en los inicios de la Iglesia, dio al mensaje cristiano esa fuerza de expansión extraordinaria que lo llevó en poco tiempo hasta los confines de la tierra; los hombres, especialmente los pobres, los afligidos y los marginados vieron por primera vez una propuesta de esperanza que era realmente para ellos y que no excluía a nadie. Si la predicación cristiana de hoy está a veces tan desprovista de fuerza es también porque no le da suficiente lugar a la prédica de la esperanza. El mundo está más sediento de esperanza que de pan y presta oído a un mensaje en la medida en que éste sepa ofrecerle una verdadera esperanza.

Nosotros los cristianos somos responsables de la esperanza que nos fue dada; debemos estar "preparados para dar razón" de ella y no sólo con la palabra, sino también con "la dulzura y el respeto" y sobre todo con la capacidad de sufrir algo a causa de esa esperanza (cf. 1 Ped. 3,15 ssq.). Es necesario que seamos transmisores de esperanza: "Del

mismo modo que los fieles en las procesiones se pasan de mano en mano el agua bendita, así debemos nosotros los fieles pasarnos de corazón a corazón la divina esperanza" (Ch. Péguy). A los hijos, es necesario darles una esperanza, antes incluso que un pan; a los estudiantes, es necesario saber darles una esperanza antes incluso que una doctrina; aun a los ancianos, es necesario darles una esperanza antes que una pensión. Porque para vivir podemos prescindir prácticamente de todo, pero no de la esperanza; cuando uno llega a no saber realmente nada más, a levantarse por la mañana sin esperar absolutamente nada, no vive más y se deja morir, lentamente o de golpe. Quien ha vivido de cerca alguno de estos casos, como consecuencia a veces de enfermedades, pero a menudo también del egoísmo que nos rodea, sabe que no hay nada más lastimoso en el mundo que estos casos.

Sabemos que la esperanza cristiana no es la única que se predica en la actualidad; están también las "esperanzas seculares" que tienen como horizonte no el futuro escatológico, sino el futuro del hombre en esta tierra. Las dos cosas no se excluyen mutuamente: si bien la esperanza secular excluye, en quien no cree, la esperanza cristiana, ésta no excluye nunca, en quien cree, una esperanza también secular. Por el contrario, cuando se la entiende rectamente, es su mejor garantía, porque se preocupa mucho más por no arruinar este mundo y esta vida aquél que sabe que también ellos son de Dios y también ellos esperan participar un día "en la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (cf. Rom 8,21). La esperanza cristiana es una esperanza activa, llena de cosas para hacer durante la espera: velar, crecer en el amor hacia todos; por eso es un fermento y una sal también en este mundo. Por ende, no tenemos ninguna necesidad de erigir la esperanza cristiana sobre las ruinas de las esperanzas humanas; por el contrario, cultivando cada semilla de esperanza que nos rodea, pequeña o grande, ayudaremos, como cristianos a nuestros hermanos a descubrir la otra esperanza, la que no desilusiona porque está difundida en nuestro corazón junto con la caridad, a través del Espíritu Santo que nos ha sido dado (cf. Rom 5,5).

Terminemos con la oración con la que san Pablo concluía su carta a los Romanos: *Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo* (Rom. 15,13).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Basílica de Letrán (28-XI-1982)

– Consecuencia práctica de conocer a Dios

En la liturgia de hoy la Iglesia lee al profeta Jeremías. Las palabras del Profeta anuncian con antelación la venida.

"Mirad que días vienen –oráculo de Yahveh– en que confirmaré la buena palabra que dije a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella sazón haré brotar para David un Germen justo, y practicará el derecho y la justicia en la tierra. En aquellos días estará a salvo Judá, y Jerusalén vivirá en seguro. Y así se la llamará: «Yahveh, justicia nuestra»" (Jer 33,14-16).

Cada año el adviento abre como un nuevo capítulo en el libro de la salvación que Dios escribe en la Iglesia. Escribe a través de la historia del hombre.

Hoy con la Iglesia comienza el Adviento, tiempo de espera confiada de la venida del Señor.

El Salmo de la liturgia de hoy dice: "A Ti, Señor, levanto mi alma" (Sal 24/25,1).

La elevación del alma se realiza por medio del conocimiento del Señor y de sus caminos. También de esto habla el salmista de la liturgia de hoy: "Señor, enséñame tus caminos,/ instrúyeme en tus sendas,/ haz que camine con lealtad,/ porque tú eres mi Dios y salvador" (Sal 24/25,4-5).

Como se ve, no se trata de un conocimiento abstracto, sino de un conocimiento que incide en la vida. El Salmista pide a Dios que le dé a "conocer sus caminos" y le enseña a andar por estos caminos. Este caminar debe hacerse "en la verdad" según las enseñanzas de Dios. Y esto pide el Salmista.

"Enséñame tus caminos" quiere decir enséñame a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

– La bondad divina

Lo que es el corazón en el organismo eso es también el descubrimiento de la bondad de Dios en nuestro trabajo interior y en nuestra vida cristiana total. Escuchemos de nuevo al Salmista: "El Señor es bueno y recto,/ y enseña el camino a los pecadores;/ hace caminar a los humildes con rectitud,/ enseña su camino a los humildes" (Sal 24/25,8-9).

Que Dios es bueno se pone de manifiesto en el hecho de que Él nos ayuda a los hombres a actuar bien al indicarnos los caminos de la vida buena y digna.

Es su gracia precisamente la que hace que podamos, con toda nuestra debilidad, comportarnos bien e incluso a veces llegar a los umbrales de la santidad.

– Humildad para escuchar y oír

Aquí el Salmista reclama atención particular a la humildad; hay que ser humildes para aceptar las enseñanzas y mandamientos divinos, es necesario ser humildes para que la gracia divina pueda actuar en nosotros, transformarnos la vida y sacar frutos de bien.

A continuación proclama el Salmo de hoy: “Las sendas del Señor son misericordia y lealtad/ para los que guardan su alianza y sus mandamientos…/ El Señor se confía con sus fieles/ y les da a conocer su alianza” (Sal 24/25,10-14).

Estas Alianzas Nueva y Antigua se han revelado en la venida de Jesucristo y se han confirmado definitivamente con su cruz y resurrección. De este modo cada uno de nosotros es un “hombre nuevo” y todos constituimos el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza.

De este modo cada uno de nosotros es un “hombre nuevo” y todos constituimos el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza.

San Pablo dirá a los Tesalonicenses en la liturgia de hoy: “En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros, para que se consoliden vuestros corazones con santidad irreprochable ante Dios, nuestro Padre, en la Venida de nuestro Señor Jesucristo, con todos sus santos” (1 Tes 3,12).

Y añado esta petición del Apóstol: “Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús a que viváis como conviene que viváis para agradar a Dios, según aprendisteis de nosotros, y a que progreséis más” (1 Tes 4,1).

Y en las perspectivas de estas fiestas de Navidad que ya están alegrándonos el corazón, repetimos con el Evangelio de San Lucas: “Estad siempre despiertos pidiendo fuerza… y manteneos en pie ante el Hijo del hombre” (Lc 21,36).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“¡Alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación!”. Estas palabras recogen el anhelo más hondamente sentido del corazón humano que palpa a diario tantos dramas y dolores, la desaparición de personas queridas y un día, también la nuestra.

No podemos vivir sin esperanza. Incluso quienes piensan que con la muerte acaba todo, también esperan en algo o en alguien. La misma expresión: “la vida es así y hay que tomarla tal como es”, que parece una aceptación estoica de lo inevitable, revela una protesta resignada contra el sometimiento de la libertad y la dignidad humana y la convicción de que las cosas no deberían ser así. La experiencia nos dice a todos, de un modo más o menos consciente, que somos un yo inteligente y libre, que tiene en sus manos las riendas de su vida y es responsable, que no es una cosa junto a otras muchas que componen el universo. Si, por lo demás, la naturaleza no conoce la extinción si no la transformación —no podemos hacer desaparecer nada de este mundo—, el hombre juzga rectamente cuando confía en la vida eterna. “La semilla de eternidad que en sí mismo lleva, y que es irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte” (GS, 18).

“¡Alzad la cabeza…!” La llegada de Jesucristo a la tierra es la única esperanza de escapar a la muerte. Él es el Salvador, quien nos libera del pecado y sus consecuencias, transformándonos en hombres nuevos si colaboramos con Él en vigilia permanente para que “no se nos embote la mente” con una vida disoluta que impida “mantenernos en pie ante el Hijo del hombre” cuando llegue en el último día.

La vigilancia del Adviento es una tarea existencial que pone en juego todas las virtudes cristianas, disponiéndonos convenientemente para la llegada del Señor. “Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino… En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre; en la segunda se revestirá de luz. En la primera soportó la cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado y escoltado por un ejército de ángeles. No pensemos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperemos también la futura” (S. Cirilo de Jerusalén).

Quien no espera la salvación que viene de Jesucristo ve, a poco que reflexione, cómo su vida es “una pasión inútil” (Sartre) y la historia humana, “un cuento que no significa nada explicado por un idiota” (Shakespeare). Todo consistiría en nacer, crecer, comer, trabajar, amar y sufrir…, y, un día, morir. Los cristianos, sin embargo, aguardamos con esperanza la llegada del Salvador: “Alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación”.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«A Tí levanto mi alma»

I. LA PALABRA DE DIOS

Jr 33, 14-16: «Suscitará a David un vástago legítimo».

Sal 24: «A Tí, Señor, levanto mi alma».

1 Ts 3, 12-4, 2: «Que el señor os fortalezca interiormente para cuando Jesús vuelva».

Lc 21, 25-28. 34-36: «Se acerca vuestra liberación».

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos» (668s).

«Cristo es el Señor del Cosmos y de toda la Historia» (668).

«Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la “última hora”. El final de la Historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable…» (670).

«El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo no está todavía acabado. Este reino aún es objeto de los ataques de poderes del mal, a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo...» (671).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«La Luz luce en las tinieblas. Las tinieblas son el error y la muerte... Abramos las puertas para que aquella Luz nos ilumine con sus rayos y siempre gocemos de la benignidad de Nuestro Señor Jesucristo». (S. Juan Crisóstomo, PG, 59, 57 ss).

«Nuestro Redentor y Señor anuncia los males que han de seguir a este mundo perecedero, a fin de que nos hallemos preparados...Nosotros, que sabemos cuáles son los gozos de la Patria Celestial, debemos ir cuanto antes a Ella y por el camino más corto... No queráis, pues, hermanos, amar lo que no ha de permanecer mucho» (S Gregorio Magno, PL. 76, 1077 ss).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El anuncio profético de Jeremías se cumple en Jesucristo «retoño de David» (Ap 5,5), que ha dado al mundo la «justicia», es decir, la salvación. Los males, el miedo, la angustia, etc. afligen a los hombres a lo largo de su historia contingente (Evangelio) y evidencian la necesidad que tienen de ser liberados.

Con la plegaria del «pobre» y «pecador» nos dirigimos a Dios que nos salva (Salmo responsorial). A Dios pedimos, mientras caminamos hacia nuestra plena liberación, que nos conceda «crecer y abundar en el amor... portándonos de modo que agrademos a Dios» (Segunda lectura).

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Venida final de Jesucristo: 668-677.

La respuesta:

La vigilancia: 2612; 2849.

C. Otras sugerencias

Toda la Creación gime (Rom 8). Los hombres gemimos en ella. Los creyentes en Jesús nos sentimos estimulados en el primer Domingo de Adviento a transmitir al increyente y al alejado los caminos del Señor, que son «misericordia y lealtad». Es un aspecto de la «Nueva Evangelización», que tiene por núcleo la realidad de que Dios se hizo Enmanuel para salvarnos (cf CEE, Para que el mundo crea)

Desde el primer Domingo de Adviento ha de contemplarse la triple venida de Jesucristo Salvador: la histórica, la futura y la actual.

Necesitamos vigilar, disipar las sombras, para que el anuncio que transmitimos, se potencie con la luz y testimonio de nuestra vida.

Ha de salir, además, de nuestro corazón la plegaria «muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación».

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

En la espera del Señor

– Vigilantes ante la llegada del Mesías.

I. *Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro con Cristo, acompañados por las buenas obras.*

Quizá hayamos tenido la experiencia –decía R. Knox en un sermón sobre el Adviento– de lo que es caminar en la noche y arrastrar los pies durante kilómetros, alargando ávidamente la vista hacia una luz en la lejanía que representa de alguna forma el hogar. ¡Qué difícil resulta apreciar en plena oscuridad las distancias! Lo mismo puede haber un par de kilómetros hasta el lugar de nuestro destino, que unos pocos cientos de metros. En esa situación se encontraban los profetas cuando miraban hacia adelante, en espera de la redención de su pueblo. No podían decir, con una aproximación de cien años ni de quinientos, cuándo habría de venir el Mesías. Sólo sabían que en algún momento la estirpe de David retoñaría de nuevo, que en alguna época se encontraría una llave que abriría las puertas de la cárcel; que la luz que sólo se divisaba entonces como un punto débil en el horizonte se ensancharía al fin, hasta ser un día perfecto. El pueblo de Dios debía estar a la espera.

Esta misma actitud de expectación desea la Iglesia que tengamos sus hijos en todos los momentos de nuestra vida. Considera como una parte esencial de su misión hacer que sigamos mirando al futuro, aunque ya pronto va a cumplirse el segundo milenio de aquella primera Navidad, que la liturgia nos presenta inminente. Nos alienta a que caminemos con los pastores, en plena noche, vigilantes, dirigiendo nuestra mirada hacia aquella luz que sale de la gruta de Belén.

Cuando el Mesías llegó, pocos le esperaban realmente. *Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron*. Muchos de aquellos hombres se habían dormido para lo más esencial de sus vidas y de la vida del mundo.

Estad vigilantes, nos dice el Señor en el Evangelio de la Misa. *Despertad*, nos repetirá San Pablo. Porque también nosotros podemos olvidarnos de lo más fundamental de nuestra existencia.

Convocad a todo el mundo, anunciadlo a las naciones y decid: Mirada Dios nuestro Salvador, que llega. Anunciadlo y que se oiga; proclamadlo con fuerte voz. La Iglesia

nos alerta con cuatro semanas de antelación para que nos preparemos a celebrar de nuevo la Navidad y, a la vez, para que, con el recuerdo de la primera venida de Dios hecho hombre al mundo, estemos atentos a esas otras venidas de Dios, al final de la vida de cada uno y al final de los tiempos. Por eso, el Adviento es tiempo de preparación y de esperanza.

"Ven, Señor, y no tardes". Preparemos el camino para el Señor que llegará pronto; y si advertimos que nuestra visión está nublada y no vemos con claridad esa luz que procede de Belén, de Jesús, es el momento de apartar los obstáculos. Es tiempo de hacer con especial finura el examen de conciencia y de mejorar en nuestra pureza interior para recibir a Dios. Es el momento de discernir qué cosas nos separan del Señor, y tirarlas lejos de nosotros. Para ello, este examen debe ir a las raíces mismas de nuestros actos, a los motivos que inspiran nuestras acciones.

– Principales enemigos de nuestra santidad: las tres concupiscencias. La Confesión, medio para preparar la Navidad.

II. Como en este tiempo queremos de verdad acercarnos más a Dios, examinaremos a fondo nuestra alma. Allí encontraremos los verdaderos enemigos que luchan sin tregua para mantenernos alejados del Señor. De una forma u otra, allí están los principales obstáculos para nuestra vida cristiana: *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida*.

"La concupiscencia de la carne no es sólo la tendencia desordenada de los sentidos en general (...), no se reduce exclusivamente al desorden de la sensualidad, sino también a la comodidad, a la falta de vibración, que empuja a buscar lo más fácil, lo más placentero, el camino en apariencia más corto, aun a costa de ceder en la fidelidad a Dios (...).

"El otro enemigo (...) es la concupiscencia de los ojos, una avaricia de fondo, que lleva a no valorar sino lo que se puede tocar (...).

"Los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que Nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el *seréis como dioses* (Gen 3, 5) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios.

La existencia nuestra puede, de este modo, entregarse sin condiciones en manos del tercer enemigo, de la superbia vitae. *No se trata sólo de pensamientos efímeros de vanidad o de amor propio: es un engreimiento general. No nos engañemos, porque éste es el peor de los males, la raíz de todos los descaminos*.

Puesto que el Señor viene a nosotros, hemos de prepararnos. Cuando llegue la Navidad, el Señor debe encontrarnos atentos y con el alma dispuesta; así debe hallarnos también en nuestro encuentro definitivo con Él. Necesitamos enderezar los caminos de

nuestra vida, volvernos hacia ese Dios que viene a nosotros. Toda la existencia del hombre es una constante preparación para ver al Señor, que cada vez está más cerca; pero en el Adviento la Iglesia nos ayuda a pedir de una manera especial; *Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad: enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador*.

Prepararemos este encuentro en el sacramento de la Penitencia. Cercana ya la Navidad de 1980, el Papa Juan Pablo II estuvo con más de dos mil niños en una parroquia romana. Y comenzó la catequesis: *¿Cómo os preparáis para la Navidad? Con la oración*, responden los chicos gritando. *Bien, con la oración*, les dice el Papa, *pero también con la Confesión. Tenéis que confesaros para acudir después a la Comunión. ¿Lo haréis?* Y los millares de chicos, más fuerte todavía, responden: *¡Lo haremos! Sí, debéis hacerlo*, les dice Juan Pablo II. Y en voz más baja: *El Papa también se confesará para recibir dignamente al Niño Dios*.

Así lo haremos también nosotros en las semanas que faltan para la Nochebuena, con más amor, con más contrición cada vez. Porque siempre podemos recibir con mejores disposiciones este sacramento de la misericordia divina, como consecuencia de examinar más a fondo nuestra alma.

– Vigilantes mediante la oración, la mortificación y el examen de conciencia.

III. *En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Estad sobre aviso, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo (...). Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si a la tarde, o a medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo a todos digo, velad*.

Para mantener este estado de vigilia es necesario luchar, porque la tendencia de todo hombre es vivir con los ojos puestos en las cosas de la tierra. Especialmente en este tiempo de Adviento, no vamos a dejar que *se ofusquen nuestros corazones con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida*, y perder de vista así la dimensión sobrenatural que deben tener todos nuestros actos. San Pablo compara esta vigilia sobre nosotros a la guardia que hace el *soldado bien armado que no se deja sorprender*. "Este adversario enemigo nuestro por dondequiera que pueda procura dañar; y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotros".

Estaremos alerta si cuidamos con esmero la oración personal, que evita la tibieza y, con ella, la muerte de los deseos de santidad; estaremos vigilantes si no descuidamos las mortificaciones pequeñas, que nos mantienen despiertos para las cosas de Dios. Estaremos atentos mediante un delicado examen de conciencia, que nos haga ver los puntos en que nos estamos separando, casi sin darnos cuenta, de nuestro camino.

"Hermanos –nos dice San Bernardo–, a vosotros, como a los niños, Dios revela lo que ha ocultado a los sabios y entendidos: los auténticos caminos de la salvación. Meditad

en ellos con suma atención. Profundizad en el sentido de este Adviento. Y, sobre todo, fijaos quién es el que viene, de dónde viene y a dónde viene; para qué, cuándo y por dónde viene. Tal curiosidad es buena. La Iglesia universal no celebraría con tanta devoción este Adviento si no contuviera algún gran misterio".

Salgamos con corazón limpio a recibir al Rey supremo, porque está para venir y no tardará, leemos en las antífonas de la liturgia.

Santa María, Esperanza nuestra, nos ayudará a mejorar en este tiempo de Adviento. Ella espera con gran recogimiento el nacimiento de su Hijo, que es el Mesías. Todos sus pensamientos se dirigen a Jesús, que nacerá en Belén. Junto a Ella nos será fácil disponer nuestra alma para que la llegada del Señor no nos encuentre dispersos en otras cosas, que tienen poca o ninguna importancia ante Jesús.

D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

Estad en vela orando en todo tiempo para que podáis estar en pie delante del Hijo del hombre

Hoy, justo al comenzar un nuevo año litúrgico, hacemos el propósito de renovar nuestra ilusión y nuestra lucha personal con vista a la santidad, propia y de todos. Nos invita a ello la propia Iglesia, recordándonos en el Evangelio de hoy la necesidad de estar siempre preparados, siempre "enamorados" del Señor: «Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida» (Lc 21,34).

Pero notemos un detalle que es importante entre enamorados: esta actitud de alerta —de preparación— no puede ser intermitente, sino que ha de ser permanente. Por esto, nos dice el Señor: «Estad en vela, pues, orando en todo tiempo» (Lc 21,36). ¡En todo tiempo!: ésta es la justa medida del amor. La fidelidad no se hace a base de un "ahora sí, ahora no". Es, por tanto, muy conveniente que nuestro ritmo de piedad y de formación espiritual sea un ritmo habitual (día a día y semana a semana). Ojalá que cada jornada de nuestra vida la vivamos con mentalidad de estrenarnos; ojalá que cada mañana —al despertarnos— logremos decir: —Hoy vuelvo a nacer (¡gracias, Dios mío!); hoy vuelvo a recibir el Bautismo; hoy vuelvo a hacer la Primera Comunión; hoy me vuelvo a casar... Para perseverar con aire alegre hay que "re-estrenarse" y renovarse.

En esta vida no tenemos ciudad permanente. Llegará el día en que incluso «las fuerzas de los cielos serán sacudidas» (Lc 25,26). ¡Buen motivo para permanecer en estado de alerta! Pero, en este Adviento, la Iglesia añade un motivo muy bonito para nuestra gozosa preparación: ciertamente, un día los hombres «verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria» (Lc 25,27), pero ahora Dios llega a la tierra

con mansedumbre y discreción; en forma de recién nacido, hasta el punto que «Cristo se vio envuelto en pañales dentro de un pesebre» (San Cirilo de Jerusalén). Sólo un espíritu atento descubre en este Niño la magnitud del amor de Dios y su salvación (cf. Sal 84,8).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO I DE ADVIENTO CICLO C

La misión del sacerdote

«Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento» (Mc 13, 33).

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, y también te dice que tienes una gran responsabilidad.

Tú has sido llamado y elegido, y has sido enviado con una misión compartida con tu Señor: preparar a los hombres para cuando Él venga; para que tengan fe, y ese día sea de alegría y de paz, y no un día terrible.

Tu Señor te asegura que su misericordia estará presente en ese día, porque Él es la misericordia misma que quiere derramar a los hombres a través de tu ministerio sacerdotal. Es así, a través de ti, como se hace presente, resucitado y vivo, para ser Él mismo quien prepara a los hombres.

Tu Señor anuncia que va a venir por segunda vez, ya no para hacer un sacrificio, sino para recoger sus frutos. Y es a través de ti, sacerdote, que Él prepara a los hombres, ofreciendo su único y eterno sacrificio, como ofrenda agradable al Padre.

Tú eres, sacerdote, un don, un regalo, para que el hombre pueda llegar a Dios.

Y tú, sacerdote, ¿te das cuenta de la grandeza de tu misión?

¿Reconoces que tú eres Cristo vivo y resucitado, pero también signo de contradicción?

Que el rechazo, la persecución, el desprecio y la soledad no te hagan perder de vista esa gran responsabilidad, porque la indiferencia del mundo ante la grandeza de Dios destruye al sacerdote, y si el sacerdote no se alimenta de la Palabra, no la vive, y así el mismo sacerdote es el que permite esa indiferencia.

¿Eres consciente de para qué fuiste llamado?, ¿cuándo fuiste llamado?, ¿cómo fuiste llamado?

Reflexiona, sacerdote, y dale sentido a tu vida. Date cuenta de que eres responsable de los actos de las almas que se te han encomendado, y de que tienes el poder y las armas para dirigir esos actos hacia Dios. Esa es tu misión, sacerdote.

Pídele a tu Señor, que te ayude a predicar su palabra, y que puedas cumplirla también, que la pongas por obra, para ser ejemplo, para no ser causa de tu propia destrucción.

Que tengas verdaderamente fe, esperanza y amor; que contagies, sostengas, guíes, convenzas y enseñes a su pueblo.

Que seas consciente de que tienes en ti mismo la capacidad para hacer llegar a todos los hombres las catorce obras de misericordia, pero no te das cuenta. Y esa es tu misión: llevar a todos los rincones del mundo la misericordia de tu Señor derramada en la cruz.

Que tengas fe suficiente para expulsar a todos los demonios y para construir el Reino de los cielos en la tierra, porque esa es tu misión.

Haz oración, sacerdote, y medita todas estas cosas en tu corazón, porque cuando entiendas bien cuál es tu misión, le darás una gran satisfacción a tu Señor, porque amarás la cruz y lo dejarás todo cada día, para seguirlo, porque esa es tu misión.

Acude al auxilio de tu Madre, sacerdote, y pídele que te ayude a creer, para poder cumplir con tu misión, construyendo y preparando el Reino de los cielos, para que, cuando su Hijo venga, no encuentre su morada como en su nacimiento, en un pesebre pobre y escondido, sino un Reino rico en fe, en esperanza y en amor, esperando al Rey que vendrá con toda su majestad y esplendor.

(*Espada de Dos Filos* 1, n. 1)

Domingo II de Adviento (C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilías en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006 y 2009**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Josep VALL i Mundó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com**.

Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.

(Nuestras redes sociales)

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

TODOS VERÁN LA SALVACIÓN DE DIOS

Bar 5, 1-9; Flp 1, 4-6. 8-11; Lc 3, 1-6

Con mucho entusiasmo y una gran convicción el profeta Baruc anima a sus lectores a alegrarse por la llegada de los israelitas repatriados. Es necesario ponerse la diadema de la victoria, ponerse de pie y alegrarse porque Dios cumple su palabra. Él es quien encabeza la columna de los repatriados que retornan. Recurriendo al lenguaje hiperbólico, el profeta imagina que barrancos y colinas se nivelarán a fin de asegurar la marcha de los caminantes. Con esas mismas imágenes se expresó también Isaías y, a partir de las mismas, inició Juan Bautista su movimiento de renovación general en la vida de Israel. Una transformación de fondo no se opera de manera sencilla, antes bien, es necesario recurrir a un relato y un símbolo poderoso. Juan Bautista reaviva el tema del paso del Jordán y lo asocia al bautismo y la confesión de pecados. Desde esa narrativa pretendía sentar las bases para un cambio verdadero, nacido del interior de la persona.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 30, 19. 30

Pueblo de Sión, mira que el Señor va a venir para salvar a todas las naciones y dejará oír la majestad de su voz para alegría de tu corazón.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, haz que ninguna ocupación terrena sirva de obstáculo a quienes van presurosos al encuentro de tu Hijo, antes bien, que el aprendizaje de la sabiduría celestial, nos lleve a gozar de su presencia. El, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Dios mostrará su grandeza.

Del libro del profeta Baruc: 5, 1-9:

Jerusalén, despójate de tus vestidos de luto y aflicción, y vístete para siempre con el esplendor de la gloria que Dios te da; envuélvete en el manto de la justicia de Dios y adorna tu cabeza con la diadema de la gloria del Eterno, porque Dios mostrará tu

grandeza a cuantos viven bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: “Paz en la justicia y gloria en la piedad”.

Ponte de pie, Jerusalén, sube a la altura, levanta los ojos y contempla a tus hijos, reunidos de oriente y de occidente, a la voz del espíritu, gozosos porque Dios se acordó de ellos. Salieron a pie, llevados por los enemigos; pero Dios te los devuelve llenos de gloria, como príncipes reales.

Dios ha ordenado que se abajen todas las montañas y todas las colinas, que se rellenen todos los valles hasta aplanar la tierra, para que Israel camine seguro bajo la gloria de Dios. Los bosques y los árboles fragantes le darán sombra por orden de Dios. Porque el Señor guiará a Israel en medio de la alegría y a la luz de su gloria, escoltándolo con su misericordia y su justicia.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5.6

R/. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Cuando el Señor nos hizo volver del cautiverio, creíamos soñar; entonces no cesaba de reír nuestra boca, ni se cansaba entonces la lengua de cantar. ***R/.***

Aun los mismos paganos con asombro decían: “¡Grandes cosas ha hecho por ellos el Señor!”. Y estábamos alegres, pues ha hecho grandes cosas por su pueblo el Señor. ***R/.***

Como cambian los ríos la suerte del desierto, cambia también ahora nuestra suerte, Señor, y entre gritos de júbilo cosecharán aquellos que siembran con dolor. ***R/.***

Al ir, iban llorando, cargando la semilla; al regresar, cantando vendrán con sus gavillas. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Manténganse limpios e irreprochables para el día de Cristo.

De la carta apóstol san Pablo a los filipenses: 1, 4-6. 8-11

Hermanos: Siempre que pido por ustedes, lo hago con gran alegría, porque han colaborado conmigo en la causa del Evangelio, desde el primer día hasta ahora. Estoy convencido de que aquel que comenzó en ustedes esta obra, la irá perfeccionando siempre hasta el día de la venida de Cristo Jesús.

Dios es testigo de cuánto los amo a todos ustedes con el amor entrañable con que los ama Cristo Jesús. Y ésta es mi oración por ustedes: Que su amor siga creciendo más y más y se traduzca en un mayor conocimiento y sensibilidad espiritual. Así podrán escoger siempre lo mejor y llegarán limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo, llenos de los frutos de la justicia, que nos viene de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Lc 3, .4.6

R/. Aleluya, aleluya.

Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos, y todos los hombres verán al Salvador. ***R/.***

EVANGELIO

Todos verán la salvación de Dios.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 3, 1-6

En el año décimo quinto del reinado del César Tiberio, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea; su hermano Filipo, tetrarca de las regiones de Iturea y Traconítide; y Lisarías, tetrarca de Abilene; bajo el pontificado de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios en el desierto sobre Juan, hijo de Zacarías.

Entonces comenzó a recorrer toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados, como está escrito en el libro de las predicciones del profeta Isaías:

Ha resonado una voz en el desierto: Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos. Todo valle será rellenado, toda montaña y colina, rebajada; lo tortuoso se hará derecho, los caminos ásperos serán allanados y todos los hombres verán la salvación de Dios.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que te sean agradables, Señor, nuestras humildes súplicas y ofrendas, y puesto que no tenemos méritos en qué apoyarnos, nos socorra el poderoso auxilio de tu benevolencia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 5, 5; 4, 36

Levántate, Jerusalén, sube a lo alto, para que contemples la alegría que te viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados por el alimento que nutre nuestro espíritu, te rogamos, Señor, que, por nuestra participación en estos misterios, nos enseñes a valorar sabiamente las cosas de la tierra y a poner nuestro corazón en las del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Alegres, porque Dios se acordó de ellos (Ba 5,1-9)

1ª lectura

A modo de recapitulación, el libro termina con un nuevo canto de consuelo, el cuarto del escrito. Se promete la felicidad de la gloria para siempre, con connotaciones escatológicas. La nueva Jerusalén recibirá un nombre simbólico, que expresa no sólo la pertenencia a Dios, sino también sus propiedades esenciales: será «Paz de la justicia» y «Gloria de la piedad» (v. 4), que es como decir «paz justa» y «piedad gloriosa». Olimpiodoro comenta en sentido espiritual: «Puesto que Cristo es nuestra paz y Él es nuestra justicia y nuestra gloria, y Él es ejemplo de nuestra ciudadanía según la piedad, también nosotros recibimos de Él esos nombres» (*Fragmenta in Baruch* 5,4).

Los paralelos de este pasaje con la literatura profética y sapiencial son numerosos: Is 40,4-5; 49,18-22; 60,1-4; Jr 30,15-22; Sal 126; etc. Pero aún resulta más sugerente la relación de los vv. 1-9 con la visión de la Jerusalén mesiánica del *Apocalipsis* de San Juan 21,1-4, que ya descubrió San Ireneo en su *Adversus haereses*, donde concluye: «No se puede dar una interpretación alegórica a esto: todo es cierto, verdadero y concreto, y ha sido querido por Dios para gloria de los hombres justos. Como verdaderamente Dios es el que hace resucitar al hombre, así verdaderamente el hombre se vigorizará con la incorruptibilidad y se fortalecerá, en el tiempo del Reino, para poder acoger luego la gloria del Padre. Cuando todo sea renovado, habitará verdaderamente en la ciudad de Dios» (5,35,2).

Quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo (Flp 1,4-6.8-11)

2ª lectura

La alegría es una de las notas sobresalientes de este escrito (cfr 3,1; 4,4), causada de modo especial por el buen espíritu y comportamiento de los filipenses. A ella se refiere Pablo como uno de los frutos del Espíritu Santo (cfr Ga 5,22). Proviene de la unión con Dios y del descubrimiento de la amorosa providencia con la que Dios vela por sus criaturas y, de modo particular, por sus hijos. La alegría da serenidad, paz y objetividad al cristiano en todas las acciones de su vida.

El Magisterio de la Iglesia, a partir de las palabras del v. 6, ha enseñado, frente a la herejía pelagiana, que tanto el inicio de la fe, como su aumento, y el acto de fe por el que creemos, son fruto del don de la gracia y de la libre correspondencia humana (cfr Conc. II de Orange, can. 5). Siglos más tarde, el Concilio de Trento reiteró esta enseñanza: así como Dios ha empezado la obra buena, la acabará, si los hombres cooperamos con su gracia (cfr *De iustificatione*, cap. 13). Junto a esa confianza en el auxilio divino es necesario el esfuerzo personal por corresponder a la gracia, pues, en palabras de San Agustín, «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (*Sermones*169,13).

La identificación de San Pablo con Jesucristo es tan grande que puede decir que han pasado a su corazón los mismos afectos del corazón de Cristo (v. 8).

El crecimiento en la caridad (v. 9) estimula el empeño por alcanzar un mayor «conocimiento» de Dios. «El que ama —dice Santo Tomás— no se contenta con un conocimiento superficial del amado, sino que se esfuerza por conocer cada una de las cosas que le pertenecen, y así penetra hasta su interior» (*Summa theologiae* 1-2,28,2c).

Preparad el camino del Señor (Lc 3,1-6)

Evangelio

Los cuatro evangelios recogen la actividad del Bautista que precedió la vida pública de Cristo. Lucas la presenta con más detalle y orden: describe el marco general (vv. 1-2), la misión de Juan (vv. 3-6), el contenido de su predicación (vv. 7-14), su relación con el Mesías venidero (vv. 15-18) y su encarcelamiento (vv. 19-20).

Lucas sitúa en el tiempo y en el espacio la aparición pública de Juan Bautista (vv. 1-2). El año decimoquinto del imperio de Tiberio César corresponde al 27 ó al 28/29 de nuestra era, según dos cómputos de tiempo posibles (ver *Cronología de la vida de Jesús*, pp. 48-50). Poncio Pilato fue *praefectus* de Judea («procurador» en la terminología posterior) desde el año 26 al 36; su jurisdicción se extendía también a Samaría e Idumea. El Herodes que se menciona es Herodes Antipas, que murió el año 39. Filipo, hermanastro de Herodes Antipas, fue tetrarca de las regiones indicadas en el texto hasta el año 33/34. No es el mismo Herodes Filipo que estaba casado con Herodías, de la que se habla en el v. 19. El sumo sacerdote era Caifás, que ejerció su pontificado desde el año 18 al 36. Anás, su suegro, había sido depuesto el año 15 por la autoridad romana, pero conservaba mucha influencia en la política y la religión judías (cfr Jn 18,13; Hch 4,6). La mención de las circunstancias históricas, seguida de la expresión «vino la palabra de Dios sobre...» (v. 2), es frecuente en el inicio de muchos libros proféticos (Ez 1,3; cfr Os 1,1; Mi 1,1; So 1,1; etc.). De este modo el texto sugiere, como después afirmará Jesús expresamente (16,16), que Juan es el último de los profetas, y a través de él, Dios, con su palabra (v. 2), inaugura el último acto de la historia.

El evangelista presenta la figura del Bautista a la luz de un texto del libro de Isaías (vv. 4-6; cfr Is 40,3-5). En esta parte de Isaías se anuncia al pueblo hebreo que, tras el destierro de Babilonia, habrá un nuevo éxodo; entonces, el pueblo que caminará a través del desierto hasta llegar a la tierra de promisión ya no será guiado por Moisés sino por Dios mismo. El oráculo de Isaías citado es común a los tres evangelios sinópticos, pero sólo San Lucas recoge el último versículo: «Y todo hombre verá la salvación de Dios». De este modo, la dimensión universal del Evangelio se presenta desde la misión misma del Bautista. Todos, hasta los publicanos (v. 12) o los soldados (v. 14), tienen acceso a la salvación: «El Señor desea abrir en vosotros un camino por el que pueda penetrar en vuestras almas. (...) El camino por el que ha de penetrar la palabra de Dios consiste en la capacidad del corazón humano. El corazón del hombre es grande, espacioso y capaz. (...) Prepara un camino al Señor mediante una conducta honesta, y con acciones

irreprochables allana tú el sendero, para que la palabra de Dios camine hacia ti sin obstáculo» (Orígenes, *Commentaria in Ioannem* 21,5-7).

Ante la venida inminente del Señor, los hombres deben disponerse interiormente, hacer penitencia de sus pecados, rectificar su vida para recibir la gracia que trae el Mesías.

SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

La predicación de San Juan Bautista

Con haber hecho mención del emperador de la República romana y de los que gobernaban la Judea, diciendo: *El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y sil hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto;* se determina el tiempo en que el Precursor de nuestro Redentor recibe el encargo de predicar; pues como venía para dar a conocer a Aquel que había de redimir a algunos de los judíos y a muchos de los gentiles, señalando la época del emperador de los gentiles y los príncipes de los judíos, se fija el tiempo de su predicación,

Mas como la gentilidad había de ser congregada y la Judea dispersa culpa de su perfidia, la descripción determina los principados terrenos, puesto que se refiere que en la República romana gobernaba uno solo, y en el reino de la Judea, dividida en cuatro partes, gobernaban varios. Ahora bien, como nuestro Redentor dice (Lc 11, 17): *Todo reino dividido quedará destruido,* luego está claro había llegado a su término el reino de la Judea, que, dividida, estaba sometida a tantos gobernadores.

Y también se muestra, no sólo bajo qué gobernadores, sino debajo qué sacerdotes aconteció. Y porque Juan Bautista daría a conocer a Aquel que a la vez sería rey y sacerdote, el evangelista Lucas señaló el tiempo de su predicación por el reino y el sacerdocio, anunciando quiénes reinaban y quiénes eran sacerdotes.

Vino por *toda la ribera del Jordán predicando* un *bautismo penitencia para la remisión de los pecados*. Es cosa clara para todos los que leen el Evangelio que Juan no sólo predicó el bautismo de penitencia, sino que también bautizó a algunos. Mas, no obstante pudo dar su bautismo para remisión de los pecados, porque por el bautismo de Cristo se nos concede la remisión de los dos. Y así debe notarse que se dice: *predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados;* porque, como no podía él dar el bautismo que perdonaría los pecados, lo predicaba. De manera que así como precedía con su predicación al Verbo encarnado del Padre, así también su bautismo, precediéndole, fuera figura del verdadero.

Prosigue: *Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: La voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad* sus *sendas:* En efecto, el mismo Juan Bautista, preguntado quién era, respondió diciendo (Jn. 1,23*): Yo soy la voz del que clama en el desierto*. El cual, según hemos dicho antes, es llamado *voz* por el profeta porque iba delante del Verbo.

Ahora, qué es lo que clamaba se manifiesta cuando prosigue: *preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*. ¿Qué otra cosa hace todo el que predica la verdadera fe y las buenas obras sino preparar el camino del Señor, que viene a los corazones de los oyentes?

Para que este poder de la gracia halle camino abierto y alumbre la luz de la verdad, para que, inculcando con la predicación santos pensamientos en el alma, enderece los caminos del Señor: *Todo sea terraplenado, y todo monte y collado, allanado*. ¿Qué se entiende aquí por el nombre de *valle* sino los hombres humildes? ¿Y qué por el de *montes collados* sino los soberbios? Luego, a la venida del Señor, los valles se terraplenaron y los montes y collados se allanaron, porque, según dice Él (Lc. 14,11), *todo el que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado*. En efecto, el valle, terraplenado, se eleva, y el monte y el collado, allanados; se abajan. La gentilidad, pues, ciertamente, por su fe en el hombre Jesucristo como Mediador entre Dios y los hombres, recibió la plenitud de la gracia, mientras que la Judea, por su error, debido a su perfidia, perdió aquello de que se envanecía.

De manera que todo valle será terraplenado, porque los corazones de los humildes, mediante la predicación de la santa doctrina, se llenarán de la gracia de las virtudes, según lo que está escrito (Sal. 103, 10): *Tú haces brotar las fuentes en los valles*; y como en otro lugar se dice (Sal. 64,14): *Y abundarán en grano los valles*. Pues bien, el agua se desliza de los montes, esto es, la doctrina de la verdad huye de las mentes soberbias; en cambio, brotan las fuentes en los valles, esto es, las mentes de los humildes reciben la enseñanza de, la predicación.

Ya hemos visto cómo los valles abundan en grano, porque se han llenado con el sustento de la verdad las bocas de los que, por mansos y sencillos, parecían a este mundo despreciables. [4.] También el pueblo, que había visto a Juan Bautista dotado de una admirable santidad, creía que él era particularmente aquel monte elevado y sólido del cual está escrito (Mich. 4,1): *En los últimos tiempos, el monte de la casa del Señor será fundado sobre la cima do los montes*; pues creían que él era el Cristo, según lo que dice el Evangelio (Lc. 3,15): *Opinando el pueblo que quizá Juan era si Cristo y prevaleciendo esta opinión en el corazón de todos, le requerían, diciendo: ¿Por ventura eres tú el Cristo?*, Pero, si Juan no se hubiera tenido por valle, no habría estado lleno de gracia en el espíritu, el cual, para dar a entender lo que era, dijo (Mt. 3,11): *El que viene después de mí es más poderoso que yo y no soy yo digno de besarle la sandalias*. Y de nuevo dice (Jn. 3,28*): El esposo es aquel que tiene esposa; mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atenderle y se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo, pues, ahora es*

completo. Conviene que él crezca y que yo mengüe. Ved que, siendo por su admirable conducta virtuosa, tal que se opinaba que sería el Cristo, no sólo respondió que él no era el Cristo, sino que decía no ser siquiera digno de desatar la correa de su calzado, esto es de escudriñar el misterio de su encarnación. Los que opinaban que él era el Cristo, creían que la Iglesia era su esposa; pero él dice: *El esposo es aquel que tiene esposa*; como si, dijera: Yo no soy esposo, pero soy amigo del esposo; y declara que su gozo está, en la voz suya, sino en oír la voz del esposo, porque su corazón se alegraba, no precisamente porque, cuando predicaba, los pueblos le oían humildes, sino porque él oía interiormente la voz de la Verdad para predicarla afuera. Y dice bien que el gozo es completo, porque quien se goza en la voz suya, no tiene gozo completo.

También dice: *Conviene que Él crezca y que yo mengüe*. Respecto a lo cual hay que inquirir en qué creció Cristo y en que menguó Juan, sino en que el pueblo, que veía la abstinencia de Juan y tan distante de los hombres, creía que él era el Cristo; mientras que, viendo a Cristo comer con los publicanos y con los pecadores, creía que éste no era el Cristo, sino un profeta; pero, andando el tiempo, Cristo, que había sido tenido por un profeta, fue reconocido por el Cristo; y Juan, que era tenido por Cristo, se dio a conocer que era profeta. Y así se cumplió lo que e Cristo predijo su Precursor: *Conviene que El crezca y que yo mengüe*. Efectivamente, en la apreciación del pueblo, Cristo crecía, porque fue reconocido por lo que era; y Juan menguó, porque dejó de ser llamado lo que no era.

Por consiguiente, puesto que Juan perseveró en la santidad precisamente, porque se mantuvo humilde en su corazón, y, en cambio, muchos han caído precisamente porque se envanecieron en sí mismos con pensamientos altivos, dígase con razón: *Todo valle será terraplenado, y todo monte y collado, allanado*; porque los humildes reciben la gracia que rechazan de sí los corazones de los soberbios.

Prosigue: *Y así los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos, igualados*. Los caminos torcidos son enderezados cuando los corazones de los malos, torcidos por la injusticia, se rigen por la norma de la justicia; y los escabrosos se tornan planos cuando las almas que no son mansas, sino iracundas, vuelven a la suavidad de la mansedumbre por la infusión de la gracia celestial.

De manera que, cuando el alma iracunda no recibe la palabra la verdad, es como si la aspereza del camino impidiera el paso del caminante; en cambio, cuando el alma iracunda, por la gracia de la mansedumbre que ha recibido, acepta la palabra de exhortación, el predicador encuentra llano el camino allí donde antes no podía dar un paso por la escabrosidad del mismo camino, esto es, donde no podía predicar.

Y continúa: *Y verá toda carne al Salvador de Dios*. Como a carne se toma en el sentido de todo hombre, y todos los hombres no han podido ver en esta vida al Salvador de Dios, esto es, a Cristo, ¿adónde, pues, tiende el profeta la mirada de la profecía esta sentencia sino al día del último juicio? En el cual, abriéndose los cielos, aparezca Cristo,

en el trono de su majestad, asistido por los ángeles y sentado con los apóstoles, todos, así los elegidos como los réprobos, le verán igualmente, para que los justos gocen sin fin del don de la retribución y los injustos giman perpetuamente en la venganza del suplicio.

(*Homilía sobre los Evangelios, Homilía XX*, Ed. BAC. Madrid 1968, pp. 622-625)

FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 – Homilías en Santa Marta

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Ángelus 2015

Si estoy enamorado de Jesús, debo darlo a conocer

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este segundo domingo de Adviento, la liturgia nos pone en la escuela de Juan el Bautista, que predicaba «un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (*Lc* 3, 3). Y quizá nosotros nos preguntamos: «¿Por qué nos deberíamos convertir? La conversión concierne a quien de ateo se vuelve creyente, de pecador se hace justo, pero nosotros no tenemos necesidad, ¡ya somos cristianos! Entonces estamos bien». Pensando así, no nos damos cuenta de que es precisamente de esta presunción que debemos convertirnos —que somos cristianos, todos buenos, que estamos bien—: de la suposición de que, en general, va bien así y no necesitamos ningún tipo de conversión. Pero preguntémonos: ¿es realmente cierto que en diversas situaciones y circunstancias de la vida tenemos en nosotros los mismos sentimientos de Jesús? ¿Es verdad que sentimos como Él lo hace? Por ejemplo, cuando sufrimos algún mal o alguna afrenta, ¿logramos reaccionar sin animosidad y perdonar de corazón a los que piden disculpas? ¡Qué difícil es perdonar! ¡Cómo es difícil! «Me las pagarás»: esta frase viene de dentro. Cuando estamos llamados a compartir alegrías y tristezas, ¿lloramos sinceramente con los que lloran y nos regocijamos con quienes se alegran? Cuando expresamos nuestra fe, ¿lo hacemos con valentía y sencillez, sin avergonzarnos del Evangelio? Y así podemos hacernos muchas preguntas. No estamos bien, siempre tenemos que convertirnos, tener los sentimientos que Jesús tenía.

La voz del Bautista grita también hoy en los desiertos de la humanidad, que son —¿cuáles son los desiertos de hoy?— las mentes cerradas y los corazones duros, y nos hace preguntarnos si en realidad estamos en el buen camino, viviendo una vida según el Evangelio. Hoy, como entonces, nos advierte con las palabras del profeta Isaías: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos» (v. 4). Es una apremiante invitación a abrir el corazón y acoger la salvación que Dios nos ofrece incesantemente, casi con terquedad, porque nos quiere a todos libres de la esclavitud del pecado. Pero el texto del profeta expande esa voz, preanunciando que «toda carne verá la salvación de Dios» (v. 6). Y la salvación se ofrece a todo hombre, todo pueblo, sin excepción, a cada

uno de nosotros. Ninguno de nosotros puede decir: «Yo soy santo, yo soy perfecto, yo ya estoy salvado». No. Siempre debemos acoger este ofrecimiento de la salvación. Y por ello el Año de la Misericordia: para avanzar más en este camino de la salvación, ese camino que nos ha enseñado Jesús. Dios quiere que todos los hombres se salven por medio de Jesucristo, el único mediador (cf. *1 Tim* 2, 4-6).

Por lo tanto, cada uno de nosotros está llamado a dar a conocer a Jesús a quienes todavía no lo conocen. Y esto no es hacer proselitismo. No, es abrir una puerta. «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (*1 Cor* 9, 16), declaraba san Pablo. Si a nosotros el Señor Jesús nos ha cambiado la vida, y nos la cambia cada vez que acudimos a Él, ¿cómo no sentir la pasión de darlo a conocer a todos los que conocemos en el trabajo, en la escuela, en el edificio, en el hospital, en distintos lugares de reunión? Si miramos a nuestro alrededor, nos encontramos con personas que estarían disponibles para iniciar o reiniciar un camino de fe, si se encontrasen con cristianos enamorados de Jesús. ¿No deberíamos y no podríamos ser nosotros esos cristianos? Os dejo esta pregunta: «¿De verdad estoy enamorado de Jesús? ¿Estoy convencido de que Jesús me ofrece y me da la salvación?». Y, si estoy enamorado, debo darlo a conocer. Pero tenemos que ser valientes: bajar las montañas del orgullo y la rivalidad, llenar barrancos excavados por la indiferencia y la apatía, enderezar los caminos de nuestras perezas y de nuestros compromisos.

Que la Virgen María, que es Madre y sabe cómo hacerlo, nos ayude a derrumbar las barreras y los obstáculos que impiden nuestra conversión, es decir, nuestro camino hacia el Señor. ¡Sólo Él, Jesús, puede realizar todas las esperanzas del hombre!

***

Ángelus 2018

Testigos humildes pero valientes

Queridos hermanas y hermanas: ¡buenos días!

El domingo pasado la liturgia nos invitaba a vivir el tiempo de Adviento y de espera del Señor *con* actitud de vigilancia y también de oración: *"velad"* y *"orad"*. Hoy, segundo domingo de Adviento, se nos indica cómo *dar sustancia a esta espera*: emprendiendo un *camino de conversión,* cómo hacer concreta esta espera. Como guía en este camino, el Evangelio nos presenta la figura de Juan el Bautista, que «recorrió toda la región del río Jordán, predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados» (*Lc* 3,3). Para describir la misión del Bautista, el evangelista Lucas recoge la antigua profecía de Isaías que dice así: «Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado» (vv. 4-5).

Para preparar el camino al Señor que viene, es necesario tener en cuenta los requisitos de conversión a la que invita el Bautista. ¿Cuáles son estos requisitos de conversión? Ante todo, estamos llamados a *rellenar los barrancos* causados por la

frialdad y la indiferencia, abriéndonos a los demás con los mismos sentimientos de Jesús, es decir, con esa cordialidad y atención fraterna que se hace cargo de las necesidades del prójimo. Es decir, rellenar los barrancos producidos por la frialdad. No se puede tener una relación de amor, de fraternidad, de caridad con el prójimo si hay "agujeros", así como no se puede ir por un camino con muchos baches, ¿no? Hace falta cambiar de actitud. Y todo esto hacerlo también con una atención especial por los más necesitados. Después es necesario *rebajar tantas asperezas* causadas por el orgullo y la soberbia. Cuánta gente, quizás sin darse cuenta, es soberbia, áspera, no tiene esa relación de cordialidad. Hay que superar esto haciendo gestos concretos de reconciliación con nuestros hermanos, de solicitud de perdón por nuestras culpas. No es fácil reconciliarse, siempre se piensa: ¿quién da el primer paso? Pero el Señor nos ayuda a hacerlo si tenemos buena voluntad. La conversión, de hecho, es completa si lleva a reconocer humildemente nuestros errores, nuestras infidelidades, nuestras faltas.

El creyente es aquel que, a través de su hacerse cercano al hermano, como Juan el Bautista, abre caminos en el desierto, es decir, indica perspectivas de esperanza incluso en aquellos contextos existenciales tortuosos, marcados por el fracaso y la derrota. No podemos rendirnos ante las situaciones negativas de cierre y de rechazo; no debemos dejarnos subyugar por la mentalidad del mundo, porque el centro de nuestra vida es Jesús y su palabra de luz, de amor, de consuelo. ¡Es Él! El Bautista invitaba a la gente de su tiempo a la conversión con fuerza, con vigor, con severidad. Sin embargo, sabía escuchar, sabía hacer gestos de ternura, gestos de perdón hacia la multitud de hombres y mujeres que acudían a él para confesar sus pecados y ser bautizados con el bautismo de la penitencia.

El testimonio de Juan el Bautista, nos ayuda a ir adelante en nuestro testimonio de vida. La pureza de su anuncio, su valentía al proclamar la verdad lograron despertar las expectativas y esperanzas del Mesías que desde hace tiempo estaban adormecidas. También hoy, los discípulos de Jesús están llamados a ser sus testigos humildes pero valientes para reencender la esperanza, para hacer comprender que, a pesar de todo, el reino de Dios sigue construyéndose día a día con el poder del Espíritu Santo. Pensemos, cada uno de nosotros: ¿cómo puedo cambiar algo de mi actitud, para preparar el camino al Señor?

La Virgen María nos ayude a preparar día tras día el camino del Señor, comenzando por nosotros mismos; y a sembrar a nuestro alrededor, con tenaz paciencia, semillas de paz, de justicia y de fraternidad.

***

Homilía 24 de junio de 2013

Siguiendo el ejemplo de san Juan, voz de la Palabra

Una Iglesia inspirada en la figura de Juan el Bautista: que "existe para proclamar, para ser voz de una palabra, de su esposo que es la palabra" y "para proclamar esta palabra

hasta el martirio" a manos "de los más soberbios de la tierra". Es la línea que trazó el Santo Padre en la misa del 24, fiesta litúrgica del nacimiento del santo a quien la Iglesia venera como "el hombre más grande nacido de mujer".

La reflexión del Papa se centró en el citado paralelismo, porque "la Iglesia tiene algo de Juan", si bien –alertó enseguida– es difícil delinear su figura. "Jesús dice que es el hombre más grande que haya nacido". He aquí entonces la invitación a preguntarse quién es verdaderamente Juan, dejando la palabra al protagonista mismo. Él, en efecto, cuando "los escribas, los fariseos, van a pedirle que explique mejor quién era", responde claramente: "Yo no soy el Mesías. Yo soy una voz, una voz en el desierto". En consecuencia, lo primero que se comprende es que "el desierto" son sus interlocutores; gente con "un corazón sin nada". Mientras que él es "la voz, una voz sin palabra, porque la palabra no es él, es otro. Él es quien habla, pero no dice; es quien predica acerca de otro que vendrá después". En todo esto –explicó el Papa– está "el misterio de Juan" que "nunca se adueña de la palabra; la palabra es otro. Y Juan es quien indica, quien enseña", utilizando los términos "detrás de mí… yo no soy quien vosotros pensáis; viene uno después de mí a quien yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias". Por lo tanto, "la palabra no está", está en cambio "una voz que indica a otro". Todo el sentido de su vida "está en indicar a otro".

Prosiguiendo su homilía, el Papa Francisco puso de relieve que la Iglesia elige para la fiesta de san Juan "los días más largos del año; los días que tienen más luz, porque en las tinieblas de aquel tiempo Juan era el hombre de la luz: no de una luz propia, sino de una luz reflejada. Como una luna. Y cuando Jesús comenzó a predicar", la luz de Juan empezó a disiparse, "a disminuir, a desvanecerse". Él mismo lo dice con claridad al hablar de su propia misión: "Es necesario que Él crezca y yo mengüe".

"Voz, no palabra; luz, pero no propia, Juan parece ser nadie", sintetizó el Pontífice. He aquí desvelada "la vocación" del Bautista –afirmó–: "Rebajarse. Cuando contemplamos la vida de este hombre tan grande, tan poderoso –todos creían que era el Mesías–, cuando contemplamos cómo esta vida se rebaja hasta la oscuridad de una cárcel, contemplamos un misterio" enorme. En efecto –prosiguió– "nosotros no sabemos cómo fueron" sus últimos días. Se sabe sólo que fue asesinado y que su cabeza acabó "sobre una bandeja como gran regalo de una bailarina a una adúltera. Creo que no se puede descender más, rebajarse". Sin embargo, sabemos lo que sucedió antes, durante el tiempo que pasó en la cárcel: conocemos "las dudas, la angustia que tenía"; hasta el punto de llamar a sus discípulos y mandarles "a que hicieran la pregunta a la palabra: ¿eres tú o debemos esperar a otro?". Porque no se le ahorró ni siquiera "la oscuridad, el dolor en su vida": ¿mi vida tiene un sentido o me he equivocado?

En definitiva –dijo el Papa–, el Bautista podía presumir, sentirse importante, pero no lo hizo: él "sólo indicaba, se sentía voz y no palabra". Este es, según el Papa Francisco, "el secreto de Juan". Él "no quiso ser un ideólogo". Fue un "hombre que se negó a sí mismo, para que la palabra" creciera. He aquí entonces la actualidad de su enseñanza,

subrayó el Santo Padre: “Nosotros como Iglesia podemos pedir hoy la gracia de no llegar a ser una Iglesia ideologizada”, para ser en cambio “sólo la *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans*”, dijo citando el *íncipit* de la constitución conciliar sobre la divina revelación. Una “Iglesia que escucha religiosamente la palabra de Jesús y la proclama con valentía”; una “Iglesia sin ideologías, sin vida propia”; una “Iglesia que es *mysterium lunae*, que tiene luz procedente de su esposo” y que debe disminuir la propia luz para que resplandezca la luz de Cristo. “El modelo que nos ofrece hoy Juan” –insistió el Papa Francisco– es el de “una Iglesia siempre al servicio de la Palabra”; “una Iglesia–voz que indica la palabra, hasta el martirio”.

***

Homilía 24 de junio de 2014

Cristianos que saben abajarse

Preparar, discernir, disminuir. En estos tres verbos se encierra la experiencia espiritual de san Juan Bautista, aquel que precedió la venida del Mesías “predicando el bautismo de conversión” al pueblo de Israel. Y el Papa Francisco, durante la misa celebrada en la Casa Santa Marta el martes 24 de junio, solemnidad de la Natividad del Precursor, propuso este trinomio como paradigma de la vocación de todo cristiano, encerrándolo en tres expresiones referidas a la actitud del Bautista con respecto a Jesús: “después de mí, delante de mí, lejos de mí”.

Juan trabajó sobre todo para “preparar, sin coger nada para sí”. Él, recordó el Pontífice, “era un hombre importante: la gente lo buscaba, lo seguía”, porque sus palabras “eran fuertes” como “espadas afiladas”, según la expresión de Isaías (Is 49, 2). El Bautista “llega al corazón de la gente”. Y si quizá tuvo la tentación de creer que era importante, no cayó en ella”, como demuestra la respuesta dada a los doctores que le preguntaban si era el Mesías: “Soy voz, sólo voz –dijo– de uno que grita en el desierto. Yo soy solamente voz, pero he venido para preparar el camino al Señor”. Su primera tarea, por lo tanto, es “preparar el corazón del pueblo para el encuentro con el Señor”.

Pero ¿quién es el Señor? En la respuesta a esta pregunta se encuentra “la segunda vocación de Juan: discernir, entre tanta gente buena, quién era el Señor”. Y “el Espíritu –observó el Papa– le reveló esto”. De modo que “él tuvo el valor de decir: “Es éste. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”“. Mientras “en la preparación Juan decía: “Tras de mí viene uno…”, en el discernimiento, que sabe discernir y señalar al Señor, dice: “Delante de mí… ese es”“.

Aquí se inserta “la tercera vocación de Juan: disminuir”. Porque precisamente “desde ese momento –recordó el obispo de Roma– su vida comenzó a decrecer, a disminuir para que creciera el Señor, hasta anularse a sí mismo”. Esta fue –hizo notar el Papa Francisco– “la etapa más difícil de Juan, porque el Señor tenía un estilo que él no había imaginado, a tal punto que en la cárcel”, donde había sido recluido por Herodes Antipas, “sufrió no sólo la oscuridad de la celda, sino la oscuridad de su corazón”. Las

dudas le asaltaron: “Pero ¿será éste? ¿No me habré equivocado?”. A tal grado, recordó el Pontífice, que pide a los discípulos que vayan a Jesús para preguntarle: “Pero, ¿eres tú verdaderamente, o tenemos que esperar a otro?”.

“La humillación de Juan –subrayó el obispo de Roma– es doble: la humillación de su muerte, como precio de un capricho”, y también la humillación de no poder vislumbrar “la historia de salvación: la humillación de la oscuridad del alma”. Este hombre que “había anunciado al Señor detrás de él”, que “lo había visto delante de él”, que “supo esperarle, que supo discernir”, ahora “ve a Jesús lejano. Esa promesa se alejó. Y acaba solo, en la oscuridad, en la humillación”. No porque amase el sufrimiento, sino “porque se anonadó tanto para que el Señor creciera”. Acabó “humillado, pero con el corazón en paz”.

“Es bello –concluyó el Papa Francisco– pensar así la vocación del cristiano”. En efecto, “un cristiano no se anuncia a sí mismo, anuncia a otro, prepara el camino a otro: al Señor”. Es más “debe saber discernir, debe conocer cómo discernir la verdad de aquello que parece verdad y no es: hombre de discernimiento”. Y finalmente “debe ser un hombre que sepa abajarse para que el Señor crezca, en el corazón y en el alma de los demás”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006 y 2009

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

2006

Comprometerse a construir la “morada de Dios con los hombres”.

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana tuve la alegría de dedicar una nueva iglesia parroquial, consagrada a María, Estrella de la Evangelización, en el barrio Torrino norte de Roma. Es un acontecimiento que, aunque de por sí atañe a ese barrio, cobra un significado simbólico dentro del tiempo litúrgico del Adviento, mientras nos preparamos para celebrar la Navidad del Señor.

Durante estos días la liturgia nos recuerda constantemente que “Dios viene” a visitar a su pueblo, para habitar en medio de los hombres y formar con ellos una comunión de amor y de vida, es decir, una familia. El evangelio de san Juan expresa así el misterio de la Encarnación: “El Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros”; literalmente: “acampó entre nosotros” (*Jn* 1, 14). La construcción de una iglesia entre las casas de un pueblo o de un barrio de una ciudad evoca este gran don y misterio.

La iglesia-edificio es signo concreto de la Iglesia-comunidad, formada por las “piedras vivas” que son los creyentes, imagen que solían usar los Apóstoles. San Pedro (cf. *1 P* 2, 4-5) y san Pablo (cf. *Ef* 2, 20-22) ponen de relieve que la “piedra angular” de este templo espiritual es Cristo y que, unidos a él y bien compactos, también nosotros estamos llamados a participar en la edificación de este templo vivo. Por tanto, aunque Dios es

quien toma la iniciativa de venir a habitar en medio de los hombres, y él mismo es el artífice principal de este proyecto, también es verdad que no quiere realizarlo sin nuestra colaboración activa.

Así pues, prepararse para la Navidad significa comprometerse a construir la "morada de Dios con los hombres". Nadie queda excluido; cada uno puede y debe contribuir a hacer que esta casa de la comunión sea más grande y hermosa. Al final de los tiempos, quedará acabada y será la "Jerusalén celestial": "Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva —se lee en el libro del Apocalipsis— (...). Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. (...) Esta es la morada de Dios con los hombres" (*Ap* 21, 1-3).

El Adviento nos invita a dirigir la mirada a la "Jerusalén celestial", que es el fin último de nuestra peregrinación terrena. Al mismo tiempo, nos exhorta a comprometernos, mediante la oración, la conversión y las buenas obras, a acoger a Jesús en nuestra vida, para construir junto con él este edificio espiritual, del que cada uno de nosotros —nuestras familias y nuestras comunidades— es piedra preciosa.

Ciertamente, entre todas las piedras que forman la Jerusalén celestial María santísima es la más espléndida y preciosa, porque es la más cercana a Cristo, piedra angular. Pidamos por su intercesión que este Adviento sea para toda la Iglesia un tiempo de edificación espiritual y así se apresure la venida del reino de Dios.

***

2009

La Palabra de Dios es el sujeto que mueve la historia

Queridos hermanos y hermanas:

En este segundo domingo de Adviento, la liturgia propone el pasaje evangélico en el que san Lucas, por decirlo así, prepara la escena en la que Jesús está a punto de aparecer para comenzar su misión pública (cf. *Lc* 3, 1-6). El evangelista destaca la figura de Juan el Bautista, que fue el precursor del Mesías, y traza con gran precisión las coordenadas espacio-temporales de su predicación. San Lucas escribe: "En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisanias tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto" (*Lc* 3, 1-2). Dos cosas atraen nuestra atención. La primera es la abundancia de referencias a todas las autoridades políticas y religiosas de Palestina en los años 27 y 28 d.C. Evidentemente, el evangelista quiere mostrar a quien lee o escucha que el Evangelio no es una leyenda, sino la narración de una historia real; que Jesús de Nazaret es un personaje histórico que se inserta en ese contexto determinado. El segundo elemento digno de destacarse es que, después de esta amplia introducción histórica, el

sujeto es “la Palabra de Dios”, presentada como una fuerza que desciende de lo alto y se posa sobre Juan el Bautista.

Mañana celebraremos la memoria litúrgica de san Ambrosio, el gran obispo de Milán. Tomo de él un comentario a este texto evangélico: “El Hijo de Dios —escribe—, antes de reunir a la Iglesia, actúa ante todo en su humilde siervo. Por esto, san Lucas dice bien que la palabra de Dios descendió sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, porque la Iglesia no tiene su origen en los hombres sino en la Palabra” (*Expos. del Evangelio de Lucas* 2, 67). Así pues, este es el significado: la Palabra de Dios es el sujeto que mueve la historia, inspira a los profetas, prepara el camino del Mesías y convoca a la Iglesia. Jesús mismo es la Palabra divina que se hizo carne en el seno virginal de María: en él Dios se ha revelado plenamente, nos ha dicho y dado todo, abriéndonos los tesoros de su verdad y de su misericordia. San Ambrosio prosigue en su comentario: “Descendió, por tanto, la Palabra, para que la tierra, que antes era un desierto, diera sus frutos para nosotros” (*ib.*).

Queridos amigos, la flor más hermosa que ha brotado de la Palabra de Dios es la Virgen María. Ella es la primicia de la Iglesia, jardín de Dios en la tierra. Pero, mientras que María es la Inmaculada —así la celebraremos pasado mañana—, la Iglesia necesita purificarse continuamente, porque el pecado amenaza a todos sus miembros. En la Iglesia se libra siempre un combate entre el desierto y el jardín, entre el pecado que aridece la tierra y la gracia que la irriga para que produzca frutos abundantes de santidad. Pidamos, por lo tanto, a la Madre del Señor que nos ayude en este tiempo de Adviento a “enderezar” nuestros caminos, dejándonos guiar por la Palabra de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

II y III domingo de Adviento

87. En los tres ciclos, los textos evangélicos del II y III domingo de Adviento, están dominados por la figura de san Juan Bautista. No sólo, el Bautista es, también con frecuencia, el protagonista de los pasajes evangélicos del Leccionario ferial en las semanas que siguen a estos domingos. Además, todos los pasajes evangélicos de los días 19, 21, 23 y 24 de diciembre atienden a los acontecimientos que circundan el nacimiento de Juan. Por último, la celebración del Bautismo de Jesús por mano de Juan cierra todo el ciclo de la Navidad. Todo lo que aquí se dice tiene como finalidad ayudar al homileta en todas las ocasiones en las que el texto bíblico evidencia la figura de Juan Bautista.

88. Orígenes, teólogo maestro del siglo III, ha constatado un esquema que expresa un gran misterio: independientemente del tiempo de su Venida, Jesús ha sido precedido, en aquella Venida, por Juan Bautista (***Homilía sobre Lucas,*** IV, 6). De suyo, ha sucedido que desde el seno materno, Juan saltó para anunciar la presencia del Señor. En

el desierto, junto al Jordán, la predicación de Juan anunció a Aquél que tenía que venir después de él. Cuando lo bautizó en el Jordán, los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma visible y una voz desde el cielo lo proclamaba el Hijo amado del Padre. La muerte de Juan fue interpretada por Jesús como la señal para dirigirse resolutivamente hacia Jerusalén, donde sabía que le esperaba la muerte. Juan es el último y el más grande de todos los profetas; tras él, llega y actúa para nuestra salvación Aquél que fue preanunciado por todos los profetas.

89. El Verbo divino, que en un tiempo se hizo carne en Palestina, llega a todas las generaciones de creyentes cristianos. Juan precedió la venida de Jesús en la historia y también precede su venida entre nosotros. En la comunión de los santos, Juan está presente en nuestras asambleas de estos días, nos anuncia al que está por venir y nos exhorta al arrepentimiento. Por esto, todos los días en Laudes, la Iglesia recita el Cántico que Zacarías, el padre de Juan, entonó en su nacimiento: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

90. El homileta debería asegurarse que el pueblo cristiano, como componente de la preparación a la doble venida del Señor, escuche las invitaciones constantes de Juan al arrepentimiento, manifestadas de modo particular en los Evangelios del II y III domingo de Adviento. Pero no oímos la voz de Juan sólo en los pasajes del Evangelio; las voces de todos los profetas de Israel se concentran en la suya. «Él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo» (Mt 11,14). Se podría también decir, al respecto de todas las primeras lecturas en los ciclos de estos domingos, que él es Isaías, Baruc y Sofonías. Todos los oráculos proféticos proclamados en la asamblea litúrgica de este tiempo son para la Iglesia un eco de la voz de Juan que prepara, aquí y ahora, el camino al Señor. Estamos preparados para la Venida del Hijo del Hombre en la gloria y majestad del último día.

Estamos preparados para la Fiesta de la Navidad de este año.

91. Por ejemplo, cada asamblea en la que vienen proclamadas las Escrituras es la «Jerusalén» del texto del profeta Baruc (II domingo C): «Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria que Dios te da». Este es un profeta que nos invita a una preparación precisa y nos llama a la conversión: «Envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte a la cabeza la diadema de la gloria perpetua». En la Iglesia vivirá el Verbo hecho carne, por esta razón a ella van dirigidas las palabras: «Ponte en pie Jerusalén, sube a la altura, mira hacia Oriente y contempla a tus hijos, reunidos de Oriente a Occidente, a la voz del Espíritu, gozosos, porque Dios se acuerda de ti».

92. En estos domingos se leen diversas profecías mesiánicas clásicas de Isaías. «Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz» (Is 11,1; II domingo A). El anuncio se cumple en el Nacimiento de Jesús. Otro año: «Una voz grita:

"En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios"» (Is 40,3; II domingo B). Los cuatro evangelistas reconocen el cumplimiento de estas palabras en la predicación de Juan en el desierto. En el mismo Isaías se lee: «Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos – ha hablado la boca del Señor –» (Is 40,5). Esto se dice del último día. Esto se dice de la Fiesta de Navidad.

93. Es impresionante cómo en las diversas ocasiones en las que Juan Bautista aparece en el Evangelio se repite con frecuencia el núcleo de su mensaje sobre Jesús: «Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,8; II domingo B). El Bautismo de Jesús en el Espíritu Santo es la conexión directa entre los textos a los que nos hemos referido hasta ahora y el centro hacia el que este ***Directorio*** atrae la atención, es decir, el Misterio Pascual, que se ha cumplido en Pentecostés con la venida del Espíritu Santo sobre todos los que creen en Cristo. El Misterio Pascual viene preparado por la Venida del Hijo Unigénito engendrado en la carne y sus infinitas riquezas serán posteriormente desveladas en el último día. Del niño nacido en un establo y del que vendrá sobre las nubes, Isaías dice: «Sobre él se posará el espíritu del Señor» (Is 11,2; II domingo A); y también, recurriendo a las palabras que el mismo Jesús declarará cumplidas en sí mismo: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren» (Is 61,1; III domingo B. Cf. Lc 4,16-21).

94. El Leccionario del tiempo de Adviento es, de hecho, un conjunto de textos del Antiguo Testamento que convencen y que, de modo misterioso, encuentran su cumplimiento en la Venida del Hijo de Dios en la carne. Como siempre, el homileta puede recurrir a la poesía de los profetas para describir a los cristianos aquellos misterios en los que ellos mismos son introducidos a través de las Celebraciones Litúrgicas. Cristo viene continuamente y las dimensiones de su venida son múltiples. Ha venido. Volverá de nuevo en gloria. Viene en Navidad. Viene ya ahora, en cada Eucaristía celebrada a lo largo del Adviento. A todas estas dimensiones se les puede aplicar la fuerza poética de los profetas: «Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará» (Is 35,4; III domingo A). «No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva» (Sof 3,16-17; III domingo C). «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen» (Is 40,1-2; II domingo B).

95. No sorprende, entonces, que el espíritu de espera ansiosa crezca durante las semanas de Adviento; que en el III domingo, los celebrantes se endosan vestiduras de un gozoso rosa claro, y que este domingo toma el nombre de los primeros versos de la antífona de entrada que, desde hace siglos, se canta en este día, con las palabras extraídas de la carta de san Pablo a los Filipenses: «***Estad siempre alegres en el Señor***; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca».

***

Los profetas y la espera del Mesías

II. LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA DE JESUS

Los preparativos

522. La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso prepararlo durante siglos. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la "Primera Alianza" (Hb 9,15), todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

La espera del Mesías y de su Espíritu

711. "He aquí que yo lo renuevo" (Is 43, 19): dos líneas proféticas se van a perfilar, una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo, y las dos convergen en el pequeño Resto, el pueblo de los Pobres (cf. So 2, 3), que aguardan en la esperanza la "consolación de Israel" y "la redención de Jerusalén" (cf. Lc 2, 25. 38).

Ya se ha dicho cómo Jesús cumple las profecías que a él se refieren. A continuación se describen aquellas en que aparece sobre todo la relación del Mesías y de su Espíritu.

712. Los rasgos del rostro del Mesías esperado comienzan a aparecer en el Libro del Emmanuel (cf. Is 6, 12) ("cuando Isaías tuvo la visión de la Gloria" de Cristo: Jn 12, 41), en particular en Is 11, 1-2:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor.

713. Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra "condición de esclavos" (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714. Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos

y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

715. Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21).Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

716. El Pueblo de los "pobres" (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. Lc 1, 17).

722. El Espíritu Santo preparó a María con su gracia. Convenía que fuese "llena de gracia" la madre de Aquél en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la "Hija de Sión": "Alégrate" (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

La misión de Juan Bautista

523. San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13, 24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (cf. Mt 3, 3). "Profeta del Altísimo" (Lc 1, 76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7, 26), de los que es el último (cf. Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22;Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1,41) saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" (Jn 3, 29) a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (cf. Mc 6, 17-29).

IV. EL ESPÍRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717. “Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan” (Jn 1, 6). Juan fue “lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre” (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La “visitación” de María a Isabel se convirtió así en “visita de Dios a su pueblo” (Lc 1, 68).

718. Juan es “Elías que debe venir” (Mt 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como “precursor”] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de “preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17).

719. Juan es “más que un profeta” (Lc 7, 26). En él, el Espíritu Santo consuma el “hablar por los profetas”. Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cf. Mt 11, 13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la “voz” del Consolador que llega (Jn 1, 23; cf. Is 40, 1-3). Como lo hará el Espíritu de Verdad, “vino como testigo para dar testimonio de la luz” (Jn 1, 7; cf. Jn 15, 26; 5, 33). Con respecto a Juan, el Espíritu colma así las “indagaciones de los profetas” y la ansiedad de los ángeles (1 P 1, 10-12): “Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo… Y yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios… He ahí el Cordero de Dios” (Jn 1, 33-36).

720. En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la “semejanza” divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (cf. Jn 3, 5).

El exilio de Israel presagia la Pasión

710. El olvido de la Ley y la infidelidad a la Alianza llevan a la muerte: el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu. Era necesario que el Pueblo de Dios sufriese esta purificación (cf. Lc 24, 26); el Exilio lleva ya la sombra de la Cruz en el Designio de Dios, y el Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia.

La oración de Pablo

2632. La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6, 10. 33; Lc 11, 2. 13). Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hch 6, 6; 13, 3). Es la oración de Pablo, el Apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf Rm 10, 1; Ef 1, 16-23; Flp 1, 9-11; Col 1, 3-6; 4, 3-4. 12). Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino.

2636. Las primeras comunidades cristianas vivieron intensamente esta forma de participación (cf Hch 12, 5; 20, 36; 21, 5; 2 Co 9, 14). El Apóstol Pablo les hace participar

así en su ministerio del Evangelio (cf Ef 6, 18-20; Col 4, 3-4; 1 Ts 5, 25); él intercede también por ellas (cf 2 Ts 1, 11; Col 1, 3; Flp 1, 3-4). La intercesión de los cristianos no conoce fronteras: "por todos los hombres, por todos los constituidos en autoridad" (1 Tm 2, 1), por los perseguidores (cf Rm 12, 14), por la salvación de los que rechazan el Evangelio (cf Rm 10, 1).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Juan el Bautista, profeta del Altísimo

El Evangelio de este domingo está ocupado por entero con la figura de Juan el Bautista. He aquí como él se presenta al mundo:

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale, y todos verán la salvación de Dios».

No podemos pasar el tiempo, que nos separa de la Navidad, sin dedicar la atención, al menos una vez, a este heraldo que preparó a la humanidad para la primera venida de Cristo. Veremos cómo él tiene algo muy actual que decirnos.

Desde el momento de su nacimiento, Juan el Bautista fue saludado por su padre Zacarías como profeta:

«Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos» (*Lucas* 1,76).

Nosotros hoy estamos en la búsqueda de profetas. En el mundo y en la Iglesia todos solicitan profetas. En la Edad Media, la pregunta mágica, que todos tenían en los labios (al menos según el famoso ciclo épico de los caballeros de la Mesa Redonda) era: «¿Dónde está el Santo Grial?»; hoy la pregunta es: «¿Dónde están los profetas?» Los profetas son como los ojos de la humanidad. Sin ellos la humanidad se siente ciega y no sabe en qué dirección moverse. La mayor desgracia del pueblo de Israel después del exilio no era la falta de comida o de sacrificios en el templo sino la falta de profetas: «Ya no vemos nuestros signos, ni hay profeta, nadie entre nosotros sabe hasta cuándo» (*Salmo* 74, 9).

Pero, ¿quién es el verdadero profeta? San Juan Bautista nos ayuda a descubrirlo. ¿Qué es lo que ha hecho el Precursor para ser definido por Cristo «más que un profeta»? (cfr. *Lucas* 7,26). Ante todo, en la estela de los antiguos profetas de Israel él ha predicado contra la opresión y la injusticia social. En el Evangelio del domingo próximo le escucharemos decir:

«El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (*Lucas* 3,10).

A los cobradores de las tasas, que tan frecuentemente desangraban a los pobres con exigencias arbitrarias, les dice: «No exijáis más de lo establecido» (*Lucas* 3, 13). A los soldados proclives a la violencia: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie» (*Lucas* 3,14). También las palabras, que ahora mismo hemos escuchado sobre los montes a rebajar, los valles a rellenar y los pasos tortuosos a enderezar, pueden tener una aplicación social. Podríamos hoy entenderlas así: «Cada injusta diferencia social entre los más ricos (los montes) y los más pobres (los valles) debe ser eliminada o al menos reducida; las vías tortuosas de la corrupción y del engaño deben ser enderezadas».

Hasta aquí reconocemos fácilmente la idea, que tenemos hoy del profeta: uno que empuja al cambio; que denuncia los inconvenientes del sistema, que señala con el dedo contra el poder en todas sus formas, religiosa, económica, militar, que se atreve a gritarle a la cara al tirano, como de hecho hará Juan el Bautista con Herodes: «¡No te es lícito!» (*Mateo* 14,4).

Pero, Juan el Bautista hace también una segunda cosa: «Dar a su pueblo el conocimiento de la salvación mediante el perdón de sus pecados» (*Lucas* 1,77). ¿En qué sentido podremos preguntarnos que todo esto hace de él un profeta? ¿Dónde está la profecía en este caso? Los profetas anunciaban una salvación futura; pero, Juan el Bautista no anuncia una salvación *futura;* señala a uno que está *presente*. Él es aquel que indica de inmediato con el dedo hacia una persona y grita: «He ahí el cordero de Dios» (*Juan* 1,29). Y añade: «Aquel que era esperado desde siglos y siglos está aquí, es él». ¡Qué escalofrío debió traspasar aquel día por el cuerpo de los presentes al escucharle hablar así!

Alguno podría pensar: pero, ¿qué profeta es el Precursor, si se limita sólo a señalar a aquel que todos tienen ante los ojos? ¡Y, por el contrario, precisamente aquí está la grandeza de su profecía! Los profetas tradicionales ayudaban a los contemporáneos a sobrepasar el muro del tiempo y ver en el futuro, pero él ayuda a superar el muro, todavía más compacto, de las apariencias contrarias y hace descubrir al Mesías escondido detrás de las apariencias de un hombre como los demás. El Bautista inauguraba así la nueva profecía cristiana, que no consiste en anunciar una salvación futura («en los últimos tiempos»), sino en revelar la presencia misteriosa y escondida de Cristo en el mundo.

¿Qué tiene que decimos todo esto a nosotros? Ante todo, esto: que también nosotros debemos considerar juntos los dos aspectos del ministerio profético, esto es, el empeño por la justicia social, por una parte, y el anuncio del Evangelio por otra. No podemos partir este deber por la mitad, ni en un sentido ni en otro. Un anuncio de Cristo, no acompañado con el esfuerzo por la promoción humana, resultaría desencarnado y poco creíble; un empeño por la justicia, privado del anuncio de fe y del contacto regenerador con la palabra de Dios, se agotaría pronto o terminaría en una estéril contestación.

Nos dice asimismo que el anuncio del Evangelio y la lucha por la justicia no deben permanecer como dos cosas yuxtapuestas sin unión entre ellas. Debe ser precisamente el

Evangelio de Cristo el que nos empuje a luchar por el respeto del hombre, de tal modo que haga posible a cada hombre «ver la salvación de Dios». Juan Bautista no predicaba contra los abusos como un agitador social sino como el heraldo del Evangelio para «preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (cfr. *Lucas* 1, 17).

En un domingo de Adviento como el de hoy, en 1511, un hermano dominico español, fray Antonio de Montesinos, hizo una homilía sobre las palabras, que hemos oído al inicio: «Voz que grita en el desierto» (*lsaías* 40, 3). Hablaba a una asamblea o grupo de *conquistadores* en una de las tierras poco antes colonizadas de América central. Sus palabras caían como mazazos sobre la cabeza de los presentes. Decía: «¿Con qué justicia y con qué derecho tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tantas guerras detestables a estas gentes, que eran dóciles y pacíficas en sus tierras, y habéis eliminado a muchos de ellos?.. ¿Por qué los tenéis así oprimidos y fatigados, sin darles de comer, ni curarles en sus enfermedades? ¿Qué cuidado tenéis para que conozcan la doctrina cristiana y a su Dios y creador? ¿Éstos no son hombres? ¿No tienen un alma racional? ¿No estáis obligados a amarles como a vosotros mismos?»

El famoso Bartolomé de las Casas, que nos ha transmitido esta predicación, dice que algunos de los presentes permanecieron indignados, otros llamados y compungidos. Juan el Bautista fue el inspirador de esta denuncia profética que Juan Pablo II recordó, con ocasión de los 500 años de la evangelización de América latina, como la interpretación más auténtica del Evangelio en aquel momento histórico. También, Antonio de Montesinos al igual como el Bautista parece que pagó con su vida la valentía de gritarles a los conquistadores su «non licet», no os es lícito.

También hoy en la liturgia la austera y fascinante figura de Juan el Bautista no debiera pasar en vano ante nuestros ojos, sino suscitar análogas y valientes tomas de postura en nombre del Evangelio.

Hay un campo donde estamos llamados a asumir el papel de los acusados, más que el de los acusadores. Ha sido observado, datos en la mano, que «en el Norte del mundo, ciertos perros tienen bienes a su disposición diecisiete veces mayores de los que disponen ciertos niños del Sur del mundo». Cómo no recordar, ante este hecho, el grito de Juan el Bautista: «El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo» (*Lucas* 3,11). O el grito de Montesinos a los *conquistadores:* «¿Éstos no son hombres como vosotros?»

Si el Bautista nos empuja, os decía, a luchar contra la injusticia para poder anunciar a todos, también a los pobres, la Buena Noticia, debemos, antes de terminar, recoger algún apunte asimismo a este respecto. ¿Cómo el Precursor anuncia a Jesucristo? ¿Qué método usa? No es en los contenidos en lo que él es nuestro maestro. Él se sitúa en los albores de la fe, tiene una cristología pobre y elemental; no conoce todavía los títulos más elevados de Jesús: Verbo, Hijo de Dios, Señor. Como compensación, sin embargo, tiene

una capacidad extraordinaria para hacer sentir cercano e importante para la vida a Cristo. Grita: En medio de vosotros está uno «que es más fuerte que yo» (*Lucas* 3, 16). Comunica el sentido de la urgencia de la decisión («¡el hacha ya está en la raíz!»: *Lucas* 3, 9) y la importancia de su puesta en juego: «en su mano tiene el bieldo» (*Lucas* 3,17). Esto es, ante él se decide quién permanece y quién cae, quién será grano bueno y quién paja que dispersa el viento.

Juan el Bautista nos recuerda, de este modo, que para participar en el esfuerzo de la evangelización de la Iglesia no se requiere necesariamente un gran conocimiento de la teología o la capacidad de hacer razonamientos complicados. Se exige más bien valentía, convicción, experiencia (se entiende, de Cristo) y coherencia de vida. Todos pueden hablar de Cristo como hablaba el Precursor, incluso quien no ha estudiado.

Juan el Bautista se definía a sí mismo como «la voz que grita en el desierto». Esperemos que él no grite asimismo hoy «en el desierto», sino que su voz alcance a muchos y haga nacer en ellos el deseo de preparar en verdad, en el propio corazón, los caminos al Cristo que viene.

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Llamados a ser profetas del Señor

«El Señor llama a la conversión. Él envía a sus profetas a anunciar la Buena Nueva, a preparar sus caminos, porque el Reino de los cielos está cerca.

El Señor envió a Juan el Bautista a anunciar la venida del Hijo de Dios, para que estuvieran preparados para recibirlo, para recibir de Él el Bautismo con el Espíritu Santo, y librarlos de la opresión del pecado original, perdonando todos sus pecados, para darle los bienes eternos a quien decida seguirlo.

Pero el mundo no lo recibió. Su vida, en una cruz, por todos los hombres dio. Los perdonó, los redimió, con su muerte los justificó, y derramando su misericordia les dio los medios para que se conviertan y se salven, acudiendo a los sacramentos y transmitiendo su mensaje de generación en generación.

Y a todos los que reciben su mensaje y su misericordia los llama como profetas, para que anuncien la Buena Nueva al mundo entero, a través de la evangelización de todos los pueblos, invitándolos a la conversión, llamando su atención hacia la mirada del Crucificado, para que sepan que a todos y a cada uno los ama Dios; tanto, que les ha dado a su único Hijo para salvarlos.

Acepta tú el llamado a ser profeta del Señor. Abraza la fe y convierte tu corazón. Déjate llenar de su amor y de su misericordia y, con docilidad, déjate guiar por el Espíritu Santo, para que tengas el valor de abrir tu boca y gritar con fuerte voz: ¡rectifiquen sus

caminos!, porque el Hijo de Dios, que ha muerto en la Cruz y ha resucitado para darle vida al mundo, está a la puerta y llama».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Rectitudes en concreto

Metidos ya de lleno en el Adviento, la Iglesia nos recuerda, con las palabras del Bautista, que es necesario quitar de la vida personal todo obstáculo para la vida que Dios quiere vivir en el hombre. Juan, como precursor del Mesías, ejemplificaba al pueblo escogido con imágenes que todos podían entender fácilmente. El Salvador vendría como por un camino, que debía ser andadero para que su salvación no se hiciera esperar. Pero bien sabemos que no siempre los caminos son así. No pocas veces, al caminar, uno se encuentra con obstáculos que parecen insuperables: un monte, por ejemplo. Entonces, si se trata de continuar, hay que rodearlo. Así procedemos de ordinario en los caminos de este mundo.

Juan el Bautista, conocedor de los modos habituales humanos, reclama para el Señor que se avecina un modo muy distinto de actuar. Para Dios que llega, no es suficiente con acomodar en cierta medida la conducta en su apariencia externa. Eso equivaldría sin más a sortear obstáculos pero, en el fondo, haciéndolos compatibles con la conducta de siempre. Se supone que así Dios tendría cabida en nuestra vida, aunque evidentemente fuera a costa de ajustarse Él a los obstáculos, que no queremos quitar.

¿No es cierto que a veces sentimos la tentación de continuar con nuestros apegos caprichosos cuando pensamos en amar a Dios sobre todas las cosas? No es el Evangelio –no es Dios– quien debe ajustarse a nuestra vida, sino al revés. Debemos pedir luz, claridad en nuestra mente, para reconocer que Él es el Señor, que –siendo Padre amoroso– es también nuestro Dios, nuestro Creador, y ha dispuesto para nuestro bien que podamos servirle, aunque para hacerlo, más de una vez debamos rectificar algo en nuestra vida, grande o pequeño.

Examinemos nuestra conciencia, pues con frecuencia la primera tendencia interior ante los requerimientos divinos para ser más santos, no es una respuesta afirmativa, incondicionada, generosa. No pocas veces tratamos de cumplir con Dios, pero en el sentido más estrecho de esta expresión: para quitarnos el cuidado de encima. Intentamos en ocasiones cumplir su voluntad, pero acoplándola a nuestra vida, a nuestra jornada habitual, a nuestra organización ya establecida y decididamente inamovible. Acogemos el querer divino en la vida forzado, como con calzador y, en esas circunstancias, se nos hacen patentes aquellas palabras del Señor: **no se puede servir a dos señores…**

Las metáforas que emplea Juan el Bautista son muy gráficas, aunque parezcan exageradas por su claridad. Manifiestan sin ambages que es nuestra vida la que debe

atenerse a la vida de Dios que puede y debe habitar en nosotros, aunque en ocasiones haya que ser drásticos y se nos antoje extensivo el cambio: "rellenando un valle" o "aplanando un monte". Cambiando, en definitiva, hasta lo más establecido de nuestra vida por Dios si fuera necesario, para cumplir mejor su voluntad.

Pidamos al Señor esa fortaleza que necesitaremos alguna vez, cuando, siendo francos con nosotros mismos, reconocemos que amar a Dios como Él espera, no es sólo cuestión de unos pequeños detalles que debemos cuidar mejor: de orden, de intensidad en el trabajo, de puntualidad... En ocasiones hace falta un verdadero cambio de actitud, como quien modifica el planteamiento de un negocio: sus objetivos y por tanto los medios a emplear. Puede costar mucho en ocasiones y, por eso, pedimos al Señor, junto a su luz para descubrir su voluntad entre nuestras cosas, la santa intransigencia con lo que debe ser cambiado, para que, en nuestra vida de hombres, asiente como se merece la de Dios.

Buen momento éste del Adviento para preguntarnos si hay en nosotros alguna actitud que cambiar, para que Dios "se sienta" mejor acogido en nuestra vida. Mientras esperamos su venida en la próxima Navidad, podemos ahondar en el examen, con interés por descubrir alguna "colina que allanar", algún "valle que rellenar", para que el Señor llegue a cada uno más fácilmente, con todo el esplendor de su fuerza salvadora. Que no nos duela lo que haya que cortar, ni nos detenga el esfuerzo necesario para una mudanza eficaz. Tengamos fe y confianza también en la feliz alegría que Dios nos promete si le somos leales, ya en esta vida. Así el viñador corta sin miedo el sarmiento, para que, brotando de nuevo, **dé más fruto** y el labrador se fatiga ilusionado pensando en la próxima cosecha y arranca de raíz la mala hierba que ya crecía frondosa, quizás por su lamentable descuido.

De ordinario no bastará con un deseo general de mejora o de purificación, será preciso fijarse en detalles bien concretos que habrá que cambiar, porque así, como ahora están, suponen un obstáculo para una mejor acogida al Señor que vienen para salvarnos. Casi siempre serán detalles: modos de vivir –acciones habituales u omisiones– que pueden parecer irrelevantes, siendo en todo caso manifestaciones de una peculiar actitud con respecto a Dios. Por eso, a la hora verdad, es necesario rectificar en lo concreto. Así, pues, la ilusión por amar a Dios acaba siendo efectiva **con obras y de verdad**, según dice el Apóstol.

Estamos en un buen momento –el mejor y único momento de que disponemos– para mejorar realmente nuestra acogida a Dios que llega. Será preciso posiblemente cambiar un poco, sólo algunos detalles pequeños, que bastarán para que, esa Vida de Dios que viene a implantarse en la nuestra, crezca sin obstáculos hasta su completo desarrollo y produzca frutos abundantes, como el árbol en tierra buena. Un pequeño cambio –sí– tal vez; pero imprescindible para que sea verdad que deseamos acoger a Dios con lo mejor de nuestro corazón.

Confiemos a nuestra Madre del Cielo los buenos propósitos de mejora en este Adviento. Nadie se preparó como Ella a la venida de Dios, y, salvo Él, nadie como Ella nos quiere.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Un camino para el Señor

El Evangelio de hoy no nos habla directamente de Jesús, sino de su precursor Juan Bautista y, a través de él, el profeta Isaías. Por una vez, la liturgia quiere hacernos vivir el Adviento tal como lo vieron los hombres hasta Juan Bautista: en ausencia de él y en el ansia de él. "Desde los profetas hasta Juan Bautista, fue el tiempo de las promesas; desde Juan Bautista hasta el fin de los tiempos es el tiempo de su cumplimiento" (San Agustín, *Enarr. in, Ps.* 109.1). Los Padres de la Iglesia distinguían estos dos tiempos, llamando al primero el tiempo de la representación y al segundo el tiempo de la realidad.

El centro de la prédica del Bautista está contenido en esa frase de Isaías que él repite con gran fuerza a sus contemporáneos:

Una voz proclama: Preparen el camino del Señor. Allanen sus caminos.

A decir verdad, en Isaías el texto sonaba de una manera un poco distinta. Decía: *Una voz proclama: Preparen en el desierto el camino del Señor* (Is. 40,3). Por lo tanto, no una *voz* en el desierto, sino un *camino* en el desierto. Los evangelistas (cf. Mt. 3.3; Jn. 1.23), aplicando el texto al Bautista que predicaba en el desierto de Judea, modificaron la puntuación.

¿Qué significa esta imagen de un camino trazado en el desierto? Evoca grandes hechos de la Biblia: en primer lugar, el éxodo de Egipto, cuando el Señor seguía a su pueblo por el desierto y, por así decirlo, le trazaba antes un sendero hacia la salvación; después, el retorno del exilio, esperado e imaginado como un nuevo éxodo hacia la libertad (cf. Is. 46,3-4; 63-9; Jer. 16,14-15). Por lo tanto, en boca del precursor, esa expresión evoca sobre todo una promesa: está por iniciar en el mundo un nuevo éxodo hacia la libertad de la que los anteriores no eran más que representaciones, un nuevo retorno del exilio.

Por lo tanto, una promesa, pero también un compromiso, un programa concreto de acción. Jerusalén era una ciudad rodeada, puede decirse, por el desierto: al este, las calles de acceso, apenas trazadas, se borraban fácilmente por la acción del viento que movía la arena, mientras que al oeste se perdían entre la aspereza del terreno que bajaba en pendiente hacia el mar. Cuando debía llegar un cortejo o un personaje importante, había que salir de la ciudad e ir al desierto para trazar un camino menos provisorio; se cortaban malezas, se llenaba una hondonada, se aplanaba un obstáculo, se reparaba un puente o se

acomodaba un vado. Se hacia eso, por ejemplo, en el momento de la Pascua para recibir a los peregrinos que llegaban de la Diáspora. De esas realidades se inspira Juan Bautista; quiere decir: está por llegar alguien que está por encima de todos, alguien a quien se denomina simplemente y por antonomasia "El que debe venir", el esperado por la gente; hay que trazar un camino en el desierto para que pueda llegar.

Pero he aquí el gran salto de la metáfora a la realidad: este camino no se traza en la tierra, sino en el corazón de cada hombre; no se traza en el desierto, sino en la propia vida. Para hacerla, la cuestión no es ponerse a trabajar materialmente, la cuestión es convertirse. *Allanar los caminos del Señor:* esa orden empieza a parecernos menos extraña y enigmática. Supone una realidad amarga: el hombre es como una ciudad invadida, hasta debajo de las murallas, por el desierto; está cerrado en sí mismo, en su egoísmo; es como un castillo con una fosa alrededor y los puentes levadizos levantados. Peor aún: el hombre complicó sus caminos con el pecado y se quedó atrapado adentro como en un laberinto. Isaías y Juan Bautista hablan metafóricamente de barrancos, de montes, de pasos tortuosos, de lugares inaccesibles. Basta con llamar a estas cosas por sus verdaderos nombres que son orgullo, pereza, supercherías, violencias, ambiciones, mentiras, hipocresías, impudicias, superficialidad, embriagueces de todo tipo (puesto que uno puede ponerse ebrio no sólo de vino, o de drogas, sino también de la propia belleza, de la propia inteligencia o de uno mismo que es la peor ebriedad). Nos damos cuenta entonces inmediatamente de que el discurso es también para nosotros; es para cada hombre que en esta situación desea y espera "la salvación de Dios".

Allanar un camino para el Señor tiene por lo tanto un significado muy concreto: significa empezar a reformar nuestra vida (la Biblia, como se ha visto, lo llama conversión). Cuidado con oponer a esta invitación las seguridades que nos vienen de nuestra práctica cristiana ("¡Somos hijos de Abraham!"; "¡Somos hijos de la Iglesia!")

Nuestra vida se desarrolla entre dos venidas del Señor: la de la encarnación y la de la parusía. Pero hay una venida o visita del Señor que ya es un hecho actualmente; es el Señor que viene con la gracia, con la inspiración, que viene a buscar flores "a su jardín" (Cant. 5,1) Y frutos de su árbol (cf. Lc 13, 6ssq.). San Bernardo llamaba a este Adviento "la venida del medio" *(medius adventus).* Por esta venida del medio debemos allanar un camino, abrir un pasaje. Si uno de nosotros por ejemplo vive en una relación pecaminosa cerró todos los accesos; Dios no puede llegar hasta nosotros, debe mantenerse a distancia, fuera de la puerta. Se trata, objetivamente, de una situación de rechazo peligrosísima; allanar un camino para el Señor, para esa persona significa: cortar con esa relación, plantearse seriamente el problema moral, regularizar la situación frente a Dios y la propia conciencia, tomar en serio —si de eso se trata— el deber de la fidelidad conyugal. Si alguien, en su acción cotidiana (en el comercio, el trabajo, las relaciones sociales), comete injusticias y engaña al prójimo, tal vez fingiendo pretextos engañosos de resarcimiento y compensación para acallar la conciencia, también ésa es una ciudad sin accesos para Dios. Allanar un camino al Señor significa comenzar a estar más atentos Y a ser más

escrupulosos en la justicia, o incluso —como tuvo que hacer Zaqueo en un caso similar— restituir. Si estamos tan llenos de nosotros mismos, si somos intolerantes, despiadados con todos, sin amor, también en ese caso, si queremos realmente "ver la salvación de Dios" debemos allanar el camino, realizar una apertura hacia los demás, humillamos, pedir perdón a quienes hemos hecho sufrir o a los que desesperamos.

Están, además, los que viven habitualmente en el fondo de la "barranca": deprimidos psíquicos, pero también mezquinos, perezosos, incapaces de pedirse el más mínimo esfuerzo. También ellos deben preocuparse por salir, por establecer una relación que los comprometa, que los saque de su estéril autoconmiseración.

De manera que hay para todos. Si queremos realmente vivir el Adviento (¡vivirlo, no contemplarlo!) ese es el camino. Dios nos repite, aquí y ahora, lo que dijo por medio del profeta Isaías a su pueblo: *Este es el camino, síganlo* (Is. 30,21). En la primera lectura escuchamos estas palabras del profeta Baruc: *Dios dispuso que sean aplanadas las altas montañas y las colinas seculares, y que se rellenen los valles hasta nivelar la tierra, para que Israel camine seguro bajo la gloria de Dios*. Dios aplana, Dios colma. Dios traza el camino; ¿No contrasta todo esto con la orden del Bautista que nos confía el deber de aplanar, de trazar, de hacer? No, las dos cosas son ciertas; nosotros no podremos hacer nada solos, ni siquiera quitar el primer y más pequeño obstáculo, si Dios a su vez, no actúa con nosotros y no nos previene *(si el Señor no construye la casa, es inútil que se fatiguen los constructores…)*. Pero Dios, a su vez, no nos avisa si negamos nuestro esfuerzo, si no nos comprometemos, libremente pero con voluntad. Ya mismo, desde hoy: hoy, si oyes su voz, no endurezcas el corazón (cf. Heb. 3,7-8). Antes de la llegada de Jesús es Juan el que grita: ¡Preparen el camino al Señor!; ahora es el Espíritu Santo el que grita en nuestro corazón: ¡Preparen el camino al Señor! Él guía al Señor hasta el interior del castillo, el interior de "la ciudad fortificada" (Sal. 60,11), él nos ayuda a entregar a Jesús las llaves de nuestro corazón que es lo más importante que debemos hacer durante este Adviento. Si entregamos realmente a Jesús las llaves de nuestro corazón, él vendrá ¡y para nosotros será Navidad!

"Cada hombre verá la salvación del Señor" –gritaba Juan Bautista en el desierto, aludiendo sin duda al Salvador que estaba por manifestarse. También nosotros nos preparamos ahora con humildad y fe para ver la salvación del Señor que llega a nosotros en la Eucaristía. Aquel para quien queremos trazar un camino hacia nuestro corazón nos precede con su gracia y con su visita: ¡viene a nuestro encuentro para que podamos ir a su encuentro!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de Santa María Dolorosa (9-XII-1979)

– Conversión

San Pablo dice a los Filipenses: "En todas mis oraciones pido con gozo por vosotros, a causa de vuestra comunión en el Evangelio desde el primer día hasta ahora..." (Fil 1,4-5).

Me permito repetir las palabras del Apóstol: "Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús" (Fil 1,8).

En la liturgia del domingo de hoy, que es el II del período de Adviento, se repite muy frecuentemente la misma palabra invitando, por así decirlo, a concentrar sobre ella nuestra atención. Es la palabra: "preparad". "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas... Y toda carne verá la salud de Dios" (Lc 3,4.6). La hemos escuchado hace poco en el Evangelio según San Lucas, y antes aún en el canto solemne del aleluya.

La Iglesia toma hoy esta palabra de labios de Juan Bautista. Él enseñó así, predicó de este modo, cuando la palabra de Dios descendió sobre él en el desierto (cfr. Lc 3,2). Él la acogió y "vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia" (Lc 3,3). La palabra "preparad" es la palabra de la conversión –en griego le corresponde la expresión "metanoia"–, por lo que se ve que esta expresión va dirigida al hombre interior, al espíritu humano.

– Disponer el alma

Y de este modo es necesario comprender la palabra "preparad". El lenguaje del Precursor de Cristo es metafórico. Habla de los caminos, de los senderos que es necesario "enderezar", de los montes y collados que deben ser "allanados", de los barrancos que es necesario "rellenar", esto es, colmar para elevarlos a un nivel adecuadamente más alto; finalmente, habla de los lugares intransitables que deben ser allanados.

Se dice todo esto en metáfora –tal como si se tratase de preparar la acogida de un huésped especial al que se le debe facilitar el camino, para quien se debe hacer accesible el país, hacerlo atrayente, y digno de ser visitado.

Esta metáfora espléndida de Juan, en la que resuenan las palabras del gran Profeta Isaías que se refería al paisaje de Palestina, expresa lo que es necesario hacer en el alma, en el corazón, en la conciencia, para hacerlos accesibles al Huésped Supremo: a Dios que debe venir en la noche de Navidad y debe llegar después constantemente al hombre, y por último llegar para cada uno al fin de la vida, y para todos al fin del mundo.

Éste es el significado de la palabra "preparad" en la liturgia de hoy. El hombre, en su vida, se prepara constantemente para algo.

Por esto se ve que vivimos preparándonos siempre para algo. Toda nuestra vida es una preparación de etapa en etapa, de día en día, de una tarea a otra.

– Vocación

Cuando la Iglesia, en esta liturgia del Adviento, nos repite la llamada de Juan Bautista pronunciada en el Jordán, quiere que todo este "prepararse" de día en día que constituye la trama de toda la vida, lo llenemos con el recuerdo de Dios. Porque, en fin de cuentas, nos preparamos para el encuentro con Él. Y toda nuestra vida sobre la tierra tiene su definitivo sentido y valor cuando nos preparamos siempre para ese encuentro constante y coherentemente. "Firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús" (Fil 1,6). Esta "obra buena" comenzó ya en cada uno de nosotros en el momento de la concepción, en el momento de nacer, porque hemos traído con nosotros al mundo nuestra humanidad y todos los "dones de la naturaleza", que pertenecen a ella. Esta "obra buena" comenzó mucho más en cada uno de nosotros por el bautismo, cuando fuimos convertidos en hijos de Dios y herederos de su Reino. Es necesario desarrollar esta "obra buena" de día en día con constancia y confianza hasta el fin, "hasta el día de Cristo". De este modo toda la vida se convierte en cooperación con la gracia y en maduración de esta plenitud que Dios mismo espera de nosotros.

Efectivamente, cada uno de nosotros se parece al agricultor de que habla el Salmo responsorial de hoy:

"Los que con llanto siembran/ en júbilo cosechan. Van y andan llorando/ los que llevan y esparcen la semilla,/ pero vendrán alegres trayendo sus gavillas" (Sal 125/126,5-6).

Esforcémonos para ver así toda nuestra vida. Toda ella es un adviento. Y precisamente por esto es "interesante" y merece la pena de ser vivida en plenitud, es digna del ser creado a imagen y semejanza de Dios: en cada una de las vocaciones, en cada situación, en cada experiencia.

Por esto adquieren una particular elocuencia y actualidad las palabras del Apóstol en la segunda lectura de la liturgia de hoy: "rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros a causa de la colaboración que habéis prestado al Evangelio, desde el primer día hasta hoy; firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús. Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis aquilatar los mejor para ser puros y sin tacha para el Día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Fil 1,4-11).

–Os recomiendo la participación en la Santa Misa festiva.

–Os recomiendo la instrucción religiosa.

–Finalmente, os recomiendo a los jóvenes. Actuad de modo que puedan ser atendidos, ayudados, iluminados, animados, amados, lanzados hacia grandes ideales.

Os deseo una buena preparación para la fiesta de Navidad.

Deseo todo bien para el alma y para el cuerpo.

Deseo la paz de la conciencia.

Deseo la gracia del Adviento.

El Señor está cerca.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Jerusalén, despójate de tu vestido de luto… Ponte a la cabeza la diadema de la gloria perpetua, porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo". En el Adviento la Iglesia nos invita, no sólo a celebrar el aniversario del nacimiento de Jesús Niño, sino, y como consecuencia de ello, a vivir con más fe y con más amor al Señor durante la espera de su segunda venida gloriosa. Desde esta perspectiva a la que aluden las palabras del profeta Baruc, el pasado, el presente y el futuro están indisolublemente unidos. Toda nuestra vida es un adviento, una espera alegre y esforzada para el encuentro definitivo con Cristo.

La llegada de Cristo en esta Navidad y su venida gloriosa al final de los tiempos constituirá una explosión de alegría para nosotros si buscamos esa conversión que el Espíritu Santo por boca del Bautista propone. La conversión implica una reorientación radical de toda la vida, que es posible porque contamos con la ayuda de Dios "La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones: 'Conviértenos, Señor, y nos convertiremos' (Lc 5,21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo" (CEC, 1432).

Dios se acerca en esta Navidad y nos dice: "Preparad el camino". Pero, en ocasiones, esa voz "grita en el desierto" porque hay a nuestro alrededor otras voces que nos seducen y convencen que la realización personal y la felicidad están en la acumulación de poder adquisitivo, de influencias, en la mesa bien abastecida, la satisfacción sexual sin distinguir entre lujuria y amor, la comodidad egoísta que huye de compromisos estables… Estas voces crean expectativas que no responden a nuestras necesidades más profundas y cuando nos plegamos a ellas nos movemos en un mundo de engaño. El Espíritu del Señor nos pide que enderecemos lo que está torcido y "todos verán la salvación de Dios".

"Una voz grita en el desierto". De alguna forma y en determinados momentos nos hemos vuelto sordos y hemos dado más crédito al ruido exterior que a esa voz de Dios. Una voz que no es bulliciosa ni desconsiderada con nuestra dignidad: la voz del "dulce huésped del alma" (Secuencia de Pentecostés), que, como el murmullo de una fuente, nos llama continuamente y que percibimos en los pliegues más recónditos de la conciencia.

La llamada de Dios en este Adviento lleva implícita la fuerza para ese cambio radical de vida, pues el mayor castigo sería no llamar y permitir que los hombres se entreguen a

su corazón obstinado. ¡Abrir el Evangelio y abrirse personalmente a su mensaje de salvación! ¡Tratemos de huir del estrépito ambiental que impide oír la voz de Dios! Liberémonos de la prisión del yo, y de los falsos profetas de nuestro tiempo que cierran la salida para el encuentro con Jesucristo que llega en esta Navidad en la tierna figura de un Niño y al que alaban todas las jerarquías élicas y los coros celestiales.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El Señor vendrá…»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ba 5, 1-9: «Dios mostrará su esplendor sobre tí»

Sal 125: «El Señor ha estado grande con nosotros»

Flp 1, 4-6.8-11: «Manteneos limpios e irreprochables para el día de Cristo»

Lc 3, 1-6: «Todos verán la salvación de Dios»

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (1817).

«La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna» (1818).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«El Verbo de Dios ha habitado en el hombre y se ha hecho hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la Voluntad del Padre» (S. Ireneo de Lyón) (53).

Cada uno de nosotros estaba torcido. Por la venida de Cristo, ya realizada, lo que estaba torcido en nuestra alma se ha enderezado. ¿De qué te sirve a tí que Cristo haya venido históricamente en la humanidad si no ha venido también a tu alma? Roguemos pues para que cada día se realice en nosotros su venida de manera que podamos decir: Vivo, pero no yo; es Cristo quien vive en mí (Orígenes, In. Lc. 22, 1-5).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Las tres lecturas convergen en un mismo mensaje: Esperanza. «Todos verán la salvación de Dios» (Evangelio). «Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, contempla a tus hijos... gozosos, porque Dios se acuerda de ellos». Son bellísimas imágenes de la esperanza en Baruc.

«Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús». La salvación anunciada se realizó y se realiza en Cristo (Segunda lectura).

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Los preparativos para la venida del Salvador: 552-524.

La esperanza, virtud teologal: 1817-1821.

La respuesta:

La virtud de la esperanza: 2090-2092.

La oración «venga a nosotros tu Reino»: 2816-2821.

C. Otras sugerencias

La antífona de Entrada: «Pueblo de Sión: mira el Señor que viene a salvar a los pueblos. El hará oír su voz gloriosa en la alegría de vuestro corazón», son la respuesta al «a Ti levanto mi alma...» del primer domingo.

Apoyados en el texto de Baruc (Primera lectura) contemplamos que «Dios se acuerda de nosotros» «nos ama» nos conduce por los caminos de la historia, por en medio de tribulaciones y dificultades, como un Dios salvador y liberador en Jesucristo.

La virtud de la esperanza se alimenta en la oración: «venga a nosotros tu Reino».

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

El Precursor: preparad el camino del Señor.

– La vocación del Bautista. Su figura en el Adviento.

I. *Pueblo de Sión: mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. El Señor hará oír la majestad de su voz, y os alegraréis de todo corazón.*

Mira al Señor que viene... Iba a llegar el Salvador y nadie advertía nada. El mundo seguía como de costumbre, en la indiferencia más completa. Sólo María sabe; y José, que ha sido advertido por el ángel. El mundo está en la oscuridad: Cristo está aún en el seno de María. Y los judíos seguían disertando sobre el Mesías, sin sospechar que lo tenían tan

cerca. Pocos esperaban *la consolación de Israel:* Simeón, Ana... Estamos en Adviento, en la espera.

Y en este tiempo litúrgico la Iglesia propone a nuestra meditación la figura de Juan el Bautista. *Este es aquel de quien habló el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*.

La llegada del Mesías fue precedida de profetas que anunciaban de lejos su llegada, como heraldos que anuncian la llegada de un gran rey. "Juan aparece como la línea divisoria entre ambos Testamentos: el Antiguo y el Nuevo. El Señor mismo enseña de algún modo lo que es Juan, cuando dice: *La ley y los Profetas hasta Juan Bautista*. Es personificación de la antigüedad y anuncio de los tiempos nuevos. Como representante de la antigüedad, nace de padres ancianos; como quien anuncia los tiempos nuevos, se muestra ya profeta en el seno de su madre. Aún no había nacido cuando, a la llegada de Santa María, salta de gozo dentro de su madre. Juan se llamó *el profeta del Altísimo*, porque su misión fue ir *delante del Señor para preparar sus caminos, enseñando la ciencia de salvación a su pueblo*".

Toda la esencia de la vida de Juan estuvo determinada por esta misión, desde el mismo seno materno. Esta será su vocación; tendrá como fin preparar a Jesús un pueblo capaz de recibir el reino de Dios y, por otra parte, dar testimonio público de Él. Juan no hará su labor buscando una realización personal, sino para *preparar al Señor un pueblo perfecto*. No lo hará por gusto, sino porque para eso fue concebido. Así es todo apostolado: olvido de uno mismo y preocupación sincera por los demás.

Juan realizará acabadamente su cometido, hasta dar la vida en el cumplimiento de su vocación. Muchos conocieron a Jesús gracias a la labor apostólica del Bautista. Los primeros discípulos siguieron a Jesús por indicación expresa suya, y otros muchos estuvieron preparados interiormente gracias a su predicación.

La vocación abraza la vida entera y todo se pone en función de la misión divina. De la respuesta que Juan dé más tarde, hace depender el Señor la conversión de muchos de los hijos de Israel.

Cada hombre, en su sitio y en sus propias circunstancias, tiene una vocación dada por Dios; de su cumplimiento dependen otras muchas cosas queridas por la voluntad divina: *De que tú y yo nos portemos como Dios quiere –no lo olvides– dependen muchas cosas grandes*. ¿Acercamos al Señor a quienes nos rodean? ¿Somos ejemplares en la realización de nuestro trabajo, en la familia, en nuestras relaciones sociales? ¿Hablamos del Señor a nuestros compañeros de trabajo o de estudio?

– Humildad de Juan. Necesidad de esta virtud para el apostolado.

II. Plenamente consciente de la misión que le ha sido encomendada, Juan sabe que ante Cristo no es ni siguiera digno *de llevarle las sandalias*, lo que solía hacer el último de los criados con su señor; para ese menester cualquiera servía. El Bautista no tiene

reparo en proclamar que él carece de importancia ante Jesús. Ni siquiera se define a sí mismo según su ascendencia sacerdotal. No dice: "Yo soy Juan, hijo de Zacarías, de la tribu sacerdotal de...". Por el contrario, cuando le preguntan: *¿Quién eres tú?*, Juan dice: *Yo soy la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor, allanad sus sendas*. Él no es más que eso: la voz. La voz que anuncia a Jesús. Esa es su misión, su vida, su personalidad. Todo su ser viene definido por Jesús; como tendría que ocurrir en nuestra vida, en la vida de cualquier cristiano. Lo importante de nuestra vida es Jesús.

A medida que Cristo se va manifestando, Juan busca quedar en segundo plano, ir desapareciendo. Sus mejores discípulos serán los que sigan, por indicación suya, al Maestro en el comienzo de su vida pública. *Este es el Cordero de Dios*, dirá a Juan y a Andrés, indicando a Jesús que pasaba. Con gran delicadeza se desprenderá de quienes le siguen para que se vayan con Cristo. Juan "perseveró en la santidad, porque se mantuvo humilde en su corazón"; por eso mereció también aquella formidable alabanza del Señor: *En verdad os digo que no ha salido de entre los hijos de mujer nadie mayor que Juan*.

El Precursor señala también ahora el sendero que hemos de seguir. En el apostolado personal –cuando vamos preparando a otros para que encuentren a Cristo–, debemos procurar no ser el centro. Lo importante es que Cristo sea anunciado, conocido y amado: Sólo Él tiene palabras de vida eterna, sólo en Él se encuentra la salvación. La actitud de Juan es una enérgica advertencia contra el desordenado amor propio, que siempre nos empuja a ponernos indebidamente en primer plano. Un afán de singularidad no dejaría sitio a Jesús.

El Señor nos pide también que vivamos sin alardes, sin afanes de protagonismo, que llevemos una vida sencilla, corriente, procurando hacer el bien a todos y cumpliendo nuestras obligaciones con honradez. Sin humildad no podríamos acercar a nuestros amigos al Señor. Y entonces nuestra vida quedaría vacía.

– Nosotros somos testigos y precursores. Apostolado con quienes tratamos habitualmente.

III. Nosotros, sin embargo, no somos sólo precursores; somos también testigos de Cristo. Hemos recibido con la gracia bautismal y la Confirmación el honroso deber de confesar, con las obras y de palabra, la fe en Cristo. Para cumplir esta misión recibimos frecuentemente, y aun a diario, el alimento divino del Cuerpo de Jesús; los sacerdotes nos prodigan la gracia sacramental y nos instruyen con la enseñanza de la Palabra divina.

Todo lo que poseemos es tan superior a lo que Juan tenía, que Jesús mismo pudo decir que *el más pequeño en el reino de Dios es mayor que Juan*. Sin embargo, ¡qué diferencia! Jesús está a punto de llegar, y Juan vive fundamentalmente para ser el Precursor. Nosotros somos testigos; pero, ¿qué clase de testigos somos? ¿Cómo es nuestro testimonio cristiano entre nuestros colegas, en la familia? ¿Tiene suficiente fuerza para persuadir a los que no creen todavía en Él, a quienes no le aman, a los que tienen una idea falsa acerca de Jesús? ¿Es nuestra vida una prueba, al menos una presunción, a favor de

la verdad del cristianismo? Son preguntas que podrían servirnos para vivir este Adviento, en el que no puede faltar un sentido apostólico.

Mira al Señor que viene… Juan sabe que Dios prepara algo muy grande, de lo cual él debe ser instrumento, y se coloca en la dirección que le señala el Espíritu Santo. Nosotros sabemos mucho más acerca de lo que Dios tenía preparado para la humanidad. Nosotros conocemos a Cristo y a su Iglesia, tenemos los sacramentos, la doctrina salvadora perfectamente señalada… Sabemos que el mundo necesita que Cristo reine, sabemos que la felicidad y la salvación de los hombres dependen de Él. Tenemos al mismo Cristo, al mismo que conoció y anunció el Bautista.

Somos testigos y precursores. Hemos de dar testimonio, y, al mismo tiempo, señalar a otros el camino. *Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama.*

Quizá el mundo ahora, en muchos casos, tampoco espera nada. O espera en otra dirección, de donde no vendrá nadie. Muchos se hallan volcados hacia los bienes materiales como si fueran su fin último; pero con ellos no llenarán su corazón jamás. Hemos de señalarles el camino. A todos. "Conocéis –nos dice San Agustín– lo que cada uno de vosotros tiene que hacer en su casa, con el amigo, el vecino, con su dependiente, con el superior, con el inferior. Conocéis también de qué modo da Dios ocasión, de qué manera abre la puerta con su palabra. No queráis, pues, vivir tranquilos hasta ganarlos para Cristo, porque vosotros habéis sido ganados por Cristo".

Nuestra familia, los amigos, los compañeros de trabajo, aquellas personas a quienes vemos con frecuencia, deben ser los primeros en beneficiarse de nuestro amor al Señor. Con el ejemplo y con la oración debemos llegar incluso hasta aquellos con quienes no tenemos ocasión de hablar.

Nuestra gran alegría será haber acercado a Jesús, como hizo el Bautista, a muchos que estaban lejos o indiferentes. Sin perder de vista que es la gracia de Dios y no nuestras fuerzas humanas la que consigue mover las almas hacia Jesús. Y como nadie da lo que no tiene, se hace más urgente un esfuerzo por crecer en la vida interior, de forma que el amor de Dios sobreabundante pueda contagiar a todos los que pasan por nuestro lado.

La Reina de los Apóstoles aumentará nuestra ilusión y esfuerzo por acercar almas a su Hijo, con la seguridad de que ningún esfuerzo es vano ante Él.

Rev. D. Josep VALL i Mundó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Todos verán la salvación de Dios

Hoy, la Iglesia se propone la contemplación de las palabras proféticas de Isaías que se refieren al Precursor del Señor, Juan Bautista, el cual se dio a conocer en el río Jordán anunciando la salvación de Dios. Él tenía la misión de abrir rutas, aplanar caminos, allanar montañas, convertir los terrenos escabrosos en valles frondosos (cf. Lc 3,4-5). También ahora a los cristianos se nos pide —sin ningún miedo al mundo actual— trabajar apostólicamente para que todos puedan vislumbrar la salvación (cf. Lc 3,6) que sólo viene de Dios por Jesucristo.

Tenemos muchas hondonadas para rellenar, muchos caminos para allanar, muchas montañas para trasladar. Quizá son tiempos difíciles, pero no nos faltarán los medios si contamos con la gracia de Dios. Seremos precursores en la medida en que vivamos cerca del Señor y entonces se cumplirán aquellas palabras de la Carta a Diogneto: «Lo que es el alma para el cuerpo, así son los cristianos dentro del mundo». Naturalmente, hemos de amar de todo corazón este mundo en el que vivimos, como decía un personaje de una novela de Dostoiewski: «Amad a toda la creación en su conjunto y en sus elementos, cada hoja, cada rayo, los animales, las plantas. Y amando comprenderéis el misterio divino de las cosas. Y una vez comprendido acabaréis por amar el mundo entero con un amor universal».

San Justino afirmaba: «Todas las cosas noblemente humanas nos pertenecen». Y desde las entrañas del mundo —en medio del trabajo, de la familia, del ambiente social— seremos precursores preparando los caminos de la salvación que viene de Dios. Con el ejemplo y la palabra *sacudiremos la pereza de los que nos rodean, les abriremos amplios horizontes ante su existencia egoísta y aburguesada, les complicaremos la vida, haciendo que se olviden de sí mismos y los llevaremos a la alegría y a la paz*, tal como san Josemaría Escrivá describió el trabajo apostólico de los cristianos en medio del mundo.

***

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas

Hoy, por boca de Juan el Bautista, el Evangelio nos urge a prepararle el camino al Señor Jesús. Pero, ¿nosotros hemos de abrirle una ruta a Dios? ¿No soy yo, más bien, quien necesita ser auxiliado por Dios? Ciertamente no podemos hacer nada sin Él, pero a la vez Él nos quiere necesitar: «Enderezad sus sendas» (Lc 3,4). ¿Cómo es eso? Porque el amor no se puede imponer; en todo caso, se puede proponer: «Él que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín).

Jesús está a punto de llegar a la tierra, y lo encontraremos hecho un niño pequeño, "indefenso", reclinado sobre un pesebre: tan pequeño que no podrá escalar los muros de soberbia de mi corazón, ni emerger por encima de las olas de mi sensualidad…

En palabras de Benedicto XVI, «la fe cristiana nos ofrece precisamente el consuelo de que Dios es tan grande que puede hacerse pequeño». Pero, insisto, tan pequeño que, si no nos empequeñecemos también nosotros, no lo veremos ni siquiera pasar, o, incluso, podríamos llegar a tenerle miedo (como Herodes). Así, pues, hemos de enderezar nuestros corazones para que podamos «discernir lo mejor, a fin de que seamos puros y sin falta hasta el día de Cristo» (Flp 1,10).

«Enderezad sus sendas!». No es nueva esta petición. Ya hace muchos siglos —en tiempos del profeta Baruc— que Yavéh-Dios lo pedía a Israel. Lo podemos notar en la primera lectura de hoy: «Dios mandó allanar toda alta montaña y las rocas eternas, y rellenar todo valle hasta nivelar la tierra, para que Israel camine seguro bajo la gloria de Dios» (Bar 5,7). Del mismo modo que el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, si apartamos los obstáculos (colinas de soberbia, valles de tibieza…), nosotros cantaremos con lágrimas en los ojos: «El Señor ha hecho con nosotros cosas grandes: estamos llenos de alegría» (Sal 125,3).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE ADVIENTO CICLO C

El verdadero profeta

«Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos» (Mt 4, 17).

Eso dijo Juan el Bautista.

Y lo dijo con voz de profeta, para que sea escuchada ayer, hoy y siempre, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, para que todos vean la salvación de Dios.

Tu Señor te envía a ti también, sacerdote, para que hagas lo mismo. Profeta de las naciones te ha constituido, porque para Él ya te tenía consagrado desde antes de nacer.

Eres tú, sacerdote, creado a imagen y semejanza de Dios, para ser Cristo, desde siempre y para la eternidad.

Eres tú, sacerdote, el que el mismo Cristo llama para ser sacerdote para la eternidad.

Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Tú has sido llamado y has sido elegido.

Él te llama por tu nombre, y espera ser correspondido.

Es tu sí, sacerdote, el que consuma ese deseo de Dios, para el que has nacido.

Eres tú, sacerdote, el que Cristo eligió, porque desde antes de hacer, Él ya te conocía.

Para ser profeta hay que ser llamado, y hay que ser elegido, hay que ser consagrado y hay que ser constituido.

Para eso, es para lo que tu Señor te ha llamado y te ha elegido, te ha consagrado y te ha constituido.

Él espera que tú correspondas y digas sí, y lleves en tu boca no tu palabra, sino la suya, no tu verdad, sino la única verdad, que es Él mismo, con la voz que clama en el desierto: "preparen los caminos del Señor".

Tu Señor es el que vino después de Juan, pero antes que tú, y es más fuerte que él y que tú, y ni siquiera eres digno de quitarle las sandalias. Pero Él dijo que no hay, entre los nacidos de mujer, ninguno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él. Y se refiere a ti, sacerdote. Él confía en ti, y espera de ti, que seas un verdadero profeta.

El verdadero profeta profesa la verdad y la vive, convence con su palabra, respaldada por el ejemplo.

El verdadero profeta tiene credibilidad ante los demás, porque lo ven, porque lo escuchan, porque creen en él, porque lleva la única verdad en la que cree, porque la vive, porque la conoce, porque la profesa, porque hace suya la verdad que es Cristo: que es el único Hijo de Dios, que ha sido enviado al mundo para que todo el que crea en Él tenga vida eterna por Él, con Él y en Él.

El verdadero profeta no solo expresa la verdad con palabras, sino que muestra el camino, andando el camino, poniendo su fe por obras, para ser ejemplo.

Tu Señor es el camino que conduce a la vida, vida que es Cristo, por quien fuiste creado a imagen y semejanza del Padre, para ser sacerdote desde siempre y para la eternidad, desde un principio.

Para eso has sido llamado, elegido, consagrado y constituido por Cristo, con Cristo y en Cristo, que sólo espera tu sí para ser correspondido.

Y tú, sacerdote, ¿profesas la verdad?

¿Bautizas al pueblo de Dios en el Espíritu Santo y su fuego?

¿Crees en que tu Señor está pronto a venir?

¿Preparas sus caminos?

¿Confiesas tus pecados?

¿Eres un siervo fiel y prudente que da fruto?, ¿o crees que sólo por ser un profeta estás exento de perecer en el fuego del infierno?

Rectifica tu camino, sacerdote. Acércate a tu Señor con el corazón contrito y humillado, que Él no desprecia. Analiza tu conciencia y pide perdón, permaneciendo

siempre en la disposición a recibir la gracia y la misericordia de Dios, que provoca la conversión de tu corazón, todos los días, dando testimonio de fe y de amor con tus obras, para que seas verdadero profeta, verdadero sacerdote, que clama en el desierto con voz fuerte que estén preparados para cuando Cristo vuelva.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 8)

Domingo III de Adviento –Gaudete– (C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilía en Santa Marta, 7 de febrero de 2014**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Cardenal Jorge MEJÍA, Archivista y Bibliotecario de la S.R.I. (Vaticano) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

(Nuestras redes sociales)

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

TODOS VERÁN LA SALVACIÓN DE DIOS

Bar 5, 1-9; Flp 1, 4-6. 8-11; Lc 3, 1-6

***

DEL MISAL MENSUAL

¿QUÉ TENEMOS QUE HACER?

Sof 3, 14-18; Flp 4, 4-7; Lc 3, 10-18

Salvación y compromiso personal. Regalo del amor de Dios y responsabilidad humana. Son las dos vertientes que podemos apreciar en estas dos lecturas. Sofonías vivió a mediados del siglo VI a. C tratando de consolidar el intento de reforma religiosa iniciado por el rey Josías. Alcanzó a advertir que sobrevendría una catástrofe sobre Jerusalén y los amonestó a convenirse. Su libro, del que ahora escuchamos el cierre, termina con un mensaje de esperanza, donde presenta a Dios como un soldado victorioso que salva a los judíos de la opresión asiria. Ese mensaje tiene que completarse con el que nos ofrece Juan Bautista. Ciertamente el reinado de Dios se aproxima, pero no hay cabida para cruzarse de brazos. Es tiempo de desandar las rutas de la injusticia y caminar por las sendas de la compasión, la solidaridad y la justicia.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Flp 4, 4. 5**

Estén siempre alegres en el Señor, les repito, estén alegres. El Señor está cerca.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que contemplas a tu pueblo esperando fervorosamente la fiesta del nacimiento de tu Hijo, concédenos poder alcanzar la dicha que nos trae la salvación y celebrarla siempre, con la solemnidad de nuestras ofrendas y con vivísima alegría. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El Señor se alegrará en ti.

Del libro profeta Sofonías: 3, 14-18

Canta, hija de Sión, da gritos de júbilo, Israel, gózate y regocíjate de todo corazón, Jerusalén.

El Señor ha levantado su sentencia contra ti, ha expulsado a todos tus enemigos. El Señor será el rey de Israel en medio de ti y ya no temerás ningún mal.

Aquel día dirán a Jerusalén: "No temas, Sión, que no desfallezcan tus manos. El Señor, tu Dios, tu poderoso salvador, está en medio de ti. Él se goza y se complace en ti; él te ama y se llenará de júbilo por tu causa, como en los días de fiesta".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Isaías 12, 2-3. 4bcd. 5-6

R/. El Señor es mi Dios y salvador.

El Señor es mi Dios y salvador, con él estoy seguro y nada temo. El Señor es mi protección y mi fuerza y ha sido mi salvación. Sacarán agua con gozo de la fuente de salvación. ***R/.***

Den gracias al Señor, invoquen su nombre, cuenten a los pueblos sus hazañas, proclamen que su nombre es sublime. ***R/.***

Alaben al Señor por sus proezas, anúncienlas a toda la tierra. Griten jubilosos, habitantes de Sión, porque el Dios de Israel ha sido grande con ustedes. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

El Señor está cerca.

De la carta del apóstol san Pablo a los filipenses: 4, 4-7

Hermanos míos: Alégrense siempre en el Señor; se lo repito: ¡alégrense! Que la benevolencia de ustedes sea conocida por todos. El Señor está cerca. No se inquieten por nada; más bien presenten en toda ocasión sus peticiones a Dios en la oración y la súplica, llenos de gratitud. Y que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Is 61, 1 (cit. en Lc 4, 18)

R/. Aleluya, aleluya.

El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres. ***R/.***

EVANGELIO

¿Qué debemos hacer?

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 3, 10-18

En aquel tiempo, la gente le preguntaba a Juan el Bautista: "¿Qué debemos hacer?". Él contestó: "Quien tenga dos túnicas, que dé una al que no tiene ninguna, y quien tenga comida, que haga lo mismo".

También acudían a él los publicanos para que los bautizara, y le preguntaban: "Maestro, ¿qué tenemos que hacer nosotros?". Él les decía: "No cobren más de lo establecido". Unos

soldados le preguntaron: "Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?". Él les dijo: "No extorsionen a nadie, ni denuncien a nadie falsamente, sino conténtense con su salario".

Como el pueblo estaba en expectación y todos pensaban que quizá Juan era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles: "Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Él tiene el bieldo en la mano para separar el trigo de la paja; guardará el trigo en su granero y quemará la paja en un fuego que no se extingue".

Con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la buena nueva.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que este sacrificio, Señor, que te ofrecemos con devoción, nunca deje de realizarse, para que cumpla el designio que encierra tan santo misterio y obre eficazmente en nosotros tu salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Is 35, 4

Digan a los cobardes: "¡Animo, no teman!; miren a su Dios: viene en persona a salvarlos".

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Imploramos, Señor, tu misericordia, para que estos divinos auxilios nos preparen, purificados de nuestros pecados, para celebrar las fiestas venideras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Canta de gozo, hija de Sión (So 3,14-18a)

1ª lectura

Ahora la promesa de salvación se transforma en un canto de júbilo. El Señor, Salvador, viviendo en medio de su pueblo (v. 17), hace que todo sea alegría (v. 14) y no haya lugar para el temor (v. 16).

El lector cristiano, al leer estos versículos no puede dejar de pensar en la escena de la anunciación a Santa María. También a María, la Virgen humilde (Lc 1,48), se le invita a alegrarse (Lc 1,28) y a no tener miedo (Lc 1,30), porque el Señor está con Ella (Lc 1,28). Y es que, realmente, con la Encarnación del Verbo, el Señor pasó a habitar en medio de su pueblo, y la salvación prometida se vio realizada.

Alegraos, el Señor está cerca (Flp 4,4-7)

2ª lectura

Son admirables estas palabras de San Pablo, si se tiene en cuenta que cuando escribe la epístola está encadenado y en la cárcel. Para la verdadera alegría no es obstáculo que las circunstancias en que se desarrolla la existencia de una persona sean difíciles o dolorosas. «Ésta es la diferencia entre nosotros y los que no conocen a Dios –dice San Cipriano–: ellos en la adversidad se quejan y murmuran; a nosotros las cosas adversas no nos apartan de la virtud ni de la verdadera fe. Por el contrario, éstas se afianzan en el dolor» (*De mortalitate* 13).

«El Señor está cerca» (v. 5). El Apóstol recuerda la proximidad del Señor para fomentar la alegría y animar a la mutua comprensión. Estas palabras les traerían sin duda el recuerdo de la exclamación *Marana tha* («Señor, ven») que repetían con frecuencia en las celebraciones litúrgicas (cfr 1 Co 16,21-24). Frente al ambiente adverso que pudieran encontrar, los primeros cristianos ponían su esperanza en la venida del Salvador, Jesucristo. Nosotros, como ellos, tenemos la certeza de que, mientras aguardamos su venida gloriosa, el Señor también está siempre cerca con su providencia. No hay, por tanto, motivos de inquietud. Sólo espera que le hablemos de nuestra situación con confianza, en oración, con la sencillez de un hijo. La oración se convierte así en un medio eficaz para no perder la paz, pues, como enseña San Bernardo, «regula los afectos, dirige los actos, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida; confiere, en fin, tanto la ciencia de las cosas divinas como de las humanas (...). Ella ordena lo que debe hacerse y reflexiona sobre lo hecho, de suerte que nada se encuentre en el corazón desarreglado o falto de corrección» (*De consideratione* 1,7).

Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Lc 3,10-18)

Evangelio

Ante la venida inminente del Señor, los hombres deben disponerse interiormente, hacer penitencia de sus pecados, rectificar su vida para recibir la gracia que trae el Mesías. Porque la salvación no viene por el linaje, por ser hijos de Abrahán (v. 8), sino por la conversión que se manifiesta en obras concretas, particulares para cada uno (vv. 10-14). San Lucas (cfr v. 18) nos dice que sólo ha recogido algunas de las exhortaciones con las que evangelizaba el Bautista. De todas formas, el resumen que presenta es muy semejante al de otros documentos de la época. Flavio Josefo recuerda que Juan «era un hombre bueno y pedía a los judíos el ejercicio de la virtud, a la vez que la justicia de los unos con los otros y la piedad con Dios, y de esta forma presentarse al Bautismo» (*Antiquitates iudaicae* 18,5,2).

La enseñanza del Bautista versa también sobre el Mesías (vv. 15-17). Juan recuerda que él no es el Mesías, pero que éste está al llegar y que vendrá con el poder de juez supremo, propio de Dios, y con una dignidad que no tiene parangón humano: «Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por Mesías y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio. (...) Comprendió dónde tenía su

salvación; comprendió que no era más que una antorcha, y temió que el viento de la soberbia la pudiese apagar» (S. Agustín, *Sermones* 293,3).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

El mensaje de San Juan Bautista

77. El santo Bautista da aún la respuesta que conviene a cada profesión humana, la única para todos: a los publicanos, por ejemplo, que no exijan más que la tasa; a los soldados, de no hacer agravios, de no buscar botines, recordándoles que la paga del ejército ha sido instituida para que no busquen el sustento necesario en el saqueo y en la injusticia. Mas estos preceptos y los otros son propios de cada función; la misericordia es común a todos, luego también el precepto de hacerla: ella es necesaria a toda misión y a toda edad, y todos deben ejercerla. No están excluidos de este deber el publicano ni el soldado, ni el agricultor ni el ciudadano, ni el rico ni el pobre: todos han sido amonestados de dar al que no tiene... Pues la misericordia es la plenitud de las virtudes; así a todos ha sido propuesta como norma de virtud perfecta: no ser avaro de sus vestidos ni de sus alimentos. Sin embargo, la misericordia misma guarda una medida según las posibilidades de la condición humana, de tal modo que cada uno no se desprenda enteramente de todo, sino que lo que tiene lo divida con el pobre.

78. Estando el pueblo en expectación y discurriendo todos en sus corazones acerca de Juan, si por ventura no sería él el Mesías, respondió a todos Juan diciendo: Yo os bautizo en agua y en penitencia. Juan veía, pues, el secreto de los corazones; pero veamos de quién procede esta gracia. ¿Cómo se descubre a los profetas el secreto de los corazones? Nos lo ha mostrado San Pablo en estos términos: Los secretos de su corazón se hacen patentes, y así, cayendo sobre su rostro, adorará a Dios, proclamando que verdaderamente está Dios entre vosotros (1 Co 14, 25). Es, pues, el don de Dios el que revela, no el poder del hombre, que está ayudado por una gracia divina más que por la facultad natural.

¿Para qué aprovecha este pensamiento de los judíos sino para probar que, según las Escrituras, el Mesías ha venido? Había uno que era esperado, y ciertamente el que era esperado vino, no el que no era esperado. ¿Hay locura más grande que reconocer a uno en otro y no creer al que es en sí? Pensaban que vendría de una mujer y no creen en el que ha venido de una virgen. ¿Y había un nacimiento, según la carne, más digno de Dios que el suyo el Hijo inmaculado de Dios guardando, aun al tomar cuerpo, la pureza de un nacimiento inmaculado? Y ciertamente el signo del advenimiento divino había sido constituido en el parto de una virgen, no de una mujer (Is 7, 14).

79. Yo os bautizo en agua. Se apresura a demostrar (el Bautista) que él no es el Mesías, puesto que realiza un ministerio visible. Pues el hombre, subsistiendo en dos

naturalezas, esto es, el alma y el cuerpo, la parte visible está consagrada por elementos visibles, la invisible por un misterio invisible: el agua limpia el cuerpo, el Espíritu purifica las faltas del alma. Nosotros realizamos uno e invocamos el otro, aunque, sobre la misma fuente, la divinidad ha soplado su santificación; pues el agua no es toda la ablución, más estas cosas no se pueden separar; por esto uno fue el bautismo de penitencia y otro el bautismo de gracia, éste lleva consigo los dos elementos, aquél sólo uno... Pues perteneciendo las faltas en común al cuerpo y al alma, la purificación habla de ser también común. San Juan ha respondido, pues, rectamente: mostrando que él había comprendido lo que pensaban en su corazón, y, como si no lo hubiera comprendido, esquivando toda envidia de grandeza, ha mostrado, no por su palabra sino por sus obras, que él no era el Mesías. La obra del hombre es hacer penitencia por sus faltas, la misión de Dios dar la gracia del misterio.

80. Mas he aquí que viene uno más fuerte que yo. No ha formulado esta comparación para decir que el Mesías es más fuerte que él –pues entre el Hijo de Dios y un hombre no puede haber término de comparación–, sino porque hay muchos fuertes... El diablo es también fuerte, pues nadie puede, entrando en la casa del fuerte, saquear su ajuar si primero no atare al fuerte (Mc 3, 27). Hay, pues, muchos fuertes, pero el más fuerte es sólo Cristo. Para guardarse de compararse a él ha añadido: No soy digno de llevar su calzado (Mt 3, 11), mostrando que la gracia de predicar el Evangelio ha sido dada a los apóstoles, que están calzados para el Evangelio (E 6, 15).

81. Parece, sin embargo, que habla así porque Juan personifica a veces al pueblo judío. A este se refiere cuando dice: Conviene que El crezca y que yo disminuya (Jn 3, 30): es menester, en efecto, que el pueblo de los judíos disminuya y que crezca en Cristo el pueblo cristiano. Por lo demás, Moisés también personificó al pueblo; pero él no llevaba el calzado del Señor, sino de sus pies. Aquéllos están calzados con un calzado tal vez no de sus pies; más a éste se le manda que deje su calzado (Ex 3, 5), a fin de que los pasos de su corazón y de su alma, libres de las trabas y de los lazos del cuerpo, marchen por el camino del espíritu. En cuanto a los apóstoles, ellos se han despojado del calzado del cuerpo cuando fueron enviados sin calzado, sin bastón, sin alforjas y sin cinto (Mt 10, 9ss), mas ellos no llevaron inmediatamente el calzado del Señor. Tal vez, después de la resurrección, comenzaron ellos a llevarlo; pues antes habían sido advertidos de no decir a nadie las acciones del Maestro (Lc 8, 56), y más tarde se les dice: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio (Mc 16, 15), a fin de que avanzando los pasos de la predicación evangélica, ellos llevasen por todo el mundo la serie de los hechos del Señor. Luego el calzado nupcial es la predicación del Evangelio. Pero de esto hablaremos en otro lugar más oportunamente.

82. Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego. En su mano tiene su bieldo para limpiar su era y allegar el trigo en sus graneros; más la paja la quemará con fuego inextinguible.

Tiene en su mano el bieldo. Este emblema del bieldo significa que el Señor tiene el derecho de discriminar los méritos, pues cuando los granos de trigo son aventados en el aire, el que está lleno es separado del vacío, el fructuoso del seco, por una suerte de control que hace el soplo del aire. Esta comparación muestra que el Señor, el día del juicio, hará la separación entre los méritos y los frutos de la sólida virtud y la ligereza estéril de la vana jactancia y de las acciones vacías, para colocar a los hombres de un mérito perfecto en la mansión de los cielos. Pues para estar el fruto en su punto es menester tener el mérito de ser conforme a Aquel que, cual grano de trigo, ha sido enterrado para llevar en nosotros frutos abundantes, el cual desprecia la paja y no estima las obras estériles. Y, por lo mismo, ante El arderá el fuego (Sal 96, 3) de una naturaleza no dañosa, puesto que consumirá los malos productos de la iniquidad y hará resplandecer el brillo de la bondad.

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.2, 77-82, BAC Madrid 1966, pág. 131-35.

FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilía en Santa Marta, 7 de febrero de 2014

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Ángelus 2015

Es necesario tomar el camino de la justicia, la solidaridad, la sobriedad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy hay una pregunta que se repite tres veces: «¿Qué cosa tenemos que hacer?» (*Lc* 3, 10.12.14). Se la dirigen a Juan el Bautista tres categorías de personas: primero, la multitud en general; segundo, los publicanos, es decir los cobradores de impuestos; y tercero, algunos soldados. Cada uno de estos grupos pregunta al profeta qué debe hacer para realizar la conversión que él está predicando. A la pregunta de la multitud Juan responde que compartan los bienes de primera necesidad. Al primer grupo, a la multitud, le dice que compartan los bienes de primera necesidad, y dice así: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (v. 11). Después, al segundo grupo, al de los cobradores de los impuestos les dice que no exijan nada más que la suma debida (cf. v. 13). ¿Qué quiere decir esto? No pedir sobornos. Es claro el Bautista. Y al tercer grupo, a los soldados les pide no extorsionar a nadie y de contentarse con su salario (cf. v. 14). Son las respuestas a las tres preguntas de estos grupos. Tres respuestas para un idéntico camino de conversión que se manifiesta en compromisos concretos de justicia y de solidaridad. Es el camino que Jesús indica en toda su predicación: el camino del amor real en favor del prójimo.

De estas advertencias de Juan el Bautista entendemos cuáles eran las tendencias generales de quien en esa época tenía el poder, bajo las formas más diversas. Las cosas no han cambiado tanto. No obstante, ninguna categoría de personas está excluida de recorrer

el camino de la conversión para obtener la salvación, ni tan siquiera los publicanos considerados pecadores por definición: tampoco ellos están excluidos de la salvación. Dios no excluye a nadie de la posibilidad de salvarse. Él está –se puede decir– ansioso por usar misericordia, usarla hacia todos, acoger a cada uno en el tierno abrazo de la reconciliación y el perdón.

Esta pregunta –*¿qué tenemos que hacer*?– la sentimos también nuestra. La liturgia de hoy nos repite, con las palabras de Juan, que es preciso convertirse, es necesario cambiar dirección de marcha y tomar el camino de la justicia, la solidaridad, la sobriedad: son los valores imprescindibles de una existencia plenamente humana y auténticamente cristiana. ¡*Convertíos*! Es la síntesis del mensaje del Bautista. Y la liturgia de este tercer domingo de Adviento nos ayuda a descubrir nuevamente una dimensión particular de la conversión: *la alegría*. Quien se convierte y se acerca al Señor experimenta la alegría. El profeta Sofonías nos dice hoy: «Alégrate hija de Sión», dirigido a Jerusalén (*Sof* 3, 14); y el apóstol Pablo exhorta así a los cristianos filipenses: «Alegraos siempre en el Señor» (*Fil* 4, 4). Hoy se necesita valentía para hablar de alegría, ¡se necesita sobre todo fe! El mundo se ve acosado por muchos problemas, el futuro gravado por incógnitas y temores. Y sin embargo el cristiano es una persona alegre, y su alegría no es algo superficial y efímero, sino profunda y estable, porque es un don del Señor que llena la vida. Nuestra alegría deriva de la certeza que «el Señor está cerca» (*Fil* 4, 5). Está cerca con su ternura, su misericordia, su perdón y su amor. Que la Virgen María nos ayude a fortalecer nuestra fe, para que sepamos acoger al Dios de la alegría, al Dios de la misericordia, que siempre quiere habitar entre sus hijos. Y que nuestra Madre nos enseñe a compartir las lágrimas con quien llora, para poder compartir también la sonrisa.

+++

Ángelus 2018

Ningún miedo podrá quitarnos la serenidad que viene de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este tercer domingo de Adviento, la liturgia nos invita a la alegría. Escuchad bien: a la alegría. El profeta Sofonías le dirige a la pequeña porción del pueblo de Israel estas palabras: «Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel» (3, 14). Gritar de gozo, exultar, alegrarse: es esta la invitación de este domingo. Los habitantes de la ciudad santa están llamados a gozar porque el Señor ha revocado su condena (cf. v. 15). Dios ha perdonado, no ha querido castigar. Por consiguiente, para el pueblo ya no hay motivo de tristeza, ya no hay motivo para desalentarse, sino que todo lleva a un agradecimiento gozoso hacia Dios, que quiere siempre rescatar y salvar a los que ama. Y el amor del Señor hacia su pueblo es incesante, comparable a la ternura del padre hacia los hijos, del esposo hacia la esposa, como dice también Sofonías: «Él exulta de gozo por ti te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo» (v. 17). Este es –así se llama– el domingo de gozo: el tercer domingo de Adviento, antes de Navidad.

Este llamamiento del profeta es particularmente apropiado mientras nos preparamos para la Navidad porque se aplica a Jesús, el Emanuel, el Dios-con-nosotros: su presencia es la fuente de la alegría. De hecho, Sofonías proclama: «Rey de Israel, está en medio de ti»; y poco después repite: «El Señor, tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador!» (vv. 15.17). Este mensaje encuentra su pleno significado en el momento de la anunciación a María, narrada por el evangelista Lucas. Las palabras que le dirige el ángel Gabriel a la Virgen son como un eco de las del profeta. Y ¿qué dice el arcángel Gabriel? «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (*Lucas* 1, 28). «Alégrate», dice a la Virgen. En una aldea perdida de Galilea, en el corazón de una joven mujer desconocida para el mundo, Dios enciende la chispa de la felicidad para todo el mundo.

Y hoy el mismo anuncio va dirigido a la Iglesia, llamada a acoger el Evangelio para que se convierta en carne, vida concreta. Dice a la Iglesia, a todos nosotros: «Alégrate, pequeña comunidad cristiana, pobre y humilde aunque hermosa a mis ojos porque deseas ardientemente mi Reino, tienes sed de justicia, tejes con paciencia tramas de paz, no sigues a los poderosos de turno, sino que permaneces fielmente al lado de los pobres. Y así no tienes miedo de nada, sino que tu corazón está en el gozo».

Si nosotros vivimos así, en la presencia del Señor, nuestro corazón siempre estará en la alegría. La alegría «de alto nivel», cuando está, es plena, y la alegría humilde de todos los días, es decir, la paz. La paz es la alegría más pequeña, pero es alegría. También san Pablo hoy nos exhorta a no angustiarnos, a no desesperarnos por nada, sino a presentarle a Dios, en toda circunstancia, nuestras peticiones, nuestras necesidades, nuestras preocupaciones, «mediante la oración y la súplica» (*Filipenses* 4, 6).

Ser conscientes que en medio de las dificultades podemos siempre dirigirnos al Señor, y que Él no rechaza jamás nuestras invocaciones, es un gran motivo de alegría. Ninguna preocupación, ningún miedo podrá jamás quitarnos la serenidad que viene no de las cosas humanas, de las consolaciones humanas, no, la serenidad que viene de Dios, del saber que Dios guía amorosamente nuestra vida, y lo hace siempre. También en medio de los problemas y de los sufrimientos, esta certeza alimenta la esperanza y el valor. Pero para acoger la invitación del Señor a la alegría, es necesario ser personas dispuestas a cuestionarnos. ¿Qué significa esto? Precisamente como aquellos que, después de haber escuchado la predicación de Juan Bautista, le preguntan: tú predicas así, y nosotros, «¿qué debemos hacer?» (*Lucas* 3, 10. Yo ¿qué debo hacer? Esta pregunta es el primer paso para la conversión que estamos invitados a realizar en este tiempo de Adviento. Cada uno de nosotros se pregunte: ¿qué debo hacer? Una cosa pequeña, pero «¿qué debo hacer?».

Y la Virgen María, quien es nuestra madre, nos ayude a abrir nuestro corazón a Dios al Dios-que-viene, para que Él inunde de alegría toda nuestra vida.

***

Homilía del 7.II.14

"Ya viene otro más poderoso que yo"

A Jesús se le debe anunciar y testimoniar con fuerza y claridad, sin medias tintas, volviendo siempre a la fuente del "primer encuentro" con Él y sabiendo vivir también la experiencia de la "oscuridad del alma". La "imagen del discípulo" trazada por el Papa Francisco corresponde a los elementos esenciales de Juan el Bautista. Y precisamente en la figura del precursor el Pontífice centró la meditación en la misa celebrada el viernes 7 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta.

Partiendo del relato de su predicación y su muerte, narrado por el Evangelio de Marcos (Mc 6, 14-29), el Papa dijo que Juan era "un hombre que tuvo un breve tiempo de vida, un breve tiempo para anunciar la Palabra de Dios". Él era "el hombre que Dios envió a preparar el camino a su Hijo".

Pero "Juan acabó mal", decapitado por orden de Herodes. Se convirtió en "el precio de un espectáculo para la corte en un banquete". Y, comentó el Papa, "cuando existe la corte es posible hacer de todo: la corrupción, los vicios, los crímenes. Las cortes favorecen estas cosas".

El Pontífice trazó el perfil de Juan el Bautista indicando tres características fundamentales. "¿Qué hizo Juan? Ante todo –explicó– anunció al Señor. Anunció que estaba cerca el Salvador, el Señor; que estaba cerca el reino de Dios". Un anuncio que él "había realizado con fuerza: bautizaba y exhortaba a todos a convertirse". Juan "era un hombre fuerte y anunciaba a Jesucristo: fue el profeta más cercano a Jesucristo. Tan cercano que precisamente él lo indicó" a los demás. Y, en efecto, cuando vio a Jesús, exclamó: "¡Es aquél!".

La segunda característica de su testimonio, explicó el Papa, "es que no se adueñó de su autoridad moral" aunque se le había ofrecido "en una bandeja la posibilidad de decir: yo soy el mesías". Juan, en efecto, "tenía mucha autoridad moral, mucha. Toda la gente iba a él. El Evangelio dice que los escribas" se acercaban para preguntarle; "¿Qué debemos hacer?". Lo mismo hacía el pueblo y los soldados. "¡Convertíos!" era la respuesta de Juan, y "no estaféis"

También "los fariseos y los doctores" miran la "fuerza" de Juan, reconociendo en él a "un hombre recto. Por ello fueron a preguntarle: ¿pero eres tú el mesías?". Para Juan fue "el momento de la tentación y de la vanidad". Hubiese podido responder: "No puedo hablar de esto…", terminando por "dejar la pregunta en el aire. O podía decir: no lo sé… con falsa humildad". En cambio, Juan "fue claro" y afirmó: "No, yo no soy. Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no soy digno de agacharme para desatarle la correa de sus sandalias".

Así no cayó en la tentación de robar "el título, no se adueñó del oficio". Dijo claramente: "Yo soy una voz, sólo eso. La palabra viene después. Yo soy una voz". Y "ésta

–resumió el Papa– es la segunda cosa que hizo Juan: no robar la dignidad". Fue un "hombre de verdad".

"La tercera cosa que hizo Juan –continuó el Pontífice– fue imitar a Cristo, imitar a Jesús. En tal medida que, en aquellos tiempos, los fariseos y los doctores creían que él era el mesías". Incluso "Herodes, que lo había asesinado, creía que Jesús fuese Juan". Precisamente esto muestra hasta qué punto el Bautista "siguió el camino de Jesús, sobre todo en el camino del abajamiento".

En efecto "Juan se humilló, se abajó hasta el final, hasta la muerte". Y fue al encuentro del "mismo estilo vergonzoso de muerte" del Señor: "Jesús como un malhechor, como un ladrón, como un criminal, en la cruz", y Juan víctima de "un hombre débil y lujurioso" que se dejó llevar "por el odio de una adúltera, por el capricho de una bailarina". Son dos "muertes humillantes".

Como Jesús, dijo de nuevo el Papa, "también Juan tuvo su huerto de los olivos, su angustia en la cárcel cuando creía haberse equivocado". Por ello "manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: dime, ¿eres tú o me equivoqué y existe otro?". Es la experiencia de la "oscuridad del alma", de la "oscuridad que purifica". Y "Jesús respondió a Juan como el Padre respondió a Jesús: consolándole".

Precisamente hablando de la "oscuridad del hombre de Dios, de la mujer de Dios", el Papa Francisco recordó el testimonio "de la beata Teresa de Calcuta. La mujer a la que todo el mundo alababa, el premio Nobel. Pero ella sabía que en un momento de su vida, largo, existió sólo la oscuridad dentro". También "Juan pasó por esta oscuridad", pero fue "anunciador de Jesucristo; no se adueñó de la profecía", convirtiéndose en "imitador de Jesucristo".

En Juan está, por lo tanto, "la imagen" y "la vocación de un discípulo". La "fuente de esta actitud de discípulo" ya se reconoce en el episodio evangélico de la visita de María a Isabel, cuando "Juan saltó de alegría en el seno" de su madre. Jesús y Juan, en efecto, "eran primos" y "tal vez se encontraron después". Pero ese primer "encuentro llenó de alegría, de mucha alegría el corazón de Juan. Y lo transformó en discípulo", en el "hombre que anuncia a Jesucristo, que no se pone en el lugar de Jesucristo y que sigue el camino de Jesucristo".

En conclusión, el Papa Francisco sugirió un examen de conciencia "acerca de nuestro discipulado" a través de algunas preguntas: "¿Anunciamos a Jesucristo? ¿Progresamos o no progresamos en nuestra condición de cristianos como si fuese un privilegio?". Al respecto es importante mirar el ejemplo de Juan que "no se adueñó de la profecía".

Y luego un interrogante: "¿Vamos por el camino de Jesucristo, el camino de la humillación, de la humildad, del abajamiento para el servicio?".

Según el Pontífice, si nos damos cuenta de no estar "firmes en esto", es bueno "preguntarnos: ¿cuándo tuvo lugar mi encuentro con Jesucristo, ese encuentro que me

llenó de alegría?". Es un modo para volver espiritualmente a ese primer encuentro con el Señor, "volver a la primera Galilea del encuentro: todos nosotros hemos tenido una". El secreto, dijo el Papa, es precisamente "volver allí: reencontrarnos con el Señor y seguir adelante por esta senda tan hermosa, en la que Él debe crecer y nosotros disminuir".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

2006

La alegría es un anuncio destinado también a los que sufren de cuerpo y espíritu

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo de Adviento la liturgia nos invita a la alegría del espíritu. Lo hace con la célebre antífona que recoge una exhortación del apóstol san Pablo: *"Gaudete in Domino"*, "Alegraos siempre en el Señor (...). El Señor está cerca" (cf. *Flp* 4, 4-5). También la primera lectura bíblica de la misa es una invitación a la alegría. El profeta Sofonías, al final del siglo VII antes de Cristo, se dirige a la ciudad de Jerusalén y a su población con estas palabras: "Regocíjate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. (...) El Señor tu Dios está en medio de ti como poderoso salvador" (*So* 3, 14. 17). A Dios mismo lo representa el profeta con sentimientos análogos: "Él se goza y se complace en ti, te renovará con su amor, exultará sobre ti con júbilo, como en los días de fiesta" (*So* 3, 17-18). Esta promesa se realizó plenamente en el misterio de la Navidad, que celebraremos dentro de una semana y que es necesario renovar en el "hoy" de nuestra vida y de la historia.

La alegría que la liturgia suscita en el corazón de los cristianos no está reservada sólo a nosotros: es un anuncio profético destinado a toda la humanidad y de modo particular a los más pobres, en este caso *a los más pobres en alegría*. Pensemos en nuestros hermanos y hermanas que, especialmente en Oriente Próximo, en algunas zonas de África y en otras partes del mundo viven el drama de la guerra: ¿qué alegría pueden vivir? ¿Cómo será su Navidad?

Pensemos en los numerosos enfermos y en las personas solas que, además de experimentar sufrimientos físicos, sufren también en el espíritu, porque a menudo se sienten abandonados: ¿cómo compartir con ellos la alegría sin faltarles al respeto en su sufrimiento? Pero pensemos también en quienes han perdido el sentido de la verdadera alegría, especialmente si son jóvenes, y la buscan en vano donde es imposible encontrarla: en la carrera exasperada hacia la autoafirmación y el éxito, en las falsas diversiones, en el consumismo, en los momentos de embriaguez, en los paraísos artificiales de la droga y de cualquier otra forma de alienación.

No podemos menos de confrontar la liturgia de hoy y su "Alegraos" con estas realidades dramáticas. Como en tiempos del profeta Sofonías, la palabra del Señor se dirige de modo privilegiado precisamente a quienes soportan pruebas, a los "heridos de la vida y huérfanos de alegría". La invitación a la alegría no es un mensaje alienante, ni un estéril paliativo, sino más bien una profecía de salvación, una llamada a un rescate que parte de la renovación interior.

Para transformar el mundo Dios eligió a una humilde joven de una aldea de Galilea, María de Nazaret, y le dirigió este saludo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". En esas palabras está el secreto de la auténtica Navidad. Dios las repite a la Iglesia, a cada uno de nosotros: "Alegraos, el Señor está cerca".

Con la ayuda de María, entreguémonos nosotros mismos, con humildad y valentía, para que el mundo acoja a Cristo, que es el manantial de la verdadera alegría.

***

2009

En el Belén [Nacimiento] está el secreto de la verdadera alegría

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos ya en el tercer domingo de Adviento. Hoy en la liturgia resuena la invitación del apóstol san Pablo: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. (...) El Señor está cerca" (*Flp* 4, 4-5). La madre Iglesia, mientras nos acompaña hacia la santa Navidad, nos ayuda a redescubrir el sentido y el gusto de la alegría cristiana, tan distinta de la del mundo. En este domingo, según una bella tradición, los niños de Roma vienen a que el Papa bendiga las estatuillas del Niño Jesús, que pondrán en sus belenes. Y, de hecho, veo aquí en la plaza de San Pedro a numerosos niños y muchachos, junto a sus padres, profesores y catequistas. Queridos hermanos, os saludo a todos con gran afecto y os doy las gracias por haber venido. Me alegra saber que en vuestras familias se conserva la costumbre de montar el belén. Pero no basta repetir un gesto tradicional, aunque sea importante. Hay que tratar de vivir en la realidad de cada día lo que el belén representa, es decir, el amor de Cristo, su humildad, su pobreza. Es lo que hizo san Francisco en Greccio: representó en vivo la escena de la Natividad, para poderla contemplar y adorar, pero sobre todo para saber poner mejor en práctica el mensaje del Hijo de Dios, que por amor a nosotros se despojó de todo y se hizo niño pequeño.

La bendición de los "Bambinelli" –como se dice en Roma– nos recuerda que el belén es una escuela de vida, donde podemos aprender el secreto de la verdadera alegría, que no consiste en tener muchas cosas, sino en sentirse amados por el Señor, en hacerse don para los demás y en quererse unos a otros. Contemplemos el belén: la Virgen y san José no parecen una familia muy afortunada; han tenido su primer hijo en medio de grandes dificultades; sin embargo, están llenos de profunda alegría, porque se aman, se ayudan y sobre todo están seguros de que en su historia está la obra Dios, que se ha hecho presente

en el niño Jesús. ¿Y los pastores? ¿Qué motivo tienen para alegrarse? Ciertamente el recién nacido no cambiará su condición de pobreza y de marginación. Pero la fe les ayuda a reconocer en el "niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre", el "signo" del cumplimiento de las promesas de Dios para todos los hombres "a quienes él ama" (*Lc* 2, 12.14), ¡también para ellos!

En eso, queridos amigos, consiste la verdadera alegría: es sentir que un gran misterio, el misterio del amor de Dios, visita y colma nuestra existencia personal y comunitaria. Para alegrarnos, no sólo necesitamos cosas, sino también amor y verdad: necesitamos al Dios cercano que calienta nuestro corazón y responde a nuestros anhelos más profundos. Este Dios se ha manifestado en Jesús, nacido de la Virgen María. Por eso el Niño, que ponemos en el portal o en la cueva, es el centro de todo, es el corazón del mundo. Oremos para que toda persona, como la Virgen María, acoja como centro de su vida al Dios que se ha hecho Niño, fuente de la verdadera alegría.

***

2012

Los diálogos del Bautista con la gente que acude a él

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo de Adviento muestra nuevamente la figura de Juan Bautista, y lo presentan mientras habla a la gente que acude a él, al río Jordán, para hacerse bautizar. Dado que Juan, con palabras penetrantes, exhorta a todos a prepararse a la venida del Mesías, algunos le preguntan: «¿Qué tenemos que hacer?» (*Lc* 3, 10.12.14). Estos diálogos son muy interesantes y se revelan de gran actualidad.

La primera respuesta se dirige a la multitud en general. El Bautista dice: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (v. 11). Aquí podemos ver un criterio de justicia, animado por la caridad. La justicia pide superar el desequilibrio entre quien tiene lo superfluo y quien carece de lo necesario; la caridad impulsa a estar atento al prójimo y salir al encuentro de su necesidad, en lugar de hallar justificaciones para defender los propios intereses. Justicia y caridad no se oponen, sino que ambas son necesarias y se completan recíprocamente. «El amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa», porque «siempre se darán situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo» (Enc. *Deus caritas est*, 28).

Vemos luego la segunda respuesta, que se dirige a algunos «publicanos», o sea, recaudadores de impuestos para los romanos. Ya por esto los publicanos eran despreciados, también porque a menudo se aprovechaban de su posición para robar. A ellos el Bautista no dice que cambien de oficio, sino que no exijan más de lo establecido (cf. v. 13). El profeta, en nombre de Dios, no pide gestos excepcionales, sino ante todo el

cumplimiento honesto del propio deber. El primer paso hacia la vida eterna es siempre la observancia de los mandamientos; en este caso el séptimo: «No robar» (cf. *Ex* 20, 15).

La tercera respuesta se refiere a los soldados, otra categoría dotada de cierto poder, por lo tanto tentada de abusar de él. A los soldados Juan dice: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie con falsas denuncias, sino contentaos con la paga» (v. 14). También aquí la conversión comienza por la honestidad y el respeto a los demás: una indicación que vale para todos, especialmente para quien tiene mayores responsabilidades.

Considerando en su conjunto estos diálogos, impresiona la gran concreción de las palabras de Juan: puesto que Dios nos juzgará según nuestras obras, es ahí, justamente en el comportamiento, donde hay que demostrar que se sigue su voluntad. Y precisamente por esto las indicaciones del Bautista son siempre actuales: también en nuestro mundo tan complejo las cosas irían mucho mejor si cada uno observara estas reglas de conducta. Roguemos pues al Señor, por intercesión de María Santísima, para que nos ayude a prepararnos a la Navidad llevando buenos frutos de conversión (cf. *Lc* 3, 8).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

II y III domingo de Adviento

87. En los tres ciclos, los textos evangélicos del II y III domingo de Adviento, están dominados por la figura de san Juan Bautista. No sólo, el Bautista es, también con frecuencia, el protagonista de los pasajes evangélicos del Leccionario ferial en las semanas que siguen a estos domingos. Además, todos los pasajes evangélicos de los días 19, 21, 23 y 24 de diciembre atienden a los acontecimientos que circundan el nacimiento de Juan. Por último, la celebración del Bautismo de Jesús por mano de Juan cierra todo el ciclo de la Navidad. Todo lo que aquí se dice tiene como finalidad ayudar al homileta en todas las ocasiones en las que el texto bíblico evidencia la figura de Juan Bautista.

88. Orígenes, teólogo maestro del siglo III, ha constatado un esquema que expresa un gran misterio: independientemente del tiempo de su Venida, Jesús ha sido precedido, en aquella Venida, por Juan Bautista (***Homilía sobre Lucas,*** IV, 6). De suyo, ha sucedido que desde el seno materno, Juan saltó para anunciar la presencia del Señor. En el desierto, junto al Jordán, la predicación de Juan anunció a Aquél que tenía que venir después de él. Cuando lo bautizó en el Jordán, los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma visible y una voz desde el cielo lo proclamaba el Hijo amado del Padre. La muerte de Juan fue interpretada por Jesús como la señal para dirigirse resolutivamente hacia Jerusalén, donde sabía que le esperaba la muerte. Juan es el último y el más grande de todos los profetas; tras él, llega y actúa para nuestra salvación Aquél que fue preanunciado por todos los profetas.

89. El Verbo divino, que en un tiempo se hizo carne en Palestina, llega a todas las generaciones de creyentes cristianos. Juan precedió la venida de Jesús en la historia y también precede su venida entre nosotros. En la comunión de los santos, Juan está presente en nuestras asambleas de estos días, nos anuncia al que está por venir y nos exhorta al arrepentimiento. Por esto, todos los días en Laudes, la Iglesia recita el Cántico que Zacarías, el padre de Juan, entonó en su nacimiento: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

90. El homileta debería asegurarse que el pueblo cristiano, como componente de la preparación a la doble venida del Señor, escuche las invitaciones constantes de Juan al arrepentimiento, manifestadas de modo particular en los Evangelios del II y III domingo de Adviento. Pero no oímos la voz de Juan sólo en los pasajes del Evangelio; las voces de todos los profetas de Israel se concentran en la suya. «Él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo» (Mt 11,14). Se podría también decir, al respecto de todas las primeras lecturas en los ciclos de estos domingos, que él es Isaías, Baruc y Sofonías. Todos los oráculos proféticos proclamados en la asamblea litúrgica de este tiempo son para la Iglesia un eco de la voz de Juan que prepara, aquí y ahora, el camino al Señor. Estamos preparados para la Venida del Hijo del Hombre en la gloria y majestad del último día.

Estamos preparados para la Fiesta de la Navidad de este año.

94. El Leccionario del tiempo de Adviento es, de hecho, un conjunto de textos del Antiguo Testamento que convencen y que, de modo misterioso, encuentran su cumplimiento en la Venida del Hijo de Dios en la carne. Como siempre, el homileta puede recurrir a la poesía de los profetas para describir a los cristianos aquellos misterios en los que ellos mismos son introducidos a través de las Celebraciones Litúrgicas. Cristo viene continuamente y las dimensiones de su venida son múltiples. Ha venido. Volverá de nuevo en gloria. Viene en Navidad. Viene ya ahora, en cada Eucaristía celebrada a lo largo del Adviento. A todas estas dimensiones se les puede aplicar la fuerza poética de los profetas: «Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará» (Is 35,4; III domingo A). «No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva» (Sof 3,16-17; III domingo C). «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen» (Is 40,1-2; II domingo B).

95. No sorprende, entonces, que el espíritu de espera ansiosa crezca durante las semanas de Adviento; que en el III domingo, los celebrantes se endosan vestiduras de un gozoso rosa claro, y que este domingo toma el nombre de los primeros versos de la antífona de entrada que, desde hace siglos, se canta en este día, con las palabras extraídas de la carta de san Pablo a los Filipenses: «***Estad siempre alegres en el Señor***; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca».

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El gozo

30. "Se alegre el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, conf. 1,1,1).

La fe, comienzo de la vida eterna

163. La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

Dios mantiene y conduce la creación

301. Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24 26).

736. Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de

llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

1829. La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

1832. Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gál 5,22-23, vulg.).

2015. El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

2362. "Los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos, y, realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación, con la que se enriquecen mutuamente con alegría y gratitud" (GS 49,2). La sexualidad es fuente de alegría y de placer:

El Creador...estableció que en esta función (de generación) los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo procurando este placer y gozando de él. Aceptan lo que el Creador les ha destinado. Sin embargo, los esposos deben saber mantenerse en los límites de una justa moderación (Pío XII, discurso 29 Octubre 1951).

Juan prepara el camino al Mesías

523. San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13, 24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (cf. Mt 3, 3). "Profeta del Altísimo" (Lc 1, 76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7, 26), de los que es el último (cf.Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22;Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1,41) saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" (Jn 3, 29) a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (cf. Mc 6, 17-29).

524. Al celebrar anualmente la liturgia de Adviento, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida (cf. Ap 22, 17). Celebrando la natividad

y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: “Es preciso que El crezca y que yo disminuya” (Jn 3, 30).

III. LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

El Bautismo de Jesús

535. El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. “Entonces aparece Jesús”. El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es “mi Hijo amado” (Mt 3, 13-17). Es la manifestación (“Epifanía”) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

Jesús, el Salvador

Artículo 2. “Y EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR”

I. JESUS

430. Jesús quiere decir en hebreo: “Dios salva”. En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión (cf. Lc 1, 31). Ya que “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”(Mc 2, 7), es él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21). En Jesús, Dios recapitula así toda la historia de la salvación en favor de los hombres.

431. En la historia de la salvación, Dios no se ha contentado con librar a Israel de “la casa de servidumbre” (Dt 5, 6) haciéndole salir de Egipto. Él lo salva además de su pecado. Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo él es quien puede absolverlo (cf. Sal 51, 12). Por eso es por lo que Israel tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del Nombre de Dios Redentor (cf. Sal 79, 9).

432. El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. Él es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12; cf. Hch 9, 14; St 2, 7).

433. El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio (cf. Lv 16, 15-16; Si 50, 20; Hb 9, 7). El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios (cf. Ex 25, 22; Lv 16, 2; Nm 7, 89; Hb 9,

5). Cuando San Pablo dice de Jesús que "Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre" (Rm 3, 25) significa que en su humanidad "estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2 Co 5, 19).

434. La Resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf. Jn 12, 28) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del "Nombre que está sobre todo nombre" (Flp 2, 9). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf. Hch 16, 16-18; 19, 13-16) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf. Mc 16, 17) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, él se lo concede (Jn 15, 16).

435. El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula "Per Dominum Nostrum Jesum Christum..." ("Por Nuestro Señor Jesucristo..."). El "Avemaría" culmina en "y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". La oración del corazón, en uso en oriente, llamada "oración a Jesús" dice: "Jesucristo, Hijo de Dios, Señor ten piedad de mí, pecador". Numerosos cristianos mueren, como Santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: "Jesús".

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Alegrarse siempre

El tercer domingo de Adviento está todo él replet del tema de la alegría. Se llama tradicionalmente Domingo «gaudete», esto es, el domingo «alegraos», por las palabras de san Pablo en la segunda lectura:

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres».

Dios ha querido que la historia humana, tan cargada de llanto y de sufrimiento, estuviese acompañada por un anuncio de felicidad, como por un hilo verde que la atraviesa de una parte a otra. Se trata de un pueblo que, en medio de todos los otros pueblos, es el portador de una promesa de luz y de alegría.

Antes de Jesús, este pueblo era Israel. En la primera lectura, escuchamos las palabras con que el profeta Sofonías recuerda su misión al pueblo elegido e intenta de nuevo despertar en él la esperanza y la valentía:

«Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén».

Regocíjate, grita de júbilo, alégrate, goza. En el salmo responsorial este extraordinario vocabulario de alegría se enriquece todavía más con otros términos:

«Mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación. Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación... Gritad jubilosas habitantes de Sión» (*Isaías* 12, 2-3. 6)

Después de la venida de Jesús, este pueblo, que es signo de alegría entre las naciones, es asimismo la comunidad cristiana. La primera palabra, que dice el ángel a María, la nueva «hija de Sión», es: «Alégrate, llena de gracia» (*Lucas* 1,28). Y san Pablo, según hemos escuchado, extiende a todos los cristianos esta invitación, diciéndoles: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres».

Detengámonos hoy en esta palabra (el fragmento evangélico continúa el mensaje de Juan el Bautista, que hemos comentado el domingo anterior). Leopardi, en la poesía *Il sabato del villaggio,* ha expresado esta idea: en la vida presente, la única alegría posible y auténtica es la alegría de la espera, la alegría del sábado. Éste es un «día lleno de ilusión y de alegría»: lleno de alegría precisamente porque está lleno de ilusión, esto es, de esperanza. La espera de la fiesta es hasta mejor que la misma fiesta. La posesión del bien no hace más que engendrar desilusión y aburrimiento, porque todo bien creado se revela inferior a su expectativa; sólo la espera es generadora de viva alegría. Pero, precisamente, así es la alegría cristiana en este mundo: alegría del sábado, que anuncia el Domingo sin ocaso, que es la vida eterna; alegría de Adviento, en el sentido litúrgico del término.

San Pablo dice que los cristianos deben estar «con la alegría de la esperanza» (*Romanos* 12, 12), lo que no significa sólo que deben «esperar estar alegres» (se entiende, después de la muerte), sino que deben estar o «ser alegres por esperar», alegres ya ahora, por el simple hecho de esperar.

Pero, ¿basta en verdad la esperanza para tener la experiencia de la alegría? ¡No! Es necesaria también otra virtud teologal: la caridad, esto es, el ser amados y amar. Cada ser, dice san Agustín, tiende como por una fuerza invisible de gravedad, que es el amor, hacia «su lugar», esto es, hacia aquel punto en donde sabe que encontrará el propio reposo y la propia felicidad. La alegría nace precisamente del tender hacia aquel lugar, que para nosotros, criaturas racionales, es Dios. Por esto nosotros no tenemos paz hasta que reposamos en él: «Tú nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (san Agustín, *Confesiones* I**,**1 y XIII, 9).

El amor, en todas sus genuinas expresiones, es por esto el verdadero generador de alegría. Sólo quien es amado y ama sabe, en verdad, qué es la alegría. He ahí por qué la Escritura dice que la alegría es fruto del Espíritu Santo (*Gálatas* 5,22) Y que el reino de Dios es «gozo en el Espíritu Santo» (*Romanos* 14, 17). El Espíritu Santo es el amor personificado y donde alcanza hace nacer el amor. En el himno a la alegría de Beethoven se habla de un ala que «hermana todo lo que toca». Pero, ¡un poder semejante, lo posee sólo... el ala de la paloma, que es el Espíritu Santo!

Llegados a este punto, yo quisiera, sin embargo, dirigir un pensamiento a aquellos para los cuales «alegría» es una palabra desconocida, lejana a años luz de ellos, y ciertamente no por culpa de ellos. Hablo de tantos que sufren de depresión, de agotamiento o de otros males semejantes, siempre cada vez más frecuentes en nuestra sociedad. En la primera lectura hay una palabra que parece escrita para ellos:

«¡No temas, … no desfallezcan tus manos!»

No rendirse a la tristeza y al desconsuelo. ¡Reaccionar! El mejor remedio, el antidepresivo más eficaz y menos peligroso para la salud, es precisamente en estos casos la esperanza, de la que hemos hablado. Mirar hacia adelante. Creer que el túnel oscuro tendrá un fin. Quien está aprendiendo a andar en bicicleta sabe bien que, si no quiere caerse, debe mirar lejos y no a tierra o a la rueda delantera.

Recuerdo la inscripción, que leí un día paseando entre las tumbas del cementerio de guerra inglés a las puertas de Milán: «A la guerra seguirá la paz y la noche desembocará en el día» («*Peace shall follow baffle and night shall end in day*»). Me parece el augurio y la esperanza más bella que se pueda proporcionar a quien se encuentra en esta situación: que la noche desemboque pronto, también para ellos, en el día. Sin esperar, se entiende, la resurrección después de la muerte, ¡aunque la alegría plena se tendrá sólo entonces!

Volvamos, ahora, a las palabras de san Pablo para descubriros también alguna indicación práctica. En efecto, el Apóstol no se limita a dar el mandamiento de alegrarse, sino que indica también cómo debe comportarse una comunidad de salvados que quiere testimoniar la alegría y hacerla creíble a los demás. Dice:

«Que vuestra mesura la conozca todo el mundo».

La palabra griega, que traducimos como cortesía o «mesura», significa todo un conjunto de planteamientos, que van desde la clemencia a la capacidad de saber ceder y de mostrarse amable, tolerante y acogedor. Podríamos nosotros traducirla como «gentileza». Es necesario descubrir, ante todo, el valor humano de esta virtud. La gentileza es una virtud con cierto riesgo o hasta casi en extinción en la sociedad en que vivimos. La violencia gratuita en los film y en la televisión, el lenguaje voluntariamente vulgar, la competición para quienes empuja más allá de los límites de lo tolerable en hechos de brutalidad y de sexo explícito en público nos están volviendo como acostumbrados a toda expresión de lo sucio y de lo vulgar.

La gentileza es un bálsamo en las relaciones humanas. Yo estoy convencido que se viviría mucho mejor en familia si tuviésemos un poco más de gentileza en los gestos, en las palabras y, ante todo, en los sentimientos del corazón. Nada apaga la alegría de estar juntos cuanto el roce del trato. «La respuesta amable, dice la Escritura, aplaca la ira, la palabra hiriente enciende la cólera… La lengua sana es árbol de vida» (*Proverbios* 15,1.4). «Las palabras amables multiplican los amigos, la lengua afable multiplica los saludos» (*Sirácida* 6,5). Una persona gentil deja una estela de simpatía y de admiración por donde pasa. «¡Qué gentil es!», es la primera frase que viene a pronunciarse apenas se ha alejado.

Junto a este valor humano, debemos descubrir el valor evangélico de la gentileza, que no es sólo cuestión de educación y de buenas maneras. En la Biblia, los términos «humilde» y «manso» no tienen el sentido pasivo de «sumiso» o de «remiso» sino el activo de la persona que actúa con respeto, cortesía y clemencia hacia los demás. Es, por lo tanto, el elogio de la gentileza lo que Jesús hace cuando dice: «Dichosos los mansos»

(*Mateo* 5,4) o cuando manifiesta: «Aprended de mí que soy manso y humilde corazón» (*Mateo* 11,29) (En la traducción inglesa de esta frase se usa precisamente la *palabra gentle,* gentil).

Pablo incluye la gentileza o afabilidad entre los frutos del Espíritu cuando nos dice que son frutos del Espíritu: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí» (*Gálatas* 5, 22-23). Para santo Tomás de Aquino la gentileza es una cualidad de la caridad (II-II, q. 27ss.). Ella no excluye la cólera justa sino que sabe sin embargo moderarla de modo que no impida juzgar las cosas con serenidad y justicia. Es el signo más claro que reconocemos en quien se encuentra ante una persona humana con su sensibilidad y dignidad frente a la que no nos sentimos superiores.

La gentileza es indispensable sobre todo para quien quiere ayudar a los demás a descubrir a Cristo. El apóstol Pedro recomendaba a los primeros cristianos a estar «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza»; pero, añadía de inmediato: «pero hacedlo con dulzura y respeto» (*1 Pedro* 3, 15 s.), que es como decir con gentileza. Estos son a la vista de todos los modos simples de manifestar también hoy la alegría.

Si la alegría cristiana es comunitaria, no solitaria, entonces está claro que nadie, estando solo, puede ser feliz. El mandamiento «alegraos» significa igualmente: derramad alegría. No se debe esperar a estar perfectamente sanos y de buen humor para hacerle una sonrisa a cualquiera. Es necesario saber retener para sí cualquier disgusto y compartir con los demás las cosas positivas y la alegría; no lo contrario, esto es, retener para sí la alegría y compartir con los demás sólo las cruces y las penas. Hay personas que a la acostumbrada pregunta: «¿Cómo estás?, ¿cómo va?» responden siempre: «Muy bien. Gracias», y otras que siempre responden: «Mal». En el primer caso, los rostros se ensanchan con una sonrisa; en el segundo, comúnmente se cierran a la defensiva.

El profeta Isaías relata que en su tiempo los pueblos vecinos desafiaban a los hijos de Israel diciéndoles que «veamos vuestra alegría» (*Isaías* 66, 5). El mundo no creyente o que está en busca de la fe les dice a los cristianos la misma cosa: ¡haced que «veamos vuestra alegría»! Si lo conseguimos, busquemos, por lo tanto, hacer percibir al mundo, desde quien vive junto a nosotros, un poco de nuestra alegría.

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

María, causa de nuestra alegría

Alégrense todos los hijos de Dios, porque siendo esclavos, Él nos ha hecho hijos y herederos del Reino de los cielos.

Alégrense, porque el Hijo de Dios, que ha bajado del cielo para engendrarse en el vientre de la Virgen María, ha nacido en medio del mundo para revelarse, para darse a conocer, para que, quien lo conozca a Él, conozca al Padre que está en el cielo.

Alégrense, porque el Cordero de Dios, ha dado la vida por todos los hombres para salvarlos, ha resucitado y ha subido al cielo, y volverá de nuevo con todo su poder para llevar a ocupar la morada, que Él mismo ha preparado en su Paraíso, a todo el que crea en Él.

Alégrense cielos y tierra, porque nos gobierna el Rey, Hijo de Dios Todopoderoso, justo y misericordioso, que nos ha conferido la dignidad de hijos, a través del bautismo de fuego con el que Él nos ha bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Reconócete tú pecador, indigno heredero de los tesoros del cielo, que Nuestro Señor Jesucristo para ti ha merecido con su sacrificio en la Cruz, y alégrate acudiendo a la Santísima Virgen María, que es causa de tu alegría, porque siempre te lleva a Jesús.

Si estás perdido en medio de la obscuridad, navegando sin saber a dónde vas, ella es como el faro que alumbra en medio de la noche y, a pesar de los fuertes vientos y de la tempestad, te conduce hacia puerto seguro.

Pide su intercesión para que seas testigo de la misericordia de Cristo, y no impidas la acción del Espíritu Santo sobre ti.

Déjate iluminar con su luz para que otros, a través de ti, conozcan a Jesús, y lo reciban a través de su Palabra y de la Eucaristía, en cuerpo, en sangre, en presencia viva, para que sean con Él uno, y lleven con alegría el mensaje del Señor a todo el mundo: “Rectifiquen sus caminos, conviertan sus corazones”.

Y alégrate de participar de la gloria anticipada de Dios en cada misa, en cada Eucaristía.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

La voluntad de Dios francamente

Otra vez consideramos las palabras del Bautista. Juan, por su franqueza y amor a la verdad, es incontestable: sus palabras no admiten réplica. La gente le pregunta confiada sobre cómo proceder porque es profeta –enviado por Dios al pueblo para conducir a los hombres hasta Él– y también porque habían descubierto en él, en sus palabras y en su conducta, abundantes motivos de confianza. Posiblemente fuera la sobriedad de su vida y el declarar siempre la verdad delante de cualquiera –aunque pudiera padecer por esa verdad–, lo que le hacía atractivo: **las muchedumbres que acudían para que los bautizara.**

La escena del Precursor, recordando la Ley de Dios a la gente, ante la inminente aparición del Mesías, y **predicando un bautismo de penitencia para remisión de los pecados**, reclama también hoy de nosotros, ya cristianos, un examen tal vez más detenido que otras veces. Se tratará primeramente de reconocer –como animaba Juan a los publicanos, a los soldados…– si nos comportamos mal en algo de nuestro oficio o tal vez de nuestras relaciones familiares o de convivencia. Es fácil que, por nuestra debilidad o incluso por maldad, vengamos consintiendo en modos imperfectos de actuar: por pereza, por precipitación, por egoísmo, por sensualidad, por orgullo… Y, antes de nada, habremos de arrepentirnos de lo que viene siendo una mala conducta.

Así como la franqueza de Juan el Bautista, ejemplificando los posibles pecados, reclamaba la sinceridad de la gente para reconocerlos, también nosotros debemos ser veraces con nosotros mismos, hasta admitir el mal comportamiento: el descuido frecuente, la falta habitual, o quizá el pecado que, si menos frecuente, fue real en "aquella" ocasión. Pidamos al Señor luz para contemplarnos como somos y valentía para reconocernos los defectos, pues sin duda los tenemos. No seremos peores por vernos de verdad, al contrario, si nos sabemos imperfectos, y no en general…, como todo hombre…, sino con defectos concretos de los que somos culpables; al menos, no seremos ignorantes e ingenuamente inocentes.

Luego, claro, es necesario tomar medidas para cambiar, poniendo de nuestra parte esfuerzo. Pero lo haremos con la ayuda de Dios, que nos quiere mejores y, siendo sus hijos, no nos deja de su mano en el empeño por no ofenderle. Empeño que en el cristiano, siendo en todo caso por amar a Dios, no es un esfuerzo titánico o desesperado y sin paz, sino un deseo humilde y constante de hijo, que quiere cumplir la voluntad de su Padre Dios, con la luz y la fuerza que Él le presta.

Pero no espera Dios de sus hijos los hombres que no le ofendan. Si nos hubiera creado para no ofenderle bastaría con que hubiéramos sido animales o plantas, por no mencionar otros elementos de la naturaleza que no pueden amar. Esto espera Dios de sus hijos los hombres y –en este mundo– sólo de ellos: amor. **Dame, hijo mío, tu corazón**, nos dice. La pregunta que nos hacemos, porque también nos la hace el Señor, es si le estamos queriendo. Pregunta ciertamente difícil de contestar, al menos difícil de contestar con precisión. Fácilmente podríamos decir: sí, por supuesto, yo amo a Dios. Pero enseguida reconocemos que hay medidas en el amor y que tal vez el nuestro por Dios no sea el que merece de nosotros.

Quizá recordemos aquel punto de *Camino*, de san Josemaría Escrivá, que anima a preguntarse por la medida del amor:

Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?

—¿No? —Entonces no quieres.

Pidamos a Dios, poniendo por intercesora nuestra a su Madre que lo es también de cada uno, que aguardemos la llegada del Señor queriéndole, deseándole con todas las fuerzas. No llegaremos a amarle como se merece, ni a corresponder justamente a sus gracias; podemos, sin embargo, llenarnos de afán de purificación para que nada en nuestra vida le desagrade, para que en todo sea –cada pensamiento, cada acción– un modo de quererle y, en este tiempo de Adviento, un modo de disponernos mejor para su venida. No nos queramos acostumbrar. Rechacemos la rutina; que no es la venida del Señor como otras cosas o acontecimientos que esperamos, por importantes que sean. Nuestro Dios es único, incomparable aunque llegue al mundo como los demás hombres, aunque pocos le acojan y algunos incluso le marginen.

Nosotros, con ayuda de Santa María, queremos disponernos muy bien, para colmar a Jesús que viene al mundo en Navidad y continuamente a nuestra vida de todo nuestro cariño.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

El cristiano y la alegría

El domingo de hoy está empapado del tema de la alegría. Las primeras palabras con las que nos recibió la liturgia, al comienzo de la misa, decían: "Alégrense siempre en el Señor; les repito, alégrense" (Ant. del inicio). No se trata de una alegría *subjetiva,* totalmente íntima y sentimental, que tan a menudo es simplemente excitación, sino de una alegría *objetiva* que se basa en realidades alegres en sí mismas, algo que ya existe y sólo espera entrar en nosotros. Ni siquiera se trata de una alegría *individual* o privada, sino de una alegría *comunitaria;* hoy somos exhortados a la alegría en tanto comunidad creyente.

Dios ha querido que la historia humana, tan llena de llanto y sufrimiento después del pecado (el "valle de lágrimas") fuera acompañada de un anuncio de felicidad, como un hilo verde que atraviesa, de un extremo al otro, toda la Biblia. Un hilo bien visible porque se trata de un pueblo que, en medio de todos los demás pueblos sumergidos" en las tinieblas y en la sombra de la muerte", es portador de una promesa de luz y alegría.

Antes de Jesús, este pueblo era Israel. En la primera lectura, escuchamos las palabras con que el profeta Sofonías recuerda al pueblo elegido su misión y trata de volver a despertar en él la esperanza y el coraje: *¡Grita de alegría, hija de Sión! ¡Aclama Israel! ¡Alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén!*

En el salmo responsorial, a la voz de Sofonías se une la de Isaías: *Mi fuerza y mi canto es el Señor: él ha sido mi salvación. Sacarán agua con alegría de los manantiales de la salvación... Griten regocijados y exulten, habitantes de Sión*. El agua que el profeta

invita a sacar de Dios es precisamente el agua de la alegría y la esperanza, la que aplaca la sed del corazón, no de la boca.

Después de la venida de Jesús, este pueblo que es signo de alegría entre las naciones y la comunidad cristiana que recibió el Evangelio, o sea la alegre noticia de Jesús está alrededor de Jesús. Por eso, el apóstol Pablo, en la segunda lectura, traslada a la comunidad cristiana el gran mandamiento de la alegría que antes los profetas habían dirigido a la hija de Sión: *¡Alégrense, hermanos!*

Detengámonos en esta palabra. ¿Es una palabra vana, una expresión de énfasis veleidoso como tantas "estimulaciones" humanas o es, en cambio, palabra eficaz, palabra plena, como todas las palabras de Dios? Y si es plena, ¿plena en qué sentido?

Un gran poeta nuestro –Giaccomo Leopardi– dijo de manera insuperable esta verdad: que en la vida presente la única alegría posible y auténtica es la alegría de la espera, la alegría del sábado: "Día lleno de esperanza y alegría": lleno de alegría precisamente porque está lleno de esperanza. La posesión bienes, en ésta nuestra vida –lo sabemos por experiencia– sólo genera fastidio e insatisfacción, porque cada bien finito resulta inferior a la expectativa; sólo la espera es generadora de alegría viva. Lo que cuenta y que nos hace sentir vivos no es la velocidad, sino la aceleración, o sea no lo que se tiene sino lo que se conquista.

Así es la alegría cristiana: alegría del sábado, que preanuncia el "gran domingo", el "octavo día" como lo llamaban los Padres; alegría de Adviento, en el sentido litúrgico del término. Por eso, no vivimos solamente en la *esperanza de la alegría* sino en la *alegría de la esperanza*. Por eso digo que el vértice de todo discurso cristiano sobre la alegría tiene que ver con la primera epístola de Pedro, cuando dice: *Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera... Por eso, ustedes se regocijan a pesar de las diversas pruebas que deben sufrir momentáneamente... se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria* (1 Ped 1,3-4.6-8). Está todo lo necesario para comprender qué es la alegría cristiana: "la alegría indecible" del cristiano está hecha de una esperanza viva, basada en la resurrección de Cristo de entre los muertos y que tiene por objeto una herencia conservada en los cielos.

¿Realmente basta sólo la esperanza para vivir, concretamente, la experiencia de la alegría? ¡No! También hace falta la otra virtud teologal: la caridad, o sea, más existencialmente, el ser amados y amar. Cada ser –escribió Agustín– tiende, como por propio peso, hacia "su lugar", o sea hacia el punto en que sabe que encontrará su descanso, su aquietamiento y su paz. La alegría consiste en tender hacia ese lugar. ¿Y cuál es para nosotros, criaturas racionales ese "lugar nuestro"? ¡Es Dios! ¿Cuál es el peso que nos hace tender a él? ¡El amor! "Mi peso es el amor: por él soy arrastrado dondequiera que sea

arrastrado" (san Agustín, *Confes,* XIII,9). Cada uno es arrastrado por su propio deseo de amor *(voluptas).*

El amor es por eso el verdadero generador de la alegría, sobre todo el amor que se expresa en el deseo. Sólo quien es amado y ama sabe, en verdad, qué es la alegría. Por eso la Escritura dice que la alegría es fruto del Espíritu Santo (Gal. 5,22), que *el reino de Dios es alegría en el Espíritu Santo* (Rom. 14,17) y que los primeros discípulos *quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo* (Hech. 13,52). ¡Porque el Espíritu Santo es el Amor! No es nuevo en esta tarea; es su tarea *ab aeterno* en el seno de la Trinidad: "El inefable abrazo del Padre y su Imagen que es el Hijo no está exento de júbilo, amor y alegría. Hilario de Poitiers llamó a este *afecto* puro, este placer, esta felicidad, de una manera concisa, *goce* y en la Trinidad eso es el Espíritu Santo. No generado, es la suavidad del generante o del generado que inunda con su liberalidad y su inmensa abundancia a todas las creaturas según su capacidad" (San Agustín, *Trin.* VI, 10, 11). Desde ese alto horno, la suavidad del Espíritu Santo se vuelca sobre las creaturas que encuentran a Jesús; el Espíritu Santo es la estela de perfume que dejó atrás Jesús al pasar entre los hombres. Allí donde pasa –y es recibido– Jesús se difunde, pues, la alegría. "Dulce es el recuerdo de Jesús –canta un himno de la Iglesia– da al corazón las verdaderas alegrías –pero más que la miel y cualquier otra cosa– dulce es su presencia". Por lo tanto, gozamos (se entiende, de gozo espiritual) en la medida en que estamos unidos a Jesús, porque la unión con Jesús hace entrar en nosotros al Espíritu Santo y el Espíritu Santo produce alegría, más aún, embriaguez: "la sobria embriaguez del Espíritu".

Si ahora, después de estas elevaciones, volvemos a la lectura de Pablo, nos damos cuenta de que el Apóstol no se limita a darnos la orden de alegrarnos sino que indica también, de una manera muy concreta, cómo debe comportarse una comunidad de salvados que quiere dar testimonio de la alegría y hacerla creíble a los demás: *Que su bondad sea visible a todos los hombres*. La palabra griega que representamos con "bondad" significa todo un complejo de actitudes que van de la clemencia, a la capacidad de saber ceder y mostrarse amable, tolerante y amistoso. Es una experiencia humana que hemos tenido de alguna manera todos: la persona que se siente alegre y espera algo bello, es una persona buena, dulce con todos; no siente la necesidad de ofender, sabe relativizar toda, no es amarga, no es puntillas a saber perdonar y sabe pedir perdón; todos los que están a su alrededor se dan cuenta y dicen: ¡se le lee la alegría en los ojos! Su vida canta y brilla. También en el terreno espiritual, la alegría es luz; cuando Jesús dice a sus discípulos: *Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes* (Mt 5,16) es como si dijera: Su alegría debe brillar ante los hombres o: Su amor debe brillar ante los hombres. Prueben de ir por la calle o de subir a un tren canturreando interiormente el cántico religioso que más les guste; tarde o temprano, cuando menos lo piensen, a ustedes también les pasará, como me pasó a mí, que venga alguien y les diga: "¡Usted tiene una cara que hace creer en Dios!"

Por lo tanto, debemos ser amables, gentiles y buenos; a este aspecto humano de la caridad se refiere Pablo cuando escribe que la caridad es benigna, que no es envidiosa, no es puntillosa, no tiene en cuenta el perjuicio recibido y sabe disculpar todo (cf. 1 Cor 13,4-6). Es bien sabido, por el contrario, que la mayoría de las veces, son éstos precisamente los matices de la caridad que están ausentes en las personas "pías". A menudo somos ásperos, puntillosos, severos, ilusionándonos quizás con la idea de que lo hacemos para defender los derechos de la verdad; no somos buenos con esa bondad que tanto conmovía a la gente en el Papa Juan. Si pensamos en lo que poseemos, en esta inmensa esperanza suplementaria que llevamos en nosotros, ¿cómo podemos tener el coraje de ser resentidos, de pelearnos por tonterías y tener pensamientos de venganza? La persona que consideramos mala, tal vez no sea, en realidad, más que una infeliz. Otra cosa que desentona en el cristiano y en la Iglesia es el victimismo: una Iglesia que, en lugar de expresar alegría, expresa sólo lamentaciones por los ataques que sufre, no es una "Iglesia confesante", ¡es sólo una Iglesia litigante!

Hoy la palabra de Dios nos exhorta a hacernos diversos propósitos. No podemos ser felices solos; "alégrense" significa también: expandan alegría. No debemos esperar a estar perfectamente sanos o de buen humor para sonreírle a alguien; una sonrisa puede ser un pequeño gran don, una luz que se enciende, una ventana que se abre. El enemigo de la alegría no es el sufrimiento; es el egoísmo, la concentración en nosotros mismos, la ambición. El hombre replegado en sí mismo es un erizo que muestra solamente espinas, una casa cerrada, un castillo con los puentes levadizos levantados.

¿Podrá el mensajero –la Iglesia– salir de ese castillo y llevar a destino a las multitudes que esperan fuera del palacio el mensaje de esperanza y alegría que recibió de Dios? Tal vez alguno de ustedes conozca el cuento de F. Kafka al que me refiero. Es un cuento totalmente simbólico; habla de un rey que en su lecho de muerte hace arrodillar a su lado a un súbdito y le murmura al oído un mensaje para que lo lleve a alguien que lo espera lejos, fuera del palacio. Es tal la importancia que reviste para él que se lo hace repetir al oído. Luego lo despide. El mensajero emprende el camino. Pero la multitud que se agolpa alrededor de la cama y en las habitaciones es grande. Él empieza a hacer elucubraciones inútiles. Que si llegara a abrirse camino hasta la puerta, no lograría nada, porque estarían las escalinatas llenas de gente, y después los patios del palacio, después los otros patios y otras habitaciones y otros corredores...; que si llegara a la puerta exterior, no lograría nada: afuera se abre la ciudad residencial y nadie logró hasta el momento atravesarla, mucho menos con el mensaje de un muerto. Mientras tanto, lejos, alguien está sentado junto a la ventana cuando cae la tarde y sueña con ese mensaje que nunca llegará.

También a nosotros, nuestro Rey antes de morir nos confió un mensaje y nos lo repite ahora en esta liturgia en la que recordamos su muerte; es el mensaje que dice: No teman; no dejen caer los brazos de desesperación, alégrense, el Señor está cerca, ¡el Señor está! Más aún, –puesto que él mismo nos habla–: ¡Estoy cerca; estoy! Debemos salir del

castillo; el castillo es, sí, nuestro egoísmo personal y nuestra mezquindad de ánimo, pero también puede ser algo más: la burocracia, el exceso de organización, la complicación del lenguaje, el enredo de las instituciones que hacen de la Iglesia, en su aspecto humano, en lugar de un hilo verde de esperanza y un signo de alegría entre las naciones, un castillo complicado que sofoca el mensaje.

A nosotros, pueblo profético, va dirigida ahora la exhortación de los profetas: *Súbete a una montaña elevada, tú que llevas la buena noticia a Sión; levanta con fuerza tu voz, levántala sin temor; di a las ciudades de Judá: "¡Aquí está su Dios!" Ya llega el Señor con poder"* (Is. 40,9-10). Sube alto, cristiano, tú que llevas el mensaje de la alegría; sube por sobre ti mismo, haz flotar en ti la alegría; no dejes caer de tu mano la antorcha, ¡porque hay tanta gente esperando en tu camino!

El mundo no creyente, o que ha perdido la fe, desconfía de nosotros en este terreno; nos dice, como decía a los hijos de Israel, en el tiempo de Isaías: *¡Que el Señor manifieste su gloria, así veremos la alegría de ustedes!* (Is.66,5).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de Jesús Buen Pastor

– Adviento, camino que nos lleva a Dios

Hoy es tercer domingo de Adviento.

El Adviento no sólo revela la venida de Dios a nosotros, sino también indica el camino que nos lleva a Dios. De este camino precisamente nos habla la liturgia de hoy.

Éste es, ante todo, el camino del comportamiento según la conciencia.

Lo enseña Juan en la región del Jordán. Responde a las preguntas de los soldados, de los publicanos y de todas las multitudes de los hombres: "¿Qué debemos hacer?" (Lc 3,10).

Comportaos de manera justa. Cumplid concienzudamente vuestros deberes. Sabed dar de lo vuestro a los otros. Compartid lo que tenéis con los necesitados.

El camino hacia Dios es, sobre todo, camino de la conciencia y de la moral. Por este camino los mandamientos llevan al hombre.

Los que se convierten a este camino en las riberas del Jordán reciben el bautismo de penitencia.

Juan confiere este bautismo y, a la vez, anuncia la venida de Cristo que "bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3,16).

– Purificación del alma

El camino hacia Dios consiste no sólo en la observancia de los mandamientos, sino en una profunda purificación del alma de la adhesión al pecado, a la concupiscencia y a las pasiones.

Juan se sirve aquí de una imagen muy expresiva. Como el bieldo separa el trigo de la paja, así la gracia de Dios, actuando en el alma humana, la purifica de las inclinaciones malas, para que se convierta en espiga de trigo puro. Esta purificación a veces le cuesta al hombre; está unida con el dolor y el sufrimiento, pero es indispensable, dado que el alma debe conservar en sí lo que es noble, honesto y puro. La paja debe quemarse a fin de que quede el buen grano para hacer el pan.

Así enseña Juan en las orillas del Jordán.

Por otra parte, el Profeta Sofonías anima al hombre que tiene miedo de la potencia purificadora de Dios y de su gracia.

Habla en metáfora, dirigiéndose a Jerusalén: "No temas, Sión,/ no desfallezcan tus manos./ El Señor, tu Dios, en medio de ti/ es un guerrero que salva" (Sof 3,16-17).

El deseo de la salvación, o sea, de la vida en la gracia de Dios, debe superar el miedo con el que el hombre se defiende de la fuerza purificadora de Dios.

A medida que va cediendo el mal enraizado en el alma, y disminuyen las afecciones pecaminosas, Dios se acerca, y, juntamente con Él vienen al alma la alegría y la paz.

De esta alegría habla San Pablo en la Carta a los Filipenses: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca" (Fil 4,4-5).

Cuando el alma se aleja del pecado, de las pasiones y de los vicios, Dios se acerca, y ella vive su Adviento, su venida, su presencia, su cercanía.

Esta cercanía se manifiesta en la oración: el hombre "expone" a Dios todas sus súplicas con confianza y permanece en "acción de gracias".

La purificación del alma trae consigo también "la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio" (Fil 4,7).

Así es el camino hacia Dios y hacia la alegría y la paz interior, que el pecado y la concupiscencia no saben dar al hombre.

En este estado, el corazón humano canta con el Profeta Isaías: "El Señor es mi Dios y salvador;/ confiaré y no temeré,/ porque mi fuerza y mi poder es el Señor,/ Él fue mi salvación" (Is 12,2).

Estas palabras reflejan el estado del alma que vive en gracia de Dios.

– Las obras de Dios

Sin embargo, el camino hacia Dios no se agota en la sola alegría interior. El hombre desea acercarle también a los otros. Quiere que también ellos saquen agua "de las fuentes de la salvación" (Is 12,3). Se convierte, pues, en mensajero y apóstol del amor de Dios: "Dad gracias al Señor, invocad su nombre,/ contad a los pueblos sus hazañas./ Proclamad que su nombre es sublime" (Is 12,4).

El hombre, obediente a la gracia de Dios, descubre el mundo de las obras de Dios, que están ocultas a los ojos del pecador: "Tañed para el Señor,/ que hizo proezas,/ anunciadlas a toda la tierra" (Is 12,5).

El hombre, guiado por la gracia divina, desea también compartir con los otros la cercanía de Dios que él experimenta: "Gritad jubilosos, habitantes de Sión:/ Qué grande en medio de ti el Santo de Israel" (Is 12,6).

(...) pues bien, quiero deciros, en nombre de Cristo: "No temas pequeño rebaño: porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino" (Lc 12,32). Tened conciencia humilde y valiente de lo que os ha donado el Padre. Que esa conciencia sea vuestra fuerza, vuestra luz y vuestra esperanza. Dad al mundo lo que el padre os ha dado: el reino de Dios.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¿Qué debemos hacer? También nosotros deberíamos hacer esta pregunta en el umbral de la Navidad. Quienes escucharon la voz de Dios que llegaba a través del Bautista, sintieron cómo se reavivaba en sus corazones el fuego de la esperanza en el Mesías que estaba cubierto por las cenizas del olvido y se purificaban con el bautismo de penitencia que él impartía. Hay que *limpiar fondos*, porque el vino de más calidad, si se vierte en un recipiente con vinagre, se agría y se pierde. "Yo bautizo con agua; pero... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego".

El misterio de la Encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo. "La Iglesia no puede prepararse (...) de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia" (Juan Pablo II).

¿Qué debemos hacer? Repartir con los que tienen menos que nosotros y no perjudicar a nadie, contesta en esencia el Bautista. En una palabra: acoger a ese Dios que sale a nuestro encuentro y que desea que le veamos en quienes nos rodean. De esta forma nos iremos identificando progresivamente con Jesucristo haciéndonos una sola cosa con Él.

Reflejar a Cristo en nuestro comportamiento es permitir que pase a través de nosotros ese Amor suyo lleno de solicitud por todos, viviendo atentos a sus esperanzas y temores, alegrías y penas, convicciones y dudas, prestando a quienes lo necesiten una ayuda material, un consejo, un consuelo, una palabra de aliento. "Si el fermento mezclado

con la harina –dice S. Juan Crisóstomo– no transforma toda la masa, ¿acaso se trata de un fermento genuino? Y también, si acercando un perfume no esparce olor, ¿acaso llamaríamos a eso perfume? No digas: no puedo influir en los demás, pues si eres cristiano de verdad es imposible que no lo puedas hacer… Es más fácil que el sol no luzca ni caliente que no deje de dar luz un cristiano… Si ordenamos bien nuestra conducta, todo lo demás seguirá como consecuencia natural. No puede ocultarse la luz de los cristianos, no puede ocultarse una lámpara tan brillante"

Reflejar a Cristo en nuestra actuación es cultivar esa apertura de espíritu y grandeza de alma que sepa acoger a todos sin distinciones de ningún género; y, también, sin mostrar desdén ante las debilidades, injusticias y prejuicios de quienes tratamos. S. Francisco de Sales, comentando la parábola del hijo pródigo, dice: "Aunque el hijo volvió harapiento, sucio y maloliente por haber estado entre cerdos, su padre, sin embargo, lo abraza, lo besa amorosamente y llora sobre su hombro; porque era padre, y el corazón de los padres es tierno para el corazón de los hijos".

S. Josemaría Escrivá decía, asimismo: *Poneos siempre en las circunstancias de los demás, así veréis las cosas serenamente, no os disgustaréis nunca, o pocas veces, y comprenderéis, y llenaréis el mundo de caridad.*

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Estad siempre alegres en el Señor»

I. LA PALABRA DE DIOS

So 3, 14-18a: «El Señor se alegrará en ti»

Is 12, 2-3; 4-6: «Gritad jubilosos…»

Flp 4, 4-7: «El Señor está cerca»

Lc 3, 10-18: «¿Qué hemos de hacer?»

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Se alegre el corazón de los que buscan a Dios» (Sal 105, 3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha» (30).

«Sentado a la derecha del Padre y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los Sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los Sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo» (1084).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«La verdadera alegría se encuentra donde dijo S. Pablo: En el Señor. Las demás cosas, aparte de ser mudables, no nos proporcionan tanto gozo que puedan impedir la tristeza ocasionada por otros avatares en cambio, el temor de Dios la produce indeficiente porque quien teme a Dios como se debe a la vez que teme confía en El y adquiere la fuente del placer y el manantial de toda la alegría» (S. Juan Crisóstomo, PG. 27, 179)

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El tema de la Palabra es la alegría por la presencia y acción de Jesucristo salvador en la historia humana: «Estad siempre alegres en el Señor». (Segunda lectura). «Regocíjate... grita de júbilo... alégrate y goza de todo corazón» (Primera lectura).

La causa de la alegría es el Señor. Su presencia es el anuncio de la Buena Noticia, gozosa noticia. «Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo». «Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Evangelio). Bautismo que purifica, salva, santifica. Bautismo, es decir, la vida sacramental por la que Jesucristo está presente y actúa en la vida de los hombres.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Acción de Cristo glorioso en la liturgia: 1084-1085.

... y en la oración: 2656-2658.

La respuesta:

Alegría y búsqueda de Dios: 30.

C. Otras sugerencias

Ovidio escribe en el destierro: «Nada puede hacerse sino llorar» (De tristitia). San Pablo, prisionero recomienda: «Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os digo, estad alegres». Dice también: «Sobreabundo de gozo en nuestra tribulación» (2 Co 7,4). Este vive de Cristo. Ovidio, no.

El discípulo de Jesucristo vive en comunión con El, que actúa en el misterio; cree y espera su venida final y definitiva. Sabe que, por la presencia y acción de Cristo, que nos acompaña, nuestra vida cristiana está penetrada de la vida nueva de Dios. Aquí está el secreto de la alegría del creyente.

En un mundo que cada día se torna más triste, el creyente debe velar para no esclavizarse por lo contingente, esforzarse por el cumplimiento del deber, la austeridad de su vida y la solidaridad con los hombres necesitados y presentar a Dios sus peticiones y acciones de gracias.

La alegría del Adviento.

– Adviento: tiempo de alegría y de esperanza. La alegría es estar cerca de Jesús; la tristeza, perderle.

I. La liturgia de la Misa de este domingo nos trae la recomendación repetida que hace San Pablo a los primeros cristianos de Filipos: *Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os lo repito, alegraos*. Y a continuación, el Apóstol da la razón fundamental de esta alegría profunda: *el Señor está cerca*.

Es también la alegría del Adviento y la de cada día: Jesús está muy cerca de nosotros. Está cada vez más cerca. Y San Pablo nos da también la clave para entender el origen de nuestras tristezas: nuestro alejamiento de Dios, por nuestros pecados o por la tibieza.

El Señor llega siempre a nosotros en la alegría y no en la aflicción. "Sus misterios son todos misterios de alegría; los misterios dolorosos los hemos provocado nosotros".

Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo, le dice el Ángel a María. Es la proximidad de Dios la causa de la alegría en la Virgen. Y el Bautista, no nacido aún, manifestará su gozo en el seno de Isabel ante la proximidad del Mesías. Y a los pastores les dirá el Ángel: *No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador*... La Alegría es tener a Jesús, la tristeza es perderle.

La gente seguía al Señor y los niños se le acercaban (los niños no se acercan a las personas tristes), y *todos se alegraban viendo las maravillas que hacía*.

Después de los días de oscuridad que siguieron a la Pasión, Jesús resucitado se aparecerá a sus discípulos en diversas ocasiones. Y el Evangelista irá señalando una y otra vez que los Apóstoles *se alegraron viendo al Señor*. Ellos no olvidarán jamás aquellos encuentros en los que sus almas experimentaron un gozo indescriptible.

Alegraos, nos dice hoy San Pablo. Y tenemos motivos suficientes. Es más, poseemos el único motivo: *El Señor está cerca*. Podemos aproximarnos a Él cuanto queramos. Dentro de pocos días habrá llegado la Navidad, nuestra fiesta, la de los cristianos, y la de la humanidad, que sin saberlo está buscando a Cristo. Llegará la Navidad y Dios nos espera alegres, como los pastores, como los Magos, como José y María.

Nosotros podremos estar alegres si el Señor está verdaderamente presente en nuestra vida, si no lo hemos perdido, si no se han empañado nuestros ojos por la tibieza o la falta de generosidad. Cuando para encontrar la felicidad se ensayan otros caminos fuera del que lleva a Dios, al final sólo se halla infelicidad y tristeza. La experiencia de todos los que, de una forma o de otra, volvieron la cara hacia otro lado (donde no estaba Dios), ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay alegría verdadera. No puede haberla.

Encontrar a Cristo, y volverlo a encontrar, supone una alegría profunda siempre nueva.

– La alegría del cristiano. Su fundamento.

II. *Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque vendrá nuestro Señor. En sus días florecerá la justicia y la paz.*

El cristiano debe ser un hombre esencialmente alegre. Sin embargo, la nuestra no es una alegría cualquiera, es la alegría de Cristo, que trae la justicia y la paz, y sólo Él puede darla y conservarla, porque el mundo no posee su secreto.

La alegría del mundo la proporciona lo que enajena...; nace precisamente cuando el hombre logra escapar de sí mismo, cuando mira hacia fuera, cuando logra desviar la mirada del mundo interior, que produce soledad porque es mirar al vacío. El cristiano lleva su gozo en sí mismo, porque encuentra a Dios en su alma en gracia. Esta es la fuente permanente de su alegría.

No nos es difícil imaginar a la Virgen, en estos días de Adviento, radiante de alegría con el Hijo de Dios en su seno.

La alegría del mundo es pobre y pasajera. La alegría del cristiano es profunda y capaz de subsistir en medio de las dificultades. Es compatible con el dolor, con la enfermedad, con los fracasos y las contradicciones. *Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar*, ha prometido el Señor. Nada ni nadie nos arrebatará esa paz gozosa, si no nos separamos de su fuente.

Tener la certeza de que Dios es nuestro Padre y quiere lo mejor para nosotros nos lleva a una confianza serena y alegre, también ante la dureza, en ocasiones, de lo inesperado. En esos momentos que un hombre sin fe consideraría como golpes fatales y sin sentido, el cristiano descubre al Señor y, con Él, un bien mucho más alto. *¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro, que nunca abandona! Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, enseguida, luz o, al menos, aceptación y paz.* "¿Qué te pasa?", nos pregunta. Y le miramos y ya no nos pasa nada. Junto a Él recuperamos la paz y la alegría.

Tendremos dificultades, como las han tenido todos los hombres; pero estas contrariedades grandes o pequeñas no nos quitan la alegría. La dificultad es algo ordinario con lo que debemos contar, y nuestra alegría no puede esperar épocas sin contrariedades, sin tentaciones y sin dolor. Es más, sin los obstáculos que encontramos en nuestra vida no habría posibilidad de crecer en las virtudes.

El fundamento de nuestra alegría debe ser firme. No se puede apoyar exclusivamente en cosas pasajeras: noticias agradables, salud, tranquilidad, desahogo económico para sacar la familia adelante, abundancia de medios materiales, etcétera, cosas todas buenas,

si no están desligadas de Dios, pero por sí mismas insuficientes para proporcionarnos la verdadera alegría.

El Señor nos pide estar alegres siempre. *Cada uno mire cómo edifica, que en cuanto al fundamento, nadie puede tener otro sino el que está puesto, Jesucristo*. Sólo Él es capaz de sostenerlo todo en nuestra vida. No hay tristeza que Él no pueda curar: *no temas, ten sólo fe*, nos dice. Él cuenta con todas las situaciones por las que ha de pasar nuestra vida, y también con aquellas que son resultado de nuestra insensatez y de nuestra falta de santidad. Para todos tiene remedio.

En muchas ocasiones, como en este rato de oración, será necesario que nos dirijamos a Él en un diálogo íntimo y profundo ante el Sagrario; y que abramos nuestra alma en la Confesión, en la dirección espiritual personal. Allí encontraremos la fuente de la alegría; y nuestro agradecimiento se manifestará en mayor fe, en una crecida esperanza, que aleje toda tristeza, y en preocupación por los demás.

Dentro de poco, de muy poco, el que viene llegará. Espera, porque ha de llegar sin retrasarse, y con Él llega la paz y la alegría; con Jesús encontramos el sentido a nuestra vida.

– Llevar alegría a los demás. Es imprescindible en toda labor de apostolado.

III. Un alma triste está a merced de muchas tentaciones. ¡Cuántos pecados se han cometido a la sombra de la tristeza! Cuando el alma está alegre se vierte hacia afuera y es estímulo para los demás; la tristeza oscurece el ambiente y hace daño. La tristeza nace del egoísmo, de pensar en uno mismo con olvido de los demás, de la indolencia ante el trabajo, de la falta de mortificación, de la búsqueda de compensaciones, del descuido en el trato con Dios.

El olvido de uno mismo, el no andar excesivamente preocupados en las propias cosas es condición imprescindible para poder conocer a Cristo, objeto de nuestra alegría, y para poder servirle. Quien anda excesivamente preocupado de sí mismo difícilmente encontrará el gozo de la apertura hacia Dios y hacia los demás.

Y para alcanzar a Dios y crecer en la virtud debemos estar alegres.

Por otra parte, con el cumplimiento alegre de nuestros deberes podemos hacer mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a Dios. Recomendaba San Pablo a los primeros cristianos: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*. Y frecuentemente, para hacer la vida más amable a los demás, basta con esas pequeñas alegrías que, aunque de poco relieve, muestran con claridad que los consideramos y apreciamos: una sonrisa, una palabra cordial, un pequeño elogio, evitar tragedias por cosas de poca importancia que debemos dejar pasar y olvidar. Así contribuimos a hacer más llevadera la vida a las personas que nos rodean. Esa es una de

las grandes misiones del cristiano: llevar alegría a un mundo que está triste porque se va alejando de Dios.

En muchas ocasiones el regato lleva a la fuente. Esas muestras de alegría conducirán a quienes nos tratan habitualmente a la fuente de toda alegría verdadera, a Cristo nuestro Señor.

Preparemos la Navidad junto a Santa María. Procuremos también prepararla en nuestro ambiente, fomentando un clima de paz cristiana, y brindemos muchas pequeñas alegrías y muestras de afecto a quienes nos rodean. Los hombres necesitan pruebas de que Cristo ha nacido en Belén, y pocas pruebas hay tan convincentes como la alegría habitual del cristiano, también cuando lleguen el dolor y las contradicciones. La Virgen las tuvo abundantes al llegar a Belén, cansada de tan largo viaje, y al no encontrar lugar digno donde naciera su Hijo; pero esos problemas no le hicieron perder la alegría de que Dios *se hizo hombre y habitó entre nosotros*.

Cardenal Jorge MEJÍA, Archivista y Bibliotecario de la S.R.I. (Vaticano) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Viene el que es más fuerte que yo

Hoy la Palabra de Dios nos presenta, en pleno Adviento, al Santo Precursor de Jesucristo: san Juan Bautista. Dios Padre dispuso preparar la venida, es decir, el Adviento, de su Hijo en nuestra carne, nacido de María Virgen, de muchos modos y de muchas maneras, como dice el principio de la Carta a los Hebreos (1,1). Los patriarcas, los profetas y los reyes prepararon la venida de Jesús.

Veamos sus dos genealogías, en los Evangelios de Mateo y Lucas. Él es hijo de Abraham y de David. Moisés, Isaías y Jeremías anunciaron su Adviento y describieron los rasgos de su misterio. Pero san Juan Bautista, como dice la liturgia (Prefacio de su fiesta), lo pudo indicar con el dedo, y le cupo –¡misteriosamente!– hacer el Bautismo del Señor. Fue el último testigo antes de la venida. Y lo fue con su vida, con su muerte y con su palabra. Su nacimiento es también anunciado, como el de Jesús, y es preparado, según el Evangelio de Lucas (caps. 1 y 2). Y su muerte de mártir, víctima de la debilidad de un rey y del odio de una mujer perversa, prepara también la de Jesús. Por eso, recibió él la extraordinaria alabanza del mismo Jesús que leemos en los Evangelios de Mateo y de Lucas (cf. Mt 11,11; Lc 7,28): «Entre los nacidos de mujer no hay nadie mayor que Juan Bautista». Él, frente a esto, que no pudo ignorar, es un modelo de humildad: «No soy digno de desatarle la correa de sus sandalias» (Lc 3,16), nos dice hoy. Y, según san Juan (3,30): «Conviene que Él crezca y yo disminuya».

Oigamos hoy su palabra, que nos exhorta a compartir lo que tenemos y a respetar la justicia y la dignidad de todos. Preparémonos así a recibir a Aquel que viene ahora para salvarnos, y vendrá de nuevo a «juzgar a los vivos y a los muertos».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE ADVIENTO CICLO C

Precursores de la salvación

«Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego»

Eso dice Juan el Bautista.

Bautismo, renovación, vida, pureza, gracia santificante con la cual se abre el cielo, para hacer a los hombres hijos de Dios.

Bautismo que une a los hijos en un solo pueblo santo de Dios.

Bautismo que regenera y hace nuevas todas las cosas.

Gracia que purifica al hombre para hacerlo digno de la unión con su Señor.

Bautismo que el mismo Cristo recibe, pero que no necesita, porque la pureza no puede ser purificada: la pureza es y Cristo es.

Pero que obedece a la voluntad del Padre, para hacerse en todo como los hombres, menos en el pecado, para abajarse completamente a la miseria del hombre.

Y, como signo de contradicción, el que recibe el Bautismo para el perdón de los pecados es el Cordero de Dios que quita los pecados de los hombres.

Una sola es la fe, una misma es la esperanza, y uno solo es el Bautismo.

Sacerdote: tú eres esa unión entre Dios y los hombres, tú eres quien consigue que, a través del poder de tus manos, el cielo se abra, para que el Espíritu Santo derrame su gracia y se escuche la voz de Dios, presentando al mundo a sus hijos que acaban de ser afiliados a él.

Bautismo con agua, que lava, que limpia, que quita toda mancha dando vida, porque es el agua de la vida, es el agua viva del manantial del Espíritu Santo, que renueva y que santifica.

Sacerdote: si tú no bautizas, ¿quién podrá ser hijo de Dios?; si tú no impartes los sacramentos ¿quién podrá transformar su alma para dignificarla y poder ser unida con Dios?

Tú eres el sacerdote que bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ata en el cielo, porque lo que ata en la tierra queda atado en el cielo.

Pero, si el sacerdote no ata nada en la tierra ¿qué quedará unido al cielo?

Sacerdote: eres tú el que continúa el camino de Jesús, el que cumple la voluntad de Dios impartiendo la misericordia de Dios a través de los sacramentos.

Sacerdote: si tú no bautizas ¿cómo llegará la misericordia de Dios a los hombres? Y, si la misericordia de Dios no es derramada a través de ti ¿cómo es que llegará la gracia de Dios a los hombres? Y si la gracia no llega, sacerdote, ¿quién se salvará?

En tus manos está el poder de hacer llegar la gracia y la misericordia de Dios a todos los rincones del mundo.

En tus manos está el poder de purificar las almas, para renovar los corazones de los hombres.

En tus manos, sacerdote, está el poder de cambiar al mundo, y de llevar a Cristo a todos los corazones.

Bautiza, sacerdote, a tu pueblo. Cumple la voluntad de tu Señor. Obedece y ejerce tu ministerio como Cristo te enseñó.

Devuélvele la pureza a esas creaturas inocentes que llevan la oscuridad en sus almas desde su nacimiento, porque están manchadas de un pecado que sus pequeñas manos no cometieron, pero un hombre y una mujer, por su desobediencia, trajeron el pecado al mundo; y a través de tus manos, sacerdote, le devuelves la pureza que, por la obediencia de un hombre y una mujer, regenera a las almas para salvarlas.

Tú eres, sacerdote, precursor de la salvación de cada alma que Dios envía al mundo, nacida de un vientre de mujer, que nace con mancha de pecado, porque ese vientre ha sido concebido desde un principio, manchado de pecado, porque vientre inmaculado y puro solo hay uno, y la pureza se ha engendrado y ha nacido de ese vientre sin mancha ni pecado, y por la obediencia de ese hombre y esa mujer has sido tú sacerdote bautizado con el Espíritu Santo, unido al Padre, por filiación divina, que te concede por heredad la vida.

Bautiza, sacerdote, porque tienes el poder en tus manos de hacer justicia.

No cometas, sacerdote, la injusticia de tu pereza, de tu tibieza y de tu resignación.

Sirve al pueblo de Dios, para que sea santo, llevándole la Buena Nueva de la salvación, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que sean todos hijos de Dios.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 15)

Domingo IV de Adviento (C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilía (31.V.16) - Enc. Lumen Fidei, 58-59**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Mons. Ramón MALLA i Call Obispo Emérito de Lleida (Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com**.

Para recibirlo por **WhatsApp:**
https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.

(Nuestras redes sociales)

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

DICHOSO LOS QUE CREEN

Miq 5, 1-4; Heb 10, 5-10; Lc 1, 39-45

La situación en que vivían los israelitas en tiempos de Miqueas era tan desoladora que resultaba muy difícil dar crédito al mensaje de esperanza del profeta. Los tiempos de las incursiones violentas de los soldados asirios y del pago de tributos que acortaban el pan en las mesas de la gente común, estaban por desaparecer. La tranquilidad estaba tocando a las puertas y se colaría en Judá a través de un jefe animoso, que Dios haría surgir en Belén. Miqueas no imaginaba una paz caída del cielo, sino una paz soportada en el esfuerzo, la vigilancia y la defensa del territorio por parte de la población. Cuando la joven María recién desposada, recibió el anuncio del ángel Gabriel, los tiempos adversos seguían ensombreciendo la vida de Israel. Ella no se dejó abatir por el desaliento, sino que acogió la pequeña oferta de esperanza que Dios le traía a su pueblo. Debía dar su sí para que se concretara aquella esperanza.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 45, 8

Cielos, destilen el rocío; nubes, lluevan la salvación; que la tierra se abra y germine el salvador.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que infundas tu gracia en nuestros corazones, para que, habiendo conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por medio de su pasión y de su cruz, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

De ti saldrá el jefe de Israel.

Del libro del profeta Miqueas: 5,1-4

Esto dice el Señor: "De ti, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel, cuyos orígenes se remontan a tiempos pasados, a los días más antiguos.

Por eso, el Señor abandonará a Israel, mientras no dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos se unirá a los hijos de Israel. Él se levantará, para pastorear a su

pueblo con la fuerza y la majestad del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque la grandeza del que ha de nacer llenará la tierra y él mismo será la paz".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 79, 2ac.3c. 15-16. 18-19

R/. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.

Escúchanos, pastor de Israel; tú que estás rodeado de querubines, manifiéstate; despierta tu poder y ven a salvarnos. ***R/.***

Señor, Dios de los ejércitos, vuelve tus ojos, mira tú viña y visítala; protege la cepa plantada por tu mano, el renuevo que tú mismo cultivaste. ***R/.***

Que tu diestra defienda al que elegiste, al hombre que has fortalecido. Ya no nos alejaremos de ti; consérvanos la vida y alabaremos tu poder. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Aquí estoy, Dios mío para hacer tu voluntad

De la carta a los hebreos: 10, 5-10

Hermanos: Al entrar al mundo, Cristo dijo, conforme al salmo: No quisiste víctimas ni ofrendas; en cambio, me has dado un cuerpo. No te agradaron los holocaustos Hilos sacrificios por el pecado; entonces dije porque a mí se refiere la Escritura: "Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad".

Comienza por decir: "No quisiste víctimas ni ofrendas, no te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado "siendo así que eso es lo que pedía la ley; y luego añade: "Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad".

Con esto, Cristo suprime los antiguos sacrificios, para establecer el nuevo. Y en virtud de esta voluntad, todos quedamos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez por todas.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 1, 38

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho. ***R/.***

EVANGELIO

¿Quién soy para que la madre de mi Señor venga a verme?

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 1, 39-45

En aquellos días, María se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea y, entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la criatura saltó en su seno.

Entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas llego tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que santifique, Señor, estos dones, colocados en tu altar, el mismo Espíritu que fecundó con su poder el seno de la bienaventurada Virgen María. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Is 7, 14

Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien le pondrá el nombre de Emmanuel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido esta prenda de redención eterna, te rogamos, Dios todo poderoso, que, cuanto más se acerca el día de la festividad que nos tae la salvación, con tanto mayor fervor nos apresuremos a celebrar dignamente el misterio del nacimiento de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

El Mesías nacerá en Belén (Mi 5, 1-4a)

1ª lectura

El horizonte, entenebrecido por unos momentos en los versículos precedentes (4,9-14), vuelve a abrirse alegre con el anuncio de un «dominador», o gobernante en Israel, que ha de nacer, «salir», de Belén, una ciudad de la región de «Efrata» (Gn 35,16). Con frecuencia se distingue la región de su ciudad más importante (1 S 17,12), pero en algunos textos ambas se identifican (Gn 35,19).

En el estilo típico de los oráculos de salvación abundan los contrastes: el rey anunciado tendrá comienzos humildes, puesto que nacerá en una ciudad pequeña («tan pequeña» podría también traducirse como «la más pequeña», v. 1), pero serán comienzos honrosos, puesto que Belén es la cuna de David y, por tanto, el lugar que confirmaba la pertenencia al linaje davídico; será de origen muy antiguo, pero para percibir su presencia habrá que esperar a que «dé a luz la que tiene que dar a luz» (v. 2); se limitará a reunir a

sus hermanos, pero su acción benéfica alcanzará los confines de la tierra (v. 3). Todos estos datos no pueden referirse al monarca contemporáneo al profeta, sino al futuro rey-Mesías. El texto contiene muchos elementos relacionados con los pasajes mesiánicos de Isaías (7,14; 9,5-6; 11,1-4) y también con los que anuncian un futuro descendiente de David (2 S 7,12-16; Sal 89,4).

La tradición judía vio en el texto de Miqueas un vaticinio mesiánico, como ha quedado reflejado en varios pasajes del Talmud (*Pesajim* 51,1 y *Nedarim* 39,2). El Nuevo Testamento contiene algunas alusiones claras, como la recogida en el *Evangelio de San Juan*, que muestra la opinión que tenían los contemporáneos de Jesús sobre la procedencia del Mesías: «¿Acaso el Cristo viene de Galilea? ¿No dice la Escritura que el Cristo viene de la descendencia de David y de Belén, la aldea de donde era David?» (Jn 7,40-42); pero sobre todo en el primer evangelio se aplica este texto directamente a Jesús, nacido en Belén (Mt 2,4-6): el evangelista modifica sutilmente la calificación de la ciudad de David (dice «*ciertamente no* eres la menor entre las principales ciudades de Judá», en lugar de «eres la menor…» del texto de Miqueas), con la intención de ensalzar más la figura de Jesús-Mesías.

Siguiendo esta interpretación del *Evangelio de San Mateo*, la tradición cristiana ha visto en el pasaje de Miqueas el anuncio del nacimiento de Jesús en Belén. Son abundantes las explicaciones de los Santos Padres que intentaban convencer a los judíos de que Jesús es el verdadero Mesías esperado. Así lo mostraba Tertuliano: «Puesto que los hijos de Israel afirman que nosotros erramos al recibir a Cristo, que ya vino, mostrémosles desde las mismas Escrituras que el Cristo anunciado ya ha venido (…). Era necesario que Él naciese en Belén de Judá pues así está escrito en el profeta: *Y tú, Belén, no eres la más pequeña…*» (*Adversus iudaeos*, 13). San Ireneo, por su parte, escribía: «A su vez, el profeta Miqueas dice también el lugar donde el Cristo debía nacer, a saber, en Belén de Judá, cuando se expresa así: *Y tú, Belén de Judá, tú no eres insignificante entre los jefes de Judá, porque de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo Israel*. Pero Belén es también el país de David, de suerte que Él es de la descendencia de David, no sólo por la Virgen que lo ha dado a luz, sino también en cuanto que nació en Belén» (*Demonstratio praedicationis apostolicae* 63).

Aquí vengo para hacer tu voluntad (Hb 10, 5-10)

2ª lectura

La eficacia del sacrificio de Cristo radica en la obediencia perfecta a la voluntad del Padre (cfr 5,9). Ésta es la razón de la Encarnación, a la que se alude en los vv. 5-7 con una cita del Sal 40 según la versión griega. Por eso, la liturgia de la Iglesia recuerda este texto (vv. 4-10) en varios momentos, especialmente en la solemnidad de la Anunciación del Señor. «[Las palabras del salmo] nos hacen como penetrar en los abismos insondables de este abajamiento del Verbo, de este humillarse por amor de los hombres hasta la muerte de Cruz (…) ¿Por qué esta obediencia, por qué este abajamiento, por qué este sufrimiento?

Nos responde el Credo: "*Propter nos homines et propter nostram salutem*: por nosotros los hombres y por nuestra salvación" Jesús bajó del cielo para hacer subir allá arriba con pleno derecho al hombre, y, haciéndolo hijo en el Hijo, para restituirlo a la dignidad perdida con el pecado (...). Acojámosle. Digámosle también nosotros: Aquí estoy, vengo a hacer tu voluntad» (Juan Pablo II, *Audiencia general*, 25-III-1981).

La Visitación de María a Isabel (Lc 1, 39-45)

Evangelio

Contemplamos ahora la grandeza de María desde otros puntos de vista. Isabel, llena del Espíritu Santo, proclama que María es «madre de mi Señor» (v. 43). Pero ser «madre de Dios» es también objeto de fe para María, y por ello es felicitada por Isabel (v. 45). Sin embargo, la fe de la Virgen traspasa la mera virtud personal, pues da origen a la Nueva Alianza: «Como Abrahán "*esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones" (Rm 4,18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen, (...) *creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel» (Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n. 14).

La montaña de Judea dista unos 130 km de Nazaret. Según una tradición que se remonta al siglo IV, la casa de Zaca-rías estaba en el actual pueblo de 'Ayn-Karîm, a unos 8 km al oeste de Jerusalén. Allí el niño Juan salta de gozo en el vientre de su madre. Teólogos antiguos y modernos han visto en esa acción un indicio de la santificación del Bautista en el vientre de su madre: «Considera la precisión y exactitud de cada una de las palabras: Isabel fue la primera en oír la voz, pero Juan fue el primero en experimentar la gracia, porque Isabel escuchó según las facultades de la naturaleza, pero Juan, en cambio, se alegró a causa del misterio. Isabel sintió la proximidad de María, Juan la del Señor; la mujer oyó la salutación de la mujer, el hijo sintió la presencia del Hijo; ellas proclaman la gracia, ellos, viviéndola interiormente, logran que sus madres se aprovechen de este don hasta tal punto que, con un doble milagro, ambas empiezan a profetizar por inspiración de sus propios hijos» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Feliz la que ha creído

Es normal que todos los que quieren ser creídos corroboren las razones que les den crédito. También el ángel que anunciaba los misterios, para inducir a creer por un hecho, ha anunciado a María, una virgen, la maternidad de una esposa anciana y estéril, mostrando de este modo que Dios puede hacer todo cuanto le agrada. Desde que oyó esto María, no como incrédula del oráculo, ni como insegura del anuncio, ni como dudosa del hecho, sino alegre en su deseo, para cumplir un piadoso deber, presurosa por el gozo, se

dirigió hacia la montaña. Llena de Dios, ¿podía ella no elevarse presurosa hacia las alturas? Los cálculos lentos son extraños a la gracia del Espíritu Santo

Aprended también, piadosas mujeres, con qué apresuramiento habéis de ayudar a vuestras parientes que han de ser madres. María, que antes vivía sola en su retiro más estricto; no la retiene ahora de aparecer en público el pudor virginal, ni de su intento la aspereza de las montañas, ni de prestar su servicio la longitud del camino. La Virgen se dispone a subir las montañas, la Virgen que piensa servir y olvida su pena; su caridad la da fuerza y no el sexo; deja su casa y marcha.

Aprended, vírgenes, a no corretear por casas ajenas, a no entretenerse en las plazas, a no prolongar la conversación en las vías públicas. María es tranquila en casa y se apresura en el camino. Permaneció con su prima tres meses; pues, habiendo venido para hacer un servicio, le salía del corazón. Permaneció tres meses, no por el placer de estar en una casa extraña, sino porque le desagradaba mostrarse en público con frecuencia.

Aprendisteis, vírgenes, la delicadeza de María; aprended también su humildad. Ella viene como una parienta a su parienta, como la más joven a la más anciana, y no sólo viene, sino que es la primera en saludar; conviene, en efecto, que cuanto más casta es una virgen, sea también más humilde; aprenda a honrar a las ancianas; que sea maestra de humildad la que hace profesión de castidad. Hay aquí un motivo de piedad, hay también una enseñanza doctrinal: hay que subrayar, en efecto, que la superior viene a la inferior para ayudar a la inferior: María a Isabel, Cristo a Juan; más tarde, para consagrar el bautismo de Juan, Cristo ha venido a este bautismo (Mt 3,13). En seguida se manifiestan los beneficios de la llegada de María y de la presencia del Señor: pues *es el momento de oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos en su seno, y ella fue llenada del Espíritu Santo*.

Considera la elección y precisión de cada una de las palabras. Isabel es la primera a oír la voz, pero Juan es el primero a sentir la gracia; aquélla, siguiendo el orden natural, ha oído; éste ha saltado bajo el efecto del misterio; ella ha percibido la llegada de María, éste la del Señor: la mujer la de la mujer, el hijo la del hijo; ellas proclaman la gracia; ellos la realizan, abordando el misterio de la misericordia en beneficio de sus madres; y, por un doble milagro, las madres profetizan bajo la inspiración de sus hijos. El hijo ha saltado de gozo, la madre ha sido llenada; la madre no ha sido llenada antes que su hijo, sino que su hijo, una vez lleno del Espíritu Santo, ha llenado también a su madre. Exultó Juan, exultó también el espíritu de María. Al saltar de gozo Juan, Isabel es llenada. Sin embargo, no conocemos que María fuese llenada del Espíritu, sino que su espíritu exultó –El, que no puede ser comprendido, obraba en María de un modo incomprensible–. En fin, ella fue llenada después de haber concebido, ésta antes de concebir.

Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?

El Espíritu Santo conocía su palabra y no la olvida jamás, y la profecía se realiza no sólo en los hechos milagrosos, sino en todo el rigor y propiedad de los términos. ¿Cuál es este fruto del vientre, sino Aquel del que se ha dicho: *He aquí que el Señor da por herencia los hijos, recompensa del fruto del seno?* (Ps 126, 3)**.** Es decir, la herencia del Señor son los hijos, precio de este fruto que nació del seno de María. Él es el fruto del vientre, la flor de la raíz, de la cual profetizó Isaías al decir: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y la flor brotará de la raíz;* la raíz es la raza judía; el tallo, María; la flor de María, Cristo, que, como el fruto del buen árbol, según nuestros progresos en la virtud, ahora florece, ahora fructifica en nosotros, ahora renace por la resurrección del cuerpo.

¿Y *de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?* No habla como una ignorante –sabía ella que existía la gracia y la operación del Espíritu Santo, para que la madre del profeta fuese saludada por la madre del Señor para provecho de su hijo–, sino que ella reconocía que es esto el resultado, no de un mérito humano, sino de la gracia divina. Dice así: *¿De dónde a mí?,* es decir, ¿qué felicidad me llega que la Madre de mi Señor viene a mí? Yo reconozco que no tengo nada que esto exija. *¿De dónde a mí?* ¿Por qué justicia, por qué acciones, por qué méritos? No son diligencias acostumbradas entre mujeres *que la Madre de mi Señor venga a mí.* Yo presiento el milagro, reconozco el misterio: la Madre del Señor está fecundada del Verbo, llena de Dios.

Porque he aquí que, como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, dio saltos de alborozo el niño en mi seno. Y dichosa tú que has creído.

Observas que María no dudó, sino que creyó, y por eso ha conseguido el fruto de la fe. *Bienaventurada tú,* dice, *que has creído.* ¡Mas también sois bienaventurados vosotros que habéis oído y creído!, pues toda alma que cree, concibe y engendra la palabra de Dios y reconoce sus obras. Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor; que en todos resida el espíritu de María para exultar en Dios. Si corporalmente no hay más que una Madre de Cristo, por la fe Cristo es fruto de todos: pues toda alma recibe el Verbo de Dios, a condición de que, sin tacha, preservada de vicios, guarde castidad en una pureza sin detrimento.

Toda alma que llega a este estado engrandece al Señor, como el alma de María ha engrandecido al Señor y como su espíritu ha saltado de gozo en el Dios Salvador. El Señor es efectivamente engrandecido, como en otra parte has leído: *Engrandece al Señor conmigo* (Ps 33,4); no que la palabra humana pueda añadir alguna cosa al Señor, sino que Él es engrandecido en nosotros; pues *Cristo es la imagen de Dios* (2 Cor 4,4; Col 1,15) y, por lo mismo, el alma que hace obra justa y religiosa engrandece esta imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido creada, y, al engrandecerla, participa en cierto modo de su grandeza y se hace más sublime; parece reproducir en ella esta imagen por los brillantes colores de sus buenas obras y por la semejanza de la virtud. Luego el alma de María engrandece al Señor y su espíritu salta de gozo en Dios porque, ofrecida el alma al Padre y al Hijo, ella venera con un piadoso amor al Dios único, de quien vienen todas las cosas, y al único Señor, por quien son hechas todas las cosas (cf. 1 Cor 8,6).

Sigue la profecía de María, cuya plenitud responde a la excelencia de su persona. No es sin motivo, parece, que Isabel profetice antes del nacimiento de Juan y María antes del nacimiento del Señor; pues ya comienzan los preparativos de la salvación humana. Pues así como el pecado comenzó por las mujeres, el bien debía comenzar también por las mujeres, a fin de que las mujeres, deponiendo sus costumbres femeniles, renuncien a su debilidad, y que el alma, que no tiene sexo, como María, que no conoció el error, se aplique religiosamente a imitar su castidad.

María permaneció con ella tres meses y volvió a su casa. Bien se nos dice que María prestó sus servicios y que guardó un número místico: pues su prima no es la única causa de esta larga estancia, sino también el provecho de un profeta tan grande. Efectivamente, si al entrar se ha realizado un resultado tan grande que, al saludo de María, el niño ha dado saltos de gozo en el seno y el Espíritu Santo ha llenado a la madre del niño, ¡qué aumento de gracia no les ha valido la presencia de María durante un espacio de tiempo tan largo! *María permaneció con ella tres meses*. Así el profeta recibía la unción y, tan buen atleta, era ya ejercitado desde el seno de su madre; pues se preparaba para un gran combate. María permaneció allí hasta que llegó para Isabel el tiempo de dar a luz. Si lo consideras diligentemente, encontrarás que esto no se ha notado *más* que para el nacimiento de los justos; en fin, se cumplieron los días de dar a luz María, se cumplió el tiempo de dar a luz Isabel, el tiempo de la vida se cumple cuando los santos terminan la carrera de esta vida. La vida del justo tiene una plenitud, los días de los impíos son vacíos.

(*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (1) nº 19-29,* BAC Madrid 1966, pp. 95-101)

FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilía (31.V.16) - Enc. *Lumen Fidei*, 58-59.

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Ángelus 2015

Los lugares del asombro: el otro, la historia y la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo de Adviento subraya la figura de María. La vemos cuando, justo después de haber concebido en la fe al Hijo de Dios, afronta el largo viaje de Nazaret de Galilea a los montes de Judea, para ir a visitar y ayudar a su prima Isabel. El ángel Gabriel le había revelado que su pariente ya anciana, que no tenía hijos, estaba en el sexto mes de embarazo (cf. *Lc* 1, 26.36). Por eso, la Virgen, que lleva en sí un don y un misterio aún más grande, va a ver a Isabel y se queda tres meses con ella. En el encuentro entre las dos mujeres –imaginad: una anciana y la otra joven, es la joven, María, la que saluda primero: El Evangelio dice así: «Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (*Lc* 1, 40). Y, después de ese saludo, Isabel se siente envuelta de un gran

asombro –¡no os olvidéis esta palabra: asombro. El asombro. Isabel se siente envuelta de un gran *asombro* que resuena en sus palabras: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (v. 43). Y se abrazan, se besan, felices estas dos mujeres: la anciana y la joven. Las dos embarazadas.

Para celebrar bien la Navidad, estamos llamados a detenernos en los «lugares» del asombro. Y, ¿cuáles son los lugares del asombro en la vida cotidiana? Son tres. El primer lugar es *el otro*, en quien reconocemos a un hermano, porque desde que sucedió el Nacimiento de Jesús, cada rostro lleva marcada la semejanza del Hijo de Dios. Sobre todo cuando es el rostro del pobre, porque como pobre Dios entró en el mundo y y dejó, ante todo, que los pobres se acercaran a Él.

Otro lugar del asombro –el segundo– en el que, si miramos con fe, sentimos asombro, es *la historia*. Muchas veces creemos verla por el lado justo, y sin embargo corremos el riesgo de leerla al revés. Sucede, por ejemplo, cuando ésta nos parece determinada por la economía de mercado, regulada por las finanzas y los negocios, dominada por los poderosos de turno. El Dios de la Navidad es, en cambio, un Dios que «cambia las cartas»: ¡Le gusta hacerlo! Como canta María en el *Magnificat*, es el Señor el que derriba a los poderosos del trono y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y a los ricos despide vacíos (cf. *Lc* 1, 52-53). Este es el segundo asombro, el asombro de la historia.

Un tercer lugar de asombro es *la Iglesia*: mirarla con el asombro de la fe significa no limitarse a considerarla solamente como institución religiosa que es, sino a sentirla como Madre que, aun entre manchas y arrugas –¡tenemos muchas!– deja ver las características de la Esposa amada y purificada por Cristo Señor. Una Iglesia que sabe reconocer los muchos signos de amor fiel que Dios continuamente le envía. Una Iglesia para la cual el Señor Jesús no será nunca una posesión que defender con celo: quienes hacen esto, se equivocan, sino Aquel que siempre viene a su encuentro y que ésta sabe esperar con confianza y alegría, dando voz a la esperanza del mundo. La Iglesia que llama al Señor: «Ven Señor Jesús». La Iglesia madre que siempre tiene las puertas abiertas, y los brazos abiertos para acoger a todos. Es más, la Iglesia madre que sale de las propias puertas para buscar, con sonrisa de madre a todos los alejados y llevarles a la misericordia de Dios. ¡Este es el asombro de la Navidad!

En Navidad Dios se nos dona todo donando a su Hijo, el Único, que es toda su alegría. Y sólo con el corazón de María, la humilde y pobre hija de Sión, convertida en Madre del Hijo del Altísimo, es posible exultar y alegrarse por el gran don de Dios y por su imprevisible sorpresa. Que Ella nos ayude a percibir el asombro –estos tres asombros: el otro, la historia y la Iglesia– por el nacimiento de Jesús, el don de los dones, el regalo inmerecido que nos trae la salvación. El encuentro con Jesús, nos hará también sentir a nosotros este gran asombro. Pero no podemos tener este asombro, no podemos encontrar a Jesús, si no lo encontramos en los demás, en la historia y en la Iglesia.

***

Ángelus 2018

El dinamismo de la fe y la caridad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La liturgia de este cuarto domingo de Adviento se centra en la figura de María, la Virgen Madre, que espera dar a luz a Jesús, el Salvador del mundo. Fijemos nuestra mirada en ella, un modelo de fe y caridad; y podemos preguntarnos: ¿Cuáles fueron sus pensamientos durante los meses de espera? La respuesta proviene del pasaje del Evangelio de hoy, la historia de la visita de María a su pariente anciana, Isabel (cf. *Lucas* 1, 39-45) El ángel Gabriel le había dicho que Isabel estaba esperando un hijo y que ya estaba en el sexto mes (cf. *Lucas* 1, 26.36). Y entonces la Virgen, que acababa de concebir a Jesús por la obra de Dios, partió apresuradamente de Nazaret, en Galilea, para llegar a las montañas de Judea y encontrar a su prima.

El Evangelio dice: «Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (v.40). Seguramente ella estaba feliz con ella por su maternidad, y a su vez Isabel saludó a María diciendo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?» (Vv. 42-43). E inmediatamente elogia su fe: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que fueron dichas de parte del Señor!» (v.45). Es evidente el contraste entre María, que tenía fe, y Zacarías, el esposo de Isabel, que había dudado y no había creído la promesa del ángel y, por lo tanto, permaneció en silencio hasta el nacimiento de Juan. Es un contraste.

Este episodio nos ayuda a leer con una luz muy especial el misterio del encuentro del hombre con Dios. Un encuentro que no está bajo la bandera de prodigios asombrosos, sino en nombre de la fe y la caridad. De hecho, María es bendecida porque creyó: el encuentro con Dios es el fruto de la fe. Zacarías en cambio, quien dudó y no creyó, permaneció sordo y mudo. Crecer en fe durante el largo silencio: sin fe, inevitablemente permanecemos sordos a la voz consoladora de Dios; y seguimos sin poder pronunciar palabras de consuelo y esperanza para nuestros hermanos.

Y lo vemos todos los días: las personas que no tienen fe o que tienen una fe muy pequeña, cuando tienen que acercarse a una persona que sufre, les dicen palabras de circunstancia, pero no pueden llegar al corazón porque no tienen fuerzas. No tiene fuerza porque no tiene fe, y si no tiene fe, las palabras que llegan al corazón de los demás no vienen. La fe, a su vez, se nutre de la caridad.

El evangelista nos dice que «se levantó María y se fue con prontitud» (v. 39) hacia Isabel: apresurada, no ansiosa, no ansiosa, sino con prontitud, en paz. «Se levantó»: un gesto lleno de preocupación. Podría haberse quedado en casa para prepararse para el nacimiento de su hijo, en lugar de eso, se preocupa primero de los demás que de sí misma, demostrando, de hecho, que ya es una discípula de ese Señor que lleva en su vientre.

El evento del nacimiento de Jesús comenzó así, con un simple gesto de caridad; además, la auténtica caridad es siempre el fruto del amor de Dios. La visita del evangelio de María a Isabel, que escuchamos hoy en la misa, nos prepara para vivir bien la Navidad, comunicándonos el dinamismo de la fe y la caridad. Este dinamismo es obra del Espíritu Santo: el Espíritu de amor que fecundó el seno virginal de María y que la instó a acudir al servicio de su pariente anciana. Un dinamismo lleno de alegría, como vemos en el encuentro entre las dos madres, que es todo un himno de júbilo alegre en el Señor, que hace grandes cosas con los pequeños que se fían de él.

Que la Virgen María nos obtenga la gracia de vivir una Navidad *extrovertida*, pero no dispersa, extrovertida: en el centro no está nuestro «Yo», sino el Tú de Jesús y tú de los hermanos, especialmente aquellos que necesitan ayuda. Entonces dejaremos espacio al amor que, también hoy, quiere hacerse carne y venir a vivir entre nosotros.

***

Homilía del 31 de mayo de 2016 en Santa Marta

Una actitud (el servicio) y un hecho (el encuentro)

Dos «actitudes» se reconocen como «signos» inequívocos del ser cristianos: el «servicio en la alegría» e «ir al encuentro de los demás». En la misa celebrada el 31 de mayo en Santa Marta, el Papa Francisco dio consejos para los cristianos que «creen ser tales» pero en realidad «no lo son plenamente». E invitó a seguir el ejemplo de «mujeres valientes» como María, capaces de afrontar dificultades y obstáculos por servir a los demás.

Ante una liturgia del día «llena de la alegría que colma nuestro corazón» el Pontífice eligió en primer lugar algunos pasajes de la primera lectura tomada del profeta Sofonías (3, 14-18): «¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! El Señor está en medio de ti, no temerás ya ningún mal»; y también: «Dios está en medio de ti, ¡un poderoso Salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo». Es decir, explicó, «es Dios quien goza con nosotros», quien «nos renueva». Es un pasaje que expresa «una alegría grande, una alegría que llena nuestro corazón y nuestra vida». Luego Francisco recurrió al Evangelio de Lucas (1, 39-56): «En el encuentro de María con su prima» –destacó– se respira el «mismo clima de alegría: "Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios"». También Jesús se alegra y salta en el seno de la madre: «todo es alegría allí, todo».

«Este –comentó el Papa– es el aire fresco que hoy nos trae la liturgia: el mensaje de alegría». Y comentó: qué «cosa fea» son «los cristianos con la cara torcida, los cristianos tristes», una «cosa fea, fea, fea». En efecto, «creen» ser cristianos «pero no lo son plenamente».

En este clima de alegría «que la liturgia hoy nos da como un regalo», el Pontífice quiso poner de relieve dos aspectos: «una actitud» y «un hecho».

La actitud que podemos destacar en el pasaje evangélico es la del «servicio». María, en efecto, «va a servir». Francisco puso de relieve «los dos verbos que introducen esta historia en el Evangelio de Lucas», o sea: «María se levantó», es decir decide: «hago algo», y, por lo tanto, «fue con prontitud». Lo que «asombra», dijo el Pontífice, es precisamente «esta joven de dieciséis años, diecisiete, no más, que va de prisa por este camino, donde seguramente había bandidos, pero era valiente. Se levanta y va». María no encuentra excusas como: «No, estoy embarazada», o también: «Soy la reina del mundo, porque el rey viene a mí». Ella sencillamente «se levanta y va», mostrando, toda su «valentía de mujer».

Al respecto el Papa hizo un paréntesis recordando «a las mujeres valientes que hay en la Iglesia» y que «son como la Virgen»: mujeres que «llevan adelante la familia» y «la educación de los hijos», capaces de afrontar «muchas adversidades, mucho dolor», mujeres «que cuidan a los enfermos... Valientes: se levantan y sirven, sirven». En ellas se reconoce el «signo cristiano» del servicio. Y, al recordar que «quien no vive para servir, no sirve para vivir», Francisco destacó en más de una ocasión la importancia de la actitud del «servicio en la alegría». Una alegría que, de todos modos, requiere también «mortificación», es decir no elegir hacer sólo lo que nos gusta. María, por ejemplo, «se levantó y fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá», fue «lejos», y «seguramente lo hizo sola. Era valiente».

El Evangelio, luego, propone también un «hecho», es decir «el encuentro» entre María e Isabel. «Estas dos mujeres –dijo el Pontífice– se encuentran y se encuentran con alegría, como cuando se encuentran las mujeres que se quieren: se abrazan, se dan un beso...». Un encuentro, en definitiva, caracterizado por la «fiesta». Así, pues, «el encuentro es otro signo cristiano». En efecto, explicó el Papa, «una persona que dice ser cristiana y no es capaz de ir al encuentro de los demás, de encontrarse con los demás, no es totalmente cristiana». Y añadió: «tanto el servicio como el encuentro requieren» la actitud «de salir de sí mismo: salir para servir y salir para encontrar, para abrazar a otra persona».

Precisamente con este tipo de servicio y de encuentro, en María –que una semana antes «trabajaba, sin saber que su prima estaba embarazada», luego, con la «alegría grande de la maternidad» suma «la alegría de servir y la alegría del encuentro»– «se renueva la promesa del Señor» y se realiza «en ese presente». Al respecto comentó Francisco: «Si nosotros aprendiésemos esto –servicio e ir al encuentro de los demás, no rechazar los encuentros–, si nosotros aprendiésemos esto, ¡cuánto cambiaría el mundo!». Y concluyó recordando: «Dos cosas solamente, servir y encontrarse, y experimentaremos la alegría, esta alegría grande de la presencia de Dios en medio de nosotros».

***

Enc. *Lumen fidei*, nn. 58 y 59

Bienaventurada la que ha creído (Lc 1, 45)

En la parábola del sembrador, san Lucas nos ha dejado estas palabras con las que Jesús explica el significado de la «tierra buena»: «Son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia» (Lc 8, 15). En el contexto del Evangelio de Lucas, la mención del corazón noble y generoso, que escucha y guarda la Palabra, es un retrato implícito de la fe de la Virgen María. El mismo evangelista habla de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, de modo que la Palabra diese fruto en su vida. La Madre del Señor es icono perfecto de la fe, como dice santa Isabel: «Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1, 45)

En María, Hija de Sión, se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara, mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. San Justino mártir, en su Diálogo con Trifón, tiene una hermosa expresión, en la que dice que María, al aceptar el mensaje del Ángel, concibió «fe y alegría». En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe. En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado.

Podemos decir que en la Bienaventurada Virgen María se realiza eso en lo que antes he insistido, que el creyente está totalmente implicado en su confesión de fe. María está íntimamente asociada, por su unión con Cristo, a lo que creemos. En la concepción virginal de María tenemos un signo claro de la filiación divina de Cristo. El origen eterno de Cristo está en el Padre; él es el Hijo, en sentido total y único; y por eso, es engendrado en el tiempo sin concurso de varón. Siendo Hijo, Jesús puede traer al mundo un nuevo comienzo y una nueva luz, la plenitud del amor fiel de Dios, que se entrega a los hombres. Por otra parte, la verdadera maternidad de María ha asegurado para el Hijo de Dios una verdadera historia humana, una verdadera carne, en la que morirá en la cruz y resucitará de los muertos. María lo acompañará hasta la cruz (cf. Jn 19, 25), desde donde su maternidad se extenderá a todos los discípulos de su Hijo (cf. Jn 19, 26-27). También estará presente en el Cenáculo, después de la resurrección y de la ascensión, para implorar el don del Espíritu con los apóstoles (cf. Hch 1, 14). El movimiento de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu ha recorrido nuestra historia; Cristo nos atrae a sí para salvarnos (cf. Jn 12, 32). En el centro de la fe se encuentra la confesión de Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer, que nos introduce, mediante el don del Espíritu santo, en la filiación adoptiva (cf. Ga 4, 4-6).

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

2006

Disponibles y dispuestos a recibir a Jesús

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la santa Navidad ya es inminente. La vigilia de hoy nos prepara para vivir intensamente el misterio que esta noche la liturgia nos invitará a contemplar con los ojos de la fe. En el Niño divino recién nacido, acostado en el pesebre, se manifiesta nuestra salvación. En el Dios que se hace hombre por nosotros, todos nos sentimos amados y acogidos, descubrimos que somos valiosos y únicos a los ojos del Creador. El nacimiento de Cristo nos ayuda a tomar conciencia del valor de la vida humana, de la vida de todo ser humano, desde su primer instante hasta su ocaso natural. A quien abre el corazón a este "niño envuelto en pañales" y acostado "en un pesebre" (cf. *Lc* 2, 12), él le brinda la posibilidad de mirar de un modo nuevo las realidades de cada día. Podrá gustar la fuerza de la fascinación interior del amor de Dios, que logra transformar en alegría incluso el dolor.

Preparémonos, queridos amigos, para encontrarnos con Jesús, el Emmanuel, Dios con nosotros. Al nacer en la pobreza de Belén, quiere hacerse compañero de viaje de cada uno. En este mundo, desde que él mismo quiso poner aquí su "tienda", nadie es extranjero. Es verdad, todos estamos de paso, pero es precisamente Jesús quien nos hace sentir como en casa en esta tierra santificada por su presencia. Pero nos pide que la convirtamos en una casa acogedora para todos. Este es precisamente el don sorprendente de la Navidad: Jesús ha venido por cada uno de nosotros y en él nos ha hecho hermanos. De ahí deriva el compromiso de superar cada vez más los recelos y los prejuicios, derribar las barreras y eliminar las contraposiciones que dividen o, peor aún, enfrentan a las personas y a los pueblos, para construir juntos un mundo de justicia y de paz.

Con estos sentimientos, queridos hermanos y hermanas, vivamos las últimas horas que nos separan de la Navidad, preparándonos espiritualmente para acoger al Niño Jesús. En el corazón de la noche vendrá por nosotros. Pero su deseo es también venir a nosotros, es decir, a habitar en el corazón de cada uno de nosotros. Para que esto sea posible, es indispensable que estemos disponibles y nos preparemos para recibirlo, dispuestos a dejarlo entrar en nuestro interior, en nuestras familias, en nuestras ciudades. Que su nacimiento no nos encuentre ocupados en festejar la Navidad, olvidando que el protagonista de la fiesta es precisamente él. Que María nos ayude a mantener el recogimiento interior indispensable para gustar la alegría profunda que trae el nacimiento del Redentor. A ella nos dirigimos ahora con nuestra oración, pensando de modo especial

en los que van a pasar la Navidad en la tristeza y la soledad, en la enfermedad y el sufrimiento. Que la Virgen dé a todos fortaleza y consuelo.

***

2009

La Navidad es la respuesta de Dios a la humanidad que busca la paz

Queridos hermanos y hermanas:

Con el IV domingo de Adviento, la Navidad del Señor está ya ante nosotros. La liturgia, con las palabras del profeta Miqueas, invita a mirar a Belén, la pequeña ciudad de Judea testigo del gran acontecimiento: "Pero tú, Belén de Efratá, la más pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial" (*Mi* 5, 1). Mil años antes de Cristo, en Belén había nacido el gran rey David, al que las Escrituras concuerdan en presentar como antepasado del Mesías. El Evangelio de san Lucas narra que Jesús nació en Belén porque José, el esposo de María, siendo de la "casa de David", tuvo que dirigirse a esa aldea para el censo, y precisamente en esos días María dio a luz a Jesús (cf. *Lc* 2, 1-7). En efecto, la misma profecía de Miqueas prosigue aludiendo precisamente a un nacimiento misterioso: "Dios los abandonará –dice– hasta el tiempo en que la madre dé a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel" (*Mi* 5, 2).

Así pues, hay un designio divino que comprende y explica los tiempos y los lugares de la venida del Hijo de Dios al mundo. Es un designio de paz, como anuncia también el profeta hablando del Mesías: "En pie pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor su Dios. Habitarán tranquilos porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra. Él mismo será nuestra paz" (*Mi* 5, 3-4).

Precisamente este último aspecto de la profecía, el de la paz mesiánica, nos lleva naturalmente a subrayar que Belén es también una ciudad-símbolo de la paz, en Tierra Santa y en el mundo entero. Por desgracia, en nuestros días, no se trata de una paz lograda y estable, sino una paz fatigosamente buscada y esperada. Dios, sin embargo, no se resigna nunca a este estado de cosas; por ello, también este año, en Belén y en todo el mundo, se renovará en la Iglesia el misterio de la Navidad, profecía de paz para cada hombre, que compromete a los cristianos a implicarse en las cerrazones, en los dramas, a menudo desconocidos y ocultos, y en los conflictos del contexto en el que viven, con los sentimientos de Jesús, para ser en todas partes instrumentos y mensajeros de paz, para llevar amor donde hay odio, perdón donde hay ofensa, alegría donde hay tristeza y verdad donde hay error, según las bellas expresiones de una conocida oración franciscana.

Hoy, como en tiempos de Jesús, la Navidad no es un cuento para niños, sino la respuesta de Dios al drama de la humanidad que busca la paz verdadera. "Él mismo será nuestra paz", dice el profeta refiriéndose al Mesías. A nosotros nos toca abrir de par en par las puertas para acogerlo. Aprendamos de María y José: pongámonos con fe al servicio

del designio de Dios. Aunque no lo comprendamos plenamente, confiemos en su sabiduría y bondad. Busquemos ante todo el reino de Dios, y la Providencia nos ayudará. ¡Feliz Navidad a todos!

***

2012

La belleza de la acogida

¡Queridos hermanos y hermanas!

En este cuarto domingo de Adviento, que se anticipa por poco a la Natividad del Señor, el evangelio narra la visita de María a su pariente Isabel. Este episodio no es un simple gesto de cortesía, sino que muestra de modo muy simple el encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Las dos mujeres, ambas embarazadas, encarnan la esperanza y al Esperado. La anciana Isabel simboliza a Israel en espera del Mesías, mientras que la joven María trae en sí misma el cumplimiento de esta espera, en beneficio de toda la humanidad. En las dos mujeres se encuentran y se reconocen ante todo, los frutos de sus vientres, Juan y Cristo.

Comenta así el poeta cristiano Prudencio: "El bebé que está en el vientre anciano saluda, a través de la boca de su madre, al Señor, hijo de la Virgen" (*Apotheosis*, 590: PL 59, 970). La exultancia de Juan en el vientre de Isabel, es el signo del cumplimiento de la espera: Dios está por visitar a su pueblo.

En la Anunciación, el arcángel Gabriel le habló a María del embarazo de Isabel (cf. Lc. 1,36), como prueba del poder de Dios: la infertilidad, a pesar de su avanzada edad, había sido trasformada en fecundidad. Isabel, acogiendo a María, reconoce que se está cumpliendo la promesa de Dios a la humanidad y exclama: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?" (Lc. 1,42-43).

La expresión "bendita tu entre las mujeres" es dicha en el Antiguo Testamento a Yael (Jueces 5,24) y a Judit (Jdt. 13,18), dos mujeres guerreras comprometidas en salvar a Israel. Esta vez, está dirigido a María, jovencita pacífica que está por generar al Salvador del mundo. Así también el salto de alegría de Juan (cf. Lc. 1,44) se refiere a la danza que el rey David hizo cuando acompañó la entrada del Arca de la Alianza en Jerusalén (cf. 1 Cro. 15,29). El arca, que contenía las tablas de la Ley, el maná y la vara de Aarón (cf. Hb. 9,4), era el signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El niño por nacer, Juan, exulta de alegría ante María, Arca de la Nueva Alianza, que lleva en el vientre a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

La escena de la Visitación también expresa la belleza de la acogida: donde hay acogida recíproca, escucha, un hacer sitio al otro, allí está Dios y la alegría que viene de Él.

Imitemos a María en el tiempo de Navidad, visitando a quienes pasan por dificultades, especialmente a los enfermos, a los encarcelados, a los ancianos y a los niños. También imitemos a Isabel, que recibe a sus huéspedes como si fuera Dios mismo: sin desearlo no conoceremos nunca al Señor; sin esperarlo no lo veremos, sin buscarlo no lo encontraremos.

Con la misma alegría de María, que va rápido donde Isabel (cf. Lc. 1,39), también nosotros vayamos al encuentro del Señor que viene. Oremos para que todos los hombres busquen a Dios, descubriendo que es Dios mismo el primero en visitarnos. A María, Arca de la Nueva y Eterna Alianza, confiamos nuestro corazón, para que lo haga digno de recibir la visita de Dios en el misterio de su Nacimiento.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

IV domingo de Adviento

96. Con el IV domingo de Adviento, la Navidad está ya muy próxima. La atmósfera de la Liturgia, desde los reclamos corales a la conversión, se traslada a los acontecimientos que circundan el Nacimiento de Jesús. Un cambio de dirección evidenciado en el Prefacio II del tiempo de Adviento. «La Virgen concebirá» es el título de la primera lectura del año A. Cierto es que todas las lecturas, de los profetas a los Apóstoles y a los Evangelios, giran en torno al misterio anunciado a María por el arcángel Gabriel. (Lo que se dice aquí a propósito de los Evangelios de los domingos y de los textos del Antiguo Testamento puede ser aplicado también al Leccionario ferial del 17 al 23 de diciembre).

97. En el Evangelio del año B se lee la narración de la Anunciación de Lucas; a la que sigue, en el mismo evangelio, la Visitación, que se lee en el año C. Estos acontecimientos ocupan un lugar destacado en la devoción de muchos católicos. La primera parte de la oración, el ***Ave María***, considerada entre las más hermosas, se compone de las palabras dirigidas a María por el Arcángel Gabriel y por Isabel. La Anunciación es el primer misterio gozoso del Rosario; la Visitación, el segundo. La oración del ***Ángelus*** es una meditación ampliada de la Anunciación, recitada por muchos fieles cada día (por la mañana, al mediodía y por la noche). El encuentro entre el arcángel Gabriel y María, sobre la que desciende el Espíritu Santo, está representado en múltiples obras del arte cristiano. En el IV domingo de Adviento, el homileta tendría que trabajar sobre esta sólida base de la devoción cristiana y, así, conducir a los fieles hacia una comprensión más profunda de estos admirables acontecimientos.

98. «El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo». El poder y la fuerza de aquella hora nunca han disminuido. Ahora se siente de nuevo mientras de ella se impregna la asamblea en la que se proclama el Evangelio. Forja la hora

peculiar de la celebración comunitaria. Estamos absortos en su Misterio. En cierto modo estamos presentes en la escena. Vemos al ángel que se presenta delante de la Virgen María en Nazaret de Galilea (también la Iglesia está contemplando la escena, siguiendo con estupor el drama de su encuentro, su intercambio de palabras). Mensaje divino, respuesta humana. Pero, mientras observamos, tomamos conciencia de que en esta visión no estamos aceptados sólo como simples espectadores. Cuanto ha sido ofrecido a María (acoger al Hijo de Dios en su seno) nos es ofrecido, en cierto modo, a cada una de las asambleas de fieles y a cada uno de los creyentes en la Liturgia del domingo IV de Adviento. En Navidad, ya dentro de pocos días, se nos va a entregar. Justo como ha dicho Jesús: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

99. La primera lectura del Año B, del segundo Libro de Samuel, nos invita a dar un paso atrás respecto a esta escena, incluso manteniendo la mirada fija en ella. La lectura nos ofrece una visión más amplia, la historia de la dinastía de David. La intención es la de ayudarnos a mirar con atención en los siglos que han transcurrido en esta historia hasta que surge, finalmente, el ángel delante de María. Es útil, por tanto, para el homileta ayudar a las personas a observar todo el escenario del acontecimiento. El generoso David está inspirado por un pensamiento noble, es decir, construir una casa para el Señor. ¿Por qué, se pregunta David, ahora que se ha establecido en su casa y ha obtenido una tregua en torno a sus enemigos gracias a la intervención del Señor, por qué Él tendría que continuar viviendo en el arca debajo de una tienda? ¿Por qué no una casa, un templo, para el Señor? Pero el Señor da a David una respuesta del todo inesperada. A la generosa oferta de David, el Señor responde con su generosidad divina superando enteramente lo que David ofrecía o nunca habría podido imaginar. Revocando la oferta de David, el Señor dice: «Tu no construirás una casa para mí», «el Señor te anuncia que te va a edificar una casa» (cf. 2 Sam 7,11), refiriéndose así a la dinastía de David que «dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad» (Sal 72,5).

100. Volviendo a la escena central de esta narración, vemos cómo la promesa hecha a David se ha cumplido de manera definitiva y, una vez más, de manera inesperada. María está «desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David» (Lc 1,27). El Ángel anuncia a María que dará a luz un Hijo, diciendo: «El Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lc 1,32). María misma es, de este modo, la casa que el Señor construye para el auténtico Hijo de David. Incluso, el deseo de David de construir una casa para el Señor se cumple de modo misterioso: con las palabras «hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38), la Hija de Sión, por medio de su consentimiento de fe, en un instante construye un templo digno para el Hijo del Dios Altísimo.

101. El misterio de la Concepción Virginal de María es también el tema del Evangelio del Año A pero, en este caso, la narración se desarrolla desde el punto de vista de José, como nos narra Mateo. La primera lectura es un breve pasaje de Isaías en el que el profeta pronuncia la conocida frase:

«Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Esta lectura puede ofrecer al homileta la ocasión para explicar cómo la Iglesia ve, justamente, el cumplimiento de los textos del Antiguo Testamento en los acontecimientos de la vida de Jesús. En el pasaje de Mateo, la asamblea escucha los detalles referidos, que circundan el Nacimiento de Jesús, concluyendo con la frase: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta». Un profeta habla en la historia, en circunstancias concretas. En el 734 a.C., el rey Acaz tenía que hacer frente a un enemigo poderoso; el profeta Isaías le exhortó a tener fe en el poder que Dios tenía para liberar Jerusalén, y ofreció al rey un signo enviado por el Señor. Cuando el rey, con hipocresía, lo rechazó, el contrariado Isaías le anunció que le sería dado, de todas formas, un signo, el signo de una Virgen, cuyo Hijo sería llamado Emmanuel. Pero ahora, por medio del Espíritu Santo, que ha hablado por el profeta, cuanto tenía sentido en aquellas precisas circunstancias históricas se amplía para conformarse en una circunstancia histórica mucho mayor: la Venida del Hijo de Dios que se hace carne. Todas las profecías y toda la historia, en definitiva, hablan de esto.

102. El homileta, una vez presentado este argumento, puede considerar la narración bien construida de Mateo. El evangelista se preocupa de mantener en equilibrio dos verdades sobre Jesús: que es el Hijo de David y que es el Hijo de Dios. Ambas son verdades esenciales para comprender quién es Jesús. Tanto María como José interpretan un papel preciso en el cumplimiento de este entrelazarse armónico del misterio.

103. Como hemos visto en la Anunciación en el contexto de la Historia de Israel, también la genealogía que precede a este Evangelio ofrece una clave importante para su interpretación. (La genealogía se lee el 17 de diciembre y en la Misa de la Vigilia de Navidad). El Evangelio de Mateo inicia solemnemente con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán». Continúa la narración tradicional de todas las generaciones: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así en adelante, pasando por David y sus descendientes, hasta José, donde el relato sufre un imprevisto y marcado cambio: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». Resulta singular y extraordinario cómo el texto no prosigue diciendo: «José engendró a Jesús», sino que especifica cómo José es el esposo de María, de la cual nació Jesús. Es precisamente en este punto sobre el que recae el peso del IV domingo de Adviento, como viene indicado en el primer versículo: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera». Es decir, en circunstancias notablemente diferentes a todos los nacimientos precedentes, exigiendo, por tanto, esta narración peculiar.

104. La primera información se refiere al hecho que María, ***antes*** de ir a vivir con José, estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Es claro, por tanto, para los que escuchan y leen el pasaje que el niño no es de José sino que es el mismo Hijo de Dios. En la narración, además, esto no está todavía claro para José. El homileta podrá constatar el drama que soporta José. ¿Sospecha la infidelidad de María y por eso decide «repudiarla en secreto»? O quizá ¿tiene alguna intuición de la obra divina, que le lleva a temer de recibir a María

como su esposa? Es desconcertante también el silencio de María. Ella, claramente, mantiene el secreto que existe entre ella y Dios, y será Dios quien clarificará la situación. Ninguna palabra humana sería suficiente para explicar un misterio tan grande. Mientras José consideraba estas cosas, un Ángel le revela en sueños que María ha concebido por obra del Espíritu Santo y que no debe temer. La Liturgia del Adviento invita a los fieles a no temer y a acoger, como José, el misterio divino que se está desarrollando en su vida.

105. Un Ángel confirma en sueños a José que María ha concebido por obra del Espíritu Santo. Así, de nuevo, todo se explica: Jesús es el Hijo de Dios. Pero José tendrá que cumplir dos gestos, dos actos que legitimarán el Nacimiento de Jesús a los ojos de la cultura y de la fe judías. El Ángel se dirige a él de modo explícito con estas palabras: «José, Hijo de David», y le ordena llevar a María a su casa, permitiendo que el misterio de ella le trasforme. Después, él tendrá que dar nombre al niño. Estos dos gestos hacen de Jesús «el Hijo de David». La narración de Mateo habría podido continuar con estas palabras: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor», mientras que, por el contrario, la narración viene interrumpida por la profecía de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta», para citar después el versículo profético que hemos escuchado en la primera lectura. Lo que Isaías dijo a Acaz es poca cosa al respecto. Ahora la palabra «Virgen» se toma al pie de la letra, y Ella concibe por obra del Espíritu Santo. Y qué decir del nombre que tendrán que dar al niño ¿Emmanuel? Mateo, a diferencia de Isaías, explica su significado: «Dios-con-nosotros». También estas palabras, como indican las circunstancias, están tomadas al pie de la letra. José, el Hijo de David, lo llamará Jesús; pero el misterio más profundo de su nombre es «Dios-con-nosotros».

106. En la segunda lectura de este mismo domingo, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, escuchamos un lenguaje teológico más antiguo y primitivo que el de Mateo pero que ya nos revela la importancia del equilibrio armónico en los títulos que expresan el Misterio de Jesús. San Pablo habla del «Evangelio que se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano de la estirpe de David; constituido, Hijo de David, con pleno poder por su Resurrección de la muerte». San Pablo ve ratificado el título de «Hijo de Dios» en la Resurrección de Jesús. San Mateo, como hemos visto con anterioridad, cuando explica el nombre del Emmanuel con el significado de «Dios-con-nosotros», expresa tal comprensión del Señor resucitado, haciendo referencia al principio de su existencia humana.

107. A pesar de ello, es Pablo quien muestra directamente el modo de relacionar lo que escuchamos en estos textos. Después de haber llamado con solemnidad a aquel que es el centro de su Evangelio «Hijo de David e Hijo de Dios», Pablo designa a los gentiles como los que están llamados «por Cristo Jesús». Además, los define como «a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo». El homileta debe mostrar cómo este lenguaje se aplica también a nosotros. Los cristianos escuchan la maravillosa historia del Nacimiento de Jesucristo que cumple de modo admirable lo que había sido prometido

por medio de los profetas, pero después escuchan también una palabra sobre ellos: estamos llamados a pertenecer a Jesucristo, estamos llamados por Dios y estamos llamados a ser santos.

108. El Evangelio del Año C se refiere a lo que María realizó inmediatamente después del encuentro con el Ángel que le anuncia la concepción del Hijo de Dios. «En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña», a ver a su pariente Isabel que estaba encinta de Juan Bautista. Y al oír el saludo de María el niño saltó en el seno de Isabel.

Es este el primero de tantos momentos en los que Juan anuncia la presencia de Jesús. Es instructivo reflexionar también sobre cómo María se comporta cuando es consciente de llevar al Hijo de Dios en su seno. Ella «aprisa» va a visitar a Isabel, para poder constatar que «nada es imposible para Dios»; y actuando así, aporta un gran gozo a Isabel y al Hijo que está en su seno.

109. En estos días convulsos de Adviento la Iglesia entera asume la fisonomía de María. El rostro de la Iglesia lleva impresos los signos distintivos de la Virgen. El Espíritu Santo actúa ahora en la Iglesia, como ha actuado siempre. Por tanto, mientras la asamblea en este domingo entra en el misterio eucarístico, el sacerdote reza en la oración sobre las ofrendas: «El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar». El homileta debe extraer el mismo nexo evidenciado por esta oración: a través de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, los fieles llevarán en su propio cuerpo lo que María llevó en sus entrañas. Como Ella, tendrán que hacer «deprisa» el bien al prójimo. Sus buenas acciones, realizadas siguiendo el ejemplo de María, sorprenderán entonces a los otros con la presencia de Cristo, de modo que dentro de ellos se produzca un salto de gozo.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La “Visitación”

María: “Dichosa la que ha creído”

148. La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Isabel la saludó: “¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

La maternidad divina de María

495. Llamada en los Evangelios “la Madre de Jesús” (Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como “la madre de mi Señor” desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no

es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ["Theotokos"] (cf. DS 251).

IV. EL ESPIRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717. "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan (Jn 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Lc 1, 68).

2676. Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Ave María:

"Dios te salve, María [Alégrate, María]". La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava (cf Lc 1, 48) y a alegrarnos con el gozo que El encuentra en ella (cf So 3, 17b)

"Llena de gracia, el Señor es contigo": Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia. "Alégrate... Hija de Jerusalén... el Señor está en medio de ti" (So 3, 14, 17a). María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es "la morada de Dios entre los hombres" (Ap 21, 3). "Llena de gracia", se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al que entregará al mundo.

"Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. "Llena del Espíritu Santo" (Lc 1, 41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María (cf. Lc 1, 48): "Bienaventurada la que ha creído..." (Lc 1, 45): María es "bendita entre todas las mujeres" porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las "naciones de la tierra" (Gn 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

El Hijo se ha encarnado para cumplir la voluntad del Padre

II. LA ENCARNACIÓN

462. La carta a los Hebreos habla del mismo misterio:

Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron.

Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Hb 10, 5-7, citando Sal 40, 7-9 LXX).

III. CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606. El Hijo de Dios "bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado" (Jn 6, 38), "al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (Jn 10, 17). "El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14, 31).

607. Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: "¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!" (Jn 12, 27). "El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?" (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que "todo esté cumplido" (Jn 19, 30), dice: "Tengo sed" (Jn 19, 28).

Artículo 1. EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

2568. La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se inscribe entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: "¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?" (Gn 3, 9. 13) y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: "He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10, 5-7). Así, la oración está ligada con la historia de los hombres, es la relación con Dios en los acontecimientos de la historia.

III. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

2824. En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: "He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad" (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: "Yo hago siempre lo que le agrada a él" (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38). He aquí por qué Jesús "se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios" (Ga 1, 4). "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 10).

Ha mirado la humillación de su esclava

El último domingo de Adviento es el que nos debe preparar inmediatamente a la Navidad. Ahora las compras ya debieran estar terminadas y estamos quizás un poco más disponibles a pensar también en el sentido religioso de la fiesta.

La liturgia del Adviento nos presenta dos grandes guías para la Navidad: Juan el Bautista y María. En las iglesias ortodoxas los respectivos iconos están colocados uno a la derecha y otro a la izquierda de la puerta, que introduce en la parte más sagrada del templo en donde está situado el altar del sacrificio. Son como los dos «ujieres», que introducen ante la presencia del rey.

Hemos ya recogido el mensaje de Juan el Bautista en uno de los domingos precedentes. Ahora, el *precursor* nos entrega a la *madre* para que sea ella la que complete nuestra preparación para la Navidad. Y, en efecto, el Evangelio de hoy es el de la Visitación de María a Isabel, que se concluirá con el *Magnificat:*

«Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha visto la humillación de su esclava» (*Lucas,* 1,46-48).

El pasaje evangélico termina aquí, pero el *Magnificat* prosigue diciendo:

«Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (*Lucas* 1, 52-53).

Con estas palabras María nos ayuda a acoger un aspecto importante del misterio natalicio sobre el que yo quisiera insistir: la Navidad como fiesta de los humildes y como rescate de la gente pobre. En el mundo de hoy se van perfilando dos nuevas clases sociales, que ya no son las mismas con las que se razonaba en el pasado, es decir, los patronos y los proletarios. Son, más bien, por una parte, la sociedad cosmopolita, que sabe el inglés, que se mueve a su antojo en los aeropuertos del mundo, que sabe usar el ordenador y «navega» en *Internet,* para la cual la tierra es ya el «pueblo global»; por otra, la gran masa de quienes apenas han salido del país, en el que han nacido, y tienen un acceso limitado o sólo indirecto a los grandes medios de comunicación social. Son éstos, hoy, respectivamente, los nuevos «potentados» y los nuevos «humildes».

María nos ayuda a poner las cosas en su sitio y a no dejamos engañar. Nos dice que frecuentemente los valores más profundos se escondan entre los humildes; que los acontecimientos que más inciden en la historia (como el nacimiento de Jesús), sucedan en medio de ellos y no sobre los grandes teatros del mundo. Belén era la más «pequeña entre las aldeas de Judá», dice la primera lectura de hoy; y, sin embargo, fue en ella en donde nació el Mesías. Grandes escritores, como Manzoni y Dostoevskij, han inmortalizado en sus obras los valores y las historias de la gente pobre.

Profundicemos este mensaje del *Magnificat,* que es tan cercano al que Jesús proclamará más tarde con las Bienaventuranzas. «Ha mirado la humillación de su esclava» *(Lucas* 1,46): ¿qué quería decir con esto la Virgen? Seguramente no que «ha mirado mi *virtud* de la humildad» (si hubiese intentado decir esto, ¡la Virgen no hubiera sido en verdad humilde!) sino más bien que «Ha mirado mi pobreza, mi contar tan poco». Había tantas jóvenes ricas, bellas, cultas, espléndidamente vestidas en Jerusalén (por no hablar de Roma), hijas de nobles o de sumos sacerdotes, y el Señor se ha dignado volver su mirada sobre una pobre muchacha de ¡la más olvidada aldea de Galilea! Esto quería decir María.

La «elección preferencial» por los pobres es algo que Dios ha hecho mucho antes del concilio Vaticano II. La escritura dice que «el Señor es sublime, se fija en el humilde» (*Salmo* 138,6) y que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (1 *Pedro* 5,5). A través de toda la revelación él se nos presenta como un Dios que se inclina sobre los humildes, los afligidos, los abandonados y sobre aquellos, que no son nada a los ojos del mundo. El apóstol Pablo escribe:

«Ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes» (1 *Corintios* 1,27).

Todo esto contiene una lección actualísima. En efecto, nuestra tentación es hacer exactamente lo contrario de lo que Dios ha hecho: querer mirar a quien está en lo alto, no a quien está en lo bajo; a quien está bien, no a quien se encuentra en la necesidad. En su comentario al *Magnificat,* Lutero ha expresado con gran fuerza esta verdad: «Todos los días debemos constatar cómo se esfuerza cada uno en elevarse sobre sí mismo a una posición de honor, de potencia, de riqueza, de dominio, a una vida acomodada ya todo lo que es grande y soberbio. Y cada uno quiere estar con tales personas, corre tras de ellas, les sirve con gusto, cada uno quiere participar en su grandeza. Nadie quiere mirar hacia abajo, en donde está la pobreza, la humillación, la necesidad, la aflicción y angustia; por el contrario, todos quitan la vista de una tal condición. Cada uno huye de las personas probadas así, las evita, las deja solas, nadie piensa en ayudarles, asistirles y hacer que ellas lleguen a ser algo. Deben permanecer en lo bajo y ser despreciadas». De este diagnóstico, una cosa no responde a la verdad: no es verdadero que nadie piense en ayudar a las personas necesitadas. Gracias a Dios, hay muchísimos que, empujados por la palabra del Evangelio o por un sentido de solidaridad humana, se acercan a quien está en situación de necesidad.

Pero, no podemos contentamos con recordar que Dios mira a los humildes, o con mirar nosotros mismos a los humildes. Debemos *llegar a ser* nosotros mismos los pequeños y los humildes, al menos, de corazón. La basílica de la Natividad de Belén tiene una sola puerta de ingreso y es tan baja que no se pasa por ella si no es encorvándose profundamente. Alguno dice que fue construida así para impedir que los beduinos entrasen dentro a la grupa con sus camellos. Pero, la explicación, que siempre se ha dado (y que contiene, en todo caso, una profunda verdad espiritual), es otra. Aquella puerta

debía recordar a los peregrinos que para penetrar en el significado profundo de la Navidad era necesario abajarse y hacerse pequeños.

Si no podemos hacemos pequeños delante de Dios al que no vemos, hagámonos pequeños delante del hermano al que vemos. «Haceos imitadores de Dios» nos exhorta san Pablo (*Efesos* 5, 1). Imitar lo que Dios ha hecho significa en la Navidad abandonar todo pensamiento de hacerse justicia para sí solos con cada recuerdo de injuria recibido, cancelar del corazón todo resentimiento hacia todos (¡Dios no ha guardado rencor con el hombre!). No admitir voluntariamente ningún pensamiento hostil contra nadie ni contra los vecinos, ni contra los lejanos, ni contra los pequeños, ni contra los grandes, ni contra criatura alguna que exista en el mundo. Si no conseguimos hacer esto a lo largo de todo el año, esforcémonos al menos para poderlo hacer en este tiempo navideño. Si lo hacemos así, veremos que la fiesta será mucho más luminosa. Descenderá asimismo en nuestro corazón la paz anunciada por el ángel a los hombres «de buena voluntad» (cfr. *Lucas* 2,14).

En los próximos días oiremos cantar muchas veces la antigua melodía: «Tú desciendes de las estrellas, oh rey del cielo». Pero, si Dios ha descendido «de las estrellas», ¿no deberíamos nosotros descender de nuestros pequeños pedestales de superioridad y de dominio, de estar, como se dice, «sobre lo nuestro», para vivir como hermanos reconciliados entre nosotros? Es necesario descender de los «camellos» para entrar en el portal de Belén…

Ante el pesebre nos vuelven a la mente las palabras de Jesús:

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (*Mateo* 11,25).

Hablando de pequeños y de humildes, no podemos pasar en silencio la categoría de los pequeños por excelencia, que son los pequeños también físicamente, los niños. A este respecto, no se puede dejar de mencionar un hecho tristísimo: los abusos que se cometen contra ellos. Es una plaga, que se revela cada día más vasta y profunda: la pedofilia, el trabajo infantil, la violencia sobre los menores… ¡Un estrago de inocentes y un estrago de inocencia! El niño es un indefenso; no está en disposición ni siquiera de darse cuenta del mal, que se le está haciendo. Por esto, al niño se le debe, decía el refrán antiguo, «el máximo respeto» (*máxima debetur puero reverentia*). Jesús ha dicho, a este propósito, una de sus palabras más duras: «Al que escandalice a uno de estos pequeños, que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino, que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (cfr. *Mateo* 18,6).

Si no es posible parar a los autores de estas cosas, gente frecuentemente enferma o sin conciencia, al menos, abramos los ojos nosotros para defender a nuestros niños. Si no nos es posible inclinarnos materialmente ante el Niño Jesús en la gruta, portal o pesebre, como lo hicieron los pastores y los Magos, inclinémonos delante del «niño Jesús» de hoy.

Jesús ha dicho: «En verdad os digo que cuanto hicisteis con uno de estos más pequeños, también conmigo lo hicisteis» (cfr. *Mateo* 25,45).

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Dichoso el que crea

«Dichoso el que crea, porque se llenará del Espíritu Santo y se cumplirá en él la voluntad de Dios.

Dichoso el que crea que el Hijo de Dios fue engendrado por obra del Espíritu Santo y encarnado en vientre virgen y puro de mujer, para nacer en medio de los hombres, para vivir, morir y resucitar para la salvación de los hombres.

Dichoso sea el que crea en que la Madre del Señor ha venido a visitarnos en diferentes momentos y lugares, para traer a sus hijos el mismo mensaje de esperanza, de amor, de misericordia, de paz, que muestra un camino de conversión a través de la penitencia, la oración y la consagración a su Inmaculado Corazón, para llevarnos al encuentro con Cristo, para que encontremos en Él la vida eterna.

Dichoso el que crea que es verdadero Hijo de la Madre de Dios.

Dichoso el que crea en ella, y la considere y reciba como Madre.

Pero el que crea en la maternidad divina de la Virgen María, también debe creer en su Virginidad Perpetua, en su Inmaculada Concepción, y en su Bendita Asunción; y debe creer también en su misión corredentora con Cristo, en su presencia viva acompañando a sus hijos en todo momento como Reina de cielos y tierra, y en que es faro de luz para volver al mundo de las tinieblas a la luz.

Cree tú, y acepta el auxilio de tu Madre del cielo, que es la Omnipotencia Suplicante, y consigue para ti el favor de Dios en tus necesidades. Acude a ella humillándote como lo hizo ella, ofreciendo tu vida para servir como siervo de la Sierva del Señor, para ser instrumento de misericordia, dócil a la voluntad de Dios, para llevar al mundo el mensaje de esperanza, de misericordia, de amor y de paz, que ha venido a traer la Madre de Dios, para que todos los hombres crean en Él y se salven.

Eleva tus ojos al cielo, mira la Estrella, mira a María, y alaba a Dios diciendo: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!".

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Aprendiendo a querer

Dios mío, mientras aguardamos –ya impacientes– la inminente venida de Jesucristo, quisiera escucharte yo también, con mi oído interior atento, sin filtros de prejuicios. No vaya a ser que casi sólo oiga lo de siempre: lo mío, mis palabras, muy razonadas –eso sí–, pero no las tuyas. Necesito librarme de ese monólogo, casi permanente, aunque pierda la tranquilidad y la seguridad de no tener quien se me oponga.

María, que es la misma inocencia y no desea otra cosa sino agradar a su Dios, alienta sin cesar su disposición de servir a su Señor. Vive todos los días de la ilusión por complacerle en cada detalle, poniendo todo su ser en amarle. Se siente contemplada por su Creador y a la vez segura, sabiendo que Él conoce hasta el más delicado movimiento de su espíritu, mientras ella, llena de paz y alegre como nadie, va plasmando en sus obras el amor que le tiene.

María **se turbó**, dice el evangelista. Acababa de escuchar un singular saludo, que era la más grande alabanza jamás pronunciada. Con su clarísima inteligencia había entendido bien: era un saludo de parte de Dios, un saludo afectuoso a Ella de parte del Creador. Las palabras que escucha indican que el mensajero viene de parte del Altísimo, que conoce la intimidad habitual entre Dios y Ella; por eso se dirige a María, pero no por su nombre. En María, lo más propio, más aún que su nombre, es su plenitud de Gracia. Así la llama el Ángel: **Llena de Gracia.** Es la criatura que tiene más de Dios, a quien el Creador más ha amado. Y María correspondió siempre, del todo y libremente, con su amor al amor divino.

A partir de la disposición de María el Ángel le transmite su mensaje. Como decía Juan Pablo II, Dios "busca al hombre movido por su corazón de Padre": no debemos temer a Dios. Las palabras de Gabriel –tan intensas– y lo inesperado del mensaje, posiblemente sobrecogieron a Nuestra Madre, pero no tenía por qué temer, le dice el Ángel. Su presencia ante ella, por el contrario, era motivo de gran gozo: el Señor la había escogido entre todas las mujeres, entre todas las que habían existido y las que existirían: el Verbo Eterno iba a nacer como Hombre, para redimir a la humanidad, y Ella sería su Madre.

¿Tenemos miedo a Dios? De Él sólo podemos esperar bondades, aunque nos supongan una cierta exigencia. ¿Tememos preguntarnos si nuestras conductas son de su agrado, no sea que debamos rectificar? Queramos mirar al Señor cara a cara, francamente, como mira un niño ilusionado el rostro de su padre, esperando siempre cariño, comprensión, consuelo, ayuda…

No se puede pensar en la respuesta de María como en algo independiente de sus disposiciones habituales; su sí a Dios vino a ser la formalización actual de lo que siempre había querido.

Señor, que vea; te pido como Bartimeo, aquel ciego al que curaste. Que Te vea. Que vea qué esperas de mí. Quiero escuchar tu llamada, en cada circunstancia de mi vida y,

como María, para mi vida entera... Entiendo que conoces los detalles de mi andar terreno y prevés lo que llamo bueno y lo que llamo malo y que todo es ocasión de amarte. Ayúdame a intentarlo sinceramente, de verdad. **Enséñame a hacer tu voluntad, porque eres mi Dios,** te pido con el Salmista. Enséñame a confiar en tu Bondad omnipotente.

No temas, María –le dice Gabriel, antes incluso de manifestarle en detalle la Voluntad del Señor. Y, luego, el mensaje mismo incluye los motivos de seguridad y optimismo: que cuenta con todo el favor de Dios y que será obra del Espíritu Santo la concepción y mantendrá su virginidad... Finalmente, recibe también una prueba de otra acción poderosa de Dios: la fecundidad de Isabel, **porque para Dios no hay nada imposible**, concluye el arcángel.

Cuando nos habituamos a contemplar a Dios –Señor de la historia: de la mía– presente en los sucesos de cada jornada, tenemos paz. Lo sentimos como un Padre inspirando y protegiendo cada paso nuestro: queriéndonos. Porque nos comprende y nos sonríe con el cariño afectuoso de siempre. También cuando, quizá sin darnos mucha cuenta, tratamos rebajar la exigencia, "escurrir el bulto". Es que no es obligatorio, pensamos. Y le escuchamos en el fondo del alma: ¿Me quieres? Y ya sabemos que a la pregunta por el amor se responde con la vida: "que obras son amores..."

Ayúdame, Señor, a decirte siempre que sí. Auméntame la fe para ver más claramente qué esperas de mí cada mañana y cada tarde. El "sí" de María, el día de la Anunciación, fue a ser Madre de Dios. El Verbo se hizo humano en sus entrañas, por el Espíritu Santo y su consentimiento. Nuestros "sí" a Dios de todos los días se parecen a los que Nuestra Madre pronunciaba de continuo, amando a Dios en cada momento y circunstancia de la vida. Eran en María enamoradas afirmaciones –silenciosas casi siempre– de una conversación que no termina, como no terminan nunca las palabras de los enamorados aunque sólo se miren. Madre mía enséñame a querer.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

María y el Adviento: El "Magnificat"

En el período de Adviento, la liturgia nos habla y nos instruye a través de tres grandes guías: Isaías, Juan Bautista y María; el profeta, el precursor, la madre. Hoy es el turno de María; en los tres ciclos litúrgicos, el IV domingo de Adviento está dominado por su figura dulce y silenciosa. Ella nos ayuda a intensificar y concentrar nuestra espera. En los domingos anteriores, contemplábamos al Redentor casi de lejos: con la mirada de Isaías que lo veía descender como consuelo de los cielos, o con la mirada de Juan Bautista que lo esperaba en el desierto. Hoy somos invitados a fijamos en un punto preciso; más bien en una persona: María; "El que debe venir" ya vino; *el misterio que estaba oculto desde siempre en Dios* (Ef. 3,9) ¡oculto desde hace nueve meses en María!

Si Adviento significa espera de Cristo, María es la espera en persona; la espera tuvo para ella el sentido muy real y delicado que la palabra tiene para cada mujer que espera el nacimiento de su hijo. Es así como debemos representamos a María ante la inminencia de la Navidad: con la mirada dulcísima, vuelta más hacia adentro que hacia afuera de sí misma que se nota en el rostro de la mujer que lleva en su seno una criatura y parece contemplar la y dialogar ya con ella. Entre María y Jesús hubo una comunicación ininterrumpida de amor, como en quien acaba de recibir la Eucaristía. Jesús venía evangelizando desde el interior a la Madre con su gracia. El Evangelio ya estaba totalmente dentro de ella; María es la madre del Evangelio porque estaba en ella la Palabra misma, única, total y personal; el Verbo del Padre como hombre crecía en su seno de madre y como Dios iba imprimiéndose por fe en su alma (san Agustín: "Prius concepit mente quam corpore"). Por eso en cuanto María abre la boca para expresar sus pensamientos y sus sentimientos, lo que sale es un soplo de Evangelio vivo: el *Magnificat* es un Evangelio en miniatura; resuenan en él todas las beatitudes, especialmente la de los pobres de espíritu.

En el Evangelio de hoy, el *Magnificat* es apenas entonado (los primeros dos versículos), pero es como si lo escucháramos en su totalidad. Hay dos formas de leer el *Magnificat:* la primera consiste en leerlo en relación con el pasado, por lo que contiene del Antiguo Testamento; la segunda, en relación con el Nuevo Testamento, por lo que anticipa el Evangelio. La primera forma es propia de los exégetas y los doctos que buscan las fuentes del *Magnificat* y las descubren en Isaías (29,14, etc.), en el Cántico de Ana, la madre de Samuel (1 Sam. 2, 1-10) Y un poco por doquier en la Biblia (María se nutrió de la Biblia; todo lo que sabe es la historia de su pueblo; por eso no es inverosímil –por más que se quiera dar un papel importante a la intervención posterior del evangelista– que ella se exprese así, con palabras y frases toma das de la Escritura, como por otra parte, lo hacemos también nosotros hoy cuando rezamos con la oración espontánea). A nosotros nos interesa sobre todo la segunda forma de leer el *Magnificat:* el que busca en él lo "nuevo" del Evangelio.

Mi alma canta la grandeza del Señor: con este grito de alabanza y alegría, María proyecta su mente directamente a Dios; se eleva por encima de todo el mundo e incluso por encima de sí misma; fija la mirada en la fuente de la luz; se pone en presencia de Dios; esto es lo que invoca el "Gloria a Dios" de los ángeles, el "Santificado sea tu nombre" del "Padrenuestro". También nosotros, cuando somos alcanzados por la gracia, sentimos esa necesidad de elevarnos por sobre todas las cosas, los intereses y las exigencias y dar gracias a Dios por sí mismo, por lo que es, más que por lo que nos da; porque existe; "por su inmensa gloria", como decimos justamente en el "Gloria".

Porque miró la pequeñez de su servidora: María no está ensalzando su virtud de la humildad; aquí no se trata, de hecho, de la *humildad subjetiva,* sino de la *humildad objetiva,* o sea de la pequeñez y la insignificancia reales de la creatura frente a Dios que María reconoce. También Jesús un día oró así al Padre: *Te alabo, Padre, Señor del cielo*

y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños (Mt. 11,25). A partir de ese momento, el canto de María se concentra totalmente en ese tema: Dios que rechaza a los soberbios y exalta a los humildes. Es como si su mirada se fijase, sucesivamente, en dos puntos extremos: Dios, el Santo, el Omnipotente y ella, pequeña y desconocida esclava del Señor. Pero esta distancia infinita no la apabulla porque está llena de la misericordia y la condescendencia de Dios: Dios se inclina con ternura, como ha ce un padre, hacia esa pequeñez reconocida y aceptada en la ver dad. La humildad evangélica aparece aquí como es realmente en sí misma: vale decir como una forma de estar frente a Dios, más que un modo de estar frente a nosotros mismos o a los demás.

Dispersó a los soberbios... derribó a los poderosos... despidió a los ricos con las manos vacías: la voz de la Madre casi se con funde con la del Hijo que dice: *¡Ay de ustedes los ricos...ay de ustedes, los que ahora están satisfechos!* (Lc. 6.24sq.). Esta categoría de los satisfechos no comprende sólo a los ricos de bienes materiales, sino también a los auto-complacientes, o sea los satisfechos con su propia posición, su propia conducta de vida: en una palabra, consigo mismos. De esto se intuye quiénes son los "hambrientos": son los que *tienen hambre y sed de justicia* (Mt.5,6), porque no confían en la propia justicia; son los que tienen los ojos fijos en Dios, sin mantener con todo las manos inactivas sino haciendo todo lo que está a su alcance por cumplir la voluntad del Padre y pro curarse el alimento material si tienen necesidad también de él.

Esta humildad-pequeñez evangélica no excluye la magnanimidad; no contrae sino que dilata el corazón hasta a hacer decir a María: *En adelante, todas las generaciones me llamarán feliz... el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas*. Y fue así: todas las generaciones la llamaron feliz.

El *Magnificat* nos habla sobre todo de Dios, de su estilo, de su acción. ¿Dónde encontramos, en la liturgia de hoy, algo que hable de nosotros y para nosotros, algo que podamos hacer nuestro y llevar a cabo en la vida cotidiana? La aclamación en el Evangelio nos puso frente a la respuesta de María a la acción de Dios: *Yo soy la servidora del Señor, que* se *cumpla en mi lo que has dicho*. En el trozo evangélico, Isabel declara bienaventurada a la Madre del Señor, justamente por ese "Yo soy la servidora" pronunciado en la Anunciación: *Feliz de ti por haber creído*. En el fondo de toda beatitud, está la de la fe: *Felices los que creen sin haber visto* (Jn. 20,29). Creer es confiar en Dios, es confiarse a Dios; María se confió a Dios, sin "ver", o sea sin comprender de golpe todo lo que estaba ocurriendo y adónde terminaría.

Si releemos con atención la segunda lectura, descubrimos que también nos habla de un "¡Heme aquí!": *Aquí estoy yo vengo para hacer tu voluntad*. Nuestra redención se inicia con dos "¡Aquí estoy!" con dos "sí" dichos a Dios: el de Jesús y el de María; ellos interrumpieron, respectivamente, los dos "no" antiguos: el de Adán y el de Eva. El sí de María es radicalmente distinto del sí de Cristo: expresa sólo la humilde aceptación de la creatura y es fruto mismo del sí de Cristo. Sin embargo, misteriosamente, este sí que

María pronuncia en nombre de todos nosotros también era indispensable porque expresa el consenso de la libertad humana que Dios respeta. Dios no nos quita la libertad, sino que la salva.

Decía hace un momento: algo que debamos hacer nosotros en las lecturas de hoy. Eso es precisamente el "¡Aquí estoy!" de María. Es la palabra más pequeña que podemos decir, ¡pero qué valiosa! Con ella decimos: Estoy aquí, estoy aquí para ti, ¿qué quieres que haga? Lo importante, con todo, no es decirlo sino ponerlo en práctica. ¿Cómo hacemos para decide a Dios "¡aquí estoy!" con hechos? Obedeciendo minuto a minuto sus inspiraciones, o sea los impulsos e iluminaciones interiores del Espíritu Santo que, cuando estamos atentos, nos hace comprender qué quiere Dios de nosotros en esa precisa situación. Para María, decir "¡Aquí estoy!" significó levantarse e ir a reunirse rápidamente con la pariente necesitada de ayuda y aliento. Dios nos llama a toda hora del día, ya sea para dirimir una disputa o para prestar ayuda a alguien, o para recogemos en oración, o para decir una palabra o callarla. Es necesario que nos acostumbremos a oír a Dios cuan do pronuncia nuestro nombre, para responderle, como le respondía Samuel: *Aquí estoy porque me has llamado* (1 Sam. 3.8); sí, Dios mío, hago lo que me pides, voy adonde me mandas.

"Feliz de ti por haber creído –dijo–; pero felices también ustedes por haber oído y creído: porque cada alma que cree concibe y genera el Verbo de Dios" (san Ambrosio, *In Luc.* II. 26). Y ¡esa es nuestra verdadera Navidad! Si hay en nosotros esa disposición de fe y obediencia, entonces también todas las demás cosas bellas y delicadas que acompañan la fiesta de Navidad adquieren significado y alimentan la alegría. En caso contrario, son pobres sustitutos que no bastan para poner de fiesta el corazón de nadie, ni siquiera –contrariamente a lo que se piensa– el de los niños.

Cerremos nuestra reflexión volviendo a contemplar a María con el pensamiento. "La Virgen es el mismo camino real por el que llegó a nosotros el Salvador. Debemos tratar de ir hacia nuestro Salvador por el mismo camino por el cual él vino hasta nosotros" (san Bernardo, Serm. de *Adventu,* 5). Ahora mismo, en la Eucaristía, vayamos al encuentro de Jesús con aquélla a través de la cual él vino a nosotros. El cuerpo de Cristo que recibimos es "el verdadero cuerpo nacido de María virgen". "Que en cada uno es té el alma de María para cantar la grandeza del Señor; que en cada uno esté el espíritu de María para alabar a Dios" (san Ambrosio, *In Luc.* II,26).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San Gregorio Barbarigo (22-XII-1985)

– El Señor está cerca

"¡El Señor está cerca!" (Flp 4,5). Con estas palabras nos saluda la Iglesia en la liturgia de los últimos días antes de Navidad. Estos son los días en los que la Iglesia fija la mirada particularmente en Aquél que debe venir la noche de Belén.

Hallamos su expresión en la liturgia del último domingo de este período.

A través de la lectura de la Carta a los Hebreos percibimos las palabras del Hijo de Dios: "Aquí estoy... Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo... Aquí estoy... ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad" (Hb 10,5,7).

En estas palabras, la venida de Dios en medio de los hombres toma la forma del misterio de la Encarnación. Dios ha preparado este misterio desde la eternidad, y ahora lo realiza. El Padre manda al Hijo. El Hijo acoge la misión. Por obra del Espíritu Santo se hace hombre en el seno de la Virgen de Nazaret. "Y el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). El Verbo es el Hijo eternamente amado y eternamente amante. El amor significa la unidad de las voluntades. La voluntad del Padre y la voluntad del Hijo se unen. El fruto de esta unión es el Amor personal, el Espíritu Santo. El fruto del Amor personal es la Encarnación: "me has preparado un cuerpo".

– Misterio de la Encarnación

"El Señor está cerca". El Padre "ha preparado" al Hijo el "cuerpo humano" por obra del Espíritu Santo, que es Amor.

El misterio de la Encarnación significa una especial "efusión" de este Amor: descendimiento del Espíritu Santo sobre la Virgen de Nazaret. Sobre María.

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios" (Lc 1,35).

El Espíritu Santo con su fuerza divina actúa ante todo en el corazón de María. De este modo la fuente del misterio de la Encarnación se hace la fe de Ella: obediencia de la fe. "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). En la Visitación –de la que habla el Evangelio de hoy–, Isabel alaba antes de nada la fe de María: "¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá" (Lc 1,45).

En efecto, en la anunciación María pronuncia su "fiat" en la obediencia de la fe. Este "fiat" es el momento clave. El misterio de la Encarnación es misterio divino y al mismo tiempo humano. Efectivamente, Aquél que asume el cuerpo es Dios-Verbo (Dios-Hijo). Y al mismo tiempo el cuerpo que asume es humano. "Admirable commercium".

En este momento, cuando la Virgen de Nazaret pronuncia su "fiat" (hágase en mí según tu palabra), el Hijo puede decir al padre: "Me has preparado un cuerpo".

El Adviento de Dios se realiza también por obra del hombre. Mediante la obediencia de la fe.

La liturgia de hoy nos pone ante los ojos no sólo la eterna obediencia del Hijo: "Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad", no sólo la obediencia de Aquella que ha sido elegida para ser su Madre terrena..., sino que nos pone ante los ojos también el lugar en el que se debe realizar el misterio de la Encarnación.

En el centro de la profecía de Miqueas aparece el topónimo: Belén. Este es precisamente el lugar en el que el Eterno Hijo debía por primera vez revelarse en el cuerpo humano. El Hijo de Dios como Hijo del hombre: Hijo de María.

El Profeta dice: "Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial" (Miq 5,1).

Dicho origen "desde lo antiguo": de tiempo inmemorial (¡y sin comienzo!) es participado por el Hijo-Verbo. "Hasta el tiempo en que la madre dé a luz" (cfr. Miq 5,2) –anuncia posteriormente el Profeta– "y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel".

– El Espíritu Santo y María

Este nacimiento humano del Hijo de Dios de la Virgen da comienzo al nuevo Israel: al nuevo Pueblo de Dios.

Será éste el pueblo de los "hermanos" de Cristo: de aquellos que mediante la gracia, nos convertiremos en "hijos en el Hijo". Recibirán "poder para ser hijos de Dios", como dirá San Juan en el prólogo de su Evangelio (cfr. Jn 1,12).

El lugar en el que todo esto se cumplirá: donde se cumplirá y al mismo tiempo se recordará siempre de nuevo en la historia de la salvación, es precisamente esa Belén de Efrata.

Cuando Cristo entró en el mundo dijo: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije...: Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad" (Hb 10,5-7).

El misterio de la Encarnación significa el comienzo del nuevo sacrificio: del perfecto sacrificio. El que es concebido en el seno de la Virgen por obra del espíritu Santo, que nace en la noche de Belén, es Sacerdote Eterno. Lleva al Sacrificio y realiza el Sacrificio ya en su Encarnación. Es decir, el Sacrificio que "es agradable a Dios".

Agrada a Dios el sacrificio en el que se expresa toda la verdad interior del hombre: el sacrificio de la voluntad y del corazón. El Hijo de Dios asume la naturaleza humana, el cuerpo humano, precisamente para comenzar dicho sacrificio en la historia de la humanidad.

Lo realizará definitivamente mediante su "obediencia hasta la muerte" (cfr. Flp 2,8). Sin embargo, el comienzo de esta obediencia está ya en el seno de la Virgen María. Ya en la noche de Belén: "Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad".

Al rodear al recién nacido, en la noche de Belén y durante todo el período de Navidad, demos desahogo a la necesidad de nuestros corazones.

Gocemos de esa alegría, que el tiempo de Navidad lleva consigo.

Cantemos "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama" (Lc 2,14).

Y sobre todo: aprendamos hasta el final la verdad contenida en este misterio penetrante: "Aquí estoy... ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad".

Aprendamos del Hijo de Dios a hacer la voluntad del padre. En efecto, ésta es la vocación de los que se han convertido en "hijos en el Hijo". Esta es vuestra vocación cristiana. Este es fruto del Adviento de Dios en la vida humana.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¿Quién se ha preparado y esperado con más amor que María la llegada a la Tierra de Jesús? Ella "le concibió en la mente antes que en su seno: precisamente por medio de la fe", como enseña S. Agustín entre otros Santos Padres. María es el modelo para abrirse con fe al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, fe que no es aparcar la razón, pero sí el racionalismo. Hay que pedir al Señor este don a través de María.

"Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe" (Rom 16,26). María confió sin reservas en Dios y "se consagró totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo" (L. G. 56) desde el instante en que el ángel le expuso lo que Dios quería de Ella. Por ello Isabel, llena del Espíritu Santo, le dijo: "¡Dichosa tú que has creído!".

Isabel tenía motivos para alabar la fe de María porque su marido, Zacarías, también recibió una comunicación de Dios a través del ángel, pero dudó de que, debido a su ancianidad y ante la esterilidad de su mujer, pudiera realizarse.

María no sólo cree sin vacilación en algo absolutamente increíble en aquel tiempo: dar a luz un hijo sin intervención de varón, sino que, al aceptar el plan de Dios, asume un riesgo gravísimo para su reputación e incluso para su vida, en una sociedad tan poco tolerante como la de entonces. El peligro de que la acusaran de adulterio y pudiera morir apedreada no puede descartarse. Nazaret era una aldea de pocos habitantes, donde todo el mundo se conocía. En esos lugares, donde suelen menudear las críticas, las pequeñas rencillas y donde no faltan los fanáticos, María, con su sí a Dios, exponía mucho.

"La fe de María puede parangonarse a la de Abraham, llamado por el Apóstol 'nuestro padre en la fe' (cf Rom 4,12)... Como Abraham, 'esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones' (cf Rom 4,18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen ('¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?'), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel" (Juan Pablo II).

Necesitamos una fe más robusta, capaz de afrontar con éxito las distintas, y a veces graves, situaciones que se nos presentan a diario. La fe amplía nuestros conocimientos y agranda el corazón. La fe mueve montañas, ayudándonos a superar dificultades, penas y dolores. La fe da sentido a la vida y a la muerte, y es promesa de vida eterna. Pidamos a Dios, por intercesión de su Madre, lo que pedían los Apóstoles: "Señor, auméntanos la fe" (Lc 17,5).

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Enviad cielos vuestro rocío»

I. LA PALABRA DE DIOS

Mi 5, 2-5a: «De tí saldrá el jefe de Israel».

Sal 79, 2 y 3. 15-16. 18-19. «Oh Dios, restáuranos».

Hb 10, 5-10: «Aquí estoy para hacer tu voluntad».

Lc 1, 39-45: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?».

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Dios envió a su Hijo» pero para «formarle un cuerpo» quiso la libre cooperación de una criatura. Para esto desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo a una hija de Israel (488). A lo largo de toda la antigua alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres (489).

«La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina» (485).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«En verdad, Virgen Santísima, que tu alabanza supera toda alabanza, por haberse encarnado Dios en Ti...» Por Ti hoy llena de gracia, es conocida en la tierra la Trinidad beatísima (S. Pedro Damiano. Sermón 44; PL. 144, 738 ss.)

Dichosa María que unió virginidad, fecundidad y humildad. «Venerad, pues, los casados la integridad y pureza de aquel cuerpo mortal; admirad vosotras vírgenes

consagradas, la fecundidad de la Virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios; honrad ángeles santos a la Madre de vuestro Rey...a cuya dignidad sea dada toda gloria y honor». (S. Bernardo. Homilía I, sobre el «Missus est»).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En el texto del Profeta Miqueas se anuncia al Mesías «Jefe de Israel» que «pastoreará con la fuerza del Señor» y realizará la unión de todos los hombres.

María, después del anuncio del Ángel, se entregó a Dios: «Hágase en mi según tu voluntad». Inmediatamente después: «fue a prisa a la montaña». Y se entregó al servicio de su prima.

El Hijo de Dios, encarnado ya en sus entrañas, dice al Padre: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» ... conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del Cuerpo de Cristo (Segunda lectura). Se entregó al Padre y se hizo servidor de todos los hombres.

El «fruto bendito» del vientre de María llenó de Espíritu Santo a Isabel y a la criatura de su vientre, Juan. Lo cual nos estimula a pedir a Dios, contemplando a toda la humanidad, «Oh Dios, restáuranos que brille tu rostro y nos salve» (Sal 79). Que se muestre hoy al hombre el fruto bendito de la Virgen María.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti»: 484-489.

La respuesta:

La oración de la Virgen María: 2617-2619.

C. Otras sugerencias

La celebración del IV Domingo de Adviento nos invita a prepararnos a la gran fiesta de Navidad unidos a María y con el mismo espíritu de adoración y alabanza que manifestó ella en el Magníficat.

Exige de nosotros, además, un compromiso para imitar el gesto de caridad que Ella tuvo con su prima Santa Isabel, en el día a día de nuestra existencia, haciéndonos solidarios de nuestros hermanos más necesitados.

– Santa María, Maestra de esperanza. Origen del desánimo y del desaliento. Jesucristo, el bien supremo.

I. El espíritu del Adviento consiste en buena parte en vivir cerca de la Virgen en este tiempo en el que Ella lleva en su seno a Jesús. La vida nuestra es también un *adviento* un poco más largo, una espera de ese momento definitivo en el que nos encontraremos por fin con el Señor para siempre. El cristiano sabe que este *adviento* ha de vivirlo junto a la Virgen todos los días de su vida si quiere acertar con seguridad en lo único verdaderamente importante de su existencia: encontrar a Cristo en esta vida, y después en la eternidad.

Y para preparar la Navidad, ya tan cercana, nada mejor que acompañar en estos días a Santa María, tratándola con más amor y más confianza.

Nuestra Señora fomenta en el alma la alegría, porque con su trato nos lleva a Cristo. Ella es *Maestra de esperanza. María proclama que la* llamarán bienaventurada todas las generaciones *(*Lc *1, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento –Judit, Ester, Débora– consiguieron ya en la tierra una gloria humana (...). ¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza*.

No cae en desaliento quien padece dificultades y dolor, sino el que no aspira a la santidad y a la vida eterna, y el que desespera de alcanzarlas. La primera postura viene determinada por la incredulidad, por el aburguesamiento, la tibieza y el excesivo apegamiento a los bienes de la tierra, a los que considera como los únicos verdaderos. El desaliento, si no se le pone remedio, paraliza los esfuerzos para hacer el bien y superar las dificultades. En ocasiones, el desánimo en la propia santidad está determinado por la debilidad del querer, por miedo al esfuerzo que comporta la lucha ascética y tener que renunciar a apegamientos y desórdenes de los sentidos. Tampoco los *aparentes* fracasos de nuestra lucha interior o de nuestro afán apostólico pueden desalentarnos: quien hace las cosas por amor a Dios y para su Gloria *no fracasa nunca*: *Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo –ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!. No has fracasado: has adquirido experiencia–. ¡Adelante!*".

Dentro de pocos días veremos en el *belén* a Jesús en el pesebre, lo que es una prueba de la misericordia y del amor de Dios. Podremos decir: "En esta Nochebuena todo se para en mí. Estoy frente a Él: no hay nada más que Él, en la inmensidad blanca. No dice nada, pero está ahí... Él es Dios amándome". Y si Dios se hace hombre y me ama, ¿cómo no buscarle? ¿Cómo perder la esperanza de encontrarle si Él me busca a mí? Alejemos todo posible desaliento; ni las dificultades exteriores ni nuestra miseria personal pueden nada ante la alegría de la Navidad que ya se acerca.

– El objeto de nuestra esperanza.

II. La esperanza se manifiesta a lo largo del Antiguo Testamento como una de las características más esenciales del verdadero pueblo de Dios. Todos los ojos están puestos en la lejanía de los tiempos, por donde un día llegaría el Mesías: "los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la Salvación, en la que, paso a paso, se prepara la venida de Cristo al mundo".

En el *Génesis* se habla ya de la victoria de la *Mujer* sobre los poderes del mal, de un mundo nuevo.

El profeta Oseas anuncia que Israel se convertirá y florecerá en el amor antiguo. Isaías, en medio de las decepciones del reinado de Ezequiel, anuncia la venida del Mesías, Miqueas señalará a Belén de Judá como el lugar de su nacimiento.

Faltan pocos días para que veamos en el *belén* a Nuestro Señor, *a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen cuidó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y lo señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su Nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza*.

Jesucristo proclama, desde el pesebre de Belén hasta el momento de su Ascensión a los cielos, un mensaje de esperanza. Jesús mismo *es nuestra única esperanza*. Él es la garantía plena para alcanzar los bienes prometidos. Miramos hacia la gruta de Belén, "en vigilante espera", y comprendemos que sólo con Él nos podemos acercar *confiadamente a Dios Padre*.

El Señor mismo nos señala que el objeto principal de la esperanza cristiana no son los bienes de esta vida, que *la herrumbre y la polilla corroen y los ladrones desentierran y roban*, sino los tesoros de la *herencia incorruptible*, y en primer lugar la felicidad suprema de la posesión eterna de Dios.

Esperamos confiadamente que un día nos conceda la eterna bienaventuranza y, ya ahora, el perdón de los pecados y su gracia. Como una consecuencia, la esperanza se extiende a todos los medios necesarios para alcanzar ese fin. Desde este aspecto particular, también los bienes terrenales pueden caer en el ámbito de la esperanza, pero sólo en la medida y en la manera con que Dios los ordena a nuestra salvación.

Vamos a luchar, estos días y siempre, con todas nuestras fuerzas contra esas formas menores de desesperación que son el desánimo, el desaliento y el estar preocupados casi exclusivamente por los bienes materiales.

La esperanza lleva al abandono en Dios y a poner todos los medios a nuestro alcance, para una lucha ascética que nos impulsará a recomenzar muchas veces, a ser constantes en el apostolado y pacientes en la adversidad, a tener una visión más sobrenatural de la vida y de sus acontecimientos. "En la medida en que el mundo se canse de su esperanza cristiana, la alternativa que le queda es el materialismo, del tipo que ya conocemos; estoy

nada más. Su experiencia del cristianismo ha sido como la experiencia de un gran amor, el amor de toda una vida... Ninguna voz nueva (...) tendrá ningún atractivo para nosotros si no nos devuelve a la gruta de Belén, para que allí podamos humillar nuestro orgullo, ensanchar nuestra caridad y aumentar nuestro sentimiento de reverencia con la visión de una pureza deslumbradora".

– Confianza en el Señor. Nunca llega tarde para darnos la gracia y las ayudas necesarias.

III. *Escuchadme, los desanimados, que os creéis lejos de la victoria. Yo acerco mi victoria; no está lejos, mi salvación no tardará.*

Nuestra esperanza en el Señor ha de ser más grande cuanto menores sean los medios de que se dispone o mayores sean las dificultades. En cierta ocasión en que Jesús vuelve a Cafarnaúm, nos dice San Lucas que *todos estaban esperándole*. En medio de aquella multitud sobresale un personaje que el Evangelista destaca diciendo que era un *jefe de sinagoga* y pide a Jesús la curación de su hija: *se postró a sus pies*; no tiene reparo alguno en dar esta muestra pública de humildad y de fe en Él.

Inmediatamente, a una indicación del Señor, todos se ponen en movimiento en dirección a la casa de Jairo. La niña, de doce años, hija única, se estaba muriendo. Debe de estar ya agonizando. Precisamente entonces, cuando han recorrido una parte del camino, y al amparo de la multitud, una mujer que padece una enfermedad que la hace impura según la ley se acerca por detrás y toca el extremo del manto del Señor. Es también una mujer llena de una profunda humildad.

Jairo había mostrado su esperanza y su humildad postrándose delante de todos ante Jesús. Esta mujer pretende pasar inadvertida, no quería entretener al Maestro; pensaba que era demasiado poca cosa para que el Señor se fijara en ella. Le basta tocar su manto.

Ambos milagros se realizarán acabadamente. La mujer, en la que había fracasado la ciencia de tantos médicos, será curada para siempre, y la hija de Jairo vivirá plena de salud a pesar de que cuando llega la comitiva, después del retraso sufrido en el trayecto, haya muerto.

Durante el suceso con la hemorroisa, ¿qué ocurre con Jairo? Parece que ha pasado a segundo plano, y no es difícil imaginarlo un tanto impaciente, pues su hija se le moría cuando la dejó para buscar al Maestro. Cristo, por el contrario, no aparenta tener prisa. Incluso parece no dar importancia a lo que ocurre en casa de Jairo.

Cuando Jesús llega, la niña ya había muerto. Ya no hay posibilidad de salvarla; parece que Jesús ha acudido tarde. Y precisamente ahora, cuando humanamente no queda nada por hacer, cuando todo invita al desaliento, ha llegado la hora de la esperanza sobrenatural.

Jesús no llega nunca tarde. Sólo se precisa una fe mayor. Jesús ha esperado a que se hiciese "demasiado tarde", para enseñarnos que la esperanza sobrenatural también se

apoya, como cimiento, en las ruinas del esperar humano y que sólo es necesario una confianza sin límites en Él, que todo lo puede en todo momento.

Nos recuerda este pasaje nuestra propia vida, cuando parece que Jesús no viene al encuentro de nuestra necesidad, y luego nos concede una gracia mucho mayor. Nos recuerda tantos momentos junto al Sagrario en que nos ha parecido oír palabras muy semejantes a éstas: *No temas, ten sólo fe*. Esperar en Jesús es confiar en Él, dejarle hacer. Más confianza, cuanto menores sean los elementos en que humanamente nos podamos apoyar.

La devoción a la Virgen es la mayor garantía para alcanzar los medios necesarios y la felicidad eterna a la que hemos sido destinados. María es verdaderamente "puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos". Pidámosle que sepamos esperar, en estos días que preceden a la Navidad y siempre, llenos de fe, a su Hijo Jesucristo, el Mesías anunciado por los Profetas. "Ella precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor (cfr. 2 Pdr 3, 10)".

Mons. Ramón MALLA i Call Obispo Emérito de Lleida (Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

¡Feliz la que ha creído!

Hoy es el último domingo de este tiempo de preparación para la llegada –el Adviento– de Dios a Belén. Por ser en todo igual a nosotros, quiso ser concebido –como cualquier hombre– en el seno de una mujer, la Virgen María, pero por obra y gracia del Espíritu Santo, ya que era Dios. Pronto, en el día de Navidad, celebraremos con gran alegría su nacimiento.

El Evangelio de hoy nos presenta a dos personajes, María y su prima Isabel, las cuales nos indican la actitud que ha de haber en nuestro espíritu para contemplar este acontecimiento. Tiene que ser una actitud de fe, y de fe dinámica.

Isabel, con sincera humildad, «quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: '(...) ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?'» (Lc 1,41-43). Nadie se lo había contado; sólo la fe, el Espíritu Santo, le había hecho ver que su prima era madre de su Señor, de Dios.

Conociendo ahora la actitud de fe total por parte de María, cuando el Ángel le anunció que Dios la había escogido para ser su madre terrenal, Isabel no se recató en proclamar la alegría que da la fe. Lo pone de relieve diciendo: «¡Feliz la que ha creído!» (Lc 1,45).

Es, pues, con actitud de fe que hemos de vivir la Navidad. Pero, a imitación de María e Isabel, con fe dinámica. En consecuencia, como Isabel, si es necesario, no nos hemos de contener al expresar el agradecimiento y el gozo de tener la fe. Y, como María, además la hemos de manifestar con obras. «Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (Lc 1,39-40) para felicitarla y ayudarla, quedándose unos tres meses con ella (cf. Lc 1,56).

San Ambrosio nos recomienda que, en estas fiestas, «tengamos todos el alma de María para glorificar al Señor». Es seguro que no nos faltarán ocasiones para compartir alegrías y ayudar a los necesitados.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE ADVIENTO CICLO C

Bendecir a la Madre y al Señor

«Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre».

Eso dicen las Escrituras, y habla de la Madre de tu Señor.

Dichoso el que bendice a la Madre y al Hijo de Dios.

Dichoso el que cree, y repite estas palabras.

Y tú, sacerdote, ¿qué tanto bendices a la Madre de Dios, y al fruto de su vientre?

¿Acostumbras decir esas palabras con el amor de quien recita una oración desde el fondo de su corazón?

¿Eres consciente, sacerdote, de que esas palabras son la respuesta a la Madre de Dios que acude con prontitud a la llamada de quien solicita su auxilio?

Alégrate, sacerdote, porque ante tu necesidad, tu Madre acude con prontitud a tu encuentro para llevarte su caridad.

Bendice a la llena de gracia, sacerdote, cuando acudas a ella, implorando su favor. Y salta de gozo, porque ella siempre te lleva al encuentro con tu Señor.

Alégrate, sacerdote, porque tu Señor ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava, y ha hecho en ella grandes cosas, para que su misericordia llegue a ti, y a través de ti, de generación en generación, al mundo entero.

Bendice a tu Señor, sacerdote, y glorifícalo, porque ha puesto sus ojos en ti, y te ha llamado para servirlo.

Acude con prontitud, sacerdote, porque el llamado es todos los días. Deja todo, toma tu cruz y síguelo con alegría.

Dichoso tú eres, sacerdote, porque has creído, y siendo tan solo un siervo, tu Señor te ha llamado amigo.

Agradece, sacerdote, la delicadeza que ha tenido tu Señor contigo, sirviéndolo con fidelidad, porque eso es lo que hace un amigo.

Bendice a la Madre de tu Señor, sacerdote, porque eso es lo que hace un siervo fiel y prudente, y ante la necesidad de su favor, acude a ella, porque eso es lo que hace un hombre inteligente.

Toma conciencia, sacerdote, y pregúntate ¿quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a verme?

Tú eres el portador de la verdad, el precursor de tu Señor, el que anuncia la buena nueva, el constructor del Reino de los Cielos en la tierra, tú eres el que ha sido consagrado desde antes de nacer, y constituido profeta de las naciones, el que rige, el que dirige, el que enseña, el que santifica al pueblo de Dios, el que lo reúne en un solo rebaño y con un solo pastor.

Tú eres el que hace bajar el pan vivo del Cielo.

Tú eres sacerdote, víctima y altar.

Tú eres el que celebra el memorial de la pasión y muerte de tu Señor, y el que celebra su resurrección.

Tú eres el que predica, llevando la verdad a través de la Palabra, a cada alma, el que alimenta al hambriento y da de beber al sediento, el que viste al desnudo y acoge al peregrino, el que visita al enfermo y al preso, el que da santa sepultura a los muertos, el que aconseja, el que corrige, el que perdona, el que soporta con paciencia, el que consuela, el que ora por los vivos y por los muertos.

Tú eres un instrumento fidelísimo de Dios que lleva a las almas los dones y gracias del Espíritu Santo, a través de los Sacramentos.

Tú eres hijo de Dios, sacerdote para la eternidad, configurado con tu Señor, para ser como Él: Cristo: sacerdote, profeta y rey.

Glorifica tu alma al Señor, porque se ha dignado poner sus ojos en la humildad de su esclavo, que era tan solo un hombre, indigno y pecador, que ha sido llamado, y ha sido elegido como discípulo, para ser en todo igual que su Maestro: la alegría y el fruto bendito de la Madre de Dios.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 21)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", -facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

NUESTRAS REDES SOCIALES:

+52 1 81 1600 7552

lacompaniademaria01@gmail.com

espada.de.dos.filos12@gmail.com

www.lacompaniademaria.com

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Espada de Dos Filos

Lacompaniademaria

•

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes